
JAMES
BLATCH
EL VUELO
FINAL
UN THRILLER DE LA GUERRA FRÍA

Índice

Avant-propos

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34

Acerca del Autor
Agradecimientos

EL VUELO FINAL

JAMES BLATCH



Avant-propos

Un vacío en el cielo, silencio en un canal de radio.

Un giro de cabeza en la torre de control; un primer indicio de que algo, en alguna parte, no va bien.

Podría haber una serie de explicaciones benignas.

Pero los veteranos del escuadrón presienten la muerte rápidamente.

Los acontecimientos se desarrollan con su propio impulso y una narrativa predecible.

En algún lugar del campo, un granjero desconcertado contempla una columna de humo negro que se eleva.

En menos de una hora después de la llamada de radio perdida, un hombre uniformado llama a la puerta de un pabellón familiar.

Permanece en silencio, esperando que su sola presencia transmita la gravedad de su mensaje.

Siempre lo hace.

Las familias lloran, pero los hombres en monos de vuelo deben volver al aire.

Entierran a su amigo, y luego entierran su dolor.

Lejos de la vista pública, hombres serios con tablillas examinan los restos y recomponen la secuencia de los hechos.

Discusiones y compromisos preceden a la publicación de un documento oficial en frágil papel gubernamental.

Invariablemente contiene dos palabras. Un insulto final para jóvenes que tenían tanto por vivir pero que murieron en un abrir y cerrar de ojos una tarde de día laborable.

Error del piloto.

Capítulo Uno

Martes 7 de junio

La paz del Valle de Blethwyn se vio quebrantada durante trece segundos.

Los conejos fueron los primeros en percibir el trueno artificial y corrieron hacia sus madrigueras. Las ovejas, lentas en reaccionar, solo se dispersaron cuando llegó sobre sus cabezas, eclipsando brevemente el sol de junio. Vórtices invisibles enviaron a un busardo dando tumbos por el aire.

Los cuatro motores dejaron un rastro de humo negro en su estela turbulenta y un profundo retumbar que se desvaneció rápidamente.

No hubo testigos.

El bombardero Avro Vulcan de la RAF había aparecido y desaparecido en un somnoliento día laborable en una remota zona de Gales.

Los galeses estaban trabajando.

Y así es como les gustaba a los hombres de la Unidad de Pruebas de Vuelo de la Real Fuerza Aérea.

Pasar desapercibidos.

Si hubiera habido un testigo —quizás un granjero que girara la cabeza ante la repentina y ruidosa intrusión en su entorno

normalmente tranquilo— es dudoso que hubiera notado algo inusual en este vuelo en particular.

Podría haber identificado al Vulcan, tal vez por su distintiva ala en delta, pero es menos probable que hubiera detectado el abultamiento de una carcasa blanca con un panel frontal de cristal, acoplado bajo el morro del bombardero.

Aunque de apariencia poco destacable, era el elemento de equipo militar más secreto y significativo del planeta.

Dentro de la carcasa blanca, detrás del cristal, había un láser.

Por lo que sabía el mundo exterior, el láser era una tecnología rudimentaria y para nada móvil.

Pero el mundo no sabe lo que el mundo no sabe, y los hombres de la TFU estaban bajo amenaza de arresto para mantenerlo así.

Mientras el Vulcan salía por el extremo opuesto del valle, las alas viraron a la izquierda, y las palancas de gases se incrementaron hasta el ochenta y cinco por ciento del máximo para mantener la velocidad objetivo durante el giro. La palanca de mando se echó ligeramente hacia atrás, el timón deflectó a la izquierda —solo un poco— mientras el morro se elevaba treinta grados y el avión se enderezaba en un nuevo rumbo.

A bordo, ni un solo miembro de la tripulación había tocado un control de vuelo.

De hecho, estaban hablando de fútbol.

Chris Milford intentaba ignorar el monólogo del navegante sobre la selección inglesa para el próximo Mundial. No compartía la preocupación de Steve Bright de que hubiera demasiados jugadores del West Ham en el equipo. Entendía el argumento de que los Hammers eran un equipo lento y poco glamuroso que no producía el tipo de jugadores con talento necesarios para ganar un Mundial, pero Millie tenía trabajo que hacer.

Se concentró en insertar un carrete de cinta magnética en una funda de cartón marrón. Una tarea bastante simple en tierra, pero difícil cuando tu asiento está siendo arrastrado por el aire turbulento a baja altitud a trescientos cincuenta nudos.

Después de una exitosa lucha, garabateó un número de serie en el cartón y metió la mano en un bolsillo de su mono de vuelo para

sacar una pequeña libreta. Millie ajustó la luz que colgaba de un tubo desde el panel frente a él y añadió el número de serie de la cinta a una lista. Tuvo que hacer una pausa mientras el avión subía y bajaba, serpenteando entre las colinas galesas.

Junto al número de serie, anotó la fecha, el número de vuelo y la hora. Hizo una pausa, recorriendo con la mirada la lista de entradas anteriores, observando la acumulación de horas de vuelo.

Hasta ahora, todo iba bien para el proyecto Guiding Light.

Millie volvió a guardar la libreta en su bolsillo y centró su atención en los interruptores, diales y lecturas frente a él.

Sentado en un hueco bajo la cabina, mirando hacia atrás, estudió la estación de navegador-radar convertida.

El panel de Guiding Light brillaba en naranja, con números generados electrónicamente que pulsaban al cambiar en un ritmo directamente vinculado a la proximidad del avión al suelo en pies.

Millie los observaba con atención.

La pantalla pasó de 307 a 312 y un momento después a 305.

Le habían pedido a Guiding Light que volara el avión lo más cerca posible, pero no por debajo, de trescientos pies. Estaba haciendo un buen trabajo con la tarea.

El veterano oficial de ingeniería todavía se estaba acostumbrando a la maravilla de todo aquello. En algún lugar detrás de los interruptores y diales que lo rodeaban, un prodigio electrónico conectaba los datos de medición de distancia del láser con el piloto automático del Vulcan.

Dos piezas de tecnología en comunicación directa. Millie esperaba que no se pelearan.

Para su alivio, el capitán Brian Hill interrumpió el monólogo futbolístico de Steve Bright con una pregunta concisa por el intercomunicador.

—¿Cuántas cintas más?

Millie se colocó la máscara de oxígeno sobre la cara.

—Esa era la última. Ya no tengo más.

—Vale, nos mantendremos a baja altura hasta que lleguemos al estuario según lo planeado —respondió Hill.

Con la grabadora ya sin capturar datos del láser, Millie se preguntó por qué continuarían a baja altura. Pero permaneció en silencio sobre el asunto. Solo serían unos minutos más.

Su mano se elevó hacia un pequeño dial rotatorio negro debajo de la lectura principal de altura. Lo giró, pasándolo por sus once posiciones, cada una predefinida alrededor del morro del Vulcan.

En realidad, el sistema escaneaba veintisiete ubicaciones separadas barriendo desde treinta grados a la izquierda y ochenta grados hacia abajo hasta la misma posición a la derecha, captando la vista hasta cuarenta grados por encima del morro.

Un ingeniero de diseño de DF Blackton una vez le dijo que comenzaron imitando cuánto absorbían los ojos de un piloto de la imagen frente a él, y lo mejoraron.

Millie observó los aproximadamente mil doscientos pies de espacio a su izquierda e imaginó la ladera rocosa de una colina galesa. Volvió a girar el dial a la posición número uno, más o menos directamente hacia abajo.

Doscientos sesenta y un pies hasta el implacable suelo debajo de ellos.

—¿Alguna vez apartas la vista de esos números?

Millie miró de reojo a Steve Bright y se encogió de hombros.

—¿Nuestras vidas en manos de un ordenador con el sistema eléctrico inestable de este avión? Sí, me gusta vigilarlos.

Millie intentaba ser un compañero de tripulación amable, pero no era ningún secreto que ya no disfrutaba de estos viajes. Aplastado en una mazmorra volante con la amenaza siempre presente de un final repentino de todo.

Volvió a mirar a Brighty; el navegante parecía aburrido. Una consecuencia de que su trabajo hubiera sido reemplazado por un ordenador volador.

—¿Hambriento?

Brighty se animó cuando Millie le pasó un sándwich de su maletín de vuelo.

Desabrochó su asiento, lo giró para enfrentar el puesto vacío del medio y estiró las piernas. Le dolían de estar apretadas bajo la estación de trabajo.

Con su máscara de oxígeno colgando bajo la barbilla, murmuró para sí mismo: —Esto es un trabajo para jóvenes—. Pero sus palabras se perdieron en el rugido perpetuo mientras el avión atronaba su camino a través de Gales.

Miró hacia arriba por la pequeña escalera que conducía a la cabina, donde Brian Hill estiraba el cuello, mirando hacia él.

—¿Preparándote para tu siesta de la tarde, Millie?

Millie sonrió y se colocó la máscara sobre la cara para que sus palabras se oyeran por el intercomunicador.

—Sería maravilloso. Intenta volar suavemente.

Hill rio y se dio la vuelta.

Una tercera voz intervino en el circuito. Rob May, desde el asiento del copiloto.

—No estamos aquí para la suavidad, mi viejo amigo.

Millie notó el tono de Rob; el joven piloto de pruebas técnicamente tenía el control de la aeronave, aunque gran parte de la toma de decisiones había sido cedida a Guiding Light.

Hill volvió a cerrar la cortina para eliminar el resplandor de luz del parabrisas, permitiendo que Millie y Bright pudieran ver claramente sus indicadores y pantallas.

Millie giró su silla de vuelta a la estación de trabajo y siguió vigilando de cerca los datos de altura mientras iban cambiando.

Los números se actualizaban cada tres cuartos de segundo. Era hipnótico. Luchó contra el impulso de cerrar los ojos.

Extendió la mano hacia adelante y rotó el dial negro una vez más. La posición dos mostraba 1.021 pies, la posición tres mostraba 314 pies. Estaban bordeando un valle, a solo trescientos pies de uno de los lados.

El ordenador les estaba mostrando cómo era un buen vuelo táctico.

Lo rotó de vuelta a la posición uno. Novecientos catorce pies directamente debajo de ellos.

Novecientos catorce pies. ¿En serio?

De repente, Millie se sintió elevado en su asiento.

Sintió que la aeronave se desplomaba.

Debe estar intentando volver a los trescientos pies sobre el suelo.

Llamó por el intercomunicador: —¿Por qué estamos tan altos?

—No lo estamos —respondió la voz seca de Rob May.

La aeronave continuó descendiendo.

Millie se agarró al escritorio para estabilizarse.

—¿Qué? —gritó, necesitando urgentemente una aclaración. Si en realidad no estaban a novecientos pies pero el avión creía que sí, intentaría descender hasta...

—¿Qué está pasando, Rob? —gritó Millie. Miró a Steve Bright, que le devolvió la mirada fijamente.

Los ojos de Millie volvieron rápidamente a la lectura del alcance.

803.

—¿Qué está ocurriendo, Rob? ¿A qué altura estamos, por el amor de Dios?

Necesitaba saber cómo se veía el panorama exterior.

—¿Rob?

Finalmente, Rob respondió: —Unos cien pies.

Millie volvió a mirar la lectura.

749.

—*Háblame, Millie* —gritó Rob.

—Dios mío, algo ha fallado. Cancela. *CANCELA*.

Tenían instrucciones de no intervenir con Guiding Light a menos que fuera absolutamente necesario. Pero seguramente morirían a menos que tomaran el control, ¿no?

El sudor goteaba de la frente de Millie. ¿Por qué Guiding Light estaba repentinamente ciego? ¿Por qué el láser estaba mirando a través de la roca sólida?

En la parte trasera, sintieron un bandazo cuando el piloto automático se desconectó.

Millie percibió el cambio de ángulo cuando la nariz se elevó, pero sabía que el impulso de la pesada aeronave seguía siendo hacia abajo.

Miró por encima del hombro y observó hacia la cabina; la cortina estaba abierta por la fuerza g.

Millie vio las manos de Brian Hill moverse hacia abajo, hacia la cuerda del asiento eyectable amarilla y negra.

—Oh, mierda.

La eyección solo era una opción para los dos pilotos. Millie y Bright no tenían ninguna posibilidad de salir con vida a esa altura.

Cerró los ojos y se preparó para morir.

La aeronave continuó hundiéndose.

¿Es esto?

Pensó en Georgina, la hermosa Georgina. Y en Charlie. ¿Dónde estaría ahora? En una clase de matemáticas, probablemente. Ajeno a la enormidad del momento.

La aeronave se estremeció.

Fue casi imperceptible, pero el impulso del avión cambió de una trayectoria descendente a una ascendente.

Abrió los ojos y miró alrededor de nuevo, a tiempo para ver a Hill soltar su agarre de la cuerda.

Hill de repente señaló hacia adelante y gritó: —*¡Árboles!*

La aeronave se inclinó hacia la derecha y Millie quedó pegado a su asiento cuando los motores aceleraron a máxima potencia y Rob May los lanzó en un espectacular giro ascendente motorizado.

Las vibraciones retumbaron a través del fuselaje mientras los motores rugían; la aeronave se quejaba y crujía bajo la tensión.

Millie gimió mientras la fuerza g lo agarraba, empujándolo contra su asiento.

Mantuvieron la maniobra que desafiaba la gravedad durante unos segundos, hasta que las alas se nivelaron.

Millie soltó un largo suspiro que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo.

Miró hacia Steve Bright, cuyos ojos estaban abiertos como platos por encima de su máscara.

Los aceleradores disminuyeron y la aeronave se estabilizó.

Pareció pasar un minuto completo antes de que alguien hablara.

Finalmente, el silencio fue roto por el normalmente imperturbable Brian Hill.

—Jesucristo.

Los ojos de Millie se posaron en la grabadora de datos en cinta.

Estaba apagada y vacía. Fuera lo que fuese lo que acababa de ocurrir, había sucedido después de que dejara de grabar las lecturas de altura de Guiding Light.

Se dio cuenta de que necesitaba escribir lo que había visto con sus propios ojos, pero no podía moverse.

Demasiada adrenalina en su sistema.

Calmó su respiración y finalmente sacó un lápiz.

El sistema los había llevado a un paso de un accidente catastrófico. El sofisticado láser había visto a través de la tierra sólida y le había dicho al ordenador de a bordo que descendiera.

No tenía ni idea de cómo había sucedido.

Ahora era problema de otro. Uno de esos listos cerebritos de DF Blackton en Cambridge tendría que dar algunas explicaciones.

Añadió una nota al final de su descripción del suceso.

Evaluación de Guiding Light suspendida.

El comandante de ala Mark Kilton luchaba con la transparencia de acetato. La imagen en el proyector de transparencias estaba al revés o del revés, y ahora estaba desenfocada y era demasiado grande para encajar en la pantalla.

El alto y corpulento teniente general estadounidense tomó asiento en la mesa. —¿Pilota usted los aviones a reacción mejor de lo que maneja un proyector, Kilton?

Kilton le ofreció a Eugene Leivers III una sonrisa forzada y se dio por vencido con el proyector. Tomó asiento en la mesa de comedor reconvertida que de alguna manera había llegado a la oficina lateral que había requisado para la reunión en el edificio de la sede de la estación.

La pintura se desconchaba de las paredes de la construcción de los años 30 y el calor fuera de temporada de un junio inglés hacía la vida incómoda para los cinco hombres en la sala.

Leivers se quitó la chaqueta, repleta de tres filas de cintas de medallas, y la colgó en el respaldo de su silla. Hizo un gesto desdeñoso con la mano hacia la pantalla blanca destinada a mostrar los diagramas de Kilton, y habló con un acento de Luisiana.

—Olvídelo, Kilton. Sé lo que hace Guiding Light. Lo que necesito saber es, ¿funciona?

Kilton le miró fijamente. —Funciona.

—Excelente.

El mariscal del aire de la RAF Richard Mannington se levantó y abrió las cortinas. Kilton hizo una mueca cuando la luz del día inundó la habitación.

—Luz solar —dijo Mannington—, para iluminar un momento de triunfo de la ingeniería británica.

Kilton se volvió hacia el general. —Guiding Light está funcionando y cambiará todo.

Una amplia sonrisa se extendió por el rostro de Leivers. —Por supuesto que lo hará, Kilton. —El general se inclinó hacia delante y golpeó la mesa—. Caballeros, debo decirles que hemos llevado a cabo algunas simulaciones teóricas utilizando la información que nos han proporcionado sobre Guiding Light, y los resultados han sido fenomenales. *Fenomenales*.

Tomó aire profundamente y bajó la voz.

—Lo que estoy a punto de contarles nunca saldrá de esta habitación. ¿Entendido?

Los ojos del general se desplazaron entre Kilton, Mannington y los otros dos hombres sentados a la mesa. Cada uno dio un gesto de asentimiento.

—El radar de seguimiento del terreno, la nueva tecnología que ambos nos apresuramos a instalar en nuestros nuevos aviones, está muerto.

—¿Muerto? —preguntó Mannington.

—Muerto, Dickie. Los rusos pueden detectarlo.

Kilton intentó no mostrar su conmoción.

—Pero estamos planeando instalar TFR en todo —dijo Mannington—. El láser... Guiding Light. Se supone que es un respaldo.

Leivers continuó. —Acaba de ser ascendido. En lugar de ayudar a nuestros chicos a entrar y salir de las tierras hostiles, el TFR hará lo contrario. Cada SAM ruso desde Berlín hasta Vladivostok se

bloqueará y los derribará del cielo. Podrían estar volando con focos y una gran flecha que diga *DISPAREN AQUÍ*. Una verdadera lástima.

Kilton inspiró. —¿Saben los rusos que nosotros lo sabemos?

Leivers le sonrió. —No, Kilton. No lo saben. Y tampoco saben nada sobre Guiding Light. Su láser silencioso resuelve un gran dolor de cabeza justo en el momento adecuado. Esto va hasta arriba. Y me refiero hasta arriba del todo. No se trata de ganar la Tercera Guerra Mundial. Se trata de prevenirla. Una vez que tengamos una ventaja inexpugnable sobre los Rojos, el juego habrá terminado para ellos. —Se reclinó y habló un poco más lentamente—. Y es por eso que tengo la atención del POTUS en este asunto.

Mannington le daba vueltas a un lápiz entre sus manos. —¿Qué es *Potus*?

—POTUS es el Presidente de los Estados Unidos, Dickie.

El Ministro de Estado David Buttler se aclaró la garganta. —General. El Reino Unido no está poniendo Guiding Light en un estante para venderlo a cualquier postor.

Leivers retrocedió. —¿A cualquier postor? Creía que teníamos una relación especial, señor Buttler.

—Por supuesto que tenemos una relación especial, general. Pero debemos recordar que Guiding Light es un sistema que nos da ventaja a todos solo mientras el enemigo permanezca ajeno a su existencia. Al menos hasta que se instale en las flotas.

—¿No confía en que Estados Unidos guarde un secreto?

—Gran Bretaña confía en América implícitamente. Es solo que las posibilidades de que el secreto se filtre son simplemente mayores cuanta más gente lo conozca. ¿Para cuántos aviones están considerándolo?

El general se encogió de hombros. —Dos mil para empezar.

Ewan Stafford parecía indiferente, pero Kilton lo conocía de toda la vida y sabía perfectamente que el director general, bajito y regordete, estaba dando volteretas por dentro.

—¿Y qué más?

—¿Perdone? —dijo Leivers, inclinando la cabeza hacia un lado.

Buttler habló con paciente claridad. —El pedido de Guiding Light sería sustancial, y estoy seguro de que nuestro colega de DF

Blackton está haciendo todo lo posible por no romper a cantar. Pero nos gustaría saber que nuestros avances militares más secretos pueden compartirse en ambas direcciones.

El general se encogió de hombros de nuevo. —Bueno, eso está un poco más allá de mis poderes, ministro.

—Pero no más allá de los poderes del POTUS, supongo.

—Bueno, no...

—¿Y tiene usted la atención del POTUS en este asunto?

El general pensó por un momento. —Sí, señor. La tengo. Y me atrevo a decir que habrá buenos acuerdos para ambos en el horizonte. Pero esto es algo que debemos discutir cuando estemos listos para hablar seriamente. Hasta ahora, no hemos visto este dispositivo funcionando.

Kilton sintió que todas las miradas volvían hacia él.

Stafford intervino. —Quizás Mark podría ponernos al día sobre el trabajo de prueba que su equipo ha estado realizando durante un tiempo. Un tiempo muy largo.

—Como sabe, señor Stafford, la Unidad de Pruebas de Vuelo de la Real Fuerza Aérea será el único y definitivo árbitro de la eficacia operativa de Guiding Light. Tenemos un calendario de pruebas detallado y se está ejecutando mientras hablamos. Los dos sistemas Guiding Light operativos han sido instalados en un Vulcan y un Canberra. El Vulcan está en el aire en este momento con una tripulación de la TFU. —Miró su reloj de piloto de la RAF—. Hemos volado ciento noventa y cuatro horas hasta esta mañana.

—¿Y ningún problema? —dijo Leivers.

—No. Todavía estamos a unas semanas de la aprobación final. Acordamos trescientas horas de vuelo intensivo. Ustedes quieren instalar esto en dos mil aviones y nosotros queremos equipar prácticamente toda nuestra flota del Mando de Bombardeo. Creo que es de interés para todos que funcione según lo prometido.

—Bien —dijo Stafford—. Pero no necesito recordarle a la sala que cuanto más esperemos, más posibilidades hay de que haya una filtración.

Kilton lo ignoró y se dirigió al General Leivers. —Estáis en la base de la RAF más segura del Reino Unido. Mientras el proyecto

permanezca bajo secreto aquí, no hay escenario posible en el que resulte ineficaz. Los soviéticos no tendrán ni idea de qué es ni cómo defenderse contra ello. Y cuando esté operativo, y lo estará pronto, los aviones de la OTAN podrán por primera vez operar en las profundidades del territorio ruso sin emitir ningún tipo de energía de radar. A baja altura seremos invisibles.

Leivers juntó las manos y sonrió ampliamente. —Eso es por lo que estamos haciendo esto. Kilton, entrega este sistema y no solo harás feliz al contable del señor Stafford. Vamos a ser amigos durante mucho tiempo.

—Excelente, Mark —dijo Buttler—. Muy buen trabajo por parte de TFU. Esto no se olvidará.

La mano del General Leivers apareció en el hombro de Kilton. El hombre de Baton Rouge se inclinó y susurró lo suficientemente alto para que todos lo oyeran. —He dedicado mi vida a derrotar al comunismo, muchacho. Es una plaga letal y desagradable, y tú, amigo mío, tienes su final en tus manos. No me decepciones.

Kilton asintió. —General Leivers, tiene mi palabra.

La reunión terminó. Kilton recordó a los presentes que no permitían que ningún documento relacionado con Guiding Light saliera de West Porton. Los hombres accedieron reuniendo sus notas informativas en un solo montón para que él las llevara a los armarios seguros de TFU.

Leivers parecía adecuadamente impresionado con el énfasis en la seguridad. —Realmente dirigís una operación secreta aquí, ¿no es así, Kilton?

El vicealmirante del aire intervino antes de que Kilton pudiera responder. —Se te podría perdonar pensar que aquí no hay ninguna base en absoluto. En el Grupo llamamos a West Porton la RAF Oculta.

—Entonces sugiero que estamos haciendo nuestro trabajo correctamente —dijo Kilton.

Leivers desapareció de la sala.

Mannington se volvió hacia Kilton. —¿Cuál es esa expresión americana que usaste una vez, Mark? *Need to know*. Supongo que crees que tus superiores no necesitan saber nada.

Kilton continuó ordenando los papeles en una carpeta marrón.

—Necesitamos saber algo, Mark —continuó Mannington—. Todavía existe una cadena de mando. Ten eso en cuenta, por favor.

Salió de la sala; Ewan Stafford lo siguió de cerca, ofreciendo un toque de su sombrero antes de colocárselo en la cabeza.

El ministro se detuvo un momento, permitiendo que los demás se alejaran lo suficiente para no oírles.

—Eso ha sido impresionante, Mark.

—Pensé lo mismo de usted, señor. Todo un jugador de cartas.

El ministro sonrió y cerró su maletín.

—Te das cuenta de que este proyecto no puede fracasar. Después del desastre del TSR-2, necesitamos esta victoria. Tener que cancelar un proyecto de caza-bombardero de alto perfil fue cuando menos vergonzoso. Guiding Light tiene que ser un éxito. Como he dicho, no quedará sin recompensa. El Primer Ministro siempre está buscando hombres de confianza en los altos mandos militares. Entrega Guiding Light, autorizamos la venta de Blackton a los americanos. Esa es una inyección de dinero extremadamente bienvenida justo cuando la necesitamos. Un escenario ganador para todos nosotros.

Kilton miró por la ventana donde Mannington estaba ayudando a Leivers a entrar en su coche oficial. Buttler siguió su mirada.

—Y nos aseguraremos de que los americanos sepan quién fue el que entregó este proyecto. Pero Mark, si tenemos otro fiasco, particularmente una filtración de TFU, entonces será muy difícil justificar la existencia de esta unidad que has creado. Ya estás alborotando las plumas de los altos mandos de la RAF.

—No habrá ninguna filtración desde aquí, pero no me gusta que la información suba por la línea hasta el Grupo. —Asintió hacia el coche oficial que se alejaba—. Empiezo a perder el control de quién sabe qué, y es entonces cuando puede haber filtraciones.

—Lo entiendo. Entonces, ¿cómo puedo ayudar?

Kilton lo miró. —Permítame informar directamente a usted, directamente al Ministerio del Aire y eliminar al Grupo y al Edificio Principal de la RAF.

—¿Te das cuenta de lo que estás pidiendo? Los hombres con galones dorados en sus hombros no estarán contentos.

Kilton pensó un momento y se encogió de hombros.

Buttler sonrió. —Puedo hablar con el Primer Ministro. Creo que verá el beneficio de tal acuerdo. Entre tú y yo, él cree que la mayoría de la RAF ahora lo odia por acabar con el TSR-2.

—Lo hacen —respondió Kilton rápidamente—. Pero entonces son en su mayoría viejos románticos que piensan que estamos atascados en la década de 1940. Algunos de nosotros existimos en el mundo real.

—Son un grupo poderoso, esos viejos románticos como tú los llamas. Tu cabeza está por encima del parapeto ahora, Mark. —El ministro caminó hacia la puerta—. Descubrirás que tu vida era mucho menos compleja en 1940, derribando a la Luftwaffe y manteniéndote vivo un día más. Hablaré con el Primer Ministro. Creo que probablemente podemos acordar que informes directamente al Ministerio por ahora. Manteniéndolo todo en secreto en nombre de la confidencialidad. Sería una tragedia para todos si este proyecto fracasara antes de que se firmara ese acuerdo.

Los tacones del ministro hicieron un ruido de clic en el suelo duro mientras desaparecía, dejando a Kilton solo con un sobre marrón lleno de papeles y sellado con *TOP SECRET.*

Millie se inclinó hacia delante y accionó un interruptor marcado como *DATA PANEL ELEC*. Los números naranjas mostrados por el sistema Guiding Light se apagaron cuando se cortó el suministro eléctrico.

Metió su maletín de vuelo de nuevo bajo la estación del navegante y lo aseguró con una cuerda elástica. Dentro había los cuatro carretes de cinta magnética que había llenado con datos de altura, grabando el vuelo a baja altitud. Pensó que cuatro serían

suficientes para cubrir la operación, pero se perdió los últimos minutos, que incluían el momento en que el sistema se descontroló.

Pero no importaría, ya que había cuatro hombres a bordo, y podrían describir con precisión lo que sucedió entre todos ellos.

Las alas del avión se balancearon y sintió que aumentaba la fuerza g, presionándolo contra su asiento. Pero fue suave; Rob estaba guiando el avión de alas delta suavemente hacia la aproximación final de RAF West Porton. Era un estilo de vuelo que coincidía con su naturaleza.

Un momento después, con un chirrido de goma bajo ellos, habían aterrizado.

Una vez que la aeronave se detuvo al final de un breve rodaje, Steve Bright se levantó rápidamente de su asiento y abrió la escotilla. Millie permaneció en su sitio, pero observó cómo el navegante extendía la escalera amarilla.

Era un cálido día de junio. Millie se quitó el casco y la máscara de oxígeno, y pasó una mano enguantada por lo que quedaba de su sudoroso pelo gris, ahora aplastado contra la cabeza.

Finalmente, Brian Hill apartó la cortina, con aspecto exhausto. Asintió hacia Millie pero no dijo nada mientras bajaba los escalones.

Rob venía detrás. Millie hizo una mueca al ver su rostro enrojecido con pronunciadas líneas de estrés, aplastado dentro del casco.

Parecía un hombre de cuarenta años, en lugar de un joven de veintinueve con cara fresca.

—¿Estás bien?

Rob parecía serio. Asintió y continuó bajando por la escalera. Millie recogió su maletín y le siguió afuera, tanteando los peldaños metálicos bajo sus pies. Todo parecía llevarle más tiempo estos días.

Sintió la mano de Rob en su espalda, ayudándole mientras se concentraba en saltar hacia atrás los últimos peldaños desde el escalón inferior. Aterrizó y se tambaleó con sus voluminosas botas de vuelo, agradecido por el apoyo de su amigo.

—No diseñaron esto pensando en tipos de cincuenta y cuatro años —dijo, aliviado al ver que Rob le devolvía la sonrisa.

Mientras se giraban y caminaban hacia el hangar y las oficinas de la TFU, Millie instintivamente apoyó una mano en el hombro de Rob.

—Lo hiciste bien. Nos salvaste a nosotros y al avión.

—No sé si lo hice bien, Millie. Fui lento para reaccionar. Tuviste que gritarme —Rob hizo una pausa y miró hacia atrás al Vulcan: blanco inmaculado, encorvado sobre su tren de aterrizaje—. Casi lo pierdo.

—Nos han dicho que no intervengamos a menos que sea absolutamente necesario y hemos registrado, ¿qué?, casi doscientas horas. Toda tu experiencia estaba jugando en tu contra. Pero lo conseguiste.

Rob seguía mirando hacia atrás al avión. —Puede ser abrumador si me paro a pensarlo. Los reactores son grandes, nuevos, tremendamente caros. Tres tripulantes de los que soy responsable.

—Es mucho para un joven, ¿verdad? —Millie le sonrió—. Mira. Lo hiciste bien hoy. Actuaste a tiempo, y francamente eso es lo único que importa. Piénsalo bien. Si crees que podrías haberlo hecho mejor, averigua por qué y aprende. Pero siempre va a parecer caótico cuando las cosas van mal, Rob. Y vaya si fueron mal.

—Sí que salió mal, ¿verdad? ¿Qué ocurrió?

—El láser vio directamente a través del suelo, o al menos el ordenador malinterpretó la información. De cualquier manera, ordenó al piloto automático descender como si estuviéramos a novecientos pies, no a trescientos.

—¿Podremos volver a confiar en él?

Millie se burló. —No hasta que lo ocurrido hoy se entienda completa y absolutamente, y el problema se solucione.

Continuaron hacia la TFU, donde tomaron té y no discutieron el incidente con nadie. Así era el estilo de la TFU. Mark Kilton había dejado claro que solo se hablaba de los proyectos con aquellos que necesitaban saberlo.

Pero Millie podía notar por las miradas de sus colegas que sabían que algo había ocurrido.

Era una forma tan extraña de operar. En cualquier escuadrón normal estarían compartiendo su historia, desahogándose,

encontrando consuelo en las miradas de horror y empatía de sus amigos.

Pero no en la Unidad de Vuelo de Pruebas de Mark Kilton.

Después de entregar su equipo de vuelo y los monos, Millie condujo a la tripulación a una oficina lateral para el informe.

Una vez cerrada la puerta, Brian Hill lideró las preguntas, todas dirigidas a Millie como líder del proyecto y el hombre más familiarizado con el funcionamiento interno de Guiding Light.

Millie miró sus notas garabateadas apresuradamente.

—Estaba girando el selector, comprobando nuestra posición general. Cuando lo volví a poner en la posición número uno, mostraba unos novecientos pies por debajo de nosotros.

—¿Novecientos? Cristo, Millie, todavía estábamos a trescientos —dijo Hill—. Así que por eso Guiding Light nos lanzó hacia el suelo. No podía verlo.

Millie sacudió la cabeza perplejo. —Supongo que estaba haciendo lo que le pedimos. Volarnos a trescientos pies. Solo estaba intentando bajarnos de nuevo.

—Eligió un momento perfecto para quedarse ciego —dijo Brian Hill—. ¿Un sistema de última generación de cien mil libras haciendo descender un bombardero Vulcan de cuatro motores con cuatro personas a bordo hacia las rocas galesas? Alguien, en alguna parte, debería ser despedido.

Millie sacó el mapa y con la ayuda de Steve Bright, hicieron lo mejor posible para dibujar la trayectoria del avión a lo largo del valle, marcando el punto con una *X* donde todo había salido mal.

—¿Y definitivamente no tenías una cinta grabando? —preguntó Rob a Millie.

—No. Traje cuatro cintas basándome en el tiempo de vuelo a baja altura y acababa de terminar la última.

—Qué mala suerte —dijo Hill—. Las cintas lo graban todo, ¿verdad?

—Ehm, creo que sí —dijo Millie—. Nunca he visto lo que graban o dejan de grabar. Todas van a Cambridge para que un ordenador central las lea. Pero no importa, ¿verdad? Si hubiéramos estado en un Vulcan con equipamiento estándar y el piloto automático hubiera

fallado, lo informaríamos justo así —señaló el mapa y las notas sobre la mesa—. Que todos lo escriban ahora mientras está fresco y yo hablaré con Kilton.

Hill se rio. —Buena suerte con eso, viejo amigo.

—No tendrá elección, Brian. Tenemos que detenerlo.

—Estoy de acuerdo, colega. Pero igualmente, buena suerte.

Millie dobló el mapa y recogió las notas.

Hill se levantó hasta sus completos metro noventa y tres y puso sus brazos alrededor de Rob y Steve Bright.

—¿Sabéis lo que necesito?

Rob inclinó la cabeza. —¿Tiene algo que ver con el bar de la cantina?

—Exactamente. Cerveza. Necesito cerveza y necesito compañeros para beber. Ya he tenido suficiente de este lío por hoy —condujo a los dos hombres más jóvenes fuera de la habitación.

—Yo aseguraré el papeleo —dijo Millie a la habitación vacía.

Había una pequeña cola en la tienda NAAFI cuando Millie cogió un paquete de John Player No. 6. Cinco minutos después, empujó la puerta del bar de la cantina para descubrir la habitual multitud de hombres, de vuelta en uniforme pero con aspecto un poco desaliñado por las actividades aéreas del día.

Cervezas en mano, cigarrillos en boca; historias de vuelo y humo llenaban el aire.

Brian Hill, Steve Bright y otro piloto del TFU, Jock MacLeish, estaban de pie junto a una de las columnas en el centro de la sala. Millie fue primero a la barra, donde el camarero de chaqueta blanca ya estaba sirviendo whisky.

—Llevo demasiado tiempo aquí —dijo mientras cogía el vaso.

Cuando llegó a la columna, Hill estaba hablando y captó el final de la conversación.

—... en fin, fue condenadamente cerca.

Millie abrió su nuevo paquete de cigarrillos y arrugó la solapa de papel plateado doblada sobre los extremos del filtro. Ofreció el paquete a los demás, y Hill se inclinó para coger uno. Cuando estaban cerca, Millie habló en voz baja.

—Espero que no estés siendo indiscreto, Brian.

Hill se encogió de hombros y golpeó suavemente su cigarrillo en la repisa de bebidas que rodeaba la columna.

—Podemos confiar en el viejo MacLeish. Es escocés. El más digno de confianza de los celtas, creo.

—Puede ser —continuó Millie, en un tono más bajo que Hill—, pero no necesita saberlo.

Hill resopló ante el uso incongruente de la nueva frase de moda de Kilton, pero Millie siguió mirándole, esperando. Finalmente, Hill le dirigió una mirada resignada y asintió en señal de reconocimiento.

En el incómodo silencio que siguió, Millie bebió la mitad de su medida de whisky, saboreando el aroma ahumado. El alcohol embotaba sus sentidos; se sentía bien.

Examinó la sala, buscando a Rob. El bar se estaba llenando rápidamente mientras los oficiales terminaban su turno en varias partes de la estación: controladores aéreos en una esquina, administrativos de la base en otra.

Un hombre envejecido con ojos hundidos levantó su copa. Millie alzó su vaso en respuesta, asintiendo hacia JR, un piloto de la Unidad de Mantenimiento 206, un grupo poco glamuroso anidado en la esquina más alejada del aeródromo.

El resto de la sala era del TFU. Ruidosos, descarados, élite. Sus colegas ocupaban la barra y la mayoría de las mesas. ¿Cómo habría sido hace trece meses, cuando la Unidad 206 era la única unidad de vuelo? Bastante agradable, sospechaba, y de repente sintió una punzada de envidia por las tripulaciones aéreas cuya única tarea era el vuelo final de aeronaves retiradas.

Finalmente sus ojos encontraron a Rob. Estaba instalado entre la élite de la élite: el selecto grupo de pilotos de prueba senior, agrupados en un extremo de la barra.

Millie arqueó una ceja y miró a Brian Hill.

—¿Cómo ha acabado Rob allí?

Hill miró de reojo. —Ah, me temo que los peces gordos vinieron a por él antes de que llegaras.

Millie estudió a Rob. A un lado tenía a Red Brunson, un americano de intercambio de Edwards. Glamuroso y extravagante, volaba con su propio "traje de vuelo" gris, como él lo llamaba, y un casco elegante con visera de espejo. Parecía un astronauta del Apollo.

Al otro lado estaba Speedy Johnson, una leyenda para todos los colegiales de los años cuarenta y cincuenta. No paraba de batir récords de velocidad para la RAF mientras florecía la era del jet.

—No puedes culparle —dijo Hill, y Millie tardó un momento en darse cuenta de que le estaban hablando.

—¿Eh?

—No puedes culpar a Rob por dejarse impresionar por ese grupo. Es un piloto de pruebas prometedor.

—Esperemos que no lo corrompan —dijo finalmente Millie.

Llegó una ronda de bebidas; mientras Millie alargaba la mano para coger su siguiente vaso de whisky, notó una ondulación de movimiento al otro lado de la sala.

Mark Kilton había llegado.

Esto provocó un enderezamiento de espaldas y una apertura subconsciente de los grupos, esperando que se uniera a ellos.

Kilton inevitablemente se movió para beber con el grupo apiñado en la barra. Rob sonrió a Kilton, quien le dio una palmada en la espalda.

La sala estaba ahora abarrotada. Un humo denso flotaba en el aire, y el calor del día lo hacía incómodo.

Millie miró su reloj. Las seis ya. Georgina y Mary estarían esperándoles a él y a Rob, impacientes por cenar y comenzar con la partida de cartas.

Apuró su vaso, se despidió y se acercó al grupo de la barra. Red Brunson le dio una amistosa palmada en el hombro cuando llegó. Speedy Johnson exclamó: —¡Ah, Milford! ¿Vienes a hablarnos de datos?

El grupo se rió.

—Bueno, alguien tiene que cuidar de los ordenadores que os están reemplazando.

Esto provocó algunos abucheos fingidos de los pilotos.

Por impulso, se volvió hacia Kilton.

—Jefe, ¿puedo hablar con usted un momento?

Kilton asintió y se apartaron a una esquina cerca del piano del comedor.

—Iba a informarle mañana, y lo haré, pero pensé que debería hacérselo saber. Guiding Light falló hoy.

La expresión de Kilton no cambió al principio. Luego pareció desconcertado.

—¿Qué quiere decir con "falló"?

—Se quedó ciego, a trescientos pies y trescientos nudos, en Gales.

—¿Ciego?

—De repente estábamos descendiendo. Casualmente estaba mirando el panel en ese momento. El láser creía que había novecientos pies bajo nosotros. En realidad seguíamos a trescientos.

—¿Así que cancelaron?

—Nos llevó un momento a todos asimilar lo que estaba pasando, pero sí, Rob hizo un buen trabajo e intervino a tiempo. Justo a tiempo.

—¿Justo? ¿Cuánto os acercasteis?

Millie hizo una pausa y respiró hondo. —La cinta no estaba grabando, así que no puedo estar seguro.

—¿No tiene ningún registro?

—Tomé algunas notas, pero no, las cintas se habían agotado en ese momento. Era el final de la prueba.

Kilton permaneció en silencio, estudiando a Millie, haciéndole cambiar el peso de un pie a otro.

—En cualquier caso, no tenemos opción, jefe, más que inmovilizar Guiding Light hasta que Blackton pueda identificar el problema y ver si pueden rectificarlo. Si pueden rectificarlo, sugeriría que empecemos el ensayo desde cero.

Un destello de ira cruzó el rostro de Kilton y Millie dio medio paso atrás.

—¿Y no cree que está exagerando esto, Millie, como de costumbre?

—¿Perdón? Con todo respeto, jefe, casi nos mata.

Kilton negó con la cabeza. —Póngalo todo por escrito y déjelo en mi escritorio mañana por la mañana. —Hizo ademán de marcharse, pero luego se volvió—. Y ni una palabra con nadie.

Millie asintió. —Por supuesto, jefe.

Observó cómo Kilton se unía a Brian Hill y Jock MacLeish, en lugar de volver al grupo de la barra.

Millie regresó a la barra y tiró del hombro de Rob.

—Será mejor que volvamos, joven. Las esposas estarán esperando para su partida de cartas.

—¡Oh, no! El padre de Rob está aquí para recogerle —dijo Johnson—. Oh, por favor, padre de Rob. ¿Puede quedarse solo para una copa más?

Rob miró la pinta recién servida.

—Quizás me tome primero esta, Millie. Te veré en tu casa más tarde.

Las oxidadas ruedas del Rover de diez años de Millie protestaron mientras rozaba el bordillo frente a su vivienda militar.

—Y por eso no soy piloto —se recordó a sí mismo, mientras salía torpemente al cálido atardecer de junio.

El sonido de mujeres riendo llegaba desde el jardín trasero mientras se dirigía por el pasillo lateral.

Georgina y Mary estaban sentadas en dos desgastadas sillas de jardín. Vestidos de verano, sombreros de ala ancha y lo que parecían ser gin-tonics en mano. Georgina con su rojo favorito, Mary de amarillo. Millie se quedó observando un momento.

—¡Cariño! —gritó Georgina cuando le vio—. ¿Qué haces ahí acechando entre las sombras?

Millie dejó su maleta de vuelo justo dentro de las puertas francesas abiertas y cogió una tercera silla de jardín.

—Solo admiraba la belleza local.

—Más bien un mirón —Georgina se levantó y le dio un beso de bienvenida—. ¿Una copa? ¿Whisky?

—¿Tenemos hielo?

Georgina pensó un momento.

—No creo, pero veré si puedo arrancar algo del interior del congelador si quieres.

—Lo que haga falta.

El alivio de Millie por estar en casa debió notarse en sus ojos, ya que Georgina se quedó un momento más.

—¿Todo bien?

Intentó no mirar a Mary; no era el momento de decir nada sobre el incidente. Dependía de Rob y de cada miembro de la tripulación lo que compartieran con sus esposas.

—Sí, bien. Solo cansado.

Georgina pareció poco convencida, pero desapareció dentro de la casa.

—Bueno —dijo Millie volviéndose hacia Mary—, pensé que nos echaríais de menos, pero parece que no.

Mary se rió.

—La ola de calor es tan maravillosa. Simplemente es agradable estar al sol.

—¿No hay cartas esta noche?

—Bueno, necesitamos cuatro para las cartas. ¿Rob fue a casa a cambiarse?

—En realidad, todavía estaba en el bar cuando me fui. Supongo que vendrá más tarde.

—Muy bien, pues disfrutaremos del sol de la tarde los tres —se reclinó en su silla y cerró los ojos, su cabello castaño hasta los hombros moviéndose suavemente con la brisa. Millie le sonrió; tan joven y bonita y con un prometedor piloto de pruebas a su lado.

Sintió una punzada de celos al recordar la época después de la guerra cuando le ascendieron, y él y Georgina eran considerados los jóvenes.

Los tres comieron al aire libre y permanecieron allí en el último resquicio de calor; era inusual que durara tanto en la noche.

El reloj de pie de los Milford sonó, sus suaves campanadas filtrándose desde la casa a través de puertas y ventanas abiertas. Diez campanadas. Era evidente que Rob no aparecería esa noche. O seguía en el comedor de oficiales o se había ido a casa, peor para llevar.

Millie acompañó a Mary de vuelta a su vivienda militar, dos calles más allá en Trenchard Close.

La casa estaba a oscuras.

—Tampoco está aquí —se volvió hacia Millie—. ¿Mi marido nos ha cambiado por nuevos compañeros de copas?

—Me temo que sí. Todos necesitamos desahogarnos de vez en cuando.

Ella pareció pensativa por un momento.

—Sí, por supuesto. Un poco grosero ya que teníamos planeado jugar a las cartas. Lo siento, Millie.

—No te preocupes —dijo, y se despidieron con un beso en la mejilla—. Seguro que volverá pronto.

Millie regresó paseando a casa. ¿Se habría perdido algo importante en el bar del comedor de oficiales?

Le inquietaba el breve intercambio con Kilton.

Esto es demasiado... Menuda tontería decir eso.

Pensó en Kilton acercándose a Brian Hill mientras él se marchaba.

¿Estarían discutiendo la situación de Guiding Light sin él?

Levantó la vista al acercarse a la casa y vio a Georgina en la cocina mirándole. Hizo un pequeño saludo con la mano y empujó la puerta principal.

Ella estaba en el fregadero, con el delantal puesto, terminando de lavar los platos.

—Déjame ayudarte —dijo, y cogió un paño para secar.

—Gracias. ¿Sabes qué pensé mientras te veía volver a casa caminando como un pato?

—¿Lo guapo que estoy?

—Sí, obviamente, pero también lo gordito que te ves. Necesitas perder peso, señor —le dio un toquecito en el costado.

—Lo sé, pero es tan tedioso hacer ejercicio y, Dios no lo quiera, seguir una dieta.

Georgina dejó de fregar.

—¿Qué ha pasado hoy?

Millie sonrió.

—No puedo ocultarte nada, ¿verdad?

—No.

Millie se encogió de hombros y habló con toda la naturalidad que pudo.

—Tuvimos un pequeño momento en el aire.

—Oh, Dios —Georgina se quitó los guantes amarillos de goma—. Cuéntame.

—Está bien, está bien. Todo el mundo está bien. Solo fue un momento. Brevemente aterrador, pero lo superamos y eso es lo que importa. De hecho, Rob estaba pilotando e hizo un trabajo excelente.

—¿Rob estaba pilotando? ¿Es por eso que no está aquí esta noche?

—Eso creo. Desahogándose en el comedor.

—Es comprensible. ¿Le dijiste algo a Mary?

—No. Eso le corresponde a Rob. Cada uno es diferente.

—¿Puedes decirme qué sucedió?

Millie lo pensó un momento.

—Realmente no. Lo siento.

Ella se acercó y puso las manos en sus mejillas.

—No importa. Me alegro de que estés a salvo, Líder de Escuadrón Milford.

Se besaron y a él se le humedecieron los ojos, la experiencia cercana a la muerte alcanzándole finalmente.

Lo había visto en otros: una reacción retardada.

Georgina no pareció notarlo. Le soltó y se acercó al calendario de pared, sujeto a un tablón de corcho sobre la mesa.

—Casi cuento los días hoy. Son algo así como ciento veinte — levantó las páginas hasta que apareció octubre.

—Lo siento, ¿qué?

Su dedo descansaba sobre el 19 de octubre. —Este es el día, ¿verdad? 19 de octubre. Tu último día en la RAF.

—Ah. Sí.

Ella dejó caer las páginas del calendario.

—Ciento veinte días, Millie, eso es todo. Lo único que te pido es que sigas entero. ¿Vale?

Él se rio. —Te lo prometo. Créeme, tengo tantas ganas como tú.

—¿De verdad?

—Sí, claro. Voy a dedicarme a la vela, ¿recuerdas? Estoy seguro de que la pensión de la RAF dará para el sitio que vimos en Lee-on-Solent. Por los pelos.

Ella inclinó la cabeza, evaluándolo. —Bien. Todo irá bien, Millie. Seguiremos viendo a todos nuestros amigos, dondequiera que los destinen.

Millie terminó de secar los platos. Georgina desapareció y reapareció con un vaso de whisky.

Él se sentó a la mesa de la cocina y se lo acercó a la nariz.

—Ah, el .

—Bueno, creo que te mereces un capricho. Y es el vaso elegante, el del juego de boda. El último superviviente.

—¿El último? Empezamos con ocho.

Ella sonrió. —Todo tiene su fin, Millie. De todas formas, el índice de bajas en vasos de los pabellones militares es bastante alto. Hemos tenido noches bastante locas a lo largo de los años. Creo que perdimos tres de ellos en Hong Kong jugando a ese tonto juego con la pelota de cricket.

Millie se rio al recordarlo. —Test Match Sofa era un juego genial. Era todo un receptor cuando me colocaba correctamente cerca del piano.

—Estoy segura de que lo eras, estoy segura de que lo eras.

Le besó en la cabeza y susurró: —Me alegro de que estés en casa, Comandante Milford.

Él le apretó la mano y le sonrió.

—No te preocupes, nuestra jubilación está a salvo. Antes de que te des cuenta, me tendrás dándote la lata todo el día.

—Estupendo —sonrió ella y se dirigió al piso de arriba, apagando la luz del pasillo.

La luz de la cocina era tenue; el sol de pleno verano por fin se había puesto. La luz anaranjada de sodio de las farolas de la calle llenaba la ventana. Millie dio vueltas al vaso en su mano y dejó que la luz brillara en él. Una hermosa pieza de cristal. Qué pena que hubieran perdido los otros. Pero quizás era un precio que merecía la pena pagar por la diversión que habían tenido.

Se hizo una nota mental para asegurarse de que este vaso sobreviviera hasta la jubilación. Algo de lo que beber y recordar los días de gloria.

Apuró el vaso, recordando de repente su cita de la mañana. Nadie salía de un encuentro con Mark Kilton sin moratones.

Un piloto borracho tocaba el piano, bastante mal. Rob se reía, todavía acurrucado entre los pilotos veteranos.

Kilton observaba desde la barra, mientras el pianista hacía señas a los hombres alrededor de Rob para que se unieran a la canción. La mayoría se levantó de un salto, pero Rob permaneció en su asiento, disfrutando del espectáculo.

El jefe de la TFU cogió su bebida y se acercó, eligiendo el espacio vacío junto a su joven protegido.

—He estado pensando sobre este disparate en el Vulcan. No creo que podamos dejar que un único incidente sin corroborar descarrile un proyecto de importancia internacional.

Estudió a Rob, que asintió lentamente.

—Su importancia estratégica no puede subestimarse, ¿lo entiendes, verdad, May?

La música se volvió estridente mientras los hombres cantaban una mala versión de "Livin' Doll" de Cliff Richard.

Rob asintió de nuevo, manteniéndose en silencio.

Kilton tuvo que alzar la voz por encima de los cantantes.

—¿No crees que existía la posibilidad de que hubieras anulado el piloto automático con la palanca? —Rob frunció el ceño, pero Kilton continuó—. No se desconecta si tocas la palanca. El ordenador luchará contigo un poco hasta que la sueltes.

—No agarré la palanca hasta que cancelamos —dijo finalmente.

—Quizás no la agarraste, pero es un espacio estrecho, y puede que te apoyaras suavemente en ella o que inconscientemente la empujaras hacia delante mientras supervisabas el vuelo. No habrías sido el primero en hacerlo, May.

Rob meditó.

—Quiero decir —continuó Kilton—, me sería enormemente útil personalmente escuchar que podría haber alguna otra explicación. Y es posible. ¿No es así, May? Podrías haberla golpeado accidentalmente. Eso es todo lo que se necesitaría a esa velocidad y altura para causar un susto.

Rob inclinó la cabeza.

—No estás en problemas, May. De esto se trata en las pruebas. Ahora sabemos cómo reaccionará. —Hizo una pausa y habló lentamente—. Es importante que admitas que podrías haberla golpeado.

Rob levantó la cabeza y se volvió para mirar al jefe. Kilton hizo un pequeño gesto de ánimo con la cabeza.

—Supongo que siempre es posible.

Capítulo Dos

Miércoles 8 de junio

El Rover color burdeos de Millie era un coche de lujo en 1951. Quince años después, la vida había pasado factura. Los asientos de cuero estaban arañados y rasgados en algunos lugares, y adornados con tiras ocasionales de cinta negra de sus propias reparaciones. Pero era cómodo, aunque un poco pesado en su manejo. De cualquier manera, debido a una mala inversión en su pensión y con la jubilación a la vuelta de la esquina, Millie no tenía más remedio que usarlo hasta que se estropeara por completo.

Rodaba, más que girar, en las curvas. Crujía sobre los muelles gastados mientras lo guiaba por la estrecha carretera rural hacia la puerta principal de la RAF West Porton.

Luchó con la rígida manivela de la ventanilla, pero logró bajarla lo suficiente para pasar su tarjeta de identificación al guardia de seguridad.

El hombre con la extraña gorra de la Policía de Seguridad de West Porton estudió la tarjeta cuidadosamente. Los WPSP eran una rama de la policía militar que parecía única de esta base, por lo que sabía Millie. También sabía que no se fomentaban las preguntas sobre los dispositivos de seguridad.

El sonido de los motores a reacción se colaba en el coche con la brisa. Pruebas de motor tras el mantenimiento. Ingenieros trabajando duramente, esforzándose a todas horas para asegurar que la TFU de Mark Kilton tuviera un complemento completo de aeronaves con las que jugar cada día.

El guardia le devolvió la tarjeta, y Millie instó al pesado coche a abandonar sus amarras y continuar hacia la TFU.

Había silencio en la sala de planificación: ni risas, ni charlas animadas, solo algunos murmullos de los hombres en la barra de té.

Sabía que algo ocurría y solo podía ser una cosa.

Mark Kilton estaba de mal humor.

Se acercó en busca de información.

—¿Algo que deba saber? —le preguntó a Jock MacLeish, mirando hacia la oficina lateral de Kilton. La puerta tenía un panel de cristal y había cierto movimiento dentro.

—Drama en el bar anoche —respondió Jock con su suave acento escocés—. Nunca había visto a Kilton así. Él y Brian Hill a toda máquina.

—¿Sobre qué fue? —preguntó Millie, temiendo que ya sabía la respuesta.

—No lo sé, como es costumbre en la TFU. Acabaron en el aparcamiento. Obviamente todos nos metimos en la antesala e intentamos escuchar a escondidas. Lo único que puedo decir es que tuvieron un desacuerdo fundamental sobre algo. Estaban como el perro y el gato.

—¿El aparcamiento? ¿Fue físico?

—Casi —MacLeish hizo una pausa y miró alrededor nuevamente —. Los rumores dicen que Brian se ha ido.

—¿Qué? ¿Se ha ido?

MacLeish se encogió de hombros.

—Eso es lo que he oído. Se ha ido. *Persona non grata*. Ya no es miembro en servicio de la TFU. Fue demasiado lejos con el jefe y lo fusilaron antes del amanecer, o al menos lo rechazaron en la puerta principal y le dijeron que esperara sus órdenes de destino.

Millie miró fijamente hacia la oficina de Kilton.

—¿Dónde estaba Rob en todo esto?

—Con nosotros. ¿Por qué?

—¿No estuvo involucrado en la discusión?

—No.

—*Milford*. Aquí. —Un grito desde el otro lado de la sala.

Millie intercambió una breve mirada con MacLeish antes de dirigirse a la oficina de Kilton; el jefe ya había desaparecido dentro después de vociferar su llamada.

Justo cuando llegó a la puerta, Rob entró en la sala de planificación.

—¿Estás bien? —articuló Millie sin voz.

Rob asintió, pero parecía preocupado.

Millie cerró la puerta de la oficina tras él y se quedó esperando mientras Kilton terminaba un memorándum con su pluma estilográfica de tinta negra. Millie apenas podía distinguir el nombre de Brian Hill en el encabezado del asunto.

Kilton tachaba las palabras con trazos cortos y bruscos.

Millie miró a través del panel de cristal de la puerta; algunas caras le devolvían la mirada. Todos en vilo.

Finalmente, el jefe de la TFU levantó la vista.

—Esta tontería de ayer está resuelta.

—¿Tontería, jefe?

Kilton se reclinó y depositó la pluma estilográfica en su escritorio.

—Su intento de inmovilizar el proyecto militar más importante del planeta con un incidente no registrado y no probado no es apreciado.

Una imagen del coche de Brian Hill siendo detenido en la puerta de seguridad llenó su mente.

—Éramos cuatro en el avión, señor. Puede que no estuviera capturando datos, pero tomé notas y cada uno de los otros hombres corroborará lo que sucedió.

Kilton dobló el memorándum y lo colocó en un sobre.

—Ahora sois tres. Hill se pasó de la raya anoche y lo considero inestable y no apto para volar.

—¿Porque discutió con usted?

—No fue una discusión, Millie. Se salió de la línea. Fuera lo que fuera lo que pasó durante el vuelo, lo había puesto tan nervioso que

se negaba a volar, y no necesito pilotos que no quieran volar.

—Con todo respeto, señor, ¿se negaba a volar o simplemente se negaba a volar con Guiding Light?

—No hay diferencia. No hay lugar para pilotos que quieran ser selectivos sobre las pruebas que realizan.

—Con todo respeto, señor, sigo creyendo en lo que vi. El sistema falló, las lecturas de altura que se mostraban en el panel eran incorrectas y colocaron la aeronave en un descenso peligroso... — Kilton abrió la boca para contradecirle, pero Millie continuó—: Y tiene razón. No lo grabé y supongo que es cierto decir que no hay evidencia firme. Pero he estado pensando en esto. ¿Y si hubiera ocurrido antes y no nos hubiéramos dado cuenta? ¿Y si estuviéramos en altitud y pensáramos que era turbulencia? ¿O quizás sucedió antes de que incluso comenzáramos a enganchar Guiding Light con el piloto automático? A menos que alguien estuviera físicamente observando todo el tiempo, es posible que fácilmente nos hayamos perdido un evento similar.

—Especulación, Millie. No hechos concretos.

—Pero está ahí fuera, ¿no? —Millie señaló hacia la sala de planificación.

—¿Qué hay ahí fuera? ¿De qué estás hablando?

—Las cintas. Todas las cintas que hemos llenado con lecturas de Guiding Light. Incluidas horas de grabación antes de conectarlo al piloto automático. Si hay algo mal, estará enterrado ahí. Solo tenemos que buscar con cuidado.

—No necesitamos números invisibles en una cinta para decirnos cómo vuela una aeronave.

—Con el debido respeto, señor...

—Deja de decir "con el debido respeto". No tengo tiempo para esto. Las pruebas de Guiding Light continuarán sin interrupción. Si te niegas a volar con él, eres libre de irte. Jubílate anticipadamente, me da igual.

A Millie se le cayó la mandíbula.

Se sacudió la conmoción y ordenó sus pensamientos.

—No lo entiendo, Mark. Somos tripulaciones de prueba. Se supone que debemos evaluar de manera sobria e imparcial e

informar de los resultados. ¿Nos estás pidiendo que ignoremos los resultados?

—¿Qué resultados, Millie? Olvidaste activar la cinta, ¿recuerdas?

—No lo olvidé. Habíamos llegado al final de la sección de vuelo bajo y consideré que no valía la pena cargar una cinta nueva en ese momento. Fue desafortunado.

—Sí, bueno, la evidencia que sí tenemos es de un equipo eficaz y funcional. Si tienes más problemas, eres libre de plantearlos en la reunión del proyecto el jueves.

—Recomendaría que suspendiéramos los vuelos hasta entonces, jefe.

Kilton se inclinó hacia delante en su silla. —*No*. Millie. ¿No me estás escuchando? Volarás las horas establecidas en la prueba.

—Lo siento, Mark. Voy a decirlo de nuevo, pero con el debido respeto, no tienes una explicación alternativa para lo que ocurrió.

—No es cierto...

—¿Qué fue, entonces? —Millie le interrumpió.

Kilton le ignoró. —Has volado más horas con Guiding Light que cualquier otro, Millie. Sabes que es seguro. Podemos discutir los acontecimientos de ayer, junto con todos los informes, el jueves. Mientras tanto, continuamos. ¿Está claro?

Millie salió de la habitación.

Mientras se abría paso entre las mesas de planificación, miró los armarios de seguridad que contenían las horas de lecturas de altura de vuelos anteriores con Guiding Light. En los primeros días del proyecto, recordaba haber visto grandes hojas de papel con líneas verdes procedentes de un ordenador. Las lecturas de la cinta se convertían en líneas de pequeños números mecanografiados. Solo unos minutos de vuelo llenaban una docena de hojas.

Examinarlas sería una tarea sobrehumana.

Llegó de vuelta al bar de té.

—¿Todo bien? —preguntó Rob.

—El señor Kilton no cree que haya nada malo con Guiding Light.

—Sí —dijo Rob con un asentimiento—. Esa impresión me dio anoche.

Millie tamborileó los dedos en la barra. Hizo un gesto a Rob para alejarse de otros oídos. Se colocaron junto a la ventana, mirando hacia la plataforma. El Vulcan blanco del vuelo de ayer estaba siendo remolcado fuera del hangar.

—Mira, hoy no puedo hacerle cambiar de opinión. Nos está ordenando que sigamos volando. Pero la reunión del jueves es crucial. Tiene alguna otra explicación para el incidente pero no quiso decir más —miró a Rob—. Tú y yo necesitamos tener muy claro lo que pasó. Escribe tu versión. Haré que Brighty haga lo mismo. ¿Has oído lo de Brian Hill?

Rob hizo una pausa y habló en voz baja. —Sí, yo estaba allí, pero Millie...

Un cabo se acercó.

—Mira —dijo Millie—. Ahora solo quedamos nosotros, Rob. Lo que digamos importa más que nunca. Necesitamos mantenernos unidos.

—Creo que debería... —comenzó Rob, pero el cabo casi había llegado hasta ellos y Millie le interrumpió.

—No te preocupes, todo irá bien. Te cubro las espaldas, Rob — aceptó la hoja de tareas.

En el recuadro del proyecto estaban las palabras "Guiding Light Fase III Vuelo Bajo".

—Aquí vamos, eso no tardó mucho —Millie miró hacia el avión que esperaba.

Revisó la lista de tripulación.

May (Capitán)
Johnson (Copiloto)
Milford (AEO)
Bright (NAV)

—Speedy Johnson —dijo mirando a Rob—, uno del grupo de Kilton.

—Caballeros. Qué privilegio. Hora de que un viejo cascarrabias se entere del gran secreto —Johnson había aparecido junto a ellos, de la nada.

Millie se giró para mirar hacia la oficina de Kilton. El comandante de la TFU estaba en la entrada, observando.

Kilton se retiró a su oficina y cerró la puerta tras él. Cogió el teléfono verde de su escritorio y marcó al operador.

—Ewan Stafford, por favor. DF Blackton en Cambridge.

Garabateó en su carpeta mientras esperaba a que le pasaran la llamada.

Había sido piloto de caza el tiempo suficiente como para saber que tenía que cuidar todos los ángulos.

Era el que nunca veías el que te derribaba.

—Buenos días, Mark —Stafford sonaba animado.

—¿Qué necesito saber sobre Guiding Light que no me has contado?

La más breve de las vacilaciones.

—¿Qué quieres decir? —dijo Stafford.

—Una de mis tripulaciones se queja de que casi los mató ayer. ¿Están exagerando? —Otra vacilación—. Cristo, Stafford. ¿Qué sabes de esto?

—¿Qué ocurrió? —preguntó el director de Blackton en voz baja.

—Intentó hacerles descender contra el suelo en Gales, aparentemente, y ahora un par de ellos están histéricos. Algo que podríamos evitar. ¿Qué me estás ocultando?

—No lo sé, Mark. ¿Podemos examinar los datos?

—Al parecer no. Christopher Milford no los grabó. Lo cual es la única buena noticia.

—¿Buena noticia?

—Stafford, ¿entiendes lo que está pasando aquí? Si paramos el proyecto ahora, lo perdemos. Cada maldito día estamos un paso más cerca de que los soviéticos se enteren. Demasiada gente ya sabe sobre esto en nuestro bando y no confío ni en la mitad de ellos. Además, no estoy seguro de que debas confiar en los americanos, al menos hasta que hayan pagado por ello. Ya están intentando construir su propia versión, puedes apostarlo.

—Me gustaría verles intentarlo.

—No seas ingenuo. Se ahorrarían una fortuna. Y si se acercan antes de que se cierre el acuerdo, cancelarán la compra en un abrir y cerrar de ojos. Downing Street cuenta con esa inversión y cuentan conmigo para conseguirla. El reloj está corriendo, Stafford, así que no más tonterías por tu parte, por favor. ¿Hay algo que deba saber?

Stafford hizo una pausa y luego habló tan bajo que Kilton tuvo que apretar el auricular contra su oído para escucharle.

—No hemos visto nada parecido desde las primeras pruebas.

—¿Parecido a qué?

—En los primeros días obtuvimos breves ráfagas de datos incoherentes del láser, pero eso fue hace meses y en nuestro banco de pruebas. El problema desapareció.

—Aparentemente, ha vuelto. ¿Qué hacemos para eliminarlo sin detener el proyecto? Tenemos casi doscientas horas de cintas aquí. ¿Puedes echarles un vistazo para ver si esto ha ocurrido antes? Millie cree que puede haber algo enterrado en las lecturas existentes.

—Tiene razón. La respuesta estará ahí en alguna parte. Envíalas y les echaremos un vistazo esta semana.

—¿Esta semana? Las enviaré en un coche ahora mismo y las mirarás hoy mismo, maldita sea.

—De acuerdo. Y Mark, probablemente sea mejor tomar algunas precauciones, ya sabes. Cuida de los hombres.

Kilton miró hacia la sala de planificación y vio a May y Johnson inclinados sobre un escritorio. —Déjame eso a mí —colgó—. Malditos sargentos pilotos.

Por un momento golpeó su bolígrafo sobre el escritorio, luego se levantó y se dirigió a la sala de planificación y habló en voz baja a May y Johnson.

—Podéis mantenerlo por encima de los mil pies hoy si queréis.

Empezó a girarse hacia su oficina.

—Entonces, ¿hay algo mal? —dijo Millie, lo suficientemente alto como para que Kilton no pudiera ignorarlo.

Kilton giró sobre sus talones y se acercó a Millie. —No, pero si tienes miedo, mantenla por encima de los mil. Y esta vez, intenta no quedarte sin cintas. Al fin y al cabo, es tu único trabajo a bordo, Millie.

Millie miraba fijamente los números naranjas. Se actualizaban rítmicamente, alternando entre mil y mil cien. El descenso a baja altura había sido tenso, pero al menos tenían un margen de seguridad. Setecientos pies más alto que ayer. Debería ser tiempo suficiente para detectar cualquier caída repentina.

Cambió el dial y comprobó las otras lecturas; todo parecía normal.

Echó un vistazo a su cronómetro. Dieciséis minutos desde que había cargado la primera cinta. Casi hora de cambiarla.

Esta vez no debía perderse nada.

Sintió que el avión se inclinaba hacia abajo y sus ojos se dirigieron rápidamente a la lectura de altura. Mil trescientos doce pies. No parpadeó hasta que se nivelaron justo por encima de los mil.

Solo estaba haciendo su trabajo.

—¿Acabamos de pasar por encima de una cresta? —gritó a los pilotos.

—Afirmativo —respondió Speedy Johnson.

Se balancearon en sus asientos mientras el jet viraba, descendía de nuevo y se nivelaba. Era un viaje accidentado incluso a mil pies, ya que Guiding Light seguía los contornos del terreno debajo.

—Se aproxima el valle —anunció Rob por el intercomunicador.

Así que estaban casi allí, el lugar donde ocurrió ayer. Fue una decisión deliberada volar la misma ruta, acordada por toda la tripulación, pero a una altura más segura. Si volvía a ocurrir, esta vez Millie tendría las pruebas.

Miró a Steve Bright, que estaba inusualmente callado. Bright le devolvió la mirada y Millie se desabrochó la máscara de oxígeno, le dio una sonrisa tranquilizadora y articuló con los labios: «Todo irá bien».

Volvió a abrocharse la máscara y cuando Brighty se giró hacia su pantalla, Millie echó un vistazo a la escotilla. ¿Estaba libre de obstáculos? ¿Lograrían abrirla a tiempo desde mil pies?

Casi seguro que no.

Volvió al panel de Guiding Light y se quedó mirando los números.

El Vulcan fue inclinado de nuevo por el sistema y Millie se estabilizó.

—Allá vamos —anunció Rob.

Millie tenía una copia de la ruta en un gráfico sujeto a su escritorio. El valle era relativamente plano, lo que era otro aspecto desconcertante del fallo del láser para leerlo con precisión.

Los números se mantuvieron estables, oscilando entre mil diez y mil treinta. El sistema trataba los mil pies como una marca de "no descender por debajo" y estaba funcionando bien.

—Hemos pasado —anunció Rob. El avión viró hacia una nueva pista y entró en otro valle.

—Ya veis, muchachos —dijo Speedy—. No hay nada de qué preocuparse.

Unos momentos después, Millie sintió una sacudida cuando Speedy desconectó el piloto automático y tomó el control manual, sacándolos de la baja altura.

Millie sonrió para sí mismo mientras Rob transmitía instrucciones a su copiloto.

El Vulcan ascendió a nueve mil pies para el tránsito de regreso. Rob apagó el oxígeno y los cuatro sacaron los cigarrillos.

Mientras se incorporaban al circuito de West Porton, Speedy habló por el intercomunicador.

—¿Hola? Tenemos visitas.

—¿Qué? —preguntó Millie desde su oscura bahía trasera. Tenían un par de pequeñas ventanillas redondas, pero estaban inconvenientemente altas y eran bastante inútiles para mirar hacia fuera.

—No os lo vais a creer, pero unos campistas se han instalado en un campo al final de la pista.

—¿Dentro del perímetro? —preguntó Bright.

—No, justo fuera.

Brighty se rió. —Un sitio bien tranquilo con aviones a reacción de cuatro motores despegando a treinta centímetros de tu tienda.

En tierra, después del apagado, Millie esperó de nuevo a Rob. Observó cómo Johnson se liberaba de su asiento y desaparecía por la escalera.

Rob apareció y Millie se liberó del Vulcan.

Mientras caminaban de regreso al TFU, Millie le dio una palmadita en la espalda a Rob.

—Mírate, dando instrucciones al famoso Speedy Johnson.

Rob no pudo ocultar su sonrisa. —No me lo puedo creer.

—Pues créetelo, Rob. Te lo has ganado. Es hora de que empieces a creer lo que dice en tu descripción de trabajo. Piloto de pruebas.

Rob sonrió y llegaron de vuelta a TFU, con la puerta completamente abierta en un intento de conseguir que circulara algo de aire en el interior.

Millie se quitó su sofocante mono de vuelo.

Cuando levantó la vista, Speedy y Rob estaban hablando con Kilton en la entrada de su oficina.

Millie comenzó a acercarse, sin querer perderse otra conversación importante, pero al aproximarse, Kilton le dio una palmada en la espalda a Rob y la improvisada reunión terminó.

Millie comió un sándwich en su escritorio en lugar de unirse a los demás en el comedor. Una comida caliente en un día caluroso le resultaba demasiado soporífera.

A las 14:00, apareció la mecanógrafa que había solicitado del pool administrativo. Era una mujer de mediana edad elegantemente vestida, con un vestido de estampado floral que le recordaba al vestuario de Georgina.

Como no se permitía sacar material del proyecto fuera de TFU, fueron a una sala contigua. Millie observó mientras ella mecanografiaba su informe manuscrito sobre el incidente de ayer. Aclaró alguna que otra palabra entre los rítmicos clics de la máquina de escribir.

—¡Terminado! —anunció la mujer, sacando la última hoja de la máquina.

—Gracias. —Millie examinó la última página—. Muy bien.

Mientras ella se marchaba, él se dirigió hacia el grupo de pilotos. Rob se estaba probando el casco de vuelo con visera espejada de la USAF de Brunson, mientras los demás se reían de él.

Millie tosió para llamar su atención.

—¿Podemos hablar un momento?

Rob se inclinó hacia delante y se quitó el casco con esfuerzo.

—Eh, en realidad estoy a punto de volar. ¿Puede esperar?

—Será breve, te lo prometo.

Rob le siguió hasta un rincón tranquilo.

Millie golpeó ligeramente su montón de papeles.

—No olvides tu informe sobre lo que ocurrió ayer.

Rob asintió pero no dijo nada.

—Intenta que sea lo más convincente posible. Mira, he utilizado el formato de la Comisión de Investigación.

—¿Debemos incluirlo todo?

—Sí, absolutamente.

—¿Todas las posibilidades?

—Sí, supongo que sí. Pero asegúrate de describir lo que ocurrió y lo que viste. ¿De acuerdo?

—Claro.

—Sé que estás ocupado, pero es importante para mí. Para todos nosotros.

—Por supuesto. Lo haré.

Rob se dirigió hacia la escotilla de equipamiento; unos minutos después Millie le vio salir hacia una aeronave que esperaba con Brunson.

Se dirigió a la escotilla administrativa.

El teniente de vuelo sonrió.

—¿En qué podemos ayudarle, Millie?

—Tengo algunos documentos adicionales del proyecto Guiding Light para la reunión de mañana. Necesito que vayan al armario seguro, por favor.

—No hay problema. —El oficial subalterno descolgó un juego de llaves de un gran tablero en el interior del área administrativa. Salió de la oficina y condujo a Millie hasta una fila de armarios metálicos verdes, cada uno adornado con un candado.

Le entregó a Millie un portapapeles—. Su firma, por favor, Millie.

Millie sacó su bolígrafo y firmó para recibir las llaves. Mientras lo hacía, la firma anterior llamó su atención. Cabo Ratcliffe. Un nombre que no conocía.

Debajo de él, de rodillas, el teniente de vuelo abrió el armario.

Millie se quedó mirando fijamente.

Estaba vacío, excepto por algunas carpetas con documentos.

No había ni una sola de las docenas de bobinas de cinta grabadas.

Miró más de cerca, por si se estaba perdiendo algo.

Ni una sola cinta.

—¿Dónde están? —preguntó, girándose hacia el oficial administrativo.

El hombre consultó el portapapeles.

—El cabo Ratcliffe retiró las cintas esta mañana.

—¿Por qué?

—No puedo decirlo, Millie, pero todo se hizo según las normas. El comandante de ala Kilton firmó el formulario de autorización.

—¿Pero no sabe adónde fueron las cintas?

—No estoy seguro. Mejor pregúntele al jefe.

Millie colocó su informe en el armario.

—¿Todo bien, Millie?

—Sí. Solo estaba pensando.

Millie se dirigió a la oficina de Kilton y miró dentro. Estaba vacía. Abrió la puerta de la oficina contigua, donde la secretaria de Kilton estaba mecanografiando con un cigarrillo colgando de su boca, mirando a través de unas gafas de media luna.

—Jean, ¿está el jefe por aquí?

Ella levantó la vista y retiró el cigarrillo.

—Millie, querido, qué encanto verte. ¿Cómo está esa preciosa Georgina tuya?

Millie sonrió.

—Está muy bien. Le daré recuerdos de su parte.

—Haz eso, Millie. Ahora, el buen comandante está en el cuartel general de la estación. ¿Es urgente?

—No, está bien. ¿Volverá hoy?

—No creo.

—Vale. Gracias, querida. Tan servicial como siempre.

—Lo que sea por ti, Millie. —Volvió a colocarse el cigarrillo y retomó su mecanografía.

De vuelta en su escritorio, Millie se sentó frente a un montón de trabajo de proyectos sin relación. Miró hacia el Armario Seguro 3.

Todas esas horas de datos grabados.

Desaparecidas.

Kilton no regresó, tal como había predicho Jean. Rob entró apresuradamente alrededor de las 16:00, todo sonrisas después de un viaje en el Lightning del TFU con Brunson.

—No hay muchos lugares donde puedas volar un bombardero por la mañana y un caza supersónico por la tarde —comentó Rob al pasar.

Los pilotos se dirigieron al bar del comedor y Millie se encaminó a su coche.

Los asientos estaban casi demasiado calientes para sentarse, y tuvo que agarrar el volante intermitentemente hasta que se enfrió bajo su tacto.

Fuera de la puerta principal, se detuvo mientras un grupo de jóvenes apenas vestidos pasaba tranquilamente. Una mujer con una flor detrás de la oreja le miró fijamente por un momento. Apartó la mirada y el grupo continuó calle abajo.

—Gente extraña —le dijo al guardia.

—Más que extraña, señor. —El sargento le devolvió su formulario de identificación.

Mientras salía de la estación conduciendo, Millie recordó las conversaciones desde la cabina del Vulcan. ¿Eran los jóvenes parte

del grupo de acampada al final de la pista de aterrizaje?

Georgina estaba en el jardín trasero cuando llegó a casa.

Ella le besó. —Te traeré algo de beber.

Millie se dejó caer en una silla de jardín y cerró los ojos.

El sonido lejano de una guitarra llegaba con la suave brisa. Algo incongruente en una zona de viviendas militares. Pero le resultaba reconfortante.

Intentó apartar su creciente ansiedad sobre Guiding Light. El trabajo debía quedarse en el trabajo por muchas razones en la RAF West Porton.

Georgina regresó con dos gin-tonics en la mano.

—Maravilloso —dijo Millie, cogiendo uno—. Oh, y con hielo. Qué lujo. —Dio un largo trago a la bebida fría.

—Sarah Brunson insiste —dijo Georgina—. Y yo estoy totalmente de acuerdo.

—Desde luego. ¿Qué tal tu día, querida?

—Bueno —comenzó, y Millie supo inmediatamente que venía una historia—, hemos tenido algo de emoción. Han llegado los jóvenes.

—Ah sí, creo que he visto a algunos. ¿Quiénes son?

—CND —respondió Georgina, enfatizando cada letra.

—¿CND? ¿La Campaña por el Desarme Nuclear?

—Exactamente. Muchos de ellos. Todos acampados en un campo.

—Vaya. —Millie se giró para mirar en dirección al aeródromo, pero una hilera de altos coníferos que recorría la longitud de los jardines traseros bloqueaba su vista. Probablemente plantados en un intento fútil de mantener a raya el ruido de los motores a reacción.

—¿Es esa la música de guitarra que oigo?

—Eso creo. Vamos a mirar.

Se abrieron paso entre los abetos. Millie cerró los ojos con la esperanza de no recibir un latigazo en la cara de alguna rama liberada por Georgina delante de él.

Al emerger, Millie miró hacia el aeródromo. La valla de seguridad alrededor del extremo occidental de la pista estaba a aproximadamente un kilómetro y cuarto de distancia. Justo delante del alambre de púas, había surgido un grupo de tiendas de campaña

y un tipi. El tipi llamaba la atención con su posición central y un prominente símbolo de cruz caída en un lado.

—Vaya, vaya. He visto fotos de esas marchas de Aldermaston, pero nunca había visto una protesta por la paz —dijo Millie.

—Impresionante, ¿verdad?

—Parece bastante inofensivo, supongo.

Georgina se rio. —Kilton se pondrá como loco, ¿no?

—Probablemente, pero ¿qué hay de nuevo? Debe de ser donde estaba esta tarde, encerrado con el comandante de la estación.

—Entonces, ¿qué es lo que hacéis ahí dentro que tiene a la CND pisándoos los talones? —dijo Georgina dándole un codazo a su marido.

—Sabe Dios. No se me ocurre nada. —Ambos sabían que era un tema del que no podía hablar.

Guiding Light no era un arma nuclear, pero sí su sistema de lanzamiento.

—No podrían saber... —murmuró, y luego se estremeció ante la idea.

—¿Saber qué? —preguntó Georgina.

—Oh, nada. No pueden saber lo que ocurre dentro. El lugar es como Fort Knox.

Cenaron en el interior y cuando la luz se desvaneció, volvieron a salir con sus bebidas a través de los abetos para espiar un poco más a sus nuevos vecinos.

El sol se estaba poniendo y las nubes del oeste tenían un rojo intenso, proyectando un cálido resplandor sobre el campamento y el aeródromo más allá.

—Parece una escena de un western —dijo Millie.

Georgina deslizó su brazo a través del de su marido. —¿Eso te convierte en mi vaquero?

Más tarde esa noche, Millie estaba despierto con las ventanas completamente abiertas, permitiendo que entrara el aire más fresco y saliera el calor sofocante.

La guitarra comenzó a sonar de nuevo, esta vez acompañada de canto. Era una voz de mujer, un sonido dulce.

Se dio la vuelta y esperó quedarse dormido, pero el pensamiento sobre la reunión del proyecto por la mañana le mantenía ocupado. Cerró los ojos e hizo todo lo posible por apartar a Mark Kilton de su mente.

El reloj en la pared de la oficina de Ewan Stafford marcaba las 2 de la madrugada.

Fuera, escuchó el timbre de una bicicleta y un par de hombres riendo. ¿Es que los estudiantes de Cambridge nunca se acostaban?

El ordenador central había tardado nueve horas en procesar todas las cintas y ejecutar lo que los técnicos llamaban un análisis de los datos.

La fase de impresión continuaba en curso.

Anteriormente ese día, el propio Stafford había establecido los parámetros de lo que estaban buscando. Era una tarea que no podía delegar a nadie más.

Se encerró en su oficina durante dos horas, rodeado de las anotaciones de los pilotos del Avro Vulcan y las especificaciones técnicas. Más tarde regresó y les dijo lo que estaba buscando: cambios repentinos en rangos numéricos. Les entregó una hoja que contenía los parámetros reales.

—¿Qué son? —había preguntado uno de los hombres.

—No te preocupes por eso, muchacho.

No hacía falta ser un genio para deducir que representaban cambios de altura.

Cambios que eran imposibles de realizar para un Vulcan en vuelo real.

Cambios imaginados por un ordenador que alimentaba un piloto automático.

Una vez finalizado el procesamiento, envió a casa a todos excepto al técnico más joven.

La sala de ordenadores estaba a quince metros de distancia, pero Stafford aún podía escuchar el monótono zumbido de la impresora

matricial que llegaba a través del edificio desierto.

Se fumó un paquete entero de Woodbines mientras esperaba, contemplando lo impensable.

No era ningún secreto en la empresa que la Junta se había jugado todo por esta nueva tecnología. El ordenador en sí era terriblemente caro.

Tampoco era secreto que él había sido quien persuadió a sus compañeros directores para que gastaran el dinero tan duramente ganado por Blackton.

Prometió resucitar la fortuna de la empresa con un sistema revolucionario. Años por delante de la competencia británica que aún dependía de tableros de dibujo y ancianos que diseñaban bombarderos de la Segunda Guerra Mundial.

En su escritorio, bajo el paquete de Woodbines, estaba el primer contrato para el gobierno estadounidense. Las cifras eran grandes. Lo suficientemente grandes como para calificar a Guiding Light como un éxito instantáneo y asegurar el futuro de Blackton durante años.

Sabía por sus días pilotando Hurricanes que rara vez conseguías un derribo sin asumir algunos riesgos. Y se había jugado la casa a Guiding Light.

Apartó los cigarrillos y abrió el contrato, fijándose en la cifra final para las setecientas cincuenta unidades iniciales. Con más prometidas, los acuerdos de DF Blackton afectarían positivamente a la balanza de pagos del Reino Unido. Algo increíble.

Este era ese momento, cuando salías de tu maniobra de alto riesgo para encontrar al Me.109 de la Luftwaffe justo delante y un poco por debajo. Hora de apretar el gatillo.

El ruido de la impresora se detuvo.

Stafford escuchó cómo se clasificaba el papel.

Para cuando llegó a la sala de ordenadores tenuemente iluminada, el joven técnico estaba inclinado sobre una enorme pila de hojas perforadas con líneas verdes.

Tenía una lámpara de escritorio justo encima del montón, y escaneaba las columnas, haciendo alguna marca ocasional con un lápiz.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Stafford mientras permanecía en la puerta.

—Dos, pero acabo de empezar.

—Maldita sea —dijo Stafford y apartó al hombre de un empujón.

Sus ojos necesitaban adaptarse a la dura luz de la lámpara de cuello de cisne reflejándose en el papel. Parpadeó, y finalmente vio las marcas que el técnico había hecho.

Las líneas que cumplían con sus parámetros incluían una pequeña estrella en un extremo.

Una pequeña estrella que decía mucho.

Stafford pasó el dedo por la primera línea marcada con estrella.

1.261, 1.261, 1.262, 1.278, 1.277, 1.298, 1.301, 1.265, 1.252, 1.998, 2.010, 2.618, 2.911, 2.871, 2.850, 2.799, 2.811, 1.261, 1.277, 1.279.

Rodeó con un círculo 1.252 y 1.998. Un salto de setecientos cuarenta y seis pies.

A menos que la aeronave hubiera volado sobre un improbable agujero en el suelo, el equipo había sufrido una anomalía.

Contó el número de lecturas de altura que parecían incorrectas. Ocho. Se puso de pie e hizo una mueca ante una punzada de dolor en la parte baja de la espalda.

—El láser registra, ¿qué es, cuarenta y siete lecturas por segundo? Entonces, ¿esto fue solo una fracción de segundo?

El técnico negó con la cabeza.

—No. El láser registra veintisiete lecturas por segundo, y el ordenador toma cuarenta y siete decisiones por segundo. Pero... —señaló las hojas con un golpecito—. Estas son muestras. Las cintas solo capturan tres lecturas de altura por segundo, y limitamos la capacidad de registro del sistema.

Stafford volvió a mirar los números.

—Entonces, ¿estuvo incorrecto durante tres segundos?

—Más bien dos segundos y medio.

—¿Y has encontrado dos hasta ahora?

—Sí, señor.

—Continúa. Es esencial que los encontremos todos. Necesitaré saber los detalles exactos. Deja los resultados en mi escritorio.

Llegaré muy temprano, así que sé diligente.

Caminó hacia la puerta. —Y tómate el día libre mañana.

Capítulo Tres

Jueves 9 de junio

Un Handley-Page Victor emergió de los oscuros recovecos del hangar de la TFU, remolcado hacia la brillante luz de la mañana. La plataforma de la TFU se estaba llenando.

Hombres con monos verdes se afanaban alrededor de la aeronave, algunos con calzos en sus manos sujetos por la cuerda que los mantenía unidos, otros en pequeños tractores.

Millie los observó durante un rato desde un banco, con su informe del incidente en la mano.

Había llegado temprano para prepararse, presintiendo que se avecinaba una batalla.

Millie se levantó del banco de madera y se dirigió al interior, tomando asiento en la sala de reuniones vacía. Volvió a leer sus notas una vez más.

Se dirigió a los archivadores administrativos y sacó una carpeta con memorandos del año anterior sobre la formación de la TFU. De pie y solo en la sala, leyó las directrices de Mark Kilton sobre el propósito y la función de la recién establecida Unidad de Pruebas de Vuelo de la Real Fuerza Aérea.

Sería una unidad dirigida por tripulaciones aéreas, afirmaba Kilton. La industria se mantendría a distancia. A diferencia de sus

vecinos en Boscombe Down, que se codeaban con pilotos de compañías todos los días, la TFU sería exclusivamente de la RAF.

Un lugar donde podrían evaluar aeronaves y sistemas sin las trabas de la política habitual que rodeaba los contratos gubernamentales.

Y sin embargo, Kilton era el animal político más descarado que había conocido en sus treinta y siete años en la RAF.

Pero los principios resultaban útiles, así que metió una copia del documento en su carpeta y regresó a la sala de reuniones.

Poco después de las 8 de la mañana, la puerta se abrió de golpe y entraron Kilton, Rob May, Speedy Johnson, un cabo que tomaba notas y Ewan Stafford.

La aparición del director de Blackton fue una sorpresa, pero no sin precedentes. Stafford tomó asiento, con aspecto cansado.

Rob se sentó junto a Millie y parecía que iba a decir algo, pero Kilton comenzó la reunión aún de pie, recorriendo rápidamente la agenda.

—El equipo ya está instalado en un Canberra, un Vulcan y pronto se instalará en un segundo Vulcan cuando Blackton pueda enviar un nuevo conjunto a Woodford.

—Ya está allí —dijo Stafford—. Hemos enviado un equipo para realizar la instalación.

—Excelente. Ya hemos completado las fases de vuelo a gran altura, altura media y ahora estamos en las fases de baja altura de la prueba. Se han registrado más de la mitad de las horas requeridas —consultó sus notas—. La evaluación avanza satisfactoriamente. Debemos decidir cómo abordar las horas restantes del proyecto, pero creo que todos podemos estar de acuerdo en que estas son las etapas finales. La guinda del pastel.

—Disculpe, jefe, ¿podemos hablar sobre lo del martes? —dijo Millie.

Kilton no levantó la vista de sus notas, pero hizo una pausa lo suficientemente larga para que Millie continuara.

—Desafortunadamente, experimentamos un fallo grave que casi resultó en la pérdida de una aeronave y su tripulación —miró

directamente a Stafford; sorprendentemente, el civil no mostró expresión alguna.

Ya lo sabe.

Millie continuó —He completado un informe inicial. Describe cómo el sistema intentó hacer descender un Vulcan contra el suelo a doscientos sesenta nudos. Solo la intervención del señor May aquí presente nos salvó —hizo una pausa—. Y me temo que la única opción que nos queda ahora es suspender la prueba hasta que se realice una investigación completa.

Kilton suspiró —Millie, aunque aprecio su diligencia en este asunto, el hecho es que esto es anecdótico.

Millie se movió en su silla —Es cierto que no pude capturar los datos del incidente, pero eso no desvía la atención del hecho de que ocurrió y fue presenciado.

—Y sin embargo, sin evidencia, nos queda la posibilidad de que cualquier cosa pudiera haber causado la pérdida temporal de altura. Una opción que me han comentado es que un piloto podría haber presionado inadvertidamente la palanca de control mientras cambiaba de posición en su asiento.

Millie se rio ante la sugerencia absurda, antes de darse cuenta de que el resto de la sala estaba en silencio.

—¿No hablas en serio, Mark? —preguntó.

—A menos que tengas alguna evidencia que demuestre lo contrario, debo considerar el testimonio de uno de mis pilotos como la explicación más probable.

Millie se recostó en su silla —Lo siento, Mark, pero eso simplemente no es creíble. Brian Hill no me dijo absolutamente nada y ya no está aquí para proporcionar tal testimonio...

—¿Quién ha mencionado a Hill? El piloto que tocó la palanca de control está sentado a tu lado.

Millie tardó un momento en registrar lo que Kilton había dicho. Giró lentamente la cabeza para ver a Rob mirando fijamente la mesa.

—¿Rob?

—Es posible —dijo Rob en voz baja.

Kilton continuó, con voz animada.

—Speedy, tú eres un piloto experimentado de bombarderos V, ¿es posible en el Vulcan mover la palanca sin querer?

—En operaciones de vuelo normales diría que es improbable, pero en este escenario, con el piloto cubriendo los controles mientras se mueven de forma independiente, diría que es un riesgo mayor, sin duda. Una consecuencia no deseada de este nivel de automatización.

Millie mantuvo los ojos fijos en Rob —O golpeaste la palanca, o no golpeaste la palanca.

—Ya basta, Millie —dijo Kilton—. El punto es que no sabemos con certeza qué sucedió y nadie va a inmovilizar un sistema de importancia crítica sin evidencia sólida.

Millie levantó la vista hacia los hombres alrededor de la mesa. Nadie más habló.

—¿Y si no fue así? ¿Y si tenemos un problema grave, potencialmente mortal? —No esperó a que Kilton respondiera antes de añadir—: En ese caso, necesitamos examinar todos los datos de vuelo que tenemos con urgencia. Como ha señalado, jefe, hemos acumulado muchas horas y las cintas están en el armario... —Se detuvo, recordando de repente los estantes vacíos.

Kilton hizo un gesto displicente —Las cintas ya han sido analizadas por el ordenador central en Cambridge. Se realizó durante la noche. Señor Stafford, ¿le gustaría iluminarnos?

Stafford se aclaró la garganta. —Por supuesto, Mark. Pedimos al ordenador que buscara cualquier anomalía en los datos de altura. Cosas como cambios repentinos en los números que, si se tradujeran en movimiento de aeronaves, resultarían en la pérdida de un avión. Específicamente, buscábamos períodos de datos erróneos, suficientes para afectar el vuelo durante un tiempo prolongado. Me complace informar que no encontramos tales incidencias. Así que debo coincidir con la reunión en que lo que experimentasteis no fue resultado de Guiding Light.

—Esa no es una conclusión que puedas sacar, Ewan —dijo Millie —. Tú no estabas allí.

Kilton le lanzó una mirada de advertencia. —Millie, no seas insensato. Ewan y su equipo han tenido acceso completo a los

datos, y no mostraron problemas. Eso es todo.

—No lo creo —dijo Millie.

Kilton se recostó en su silla. —¿No lo crees?

Un silencio pesado se cernió sobre la sala.

—Lo que quiero decir es que estoy muy sorprendido. Eso es todo. ¿Podemos hacer que se analice en otro lugar? Una segunda opinión, si quiere. Con todo respeto al señor Stafford y su equipo, jefe, usted creó TFU para ser independiente de la industria.

—No hay posibilidad —intervino Stafford—. Simplemente no tenemos acceso a otro ordenador central. Tenemos uno de los pocos que hay en el país. Además, no estoy seguro de por qué necesitaríais una segunda opinión.

—Porque DF Blackton tiene un interés creado en no encontrar un fallo.

Stafford resopló, con los hombros crispados. —¿Qué está insinuando, señor Milford?

—No estoy insinuando nada, pero seamos claros. Blackton está haciendo de guardabosques y cazador furtivo en este escenario, y...

—He dicho que es suficiente. —Kilton le miró directamente—. Nadie te respeta más que yo en este lugar, Chris, pero esto tiene que parar. Te recuerdo que DF Blackton es una empresa distinguida y sujeta a la Ley de Secretos Oficiales. La sugerencia que estás haciendo es difamatoria. También te recuerdo que en TFU tomamos decisiones basadas en la evidencia. —Millie abrió la boca para hablar, pero Kilton levantó la palma de su mano—. Evidencia real, no historias. Por eso llevamos la unidad de grabación de datos, Millie, y debo decir que es tu responsabilidad operar ese sistema según los estándares requeridos.

Millie se quitó las gafas de lectura y se frotó los ojos.

Colocó sus lentes sobre la mesa y se sentó en silencio.

Kilton retomó el ritmo. —Ahora nos quedan menos de cien horas de vuelo. Podemos dividirlas entre el Canberra y los Vulcan, así que pensaré en traer tripulación adicional.

Se volvió hacia Millie. —Y podemos mantenernos por encima de los mil pies si lo recomiendas, Millie. Después de todo, eres el líder del proyecto.

Millie negó con la cabeza, incrédulo.

—¿Lo soy?

—Has hecho un buen trabajo en este proyecto, Millie. No nos decepciones en la recta final. Quiero que tú y Rob vayáis a Woodford para revisar la próxima instalación. Debe ser idéntica para que podamos rotar las tripulaciones entre los Vulcan. ¿De acuerdo?

Millie miró fijamente a Kilton, quien le devolvió la mirada. Finalmente, Millie se encogió de hombros.

Kilton suspiró. —Bien. Eso está resuelto. Finalmente, seguridad. Sin duda habréis notado que tenemos visitantes no deseados en el umbral cero-ocho. Un supuesto campamento pacifista lleno de aquellos que socavarían la seguridad nacional. Nuestra propia policía militar de seguridad está trabajando con los tribunales para tomar medidas de desalojo, pero mientras tanto, no hace falta decir que Guiding Light es la joya de la corona británica. El poder de cualquier arma o sistema nuevo depende de que se mantenga en secreto. Si cualquier aspecto del proyecto sale de los límites de TFU, esperaría arrestos, cargos criminales y prisión para los culpables. No importa si eres un comodoro del aire o un técnico junior, serás procesado. Por tanto, permaneceréis excepcionalmente vigilantes. No habrá discusión con nadie fuera de aquellos directamente involucrados con la evaluación del sistema. Y, por supuesto, ningún documento ni elemento relacionado con el proyecto debe pasar de la puerta principal sin autorización expresa y escolta policial.

La reunión murmuró su acuerdo y se disolvió.

Kilton, Stafford, Johnson y el secretario se levantaron y se dirigieron a la salida. Kilton iba al final del grupo. Deteniéndose en la puerta, miró hacia atrás.

—Millie, estás a meses de la jubilación. No hagas nada estúpido. Necesitas esa pensión, ¿no? ¿Por qué arriesgar todo lo que le has prometido a Georgina? Has expuesto tu caso, pero se acabó.

—¿Me estás amenazando, Mark?

—Solo sigue las malditas reglas, Millie. Ahora no es momento para una de tus muestras de petulancia.

Salió de la habitación.

Mientras la puerta se cerraba, Rob levantó la mirada y estableció contacto visual con Millie por primera vez.

—Lo siento. Ocurrió en el bar. Había bebido un poco y él me acorraló. Sentí como si quisiera explorar todos los escenarios y estuve de acuerdo en que era una posibilidad teórica.

Millie miró a su amigo. —Estoy intentando averiguar si eres ingenuo o estúpido. ¿Entiendes lo que está pasando? Aquí es donde empieza, Rob. Reuniones como esta pueden salvar o costar vidas, por el amor de Dios. Piensa en todas esas tripulaciones traseras en los V-Bombers, perdidas porque enviaron los aviones a baja altura sin un sistema de escape adecuado. Lo que hacemos aquí importa. —Golpeó la mesa.

Rob parecía herido, incluso lastimero, como un cachorro que necesitaba consuelo. —Por favor, comprende mi posición, Millie. No tuve elección. No nos enfademos.

Millie se levantó y recogió sus papeles. —Hay más en juego aquí que nuestra amistad, Rob.

Kilton se dejó caer en el asiento detrás de su escritorio y estudió el pequeño cuadrado de papel que le había entregado Stafford.

—Nos he comprado algo de tiempo. Ahora dime qué significa todo esto —dijo, colocando el trozo de papel boca arriba sobre el escritorio.

Stafford se movió inquieto. —Analizamos casi doscientas horas de registros de vuelo. El problema definitivamente está ahí. En ese papel están los resultados extrapolados. La frecuencia y la magnitud.

—¿Qué significa eso en un lenguaje sencillo? Dijiste por teléfono que en la mayoría de los casos, las tripulaciones ni siquiera lo notarían.

—En la mayoría de los casos, la ráfaga de lecturas incorrectas de altura será demasiado breve para que el piloto automático reaccione de manera significativa.

—¿En la mayoría de los casos?

—Es posible que, en ocasiones muy raras, la fluctuación pudiera durar lo suficiente como para afectar al vuelo real. Pero tendrían que ser muy desafortunados para que causara un problema grave. Típicamente, incluso si ocurriera, observarían la desviación e intervendrían, justo como hicieron hace dos días.

—¿Típicamente? ¿Qué quieres decir con eso?

—Con muy mala suerte, podrían estar justo en la posición equivocada cuando ocurra el error. Por la noche, por ejemplo, volando muy bajo, rápido, en un giro cerrado o quizás no estén monitorizando el vuelo en ese momento, pero...

—¿Pero qué?

Stafford tomó asiento al otro lado del escritorio de Kilton. —Creo que no tenemos alternativa, Mark. Como te dije ayer, vimos esto en el laboratorio, al principio. El láser mismo fluctuaba brevemente, pero de forma mínima. Lo llamaban un aleteo. A medida que diseñamos y construimos las versiones a escala completa, la magnitud del aleteo siguió siendo la misma y por tanto se volvió insignificante. Y pensamos que había desaparecido, eliminado por una mejor construcción. Pero aparentemente no. El problema, Mark, es que no sabemos qué lo causa. Nuestra mejor opción es rediseñar el programa que se sitúa entre el láser y el piloto automático para distinguir las lecturas falsas de las reales. En este momento, cómo hacerlo está fuera de nuestro alcance. E incluso si lo rediseñáramos, eso significaría comenzar de nuevo con las pruebas de vuelo. Alta altitud, sin conexión con el piloto automático mientras acumulamos las lecturas. Todas esas horas voladas otra vez. Para volver al punto donde estamos ahora, según mi experiencia de cuánto tardamos en llegar aquí, diría que necesitaremos de seis a nueve meses en el taller, y otros seis a nueve de pruebas aéreas iniciales.

—¿Un año y medio? Ni hablar.

—Entonces, continúa. —Stafford bajó la voz—. Nada está exento de riesgo, Mark.

Kilton apoyó los codos en el escritorio y entrecruzó los dedos.

—Si nos detenemos ahora, Stafford, lo perdemos. Los yanquis tendrán su avance bastante pronto, y cuando lo logren, cancelarán el pedido.

—Eso nos hundiría. Hemos invertido demasiado en esto.

—Ese no es mi problema, Stafford. Tú tomaste tus decisiones.

—¿No acabaría también con la TFU? No es que goces precisamente del apoyo de tus superiores. Creo que a muchos de ellos les encantaría derribar este imperio secreto que estás construyendo. Por otro lado, si entregas un contrato multimillonario para el gobierno...

Kilton cogió el trozo de papel y miró los números escritos a mano. Le dio vueltas en la mano durante unos momentos.

—El punto es que Guiding Light nos da una ventaja sobre los soviéticos. Ya oíste a Leivers. Podría poner fin a la Guerra Fría, y entonces, ¿cuántas vidas se salvarían? Millones. —Se puso de pie—. No nos empantanemos por el riesgo para algunas tripulaciones con mala suerte. —Arrugó el cuadrado de papel formando una bola apretada y la metió profundamente en el bolsillo de su pantalón—. ¿Cuánta gente sabe sobre este... aleteo?

—El equipo es consciente de que existe, pero creen que es insignificante. Solo yo y un técnico junior conocemos la verdad, y él no será un problema. Incineraremos las impresiones y desmagnetizaremos las cintas. De todas formas, apenas queda nadie trabajando en Cambridge. He adelantado el cierre anual para acomodar la producción. El ordenador central entra en mantenimiento mañana. —Stafford se levantó y recogió su maletín —. Por supuesto, Mark, está tu equipo aquí. A Millie no se le escapa casi nada.

—Déjamelo a mí.

—Como en los viejos tiempos de Tangmere, las tropas siempre te temían. Yo también te temía, a decir verdad.

Kilton sonrió. —Como en Tangmere, Stafford, estamos en guerra. Las únicas personas que necesitan tener miedo son el enemigo. Y aquellos que se interpongan en el camino.

Millie se sentó en su escritorio administrativo favorito debajo del reloj. Mirando a la pared, dejó que la adrenalina de la reunión disminuyera.

Después de unos minutos, apareció el oficial administrativo.

—¿Auditoría?

Millie asintió y lo siguió hasta los armarios seguros para la comprobación semanal.

—No debería llevarnos mucho tiempo —dijo Millie, mirando las estanterías casi vacías.

Anotó las dos cintas del vuelo de ayer y comparó el papeleo con la lista. Todo debía estar contabilizado.

Lo único que no contaban del contenido del armario era el número de cintas en blanco.

Se agachó para revisar la estantería inferior. Solo quedaban unas veinte. Necesitarían más.

El oficial junior cerró los armarios y Millie llamó al departamento de DF Blackton desde su escritorio.

Cuando la llamada conectó, tuvo un pensamiento y rápidamente miró alrededor de la oficina. No había nadie cerca.

—Sí, hola, soy el Comandante de Escuadrón Milford. RAF West Porton.

—Hola.

—Sí, ah, una consulta rápida. Ayer enviamos aproximadamente ciento setenta horas de registros en cinta magnética, ¿verdad?

—Sí, es correcto. Las pasamos por el ordenador hasta altas horas de la madrugada.

—Eso tengo entendido. En realidad no he visto los resultados, y como líder del proyecto me gustaría estudiarlos si es posible. ¿Podrían enviármelos?

El hombre al otro lado de la línea se rio.

—Los resultados tienen unos dos metros de altura. No creo que podamos enviarlos fácilmente a ningún sitio.

—Ya veo. Pero, ¿hubo alguna conclusión?

—Déjeme comprobar, uno de mis colegas más jóvenes se quedó hasta tarde. Espere un momento.

El auricular del teléfono golpeó sobre una superficie dura.

Ewan Stafford salió de la oficina de Kilton.

Millie colocó una mano sobre el receptor y observó cómo Stafford se dirigía hacia la puerta, su camino pasando justo por detrás de su escritorio.

Jean salió corriendo de la oficina.

—Sr. Stafford, ¿puedo obtener sus recibos de viaje?

A solo dos metros detrás de él, Stafford y la secretaria se enfrascaron en una discusión sobre los precios de la gasolina.

—¿Comandante de Escuadrón Milford?

—¿Hola, sí? —Millie se giró hacia la pared frente a él y se inclinó sobre el escritorio, tratando desesperadamente de poner algo de distancia entre él y el director general de Blackton.

—Soy David Richards, el gerente de la sala de ordenadores. Entiendo su consulta, pero tendrá que hablar directamente con el Sr. Stafford.

—Oh, no quiero molestarlo. Solo buscaba los resultados de anoche.

—El Sr. Stafford los tiene y tengo entendido que informó a usted esta mañana. Si hay algo más, tendrá que tratarlo directamente con el Sr. Stafford. Lamento no poder ser de más ayuda.

La línea telefónica se cortó.

A su izquierda, Stafford desapareció a través de las puertas batientes hacia el aparcamiento.

Lentamente, Millie colgó el receptor.

Durante dos minutos completos apenas se movió, con un dedo golpeando suavemente el escritorio.

El oficial administrativo lo interrumpió de nuevo. —¿Cuándo vienen?

—¿Cómo?

—¿Los vacíos? ¿Los has pedido?

—Oh, no. Perdón, Peter. Lo haré ahora mismo. —Peter le lanzó una mirada inquisitiva—. Esa era otra llamada que estaba atendiendo. Llamaré a Blackton de inmediato.

Anotó algunos números. Las últimas cien horas abarcaban poco más de trescientas veintiuna cintas, unos veinte minutos por bobina.

Tenían otras cien horas por delante.

Unas trescientas treinta cintas más deberían cubrir todo. Subrayó el número.

—Pero entonces, ¿cuál es el sentido? —murmuró en voz baja para sí mismo.

Miró hacia la oficina de Mark Kilton justo a tiempo para ver a Rob y Speedy entrando. Escaneando el resto de la oficina vio a Jock MacLeish, Red Brunson y otros, todos con el equipo de vuelo, listos para partir.

Millie volvió a mirar sus notas.

Cien horas.

Trescientas treinta bobinas.

Llamó de nuevo al departamento de informática de Blackton y pidió cuatrocientas cincuenta bobinas en blanco.

Las reuniones de la tarde fueron una distracción, mientras él y un pequeño equipo repasaban proyectos futuros: un paracaídas de frenado más resistente para el Vulcan, pruebas de aterrizaje en terreno irregular para el Argosy, una aleta más grande para el misil Blue Steel.

Se aseguró de prestar atención a las partes importantes, pero a medida que el reloj se acercaba a las 16:45 se puso ansioso por volver a la sala de planificación.

Para cuando regresó, Rob ya se había marchado por el día.

—*Maldita sea*. —Recogió su maletín y lo revisó para asegurarse de que no contuviera documentos que no debieran salir del edificio, luego condujo directamente al pequeño pabellón de casados de los May.

—¡Millie! Pase. —Mary le sonrió radiante.

—Gracias, Mary. ¿Está Rob en casa?

—Todavía no.

—¿Ah? Me dijeron que podría estar aquí.

—Bueno, el comedor de oficiales se ha convertido en un hábito para él.

—Es comprensible. Pero me gustaría tener una breve charla con él. ¿Te importaría enviármelo cuando aparezca, siempre que no sea una molestia para ti, por supuesto?

—Lo enviaré después de la cena si regresa a tiempo.

Millie condujo la corta distancia hasta su propio pabellón, irritado porque una conversación que no esperaba con ansias tendría que esperar aún más.

Georgina estaba en el jardín, con la mesa y las sillas dispuestas para otra cena *al fresco*.

Le sonrió a su marido. —Hay que aprovechar mientras brilla el sol, Millington.

A las 19:00 ya iba por su whisky escocés. Estaba saboreándolo en la lengua cuando oyó una tos a sus espaldas. —Lo siento, no obtuve respuesta en la puerta principal —dijo Rob, tras emerger del pasaje lateral.

—¡Robert! —Millie le sonrió—. ¿Cómo diablos estás? ¿Whisky o ginebra, querido amigo? Por favor, di whisky.

—No de esos tuyos más aventureros, por favor. Necesito mantener intacto el revestimiento de mi estómago.

—¡Como desees! —Millie entró en la casa y sirvió un segundo whisky, sacando un mezclador del armario aparador.

Cuando regresó, Rob y Georgina estaban riendo.

—Le estaba rogando a Rob que trajera a esa esposa suya tan preciosa. Es fin de semana.

—Es jueves, querida —dijo Millie.

—Eso le dije —comentó Rob—, pero ella dice que el jueves es oficialmente el comienzo del fin de semana. —Le guiñó un ojo a Georgina—. Y me gustaría estar de acuerdo. ¿Por qué volamos los viernes, Millie?

—Tiene algo que ver con servir a Su Majestad y prepararse para la guerra, creo, Robert. Aquí tienes... mezclado con ginger ale. Un

sacrilegio en algunas partes de Escocia, pero perfectamente aceptable en Wiltshire.

Mientras le entregaba la bebida, hizo un gesto a Georgina para que los dejara solos.

Ella captó la indirecta. —Bueno, los platos no se lavarán solos. Supongo que mi fin de semana está en pausa. Avisadme si necesitáis algo, chicos. —Desapareció en la casa.

Se sentaron en silencio por un momento. En la distancia, el sonido de risas flotaba en el aire junto con el ya familiar sonido de música.

Rob inclinó la cabeza.

—El campamento por la paz —dijo Millie, y señaló hacia los árboles al fondo del jardín.

—Ah. Sí, los he visto al aproximarnos. Kilton no está contento.

—¿Cuándo lo está, Rob? ¿Cuándo lo está?

Rob dejó su bebida. —Lamento lo de esta mañana, Millie. Kilton me pilló desprevenido cuando estaba un poco pasado en el comedor. Pero también creo que tiene razón.

—¿Tú crees?

—Realmente no importa si toqué o no la palanca...

—¿Podemos estar de acuerdo en que no lo hiciste?

—El punto que quiero hacer es que no tenemos ninguna evidencia firme y es demasiado suspender el proyecto tan rápidamente. No podemos rendirnos al primer bache en el camino. Necesitamos Guiding Light, Millie. Hay países que confían en que lo entreguemos. La OTAN nos necesita. Tienes que seguir adelante. En cualquier caso, son órdenes de Kilton, así que no tenemos elección ahora. ¿A menos que estés planeando hacer algo tonto?

—¿Te ha enviado aquí en una misión de recopilación de inteligencia, Rob?

Rob dejó su bebida. —Tú me pediste que viniera.

—Lo hice. Y quería hablar contigo porque, bueno, supongo que tienes razón. No tenemos más remedio que seguir adelante, a pesar de la evidencia que presenciamos con nuestros propios ojos. Pero tengo la intención de hacer mi trabajo, examinar Guiding Light a fondo y aprobarlo para producción. O no.

—Por supuesto.

—Lo que necesitamos —continuó Millie—, es asegurarnos de obtener la mayor cantidad de datos posible en las cintas. —Rob parecía confundido—. Quiero maximizar nuestros tiempos de vuelo. Y aportar algo de la vieja independencia de la TFU al proyecto. Equipos de prueba poniendo a Guiding Light a prueba sin miedo ni favoritismos.

—Claro —dijo Rob lentamente—, eso es lo que estamos haciendo, ¿no?

—No lo sé, Rob. No estoy seguro de que el proyecto esté siendo examinado completamente sin miedo ni favoritismos, pero somos los hombres con las manos en el equipo. Y no deberíamos tener miedo de hacer lo necesario.

Rob frunció el ceño. —No sé qué pensar de esto, Millie. Suena como si estuvieras tratando de trabajar fuera de los parámetros del proyecto.

—Si eso es lo que hace falta para hacer nuestro trabajo correctamente, ¿no deberíamos adaptarnos?

Rob dejó su vaso y negó con la cabeza. —La adaptación es una cosa, pero a mí me parece que estás pensando en algo completamente distinto. ¿Trabajar a espaldas del jefe? Lo siento, pero realmente creo que es mejor dejarlo estar. Yo desde luego no puedo formar parte de ello. ¿Qué haría Kilton si se enterara? En serio, Millie. ¡Puede ser muy vengativo!

—Por eso necesitamos apartarlo, Rob, y trabajar sin miedo ni favoritismos. Si es lo que tenemos que hacer para salvar vidas. Y creo que lo es.

—Deberías dejar de decir «necesitamos», Millie. Esta es tu idea, no la mía. Mira, sé que te estás volviendo cínico con la edad, pero yo todavía creo en el sistema. Y así es como debe ser. Todo se derrumbará si cada uno sigue su propio camino. De verdad, deberías hacerme caso. Sea lo que sea que estés pensando, es una idea terrible. —Rob se incorporó e inclinó hacia Millie—. ¿Por qué arruinarlo todo por un capricho? Estás a meses de conseguir tu casita junto al mar. En serio, Millie, ¿en qué estás pensando?

—No estoy pensando en mí, Rob. No es lo que yo pueda perder lo que me preocupa. Son las tripulaciones. Otros hombres como nosotros, que nos siguen. Nuestro deber es con ellos.

Rob se puso de pie, apuró su whisky con ginger ale. —Gracias por la copa, Millie. —Comenzó a caminar hacia la puerta lateral.

—Rob, por favor, siéntate.

—Creo que no. En realidad, temo que puedas contarme algo de lo que me arrepienta. Lo siento, Millie, es imposible. Es hora de dejarlo estar. Deja la política a Kilton. Es lo mejor.

—¿Lo mejor para quién, Rob?

Su amigo se quedó un momento de pie, con aspecto inseguro, antes de desaparecer por un lateral de la casa.

Millie se coció en sus propios pensamientos durante cinco minutos. Georgina apareció desde la casa con una botella de whisky en una mano y un cigarrillo en la otra.

—Pareces un vagabundo de juerga —observó Millie.

Ella se rió. —Gracias. ¿Se ha ido Rob?

—Sí.

Se sentó a su lado.

—¿Todo bien entre vosotros dos?

—No exactamente.

—Si es cosa del trabajo, sé que no puedes hablar de ello, pero... Quizás Rob está cambiando. Ya no es ese piloto novato que tomaste bajo tu tutela. —Se inclinó hacia él—. ¿Es hora de dejarlo volar del nido?

—¿Puedo tomar más whisky?

Ella le pasó la botella.

Él se sirvió unos dos centímetros más de escocés. —Puede que tengas razón, querida, pero es un momento jodidamente inoportuno.

—¿Por qué?

—Realmente quería su ayuda, pero no está por la labor.

—Hay otros pilotos en TFU. Estoy segura de que alguien te ayudará.

Millie dio un sorbo al whisky, disfrutando nuevamente de esa sensación embotada que viene con el alcohol. —No para esta tarea en particular. Necesito a un amigo cercano.

Georgina entrecerró los ojos. —Señor Millington, ¿no te estarás metiendo en problemas, verdad?

—Por supuesto que sí. —Se rió.

Ella negó con la cabeza. —Hablo en serio, Millie. Nos quedan semanas. No hagas ninguna tontería. Especialmente no enfades a Mark Kilton. Sabes cómo es ese hombre.

—Tengo que hacer esto.

—Jesús, Millie, suena ominoso.

Él sonrió y le dio una palmadita en el muslo. —Absolutamente nada de qué preocuparse. De verdad. Son solo cosas aburridas del trabajo.

Más tarde esa noche, Millie se sentó en el escritorio del salón y garabateó algunas cifras. Quería calcular cuántas lecturas de altura acabaría teniendo después de grabar cien carretes.

Por lo que recordaba, entendió que las cintas registraban tres momentos en el tiempo cada segundo, así que solo una cinta de veinte minutos produciría más de tres mil quinientas líneas de registros. Más de un cuarto de millón de líneas en cien cintas.

Miró fijamente el resultado. Tardaría una eternidad en revisarlas todas. Incluso si pudiera obtener los números de las cintas.

Georgina apareció por encima de su hombro.

—Supongo que eso no son nuestros ahorros.

Millie se rió. —Lo siento, no. Trabajo. Solo muchos números.

—Oh, a mí no me cuentes. No entiendo de matemáticas. Tu hijo heredó ese talento de ti. —Se dejó caer en el sofá y abrió una revista *Woman*. Millie estudió la portada: una modelo con un corte

de pelo castaño a la altura de la barbilla que, según el titular, era un "peinado para cualquier ocasión".

Los ojos de Georgina aparecieron por encima de la revista. —¿Quizás Charlie podría ayudar con su bombe?

—¿Bomba? ¿De qué estás hablando?

Ella se rio. —¿No recuerdas en Navidad? Nos pareció hilarante que estuviera hablando del bombe que usaban para cálculos.

—Ah, sí. Un bombe. Con e. Nos contó que provenía de una operación de descifrado durante la guerra, ¿no?

—Quién sabe. Algo así.

Un bombe. Millie dio vueltas a esa palabra inusual en su mente. Se imaginó una gran máquina mecánica con diales giratorios, procesando cálculos más rápido de lo que un humano podría leerlos.

—No puedo hablar de esto con Charlie.

Volvió a mirar la cifra. Esto parecía un problema insuperable. ¿De qué servía recopilar datos que no podía leer?

Capítulo Cuatro

Viernes 10 de junio

Susie Attenborough estaba sentada desnuda en una tienda de campaña. Con las piernas cruzadas, dentro de su saco de dormir abierto.

Se estiró antes de rebuscar entre un montón de ropa para encontrar su reloj de pulsera.

5:45 de la mañana.

El sol llevaba levantado cuarenta minutos; la fina lona hacía poco por mantener la luz fuera.

Dio cuerda al reloj para un nuevo día. Fuera, en el seto cercano y en el bosquecillo, el coro del amanecer estaba en pleno apogeo. Saboreó el suave canto de los pájaros, consciente de que pronto sería reemplazado por el aullido de los motores a reacción.

Susie bostezó, pasó por encima de los restos de su ropa y salió a la luz del día.

Sus pies descalzos sintieron el frío del rocío en la hierba. Los conejos saltaban por la pista de rodaje al otro lado de la alta valla de seguridad, con sus partes inferiores desapareciendo en una fina capa de niebla.

El campamento pacifista permanecía en silencio. Sus ojos recorrieron las otras tiendas, dispersas alrededor del wigwam

central. En silencio las contó, comprobando si había nuevos llegados, hasta que vislumbró a un hombre: alto, con barba, con el torso desnudo y pantalones cortos. Él le devolvió la sonrisa.

Susie lo reconoció de una presentación cuando llegó por primera vez. ¿David?

Como no era un comportamiento normal estar completamente desnuda en el campo británico, ni siquiera en una comuna pacifista, colocó un brazo sobre sus pechos y el otro entre sus piernas y retrocedió torpemente hacia la tienda.

Se tomó su tiempo para ponerse la ropa: una falda corta y una blusa blanca.

Cuando volvió a salir, David se había ido, pero algunos manifestantes más habían emergido de sus madrigueras. Intercambió sonrisas antes de que las cabezas se girasen al oír un profundo estruendo que reverberaba desde el aeródromo.

Comprobó su reloj; apenas las 6 de la mañana.

Se acercó a la valla y miró hacia los tres grandes hangares verdes al otro extremo de la pista. Ya habían sacado algunos aviones y uno, con las hélices girando, era la fuente del ruido.

Un movimiento llamó su atención: un Land Rover con una capota de lona en la parte trasera, acelerando por la pista perimetral, dirigiéndose hacia ellos. Se mantuvo firme mientras el vehículo pasaba a pocos metros al otro lado del alambre.

El conductor y el pasajero miraron en su dirección. Observó el ribete verde de sus gorras, pero no pudo identificar el uniforme.

Desde su llegada, todas las conversaciones habían girado en torno a cuándo vendrían a por ellos, armados con una orden de desalojo.

Hasta ahora los habían dejado en paz.

Sabía que eso cambiaría una vez que comenzara la acción directa.

Millie llegó a TFU con un plan. Un plan vago, no muy elaborado. Pero al menos era un plan.

Las mesas de mapas estaban vacías ya que los pilotos y algunos navegantes estaban en la reunión meteorológica matutina.

Se acercó a la oficina administrativa y se aseguró de que el Vulcan que tenían asignado no fuera necesario demasiado pronto después de su regreso.

Rob apareció junto con otros miembros de la tripulación al terminar la reunión meteorológica.

Millie compuso una expresión amable en su rostro. Rob parecía nervioso, pero le saludó en voz alta y le preguntó si quería un té.

Aceptó la oferta y su cara se iluminó. Se dirigieron juntos al bar de té y Millie mantuvo la cordialidad, charlando sobre el cricket.

—Al parecer, Sobers estuvo magnífico en Lord's. Ciento sesenta y tres sin retirar.

Rob parecía un poco inseguro, como si no estuviera seguro de lo que estaba pasando. Pero participó en la conversación.

—Será difícil que ganemos el partido a partir de aquí.

—Ciertamente —dijo Millie. Hizo una pausa y puso una mano en la espalda de Rob—. Es mejor estar en buenos términos, ¿no crees?

—Lo es.

Speedy Johnson anunció su presencia en la sala y Millie los llevó a una mesa de planificación. Extendió una carta que cubría la mayor parte del norte de Inglaterra, con el impresionante relieve marrón del Distrito de los Lagos prominente en la esquina superior izquierda.

Señaló el centro de las colinas. —Los Lagos. Necesitamos algunas grandes depresiones bajo nosotros.

Speedy miró donde había aterrizado el dedo de Millie.

—Gales tiene depresiones, es famoso por ello. Y está mucho más cerca.

Millie asintió. —Las tiene, pero necesitamos cubrir tantos terrenos diferentes como sea posible. Últimamente hemos estado mucho por Gales. Es hora de un cambio de escenario.

Speedy se encogió de hombros. —Todo bien para mí. Le dará a Brighty algo nuevo que planificar.

Rob se mantuvo en silencio.

El grupo se dispersó y Millie encontró a Steve Bright para informarle antes de dirigirse a la oficina administrativa. Mientras el teniente de vuelo permanecía de pie junto a él, sacó ocho cintas en blanco del armario seguro, colocando las fundas de cartón en su maletín de vuelo.

Una hora después, Millie estaba en el borde de la plataforma de TFU con su mono de vuelo, el casco puesto y la máscara de oxígeno colgando flojamente de la barbilla.

Se dio cuenta de que estaba caminando de un lado a otro y se esforzó por mantener los pies plantados, concentrándose en el ballet de las aeronaves maniobrando frente a él.

Un rugido llamó su atención y observó cómo un English Electric Lightning tronaba por la pista. Sus alas plateadas brillaban bajo el sol mientras el piloto lo elevaba en un ascenso vertical y ejecutaba un giro de trescientos sesenta grados. Sonrió mientras la aeronave se convertía en un pequeño dardo plateado y desaparecía en una capa de nubes.

Un momento después, Steve, Speedy y Rob aparecieron a su lado y caminaron hacia el Vulcan de alas delta blanco. Speedy se subió mientras Rob partía alrededor de la aeronave, escudriñando en los recesos del tren de aterrizaje y comprobando varios recovecos.

Millie siguió a Steve Bright a la cabina trasera y se instaló.

Después de acordar que Bright realizaría las comprobaciones posteriores a la escotilla, se ató el cinturón y comenzó a organizar las cintas.

Sacó una de su funda y la precargó, mirando de reojo al navegante mientras lo hacía. No era tan inusual, pero normalmente cargaba los carretes solo cuando eran necesarios durante el vuelo.

Steve Bright estaba ocupado con su propia preparación; un viaje más largo a una parte menos visitada del país para el joven navegante.

La cabeza de Rob apareció en la escotilla.

—¿Listos para irnos?

—¡Sí! —respondió el navegante.

Rob subió los siguientes escalones hasta la cabina y Bright comprobó que la escotilla estuviera cerrada y asegurada.

Pusieron en marcha el Vulcan. Los pilotos aún no estaban en el intercomunicador, pero podía oírles avanzar por las diversas listas de comprobación.

Sonidos de tictac y varios zumbidos mecánicos precedieron al familiar aceleramiento de los motores.

Unos minutos después, rebotaron a lo largo de la pista antes de que el avión se inclinara hacia arriba y Millie y Bright fueran empujados hacia delante contra sus correas.

Millie movió una mano hacia delante y activó el interruptor principal en el panel de Guiding Light.

Era inusual encender el sistema tan temprano. Sabía que los paneles repetidores más pequeños en la cabina también se encenderían; solo podía esperar que ni Speedy ni Rob les prestaran atención en esta fase del vuelo.

Puso en marcha la cinta.

Después de veinte minutos, un indicador naranja se apagó y era hora de cambiar a una cinta nueva.

Millie abrió la tapa metálica sobre las bobinas; le temblaba la mano.

Retiró el carrete lleno, luego colocó el carrete vacío en el eje de recogida. Extendió la mano hacia abajo y sacó un nuevo carrete en blanco de su bolsa de vuelo.

En su visión periférica, parecía que Steve Bright le estaba mirando.

Miró hacia el otro lado, pero en realidad Bright estaba observando su mapa con el dedo suspendido sobre el siguiente punto de referencia.

Millie colocó rápidamente la nueva cinta en el eje, cerró la tapa y reinició la grabadora de datos.

Se recostó, aliviado.

El cambio llevó diez segundos; había parecido diez minutos.

Puso una etiqueta adhesiva blanca en el carrete y la marcó, simplemente *BLANK 'A'.*

Una etiqueta sin sentido que solo significaba algo para él.

Sacó un bloc de notas de bolsillo completamente nuevo y lo abrió, anotando la fecha, la hora y la ubicación de la grabación. Se detuvo un momento; incluso esta nota podría ser utilizada en su contra en algún momento. Después de dudar, completó la entrada de todos modos. No había forma de evitarlo.

Miró su reloj y revisó el plan de navegación. Tenía tiempo para dos carretes más antes de que llegaran a la puerta de entrada.

Recostándose, dejó que el zumbido estático del intercomunicador le envolviera. Hacía calor dentro debido al tiempo que el avión había permanecido en tierra. Cerró los ojos.

—¿Sigues con nosotros, Millie? —llamó Steve Bright.

Millie despertó.

—¿Quedándote dormido en un bombardero nuclear? Y solo vamos a Keswick, hombre. No a Vladivostok.

Millie miró su cronómetro. Dieciocho minutos y medio transcurridos. Hora de cambiar carretes de nuevo.

Mientras retiraba la segunda cinta, Steve Bright se volvió hacia él de nuevo.

—Aún no hemos llegado, Millie.

Sintió un pico de adrenalina en el estómago.

Levantó la vista y sonrió. —Lo sé, solo me aseguro de que estemos listos.

Bright le hizo un gesto de aprobación con el pulgar.

¿Habría escuchado Rob el intercambio por el intercomunicador?

Catorce minutos después, comenzaron su descenso, y Millie cambió el segundo carrete, aprovechando que la atención de Steve Bright se centró en el radar de navegación.

Rápidamente marcó su segunda cinta y cargó el primero de los carretes oficiales para la misión de hoy.

El Vulcan se estabilizó a mil pies en vuelo recto y nivelado. Millie echó un vistazo a su copia de la ruta. Deberían estar a unos treinta kilómetros al norte del lago Bassenthwaite. Sintió una sacudida cuando Guiding Light se activó. El vuelo se volvió turbulento

mientras la computadora, sin ninguna de las sutilezas de un humano, reflejaba los contornos del terreno bajo ellos.

—¿Cinta en marcha, Millie? —llamó Rob por el intercomunicador.

—Afirmativo —confirmó Millie.

El vuelo se volvió más ondulante a medida que continuaban más profundamente en los valles y colinas del Distrito de los Lagos. En el oscuro confinamiento del área de la tripulación trasera, Millie empezó a sentirse mareado.

Después de diecinueve minutos de ser zarandeado, pudo ocuparse brevemente, cambiando otro carrete. Cuando pasaron la marca de los treinta minutos y comenzaron a ascender, cambió una vez más.

Tenía dos cintas oficiales para introducir en el sistema, y ya iba por su tercera cinta no oficial.

En el tránsito de regreso, grabó un carrete más, etiquetando las cuatro fundas *BLANK 'A', 'B', 'C' y 'D'.*

A diez minutos de la llegada, mientras descendían al circuito de West Porton, apagó el panel de Guiding Light, aflojó sus correas e intentó estirarse en el espacio limitado.

Susie observó el jet blanco pasar directamente sobre sus cabezas, sus ojos siguiendo su amplio arco alrededor del aeródromo. El tren de aterrizaje del avión se desplegó mientras viajaba hacia el sur antes de girar nuevamente, alineándose para aterrizar.

Llegó sobre la valla y ella lo vio descender hacia la pista, donde pareció flotar en el aire durante un rato antes de finalmente posarse sobre sus ruedas con un chirrido y una bocanada de humo.

David y su espesa barba aparecieron junto a ella.

—Despegan en esa dirección y aterrizan en la contraria —dijo él.

—El viento. Debe haber cambiado durante el día.

—Ah, ya veo. Y ese es un Victor, creo.

—Avro Vulcan —le corrigió ella.

Él levantó las cejas. —No, creo que el Vulcan se ve diferente, tiene una cola alta en la parte trasera.

—El Victor es el que tiene la cola alta, David. El avión blanco que acaba de aterrizar es un Avro Vulcan. Se distingue por su ala en forma de delta. Única en bombarderos, creo.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura, David. Es un maldito Vulcan. —Le sonrió.

—Mmm.

Ella se rio. —Lo siento. No quiero parecer mandona. Crecí con tres hermanos y un padre en la Marina. Puedo identificar la mayoría de coches, barcos y aviones. Probablemente también podría nombrarte la selección de Inglaterra para el Mundial.

—¿Un marimacho? Muy bien.

Se dirigieron de vuelta hacia las tiendas.

—Entonces, David, ¿qué estamos haciendo aquí? Quiero decir, sé que somos un campamento de protesta, pero ¿qué vamos a hacer realmente?

Él metió la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones cortos, sacó un pequeño paquete de tabaco y comenzó a liar un cigarrillo.

—¿Ansiosa, no?

—Simplemente no quiero perder el tiempo.

Él la estudió.

—Bueno, estamos alertando al mundo sobre una nueva tecnología que está haciendo Dios sabe qué con aviones capaces de lanzar bombas nucleares.

—Vale, pero eso suena bastante... pasivo.

Él le sonrió.

—Quizás, pero es importante. También estamos alterando a los militares mientras se preparan para una guerra impensable e imposible de ganar.

—¿Cómo?

—¿Qué quieres decir con "cómo"?

—¿Cómo estamos alterando a los militares? Quiero decir, no hemos cerrado nada ni impedido que ocurra nada, por lo que puedo ver.

El olor a parafina quemada llegó hasta ellos, y un ruido se elevó desde su izquierda. Miraron para ver un Canberra gris oscuro rodando por la pista. Dentro de la cabina, el piloto los miró directamente, y Susie podría haber jurado que se estaba riendo bajo su máscara. Esperó a que el ruido se disipara, pero cuando el avión giró hacia la pista, los motores aumentaron su potencia hasta convertirse en un aullido. El Canberra avanzó, desapareciendo tras los árboles.

Susie se encogió de hombros.

—Como digo, no parece que estemos alterando mucho.

Él encendió su cigarrillo.

—Bueno, no lo sabemos con seguridad. Para empezar, nuestra mera presencia aquí está atrayendo atención...

—Tenemos que hacer más que eso, ¿no?

—Déjame terminar. Estamos atrayendo atención sobre una instalación que el gobierno parece desesperado por mantener fuera de la vista del público. Además, puede que hayan modificado su comportamiento. ¿Crees que exhibirían algo secreto delante de nosotros? No tenemos ni idea de cuánta actividad han reducido porque estamos aquí —dio una calada a su cigarrillo—. Pareces impaciente, espero que no estés pensando en abandonarnos.

Ella negó con la cabeza.

—No. Bueno, no puedo quedarme para siempre. Es solo que si está ocurriendo algo que necesita ser detenido, creo que deberíamos detenerlo. No vine aquí para ver aviones.

Él le sonrió antes de mirar alrededor.

—No todo lo que merece la pena implica unas cizallas, Susie. Algunas cosas requieren un poco más de sutileza —se alejó hacia el tipi—. La paciencia es una virtud.

De vuelta en la sala de planificación, Millie estaba sentado en su escritorio, con el maletín de vuelo junto a sus pies.

Ya había registrado los dos carretes oficiales en el armario del proyecto, dejando seis en su bolsa, cada uno lleno de lecturas de altura de Guiding Light.

Intentó concentrarse en algo de papeleo, pero le resultaba difícil. Sus ojos seguían desviándose hacia el maletín que contenía los carretes ilícitos.

Quería ir al baño, pero era reacio a dejarlo desatendido.

—Esto es una tontería —murmuró para sí mismo.

Kilton salió de su oficina, con un mono azul y un chaleco salvavidas naranja Mae West, sosteniendo sus guantes y el casco de vuelo.

—¿Listos? —llamó a un grupo de pilotos en el bar de té. Rob dejó el grupo, también vestido para volar. Ambos desaparecieron por la puerta del aeródromo.

—Viaje de evaluación con el jefe, aparentemente.

Millie levantó la mirada para encontrar a Jock MacLeish de pie junto a él.

—Oh. Es inusual, ¿no? Que Kilton lleve a un piloto junior.

—Sí. Pero Mark Kilton actúa de formas misteriosas, Millie.

Ayudó a MacLeish con su propio papeleo del proyecto, instruyéndole sobre lo que podía permanecer con seguridad en su taquilla o maletín y lo que debía colocarse en los armarios seguros.

—¿Qué haríamos sin ti, Millie? —dijo MacLeish, y se dirigió a depositar sus informes de pruebas.

Después del almuerzo, Millie pasó la tarde con más administración, bebiendo té y preguntándose cómo demonios iba a sacar de contrabando cintas de Alto Secreto de la estación más segura de la Real Fuerza Aérea del país.

Rob y Kilton llegaron de vuelta a las 2:30 de la tarde, mucho después de que se hubieran ido para una simple comprobación de la competencia de vuelo de un piloto.

Rob estaba todo sonrisas a su regreso; claramente había ido bien.

Millie no perdía de vista el reloj, tratando de juzgar el mejor momento para irse y evitar un registro aleatorio.

¿Mejor cuando hay mucho movimiento? ¿Cuando hay calma? No recordaba muchos registros de coches después de salir del comedor por la noche. Generalmente se llevaban a cabo durante las horas punta de la mañana y la tarde.

Jock MacLeish trabajaba en un escritorio cercano.

—Oye, Jock. ¿Vas al comedor esta noche?

—Es viernes, Millie. ¿Hace falta que preguntes?

—Ah, claro. Happy Hour.

Tan pronto después de las 4 de la tarde como pudieron escabullirse, un grupo salió de la TFU dirigiéndose al comedor.

Millie se levantó, cogió su maletín y caminó hacia la puerta. De repente, el maletín le pareció pesado en la mano y era consciente de cada paso que daba.

Salió de la sala de planificación y caminó los pocos metros hacia la puerta que daba al aparcamiento. A medida que se acercaba, esta se abrió y el oficial al mando de la policía de seguridad de la RAF West Porton entró.

El hombre, con un elegante uniforme azul claro con franjas verdes en las mangas y la gorra, caminó directamente hacia él.

Millie contuvo la respiración, pero el oficial pasó junto a él sin establecer contacto visual.

Exhaló y se dirigió a su coche, colocando su bolsa de vuelo en el hueco para los pies del asiento del pasajero.

En el comedor, cerró cuidadosamente todas las puertas antes de entrar al bar.

Vio a MacLeish sentado con los viejos de la Unidad de Mantenimiento. El escocés le hizo un gesto y levantó una pinta para él.

Millie tomó asiento y chocaron vasos.

JR, uno de los pilotos de la MU, parecía tan viejo como los aviones que pilotaban. Sus ojos oscuros y hundidos parecían tragar

la luz. Pero había un brillo en su mirada y a Millie siempre le gustaba la compañía de los veteranos.

La cerveza sabía bien.

La sala se llenó de humo y conversación. Millie divisó a Rob en el bar, rodeado de los pilotos de prueba senior.

Jock le informó que Rob y el jefe habían aterrizado en Daedalus, una base de la Marina cerca de Portsmouth. Habían almorzado juntos en el comedor, aparentemente.

Alrededor de las 8 de la tarde, varias horas después de haber empezado a beber, Millie se despidió y se dirigió hacia su coche. Estaba un poco inestable y se dio cuenta de que no estaba en las mejores condiciones para afrontar su primer intento de sacar una cinta de contrabando. Tal vez el alcohol le proporcionaría valor.

Después de dos intentos, persuadió al motor del Rover para que arrancara. Maniobró a través del aparcamiento lleno, mirando a través del campo de juego hacia las luces de la puerta principal.

Había un hombre en la barrera, tal vez un cabo. En la caseta junto a él, un sargento con un portapapeles.

Llegó a la carretera principal que atravesaba el centro de la zona residencial de la base y giró a la izquierda.

Reduciendo la velocidad, deseó con todas sus fuerzas que la barrera se levantara.

Nada.

El sargento, portapapeles en mano, apareció junto a su coche.

Millie bajó la ventanilla.

El sargento se inclinó para poner su cabeza a la altura.

—Buenas noches.

—Hola —logró decir Millie.

—Solo una palabra de precaución, señor. Hemos detectado manifestantes por ahí esta noche. Es mejor que no se detenga de camino a casa.

—No tenía pensado hacerlo, Sargento, pero gracias por el consejo.

El sargento asintió, luego pareció examinar a Millie antes de echar un vistazo a su coche.

—No habrá bebido demasiado, ¿verdad, señor?

—Por supuesto que no. Solo una o dos copas, Sargento.

El hombre volvió a asentir, pero no cambió su expresión. Se irguió y se dirigió al frente de la caseta.

Después de una eternidad, la barrera se elevó lentamente.

Millie puso el coche en primera, pisó el acelerador con el pie y soltó el embrague. El coche dio un tirón hacia delante y se caló.

Su corazón latía con fuerza.

Esperó a que el sargento reapareciera, probablemente convencido de que estaba borracho.

Antes de intentar arrancar de nuevo el motor, se obligó a hacer una pausa. Puso el coche en punto muerto, mantuvo el pie en el embrague y giró la llave.

Arrancó.

Esta vez, Millie se aseguró de avanzar sin más problemas. Miró por el retrovisor lateral para ver al sargento observándole, su imagen haciéndose cada vez más pequeña.

Capítulo Cinco

Sábado 11 de junio

Susie se despertó junto a David. Permaneció inmóvil boca arriba durante un rato mientras la tienda se iluminaba.

La noche del viernes había dado un giro inesperado; habían compartido una larga conversación lejos del gentío alrededor de la hoguera, y en algún momento él se inclinó y la besó. La repentina sensación de su poblada barba alrededor de su boca la tomó por sorpresa. Pero la conversación fue excelente, y sintió que había avanzado.

Permitió que su avance se desarrollara.

El sexo fue previsiblemente decepcionante. *Rutinario*, era la palabra que usaría si estuviera de vuelta en Cambridge informando a sus amigas. Pero eso no venía al caso.

Se puso silenciosamente unos pantalones cortos y un jersey fino, y salió gateando de la tienda. Miró hacia atrás; David estaba despierto y la observaba. Le dedicó una sonrisa y se marchó.

El campamento estaba tranquilo.

Se dirigió fuera del campo, hacia la carretera principal. El aire del amanecer era fresco sobre su cuerpo ligeramente cubierto, aunque sentía bolsas ocasionales de calor mientras el sol comenzaba otro día de calentar Inglaterra más allá de sus expectativas más salvajes.

Los días calurosos le resultaban extraños a una inglesa, recordándole unas vacaciones de camping de su infancia en el sur

profundo de Francia, donde el clima resultaba tan exótico como el idioma extranjero.

Un recuerdo flotó en su mente. Jugaba al cricket con sus hermanos en la arena, para desconcierto de los lugareños. Más tarde, se enfadó con su madre, que siempre la empujaba a hacer amistad con las otras chicas del camping.

Entró en el pueblo, mirando casualmente a su alrededor para asegurarse de que estaba sola antes de tirar de la pesada puerta de hierro fundido de la brillante cabina telefónica roja.

Millie salió de la cama y se dirigió al dormitorio de invitados, cerrando la puerta tras él.

Abrió lentamente las cortinas, intentando no hacer más ruido.

El sol estaba subiendo; calculó que serían alrededor de las 6 de la mañana. Un movimiento en el exterior captó su atención: una figura deambulando por la carretera desde la dirección del campamento pacifista. Una chica delgada. La hija de alguien. ¿Cómo se sentiría si, en lugar de estudiar matemáticas en Oxford, Charlie estuviera viviendo en un campo?

Se alejó de la ventana hacia un archivador torcido que descansaba en la esquina de la habitación. Una pila desordenada de papeles, por archivar, yacía encima.

Abrió el cajón superior y se estremeció cuando los rodillos protestaron por la falta de lubricación.

El archivo que quería estaba metido en la parte trasera.

CHARLIE - OXFORD.

Junto con la carta formal de aceptación de Charlie de la universidad, había una serie de folletos introductorios para el nuevo estudiante.

Examinó los primeros, pero solo vio notas sobre las habitaciones universitarias con un fuerte énfasis en las reglas que debían obedecer. *PROHIBIDAS LAS VISITAS FEMENINAS* parecía ser un tema recurrente.

En la cuarta hoja de papel, encontró los datos del tutor de Charlie.

Profesor Leonard Belkin FRS, CBE.

Era demasiado temprano para llamar.

De vuelta en el dormitorio, colocó la hoja doblada con los contactos debajo de su novela de Alistair MacLean y volvió a acostarse.

Se despertó de nuevo con el sonido de Georgina hablando por teléfono en la planta baja. Entrecerrando los ojos hacia el despertador, se sorprendió al ver que eran más de las 9 de la mañana.

La conversación de Georgina reverberaba por toda la casa. Alguna mención de unos grandes almacenes nuevos en Salisbury.

—Iremos juntas. ¡Qué diversión!

Se preguntó qué planes se estaban tramando, temiendo que le involucraran a él.

Unos minutos después, salió del baño con una toalla envuelta alrededor de su cintura. Georgina estaba subiendo las escaleras; le pinchó la rueda de repuesto a Millie al pasar.

—¡Ay!

—Vamos a tener que conseguirte una toalla más grande.

Él se puso la mano en la barriga. —Todo está pagado.

—Bueno, volvamos a nuestros paseos dominicales.

Ella desapareció de nuevo en el dormitorio.

Millie la siguió. —¿Has estado haciendo planes?

Georgina se ajustaba el maquillaje frente al espejo del tocador. —Vamos a Salisbury con los May —habló a través de labios contorsionados mientras se aplicaba una capa de pintalabios rojo—. Hay unos grandes almacenes completamente nuevos. Turner's.

—Oh.

—No te emociones demasiado, Millie. Tú y Rob siempre podéis escabulliros al pub antes.

Cerró el pintalabios con un floreo.

—Bien, pues voy a comprar leche. —Georgina bailó escaleras abajo—. Estate listo para cuando vuelva.

Millie oyó abrirse y cerrarse la puerta.

Recuperó la carta de debajo de *Los cañones de Navarone*. Bajó arrastrando los pies por las escaleras alfombradas, sujetando la toalla en su sitio, dejando huellas húmedas a su paso.

Levantó el auricular verde del teléfono y marcó.

El teléfono sonó cuatro veces; Millie golpeteaba con el pie.

Finalmente, respondió una mujer. Habló lentamente con una voz antigua y temblorosa.

—Oxford, cinco-cuatro-cuatro-uno. Residencia del profesor Belkin.

—Ah, hola. Esperaba poder hablar con el profesor, por favor.

—¿Puedo preguntar quién llama? —dijo la mujer, pronunciando cada palabra con claridad.

—Me llamo Milford.

Ella dejó el auricular.

—*Un tal señor Milford para usted, profesor*.

Pasó otra eternidad.

—Hola, joven Charles. ¿En qué puedo ayudarte en sábado?

—En realidad, no soy Charlie. Soy su padre.

—Oh. Hola, señor Milford. ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Espero que todo vaya bien?

—Sí, está todo bien. Esto es bastante inusual, pero me pregunto si podría hablar con usted sobre un asunto de cierta urgencia para mí y que es, me temo, bastante delicado.

—¿Tiene que ver con Charles? ¿Está todo normal en casa?

—No, quiero decir sí, todo está normal, pero no, esto no es sobre Charlie. Es sobre mí. Necesito su ayuda.

—¿Mi ayuda? Cielos, esto suena emocionante. Por favor, pregunte. —El profesor tenía un tono cálido y peculiar en su voz.

—Como digo, es bastante delicado, pero en términos simples necesito hacer muchos cálculos matemáticos repetitivos. Demasiados para la mente humana. No creo que sea muy complicado, solo está más allá de las capacidades normales de un humano. Al menos llevaría un tiempo extraordinario. Y recuerdo que usted tiene una bomba. ¿Así se llama?

—Solíamos tener, como dice, una bomba, pero me temo que recientemente ha completado su último cálculo. Actualmente está

desmontada y creo que en un contenedor detrás del departamento de matemáticas. Es una lástima. La vieja dama tuvo un papel en ganar la guerra, ¿sabe?

—Oh, vaya. Lamento oír eso. —Millie se sentó en el pequeño banco junto a la mesa del teléfono.

—Lo siento por eso —dijo Belkin—. Pero ahora todo gira en torno al ordenador y necesitábamos el espacio.

—¿Tiene un ordenador?

—Sí, tenemos uno.

—Eso podría ser incluso mejor.

—¿Podría? Es un IBM central. Utiliza métodos diferentes para introducir los números que la bomba. Me temo que es todo bastante especializado. Tarjetas perforadas y cinta magnética.

—Tengo cintas magnéticas.

—¿Las tiene?

—Sí, pero son para un ordenador diferente. ¿Cree que el suyo podrá descifrarlas?

—¿Sinceramente? No tengo ni idea. Tengo un pequeño ejército de técnicos que hacen todas esas cosas. Tengo una vaga noción de cómo se disponen los números. Algo llamado ASCII. Pero más allá de eso no puedo decir realmente.

—Ya veo.

—Quizás podríamos intentarlo. ¿Si le resultaría útil?

—Sería maravilloso. ¿Quizás podría dejarle la cinta hoy mismo?

—¿Hoy? Tiene prisa, ¿verdad, señor Milford? —El profesor hizo una pausa—. ¿Estoy en lo cierto al pensar que usted es oficial de la Real Fuerza Aérea?

Millie oyó el coche volviendo a la entrada.

—Lo soy, profesor, y necesito urgentemente ayuda. Debo pedirle absoluta discreción, y que no mencione esta conversación a nadie, incluido mi hijo. ¿Puedo visitarle hoy?

—¿Por qué no? Rhodes Cottage, en Merton Street. Debería ser fácil de encontrar.

Millie garabateó la dirección y las indicaciones junto al número de teléfono, justo cuando la puerta se abrió y Georgina entró como una brisa en la habitación.

—Adiós. —Colgó.

Georgina lo miró fijamente. —Millie, ¡ni siquiera estás vestido, por el amor de Dios! ¿Y quién demonios era ese al teléfono?

—Charlie.

—¿Nuestro Charlie?

—Sí. Mira, me siento mal por haberme perdido llevarlo al principio del trimestre y me llamó para preguntarme por mi bate de cricket. Pensé que se lo llevaría. Me dará la oportunidad de ver su nueva habitación.

Georgina dejó las llaves del coche sobre el aparador en el pasillo.

—¿Vas a llevarle tu bate de cricket a Charlie? —Inclinó la cabeza hacia él.

—Sí.

—¿En Oxford?

—Sí. Tiene un partido de fin de trimestre y quería pedirlo prestado.

—Pero Charlie dejó el cricket en el colegio.

Caña de pescar. Debería haber dicho caña de pescar.

—Lo sé. Pero le han invitado a jugar y quiere hacerlo y le dije que sí.

Se sacó un pañuelo de seda de un gancho para abrigos y se lo colocó sobre el pelo. —Ya veo. Así que no vendrás a Salisbury con Mary y Rob. Y necesitarás el coche.

—Por favor, no hagas un drama con Rob. Dile que siento mucho perdérmelo y que nos veremos en la fiesta de cócteles esta noche. Dile que yo conduciré.

—Vale —dijo, y terminó de atarse el pañuelo bajo la barbilla—. Bueno, dale recuerdos de mi parte. Claro, le veremos dentro de tres semanas.

En su cabaña universitaria, el profesor Leonard Belkin estaba sentado a la mesa de la cocina con un ejemplar de *The Times*, doblado para mostrar el crucigrama criptográfico.

Después de resolver una pista, su mente divagó hacia la inusual llamada telefónica.

—Señora Lazenby —llamó.

Una pequeña mujer de unos ochenta años apareció en la puerta de la cocina.

—Esperamos a un invitado, señora Lazenby.

—¿Mañana? —preguntó, mirando el reloj de la cocina.

—Hoy.

—*¿Hoy?*

—Hoy —confirmó.

Observó cómo ella asimilaba esta noticia.

—¿A qué hora esperamos a este invitado?

—Esta misma tarde, ¿se lo puede creer?

—¿Debería traer algo de té de Danbury's?

—Creo que una selección de pasteles de Danbury's sería excelente. —Pensó un momento—. Creo que lo mejor es no mencionar esta visita a nadie.

—¿A nadie?

—A nadie, quizás debería decir.

—Yo nunca...

—Señora Lazenby, sé que usted no lo haría. Solo estoy siendo cauteloso.

Ella asintió al hombre de cuya casa se había ocupado durante treinta y siete años. —Por supuesto, profesor.

Cuando ella salió de la habitación, Belkin tomó su pluma para continuar con el crucigrama.

Leyó la pista—*Un paseo en Provenza (4)*—y escribió las letras r-o-v-e en las casillas vacías.

Demasiado fácil. Dio golpecitos con su bolígrafo sobre el periódico.

Un oficial de la RAF que requiere investigaciones estadísticas en absoluto secreto. Un poco más complicado.

Al pasar el desvío hacia Abingdon, Millie divisó un área de descanso más adelante y detuvo el coche.

Sacó las instrucciones de nuevo y consultó el mapa de carreteras de la AA.

Arrancó de nuevo, habiendo memorizado la ruta.

Veinticinco minutos después, conducía por Oxford High Street, reduciendo la velocidad ante compradores distraídos que se aventuraban a cruzar la calle. Pensó en Georgina, Mary y Rob, que estarían haciendo lo mismo en Salisbury, aunque no tenía duda de que probablemente ya se habrían refugiado en The Haunch of Venison para tomar un tentempié y un sándwich a estas alturas.

Giró hacia King Edward Street y condujo hasta el final antes de entrar en un estrecho callejón empedrado, pasando junto a un antiguo cartel que anunciaba Merton Street.

Pequeñas casitas se alineaban a ambos lados de la calle mientras reducía la velocidad al mínimo y leía los nombres. Detuvo el coche frente a unas puertas dobles de madera cerradas con la inscripción *RHODES COTTAGE.*

De repente se dio cuenta de que las habitaciones universitarias de Charlie estaban cerca. Con suerte, su hijo habría encontrado algún pub para almorzar.

Salió y se acercó a la descolorida puerta verde. No hubo respuesta inmediata a su llamada, pero finalmente, la puerta se abrió y una mujer mayor apareció entre las sombras.

—Pase, señor Milford. Soy la señora Lazenby.

Millie echó un vistazo a su coche. Se imaginó a Charlie pasando en bicicleta y deteniéndose sorprendido al ver el distintivo Rover rojo de su padre.

—¿Cree que sería posible abrir las puertas para que pueda aparcar ahí?

La señora Lazenby cerró lentamente la puerta principal. Millie retrocedió y observó el edificio bajo. Era un lugar encantador, pero al examinarlo más de cerca, los marcos de las ventanas se estaban pudriendo y la pintura se desprendía de la puerta.

Oyó un ruido a su izquierda y vio que las puertas marrones se abrían hacia dentro.

Quien las abría era un hombre bajo, con mechones de cabello gris, pantalones beige holgados, camisa blanca y, a pesar del calor, un cárdigan y corbata.

—Es mejor entrar marcha atrás y salir hacia delante —dijo el profesor—. Estadísticamente es menos probable que mates a un estudiante en bicicleta de esa manera, aunque nunca he calculado las cifras exactas al respecto.

Millie volvió a subir al Rover y avanzó antes de hacer crujir ruidosamente las marchas buscando la marcha atrás. Mientras retrocedía, se alegró de ver que el profesor cerraba las puertas delante de él.

Cogió uno de los carretes de cinta y escondió los cinco restantes bajo el asiento del copiloto.

Cuando salió del coche, el profesor le indicó que se dirigiera a una entrada lateral. Aunque solo medía un metro setenta y cinco, tuvo que agachar la cabeza para pasar bajo una viga torcida con más pintura descascarillada.

La casita era fresca. Las antiguas paredes de bahareque se desmoronaban y olía a humedad. Un reloj de pie marcaba el tiempo en el pasillo.

Entrecerró los ojos mirando un plato de recuerdo en la pared. *Jubileo de Plata de Su Majestad 1910 - 1935.*

El lugar era una cápsula del tiempo; un mundo completamente distinto del bullicioso y moderno entorno de la UTA.

La señora Lazenby, con un delantal floreado, acompañó a Millie a la cocina donde él y Belkin se sentaron uno frente al otro en una pequeña mesa cuadrada.

Ella sirvió el té con gran cuidado.

El profesor le observó. —¿Qué tal el viaje, señor Milford?

—Bien. Me perdí un poco en Abingdon, pero pronto encontré el camino de vuelta.

A Millie le tembló la mano al llevarse la taza de té a los labios.

La señora Lazenby salió de la habitación y cerró la puerta tras ella.

—Y bien, señor Milford, ¿a qué rama de la Real Fuerza Aérea pertenece usted?

—Soy ingeniero de profesión. Solía mantener en vuelo varios cazas y bombarderos, pero hace unos diez años comencé a trabajar en el área eléctrica y ahora en la electrónica.

—Interesante. ¿Trabaja usted con innovaciones como el Autoland?

—Me impresiona que conozca el nombre correcto. De hecho, hice algún trabajo para la Unidad Experimental de Aterrizaje a Ciegas justo después de la guerra y luego trabajé con Philips para desarrollar tecnología de piloto automático. Es bastante satisfactorio verlo en aviones comerciales hoy en día.

—Estoy seguro de que lo es. Ya veo de dónde saca el joven Milford su destreza.

Millie se rio. —No estoy a la altura de Charlie en cuanto a matemáticas, me temo. Yo soy mucho más práctico.

El profesor sonrió. —¿Y por eso necesita algo de ayuda con los números de nuestra parte?

—No estoy seguro de que ni siquiera Charlie pudiera descifrar estas cifras. Es el puro volumen de cálculos necesarios. Creo que solo un ordenador grande podrá hacerlo.

—Bueno, eso es para lo que son mejores. Es aterrador, en realidad, lo rápidamente que pueden procesar cálculos. Pueden realizar en una hora lo que a un humano le llevaría muchas semanas completar. Quizás meses, en realidad. —Belkin juntó las manos sobre la mesa—. Entonces, señor Milford. ¿Exactamente cómo podemos ayudarle?

El profesor hablaba con un suave acento escocés, posiblemente de Edimburgo. Mucho más claro en persona que por teléfono. Parecía amable y tenía modales suaves.

Millie volvió a colocar la taza en su platillo, sabiendo que estaba a punto de jugarse su propia libertad y posiblemente mucho más.

—Necesito ser muy cuidadoso con lo que le cuento. ¿Cree que sería posible que tratara esto como un ejercicio académico, sin relación con nada físico, como tal?

—Ya veo. Creo que sí. Los ejercicios académicos son lo que mejor hacemos en Oxford.

Millie hurgó en el bolsillo de su chaqueta deportiva y sacó la cinta. La colocó en la mesa entre ambos.

—En esta cinta hay números. Los números representan distancia, en pies, creo. Me gustaría saber si puede leerla, y si su ordenador podría examinar las lecturas y detectar cualquier imperfección.

—¿Imperfecciones?

—Lo que quiero decir es, cualquier cosa que tenga poco sentido. Un salto repentino en los números que parezca implausible.

El profesor pareció reflexionar sobre esto y finalmente se quitó las gafas de media luna, agitándolas en su mano mientras hablaba. —Está hablando de varianza, creo. Un término matemático para la desviación de un dato. Con los parámetros adecuados, entonces sí, siempre que podamos extraer los datos, podemos crear una rutina para rastrear y destacar cualquier conjunto de datos que se desvíe fuera de los parámetros que establezcamos. Algo como una escala de percentiles. ¿Me sigue?

—Creo que sí. Básicamente, lo que estoy buscando es un patrón poco probable que exista en la realidad. Por ejemplo, podría tener diez minutos de lecturas de altura en un rango de, digamos, trescientos a cuatrocientos, seguidos por un segundo o así de lecturas de altura que muestren mil doscientos, y luego vuelve al rango original. ¿Cree que eso es posible?

—Creo que sí. ¿De cuántas lecturas de altura estamos hablando?

Millie pensó por un momento. —La cinta graba veintisiete cada segundo, y cada cinta dura entre quince y veinte minutos.

—Veinticinco mil números en la cinta —dijo el profesor—. Nos parece mucho a ti y a mí, pero para la máquina, es solo unas horas de zumbido.

—Si puedes leer esta cinta, espero entregarte cien más.

El profesor dejó su té y entrelazó las manos sobre la mesa.

—Señor Milford, ¿puedo preguntar si esta es una visita oficial de un oficial de la RAF? ¿O está realizando algún trabajo independiente?

Millie miró a su alrededor en la cocina. Armarios descoloridos y techo amarillento. Una puerta de un mueble inferior colgaba de su única bisagra.

—No es oficial —dijo, observando a Belkin—, pero es un asunto de la Real Fuerza Aérea.

—Ya veo. Aunque en realidad no. Lo cual, sospecho, ¿es su intención?

—Profesor Belkin, aprecio mucho la delicada posición en la que le estoy colocando. Creo que solo puedo apelar a su buena voluntad para ayudar a un ingeniero de la RAF que necesita una dosis de modernidad en, digamos, un entorno neutral.

El profesor pareció considerar esto antes de dar un breve asentimiento. —Muy bien. Yo no opero el ordenador personalmente, estoy seguro de que lo entiende, pero sí asigno las tareas a los chicos de batas blancas y creo que puedo conseguir ayuda del equipo.

Millie exhaló.

—Maravilloso.

—Nuestra primera tarea es leer la cinta. Y no prometo nada sobre el éxito de esto. Sabe Dios si esta cinta será compatible con nuestro ordenador, pero solo hay una manera de averiguarlo.

Un reloj en el pasillo dio las doce.

—Si pudiera conseguirle más cintas en, digamos, diez días, ¿sería capaz de leerlas antes de que termine el trimestre?

—Depende de cuánto tiempo lleve el procesamiento, pero en principio, sí.

—¿Cuándo podrá informarme si puede leer esta cinta?

—No estoy seguro. Son un grupo entusiasta, la promoción de su hijo, y el departamento está abierto los sábados. Podría acercarme más tarde hoy y probar suerte. Pero quizás tenga que esperar hasta el lunes. ¿Le gustaría que le llamara a su trabajo?

—No —Millie respondió bruscamente, con más dureza de la que pretendía.

El profesor se rió. —Qué tonto soy, por supuesto que no. Debemos movernos entre las sombras, ¿no es así? Quizás podría dejarme un contacto adecuado —Terminó su té mientras Millie escribía su número de teléfono particular.

—Está nervioso —dijo Belkin mientras tomaba la nota.

Hubo un suave golpe en la puerta de la cocina.

—Lo estoy. Esto es bastante fuera de lo común para mí y no está exento de riesgos. Pero la necesidad obliga, me temo.

Belkin le estudió por un momento antes de llamar a la señora Lazenby.

—Adelante.

La anciana apareció con dos bolsas de papel marrón. Se afanó con los platos en la encimera de la cocina antes de colocar una generosa pila de pasteles y dulces entre Belkin y Millie.

—Los éclairs de chocolate de Danbury's son sencillamente sensacionales. —Belkin empujó un plato hacia Millie.

La señora Lazenby salió de la habitación y cerró la puerta.

El profesor le guiñó un ojo a Millie. —Sospecho que las operaciones clandestinas nos agotarán a ambos. Mejor abastecernos de energía, señor Milford. —Se metió un largo éclair en la boca.

El comienzo de la tarde se había convertido en hora de siesta en el campamento por la paz.

A Susie le gustaba bastante.

Pero algo la despertó de su sueño.

La tierra tembló. Levantó la cabeza para ver a sus compañeros del campamento caminando hacia la valla del aeródromo. El sonido se hizo más fuerte.

Estaban acostumbrados al ruido de las aeronaves, tanto de motores de hélice como de reacción, pero esto era diferente. Un sonido más familiar y prosaico.

Camiones.

Se puso de pie.

En una nube de polvo en la pista sur, una corriente de vehículos grandes de doble eje avanzaba pesadamente hacia ellos. Una lona cubría sus cargas.

—Esto no puede ser bueno —se dijo a sí misma.

Se unió a los demás mientras se colocaban en fila contra la alambrada que les separaba del mundo militar que había más allá.

Los primeros camiones se detuvieron a pocos metros frente a ellos.

Contó al menos veinte vehículos, y seguían llegando más.

Equipos de soldados vestidos con camuflaje aparecieron y se dedicaron a retirar las lonas, revelando pilas de postes metálicos y grandes rollos de lo que parecía alambre plateado entrelazado.

Un hombre con un portapapeles bajó del vehículo principal. Contó los camiones a medida que llegaban.

David y una mujer llamada Megan se colocaron a su lado.

—¿Vienen a desalojarnos? —dijo David.

—Están en el lado equivocado de la valla para eso —respondió Susie.

Miraba fijamente el alambre plateado, enrollado como pacas de heno. Entrecerrando los ojos, apenas podía distinguir la superficie dentada del material.

—Alambre de cuchillas.

Los primeros hombres marcaron el terreno a pocos metros dentro de la valla existente, y apareció un equipo con un taladro neumático. Empujaron un generador hasta colocarlo en su sitio.

—Si quieres una prueba de que estamos en el lugar correcto, aquí la tienes —dijo Megan—. Todo esto es por nosotros. Tienen miedo.

—¿Quizás hemos perdido nuestra oportunidad? —dijo David.

—No. No la hemos perdido. —Megan se alejó.

Susie reflexionó sobre el intercambio por un momento.

—Entonces, ¿Megan está al mando? —Miró a David.

Él sonrió. —Por supuesto que lo está.

Los militares trabajaban con precisión militar. La valla existente parecía débil y patética comparada con la nueva amenaza.

Algunos manifestantes gritaban a los hombres uniformados. No obtuvieron respuesta, ni siquiera una mirada.

—Esta es una operación bien planificada —dijo Susie.

—Nosotros también estamos organizados. No te preocupes por eso. Hace falta mucho para derrotar a Megan.

Un estruendo sonó detrás de ellos y se giraron para ver a Megan de pie fuera del tipi golpeando una cuchara de madera contra una

cazuela.

Se unieron a los demás que convergían en la tienda central de reuniones.

Mientras se reunían dentro, Susie observó la estructura jerárquica, con Megan y David al frente, preparándose para dirigirse a la multitud. Alguien a quien no reconocía estaba cerca de la entrada. Alto, con una espesa barba rubia.

Hacía calor y la gente empezó a levantar los laterales de la tienda para dejar entrar algo de aire.

Megan comenzó su discurso.

—Nuestra información era correcta. Hay algo secreto en esta base. Algo desagradable que están ocultando al mundo y están haciendo grandes esfuerzos para mantenerlo así. Es hora de que actuemos.

El grupo murmuró su aprobación. Susie intercambió miradas con los que la rodeaban. Algunos parecían asustados, otros ansiosos.

Se volvió hacia el frente; el hombre barbudo había desaparecido.

David intervino, mirando sus notas. —Durante un tiempo pensamos que una antigua Unidad de Mantenimiento, la número 207, era una tapadera para algo más. Pero ahora sabemos que la mayoría de los aviones que vemos pertenecen a un escuadrón diferente. Un escuadrón que no tiene nombre y que oficialmente no existe. Puede que seamos las primeras personas fuera de la RAF en notarlo.

—Ese será nuestro objetivo —dijo Megan—. No todos estaréis involucrados. Mantendré los detalles en secreto para proteger al grupo de asalto. Pero todos podéis participar. La preparación comienza hoy.

Los espectadores aplaudieron, y algunos salieron al aire más fresco.

Susie se quedó rezagada en la tienda, abriéndose paso hasta David y Megan.

—Quiero ofrecerme voluntaria —dijo cuando llegó al frente.

—Como todo el mundo —respondió David.

Megan la miró. —¿Quién eres? No te conozco.

—Es Susie —dijo David—. Es de fiar.

—Soy pequeña. Puedo pasar por ventanas estrechas.

Megan la evaluó de nuevo y asintió antes de volver a atender a los entusiastas voluntarios frente a ella.

Susie puso su mano en el brazo de David. —Esta es la única razón por la que estoy aquí. Creo que lo he dejado claro.

—Lo sé.

Millie luchaba con los botones de su camisa de traje. Se miró en el espejo y practicó cómo mantener el estómago metido hacia dentro. Era la mejor manera de evitar que Georgina propusiera un nuevo régimen de ejercicios.

Georgina llamó desde abajo. *—¡Vamos!*

Estaba agradecido de que fuera un cóctel, para el cual los trajes civiles eran el atuendo indicado; le habría llevado aún más tiempo apretarse en su uniforme de gala.

Se cepilló los hombros de la chaqueta y se detuvo frente al espejo. Desde que dejó Oxford, había estado preguntándose si estaba haciendo lo correcto. Preguntándose si había otra manera, una vía oficial, que evitara a Mark Kilton, garantizara la seguridad de las futuras tripulaciones aéreas y no lo llevara a prisión.

El reflejo que lo miraba no tenía respuestas.

—¡Millie!

Bajó las escaleras.

Georgina estaba de pie frente a la puerta, con las llaves del coche en la mano.

—¿Y bien? —dijo ella.

—¿Y bien, qué?

—¡Millie! Mi vestido.

Miró el vestido de ella. Era de terciopelo negro con mangas transparentes. Nuevo. Debió haberlo comprado en Salisbury.

—Es precioso, querida.

En casa de los May, Millie se bajó para saludarlos adecuadamente. Mary salió primero; estaba preciosa con su vestido rojo, pero Millie pensó que era mejor no mencionarlo.

Mary se abalanzó y besó a Millie en la mejilla, con Rob justo detrás de ella, sonriendo.

—¡Roberto! ¿Qué tal la expedición de compras?

Se dieron la mano.

—Encantadora, naturalmente. Tienes que contarme tu secreto para librarte.

Subieron al coche. Millie miró a Rob en el asiento del copiloto. —Siento no haber estado allí para ayudarte durante lo que debe haber sido una tarde difícil.

Rob se rio. —No diré que no se te echó de menos. En fin, ¿cómo está Charlie?

—Está muy bien, muy bien.

Maniobró el pesado vehículo alrededor de la última curva, hacia la recta que conducía a la puerta principal, e inmediatamente tuvo que frenar con fuerza.

Una fila de coches detenidos se extendía a lo largo de la carretera principal.

Millie estiró el cuello para intentar obtener una mejor vista de lo que estaba sucediendo. La puerta de un coche estaba abierta al frente de la fila. ¿Había habido un accidente?

Distinguió a dos oficiales de seguridad uniformados, uno de ellos inclinándose hacia un vehículo. El conductor —un colega de la RAF con su traje— estaba fuera, de pie en la hierba junto a la carretera.

Los oficiales parecían estar registrando su coche.

Las cintas seguían bajo el asiento del copiloto.

Un calor punzante recorrió el cuerpo de Millie y sus manos se tensaron sobre el volante.

—¿Esto es por la nueva valla? —preguntó Mary.

—Eso parece —dijo Rob—. Los tipos de seguridad han aumentado sus medidas.

Se volvió hacia las mujeres en el asiento trasero.

—Esto me da tiempo para informaros sobre vuestro procedimiento de selección de vestidos.

Se rieron.

—Es un proceso muy ineficiente, si me permiten observarlo.

—¿Ah, sí, señor experto en vestidos? —dijo Mary.

—Sí. Verás, te vi ponerte ese vestido, Mary. Tomé nota de la hora. Las 11:02. Creo que fue el segundo vestido que te probaste. ¿Sabes lo que dijiste cuando te lo probaste?

El coche avanzó lentamente. Millie podía ver más claramente ahora; los oficiales estaban abriendo maleteros y puertas traseras. Un hombre tenía una linterna.

Podría agarrar las fundas de cartón que contenían las cintas y arrojarlas a los arbustos. Pero ¿cómo podría? ¿Cómo lo explicaría?

—No sabía que prestaras tanta atención, marido —dijo Mary.

Millie miró por el retrovisor: sonrisas y caras risueñas en el asiento trasero.

—Estaba prestando mucha atención —dijo Rob—, principalmente porque no tenía aquí a mi cómplice para distraerme.

Millie intentó sonreír, pero su corazón latía con fuerza.

Avanzaron un poco más. Los hombres de seguridad estaban ahora a tres coches de distancia.

Los ojos de Millie escanearon urgentemente la escena. ¿Qué tan minuciosa era su búsqueda?

Si encontraban los carretes, lo arrestarían.

Delante de todos.

Maldijo su estupidez por haberlos dejado bajo el asiento. Simplemente se le había olvidado.

—Dijisteis... —Rob agitó el dedo hacia las dos mujeres, que parecían estar disfrutando del interrogatorio—. Dijisteis: «esto es perfecto». —Gritó la palabra otra vez—. *Perfecto*.

Apareció un hueco cuando el coche de delante avanzó.

Podría salir y conducir a casa.

Podría alegar que se había olvidado de algo.

—Y sin embargo... luego te probaste cinco vestidos más. *Cinco*. Y al final, ¿adivina qué? Compraste el que te habías probado a las 11:02. Dos horas antes. Porque, y cito textualmente, era «perfecto».

El coche de delante se detuvo; el hueco no era lo suficientemente grande para salir con facilidad. Millie deseó que se

moviera, que le diera espacio.

—Por supuesto —dijo Georgina—. Se probó cinco vestidos más. Es una parte esencial del proceso.

—¿Lo es? —dijo Rob, con más que un atisbo de duda en su voz.

El vehículo de delante estaba en movimiento de nuevo, pero justo cuando Millie se preparaba para salir, apareció un guardia de seguridad y caminó directamente hacia ellos.

Sintió que sus manos se humedecían con sudor sobre el volante.

Rob se calmó de sus provocaciones a las mujeres y adoptó una expresión más seria.

—Aquí viene el madero. Espero que vosotras dos hayáis pagado esos vestidos.

El oficial se inclinó e indicó a Millie que abriera la ventanilla.

—Buenas tardes. Necesitamos registrar el coche, por favor. ¿Puede abrir el maletero?

Las mujeres contuvieron risitas en la parte de atrás.

Millie apenas podía respirar. Asintió, temeroso de hablar por si le salía un graznido.

Abrió la puerta y salió, mirando de reojo hacia la parte inferior del asiento del copiloto, donde Rob estaba a centímetros de la información robada clasificada como Alto Secreto.

Cuando Millie llegó al maletero, se dio cuenta de que no tenía las llaves y volvió a la puerta del conductor.

Su mano temblaba mientras alcanzaba el contacto.

—¿Estás bien, Millie? —preguntó Rob.

—Sí —respondió, con la voz apenas firme.

Abrió el maletero y el guardia de seguridad miró la rueda de repuesto, el gato y la oxidada bomba de pie, antes de caminar alrededor hacia el otro lado del Rover.

El hombre llegó a la puerta abierta del conductor de Millie, echando un vistazo a la larga cola de tráfico causada por los retrasos. Se inclinó hacia el coche, donde las mujeres seguían riendo.

Millie dio un paso más cerca mientras el oficial se estiraba y recuperaba algo de entre los dos asientos.

Millie se quedó paralizado mientras el oficial retrocedía y daba vueltas al objeto en sus manos.

Era el desgastado atlas de carreteras de la AA de Millie.

—Aquí tiene, señor. Disculpe el retraso —Le entregó el libro de mapas a Millie y rápidamente pasó al coche de detrás.

Después de volver a subir, Millie hizo movimientos deliberadamente lentos para arrancar el motor de nuevo, poner la marcha y salir.

Podía sentir que Rob le observaba.

—Parece que has visto un fantasma.

—No. Solo estoy molesto por todo este jaleo.

Rob asintió y volvió a mirar hacia la carretera.

—Sí, es una tontería. Se están poniendo nerviosos por este campamento pacifista. Paranoicos pensando que van a colar a alguno de los hippies, supongo.

—Bueno, solo están haciendo su trabajo —dijo Millie.

—Creo que las conejitas de la paz añaden un toque de glamour al lugar —anunció Mary desde atrás.

—Por el amor de Dios, no dejes que Kilton te oiga decir eso —dijo Rob.

Millie giró hacia la puerta principal y bajó la ventanilla; tenía su formulario de identificación listo y lo entregó para su inspección.

Su mano seguía temblando.

El cabo echó un vistazo al papel y levantó la barrera.

Se unieron a la multitud en la antesala del gran comedor. Los muebles estaban arrinconados contra las paredes, con hombres trajeados y mujeres con vestido de gala llenando el espacio.

Un camarero llegó con una bandeja de copas que contenían vino blanco a temperatura ambiente.

Millie disfrutó de un largo trago; necesitaba algo de fortaleza para el momento posterior en que tendría que salir de la base de la RAF.

Las mujeres se dirigieron hacia una ventana abierta; Millie y Rob las siguieron.

Red Brunson y su esposa se unieron a ellos.

—¡Hola a todos! ¿Alguien más está disfrutando del vino caliente? —dijo Brunson.

El grupo se rió. Georgina enderezó la espalda; Millie se dio cuenta de que nunca habían sido presentados.

—Red, ¿puedo presentarte a mi esposa, Georgina? Georgina, estos son Red y Sarah Brunson. Red está de intercambio con nosotros desde la base de la Fuerza Aérea de Edwards en California.

—¿California? Vaya, qué glamuroso —dijo ella mientras les estrechaba la mano a ambos.

—No te emociones demasiado —dijo Sarah Brunson—, no es la California de la que cantan The Beach Boys. Estamos a ciento sesenta kilómetros de la costa en Medio de la Nada, Estados Unidos. Salinas y chabolas. Eso es Edwards.

—Bueno, aun así suena más glamuroso que Salisbury.

—Cariño, yo no veía la hora de largarme —Enlazó su brazo con el de Red—. Solo tenía que comprar el billete adecuado.

Millie quería divertirse, pero primero tenía una tarea que realizar.

Mientras el grupo conversaba, se quitó el reloj de pulsera y lo dejó caer en el bolsillo de su chaqueta.

Al notar que las copas se estaban vaciando, tocó a Rob en el hombro.

—¿Hacemos una incursión al bar?

Rob asintió y siguió a Millie a través de la multitud para reponer las bebidas. Una vez en el bar, Millie se subió la manga, revelando su muñeca desnuda.

—Me siento desnudo sin él.

—¿Tu reloj?

—Qué tontería. Me lo dejé en la oficina. ¿Te importa si voy a buscarlo?

Rob se encogió de hombros.

—Vale. Te veré de vuelta con las chicas.

Millie salió del comedor, subió a su coche y condujo hacia el puesto de guardia principal. Aparcó a cierta distancia —no tan cerca

como para atraer más atención de la policía— y salió, cerrando con llave.

En el cuerpo de guardia, firmó para retirar las llaves del TFU.

El sargento le pidió ver su identificación, algo que Millie no recordaba que hubiera ocurrido antes, pero claro, iba vestido de civil.

Con las llaves aseguradas, volvió al Rover y condujo a través del centro de la base hasta la valla del aeródromo.

Un oficial de seguridad estaba apostado fuera de la puerta abierta del aparcamiento de la TFU.

Cristo, están por todas partes.

Entró conduciendo mientras el guardia de seguridad le observaba sin hacer ningún intento por detener el vehículo.

Por segunda vez esa noche, Millie se encontró sudando. Rápidamente recuperó las cinco fundas de cartón que contenían las bobinas y salió del coche.

No miró atrás, llevando las cintas delante de él mientras marchaba hacia la puerta principal de la TFU.

Dentro, fue directamente a su taquilla y colocó las cintas bajo su jersey de día. Momentos después, volvió conduciendo al comedor y se reunió con el grupo, sintiéndose notablemente más relajado.

Georgina le lanzó una mirada inquisitiva.

—Rob dice que has ido a buscar tu reloj.

—Sí, querida. Me lo dejé en la oficina.

—Ten cuidado. Era de tu padre —le subió la manga izquierda; estaba desnuda.

—¿Dónde está, entonces?

Él lo sacó del bolsillo. —Aquí.

—De verdad. A veces eres muy raro, Millington.

Encontró su copa y aumentó su nivel de embriaguez.

Los May sonreían y reían con los Brunson. Millie sintió que Georgina le observaba.

—¿Qué?

—¿Lo echarás de menos? —preguntó ella.

—No creo.

—Solo piensa, hemos estado parados en la esquina de estos eventos en Hong Kong, Nairobi, Singapur...

—Church Fenton.

—Ah, sí. Yorkshire. No tan emocionante, pero nos hemos divertido, ¿verdad?

—Sí, así es. Nunca olvidaré la batalla de cañones en Tengah.

Georgina se rio a carcajadas. —Oh, Dios. Aquello fue algo. ¿No explotó uno y dejó herido a alguien?

Millie se rio con el recuerdo. —Rusty Brown. Se le prendió fuego al pelo, si mal no recuerdo. Bastante emocionante.

—El querido Rusty. ¿Dónde está ahora?

—Muerto. Su Meteor se estrelló. En Chipre, creo.

Permanecieron en silencio por un momento.

Los Brunson y los May estallaron en carcajadas.

—Se llevan a las mil maravillas —dijo Georgina—. Ahora les toca a ellos disfrutar de toda esa diversión.

—Qué suerte tienen.

Al otro lado de la sala, Mark Kilton estaba junto a Gilbert Periwinkle, el comandante de la estación, charlando con un hombre con una cadena de oro alrededor del cuello y una esposa pequeña y regordeta. Supuso que serían el alcalde y la alcaldesa, invitados para mantener la paz con los lugareños.

Periwinkle parecía incómodo, como de costumbre. Al hombre le faltaba carisma y autoridad. Probablemente las cualidades que Kilton buscaba en su propio oficial al mando.

La velada avanzaba. Los Brunson, los Milford y los May permanecieron juntos, cada vez más achispados.

—Vaya, aquí tenemos un pequeño grupo conspirador, si es que alguna vez he visto uno.

Kilton.

—Hola, Mark. ¿Cómo estás? —Georgina se inclinó para besarle en la mejilla.

—Mira, Georgina, necesito tu ayuda. ¿A quién crees que deberíamos nombrar como nuevo secretario del comedor?

—Bueno, a alguien en quien confíes, ya que supongo que sigues siendo el presidente del comité del comedor, ¿no?

—En efecto. Pero necesito un número dos que haga todo el trabajo.

—Pues no mires a Millie, por el amor de Dios. Ya se queda dormido por las noches tal como está.

—Sí, bueno, creo que esto está por debajo de su dignidad. ¿Qué tal usted, May?

Rob se irguió.

—¿Crees que mi marido es lo bastante poco digno para hacer el trabajo? —preguntó Mary, y el grupo se rio.

—Sí —respondió Kilton y apuró su vino.

—Sería un honor —dijo Rob.

—Bueno, todavía no me he decidido, May. Solo mantén la pólvora seca y quizás lo consigas.

Kilton se alejó. Georgina arqueó las cejas mirando a Millie y se inclinó hacia él.

—Ese hombre no hace nada por accidente. Parece que el joven Rob ha captado su atención.

Capítulo Seis

Domingo 12 de junio

El teléfono sonó tres veces antes de que Millie estuviera completamente despierto.

Georgina soltó un gemido.

—¿Qué hora es?

Millie salió de la cama con dificultad.

—Las ocho y media.

—*Uf*. —Georgina se dio la vuelta y se cubrió la cabeza con una almohada.

Millie bajó apresuradamente las escaleras y cogió el teléfono.

—Señor Milford, soy Leonard Belkin. ¿Espero no haber llamado demasiado temprano?

—No, no, está bien. De todas formas ya me estaba levantando.

—Bien, pensé que quizás mañana no le encontraría. ¿Sería ahora un buen momento para informarle?

—¿Ya ha examinado la cinta?

—Le alegrará saber que la cinta se ha leído con éxito.

—Eso es maravilloso, gracias.

—Tuvieron que transcribirla desde binario, lo que llevó un tiempo, pero es algo para lo que podemos crear una rutina en el futuro. Sin

embargo, necesitaremos su ayuda para identificar lo que hemos encontrado.

—Solo lecturas de altura, supongo.

—No exactamente. ¿Tiene papel y bolígrafo? Me temo que es una lista bastante larga.

Millie subió rápidamente y trajo un cuaderno grande de la habitación de invitados. Hizo una pausa antes de bajar y miró la puerta abierta del dormitorio principal. La cerró con cuidado.

De vuelta al teléfono, anotó una larga serie de números, ninguno de los cuales tenía sentido para él a primera vista.

Belkin le transmitió las notas del técnico informático. —Vemos veintinueve grupos separados de dígitos. Los llaman campos, por razones que no tengo claras. El primer campo está compuesto por diez dígitos, el segundo campo por catorce dígitos, y los veintisiete siguientes son todos más pequeños, solo cinco dígitos.

—Serán las veintisiete lecturas de altura.

—Eso pensé. ¿Qué hay de los dos primeros conjuntos de números? El joven Strangways, el técnico, insiste en que necesitaremos entender su función si queremos encontrar lo que está buscando.

Millie miró los números que había garabateado en el cuaderno. Hasta ahora solo había anotado una línea de datos. El número de diez dígitos era *0000127344*, el de catorce dígitos era *15105550114922*.

Le pidió a Belkin más filas y escribió nueve líneas más de los dos misteriosos campos iniciales.

El primer campo aumentaba con cada línea, pero el segundo número cambiaba en lo que parecía ser un orden aleatorio.

—Me temo que simplemente no sé qué representan los dos primeros conjuntos.

—Bueno, no hay prisa inmediata, ya que aún no tenemos el resto de sus cintas, pero si pudiera pensarlo... Creo que la rutina que crearemos para usted tardará un día o dos, así que intente informarnos qué significan estos una semana antes de entregar las cintas restantes. ¿Cómo le suena eso?

—Suena muy bien, de verdad. Haré todo lo posible, y gracias, profesor. Sinceramente, esto es más de lo que podría haber esperado.

—Muy bien, señor Milford. Esperaré su próxima comunicación.

El profesor colgó. Parecería extraño si fuera a trabajar un domingo, pero estaba desesperado por llegar a los archivos de Guiding Light y comenzar a identificar los campos.

Se sentó en el pequeño banco junto al teléfono, con su pijama a rayas.

Tendría que esperar; ya había mostrado suficiente comportamiento inusual para un fin de semana.

Millie y Georgina deambularon por la zona residencial de los militares casados hasta llegar al pueblo.

La iglesia dominical era más una costumbre que un rito, aunque Millie disfrutaba de los momentos de reflexión tranquila que ofrecía el servicio.

Mientras cantaban el himno 233, *Oh tú que viniste desde lo alto*, Millie paseó su mirada por la concurrida congregación. Mary estaba unas filas más adelante, con un sombrero cloche azul, y Rob presumiblemente justo delante de ella, aunque un pilar obstruía su visión.

Sonrió ante sus habilidades para identificar sombreros femeninos.

Fuera, bajo el brillante sol, Millie y Georgina esperaron a que aparecieran los May. Finalmente, la pareja más joven emergió, rodeada por un grupo de colegas de la RAF. Todo sonrisas y apretones de manos.

—Parecen miembros de la realeza menor —dijo Georgina.

En ese momento, Mary le miró, y ella y Rob caminaron hacia ellos.

—¿A quién le apetece comer algo? —preguntó Millie.

Rob sonrió ampliamente. —Esperábamos que dijeras eso. Tenemos vestidos y sombreros en casa, pero al parecer no hay

comida.

—Solo lo esencial, entonces —dijo Georgina.

De vuelta en la vivienda de los Milford, las mujeres se pusieron a trabajar en la cocina mientras Millie llevaba a Rob a través de los abetos para espiar el campamento pacifista.

—¿Qué te parece la nueva valla? —preguntó Rob.

La nueva estructura era imposible de no ver: cuatro o cinco pies más alta que la valla existente y coronada con alambre de cuchillas de aspecto amenazador.

—Apropiadamente desagradable —dijo Millie—. ¿Crees que está ahí para mantenerlos fuera o Kilton la ha instalado para mantenernos dentro?

—No es tan malo, Millie. Solo está haciendo su trabajo frente a una seria amenaza para todos nosotros.

—Bueno, tal vez la valla está ahí para mantenerte dentro a ti y a mí fuera —dijo Millie, y observó para ver su reacción.

Rob no respondió.

Volvieron al jardín y Millie solicitó la ayuda de Rob para llevar la mesa y las sillas del comedor a la terraza.

Cuanto más jerez bebía Millie, más se convencía de que Rob ahora era un caso perdido, absorbido por el campo gravitatorio de Mark Kilton.

Durante la cena, el sonido de cánticos llegó desde el campamento, acompañado por guitarra y pandereta.

Rob inclinó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Me temo que Rob se está volviendo gruñón con nuestros nuevos vecinos —dijo Mary.

Georgina le sonrió. —Creo que suena bastante alegre. Anima el lugar. No hacen ningún daño, ¿verdad?

—¡Ah! Me temo que mi marido piensa exactamente lo contrario.

Rob adoptó un semblante serio. —Es lo que hay debajo de esa alegría lo que debería preocuparnos, Georgina. Puede que parezcan

un grupo variopinto de inadaptados que no han conseguido un trabajo decente, pero créeme, son peligrosos.

—¿Peligrosos? —Georgina arqueó las cejas.

—Sí, peligrosos. Y francamente, es un poco irrespetuoso con el trabajo que hacemos pensar lo contrario.

Se hizo un breve silencio, interrumpido solo por el ruido de los cubiertos rascando los platos.

Millie intervino. —Aunque es extraño, ¿verdad? A veces los observo desde la distancia y me pregunto. Vi a una joven muy guapa...

Georgina jadeó. —¡Millie!

—No te preocupes. No fue en ese sentido. Tengo edad suficiente para ser su abuelo. Pero no puedo evitar pensar que personas como ella solo quieren librar al mundo de armas que pueden destruir ciudades enteras. Me cuesta verla como una agente secreta soviética.

—¿Por qué entonces solo quiere que nos desarmemos nosotros y no Rusia? —preguntó Rob.

—Supongo que también quiere que los rusos se deshagan de sus armas, pero ella no tiene ninguna influencia sobre ellos, ¿no?

—Si estuviera en Rusia —espetó Rob—, la fusilarían o la enviarían a los gulags. No piensan en eso, ¿verdad? La paz que disfrutan la creamos nosotros siendo fuertes, no débiles. Ellos la abusan y la socavan.

—Vaya, es como almorzar con Mark Kilton —dijo Georgina.

Millie levantó las manos. —Bueno, todos estamos en el mismo bando. Recordemos eso.

—Espero que así sea. West Porton es ahora una estación grande. Trabaja mucha gente allí. ¿Podemos estar seguros de todos? —Rob miró a Millie.

Millie le devolvió la mirada, sus ojos inquebrantables hasta que Rob finalmente volvió a mirar su plato.

Millie cogió su copa y dio un sorbo a su vino.

Después del almuerzo, las chicas desaparecieron en la casa con la vajilla.

—¿Estás bien, Rob? —preguntó Millie—. Pareces un poco tenso.

Rob encendió un cigarrillo.

—Hay mucho en juego para nosotros, Millie. ¿No sientes esa presión?

—¿La presión de detener el comunismo en seco? No, la verdad es que no. Por supuesto que es una tiranía terrible, realmente lo es, donde la vida no se valora y nadie es libre. Pero nosotros, tú y yo, solo podemos hacer nuestra parte. No podemos caminar con ese tipo de peso sobre nuestros hombros.

—Pero esta gente... —Agitó vagamente su cigarrillo en dirección a los cánticos—. Es la forma en que cuelgan sus pancartas en la valla y le dicen al mundo que son ellos los que luchan por la paz, cuando hacen exactamente lo contrario. Nos ponen en peligro.

—Sé comprensivo, Rob. Son jóvenes, idealistas. Ingenuos, si quieres. Pero el mundo necesita un poco de optimismo ingenuo, ¿no crees?

Rob no respondió.

—Vamos, ¿dónde está el viejo Rob? Mi despreocupado amigo. ¿Está ahí dentro en alguna parte?

Consiguió arrancarle el más mínimo atisbo de sonrisa, pero nada más.

Capítulo Siete

Lunes 13 de junio

Incluso a las 6:45 de la mañana, las nuevas medidas de seguridad en la entrada hacían que la entrada a la base fuera lenta.

La lógica le decía a Millie que no tenía nada de qué preocuparse, pero aun así sintió que su corazón latía con fuerza cuando el guardia examinó su coche.

Dentro, la sala de planificación de la TFU estaba tranquila, y se dirigió directamente a la oficina de administración.

De pie frente a un gran tablero con tiras magnéticas, examinó la lista de aeronaves de la unidad, comprobando las asignaciones para los diversos vuelos de prueba.

Él y Rob debían volar a Warton para inspeccionar el siguiente Vulcan con Guiding Light. Estaban asignados a un viejo De Havilland Devon; un caballo de batalla con motor de hélice de los años 40.

Pero no había ningún Guiding Light experimental en el Devon, y no quería desperdiciar una oportunidad de vuelo.

De las dos aeronaves equipadas con Guiding Light, el Vulcan era inviable para un viaje tan insignificante. Pero el Canberra no desentonaría.

Examinó el tablero. El Canberra estaba asignado a una tripulación diferente por la tarde.

—Maldita sea.

Estaba a punto de marcharse cuando vio uno de los otros Canberra de la unidad en la lista de "repuesto", en la parte inferior del tablero.

Miró alrededor y encontró al joven teniente de vuelo que dirigía la oficina administrativa.

—Buenos días, Pete.

—Buenos días, Líder de Escuadrón Milford —respondió el joven, mientras ordenaba un montón de papeles.

Millie señaló el tablero—. Quería consultar algo sobre las asignaciones de aeronaves.

—¿Ah, sí? —Pete dejó los papeles y miró hacia la pared.

—¿Este PR.3 está en servicio?

—Debería estarlo.

Millie asintió, como si estuviera teniendo una idea por primera vez—. Preferiría que Rob May y yo tuviéramos un Canberra en lugar del barco lento a China que nos han asignado —señaló el Devon con *Tte. Vuelo May (Warton)* escrito al lado—. ¿Hay alguna posibilidad de que podamos cambiarlo por el PR.3? De hecho, idealmente, nos gustaría ese PR.3 —colocó su dedo sobre el Canberra con Guiding Light, asignado a una prueba diferente.

El teniente de vuelo se rascó la barbilla por un momento—. Entonces, ¿quiere que cambie el Canberra de repuesto para la prueba ADF, libere su avión para usted y mueva el Devon a repuesto? —Lo dijo lentamente, como si estuviera probando la viabilidad de la sugerencia.

—Si no es mucha molestia.

Pete miró sus papeles, que Millie ahora se daba cuenta que eran las hojas de tareas del día. Sin duda tendría algo de papeleo no deseado.

Después de un momento, se encogió de hombros y dijo animadamente—: No veo por qué no.

—Maravilloso. Gracias, Pete. Muy amable.

Millie salió de la habitación, evitando más preguntas.

Caminó hasta su taquilla. Tener las cintas escondidas dentro era peligroso. Había expresado abiertamente sus preocupaciones sobre

el proyecto; si el material fuera descubierto, fuera de lugar en su posesión, Kilton probablemente llegaría a la conclusión correcta.

Una jubilación anticipada sería lo mejor que podría esperar.

Millie sacó las llaves del coche de su bolsillo y abrió la puerta de madera. Palpó dentro, comprobando que los carretes seguían en su sitio.

—¿Millie?

Cerró la taquilla de golpe, girándose para ver a un Pete con expresión sorprendida.

—Siento asustarte. Solo quería saber hasta qué hora podéis salir.

—Tenemos que estar en una reunión en Warton a las 14:30 hora local, así que ¿después de las 13:00? Rob vendrá con un horario más preciso.

Pete asintió y pareció complacido—. Vale, bien. Necesitamos ambos Canberra esta mañana, pero no debería ser problema tener uno repostado para vosotros a las 13:00.

—Gracias, Pete. Y asegúrate de que sea el Oscar Mike, por favor —todo el ejercicio sería inútil si Pete le diera el avión equivocado.

De vuelta en la sala principal de planificación, Millie se sentó en uno de los escritorios laterales. La sala se estaba llenando rápidamente. Quejas ruidosas sobre la seguridad de la entrada llenaban el aire.

Los pilotos y navegantes desaparecieron hacia la sesión informativa meteorológica.

Millie sacó una hoja de papel de su bolsillo. La colocó en su escritorio y miró fijamente las diez líneas de números que había anotado de Belkin.

Hizo abrir el gabinete seguro y recuperó los manuales de Guiding Light. Un ejercicio normal para el líder del proyecto.

El manual contenía esquemas del equipo en sí, descripciones detalladas del funcionamiento interno.

Era uno de los documentos más valiosos del mundo.

Pero después de diez minutos hojeando, no estaba más cerca de explicar qué eran los dos primeros campos.

Antes de devolver el archivo, Millie tuvo una idea. Se preguntó si necesitaría los esquemas básicos para presentarlos como parte de su

evidencia. El archivo rara vez se consultaba ahora. Lo usaban en los primeros días, pero probablemente él era el primero en sacarlo en meses.

Existía el peligro de que pronto lo trasladaran a un archivo seguro.

Retiró cuatro páginas clave.

Con la sala aún tranquila, devolvió el archivo antes de deslizar los esquemas doblados junto a los carretes en su taquilla.

De vuelta en el escritorio, se quedó mirando los dos campos, esperando algún momento de inspiración.

0000127344 15105550114922
0000127681 15105550114810
0000128001 15105600014834

Nuevamente, notó cómo la primera columna de números parecía subir secuencialmente, y uniformemente, con cada línea, pero el segundo número subía y bajaba.

La primera columna podría ser la hora, pero no en una forma que reconociera.

La sala se llenó de nuevo; la sesión informativa meteorológica había concluido obviamente.

A Millie se le ocurrió una idea, al recordar un documental de televisión que había visto recientemente sobre el proyecto Apollo. Mirando alrededor de la sala, vio a Red Brunson, amigo de los astronautas, parado en el bar de té.

Al ponerse de pie, Rob apareció junto a él.

—Buenos días. Gracias por la comida, y perdona si fui un poco pesado. Mary me regañó cuando llegamos a casa.

Millie sonrió. —No hay necesidad de disculparse. Vivir bajo la sombra de la bomba hace eso a un hombre —Rob se río—. En fin, ¿qué tal está el tiempo?

—Ah, bueno, puedes mirar por la ventana o puedo decirte lo que acaba de decir el meteorólogo. Dudo que ambas cosas estén

relacionadas. Pero deberíamos estar bien. ¿Algo que deba preparar para esta tarde?

—Creo que no. Solo tienes que asegurarte de que los paneles de Guiding Light sean idénticos en tu extremo de la cabina y yo haré lo mismo abajo. El jefe quiere que las tripulaciones puedan intercambiarse entre los jets con facilidad. Y creo que todo se está haciendo con un poco de prisa, así que los planos podrían no ser fiables.

—Vale, entendido. Esta mañana estaré con Red en el Victor. Prueba de radio sencilla. Deberíamos terminar a las once.

—Suena divertido —Rob se detuvo un momento, mirando la hoja de papel en el escritorio de Millie—. ¿Has conseguido números de teléfono de señoritas?

La mano de Millie cubrió las líneas manuscritas de datos.

—Oh, no. No es nada.

—Ja. Está bien, Millie, tampoco creía realmente que hubieras ligado —Se alejó.

Millie volvió a guardar la hoja en su bolsillo y fue a por una taza de té.

El americano estaba de pie frente a una mesa de planificación. Millie se sirvió una taza de la urna y se unió a él.

—Red, una pregunta rápida. ¿Una vez dijiste algo sobre el ordenador en el proyecto Apolo?

—Sí, bastante ingenioso. Los tipos de Edwards me contaron que dirige todo el espectáculo. Hacen todo desde tierra, más o menos. Los pilotos... perdón, astronautas... solo están allí para accionar algún interruptor ocasional. Extraño.

—Y recuerdo que dijiste algo sobre el reloj.

—El reloj de misión, sí. ¿Qué pasa con él?

—¿Es importante saber la hora?

—No es la hora, es el reloj de misión. Una cosa diferente. Es absolutamente vital. Igual que en los proyectos Gemini y Mercury antes del Apolo, el ordenador hace todo según el reloj. ¿Esa famosa cuenta atrás para el lanzamiento? Eso no es solo para la televisión. Es el reloj de misión, haciendo la cuenta atrás. Luego empieza a

contar hacia arriba. T-menos algo antes del lanzamiento y T-más algo después. Tiempo transcurrido de misión.

—Ya veo, entonces no es la hora real, ¿Zulú, hora media de Greenwich, por ejemplo?

Red puso su mano en el hombro de Millie. —Sé que vosotros los británicos pensáis que sois el centro del mundo, pero no es Zulú. Son solo segundos, tío. Segundos, minutos, horas, días.

—Interesante.

—Seguro que sí, jefe.

De vuelta en su escritorio, Millie abrió discretamente la hoja.

Hizo algunas operaciones matemáticas con el primer campo, restando la segunda línea de la primera.

0000127681 - 0000127344

La diferencia era trescientos treinta y siete. Frunció el ceño. Demasiados segundos.

Según el archivo, el láser enviaba al ordenador tres informes de datos de altura cada segundo.

Volvió a mirar los números:

—Bingo —susurró.

El cuarto dígito debía ser segundos enteros, seguidos por centésimas. Así que la primera altura llegó a los 127,344 segundos, la siguiente a los 127,681, y la tercera a los 128,001. Intervalos de aproximadamente un tercio de segundo.

Ahora lo veía claramente.

En el bloc donde había escrito los números, añadió encabezados de columna para el primer conjunto:

s s s s s s a a a

0 0 0 1 2 7 3 4 4

Pensó en el vuelo donde se crearon estas lecturas. ¿Por qué todo empezó a los 127,344 segundos?

Millie había encendido el Guiding Light mientras rodaban por la pista, pero no había iniciado la cinta hasta que estuvieron establecidos en su ruta. Había comprobado que funcionaba, primero pasando por las once fuentes de datos, luego cambiando la grabadora a *RUN*.

127,344 segundos. Dos minutos de trastear. Eso era aproximadamente correcto.

Todo tenía sentido.

Un campo resuelto, quedaba uno.

Despegaron en el Canberra a las 13:40, para una reunión a las 14:30 hora local en Lancashire. El tiempo de vuelo era un escaso cuarenta minutos, pero suficiente para dos cintas de datos de altura del Guiding Light.

Rob voló según las reglas de vuelo visual, evitando las diversas zonas de tráfico aéreo.

Mientras ascendían desde West Porton, Millie, atado al asiento de eyección que normalmente ocupaba un navegante, puso en marcha la grabadora de datos. Había armado discretamente el láser y encendido el ordenador mientras Rob hacía sus comprobaciones.

Habían elegido el Canberra como el primer receptor del Guiding Light debido al espacio disponible, una vez retiradas la cámara de reconocimiento y el equipo. Pero era un banco de pruebas y nada más. El sistema operaba de forma aislada, sin piloto automático, y sin indicación al piloto de que el sistema estaba instalado, y mucho menos funcionando. Una ventaja para Millie en esta ocasión.

Ya había decidido que no podía arriesgarse a cambiar los carretes a mitad de vuelo. Era algo que Rob probablemente notaría.

A medida que el vuelo avanzaba y el carrete llegaba a su fin, lo consideró de nuevo, pero entonces la nariz del Canberra se inclinó y comenzaron el descenso hacia Warton. Demasiado tarde.

Cuando los motores a reacción se apagaron en tierra, Millie quitó el carrete lleno y lo deslizó en un bolsillo suelto. Una vez fuera del jet, vio a Rob quitándose el mono, preparándose para la reunión, y tuvo que hacer lo mismo.

Mientras doblaba su mono, se detuvo. Una consecuencia no intencionada de un aterrizaje en tierra con un avión equipado con Guiding Light era la implicación de seguridad. Dejarían el equipo solo

en el Canberra, incluyendo un carrete lleno de datos al que se podría acceder fácilmente.

Si algo salía mal, habría una investigación para acabar con todas las investigaciones. ¿Por qué se utilizó el Canberra para tal viaje? ¿Quién autorizó el cambio de equipo?

Su nombre sería la respuesta a todas las preguntas.

Más que eso, estaba arriesgando genuinamente el secreto del proyecto.

Rob apareció junto a él.

Cerró el Canberra y maldijo la falta de llave y cerradura.

Mientras caminaban por la plataforma hacia las oficinas de la fábrica, se dio cuenta de que existía un vacío enorme en el que nadie había pensado demasiado. Estaba muy bien registrar los coches a la entrada y salida de West Porton, pero nada impedía que salieran volando con todo tipo de material sensible. De hecho, era parte de su rutina.

Nadie comprobaba, nadie preguntaba, nadie registraba.

Dentro de la fábrica, les dieron un rápido recorrido. Un par de English Electric Lightnings relucían, recién salidos de la cadena de producción en la cercana Salmesbury. Rob interrogó con entusiasmo a su guía sobre el elegante avión supersónico con alas afiladas como cuchillas. Millie escuchaba a medias mientras un hombre trajeado explicaba que las flamantes aeronaves se construían en un aeródromo con una pista demasiado corta para que pudieran aterrizar, así que el primer vuelo duraba unos diez minutos hasta Warton para continuar las pruebas de vuelo antes de la entrega. Millie puso los ojos en blanco ante la típica solución provisional británica, en lugar de gastar algo de dinero y ampliar una pista.

Mientras los otros dos hombres charlaban, la mirada de Millie se vio atraída hacia el fondo de la cavernosa nave. Una sección separada por un enorme material negro colgante. Asomando por un extremo se distinguía la característica cola de un Avro Vulcan.

El bombardero estaba literalmente envuelto en secreto.

Millie señaló. —¿Ya estáis instalándolo?

El hombre asintió.

Un hombre con traje y corbata les condujo hasta una barrera de seguridad improvisada. Millie y Rob firmaron a la entrada y, momentos después, estaban dentro de la aeronave inspeccionando los trabajos de instalación.

No tardaron mucho en confirmar que los paneles serían idénticos a los que ya conocían, y se dirigieron de vuelta a las oficinas de dirección donde firmaron algunos formularios para confirmar que el trabajo avanzaba según lo acordado.

Decidieron una fecha de entrega y, veinticinco minutos después, salieron a la plataforma.

El Canberra estaba allí solo e ignorado.

—Me encanta hacer una pequeña excursión en nuestro jet privado —dijo Rob.

Millie se rió. —Deberíamos hacer salidas más a menudo. Aunque quizás no a Manchester.

—Seguro que podríamos encontrar una razón para ir a Chipre. —Rob desapareció alrededor del Canberra para comprobar los neumáticos.

Millie se vistió para el viaje de vuelta, reconfortado por el peso del carrete en el bolsillo de su mono. Antes de ponerse el chaleco salvavidas, introdujo la siguiente cinta en blanco.

Las manos de Rob se movían por los controles del Canberra. Pronto estaban rodando por la larga pista, para luego girar suavemente a la derecha mientras ascendían.

Continuó volando hacia el oeste hasta el Mar de Irlanda, antes de girar hacia el sur, rumbo a Gales.

Era una tarde sin nubes y Rob estaba claramente disfrutando.

Los pensamientos de Millie se dirigieron al apremiante problema de cómo sacar el creciente número de cintas del altamente seguro West Porton.

No tenía sentido seguir recopilando las lecturas de altura en una colección creciente de cintas si no podía sacarlas de una taquilla dentro de la base.

¿Podría esconderlas en su coche? ¿Bajo las alfombrillas? ¿Dentro de la rueda de repuesto?

Incluso entonces, ¿cómo las movería desde su taquilla hasta el aparcamiento sin arriesgarlo todo?

Suspiró y apoyó la cabeza en la parte superior del asiento de eyección.

El rugido del aire sobre el fuselaje le envolvía, y cerró los ojos.

De vuelta en la TFU, la mayoría de los hombres estaban en el comedor o camino a casa.

Millie estaba ligeramente avergonzado de que Rob hubiera tenido que despertarle en el avión. Se dirigió directamente a su taquilla y añadió dos carretes más a su pila.

Rob pasó como una exhalación, con el mono en la mano junto con su casco, máscara de oxígeno y chaleco salvavidas listos para un rápido depósito.

Millie recogió sus propias cosas y caminó hacia la puerta.

—Milford. Una palabra, si es tan amable.

Millie entró en el despacho de Kilton y cerró la puerta tras él.

—Voy a añadir a Jock MacLeish y Red Brunson al equipo de Guiding Light —dijo Kilton—. Necesitamos acelerar esto.

—¿Por qué? Estamos trabajando bien juntos y es un equipo pequeño. Usted mismo dijo que no quería involucrar a nadie más.

Kilton resopló. —No estoy pidiendo tu opinión, Millie. Simplemente asegúrate de que se formen lo más rápido posible.

Millie permaneció de pie, intentando pensar en una mejor objeción.

—Adiós, Millie. —Kilton le despidió con un gesto de la mano, como si fuera un colegial en el despacho del director.

Capítulo Ocho

Martes 14 de junio

Un destello rojo cruzó velozmente el cruce de adelante. Millie reconoció el Austin Healey de Rob, con la capota bajada. Él también se dirigía temprano al trabajo.

Para cuando Millie había superado el control de vehículos y llegado a la cafetería, Rob ya mantenía una animada conversación con Red Brunson.

Millie llevó su taza a su escritorio y se sentó a solas.

Un cabo administrativo se acercó y le entregó un documento.

Como de costumbre, estaba marcado como *ALTO SECRETO*. En la primera página había un calendario reorganizado de las pruebas de Guiding Light. A partir de la semana siguiente, cuando el segundo Vulcan estuviera en servicio, duplicarían las horas de vuelo.

Intentó hacer los cálculos mentalmente, calculando lo poco que le quedaba. Una vez que TFU aprobara el proyecto, pasaría a producción y rápidamente se implementaría en las aeronaves en espera, tanto aquí como en EE. UU.

Y escondido en lo profundo de los circuitos, un error. Un cálculo que salió mal, o quizás solo una corriente fluctuante entre diminutos componentes electrónicos que debería ser estable. De cualquier forma, algo había enviado un bombardero de cuatro motores en

picado hacia el suelo y nadie excepto él parecía interesarse por el porqué.

—¿Has oído la noticia?

Levantó la mirada para ver a Rob sonriéndole.

—¿Mmm?

—Red y Jock se unen a nosotros.

—Sí, lo he oído. ¿Te parece emocionante?

Rob cogió una silla y se sentó junto al escritorio de Millie.

—Vamos, Millie. Por supuesto que lo es. Me moría de ganas por compartir esto con Red. Solo piénsalo, volaremos con alguien que se codea con los hombres seleccionados para caminar en la Luna.

—Que lleve ese casco tan elegante no le convierte en astronauta —Rob hizo una mueca—. Lo siento, Rob. Claro que es emocionante, especialmente para ti. Mantente cerca de Red. Es un buen hombre. Y le caes bien.

—¿Tú crees?

—Lo creo. Por la misma razón que me caes bien a mí. Eres muy agradable.

—No me hagas sonrojar.

Un grito cruzó la sala. Rob se levantó para unirse a los otros pilotos en el informe meteorológico.

—Cuando regreses, ¿puedes traer a Red y a Jock a la sala de reuniones? —dijo Millie—. Necesitamos comenzar la inducción.

Rob asintió y desapareció con paso ligero.

Después de que reaparecieran, Millie reunió al nuevo equipo alrededor de la mesa de reuniones, con Rob, Speedy y Steve Bright, antes de cerrar la puerta.

—En primer lugar, como el jefe sin duda os ha explicado, este proyecto está clasificado como 'Alto Secreto' y está sujeto a su filosofía de 'Necesidad de Saber', por lo que gran parte de esto será nuevo para vosotros.

—Junto con el desarrollo más público del Radar de Seguimiento del Terreno, estamos volando con una tecnología que hace el mismo trabajo, pero utiliza luz.

—¿Luz? ¿A qué te refieres? —preguntó Jock.

—Láser —dijo Millie, y levantó la mirada para disfrutar de las expresiones faciales que sabía que esto provocaría.

—¿Rayos láser? ¿Hablas en serio? —los ojos de Red se ensancharon.

—Completamente en serio. Los genios de DF Blackton en Cambridge han creado lo que podría ser el láser más pequeño del mundo. Se sitúa bajo la nariz del Vulcan, cuidadosamente oculto en la carcasa habitual. Espejos y un gimbal le permiten barrer el terreno por delante. Funciona no solo como telémetro, sino que también deduce la velocidad respecto al suelo.

—Madre mía... —silbó Red.

—También han diseñado un ordenador, que funciona con microelectrónica, que se sitúa entre el láser y el piloto automático. Le decimos al ordenador dónde queremos estar, usando puntos de referencia. Luego utiliza la información del láser para volar la aeronave a una altura predeterminada, de la manera más eficiente posible.

—Simplemente, guau —dijo Jock.

Red Brunson silbó de nuevo.

—Increíble. Pensaba que solo la NASA hacía cosas así. Ni siquiera creo que ellos estén tan avanzados.

—No lo están. Vuestra gente ha firmado un memorando de entendimiento. Están listos para conceder al Reino Unido uno de sus mayores pedidos de exportación de la historia, cuando esté listo.

Millie miró a Rob y Steve.

—Pero no estamos fuera de peligro en este asunto. Tuvimos un momento delicado hace un par de semanas y actualmente no volamos a menos de mil pies sobre el nivel del suelo.

Brunson frunció el ceño.

—¿Qué tipo de 'momento delicado'?

Antes de que Millie pudiera responder, Rob intervino.

—Quizás algo, quizás nada, no estamos seguros. El avión descendió brevemente y apagamos Guiding Light. Pero todo se comprobó después. Los mil pies AGL son solo una precaución.

MacLeish se reclinó en su silla.

—¿He de suponer que esa fue la causa de la discusión en el comedor y de la desaparición del pobre Brian Hill?

—Sí...

—Exageró —dijo Rob, interrumpiendo a Millie—. El equipo fue verificado dos veces en Cambridge y el jefe tiene todo bajo control. Creo que probablemente deberíamos dejar las cosas como están en lo que respecta a Brian. Hemos seguido adelante.

—De acuerdo —dijo Jock—. ¿Qué sería de las pruebas de vuelo si no existiera la remota posibilidad de estrellarse contra el suelo?

Rob se volvió hacia los dos nuevos pilotos de prueba.

—¿Cuándo fue la última vez que volasteis a baja altura?

Brunson se encogió de hombros. —Cuando practicamos para el lanzamiento de las bombas de gas de hoy. ¿Cuándo fue eso? Hace un mes, en un Argosy lento. No he hecho mucho, para ser franco.

—Definitivamente estoy fuera de práctica —dijo MacLeish.

—No hay problema —dijo Rob—. Organizaré un par de vuelos de entrenamiento en el Vulcan para que os adaptéis. Podréis tener vuestra primera experiencia dejando que el ordenador tome el control. —Miró a Millie—. Debo advertiros, sin embargo, que volar sin manos a baja altura requiere cierta adaptación. Jock, puedes volar con Speedy, Millie y Steve hoy, mientras Red y yo nos ocupamos del lanzamiento de las bombas de gas.

Millie se recostó. La parte de pilotaje no era su área de especialidad, pero le sorprendió la firmeza de Rob. Era un marcado contraste con el joven tímido que se había unido a TFU el año anterior.

Una hora y media más tarde, el mismo grupo de hombres salió a la plataforma de TFU.

—Madre mía, no puedo superar lo feo que es ese trasto —dijo Red Brunson, mirando hacia el Argosy.

Millie observó, curioso, cómo dos hombres con batas blancas y máscaras de gas se afanaban alrededor de una caja que estaban cargando en la panza del avión de carga.

—¿Esas son vuestras bombas de gas?

—Sí —respondió Brunson—. Las de verdad hoy. Las lanzaremos sobre un pueblo simulado en Porton Down.

—¿Qué contienen exactamente?

—*Clorobenzalmalonitrilo* —dijo Brunson con floritura—. Me llevó tiempo aprender a pronunciarlo.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Millie mientras la última caja entraba en el Argosy.

—Solo hace que te piquen los ojos. Nos han dicho que no matará a nadie a menos que dejemos caer la caja directamente sobre sus cabezas. En cualquier caso, el pueblo está poblado por maniquíes.

—Como este sitio entonces —dijo Jock.

Las dos tripulaciones se dirigieron a sus respectivas aeronaves. Rob y Red Brunson llevaban máscaras de gas junto con sus cascos.

El veterano jefe de carga residente de TFU, Nigel Woodward, estaba junto al Argosy, conversando con los científicos de Porton Down. Millie sonrió ante el choque generacional.

Llegaron al Vulcan. Millie se aseguró de ser el último en subir a bordo, después de que Jock y Speedy completaran juntos su inspección exterior.

Mientras Speedy instruía a Jock sobre las diferencias en la cabina respecto al Vulcan estándar de producción, Millie cargó un carrete de cinta.

Steve Bright guardó la escalera amarilla y cerró la escotilla.

Minutos después, el Vulcan cobró vida y la tripulación entró en el mundo cerrado del intercomunicador.

Mientras ascendían desde West Porton, Millie encendió el Guiding Light y comenzó una cinta.

A través del intercomunicador, Speedy le dio las gracias y explicó a Jock por qué el panel ahora mostraba información de altura.

Se dirigieron hacia el oeste, a su campo de juego habitual en Gales.

El Vulcan hizo temblar el suelo mientras se elevaba sobre el umbral occidental. Susie estaba sentada a diez metros dentro de la doble

valla; se tapó los oídos, pero aún podía sentir el ruido que vibraba a través de ella.

El sonido se volvió más manejable cuando el avión blanco giró a la derecha y se dirigió hacia las nubes.

Megan estaba sentada junto a ella, con aspecto inquieto. Se abrazó las rodillas contra el pecho.

—¿Estás bien?

—Sí.

Permanecieron en silencio un poco más, observando cómo una aeronave de hélice más lenta despegaba pesadamente de la pista. Después del Vulcan, era como ver un tractor.

—Argosy, creo —dijo Susie—. Uno bastante nuevo.

—David dijo que eres una observadora de aviones —dijo Megan.

—Es difícil ignorarlos. Pueden ser bastante impresionantes.

Megan le lanzó una mirada furiosa. —¿Qué tiene eso que ver con nada? Estamos aquí para acabar con todo esto, no para celebrarlo maldita sea. Los odio. —Megan se tumbó de espaldas y cerró los ojos.

Susie esperó un momento antes de continuar. —De todas formas, el plan suena bien. Definitivamente quiero ayudar si puedo.

Megan abrió un ojo y le lanzó una mirada de reojo.

—¿De verdad quieres estar con nosotros? No es un paseo, ¿sabes? —Cerró el ojo nuevamente.

—Es por eso que estoy aquí.

—Eso me preguntaba.

—¿Te preguntabas qué? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué estamos cualquiera de nosotros aquí?

—Por diferentes razones.

Susie hizo una pausa. —Bueno, no estoy segura de los demás, pero estoy harta de marchar y agitar pancartas. Estoy aquí porque le corresponde a nuestra generación hacer algo.

—¿Incluso si ese "algo" te lleva a la cárcel? —preguntó Megan, aún tumbada de espaldas con los ojos cerrados.

—No sería la primera vez.

—¿En serio? —Megan se incorporó apoyándose en los codos.

—No es gran cosa. Algunos de nosotros tomamos cartas en el asunto en Trafalgar Square el año pasado.

—¿Y fuiste a la cárcel? ¿A una cárcel de verdad?

—Me detuvieron, me retuvieron en una comisaría durante una noche, me trasladaron a Holloway para una segunda noche. Luego nos llevaron al juzgado de paz, nos pusieron una multa, y eso fue todo. Como digo, no fue para tanto.

Megan volvió a tumbarse.

Un momento después, una sombra pasó velozmente sobre ellas, seguida por un rugido cuando el Argosy sobrevoló el campamento.

Susie lo siguió con la mirada mientras describía un amplio arco en el cielo, justo por encima de los árboles. Un objeto cayó de sus puertas traseras de carga abiertas.

—Vaya.

—¿Qué? —preguntó Megan sin mirar.

—Ese avión acaba de soltar algo. ¿Es eso Porton Down? —Distinguía una serie de edificios bajos en un campo que daba al centro británico de armas químicas.

—En ese lugar gasean animales —dijo Megan, incorporándose—. Quizás ahora también los bombardean.

La aeronave realizó dos pasadas más sobre Porton Down, liberando un objeto más. Tomó un arco más amplio hacia el sur y descendió, volviendo hacia West Porton. Cuando se niveló en el lado opuesto del aeródromo, apuntó directamente hacia ellas.

Susie entrecerró los ojos, estudiando la trayectoria de vuelo mientras el Argosy descendía aún más.

—¿Qué está pasando ahora? —dijo Megan.

—No pasa nada.

La aeronave atravesó directamente el umbral de la pista y pasó justo por encima del campamento pacifista.

Los motores enviaron potentes reverberaciones a través del suelo, y ambas mujeres se estremecieron cuando pasó rugiendo sobre sus cabezas y se elevó en un pronunciado ascenso.

Las puertas traseras seguían abiertas y Susie pudo ver una figura en el interior. Desde detrás de él, un objeto se movió y el hombre

saltó para apartarse. Un palé, con lo que parecía un barril negro atado a él, cayó por la abertura.

Observó horrorizada, mirando debajo del objeto en caída para ver quién estaba en peligro.

—*¡Cuidado!* —gritó, poniéndose en pie de un salto.

El palé golpeó el suelo y se hizo añicos en varias piezas; el barril se partió en dos o tres partes.

Por lo que pudo ver, no había golpeado a nadie.

Pero cuando el ruido de la aeronave se apagó, un sonido sibilante emanó del barril, junto con una columna de humo blanco.

—¡Alejaos de ahí! —gritó Susie.

Una sensación punzante en sus ojos. Comenzó como un cosquilleo molesto, pero pronto se convirtió en un potente irritante. Susie cerró los ojos con fuerza mientras el gas le irritaba la garganta y se dobló sobre sí misma, tosiendo. Los gritos resonaron por todo el campamento, seguidos de gemidos y toses.

Susie agarró a Megan y caminó lo más rápido que pudo mientras estaba prácticamente ciega.

Intentó abrir los ojos mientras se alejaban apresuradamente, junto a la valla, pero otra ráfaga de irritante la alcanzó, y el agua le corrió por la cara.

—*Joder*.

Se obligó a abrir los ojos.

La mano de Megan quedó inerte. Se desplomó en el suelo, con las manos cubriéndose la cara.

Parecía estar mal; incoherente y gimiendo.

A su alrededor, la gente corría en diferentes direcciones. La mayoría de los acampados escapaban del campo por la puerta principal.

Susie se dejó caer junto a Megan.

—Tenemos que salir del campo.

—¡No! Déjame. —Se encogió y comenzó a balancearse.

Susie levantó a Megan y partió con ella bajo el brazo.

Cuando se acercaban a la puerta, Susie volvió a saborear el aire fresco. El gas se estaba dispersando.

Se unieron a los demás, derramándose en la carretera.

Una sirena de policía sonó a lo lejos.

Alguien había traído un cubo de agua, y el grupo se salpicó el rostro con el líquido fresco.

Susie miró sus ojos rojos e hinchados. Hombres y mujeres, llorando y gimiendo.

La garganta le ardía, y el gas acre en sus pulmones le provocó un ataque de tos.

Se puso en cuclillas y escupió en la carretera, desesperada por eliminar el sabor metálico de su boca. —*Dios mío*.

Finalmente recuperó el control sobre su respiración y se puso de pie.

Llegó un Land Rover militar verde con una luz azul intermitente y dos soldados saltaron fuera.

—¿Está todo el mundo bien? —gritó uno de ellos.

Recibió un coro de ira de los manifestantes como respuesta.

—¿Tú qué crees, joder?

—¿Qué demonios ha sido eso?

—¿Nos estáis bombardeando, por el amor de Dios?

Los hombres no respondieron. Examinaron a la multitud, luego saltaron de nuevo a su vehículo y entraron en el campo. Más sirenas a lo lejos. Llegó una ambulancia blanca, seguida de otra.

Susie caminó hasta la entrada del campo y observó a los dos soldados. Se pusieron máscaras antigás y se acercaron lentamente a los restos del cajón y del barril, dando la vuelta a los escombros con los pies. Recogieron las piezas más grandes y las cargaron en la parte trasera de su furgoneta.

Los equipos de ambulancia comenzaron a examinar a los heridos.

El Land Rover apareció en la puerta y avanzó con cuidado entre la multitud hacia la carretera antes de marcharse.

—Ahí van las pruebas —dijo Susie. Miró a Megan, que no parecía capaz de hablar.

Susie se arrodilló junto a ella.

—Creo que era solo gas lacrimógeno. Ya ha pasado.

Megan no respondió.

La animó a ponerse en pie. Lentamente, volvieron al campo donde Susie sentó a Megan en la entrada de su tienda y se fue a

buscarle agua.

David ya estaba en el barril de agua de plástico.

—Megan lo ha pasado muy mal. Estoy preocupada por ella.

—No es sorprendente con sus antecedentes.

—¿Qué quieres decir?

Él se alejó de la multitud alrededor del barril y le hizo señas para que lo siguiera. —Quedó huérfana en la guerra. Su casa fue bombardeada en Londres. Ella y su hermano sobrevivieron, pero ambos padres murieron.

—Dios mío.

—Como te digo, rara vez habla de ello. Se lo guarda todo dentro.

Susie llevó agua fresca a Megan y se sentó con ella un rato, pero no respondía. Finalmente la dejó para que descansara.

Millie estaba satisfecho consigo mismo. El vuelo era puramente de familiarización para el nuevo piloto, Jock MacLeish, por lo que no había que entregar grabaciones oficiales. Eso le daba tiempo de sobra para aumentar sus existencias. Estaba en su cuarta bobina cuando descendían hacia el circuito de West Porton.

—Está pasando algo ahí abajo —dijo MacLeish por el intercomunicador desde su asiento a la derecha en la cabina.

Millie y Bright, sin ventanas utilizables, se limitaron a mirarse el uno al otro.

—¿Qué? —preguntó Bright.

—Un montón de luces azules parpadeantes en el campamento pacifista. Parece que los están desalojando.

Después de rodar, Millie dejó que Steve Bright abriera la escotilla y colocara la escalera. Lo siguió afuera, sujetando su maletín de vuelo, repleto con su botín de bobinas nuevas.

Al entrar en TFU, era evidente que pasaba algo. Fuertes risas emanaban de las esquinas de la sala. Amplias sonrisas en las caras.

Millie fue directamente a su taquilla. Lo primero es lo primero.

El montón de bobinas se estaba haciendo grande, pero no había nada que pudiera hacer al respecto por ahora.

Cerró la taquilla justo cuando Speedy Johnson pasaba junto a él hacia la escotilla de equipos.

—¿Qué está pasando? ¿Lo sabes?

—Al parecer Red y Rob gasearon accidentalmente a los hippies.

—¿Qué?

Speedy continuó hacia la escotilla mientras Rob volvía a entrar en la sala principal de planificación. Uno de los pilotos le dio una palmada en la espalda a Red, riendo.

Millie se acercó a Rob. —¿Qué ha pasado?

—El tonto de Nigel Woodward quitó todos los pasadores de seguridad de la bomba de repuesto, justo antes de sobrevolar el campamento, y rodó hacia fuera.

—¿Cómo exactamente rodó hacia fuera? ¿La lanzó?

—Red puede que hiciera un ascenso bastante pronunciado, ya sabes, solo para despertarlos. Un momento desafortunado.

—Ya veo. ¿Resultó alguien herido?

—Aparentemente no. Pero el gas escapó y provocó un poco de tos.

Millie miró a los pilotos que rodeaban la barra de té. Algunas palmadas más en la espalda de Red.

—¿Y esto es aparentemente motivo de celebración? Podríais haber matado a alguien.

—Tranquilízate, Millie. Fue un accidente. Nadie resultó herido. Bueno, no gravemente.

Millie todavía llevaba todo el equipo de vuelo, sujetando su casco y máscara de oxígeno. Hacía demasiado calor en la habitación y se dirigió hacia la escotilla de equipos.

Jock estaba allí cuando llegó.

—¿Has oído las noticias? —preguntó Jock.

—Sí. Aunque no estoy seguro de poder unirme a las celebraciones. Poco profesional, si me lo preguntas.

Jock asintió. —Estoy de acuerdo. No parece la respuesta correcta, ¿verdad?

—No era así en Boscombe Down. Nos lo tomábamos en serio, alguien que metiera la pata así estaría en un buen aprieto.

—Sí. Pero este es el imperio de Mark Kilton y si a él le parece gracioso, a nosotros también. —Jock le dio una palmada amistosa en el hombro y se alejó.

Antes de salir de la estación en coche, Millie pasó por el comedor de sargentos. Se quedó en la entrada, sin querer excederse en su bienvenida sin una invitación adecuada. Pero tras una rápida búsqueda quedó claro que Nigel Woodward no estaba allí. Al salir, dio un rodeo hacia los alojamientos para Suboficiales casados.

La señora Woodward abrió la puerta.

—¿Está en problemas? —Parecía aterrorizada.

—No estoy aquí en calidad oficial, señora Woodward. De hecho, solo quiero comprobar que está bien.

Le hizo pasar. Nigel estaba en la cocina, bebiendo una cerveza. La señora Woodward le ofreció una bebida a Millie; él declinó. Ella cerró la puerta, dejándolos solos.

—¿Qué pasó, Nigel?

Parecía confundido.

—¿Hoy, en el Argosy? ¿La bomba de gas?

Lentamente, el supervisor de carga asintió.

—Ah, sí. Salió bien.

—Nigel. Soltaste un contenedor sobre el campamento pacifista. No debía ir allí.

De nuevo, un lento asentimiento como si estuviera escuchando esto por primera vez. —Es cierto. Me lo dijeron.

—¿Quién?

—Oh, ya sabes. El comandante de ala Kilton.

—Nigel, ¿está todo bien?

—Creo que quizá quité los pasadores y luego el señor Brunson hizo ascender el avión rápidamente.

Millie lo observó un momento; estaba en su propio mundo.

—Quizá deberías ir a ver al médico mañana, ¿eh, Nigel?

—Gracias, señor.

—Llámame Millie, al menos aquí. —Millie le dio una palmadita en el brazo y se levantó.

Al salir, la señora Woodward lo detuvo en la puerta. Bajó la voz. —No ha estado bien durante un tiempo, si te soy sincera. —Miró hacia atrás.

—¿A qué se refiere?

—Es su memoria. Olvida cosas. Pasa por fases. Días buenos, días malos. Este es realmente malo.

—¿Olvida cosas? ¿Qué tipo de cosas?

—Mi nombre.

Millie la miró fijamente.

—No quiere decírselo a nadie, por si es el fin de su carrera. Está preocupado por el dinero, ya sabes, si no puede trabajar.

—Por supuesto que lo está. Pero necesita ver a un médico.

La señora Woodward estudió el suelo por un momento. —La única persona que ve es el camarero de The Black Horse. Va casi todas las noches.

—Eso no parece una buena idea.

—Dice que le ayuda hablar con extraños, pero no hablará conmigo. —Se le formaron lágrimas en los ojos.

—¿Extraños?

—No lo sé. Ha encontrado algún nuevo amigo. Cualquier cosa menos enfrentarse a los hechos. No está bien, señor Milford —agachó la cabeza—. Algo así tenía que pasar.

Nigel apareció detrás de su esposa.

—Nigel, tienes que ir al médico —dijo Millie—. ¿Lo entiendes?

—Oh, supongo que iré mañana —desapareció escaleras arriba.

Millie se volvió hacia la esposa del maestro de carga.

—Déjelo en mis manos. Veré qué puedo hacer.

Capítulo Nueve

Miércoles 15 de junio

El revuelo por el percance del día anterior aún era tangible. Los pilotos, acostumbrados a existir en un vacío de secretismo, parecían disfrutar anunciando la presencia de TFU al mundo exterior, aunque fuera a través de un accidente evitable.

—Todos a la reunión.

Una voz desde atrás. Rob.

—¿Perdona?

—Kilton quiere a todos en la reunión matutina. Creo que nos van a echar una bronca por lo de ayer.

—Lo dudo —dijo Millie mientras levantaba su cuerpo de la silla.

Cuando llegaron a la sala de reuniones, solo quedaba sitio para estar de pie. Steve Bright se levantó de uno de los sillones y se lo ofreció a Millie.

Se rio.

—¿Tan viejo estoy ya?

—No era mi intención ofenderte —respondió Bright, y Millie aceptó el asiento.

Un fuerte bullicio rebotaba en las paredes mientras los oficiales reunidos de TFU esperaban a su jefe. Millie apenas podía ver la calva

de Kilton en la parte delantera, inmerso en una conversación con alguien.

Mientras esperaban, Millie sacó su copia manuscrita de las lecturas de la cinta. Tenía los números desde el domingo por la mañana y, aunque estaba seguro de que el primer campo era el reloj, no estaba ni cerca de descifrar el segundo campo, más largo.

15105550114922

15105550114810

El momento mágico de la revelación una vez más no llegó.

Oyó una voz a su espalda.

—¿Es para hoy? —Steve Bright señaló con la cabeza el gastado trozo de papel.

Millie lo dobló y se maldijo por exponer los números en un lugar tan público.

—No, no es nada.

Kilton pidió orden en la sala y cedió la palabra al meteorólogo.

Un hombre alto, delgado y con gafas encendió el proyector. Mostraba una serie de isobaras espaciadas sobre el oeste del país con un segundo sistema al noreste.

—Este compañero es la causa de la actual estabilidad en nuestro clima —dijo el hombre, señalando el sistema en el norte—. Está impidiendo que entre nada desde el Atlántico. Dicho esto, hará un poco más fresco durante los próximos días. Veinticuatro grados en lugar de veintisiete. Pero, de nuevo, las precipitaciones son improbables. A nivel local hoy, vientos ligeros en superficie, pero comprobad con cuidado los vientos en altura, ya que alcanzarán los ciento cinco kilómetros por hora por encima de los seis mil metros. Para aquellos que os aventuréis más al norte, esperad un fuerte suroeste a nivel de superficie por encima de Carlisle, hasta las Orcadas.

—El boletín fotocopiado estará en la oficina de administración antes de las 9 de la mañana.

Millie observó cómo los pilotos y navegantes tomaban notas.

El meteorólogo salió con su montón de papeles. Kilton se puso de nuevo frente a ellos.

—El comandante de la estación me ha pedido que lea el siguiente comunicado.

Se oyeron algunas risitas mientras el jefe ponía los ojos en blanco teatralmente.

—Los estándares a los que debemos aspirar no estuvieron presentes en TFU ayer. La liberación involuntaria de un contenedor de irritante fue un grave error. Nos coloca en una posición embarazosa con nuestros vecinos y ha exacerbado una relación ya de por sí tensa con los manifestantes pacíficos que actualmente ejercen su derecho democrático. —Más risitas por toda la sala—. *Aunque hemos evitado la necesidad de una Junta de Investigación completa, espero que los responsables no tengan ninguna duda de que esperamos y exigimos más de los oficiales y hombres destinados en la RAF de West Porton.*

Kilton levantó la vista del estrado de madera.

—Así que ya nos han echado la bronca. Por favor, no bombardeéis a los activistas por la paz.

Los hombres se rieron.

—Hablando en serio, no deseamos atraer atención no deseada, así que no más meteduras de pata, por muy hilarantes que puedan ser. Ahora bien, aunque hemos evitado una investigación larga y sin sentido, estamos sufriendo algunas consecuencias. Necesitamos intensificar los registros de vehículos. —La sala emitió un quejido y Kilton levantó las manos—. Lo sé, lo sé, pero están ahí para proteger nuestros secretos. No necesito recordaros que muchos de nuestros proyectos pierden el valor que tienen si quedan expuestos. Así que seamos pacientes con los hombres de la puerta que están haciendo un buen trabajo. Además, el comandante de la estación ha ordenado a cada unidad que realice una revisión de sus propias medidas de seguridad. Así que, oficiales ejecutivos, os quiero alrededor de la mesa conmigo mañana a las 8 de la mañana. Esto tiene prioridad, así que reorganizad los vuelos en torno a ello.

Los cuatro jefes de escuadrón en la sala, incluido Millie, refunfuñaron ante la invitación no deseada.

No solo no había forma concebible de sacar las bobinas de su taquilla de West Porton, sino que ahora formaba parte del comité

que se aseguraría de que sus opciones fueran aún más limitadas.

La reunión terminó, y él volvió arrastrando los pies a la sala de planificación.

Echando un vistazo al programa de vuelo, vio, por primera vez desde su creación, que se habían programado dos vuelos de Guiding Light para el mismo día: uno por la mañana con él, Speedy Johnson y Red Brunson y un nuevo navegante joven, seguido por la tarde por Rob, Jock y Steve Bright.

Frustradamente, Bright estaría a cargo de los cambios de bobina por la tarde.

Se detuvo en el nombre de Steve Bright, recordando su comentario sobre el papel de Millie.

—¿Es para hoy?

Miró a su alrededor, tratando de ver si Bright estaba en algún lugar donde pudiera hablar con él a solas. Mientras sus ojos recorrían la habitación, apareció Red Brunson y anunció su propio briefing prevuelo.

Les llevó una hora planificar la prueba y otros treinta minutos vestirse y prepararse para el vuelo. Millie estaba contento de dejar que el nuevo navegante joven se encargara de la escotilla.

Tan pronto como las ruedas se recogieron en el vientre del Vulcan, activó el interruptor principal en el panel del Guiding Light y puso en marcha una cinta.

Para cuando tuvo que recopilar lecturas de altitud, tras su descenso por las colinas galesas, ya tenía dos bobinas más para su propia colección.

Durante el tramo oficial a mil pies, Millie observó los dígitos naranjas con la mayor atención posible, esperando una secuencia de números que no tuviera sentido. Varias veces, había visto momentos de lo que parecían lecturas anómalas, pero eran demasiado fugaces para estar seguro.

La aeronave se sacudía siguiendo el contorno del terreno debajo. Le resultaba imposible determinar si estaban trazando exactamente el nivel del suelo o si ocasionalmente se desviaban. Los pilotos tendrían una mejor idea, pero solo si estaban prestando atención.

Miró de reojo al nuevo navegante. Una luz verde fantasmagórica se proyectaba sobre su rostro serio desde la capucha del radar frente a él.

En la oscuridad de la bahía trasera del Vulcan, Millie volvió a su tarea de monitorizar un sistema que estaba seguro ocultaba un defecto fatal.

Tamborileó con los dedos sobre la superficie negra debajo del panel. El ruido del motor creció y sintió que la nariz se inclinaba hacia arriba mientras salían del vuelo a baja altura.

Detuvo la grabadora, etiquetó las bobinas oficiales y la puso en marcha una vez más con una cinta no oficial.

Millie soñaba despierto con el momento en que podría marchar al despacho del comandante de la estación con pruebas, en blanco y negro, de que el Guiding Light no era apto.

Apretó sus correas y bloqueó su asiento en su lugar mientras se incorporaban al circuito de West Porton. Habían regresado a tiempo, listos para que el Vulcan fuera repostado y preparado para un segundo ensayo.

El tiempo ya no estaba de su lado.

El tren de aterrizaje delantero se desplegó con fuertes ruidos metálicos, apenas unos metros por debajo de su asiento.

El tren principal tocó la pista con un chirrido y rodaron hacia el interior.

Dos tareas por delante. Llevar las cintas a Belkin y descifrar ese segundo campo.

Dentro del TFU, Steve Bright no se veía por ningún lado.

Millie se deshizo de su ropa y equipo de vuelo, y guardó las cintas.

En su escritorio, comió el sándwich que Georgina le había preparado y se puso con su papeleo.

A las 14:30, finalmente oyó a Steve Bright al otro lado de la sala, pero ya estaba con Rob y los demás, planificando el viaje de la tarde.

Pasaron dos horas antes de que regresaran de Escocia. Habría sido una oportunidad perfecta para recopilar más datos.

Observó a Bright cuando la tripulación regresó a la sala de planificación, con el pelo empapado de sudor. El grupo se mantuvo unido mientras se cambiaban y se dirigían al bar del comedor.

Millie empacó su bolsa, revisándola en busca de documentos del proyecto secreto antes de seguirlos.

El comedor estaba concurrido, y le ardían los ojos por la cantidad de humo en el aire. Se dirigió a la salida de emergencia y la abrió, antes de buscar entre la creciente multitud de oficiales.

Steve Bright estaba allí, en el centro de la sala, riendo y hablando con un pequeño grupo.

Millie pidió una bebida y se unió a ellos.

Bebió su cerveza y esperó su oportunidad.

Justo antes de las 19:00, el grupo se dispersó y Millie siguió a Bright hasta el vestíbulo. Comprobando que nadie estuviera demasiado cerca, lo llamó.

—Steve, ¿puedo hablar contigo un momento?

El navegante se detuvo junto a un retrato del Duque de Edimburgo con uniforme completo de vuelo de la RAF, de pie frente a un Avro Anson.

—¿Qué pasa, Millie?

—¿Qué dijiste cuando te paraste junto a mí antes?

Bright parecía perplejo.

—¿Cuándo?

—En el informe meteorológico.

Bright negó con la cabeza.

—No, lo siento, no puedo recordarlo.

Millie miró alrededor nuevamente antes de sacar el trozo de papel de su bolsillo.

—Ah, eso. Sí, solo me preguntaba si era allí donde íbamos hoy, pero claramente no.

—No entiendo. ¿Qué querías decir?

Bright miró el papel otra vez. Empujó la mano de Millie un poco más lejos como para intentar enfocarlo mejor.

—Son coordenadas, ¿no? Latitud y longitud.

Millie volvió a mirar los dígitos.

15105550114922

15105550114810

—¿En serio? No las reconozco.

Bright se encogió de hombros.

—Bueno, tal vez no. Al menos no estoy seguro de qué significa el «1» del principio. Pero «51 05 55»... ¿Qué es eso? —Inclinó la cabeza hacia el techo—. ¿Algún lugar al norte de aquí? ¿En las Midlands? Y... —Estudió el papel de nuevo—. «1 49 22». Eso es oeste. Quizá Cheltenham. Créeme, Millie, soy navegante y reconozco la latitud y longitud cuando la veo.

Millie miró fijamente las cifras.

—Ya veo. Pero como dices, hay demasiados dígitos.

—Es tu nota, Millie. ¿No puedes preguntarle a quien te la dio?

No estaba seguro de qué decir, así que no dijo nada. Bright sonrió y tomó la hoja de su mano, examinándola.

—Mira, hay un «1» al principio y un «1» en el medio antes de la longitud. No tengo idea de qué significa, lo siento.

Le devolvió el papel a Millie, dejándolo solo, mirando fijamente los números.

Más gente llegó del bar y él se guardó la hoja en el bolsillo antes de dirigirse a su coche.

Mientras subía por la carretera central que atravesaba la estación, otro coche se colocó junto al suyo.

Steve Bright le indicó a Millie que bajara su ventanilla. Se inclinó y bajó la ventanilla de su propio lado del pasajero.

—¡Probablemente el hemisferio! —gritó.

—¿Qué?

—Los «1» en tu hoja. Probablemente representan norte, sur, este u oeste. Quizá el «0» sería sur y el opuesto este u oeste.

—Cierto.

Bright se rio.

—Normalmente habría letras para mostrar el hemisferio. Norte, sur, este, oeste. Pero quizá tu ejemplo use etiquetas numéricas. ¿De dónde salió, de todos modos?

Se oyó un pitido detrás de ellos cuando alguien más salía del aparcamiento del comedor.

—No importa —concluyó Bright y subió su ventanilla antes de avanzar.

Para cuando Millie llegó a casa, incluso Georgina pareció notar su estado de ánimo mejorado.

—¿Un buen día en la oficina, cariño?

—Algo así. No pongas esa cara de sorpresa. Todavía ocurren, de vez en cuando.

Le tomó la mano y la atrajo hacia él.

Ella se rio.

—Millie, ¿qué mosca te ha picado?

La besó e inclinó la cabeza.

—¿Bajamos a cenar al Hotel Railway esta noche?

Esta vez ella arqueó ambas cejas.

—Bueno, tenía un pastel preparado, pero puede esperar.

—Excelente. Nos ahorramos fregar.

—¿Me vas a contar qué estamos celebrando?

—Como bien observas, querida, simplemente un buen día en la oficina.

Capítulo Diez

Jueves 16 de junio

Cada vez que se acercaba a la entrada principal, Millie estudiaba a los oficiales de seguridad mientras se ocupaban del coche de delante. La rutina incluía una inspección superficial del maletero, pero ocasionalmente veía a un hombre inclinarse y realizar un registro más minucioso.

Lo mismo ocurría con el interior del propio vehículo.

Simplemente no podía arriesgarse a transferir las cintas a través de los controles. Tenía que haber otra manera.

En TFU, tomó asiento en la reunión para ayudar a reforzar aún más la seguridad.

—Necesitamos estar seguros de que nuestro sistema es hermético —comenzó Kilton—. Ningún documento debe extraviarse, todo debe estar controlado. Los archivadores, por ejemplo. ¿Qué nivel de seguridad tienen?

—Tienen candados —ofreció Speedy Johnson.

—Parecen débiles. Refuérzalos.

Speedy añadió una línea a su lista de tareas, y Millie se propuso mentalmente no responder a las preguntas para evitar que le endosaran una tarea imposible.

Pero Kilton le miró directamente—. ¿Y qué hay de las taquillas?

—¿Qué pasa con ellas?

—¿Son seguras, Millie? ¿Qué guarda la gente en ellas? Necesitamos hacer una auditoría.

—¿Una auditoría? —Su corazón latía con fuerza.

—Sí. Registrarlas todas. Asegurarnos de que no haya nada comprometedor y recordar a todos que son para jerséis y gorros no clasificados, no para documentación secreta de proyectos.

Un familiar calor hormigueante le subió por el cuello.

Kilton le miró fijamente.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué, señor?

—¡Despierta, Millie! ¿Puedes llevar a cabo la auditoría?

—¿Quiere que lo haga *yo*? ¿Registrar las taquillas de la gente?

—Si no es una molestia. Sí, por favor.

—Sí, jefe. Ningún problema.

—Bien, ¿me he olvidado de algo?

—¿Qué hay de cuando volamos fuera? —dijo Millie.

—¿A qué te refieres?

—Las escalas, por ejemplo. Llevamos equipamiento secreto y su documentación constantemente. ¿Qué hacemos en otro aeródromo? Quiero decir, es poco probable, ya lo sé, pero uno de nosotros podría llevar accidentalmente documentos clasificados a otra base, dejarlos en una sala de reuniones, o incluso en la aeronave mientras informamos o...

De repente, lo vio: la única manera de sacar los carretes de West Porton y evitar a las fuerzas de seguridad en cada puerta.

Podría sacarlos volando.

Excepto que, como el idiota más colosal del mundo, acababa de alertar a Mark Kilton sobre esta opción. La única laguna que podría haber explotado estaba a punto de cerrarse.

Kilton parecía impaciente—. ¿Estás bien, Milford?

—Sí, señor.

—Bueno, tienes toda la razón. Necesitamos establecer un procedimiento. A partir de ahora, todas las escalas deben ser autorizadas personalmente por mí. Un oficial de seguridad puede

firmar la salida y entrada del material clasificado del edificio. Excelente idea.

—¿No lo resentirán los muchachos, jefe? —preguntó Speedy—. ¿Podrían sentir que se les está espiando?

—No me importa lo que piensen. Esto es por su propia protección. Para asegurarnos de que no cometan un error que nos pueda costar caro, a nosotros y a ellos. —Kilton se puso de pie—. Bien, pues pongámonos manos a la obra.

La reunión terminó; Millie permaneció en su asiento.

Recordó las escalas recientes. Había estado en Oakington para una reunión con Red Brunson y en Wyton hacía unas semanas. Él y Rob volaron a Warton en el Canberra. En cualquiera de esos viajes, podría haber llevado fácilmente una bolsa extra.

Podría haber empaquetado las cintas en un paquete y enviarlas por correo a su propia dirección, o directamente a Belkin.

Pero esa puerta ahora estaba cerrada.

Y él la había cerrado.

Susie escuchaba atentamente. Necesitaba recordar cada detalle.

Desde que cayó la bomba de gas, el campamento se sentía galvanizado y listo para la acción.

Y ella formaba parte del grupo de asalto. Un equipo de solo seis personas.

Megan caminaba de un lado a otro en el tipi.

—Ahora sabemos lo que están ocultando.

La sala quedó en silencio. David se levantó.

—Sampson ha extraído información vital para nosotros.

Así que el misterioso hombre rubio tenía un nombre. Pero, ¿cómo habría conseguido esa información?

—El escuadrón secreto ocupa el gran hangar verde en este lado del aeródromo —continuó David—. La colección de aviones antiguos al otro lado es una instalación de mantenimiento. Mucho menos interesante.

Megan habló de nuevo—. Sampson se ha hecho amigo de un miembro activo del escuadrón. Este hombre le ha transmitido sin saberlo información muy interesante. Hay algo instalado en un Vulcan blanco. Un proyecto Alto Secreto. Cree que el proyecto se llama Guiding Light. Afirma no saber más que eso. Probablemente dice la verdad. Así de secreto es Guiding Light. Incluso las personas dentro de TFU no conocen los detalles. Así que, vamos a descubrirlo todo.

David cogió una cámara—. Tenemos dos tareas una vez dentro. Tomar fotografías de cerca de lo que sea que hay en la aeronave, y recuperar cualquier documentación relacionada con Guiding Light. Para ese propósito, nos dividiremos en dos equipos.

—Armaremos al equipo de la aeronave con esta cámara y una luz. El equipo de documentación tendrá una mochila y algunas herramientas para abrir archivadores y cajones.

—Tenemos un extenso juego de llaves acumuladas a lo largo de los años —dijo Megan—. La mayoría de las puertas de los hangares usan las mismas cerraduras y estamos seguros de que encontraremos una que coincida. Pero puede llevarnos tiempo probarlas todas, lo que significa que no tendremos mucho tiempo una vez dentro. No os limitéis solo a Guiding Light. Recoged cualquier cosa relacionada con armas nucleares, biológicas y químicas.

—Bien, vamos a entrar en detalles —dijo David. Condujo al grupo hasta una mesa plegable con un mapa dibujado a mano del aeródromo y listas de horarios. Susie estaba impresionada. Resultó que todos esos días tumbados junto a la valla tenían un propósito. Habían anotado meticulosamente los horarios y la naturaleza de las patrullas de seguridad durante semanas.

—Hemos identificado nuestra mejor oportunidad —dijo Megan—. La noche del viernes al sábado.

—Lo llaman la Hora Feliz —continuó David—, pero por lo que hemos observado, comienza a media tarde y termina en las primeras horas de la mañana.

—Los hombres están borrachos y el comportamiento alrededor de la puerta se vuelve errático. Los guardias se concentran en la

entrada, dejando el resto del aeródromo sin vigilancia. Las 2:15 de la madrugada es nuestra oportunidad.

—Los dos cortaalambres permanecerán en la valla, así que si preferís no formar parte del equipo que va hasta el final... —Miró expectante al grupo.

Susie levantó la mano. Pero Megan intervino.

—No. Ella es pequeña. La necesitamos con nosotros.

Una variedad de herramientas estaban dispuestas en una mesa contigua, desde pesadas palancas hasta diminutas llaves Allen. David colocó una cámara Olympus en el centro de las herramientas.

Millie registró las taquillas según lo solicitado.

Encontró un par de artículos que no deberían estar allí, incluido un plan de vuelo anotado con "G/L" en el propio casillero de Speedy Johnson.

Nada demasiado siniestro, pero Millie lo solucionó discretamente, directamente con Johnson.

Después de terminar con las taquillas, salió por la puerta del aeródromo y se quedó de pie bajo el sol de junio. Apoyándose contra la extensión de ladrillo rojo que se acurrucaba en la base del gran hangar, sacó un paquete de cigarrillos.

Una larga calada a su John Player Number 6 contribuyó en cierta medida a calmarlo.

En la plataforma frente a él estaba el Vulcan de Guiding Light, listo para su viaje de la tarde. Miró su reloj y se dio cuenta de que solo tenía cuarenta minutos para prepararse.

Dejó caer su cigarrillo y lo pisó.

Un ruido llamó su atención. Miró a través de la pista para ver un pesado Valetta rodando hacia el umbral oriental.

La Unidad de Mantenimiento. El Cementerio.

En ese momento los envidió, recuperando aviones retirados de todo el país y transportándolos a sus lugares de descanso final.

Sin secretos, sin presión, sin seguridad paranoica.

Vio al Valetta alineándose en la pista principal.

Nadie registra sus taquillas.

Y nadie revisa sus aviones.

Los viejos del 206 MU. Esos maravillosos ancianos y sus excéntricas máquinas voladoras.

Nadie les presta atención. Kilton se habría deshecho de ellos si hubiera podido, pero por una vez no se había salido con la suya.

Volvió al TFU, ansioso por terminar con el vuelo de la tarde antes de poder dirigirse al bar y buscar un rincón tranquilo con algunos viejos amigos.

El vuelo fue mejor de lo esperado. No solo Millie capturó dos cintas en el trayecto de ida y vuelta, sino que a petición de Jock MacLeish realizaron parte del vuelo a baja altura por segunda vez, permitiendo a Millie cargar y grabar dos bobinas adicionales.

Se quedó frente a su taquilla, esperando a que dos de los muchachos pasaran antes de abrirla. Ahora tenía dos pilas de bobinas contra la pared trasera, con su jersey apenas cubriéndolas. Era hora de deshacerse de ellas.

Había tenido suerte hoy, extremadamente suerte. Pero eso no duraría.

Cerró la taquilla y dejó su ropa de vuelo.

Para cuando regresó a la sala de planificación e introdujo las cintas oficiales en el sistema, eran las 5:20 de la tarde. Se dirigió al comedor.

Justo dentro de la puerta principal había un aviso informando a todos que el bar estaría cerrado la noche siguiente en preparación para el Baile de Verano del sábado.

—¿No hay Hora Feliz? —dijo Speedy mientras pasaba junto al aviso con Rob—. Es una vergüenza.

—Bueno, es por la recepción VIP —respondió Rob mientras Millie los alcanzaba.

Speedy frunció el ceño.

—¿Qué recepción VIP?

Rob pareció desconcertado, como si hubiera dicho algo que no debería.

—Los dignatarios locales. Solo unas copas. Creo que es en lugar de invitarlos al baile, que se desmadró el año pasado. Idea del Comandante de la Estación.

—¿En serio? ¿Y quién está invitado? —dijo el piloto senior.

—Yo solo voy porque ahora soy secretario del comedor.

—Eso lo has mantenido en secreto. —Speedy le dio una palmada en el hombro a Rob mientras llegaban al bar—. Así que eres un pez gordo. No te olvides de nosotros, ¿eh?

—Bien hecho, chico —dijo Millie y le estrechó la mano.

—Gracias, Millie. —Rob le devolvió una sonrisa radiante. Él y Johnson continuaron hacia un grupo de pilotos en el extremo más alejado del bar, dejando a Millie solo.

Miró alrededor de la sala.

Los chicos del MU solían ocupar una mesa circular en la esquina más alejada, pero estaba vacía.

Pidió un whisky y lo bebió solo. El grupo cercano de pilotos de prueba se reía ruidosamente de sus propias bromas.

A las 6:30 de la tarde era evidente que los hombres del Cementerio no iban a aparecer.

Millie maldijo en voz baja, recordando que no habría bar la noche siguiente.

Su taquilla estaba llena de pruebas incriminatorias, y todavía no tenía forma de transferirlas de manera segura a Belkin.

Capítulo Once

Viernes 17 de junio

El frío despertó a Susie. Eso era una novedad. Había llegado durante la ola de calor, pero ahora las noches traían consigo cierta frialdad.

Su reloj marcaba las 6:10. Le dio cuerda para el nuevo día y se vistió.

Cuando las campanas de la iglesia del pueblo daban las 7, ya estaba de vuelta en la cabina telefónica, marcando un número conocido de Londres.

Una voz masculina seca contestó.

—Sí.

—Soy Susie.

—Ah, Twiggy. ¿Cómo diablos estás?

—¿Cómo me has llamado?

—Ahora te llamamos Twiggy. Es una modelo, salió en la portada del Express ayer. Parece un chico, curioso, ¿verdad? En fin, encajas con la descripción.

—¿Crees que parezco un chico, Roger?

—Bueno, tienes el pelo corto.

—Bien, ¿qué tal si te callas y tomas algunas notas?

—No te pongas así. Déjame coger un bolígrafo.

Ella golpeó el suelo con el pie, impaciente.

—Adelante, Twigs.

Suspiró.

—Están planeando un asalto a la RAF West Porton. El objetivo es ese escuadrón secreto que mencioné. Aparentemente se llama Unidad de Vuelos de Prueba, y hay un proyecto llamado Luz Guía. Parece que saben lo que hacen. La UFP podría tener una filtración.

—Parece que sabes más sobre West Porton que nosotros.

—Pensaba que lo sabíamos todo.

—Es hora de dejar de creer lo que nos contaron en el entrenamiento, querida. Incluso el Servicio de Seguridad de Su Majestad se topa con muros a veces. Sabemos algo sobre la UFP. Es independiente de la estructura del escuadrón. Se estableció el año pasado para manejar los asuntos sensibles. Pero, y esto es extraño, sabemos muy poco más. La unidad tiene una línea directa de mando con Whitehall, así que nuestras fuentes habituales no son de gran ayuda. Lo que sí sabemos es que uno de sus proyectos ha captado la atención de Downing Street.

—¿Luz Guía?

—Eso no lo sabemos. Pero podrías tener razón. Sin embargo, sí conocemos la identidad de tu misterioso caballero rubio.

—¿Sampson?

—Sí, bueno, eso lo confirma si también has oído ese nombre. Sampson Parker. Un tipo peligroso. El año pasado metió a un grupo de indeseables hasta Faslane.

—¿Los submarinos Polaris?

—Efectivamente. Acabaron causando daños a pocos metros de la fuerza de disuasión nuclear independiente de Gran Bretaña. Fue lo suficientemente listo como para quedarse fuera del perímetro, así que no pudieron imputarle nada. Pero dices que estará en el asalto esta noche, ¿no? Eso podría ser útil.

—No. Él no participa directamente en el asalto. Solo parece ser el cerebro detrás de todo.

—El mismo modus operandi que en Faslane. Decepcionante. El plan era dejar que el asalto siguiera adelante y pillarlo con las manos en la masa.

—Eso aún podría ser posible. Está previsto que reciba lo que encontremos y lo saque del lugar en la madrugada.

—Ya veo. Bueno, transmitiré esa información y que decidan qué debe hacerse. Buen trabajo. Tendrás que volver a contactar más tarde. Digamos a las 4 de la tarde, a menos que algo cambie significativamente por tu parte.

Un Land Rover se ocultaba entre las sombras, en una esquina del hangar de la UFP. Lo utilizaban los ingenieros y mecánicos para transportar piezas y personal. El oficial junior de ingeniería estaba encantado de prestárselo a Millie para dar una vuelta por el aeródromo.

Subió y encontró la llave ya puesta en el contacto, junto a una nota que indicaba a los conductores que informaran al control de tráfico aéreo antes de circular por las pistas de rodaje activas.

Millie maldijo, pero luego observó una gran radio instalada bajo el salpicadero.

Siguió las instrucciones fijadas junto al interruptor de encendido para precalentar la bobina durante treinta segundos, mirando a su alrededor por el hangar, esperando que ningún otro oficial se fijara en él.

El vehículo arrancó entre toses y avanzó lentamente hacia la plataforma.

Un Victor rodaba cerca, y de repente fue consciente de la vulnerabilidad del pequeño vehículo.

Al encender la radio, escuchó el final de una despedida de la tripulación del Victor. Esperó a que terminaran y pulsó el botón de transmisión.

—Torre, aquí el Land Rover de la UFP. Necesito cruzar el aeródromo hacia la Unidad de Mantenimiento.

Millie siguió las instrucciones de usar la pista de rodaje sur y esperar en el umbral occidental. A medida que se acercaba al final

de la pista, miró por la ventanilla derecha hacia el campamento pacifista.

Un grupo de manifestantes estaba reunido frente a un tipi blanco en el centro del campo. Desde esa distancia, Millie podía ver sus rostros: hombres y mujeres jóvenes. En otras circunstancias, los habría descrito como de aspecto fresco, pero parecía que la vida dura les había pasado factura.

Se detuvo frente a unas gruesas líneas blancas que marcaban el límite de la pista y llamó de nuevo a la torre, según las instrucciones. Le dijeron que esperara.

Millie abrió la puerta y se situó junto al vehículo. Mirando hacia atrás por la pista, apenas visible por encima de una ondulación que la hacía descender unos metros, se veía una distintiva cola blanca.

A través del espejismo provocado por el calor, emergió la silueta del Victor, justo cuando se elevaba en el aire.

Millie se tapó los oídos mientras los cuatro motores a reacción pasaban sobre su cabeza.

La radio crepitó dándole permiso para cruzar y cinco minutos después se encontraba en el sobrio interior de la Unidad de Mantenimiento 206.

Las paredes estaban cubiertas con fotografías descoloridas de antiguos aviones. Millie entrecerró los ojos ante una imagen en blanco y negro de un biplano que tenía dos ametralladoras montadas frente a una cabina abierta.

—Es un B.E.2C, Millie —la voz de JR sonó a su espalda—. Y no, ninguno de nosotros es tan viejo. Lo mantenemos como un recordatorio.

—¿Un recordatorio de qué? ¿De los buenos tiempos?

—No exactamente —dijo JR mientras lo conducía a lo que hacía las veces de sala de planificación, equipada con viejos sillones de cuero que parecían haber sido desechados de algún comedor de oficiales por inservibles—. El B.E.2C era una trampa mortal. Demasiado lento y difícil de maniobrar. Debería haberse quedado como avión de reconocimiento, pero seguían enviando a los pilotos del RFC a sus inevitables muertes. Vale la pena recordar el tipo de organización para la que trabajamos.

Millie se hundió en un sillón rojo.

—Entonces, ¿a qué debemos este extraño privilegio?

—Necesito que me lleven. A Abingdon. Pronto. Preferiblemente el lunes.

JR asintió con la cabeza.

—Tenéis unos veinte aviones allí, ¿no? Y más pilotos que Pan Am. ¿Alguna razón en particular por la que necesitas que te llevemos nosotros?

Millie miró alrededor de la habitación. Había otros cinco en varios rincones, un par de hombres conversando junto a la tetera. Nadie parecía estar escuchando.

—Necesito volar bajo el radar en esta ocasión.

—Ya veo. —JR lo estudió. Tras un momento de pausa, miró hacia la pareja junto a la tetera—. Beanie, ¿cómo se está comportando el Anson?

—Ronronea como un gato en celo.

—Eso suena como una afirmación dudosa para ese montón de óxido, pero asumiré que llegará a Oxford y de vuelta.

—Con muchas probabilidades de éxito.

JR se volvió hacia Millie.

—¿A qué hora le gustaría al señor que estuviera su carruaje?

—¿Tan fácil? ¿No necesitas una autorización?

—Somos dueños de nuestro propio destino aquí, en cierto modo. Trabajamos para el Mando de Apoyo y nuestro jefe maneja un escritorio en Brampton. Mientras no iniciemos una guerra, está feliz de no involucrarse en el día a día.

—Debe de ser maravilloso.

—Lo era hasta que apareció el TFU. Sospecho que nuestros días aquí están contados.

Millie suspiró.

—Todo es un poco diferente allí.

—Sin duda. En fin, ¿a qué hora el lunes?

—¿Qué tal a las 9:30?

—Perfecto. Lo siento, pero hemos perdido nuestra propia puerta de acceso al aeródromo, desde la histeria por la seguridad, así que

debes conducir por la pista perimetral. Si estás aquí antes de las 8 de la mañana, no necesitas confirmarlo con Control Aéreo.

—Gracias, JR. No puedo expresar cuánto agradezco esto.

—No es nada, Millie. —El viejo piloto se puso en pie.

Millie se levantó de las profundidades del sillón. JR se adelantó y le ofreció un brazo. A pesar de las arrugas que surcaban su rostro, JR se movía con agilidad.

Mientras salían, JR se detuvo en la puerta principal.

—Siempre puedes hablar conmigo, Millie.

—Gracias. Por ahora, creo que es mejor mantenerte en la oscuridad.

—Tú decides, viejo amigo.

Millie regresó cruzando el campo de aviación, teniendo cuidado de dar un amplio rodeo a un Twin Pioneer mientras uno del equipo de MU lo ponía en marcha.

De vuelta en la sala de planificación, recuperó una carpeta de un gabinete etiquetado como *TFU GLOSTER JAVELIN ADQUISICIÓN*.

En su escritorio, marcó el número del escuadrón en la RAF.

—Operaciones del escuadrón, Teniente de Vuelo Digby.

—Hola, soy el Comandante de Escuadrón Chris Milford de West Porton. Vais a recibir uno de vuestros aparatos, según tengo entendido.

—¿Eso vamos a hacer? ¿Qué escuadrón ha dicho?

—Unidad de Vuelo de Pruebas.

—¡Ah! La unidad que no se atreve a pronunciar su nombre. Se nos dijo que no habláramos de ello. —El hombre se rio.

—Sí, bueno, no es ningún secreto que vamos a recibir una de vuestras aeronaves y solo necesito asegurarme de que tengamos un plan de ingeniería en marcha. ¿Puedo pasar el lunes para hablar con vuestro oficial superior de ingeniería?

—Tendré que comprobar si el SENGO estará disponible. Un momento, por favor. —El hombre dejó la línea brevemente, antes de informar que la cita había sido aceptada.

Tras la llamada, Millie se aseguró de que lo marcaran como fuera del TFU el lunes para una reunión. Esperarían que tomara el tren, así que fue un paso más allá y solicitó un permiso de ferrocarril.

Había un problema con el plan de la incursión.

Enviaron a dos campistas más para confirmar la noticia que un joven larguirucho había traído de su patrulla: el aparcamiento del comedor de oficiales estaba vacío, salvo por algunas furgonetas de comerciantes. No había señal de la habitual juerga de bebida.

Eran las 6 de la tarde, y tenían que afrontar los hechos: la rutina que habían anotado meticulosamente durante las semanas anteriores no se estaba siguiendo.

La llamada de Susie de las 4 de la tarde trajo sus propias noticias sorprendentes. La cuarta planta de Leconfield House estaba dispuesta a dejar que la incursión siguiera adelante. Querían atrapar a Sampson Parker con pruebas incriminatorias.

Sería un éxito de alto perfil para el Servicio, si todo iba según lo planeado.

Mientras Roger, su oficial de escritorio, le explicaba lo que sucedería —o lo que se suponía que sucedería—, ella sintió el peso de la responsabilidad sobre sus hombros.

Pero junto con los nervios venía la emoción.

Sabía que la habían elegido para este papel únicamente por su aspecto y su sexo, pero aquí había una oportunidad de ganar una importante muesca en su cinturón.

Para complicar aún más las cosas, siguiendo la gran tradición del Servicio de Seguridad, estaban trabajando solos. No se había informado a la RAF, en parte porque nadie les había revelado los secretos guardados en West Porton.

Pero siempre que todo saliera según el plan, salvarían el trasero del TFU.

Siempre que todo saliera según el plan.

A las 7:30 de la tarde, otros dos campistas que habían sido enviados de patrulla disfrazados como si estuvieran dando un paseo

vespertino regresaron con más noticias. Llamaron a Susie al tipi.

Era una noche tranquila. Las nubes colgaban bajas, atrapando el calor del día y amortiguando los sonidos de la fauna y las charlas.

—Según Charlotte y Purdy —dijo Megan—, hay un evento en el comedor mañana, por eso está cerrado esta noche. Oyeron a un repartidor en la puerta principal. Lo más relevante para nosotros es que han enviado a casa a la mitad de los hombres de seguridad. Presumiblemente trabajarán muchas horas mañana.

—Entonces, ¿seguimos adelante? —preguntó Susie.

—Sí.

Sintió una oleada de nervios en el estómago.

Repasaron los detalles una vez más.

Susie fue a recostarse y se despertó a las 11 de la noche. Regresó al tipi y encontró a los demás rebuscando en un montón de ropa negra con una linterna.

Megan le lanzó un par de pantalones holgados y un cuello alto fino. Hizo una mueca ante la moda, pero los aceptó por su finalidad práctica.

Los minutos pasaban lentamente. El tipi estaba tranquilo, salvo por los ocasionales informes desde la valla. Las patrullas seguían realizándose, pero con menor frecuencia que lo normal.

A la 1:45 de la madrugada, Purdy llegó para informar que una patrulla había pasado y desaparecido de nuevo en la estación principal de la RAF.

Megan se puso de pie.

—Es hora.

Fuera, Susie oyó un vehículo dando marcha atrás hacia ellos. Desconcertada, miró a través de las solapas para ver al hombre rubio bajándose de una destartalada furgoneta Morris.

—Sampson Parker —dijo en voz baja.

Él abrió las puertas traseras y sacó un gran recipiente de vidrio con líquido y un juego de bandejas. Llevó los artículos a la tienda sin hablar con nadie.

David apareció junto a ella y susurró.

—Está montando un cuarto oscuro. Quiere revelar las fotos aquí antes de que salgan del sitio, por si acaso.

Guardaron las últimas herramientas en las mochilas. Susie observó cómo la cámara desaparecía en el bolso de Megan.

A las 2 de la madrugada, se reunieron detrás de la tienda más cercana a la valla. David le entregó a Susie una mochila negra. Ella escuchó el suave tintineo de herramientas metálicas en su interior.

Megan los guiaba. —Nada de hablar —siseó, aunque todos permanecían en silencio.

El grupo comenzó un trote rápido hacia la esquina del campo, continuando alrededor de la valla del aeródromo, siguiendo una ruta planificada previamente. Pasaron por un pequeño conjunto de edificios y aeronaves de aspecto abandonado en el lado opuesto del aeródromo, incluyendo la silueta negra de un gran avión a hélice con cola de arrastre.

Justo más allá de los edificios, se pusieron a trabajar con los cortaalambres. Susie se quedó atrás en los arbustos con los otros, escuchando los crujidos y chasquidos mientras los alambres de la valla cedían. La primera valla había sido fácil, pero la segunda, más nueva, estaba ofreciendo más resistencia.

Finalmente, el equipo de corte llamó suavemente al grupo que esperaba.

Megan avanzó agachada. El equipo de corte mantuvo el alambre levantado mientras los cuatro se arrastraban por debajo. Susie tuvo que quitarse la mochila y empujarla delante de ella.

Al otro lado de la pista, luces anaranjadas inundaban las plataformas descubiertas.

Corrieron.

Apenas habían cruzado la pista perimetral, cuando Megan cayó y gritó.

Había tropezado con algo; parecía una carcasa de luz que sobresalía del suelo.

—Luces del aeródromo —dijo Susie—, están por todas partes.

Megan puso algo de peso sobre su tobillo e hizo una mueca.

—No podrás cruzar. Dame la cámara.

—No. Estoy bien. —Continuó adelante, cojeando.

Llegaron a la amplia pista y la atravesaron rápidamente. Todo el tiempo, Susie y los demás escudriñaban las zonas frente a ellos en

busca de cualquier señal de movimiento.

Susie podía oír a David jadeando. Claramente no estaba en forma para esta carrera.

Al cruzar la pista de rodaje al otro lado de la pista principal, se acercaron al límite de la zona iluminada.

Megan cambió de dirección. Los demás la siguieron mientras se dirigían hacia la esquina oriental del campo. Era el punto más alejado posible del lado residencial de la estación, y la zona más oscura cerca de los hangares.

Llegaron a la valla interna que separaba el aeródromo del resto de West Porton, y se movieron a lo largo de su línea, acercándose a un enorme hangar por la parte trasera, bañada en sombras.

En la esquina inferior del vasto edificio había una puerta marcada con *ASEOS*.

—La mochila —dijo Megan, chasqueando los dedos hacia Susie.

Megan rebuscó y sacó un enorme juego de llaves.

—Al parecer solo hay siete llaves diferentes para cada puerta de hangar en toda la RAF —dijo David.

—Vamos a descubrir si eso es un mito —respondió Megan.

Susie observó cómo la primera llave se negaba a girar. Con la segunda pasó lo mismo, y con la tercera.

La cuarta llave entró y giró fácilmente con un satisfactorio chasquido.

Era un espacio amplio y frío; húmedo, incluso en una noche de junio. Apestaba a orina y limpiador de baños.

A la derecha había una fila de urinarios; a su izquierda, tres cabinas.

Frente a ellos estaban las dos paredes internas, pero ninguna tenía puerta.

Susie caminó hacia delante y pasó su mano por ellas.

—Son bastante sólidas.

—No hay puerta interna —dijo David, señalando lo obvio—. ¿Qué clase de configuración es esta?

—No importa, tenemos más llaves —dijo Megan, y volvió a salir.

La siguieron a lo largo del lateral del hangar, pegándose al edificio en la sombra, pero se iba haciendo más claro. Los

aparcamientos al otro lado de la valla estaban iluminados por farolas.

Susie iba detrás y no podía ver hacia dónde se dirigían.

Samantha se detuvo delante. Susie chocó con ella y susurró una disculpa. Delante, podía ver a Megan mirando hacia atrás y llevándose el dedo a la boca.

Entonces Susie lo oyó.

Hombres hablando.

No, no hablando. Cantando.

Se pegaron contra el hangar y silenciosamente se encogieron hasta el suelo.

Los hombres aparecieron al otro lado del aparcamiento. Con los brazos uno sobre el hombro del otro, eran tres.

Con horror, Susie se dio cuenta de que dos de los tres coches directamente frente a ellos estaban orientados hacia su dirección.

—Tenemos que movernos —le susurró a Samantha.

No hubo respuesta.

—¡Las luces. Los faros de los coches!

Lentamente, Samantha se arrastró hacia adelante, estirándose en el suelo, siguiendo el ejemplo de Megan y David.

Ella hizo lo mismo, tumbándose lo más plana posible sobre su estómago, con los brazos estirados a lo largo de sus costados.

Los borrachos estaban cerca ahora. El canto había sido reemplazado por una animada discusión.

—Yo conduzco —anunció una voz arrastrada.

—Ni hablar —respondieron los otros dos al unísono—. Los americanos no aguantan la bebida.

El primer hombre protestó, pero pareció ceder.

El coche arrancó, seguido de un crujido de marchas. Susie levantó la cabeza. El coche estaba orientado hacia ellos, pero los faros estaban apagados.

El coche retrocedió, hizo una torpe maniobra de tres puntos y salió del aparcamiento, todavía con las luces apagadas.

Ella dejó escapar un suspiro.

Los demás volvieron a ponerse en marcha, y ella se levantó de un salto para seguirlos.

La siguiente puerta cedió con otra llave y una vez dentro encontraron una puerta interior sin cerrojo que daba a un pasillo. Giraron a la izquierda, pero esto solo conducía a otra oficina cerrada. Al darse la vuelta, Susie se encontró al frente del grupo de activistas. Mientras avanzaba, llegó a una puerta adicional, pero esta tenía un panel de cristal que revelaba el interior del hangar propiamente dicho.

Sus ojos contemplaron aviones militares modernos que valían millones de libras.

Un Victor les miraba con sus ojos tristes; más allá, bajo su cola, un Hawker Hunter. Y detrás de ambos: un enorme Vulcan blanco. Los aviones ocupaban cada centímetro del hangar.

Intentó abrir la puerta; estaba cerrada.

Megan apareció y revisó su colección de llaves.

La quinta que probó hizo otro chasquido al abrirse la cerradura.

Los cuatro entraron.

—Son enormes —dijo Samantha—. No me había dado cuenta.

—¡Shhh! —siseó Megan.

Susie la observó mientras recuperaba la cámara.

Megan se volvió hacia Susie y Samantha. —Buscad las oficinas. Recordad, cualquier cosa que parezca secreta.

Se pusieron en marcha y pasaron junto a una escalera amarilla que colgaba del vientre del Vulcan.

La puerta interior entre el hangar y las oficinas que recorrían el frente del edificio estaba abierta.

Después de caminar por un pasillo repleto de imágenes de aviones experimentales, llegaron a una gran sala con escritorios altos.

La luz anaranjada de la plataforma proyectaba extrañas formas en las paredes.

Susie leyó el cartel en la puerta de la oficina más cercana.

CO 'TFU'.

Y sobre una escotilla al fondo de la sala: *UNIDAD DE VUELOS DE PRUEBA DE LA ROYAL AIR FORCE.*

En el extremo opuesto de la sala había un bar, completo con urna de té y teteras. En el lado izquierdo corría un amplio pasillo. Susie

investigó.

Contenía filas de taquillas, cada una con un nombre. Bryan Dillain, Chris Milford, Frank Vansertima, Speedy Johnson.

Dos de las puertas de madera estaban abiertas y entreabiertas. Echó un vistazo dentro y solo vio jerséis y algunas prendas sueltas.

Susie siguió adelante, vigilando a Samantha al otro lado de la sala.

Caminó entre las mesas con mapas, de vuelta hacia la escotilla.

Junto a la pared interior que encerraba lo que parecía ser un área administrativa había una fila de armarios con candados. Cada uno estaba etiquetado como *ARMARIO SEGURO* con un número.

—Bingo —dijo Samantha.

Susie examinó el delgado candado. Ninguna de las llaves que tenían encajaría.

Sacó las cizallas de su mochila y se las entregó a Samantha. Pero los dientes eran demasiado grandes para el pequeño aro metálico.

Susie examinó el candado de nuevo; estaba sujeto por cuatro tornillos que habían sido pintados.

Rebuscó en la mochila y sacó un par de destornilladores.

Solo tardó un par de minutos antes de que la sujeción cediera y un lado del armario se abriera.

Dentro, en la tenue luz, había carpetas y un montón de fundas de cartón. Samantha cogió un fajo de carpetas y las hojeó. Levantó una para que Susie la viera.

GUIDING LIGHT - ALTO SECRETO

Susie asintió, y Samantha la metió en la mochila.

Susie cogió una de las fundas de cartón.

Dentro había un carrete de cinta magnética.

—¿Hacen música aquí? ¿Ese es su secreto? —Metió las cintas en la mochila y se movió hacia el siguiente armario.

Mientras quitaban el primer tornillo en la siguiente cerradura, oyeron un ruido de motor.

Las dos mujeres se quedaron paralizadas.

Una puerta de vehículo se cerró de golpe cerca.

—Mierda —dijo Samantha.

Susie miró hacia atrás por la habitación hasta el bar de té. Empujó las puertas del armario para cerrarlas, pero tuvo que dejar el candado colgando.

—Sígueme. —Corrió agachada a través de toda la longitud de la sala, justo cuando una puerta se abría en el lado de la pista.

Las dos mujeres llegaron al bar mientras el haz de una linterna se movía sobre los escritorios circundantes.

Se escondieron allí. Susie estaba sin aliento pero intentaba desesperadamente no jadear.

Agarró la mochila, ahora llena de documentos robados, y abrió bien la boca para respirar lo más silenciosamente posible.

Samantha, que estaba más cerca del borde del bar, se asomó.

—Creo que ha entrado al hangar —susurró.

—No podemos hacer nada.

Esperaron.

Después de lo que pareció una eternidad, oyeron pasos de vuelta en la sala. La luz de la linterna volvió a moverse.

Los pasos se hicieron más fuertes.

Los corazones de las mujeres latían fuertemente en sus pechos.

El hombre se arrastró hasta el bar de té; Susie podía oír su respiración.

Levantó los ojos, sin mover la cabeza. Si daba un paso detrás del bar, estaban atrapadas.

Apareció una mano. Casi dejó escapar un gemido.

La mano se posó sobre la urna de té, seguida de un gruñido de decepción, y los pasos se alejaron.

Un minuto después, oyeron arrancar el vehículo y alejarse.

Susie y Samantha se pusieron de pie.

La habitación estaba vacía; no había visto el armario abierto.

Megan y David aparecieron en la puerta.

—Por aquí —dijo Susie.

Se acercaron, Megan con una pronunciada cojera.

—¿No os vio? —preguntó Samantha.

—No, estábamos dentro del Vulcan pero apagamos la luz a tiempo.

—¿Estás bien? —preguntó Susie, señalando con la cabeza el pie de Megan—. ¿Quieres que lleve tus cosas?

—Estaré bien. —Hizo un gesto con la mano.

Susie miró hacia abajo. Megan sostenía la cámara.

—Creo que esta es la salida más rápida —dijo Samantha, señalando la puerta que había usado el guardia de seguridad.

Tenía una llave Yale que podían abrir desde el interior. El grupo salió a la plataforma brillantemente iluminada.

Permanecieron inmóviles un momento, y Susie aguzó el oído. Apenas podía escuchar cómo se alejaba el vehículo del guardia.

Esta vez no evitaron las sombras; en su lugar, corrieron a través de la plataforma. Después de treinta segundos se encontraron de nuevo a cubierto en la hierba.

Finalmente llegaron a la valla, con la adrenalina a tope, pero no pudieron localizar el alambre cortado.

Megan gimió de dolor.

—Hiciste un buen trabajo disimulando el punto de entrada —le dijo Susie a David.

—Está por aquí en alguna parte... —pasó la mano por la parte inferior del alambre.

Detrás de ellos: el sonido distante de un motor. Susie se dio la vuelta para ver un par de faros que se acercaban por la plataforma.

—¡Rápido, por el amor de Dios! —gritó Megan, ya sin preocuparse por si la oían.

—¡Por aquí!

Corrieron en la dirección del grito, cien metros más allá.

Susie se quedó atrás y ayudó a Megan a pasar, vigilando el vehículo de patrulla. No los había visto.

Ella fue la última en salir arrastrándose. Mientras rodeaban el perímetro, mantuvo los ojos fijos en la cámara mientras llevaba los documentos.

De vuelta en el campamento pacifista, se apresuraron hacia el tipi.

Sampson estaba esperando. Vació el contenido de la mochila sobre una mesa de caballete y enfocó una luz hacia los documentos.

Susie alcanzó a ver algunos encabezados.

'Parámetros de Funcionamiento del Láser' era uno.

¿Un láser? Silbó para sí misma.

Cogió una cinta. —¿Qué son estas? —le preguntó a Sampson.

Él se encogió de hombros sin decir nada.

Megan colocó la cámara sobre la mesa.

—¿Conseguisteis algo? —preguntó él.

—Sí.

—Bien. Dadme cinco minutos.

Sampson desapareció tras una mampara hacia su improvisado cuarto oscuro.

Samantha se llevó a Megan a su tienda para examinarle el tobillo, dejando a David y a Susie solos.

—Tenemos que esconder las mochilas y las herramientas en el bosque —dijo David—. Sampson se quedará con las llaves.

Susie miró de reojo la cámara. —¿Te importaría hacerlo tú? Estoy agotada.

—Por supuesto.

Revisó las mochilas para asegurarse de que habían recuperado todo excepto las herramientas, y salió.

Susie calculó que tenía unos pocos segundos antes de que Sampson reapareciera tras la mampara. Apuntó la linterna directamente a la cámara, giró su parte trasera hacia la luz y manipuló el cierre en su base hasta que la tapa posterior se abrió.

La sostuvo bajo la luz todo el tiempo que se atrevió.

Demasiado tiempo.

Sampson apareció junto a ella.

Mierda.

Cerró los ojos. No había nada que pudiera hacer. Pillada con las manos en la masa.

No pasó nada.

Al abrir los ojos, Susie se inclinó hacia delante y presionó la cámara para cerrarla con la mayor suavidad posible.

—Muévete, por favor —dijo él finalmente.

Miró a su izquierda y lo encontró agachado bajo la mesa, tanteando en busca de algo.

Cuando se levantó con un sobre marrón tamaño folio marcado como *ILFORD PHOTOGRAPHIC PAPER*, asintió hacia la linterna. —Apaga eso, por favor. Sal fuera y asegúrate de que no entre nadie. Voy a abrir la cámara. ¿Dónde está?

Ella se la entregó.

—Susie —dijo mientras él se alejaba—. Soy Susie.

—Gracias, Susie —respondió él sin mirar atrás.

Ella cerró las solapas del tipi y tomó posición vigilando la entrada.

Megan reapareció con pantalones cortos y un pulcro vendaje alrededor del tobillo.

—Samantha ha hecho un buen trabajo —dijo Susie.

—Está bien.

Susie le cedió la guardia y se escabulló a su tienda.

Se sentó con las piernas cruzadas en la abertura, envolviéndose en una manta para protegerse del frío nocturno.

Y esperó.

Su reloj marcaba las 4:10 de la mañana. Estaban a pocos días del solsticio de verano, y el sol estaba a punto de salir.

Había un silencio sepulcral.

Después de unos minutos, vio a Sampson aparecer en la entrada del tipi.

Un tono ascendente en la voz de Megan.

Sonaba a pánico.

—¡No! ¡Imposible!

Susie se levantó y se acercó.

—¿Todo bien?

Megan le lanzó una mirada fulminante.

—No hay nada en la maldita película. Todo ha sido para nada.

—¿Qué quieres decir con que no hay nada? —preguntó Susie, con expresión inocente y ojos abiertos.

Megan sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Sampson apareció a través de las solapas del tipi, con los brazos cargados de equipos de cuarto oscuro.

—La película está velada —dijo, mientras se dirigía a la parte trasera de su furgoneta.

—¿Velada? ¿Cómo ha ocurrido eso?

—Son cosas que pasan —dijo Sampson.

—O alguien nos ha saboteado —dijo Megan, exhalando una nube de humo.

Sampson no levantó la vista, pero emitió un resoplido despectivo.

—¿Sabotaje? —dijo Susie.

—Cámara con fugas —dijo Sampson—. Te dije que la probaras. —Desapareció de nuevo en la tienda para recuperar el resto de su equipo.

Susie se volvió hacia Megan y habló con toda la simpatía que pudo reunir.

—Todavía tenemos la carpeta. ¿Dónde está?

Las líneas del rostro de Megan parecían profundas en la primera luz grisácea. No respondió y se alejó.

Cuando Sampson volvió a salir, llevaba una mochila abultada.

Ella lo siguió, sin quitarle los ojos de encima a la bolsa.

—¿Puedo ayudar en algo?

—No.

Había algo en su forma de mirarla. ¿Los primeros signos de sospecha, quizás?

Decidió no tentar a la suerte.

Ya no estaba en sus manos.

Mientras caminaba de regreso hacia su tienda, él pasó conduciendo, con la furgoneta Morris balanceándose mientras rodaba por el césped irregular. Giró hacia la carretera principal y desapareció de vista al otro lado de un seto.

Ella se mordió el labio, escuchando cómo se alejaba el ruido del motor.

La furgoneta volvió a aparecer a lo lejos, dirigiéndose hacia las curvas en forma de S al sur del aeródromo.

Después de lo que pareció una eternidad, un segundo par de faros se encendió y un coche salió tras la furgoneta.

Los dos vehículos desaparecieron de vista.

Capítulo Doce

Sábado 18 de junio

—¿Dónde están? —dijo Kilton.

—En camino, señor —respondió el ayudante.

Millie se encontraba entre ambos, mirando fijamente la puerta destrozada.

El Armario de Seguridad 3 había sido vaciado. El pequeño candado yacía descartado en el suelo, junto con la delgada placa metálica de la base.

La habitación estaba en silencio.

Habían seguido numerosos protocolos para mantenerlo oculto. No solo del público, sino también del resto de la RAF y las fuerzas armadas.

Y sin embargo, alguien había entrado en la TFU, forzado el armario y simplemente se había marchado con todo.

¿Quién estaría leyendo sobre Guiding Light ahora?

La respiración de Kilton se volvió más pesada.

Dio una patada al armario; este se balanceó contra la pared, desprendiendo escamas de pintura que flotaron hasta el suelo.

El ayudante se sobresaltó.

Rob May y Red Brunson irrumpieron por las puertas.

Kilton se dirigió a su despacho.

—Seguidme.

Se sentó mientras los hombres entraban tras él.

—Fue algo dirigido. Debían conocer la existencia de Guiding Light.

Brunson y May se miraron entre sí.

—Tuvimos una intrusión anoche —explicó Millie—. Accedieron a un armario. Falta el material de Guiding Light. Cintas y archivos del proyecto.

—Dios mío —balbuceó Rob—. ¿Sabemos quién fue?

—¿Quién crees que fue? —dijo Kilton—. Obviamente fueron esos malditos hippies del final de la pista. —Hizo una pausa—. Pero debieron tener ayuda. Hay alguien aquí filtrando información. Alguien desde dentro. Tenemos un traidor entre nosotros.

—¿O simplemente entraron para causar daños y tuvieron suerte? —sugirió Millie.

—No seas tan condenadamente ingenuo, Millie. Sabían lo que buscaban. No falta nada más. La escotilla del Vulcan estaba abierta. Los ingenieros están seguros de que se dejó cerrada.

Millie había visto escotillas del Vulcan dejadas abiertas durante la noche antes, pero no dijo nada.

—¿Han robado Guiding Light del Vulcan? —preguntó Rob.

—No. Todo sigue allí. Pero saben que existe y eso podría ser el fin del proyecto.

Millie podría contactar a JR para cancelar el vuelo a Abingdon. Los manifestantes por la paz podrían haberle hecho un favor.

Pero Kilton continuó: —No podemos permitir que eso suceda, ¿verdad? Hemos llegado demasiado lejos. Hay demasiado en juego.

Kilton parecía galvanizado, con los ojos muy abiertos.

—Necesitamos actuar rápida y decididamente. Primero, averiguemos quién es el traidor. Necesito una lista de todos los que han tenido alguna relación con el proyecto. Cualquiera que supiera qué era, dónde estaba el papeleo y a qué aeronave estaba incorporado. Y quiero la lista ahora.

Rob miró a Millie.

—Tendrás que ser tú, Millie. Yo no sabría por dónde empezar.

—Son muchas personas, señor —dijo Millie—. Solo unos pocos conocemos realmente el proyecto, pero otros saben *de* su existencia.

—Simplemente elabora la maldita lista, Milford.

—May, Brunson, podéis empezar reuniendo todo lo relacionado con el proyecto ahora mismo. Este lugar ya no es seguro. A partir de ahora, todo permanece en la caja fuerte del edificio central.

Los hombres se quedaron donde estaban por un momento, sin estar seguros de si Kilton había terminado. Él los miró, exasperado: —¡Id! ¡Poneos a ello!

La celda estaba húmeda. La condensación se aferraba a los gruesos muros de piedra. Susie se abrazó fuertemente e intentó acomodarse en la dura cama de madera.

La policía había venido a por ellos poco después de las 6 de la mañana.

Se dio la voz de alarma, y algunas de las chicas chillaron cuando los agentes saltaron de sus vehículos y marcharon hacia las tiendas con las porras desenfundadas.

Algunos ofrecieron una resistencia simbólica, pero la mayoría se entregó sin problemas.

Lo esperaban, por supuesto.

Susie esperaba que Megan les instruyera sobre cómo no decir nada y esperar para saber qué pruebas, si las había, tenían contra ellos. Pero eso no formaba parte del plan. Más bien lo contrario. Megan quería escándalo. Las comparecencias judiciales se aprovecharían al máximo como una oportunidad para gritar a la prensa.

Inicialmente, Susie estaba en una celda con Samantha y otras dos chicas, pero poco después de tomar sus nombres, vinieron a por las otras tres y las trasladaron a otro lugar, dejándola sola.

—Mantente fuerte —le había dicho Samantha mientras un agente se la llevaba.

Eran las 10 de la mañana.

Un cerrojo hizo clic al otro lado de la puerta.

Apareció un sargento de policía delgaducho. No dijo nada, pero la llamó con un gesto de su dedo.

Susie se levantó de la cama y caminó tras él pasando por delante de otras dos celdas cerradas y saliendo por una puerta trasera a la luz del día.

Se protegió los ojos del brillante sol.

Frente a ella había un pequeño aparcamiento lleno de coches patrulla y un Vauxhall negro con cristales oscuros.

La puerta trasera estaba abierta, y el sargento le indicó que se dirigiera hacia ella.

Se subió al asiento trasero junto a un hombre de mediana edad, bien afeitado y vestido con traje y corbata.

La cámara y la mochila estaban en el asiento junto a él.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—Tú vas a volver ahí dentro. —Cogió la mochila y la abrió, sacando un grueso fajo de papeles, incluyendo tres carpetas de papel marrón.

—¿Está todo? —dijo él.

Susie miró las carpetas y la cámara.

—Sí.

—¿Está segura? Solo había un carrete y ninguna copia.

—Así es, un carrete. Lo velé antes de que pudiera revelarlo. ¿Debería haber algunas copias sobreexpuestas?

El hombre abrió una caja de cartón con papel fotográfico. Ella cogió las tres hojas superiores, notando que las otras estaban debajo de una fina capa de papel marrón.

—Creo que estos son los intentos de revelar el carrete.

El hombre las sostuvo cerca de su cara. —Bien.

Los ojos de Susie se dirigieron a los documentos. Sellos rojos de "Alto Secreto" y el nombre del proyecto escrito cuidadosamente: *GUIDING LIGHT*.

El hombre sacó una extraña cartera de cuero con alambre metálico retorcido que atravesaba un cierre negro.

Insertó las carpetas, la cámara, el carrete y las tres copias sobreexpuestas.

Le mostró una caja de fundas de cartón que contenían los carretes de cinta magnética.

—¿Son todos?

—Parece que están todos.

—¿No los contó?

—No. Pero estoy segura de que es todo. Sampson los cogió todos. No quedó ninguno en la tienda y no podrían estar en ningún otro sitio.

El hombre asintió. —Registraron las tiendas. La pasma encontró una bolsa de herramientas en el bosque, pero eso fue todo. Aun así, si no los contó, no podemos estar seguros al cien por cien.

—¿Dónde más podrían estar?

—De acuerdo. Pero la próxima vez sea más observadora.

—¿Tienen a Sampson?

—Sí.

—¿Qué pasará con los demás? ¿Qué pasará conmigo?

—Eso depende de West Porton. Sospecho que no querrán presentar cargos. Parecen un poco reacios cuando se trata de publicidad. —Hizo una pausa—. Pero por ahora, puede volver a su celda.

—Gracias. ¿Y ahora qué? He terminado aquí.

La miró y se encogió de hombros. —No es mi decisión, me temo. Hable con su oficial de enlace. —La miró de arriba abajo—. Debo decir que esto es una novedad para mí. Y es cierto lo que dijeron, es usted bastante guapa.

—Ya veo.

Metió las cintas en la bolsa. Abultaba, pero logró cerrarla utilizando los alambres.

—Váyase. *¡Fuera!* —Hizo un gesto hacia la puerta.

—Gracias. No soy un gato. ¿Y ningún "bien hecho"? —Se bajó.

—Si quiere que le digan "bien hecho", hágase enfermera.

El sargento de policía la miró expectante.

—Necesito volver a mi celda. Igual que todos los demás, por favor.

—Oh. De acuerdo. —Parecía inseguro—. Entonces, ¿se nos va a explicar de qué va todo esto?

Antes de que Susie pudiera responder, el hombre del coche le llamó: —Aquí, por favor, sargento. Necesito que haga una entrega.

—Mark, esto es extremadamente grave. Pronto lo quitarán de nuestras manos.

El despacho del Capitán de Grupo Gilbert Periwinkle era espacioso. Hablaba desde detrás de su escritorio, dejando a Kilton pasear por la habitación. —Necesitamos informar a la gente de lo que falta. Al Grupo para empezar.

—No —espetó Kilton—. No necesitan saberlo. No tienen toda la información, de todos modos.

—¿Y el Ministerio? ¿Y Blackton? Al menos informemos a Ewan.

—Hablaré con Ewan. Pero perderemos el proyecto si perdemos la confianza.

—¿Cómo podemos tener confianza? Ya ha oído a la policía. No han encontrado nada en el lugar. Solo unas tenazas. Ninguno de los materiales. Por lo que sabemos, podría estar en el escritorio de un editor de periódico, o a medio camino de Moscú ahora mismo.

Periwinkle parecía severo. —Solo intento ser realista, Mark. Creo que está esperando un milagro que no llegará. Hemos perdido los materiales y debemos alertar a las autoridades competentes. Ni siquiera hemos dicho a la policía que falta algo. No podemos simplemente fingir.

Kilton se dejó caer en una silla contra la pared del fondo.

—Los malditos armarios tan endebles. Le dije a Johnson que los reforzara. ¿Qué hay de una Notificación D? —preguntó—. Necesitamos una. Si los documentos están en manos de la prensa, debemos detener su publicación.

—Las Notificaciones D son extremadamente difíciles de conseguir, Mark. Decir a los periódicos que no pueden cubrir ciertas historias no es la actividad favorita de los políticos. Creo que este gobierno en particular será reacio. Dicho esto, informar al Ministerio sería un primer paso.

—Todavía no. —Kilton suavizó su tono—. Asegurémonos de lo que falta. Tengo a los hombres revisando todo.

—Si nos quedamos sentados sobre esto, solo empeorará para nosotros.

—¿Peor? ¿Cómo?

El teléfono en el escritorio de Periwinkle sonó.

El comandante de la estación lo cogió y escuchó un momento. —Sí. Entiendo. Por favor, escóltelo directamente a mi despacho.

Colgó y miró a Kilton. —La policía está aquí.

Kilton se puso de pie. —Recuerde, no les contamos nada.

La puerta se abrió. Un cabo acompañó a un inspector de policía bajo. Su sombrero estaba bajo un brazo y en el otro sujetaba una gran cartera de cuero.

—Agente, ¿en qué podemos ayudarle?

—Respecto al allanamiento que han sufrido en la valla. ¿Cree usted que no se robó nada?

Periwinkle miró a Kilton. —Bueno, no podemos estar seguros al cien por cien...

—Bien, solo que esto nos ha sido entregado, para pasárselo a ustedes.

Puso la cartera sobre el escritorio.

Tenía un sello elaborado con dos lazos de alambre metálico.

El comandante de la estación se puso de pie y miró por encima de sus gafas de media luna.

—Parece una de esas antiguas valijas diplomáticas que solíamos pasar por aeropuertos civiles. ¿Sabe lo que contiene? —preguntó, levantando la mirada hacia el policía.

—Solo para sus ojos, esa fue la instrucción.

—¿Quién dio la instrucción? —preguntó Kilton.

El policía se removió inquieto. —El caballero trabajaba para el gobierno, eso es todo lo que puedo decirle.

—Disculpe, inspector —dijo Kilton—, si esto es propiedad nuestra, creo que merecemos saber de dónde procede.

—Ese es el problema, señor, en realidad no lo sé. Todo lo que puedo decirle es que trabajaba para el gobierno de Su Majestad. Y

devolvió material robado que, según nos informó, les pertenece a ustedes.

Periwinkle sonrió. —Servicio de Seguridad, Mark. No esperes una tarjeta de presentación.

Kilton miraba fijamente la cartera, claramente impaciente por abrirla.

Volvió a mirar al policía. —¿Y no tiene ni idea de lo que hay aquí dentro?

—No, señor. Está sellada.

—Gracias entonces, agente. ¿Eso es todo?

El policía parecía decepcionado, pero se despidió y se marchó.

Kilton cogió la cartera, pero Periwinkle salió de detrás de su escritorio y se la quitó. Rompió el sello negro sobre la mesa y los alambres metálicos saltaron.

Vació el contenido sobre su escritorio: los archivos secretos de Guiding Light, una colección de cintas magnéticas, una caja marcada como *ILFORD PHOTOGRAPHIC PAPER* y una cámara Olympus.

Kilton se quedó mirando.

—Está todo, más esta cámara.

El comandante de la estación volvió a sentarse detrás de su escritorio. —No esperes una explicación, Mark. Mi experiencia con este tipo de gente es que rara vez te cuentan nada. Pero parece que tienes un ángel de la guarda.

Miró a Periwinkle. —Esto fue una advertencia. Cuanto más tiempo se mantenga Guiding Light en fase de prueba, mayor será el riesgo de que todo salga a la luz.

—Es hora de llevar las cosas a una conclusión.

El comandante de la estación se levantó para acompañarle a la salida. —Bueno, no precipitemos nada, pero sí, estoy de acuerdo. Estaré bastante satisfecho cuando avance.

—¿Te veré en el baile esta noche, Mark? Creo que nos hemos ganado una buena copa.

—¿Seguimos adelante con el baile? ¿Después de todo esto?

—Por supuesto. El espectáculo debe continuar.

El comedor de oficiales estaba adornado con paracaídas naranja de asientos eyectables y repleto de charlas ruidosas y risas. El Baile de Verano de la RAF West Porton estaba en pleno apogeo.

Millie sorbía su gin-tonic, aventurándose lejos de sus bebidas habituales en esta ocasión especial.

Había sido un día extraño. Ver a Kilton pasar de un estado de furia a bromas desenfadadas era algo notable.

Pero había una expresión en su rostro que a Millie no le gustaba mucho. Una nueva determinación parecía alimentarle.

Miró alrededor de la sala. Al cruzar su mirada con JR, levantó su copa por encima del mar de cabezas.

Como era habitual en West Porton, muy pocas personas conocían la verdad de lo que estaba sucediendo. El allanamiento era de conocimiento público, pero eso era prácticamente todo.

Sonó el gong; la gente vitoreó. Millie no podía verlo, pero se imaginó a Rob con el martillo en la mano.

Encontró a Georgina, y caminaron del brazo hacia el comedor.

Después de la comida, se pusieron de pie para el brindis leal, y aparecieron los cigarrillos y puros.

Mark Kilton se puso de pie.

El comandante de la TFU comenzó una disertación sobre seguridad nacional y lealtad.

Empezó con la deuda que tenían con sus abuelos, que lucharon en las trincheras, pasando luego a su deber de proteger a sus seres queridos.

—Pero el juego sucio del peor tipo socavará todos nuestros esfuerzos. No se equivoquen, caballeros, estamos bajo ataque.

Georgina susurró al oído de Millie. —Esto no aplica a las damas presentes, entonces.

Todos escuchaban educadamente, pero este no era el momento ni el lugar para una arenga churchilliana.

Kilton, sin embargo, era ajeno al ambiente. —Me enfrentaré a la traición con justicia rápida y despiadada. Ya están en marcha

cambios para garantizar que nuestro trabajo continúe sin interrupciones.

La gente se removía en sus asientos.

Llegó a una conclusión ruidosa. —No permitiremos que nuestra libertad se pierda en nombre de la ingenuidad o la traición deliberada. Haremos lo que sea necesario, por desagradable que pueda parecer a los extraños, para que esas mismas personas puedan dormir tranquilas por la noche.

Algunos hombres recibieron el discurso con un aplauso arrebatador, mientras otros juntaron las manos educadamente.

Millie miró hacia donde Speedy Johnson iniciaba una ovación de pie; otros se unieron, incluido Rob.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Georgina.

Millie negó con la cabeza.

—No. Está empeorando. Ese hombre tiene demasiado poder.

—Está un poco maníaco, eso es seguro.

—Y esa es una combinación peligrosa, querida.

Kilton se sentó, habiendo tenido la última palabra. No hubo más discursos. Era un baile, no una cena formal.

Millie apuró su copa. Él y Georgina salieron a la antesala mientras despejaban las mesas para el baile.

Encontraron su lugar junto a una ventana. Millie miró hacia el cielo que oscurecía.

Recordó el momento de aquella mañana cuando parecía que el proyecto había llegado a un final prematuro. Luego, más tarde, les informaron que los artículos habían sido recuperados.

Supuso que quizás fueron algunos chiquillos, buscando dinero o algo de valor, y se imaginó sus maldiciones al encontrarse con papeles y rollos tan aburridos.

Así que no había necesidad de cancelar su viaje a la RAF Abingdon y luego a Oxford el lunes.

Tres copas más y una hora después, estaba bailando con Georgina, luego con Sarah Brunson y después con Diana Johnson.

Y finalmente con Mary May.

La ansiedad se desvanecía con el alcohol.

Mary estaba achispada y divertida. La banda tocaba "In the Mood". Rieron juntos mientras Millie intentaba sin éxito coordinar sus movimientos.

Cuando terminó la melodía, le agradeció a Mary por su caridad y ambos se dejaron caer en asientos cercanos. Rob y Georgina se unieron a ellos y pidieron una botella fresca de vino.

Bailaron más y siguieron bebiendo hasta que las primeras notas grises del amanecer se filtraron por las ventanas del comedor de oficiales.

Corrió un rumor: se planeaba una expedición a Stonehenge.

—Es tu último baile de la RAF —le dijo Georgina a Millie—. Hagamos que sea memorable.

Millie y Rob siguieron a las mujeres que, enlazadas del brazo, salieron saltando hacia los coches.

Unos minutos después, Millie tiró del freno de mano, a un lado de la A303, y salieron a la luz anaranjada del amanecer.

Los cuatro caminaron por la hierba hacia las gigantescas losas neolíticas.

No estaban solos. Un grupo de jóvenes ocupaba el lugar: veinteañeros. A pesar de los avisos de advertencia, trepaban por las piedras, riendo y gritando.

Los cuatro permanecieron de pie en el aire fresco, los hombres en esmoquin y las mujeres con vestidos de gala y abrigos de piel. Parecían recién salidos del plató de una película de David Niven.

Georgina señaló con la cabeza a los jóvenes. —¿Crees que estos son los traidores de los que nos advertía Mark?

—¡La traición será castigada con una justicia rápida y despiadada! —dijo Mary con una falsa voz profunda. Más risas.

Millie echó un vistazo a Rob, complacido de verlo unirse a las sonrisas.

Se abrazó a sí mismo y observó a los jóvenes sobre las piedras. No parecían tener una preocupación en el mundo.

—Me pregunto qué pensarán de nosotros —dijo Mary.

—Somos los anticuados, sin duda —dijo Georgina.

El sol se elevó por encima del horizonte oriental. Un disco perfecto difuminado por una fina capa de nubes.

Millie sonrió para sus adentros ante la gloriosa visión de una estrella, a noventa y tres millones de millas de distancia, elevándose para dar vida a su planeta.

Sintió el primer calor radiante en su rostro y se enlazó del brazo con Georgina.

Le sonrió.

—¿De qué te ríes, Milford? —dijo ella, con una sonrisa propia.

—Solo observaba lo absolutamente hermosa que eres.

—Oh, Millie, no sigas. Me harás llorar.

Él se inclinó hacia delante y la besó.

—Vamos —dijo Rob desde detrás del hombro de Millie—, llevemos a estos tortolitos a casa.

Mientras conducían lentamente por la carretera rural, Millie meditaba sobre sus planes para exponer los fallos de Guiding Light. Se había vuelto más decidido durante el día, pero el tiempo ya no estaba de su lado. La logística iba a ser más difícil que nunca.

¿El discurso furioso y agitado de Kilton había sido inspirado por un miedo genuino por la seguridad del país? ¿O por miedo a que su propio secreto pudiera seguir en peligro?

La fanfarronería era soportable por una razón.

Tenía un plan.

El lunes daría un paso gigante hacia adelante.

Capítulo Trece

Domingo 19 de junio

Poco después de las 7 de la mañana. Susie oyó un ruido en el pasillo exterior. Las puertas resonaron y escuchó las voces familiares de sus compañeros de campamento.

Finalmente, su propia puerta se abrió de golpe. Un joven agente de policía estaba en el umbral.

—A recepción, por favor. Haga cola para recoger sus efectos personales.

Salió y vio a sus sinceros colegas pacifistas, con aspecto desaliñado, arrastrándose hacia la entrada de la comisaría.

Se unió a la cola para recuperar sus efectos personales.

En la parte delantera, Megan estaba discutiendo.

—Se supone que debéis acusarnos. ¿Qué pasa con el juicio?

—Se le está liberando sin cargos, señorita. Sea agradecida.

Dos agentes los condujeron hasta la calle. El grupo volvió caminando pesadamente al campamento; una caminata de cinco kilómetros.

El campo era un desastre. Tiendas de campaña derrumbadas, ropa esparcida alrededor de las entradas. Habían registrado el lugar a fondo.

No tardaron mucho en descubrir que faltaba la mochila con las herramientas.

Pero el tipi seguía en pie. Susie se acercó.

—¿Cuánto tiempo crees que nos dejarán quedarnos aquí? —le preguntó a David.

—Le hemos pagado suficiente al granjero para que valga la pena. No nos sacarán sin una orden judicial.

—¿Necesitamos quedarnos ahora? —preguntó Susie, mirando hacia Megan, que estaba inclinada sobre un montón de cajas. Ella enderezó la espalda.

—Mientras ellos estén allí, nosotros estaremos aquí. Pero puedes irte cuando quieras, Susie. Esto no es la comisaría.

Volvió a sus cajas, que parecían estar llenas de ropa vieja.

David le dedicó a Susie una sonrisa comprensiva mientras ella salía del tipi.

Muchos estaban plegando sus tiendas, preparándose para irse. Era evidente que solo quedarían los más acérrimos.

Con Megan ocupada, Susie salió a la carretera principal y caminó de vuelta hasta la cabina telefónica del pueblo.

Después de esperar una eternidad a que una adolescente terminara su llamada, entró y se detuvo antes de marcar, esperando a que la chica se alejara de la zona.

Roger contestó.

—¿Trabajando en domingo, Roger? ¿No descansas nunca?

—No cuando hay tanta emoción en el oeste del país. Bien hecho, querida. Felicitaciones por todas partes. El rubio peludo está bajo custodia. Atrapado, como estaba previsto, con las manos en la masa.

—¿Qué pasará?

—Lo retendrán el tiempo suficiente para sacarle a fondo cualquier información útil. Después de eso, depende de la policía y de West Porton.

—¿Y qué hay de mí?

—Ya te he dicho que lo has hecho bien. ¿Qué más quieres? Es un poco pronto para una medalla.

—Me refiero a si debo retirarme.

—Tal vez. ¿Cuál es la situación? ¿Se han ido a casa?

—Algunos sí. Pero los líderes siguen aquí.

—Entonces sugiero que te quedes. Lo siento, cariño. Debes echar de menos una cama blanda. ¿Qué tal la celda de la policía, por cierto?

—Todo parte del servicio activo de campo. Deberías probarlo alguna vez.

—Ya llegará mi momento. Con suerte en un hotel de cuatro estrellas en lugar de un campo.

Terminó la llamada, demasiado baja de energía para otro intercambio de palabras.

Capítulo Catorce

Lunes 20 de junio

Una llamada de Jock MacLeish estropeó la tarde del domingo de Millie, informándole de que tendría lugar una reunión de todo el personal en el TFU a las 7:45 de la mañana del día siguiente.

Al salir de casa, esperaba que cualquier cosa que Kilton hubiera planeado terminara rápidamente. Necesitaba dirigirse al otro lado del aeródromo antes de las 8 de la mañana. Después de eso, se complicaría. Tendría que estar en contacto con ATC durante el trayecto. El Land Rover de ingeniería tenía una radio incorporada, pero no podía llevárselo y abandonarlo todo el día.

La sala de planificación estaba abarrotada. Desde el señalizador más novato hasta oficiales ejecutivos como él, habían convocado a la totalidad del TFU.

Millie miró hacia la ventanilla de administración, donde apenas podía ver la referencia a su viaje a Wyton en una lista clavada en la pared. Parecía bastante inofensiva. Sobre la ventanilla había un reloj que mostraba la hora local. Ya eran las 7:49 de la mañana.

Kilton salió de su oficina y se abrió paso hasta el centro de la sala.

Con la espalda contra la pared, Millie no podía verlo, salvo algún vistazo ocasional de su cabeza calva.

Pero ciertamente le oyó.

—Uno de vosotros ha dado al enemigo una ventaja que podría costar vidas y libertad. Uno de vosotros va camino a prisión. *No* debéis bajo ninguna circunstancia *jamás* comentar *ningún* aspecto de vuestro trabajo fuera de estas paredes. *¿ESTÁ CLARO?*

Murmullos generales.

—¿PERDÓN?

Un más sonoro "¡SÍ, SEÑOR!" resonó desde todos los rincones.

Kilton siguió monologando sobre servir a la Reina y al País antes de finalmente pasar a anunciar nuevos procedimientos, aunque fue vago en los detalles.

Millie mantenía un ojo en el reloj y otro en Nigel Woodward.

El abatido jefe de carga estaba de pie cerca de la puerta del aeródromo con la cabeza agachada, cambiando el peso de un pie a otro.

Descartando la posibilidad de cruzar el aeródromo en su propio coche, Millie tenía que llegar a Woodward antes de que dijera algo.

Para cuando el jefe había terminado y vuelto furioso a su oficina, eran las 7:58 de la mañana.

Definitivamente demasiado tarde.

Se apresuró hacia un teléfono en uno de los escritorios administrativos de la tripulación.

—JR, soy Millie. Mira, odio pedirte esto, pero ¿hay alguna posibilidad de que puedas recogerme en uno de tus vehículos, discretamente?

Acordaron encontrarse en la tienda NAAFI a las 8:45 de la mañana.

Millie se dirigió a la puerta del aeródromo y se encaminó hacia la estrecha oficina utilizada por algunos de los sargentos, cerca de la entrada del hangar.

Woodward estaba sentado solo en una mesa; Millie cerró la puerta tras él. El jefe de carga parecía pálido y asustado.

—Fuiste tú, ¿verdad, Nigel?

No respondió.

—Tu mujer me dijo que has estado ahogando tus problemas en El Caballo Negro. Y hablando con desconocidos. En tu estado, eso

no es buena idea.

Finalmente levantó la vista.

—¿Iré a la cárcel?

Millie golpeó la mesa mientras pensaba rápidamente. Sacó una silla y se sentó frente a Woodward.

—Nadie tiene por qué saberlo. No perdimos nada. No veo que salga nada bueno de esto. —Millie acercó su silla y miró a Woodward directamente a los ojos—. Pero tienes que prometerme que irás al médico. Que te harás un reconocimiento completo.

Woodward asintió.

—Ya estuviste de acuerdo antes, Nigel, pero no has ido. Dilo. Tienes que prometérmelo. Reservaré la cita yo mismo si es necesario.

Sacudió la cabeza.

—Iré hoy.

—Bien. Mientras tanto, no le digas a nadie que hablaste con un desconocido sobre el TFU. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Esto pasará. Pero tienes que arreglarte.

—¿Qué me pasará?

—No lo sé, Nigel. Pero no puedes seguir volando y poniéndote a ti mismo y a otros en peligro, ¿verdad?

Woodward agachó la cabeza. Millie miró su reloj.

—Tengo que irme.

De vuelta en la sala de planificación, llamó a la puerta de Kilton.

—Adelante.

Millie entró pero no esperó a que Kilton levantara la vista.

—Creo que Nigel Woodward está enfermo.

—¿Enfermo?

—Algún tipo de demencia, creo.

—¿Es por eso que quitó cuatro pasadores de una carga que debía permanecer en la aeronave?

—Eso creo.

Kilton se reclinó en su silla.

—Tiene sentido. No supo explicarse cuando hablé con él.

—Le quedan un par de años para jubilarse. Sospecho que los médicos le darán de baja para vuelo. ¿Podemos mantenerle en tareas en tierra? ¿O adelantarle la pensión?

Kilton dejó caer su bolígrafo sobre el escritorio.

—No tenemos espacio para gente que no puede hacer su trabajo.

—Entonces deja que se jubile. Está asustado.

Kilton evaluó a Millie por un momento.

—Todavía no he recibido un informe médico.

—Lo tendrá pronto.

Kilton asintió.

—Ya veremos.

—Gracias.

Mientras Millie salía, Kilton volvió a su trabajo.

—El problema contigo, Millie, es que eres demasiado blando.

El pasillo con las taquillas estaba decepcionantemente concurrido.

Justo cuando Millie pensó que podría estar despejado, aparecieron más hombres, caminando de vuelta desde el mostrador de equipamiento con cascos, máscaras de oxígeno y otros artículos de vuelo en mano.

El reloj seguía avanzando.

Por segunda vez en poco tiempo, se encontraba contra un plazo estresante.

Se maldijo a sí mismo por no tener un mejor plan. La taquilla estaba demasiado expuesta.

Eran las 8:38 de la mañana. Un gran grupo de tripulantes aéreos abrió la puerta que daba al campo de aviación y desapareció en dirección a sus aeronaves.

Miró alrededor de la sala de planificación a los que quedaban, ya fuera en el bar de té o inclinados sobre mapas, trazando líneas.

Por el momento al menos nadie necesitaba ropa de vuelo. El pasillo estaba despejado.

Cogió una bolsa negra vacía que había traído de casa y marchó hacia su taquilla, dejándola a sus pies mientras abría la puerta de madera.

Una comprobación más para asegurarse de que el pasillo estaba despejado.

Rápidamente levantó la bolsa hasta la taquilla abierta y metió la mayor parte de los carretes.

También retiró sus anotaciones de los campos.

La bolsa estaba casi llena. Podría haber metido también su jersey para cubrir el contenido. Pero no podía arriesgarse a dejar nada atrás. Esta era su única oportunidad para limpiar su taquilla de pruebas incriminatorias.

Justo cuando Millie alcanzaba los últimos objetos, alguien apareció en su visión periférica.

Agarró su jersey y cerró la taquilla de golpe, dejando atrás un par de cintas y los esquemas de Guiding Light.

Dejando caer la bolsa al suelo, se agachó, forcejeando con las correas.

Unos zapatos relucientes aparecieron junto a la bolsa.

Lentamente, a regañadientes, levantó la mirada.

Mark Kilton le miraba fijamente.

Millie se incorporó, aferrando la bolsa contra su estómago, como si esto pudiera proteger de alguna manera su secreto.

—Hay algo más. Sígame.

Kilton giró sobre sus talones y regresó a la sala de planificación.

Millie estaba atónito y por un momento no pudo moverse.

Kilton se volvió. —*Vamos.*

Le siguió, incapaz de deshacerse de la bolsa. Kilton se detuvo en la puerta de su oficina y le hizo señas para que entrara.

Los ojos de Millie estaban abiertos por el miedo. Mientras se movía hacia el centro de la habitación, dejó lentamente la bolsa a sus pies.

Kilton se sentó de nuevo tras su escritorio y se asomó para mirar la bolsa.

—¿Va a volar hoy?

—Quizás —graznó Millie, luego aclaró su garganta.

—¿Qué significa eso?

El teléfono sonó; Kilton golpeó la ventana esmerilada detrás de él y gritó: —¡Ahora no!

Se volvió. Parecía agitado, incluso más de lo habitual.

—Bien —comenzó Kilton, aparentemente habiendo olvidado la estúpida respuesta de Millie a su pregunta—, necesitamos mejorar nuestra seguridad y todo lo relacionado con este proyecto. Hemos sido unos aficionados, burlados por unos hippies.

—Deberíamos haber esperado un ataque, Millie. Hemos estado perdiendo el tiempo, alargando las cosas y dejando el proyecto expuesto.

El jefe de la TFU cogió un bolígrafo y lo giró entre sus dedos.

—Quiero que todo el material de Guiding Light esté en la caja fuerte de la oficina del comandante de la estación. La mayoría ya ha sido trasladado, pero hay un montón de carretes en el Armario Dos. Supongo que son cintas en blanco, ¿no?

—Sí, señor.

—Bien. Pues hay cuarenta y ocho. Quiero que los traslade también. Y tenga cuidado de no mezclarlos con los carretes usados.

—Eso hará que sea lento, señor, si tenemos que ir hasta el edificio del Cuartel General solo para los carretes en blanco antes de cada vuelo.

—¿Y qué? Llegue al trabajo diez minutos antes. Incluso los vacíos serán registrados al salir. No podemos arriesgarnos más, Millie. Hemos sido demasiado permisivos.

Millie miró a su izquierda. Podía ver el reloj administrativo. Eran las 8:50 de la mañana.

—Y segundo... —Kilton continuó hablando, pero la mente de Millie estaba en otra parte. Si Kilton les hacía contar las cintas vacías y las llenas, ¿cómo generaría más datos de altura para Belkin?

—...la mitad del tiempo.

—Disculpe, señor. ¿Qué?

Kilton parecía impaciente. —Solo asegúrese de que los carretes y cualquier otro material relacionado con el proyecto se trasladen antes del final del día. No tiene que preocuparse por el calendario.

—¿El calendario?

Kilton negó con la cabeza desesperado y se puso de pie. —Póngase con ello, Millie, por el amor de Dios.

Millie recogió la bolsa y salió, dirigiéndose directamente a su coche.

El Avro Anson estaba maltratado por fuera y desgastado por dentro.

Millie estaba sentado solo en lo que servía como compartimento de pasajeros, aunque solo quedaban tres desgastados asientos de cuero. JR le había invitado a sentarse en la cabina, pero no podía arriesgarse a que algún miembro de la tripulación de la TFU le viera mientras rodaban frente a los edificios.

Miró alrededor y se preguntó cuántas tropas habría transportado el viejo pájaro por todo el mundo. Ahora parecía un avión fantasma. El hecho de que estuviera con la MU significaba que sus perspectivas no eran buenas.

JR rápidamente los llevó al aire y viró hacia el norte, y en lo que pareció un abrir y cerrar de ojos estaban descendiendo en el circuito de Abingdon.

Después de aterrizar, rodaron hacia la plataforma de aeronaves visitantes.

JR apagó los motores y abrió la puerta, bajando los escalones para Millie.

—¿Es así como se siente ser un Mariscal del Aire? —bromeó Millie mientras salía.

JR le siguió hasta el asfalto mientras aparecían dos señaleros y colocaban calzos delante de las ruedas.

Millie observó el aeródromo. Hangares típicos de los años 30 con techos acanalados, una torre de control de ladrillo rojo y una plataforma ocupada principalmente por aviones de transporte.

Un ruido estalló a su derecha y Millie miró hacia allí para ver un gigantesco Blackburn Beverly cobrando vida. Una nube de humo negro se dispersó de cada motor a medida que se ponían en marcha.

—Vamos —dijo JR y lo guió hacia fuera. Señaló la base del hangar más cercano—. Escuadrón 47. Se encargan de los visitantes del aeródromo. Tenemos que registrarnos. ¿Qué les vas a decir?

—Con suerte, me están esperando. He reservado un coche de Transporte Militar.

—Inteligente.

Al llegar al hangar, JR empujó la puerta y entró tranquilamente en el escuadrón.

Después de mirar alrededor, se volvió hacia Millie.

—¿Por qué no esperas aquí? Yo nos registraré y les diré que has llegado.

Millie se quedó atrás, cerca de la puerta.

Observó cómo JR llegaba al mostrador de operaciones y entablaba conversación con un sargento. JR hizo una anotación en un libro de registro de tapa dura y compartió una broma con el sargento antes de volver.

—Han llamado a Transporte Militar, Millie. Alguien vendrá a recogerte aquí en breve —JR lo examinó—. ¿Estás bien?

—Sí. Un poco nervioso, supongo.

JR le dio una palmadita rápida en el brazo. —Todo está bien. Nadie está prestando atención. Serás uno de los docentes de oficiales transportados a algún sitio por Transporte Militar este mes. Intenta relajarte.

—Gracias, JR.

—Bien. Pues buscaré un asiento cómodo en la antesala del comedor. No quiero molestar a nadie aquí. ¿Cuánto crees que tardarás?

Millie se encogió de hombros. —No puedo estar seguro. Dos horas como máximo, espero.

—Bien. Volveré al avión y me aseguraré de que estemos listos para partir en una hora y media más o menos —se detuvo antes de irse—. Buena suerte.

—Gracias.

Tras unos minutos, un cabo apareció frente a él.

—¿Comandante de Escuadrón Milford? Su carruaje le espera, señor.

Millie fue conducido a través de la entrada principal de Abingdon. Era decididamente más relajada que la de West Porton.

El conductor había anotado la dirección del profesor en su libro de registro del vehículo y Millie se dio cuenta de nuevo de que no había pensado bien en esto. Todo lo que estaba haciendo era rastreable.

Salvo por un centenar de bicicletas, el tráfico en Oxford era ligero. El conductor lo dejó frente a la casa y Millie confirmó que organizaría su propio taxi de vuelta.

Tan pronto como el sedán negro del cabo desapareció de vuelta en la carretera principal, Millie llamó a la puerta y esperó.

La puerta se abrió con un chirrido, y la señora Lazenby lo hizo pasar.

El profesor, su salvador en una empresa cada vez más tensa y peligrosa, llevaba una rebeca verde con un par de gafas con montura plateada colgando de una cadena alrededor del cuello.

Millie apiló las cintas en la mesa de la cocina. Cada funda estaba etiquetada meticulosamente para reflejar el orden en el que había recopilado las lecturas.

Junto a las cintas, dejó un papel con los campos anotados según lo solicitado.

—Me llevó un tiempo descifrarlo, pero estoy bastante seguro de que lo que tenemos aquí es el tiempo en segundos, que cuenta a partir del momento en que el láser pasa de modo de espera a encendido. Eso ocurre antes de que yo comience a grabar, así que nunca verá cero en los carretes. ¿Tiene sentido para usted?

—Lo tiene. Y veo que el siguiente campo es la posición en latitud y longitud.

—Eso es correcto, con un «1» o un «0» reemplazando la letra del hemisferio. «1» delante de la latitud para norte, «0» para sur. Aunque no hemos estado al sur del ecuador, por supuesto. Y «1» delante de la longitud para oeste, «0» para este. Creo que cruzamos el meridiano de Greenwich en al menos un vuelo.

—Excelente trabajo, señor Milford.

Con eso, el profesor se sentó y la señora Lazenby llamó a la puerta.

—¿Sí?

Asomó la cabeza por la puerta.

—¿Desea que prepare una taza de té, profesor?

Millie miró el montón de cintas secretas y material sobre la mesa.

Belkin le dirigió una mirada tranquilizadora. —Sí, por favor, señora Lazenby.

Se quedaron en silencio por un momento.

Después de que la tetera alcanzara un punto de ebullición estridente, la señora Lazenby vertió el agua en la tetera y la colocó sobre una bandeja en la mesa, junto con cuatro galletas Rich Tea.

Abandonó la habitación. La puerta se cerró con un golpe seco.

—Bien —dijo el profesor—, tengo un joven listo para estrenarse en el trabajo rutinario necesario para interrogar estos datos. Disculpe la palabra «rutinario». Aparentemente es correcta en esta circunstancia.

—Gracias.

—Sin embargo, creo que necesitamos saber un poco más sobre lo que estamos buscando.

—He tenido cuidado de no decir demasiado por una variedad de buenas razones...

—Si sirve de algo, creo que es posible que ya haya dejado escapar el secreto.

—¿Lo he hecho?

—Hace un momento, se refirió a encender el «láser». Estoy seguro de que fue inadvertido, pero ¿debo entender que están probando un dispositivo de telemetría láser?

—Oh, vaya. Sí. Ni siquiera me di cuenta —Millie suspiró y jugueteó con una galleta—. El ambiente donde trabajo está ahora en un punto febril y aquí estoy yo revelando nuestros secretos más profundos.

—Creo que es algo que no podemos evitar, me temo.

Millie tomó aire.

—Supongo que usted *necesita saberlo* —dijo y se rio.

—Así es, creo. ¿Es gracioso?

—Solo una broma privada, lo siento. Bueno, si le explico el sistema, ¿quizás podamos idear una manera de que usted se lo explique a su estudiante sin revelar el secreto?

El profesor asintió. —Suena como un punto de partida.

Millie señaló la hoja de datos.

—Así que, como ya he revelado, todo esto proviene de un rayo láser. El láser está montado en la parte delantera inferior de la aeronave. Un espejo bellamente diseñado sobre un pequeño cardán dirige el haz en un patrón ovalado. Rápida y repetidamente. El láser mide la distancia al suelo en veintisiete posiciones preestablecidas durante cada escaneo. Y hace esto aproximadamente tres veces por segundo.

—Caramba —dijo el profesor, claramente impresionado.

—Sin embargo, aquí viene la parte más ingeniosa. Una caja de microelectrónica se sitúa entre el láser y un nuevo sistema de control de vuelo que, a su vez, se comunica con el piloto automático, bastante más antiguo. El resultado es que el ordenador pilota la aeronave a baja altura, evitando el terreno mientras mueve la aeronave en una línea lo más recta posible hacia el siguiente punto de referencia.

El profesor asintió. —Ya veo. Así que una aeronave puede volar automáticamente a baja altura hasta su objetivo. Pero, ¿cuál es la ventaja sobre un humano realizando esta tarea?

Millie se recostó. —Los humanos son frágiles y cometen errores. Al menos esa es la teoría. Los científicos están haciendo todo lo posible para eliminar a las tripulaciones de la ecuación cuando se trata de volar en estos días. La verdadera pregunta es, ¿por qué usar un láser en lugar de un radar? El radar de seguimiento de terreno ya está desarrollado y debía implementarse en el TSR-2. Pero tiene un inconveniente. Hace ruido.

El profesor arqueó una ceja. —¿El radar hace ruido?

—No un ruido audible, pero emite energía. El tipo exacto de energía que el sistema de defensa aérea del enemigo está buscando. Inicialmente, creíamos que sería demasiado débil para ser

detectado. Pero resulta que los soviéticos son bastante buenos en este aspecto de la guerra moderna.

—Entonces, ¿este sistema láser resuelve un problema bastante grande para la RAF?

Millie tomó un sorbo de té. —No solo para la RAF. Si funciona, este sistema se instalará en prácticamente todas las aeronaves de ataque de Estados Unidos también.

—Ya veo. ¿Y por qué necesita mi ayuda?

—Tiene fallos. Sufrimos una caída repentina de altura hace un par de semanas.

—¿El tipo de cosa para la que lo estáis probando? ¿Por qué no ha pasado por los canales habituales en Boscombe Down?

—Si este proyecto estuviera en Boscombe Down, estoy convencido de que lo habrían paralizado. Pero ahora trabajo en una nueva unidad, envuelta en secreto, algo autónoma del resto de la RAF y es... diferente, digamos. Es casi como si hubiera llegado demasiado lejos para fracasar. Hay mucho en juego. Un pedido de exportación masivo para el Reino Unido, por ejemplo. Y tengo un jefe que sitúa la vida humana más abajo en la lista de prioridades cuando se trata de luchar contra los soviéticos. Así que está dispuesto a continuar.

—Aun así, ¿no se notará si pasa a producción? ¿Qué ocurre cuando una aeronave se estrella?

—Podría estar equivocado, pero mi intuición me dice que saben que tiene fallos. Creo que encontrarían una manera de encubrirlo. El fabricante es el único experto en el sistema y probablemente será consultado por cualquier Comisión de Investigación. Como descubrí, solo ellos pueden analizar las lecturas de altura —miró la pila de fundas de cartón—. Hasta ahora.

El profesor se incorporó, agarró un bolígrafo y comenzó a escribir.

—Muy bien. Esbocemos lo que estamos buscando. En primer lugar, lecturas de altura que varíen significativamente, e implausiblemente, de las lecturas anteriores y posteriores. En segundo lugar, deberíamos observar estos... sucesos y extrapolar la frecuencia. Por supuesto, eso depende de si vemos más de dos o

tres sucesos. No podemos extrapolar a partir de menos de tres y, incluso entonces, la fiabilidad de la extrapolación dependerá del tamaño de la muestra.

—¿Cuantos más datos, más fiable será la conclusión?

—En efecto.

Millie jugueteó con su bigote. —Estoy trabajando en eso, pero puede que esté a punto de quedarme sin tiempo.

—Bueno, podemos empezar, supongo.

Millie apoyó los codos en la mesa e intentó leer las notas del profesor, que le aparecían al revés. —Hay algo más.

—Continúe.

—Estos datos fueron recopilados a una altura segura, un mínimo de mil pies. A veces sin el piloto automático activado. En realidad, este sistema se usará a baja altura, muy baja y muy rápida. Necesito poder mostrar cuál sería el efecto de uno de estos "sucesos", como usted los llama, si ocurriera en varias fases del vuelo.

El reloj de pie dio las doce del mediodía al otro lado de la puerta de la cocina; Millie miró su reloj.

—Bueno —dijo el profesor—, una vez que sepamos la frecuencia de los sucesos y el porcentaje de variación, deberíamos poder aplicarlo a diferentes circunstancias de vuelo. De hecho, este es precisamente el tipo de ejercicio que planteamos a los chicos. Normalmente implica el clima por alguna razón. La probabilidad de cierto tipo de fenómeno meteorológico basado en datos históricos que luego se utiliza para decidir dónde construir casas, por ejemplo.

Millie frunció el ceño confundido.

El profesor sonrió. —Lo siento, estoy divagando. Plantearé esto como una tarea teórica para un par de los chicos. Déjelo conmigo.

—Gracias, profesor. ¿Cuándo cree que podría tener un resultado para mí?

Belkin se levantó lentamente. —Llevará unos días, pero me voy a Devon por una quincena el viernes, así que tendrá que ser antes, o tendrá que esperar bastante tiempo. ¿Por qué no me llama el jueves por la noche?

—Eso suena maravilloso, gracias —Millie señaló con la cabeza la pila de material Alto Secreto sobre la mesa de la cocina del profesor

—. ¿Puede destruir esto después de obtener lo que necesite? ¿Es posible?

Belkin se rascó la barbilla. —Bueno, tenemos una caldera bastante grande y temible en el sótano del departamento. Me atrevo a decir que podríamos hacer uso de la cámara de combustión. A menos que necesite la evidencia física.

Millie reflexionó. —No puedo estar seguro, pero probablemente sea mejor no conservar ninguno de estos materiales un segundo más de lo necesario.

Belkin asintió. —El horno será, entonces.

Cuando llegaron a la puerta principal, el viejo profesor se volvió hacia Millie. —¿Qué pretende hacer exactamente con los resultados, comandante de escuadrón Milford?

—Creo que empezaré por el comandante de la estación. Si se doblega ante mi jefe, iré por encima de ambos al ministro del gobierno.

Dejaron a Millie de vuelta en el Escuadrón 47. No entró, sino que caminó hasta el Anson. JR estaba inspeccionando los motores radiales, aparentemente limpiando algo de suciedad.

—¡Ha vuelto! ¿Todo ha ido bien?

—Sí. Muchísimas gracias, JR. No tiene idea de lo agradecido que estoy de tenerle conmigo.

JR se limpió las manos con un trapo. —No es nada. Sea lo que sea lo que esté haciendo, puedo ver que es importante para usted. Lo que lo hace importante para nosotros.

Millie le siguió a bordo y tomó su asiento en el fuselaje del avión.

Observó cómo las experimentadas manos del piloto se deslizaban sobre los mandos. Después de una pausa para que el motor se calentara, JR avanzó los aceleradores para rodar.

Un par de minutos después, aceleraron por la pista principal.

Millie miró el campo a través de la pequeña ventana. Mayormente marrón después de la ola de calor, con tractores

ocasionales y una cosechadora trabajando arduamente; una cosecha temprana para el trigo.

El viaje duró unos minutos. JR rodó por el perímetro occidental y se detuvo para que Millie saliera del avión justo más allá del hangar TFU; fuera de la vista de las oficinas, pero lo suficientemente cerca para volver caminando.

Nadie le prestó atención cuando llegó a la sala de planificación.

Revisó su taquilla. No quedaba mucho. Algunas páginas de esquemas, dos de las cintas de prueba iniciales. Podría necesitar los esquemas, pero era demasiado arriesgado conservar las cintas.

Luego estaba el material que aún tenía en su casa.

Podría hacer una hoguera este fin de semana. Una charla nerviosa por encima de la valla con Jock MacLeish mientras los documentos Alto Secreto se convertían en humo detrás de él.

Cerró la taquilla y consultó su cuaderno para las tareas del día.

A regañadientes, transfirió las cintas en blanco restantes a la caja fuerte en el edificio de la sede.

Observó, desanimado, cómo un cabo contaba cuidadosamente y anotaba el número exacto.

Cuando el cabo empujó la pesada puerta de la caja fuerte para cerrarla y la aseguró con doble llave, la oportunidad de grabar más datos secretos desapareció.

Ahora todo dependía de Belkin.

Capítulo Quince

Martes 21 de junio

—Vamos a buscar el segundo Vulcan —dijo Rob al creciente grupo de hombres que formaban parte del proyecto Guiding Light. Todos estaban alrededor de una mesa con un mapa en su propio corro secreto, apartados de la multitud—. Red y yo iremos a por él mañana. A partir de la tarde, el jefe quiere ambos pájaros en el aire dos veces al día. Deberíamos poder completar las horas restantes en un santiamén, quizás en menos de una semana.

—¿Qué? —dijo Millie—. No, no. No me ha dicho nada sobre esto.

Rob pareció sorprendido. —¿El jefe dijo que te informó ayer?

Millie miró hacia la oficina de Kilton. Debió haber sido parte de aquellos divagues a medias sobre el calendario del proyecto. Millie no había prestado atención, distraído por el trauma de sacar las cintas del edificio.

—¿Una semana? ¿Cómo es eso posible siquiera?

—Bueno, nos quedan cuarenta y ocho cintas por grabar, y con dos Vulcans disponibles cada día, él cree que podríamos completarlas. Quiere invitar a Ewan Stafford la semana que viene para la entrega. Al parecer, vamos a hacerle una demostración y eso será todo. Un buen trabajo en general.

—Joder —dijo Millie, más para sí mismo que para los demás.

Pasaron al modo planificación. Otro viaje a Gales. Una larga ruta serpenteante a mil pies de altura desde Shrewsbury hasta Swansea.

—Tiempo de sobra para grabar, Millington —dijo Speedy, sonriéndole.

Millie le miró fijamente. Pensamientos no deseados inundaron su mente.

¿Lo sabrían?

Una hora antes de despegar, Millie se dirigió al edificio del cuartel general del escuadrón donde la puerta de la antesala del comandante de la estación estaba abierta. Dos secretarias estaban sentadas frente a máquinas de escribir, tecleando. Tosió y una de ellas levantó la mirada.

—Necesito acceder a algunos archivos. —Sin responder, la mujer cogió un teléfono y marcó.

—John, tienes tu primer cliente.

Momentos después, llegó un cabo y condujo a Millie hasta la caja fuerte. Mientras la abría, Millie intercambió un gesto con Periwinkle, que estaba detrás de su escritorio trabajando.

—Coja lo que necesite —dijo el cabo.

Millie retiró seis bobinas del montón. El cabo tomó nota cuidadosamente de cada artículo. Millie comprobó la menguante pila de fundas de cartón. Quedaban cuarenta y dos.

La semana pasada necesitaba meter cintas adicionales en la aeronave y hacer funcionar la máquina tanto como fuera posible. Hoy, era lo contrario.

Necesitaba tiempo.

Dieron vida al Vulcan. Millie aseguró su asiento y probó sus correas.

Los pilotos repasaron las listas de verificación y hablaron con el control de tráfico aéreo.

Millie cargó la primera cinta por costumbre. Todos contribuían ahora a la finalización del proyecto. Menos, no más, era la nueva orden de batalla.

Esperó hasta que estuvieron establecidos a mil pies de altura, aguantó otro minuto más, y luego puso en marcha la grabadora.

El vuelo era turbulento.

Aproximadamente dieciocho minutos después, Millie levantó la cubierta de plástico de las dos bobinas giratorias.

Estudió el intrincado recorrido de la cinta a través del mecanismo. Se enrollaba entre dos rodillos de goma que la estiraban sobre dos cabezales metálicos, que supuso contenían el proceso de magnetización. Sacó un lápiz de su mono y presionó suavemente los rodillos de goma del lado izquierdo. Inmediatamente la cinta se enrolló y salió de la máquina. Pulsó rápidamente el botón de parada, recordando vagamente las instrucciones sobre cómo tratar un atasco. Comenzó a rebobinar la cinta en la bobina del lado derecho, luego detuvo el proceso, dejando la cinta suelta y colgando fuera de la grabadora.

A su derecha, Steve Bright parecía aburrido.

Millie desenganchó una de las bobinas y la levantó, con la cinta magnética arrastrándose de vuelta a la grabadora.

—Algo se ha atascado —dijo, y Bright miró hacia él. El navegante se inclinó más cerca y entrecerró los ojos.

—¿Sabes cómo desatascarlo?

—Creo que sí. Aunque llevará un tiempo.

Millie estuvo trasteando con el mecanismo todo el tiempo que consideró que podría disimular, antes de finalmente aparentar liberar la cinta de las garras de la máquina. Cargó lentamente una segunda bobina, justo cuando giraban hacia el último punto de referencia de su recorrido a baja altura.

Al salir del Vulcan, Millie informó a Rob sobre el atasco de la cinta, para añadirlo a la lista de defectos de la aeronave.

—¿Qué significa esto? —preguntó Rob—. ¿Podemos seguir usándolo?

Millie se quitó el casco y pasó la mano por su cabeza sudorosa, disfrutando del aire fresco. —No, preferiría que lo investigasen. No queremos desperdiciar tiempo precioso en el aire. Solo pude completar dos cintas esta vez.

Rob suspiró. —De acuerdo. ¿Puedes hablar con ingeniería?

—Sigo siendo el líder del proyecto, Rob. Es mi responsabilidad asegurar que completemos las horas de vuelo también.

—Sí. Por supuesto, Millie. Lo siento, viejo amigo. Es solo que ya sabes cómo es Kilton con esto. Está preocupado.

—Siempre está preocupado.

Millie se dirigió a ingeniería. Miró su reloj y se detuvo.

Informaría del defecto más tarde durante el día. Eso debería dejar la aeronave fuera de servicio mañana por la mañana.

Capítulo Dieciséis

Miércoles 22 de junio

Millie sonrió cuando vio la anotación *F/S* aparecer junto a *Vulcan XH441* en el tablón administrativo. El avión estaba fuera de servicio mientras examinaban la grabadora.

No era mucho, especialmente porque Rob y Red se dirigían al norte para traer el nuevo Vulcan. Pero todo ayudaba a retrasar la finalización del proyecto mientras Belkin ejecutaba las comparativas.

Millie se mantuvo ocupado con papeleo no relacionado. Kilton apareció a su lado.

—¿No debería estar usted volando?

—El avión tiene un fallo. Los ingenieros están examinándolo ahora.

Kilton gruñó pero no insistió en el asunto.

Después del almuerzo, un reluciente Vulcan blanco descansaba en la plataforma.

—¿Queda alguno de estos en los escuadrones? —preguntó un piloto que pasaba—. ¿O la TFU los ha requisado todos?

Millie se encogió de hombros. Añadir un segundo Vulcan a la flota de TFU era una señal de la importancia del proyecto. Y de la creciente influencia de Kilton.

Rob apareció desde la oficina de Kilton, aún con el mono de vuelo. Se dirigió directamente hacia Millie.

—¿Qué pasó con la grabadora? ¿Por qué no se arregló ayer?

—No estoy seguro, Rob. Supongo que están ocupados.

—¿No les dijiste que esto es máxima prioridad?

—Lo siento, Rob, ¿ahora eres tú quien dirige este proyecto?

—No, se supone que eres tú quien lo dirige.

—¿Qué demonios significa eso?

Rob no respondió y se dirigió hacia la cafetería. Millie pensó en seguirlo, pero Red apareció a su lado.

—Acaba de tener que decirle a Kilton que el nuevo Vulcan necesita un servicio de cien horas antes de que podamos usarlo. Así que Kilton le ha dado una patada a él y él te la ha dado a ti. Lo siento, colega.

—¿Cuánto tardará el servicio?

—Hasta mañana, aparentemente. Lo harían esta tarde, pero primero tienen que reinstalar tu grabadora.

—Rob nunca me había hablado así antes.

Red asintió. —Está subiendo en la escala. Las cosas se están poniendo más serias para él. Se adaptará. No todos son tan serenos como tú, Millie.

—No me siento sereno, te lo aseguro. Todo esto, simplemente me preocupa.

—¿El qué? —preguntó Red.

Millie se volvió para mirar al americano, y se preguntó hasta dónde podía llegar.

—¿Cuál es la maldita prisa? ¿Cuándo pasamos de ser cuidadosos y minuciosos a movernos a tal velocidad indecente?

Red le dio una palmada en la espalda. —Supongo que cuando los activistas antinucleares se enteran de la existencia de nuestro nuevo sistema secreto.

Capítulo Diecisiete

Jueves 23 de junio

Para el jueves por la tarde, ambos Vulcan estaban operativos. Kilton observaba desde la plataforma mientras los hombres encargados de los vuelos de prueba del Guiding Light salían en dos grupos.

Millie se abrochó en la parte trasera de la aeronave más antigua. En el compartimento trasero del nuevo reactor estaba Steve Bright. Solo había un tripulante trasero en cada uno; era la forma que tenía Kilton de recrear la probable situación de tripulación en la siguiente generación de aeronaves militares, ahora que el ordenador estaba haciendo la mayor parte del trabajo.

También le permitía operar ambos al mismo tiempo.

Despegaron con pocos minutos de diferencia. La aeronave de Millie, pilotada por Rob y Speedy, se dirigió hacia el norte, al Peak District. Red Brunson y Jock MacLeish se dirigieron al oeste, a Brecon Beacons.

Lo único en lo que Millie podía pensar era en la enorme cantidad de bobinas vacías que gastarían entre todos.

Al menos había descartado la posibilidad de que el vuelo final, con Stafford a bordo, tuviera lugar mañana.

Pero solo se había aplazado hasta la semana siguiente.

Si Belkin regresaba con noticias de un fallo grave oculto en los datos, Millie tendría apenas unas horas para hacer su movimiento.

El Vulcan se sacudió al entrar en una bolsa de aire mientras descendían a baja altura.

A regañadientes, Millie encendió el sistema y activó el láser.

Comenzó la primera bobina registrando los datos de altitud.

La aeronave se niveló a unos trescientos metros y Millie sintió una sacudida familiar cuando el piloto automático tomó el control.

Escaneó los números naranjas, girando el dial para comprobar todos los ángulos antes de volver a colocar la lectura en la posición '1', por debajo y justo delante de la nariz.

1.011 parpadeó a 1.023 seguido por una serie de números todos a pocos metros de distancia entre sí.

Después de quince minutos, el viaje se volvió más accidentado. El terreno subía y bajaba bajo ellos y el Vulcan caía al unísono, haciendo que el estómago de Millie se revolviera.

—¡Funciona perfectamente! —gritó Rob por el intercomunicador.

—Maravilloso —dijo Millie—. Todo es perfecto. Debe ser por eso que no se nos permite volar por debajo de trescientos metros.

Millie se concentró en no vomitar. El mareo aéreo se había apoderado de él en los últimos años, exacerbado por volar a baja altura.

Después de diez millas más sobre las colinas, Rob volvió a hablar.

—¿Cómo vamos? ¿Ya estás con la segunda cinta?

—Cuando la primera bobina esté llena, cambiaré. No antes, gracias.

—Vale, vale. No te alteres. Solo preguntaba.

—Concéntrate en tu trabajo y yo me ocuparé del mío.

Rob no respondió.

Millie ya iba por la tercera cinta cuando ascendieron de la baja altura y se dirigieron al norte de Manchester, dando un amplio rodeo a la ciudad antes de girar hacia el sur.

Metió las bobinas en sus fundas y las etiquetó. Al menos se habrían consumido seis más en los dos vuelos.

Mientras apagaban los motores, Millie oyó algunos susurros entre Speedy y Rob.

Los pilotos aparecieron por la escalera y Millie dejó que Rob desabrochara la escotilla y bajara la escalera, todo en silencio.

Speedy y Rob se dirigieron hacia TFU, dejando a Millie seguirlos a unos veinte metros de distancia. Una vez en la sala de planificación, Millie apiló las cintas recién grabadas en su escritorio, junto con la adicional en blanco que no había usado.

Rob apareció a su lado.

—¿A qué ha venido eso?

—¿El qué?

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

Millie le dirigió una mirada fija. —Y tú sabes perfectamente lo que pienso...

—No, Millie, no sé lo que piensas. El sistema funciona a la perfección. Es vergonzoso delante de Speedy, que no ha visto más que un brillante sistema nuevo funcionando sin fallos. No hay razón para seguir insistiendo en ello, y sobre todo no hay razón para descargar tus quejas en el resto de nosotros. Es poco profesional.

Millie miró por encima del hombro de Rob. Speedy y un par más observaban desde lejos.

—¿Eso es lo que todos pensáis? ¿Que es perfecto?

—Sí. Me temo que estás solo en pensar lo contrario. No me lo pongas difícil, Millie...

—¿Difícil para ti?

—Sí. Todo el mundo sabe que tú y yo somos amigos...

—¿Lo somos, Rob? ¿Seguimos siendo amigos?

Rob pareció decepcionado. —Creía que sí.

Los dos hombres se miraron durante un momento antes de que Rob volviera a la cafetería.

Millie permaneció solo, junto al pequeño rincón de la sala de planificación que había hecho suyo.

Los pilotos y la tripulación al otro lado estaban de buen humor, con risas rebotando en el techo bajo.

Se quitó el mono de vuelo y revisó su equipo antes de recoger las cintas y caminar lentamente hacia la oficina del comandante de la estación.

Periwinkle estaba de nuevo detrás de su escritorio, ignorando las idas y venidas a la caja fuerte. Justo cuando Millie estaba registrando sus cintas, apareció Steve Bright.

—¿Cuántas bobinas completas? —preguntó el cabo.

—Cuatro —respondió Bright.

—*¿Cuatro?* —dijo Millie.

—Sí. —Bright entregó sus cintas al cabo, completamente anotadas en las fundas.

Bright y el cabo salieron de la habitación.

Millie observó la menguante pila de cintas en blanco mientras se cerraba la puerta de la caja fuerte, luego comprobó que había entregado todo lo de su maletín.

Mientras caminaba hacia la puerta, se volvió hacia Periwinkle y dudó.

¿Debería decir algo ahora?

TFU estaba tranquilo, con la mayoría de los hombres en sus respectivos bares del comedor.

Millie miró su reloj. Debía llamar a Belkin en una hora.

Susie observaba cómo dos Vulcan despegaban rugiendo de West Porton. Así que eso era toda su interrupción.

—Parece que se están expandiendo.

—¿Qué? —preguntó David, tumbado en el suelo junto a ella.

—Es la primera vez que veo dos Vulcans.

David ni se molestó en mirar.

—¿Hemos terminado aquí, David? Quiero decir, ¿qué estamos haciendo? Siento como si la energía se hubiera ido, junto con la mitad de la gente.

—Megan está esperando noticias de Sampson. Obviamente está trabajando en cómo difundir la información.

—Ya.

—Mientras tanto, quiere que marchemos de nuevo. Si no van a detenernos, podemos aprovechar al máximo nuestra libertad.

—¿No les provocará eso?

—Creo que ese es el objetivo.

Susie suspiró. —Ya veo.

Más tarde, por la tarde, hizo su llamada diaria.

—No está pasando nada ni va a pasar —le dijo a Roger—. Han hecho todo lo que han podido, y no sirvió de nada. Ahora hablan de dar vueltas marchando alrededor de la base aérea, como si eso fuera a obligar repentinamente a Gran Bretaña a renunciar a su disuasión nuclear.

—Quieren que te quedes allí un poco más. Número Diez nos ha respondido bastante tarde hoy. Al parecer, ese proyecto con el que te tropezaste tiene un valor muy alto. Están interesados en que lo protejamos de más interrupciones.

—Ese no es nuestro trabajo, ¿verdad? ¿No tienen su rama especial para eso?

—No creo que se cubrieran de gloria cuando tú y tus amigos pasasteis bajo sus narices y entrasteis en el corazón de una unidad secreta de pruebas de vuelo. De todos modos, no será mucho tiempo. El proyecto finalizará la semana que viene y pasará a producción.

—Vale. Por cierto, ¿de qué se trata?

—Guiding Light. Una especie de sistema de guiado para el lanzamiento de armas nucleares. No sé más, me temo, y probablemente no me enteraré. Pero están todos muy entusiasmados en las altas esferas. Algo sobre un gran pedido de exportación a nuestros amigos americanos.

—Así que realmente tropezamos con algo importante.

—Bueno, no nos ha perjudicado. El Primer Ministro está personalmente agradecido por nuestro trabajo...

—Mi trabajo.

—¿No éramos un equipo, querida?

—Cuando te conviene, Roger.

A las 7 de la tarde, Millie comprobó que Georgina estaba segura en el jardín con una bebida, antes de entrar en la casa por las puertas francesas. Cerró la puerta del salón tras él y se quedó de pie junto al teléfono.

Marcó el número de Oxford con mano temblorosa.

—Ah, comandante Milford. Buenas tardes. ¿Se encuentra bien?

—Bastante bien, sí, gracias, profesor Belkin. —Sus piernas parecían de gelatina.

—Bien. Supongo que le gustaría escuchar los resultados de nuestra investigación.

—Sí, por favor.

—Bueno, déjeme decirle que hemos tenido una semana bastante intensa. —El profesor hablaba lenta y deliberadamente.

—¿Encontró algo?

—No.

La respuesta golpeó a Millie como una puñalada en el pecho. Sus hombros se encorvaron.

—No al principio.

—¿No al principio?

—Fue cuestión de ajustar los parámetros. Inicialmente, mi antiguo estudiante de pregrado programó el ordenador para buscar una variación en las lecturas de altura que se moviera dos mil pies o más en dos segundos. Algo que consideró sería una clara señal de error.

—Eso es un cambio bastante drástico.

—Bueno, sí. Yo también lo pensé. Y proporcionó un resultado negativo. Sin embargo, entonces instruí al joven Strangways que

buscara una diferencia más moderada, y nos decidimos por setecientos cincuenta pies o más en tres segundos o menos.

—¿Y?

—Y, señor Milford, creo que puedo decir con seguridad que hay un problema con su nuevo equipo.

Millie se sentó en el pequeño banco junto al escritorio del teléfono.

—Cuénteme más.

—Encontramos siete casos inicialmente. Cuando examinamos los datos circundantes, tres de ellos eran normales. La aeronave parecía estar descendiendo o ascendiendo como parte de una maniobra planificada, aunque los números pueden haber exagerado la velocidad de ascenso o descenso.

—De acuerdo, pero ¿los otros cuatro casos?

—Sí, bueno, apuntan a anomalías. El cambio repentino de altura no encajaba con las lecturas a su alrededor. Un problema definitivo para que usted lo resuelva. Algo que llamaríamos un problema sistémico.

—Trabajo increíble. Apenas puedo creerlo.

—Curiosamente, cuando estrechamos aún más los parámetros, seguimos encontrando anomalías.

—¿Cuántas?

—Muchas. Cuanto más estrechos los parámetros, más encontrábamos. Desviaciones pequeñas, debo decir. Pero una clara señal de que hay un problema recurrente con los datos que recibe el ordenador desde lo que sea que lo alimenta.

—Quisiera decir que estoy aliviado, pero no parece la reacción correcta. De hecho, mientras lo pienso, me estoy enfadando.

—Bueno, debo recordarle que esto es un tamaño de muestra muy pequeño. Medimos menos de trece horas de datos según el campo temporal.

Millie jugueteaba con su bolígrafo.

—Entiendo, pero por lo que ha visto, ¿cree que esto es suficiente para predecir pérdidas reales?

—Bueno, eso me lleva al lado más complejo de la ecuación.

—¿Más complejo? Apenas estoy siguiendo el ritmo tal como está.

—Entonces intentaré ser suave con usted. Quizá quiera tomar algunas notas. Hemos hecho lo posible para ser lo más precisos posible con la información limitada. Uno de los estudiantes encontró una Respuesta Parlamentaria Escrita sobre los números del establecimiento de la Real Fuerza Aérea con predicciones para los próximos cinco años. A partir de ahí, hicimos una estimación de las horas de vuelo y, dentro de esas horas, una estimación de vuelo a baja altura.

»Después de eso, aplicamos la frecuencia de ocurrencia que encontramos en sus cintas. Eso produjo un número sorprendentemente alto de incidentes.

—¿De verdad? ¿Cuántos?

—No recuerdo la tasa exacta, pero demasiado alta. Tan alta que habría experimentado percances cada semana, solo durante esta prueba.

—¿Entonces los datos están mal? ¿O sus cálculos están mal?

—Ninguno de los dos, me alegra informar. Volvimos al detalle de los incidentes y nos dimos cuenta de que en la gran mayoría de los casos, las lecturas incorrectas pasarían desapercibidas.

—¿Desapercibidas? ¿Puede explicar eso? ¿Cómo no notaría una tripulación un cambio repentino de altura?

—Porque la información errónea de altura sería solo una ráfaga rápida, en muchos casos menos de un segundo. Así que la aeronave o bien no tendría tiempo de reaccionar, o apenas comenzaría a cambiar de velocidad, antes de que fluyeran las lecturas correctas, cancelando cualquier cambio requerido.

—Entiendo.

—Refinamos los parámetros de búsqueda y pedimos al ordenador central que buscara esas grandes variaciones. Aquí es donde se pone interesante.

—Continúe —dijo Millie, con el bolígrafo suspendido sobre el reverso de una de las hojas de datos.

—Aunque son mucho más raras, sí ocurren ráfagas más largas de datos incorrectos que podrían afectar al vuelo. Aunque, de nuevo, en muchos casos estimamos que esto sería intrascendente.

—¿Cómo es eso?

—Primero, cuanto más alta esté la aeronave del suelo, menos probable es que incluso tres segundos de desviación puedan causar un accidente real. Segundo, incluso a baja altura, cuando vuela recto y nivelado, la aeronave a menudo se recuperaría por sí misma, incluso sin intervención del piloto, ya que las lecturas erróneas de altura se agotarían y serían reemplazadas por la distancia real a la superficie. Pero...

—¿Pero?

—Bueno, eso nos deja aquellas ocasiones en que una aeronave vuela a baja altura, rápido y en ángulo, cuando incluso dos o tres segundos de información incorrecta de altitud podrían ser catastróficos. Añade a ese escenario un vuelo nocturno o con visibilidad restringida y tienes una circunstancia indeseable. Aunque rara.

—¿Cuán rara?

—Estimamos un 0,014% del tiempo.

—¿Lo suficientemente pequeña para ser insignificante? —preguntó Millie.

—No cuando aplicas esa frecuencia al total de horas. Ahora, el número que voy a darte se basa en nuestras predicciones e implica una buena dosis de extrapolación con una cantidad limitada de datos. Así que, te advierto sobre su precisión. Estimamos que la RAF operará alrededor de doscientas sesenta y dos horas de vuelos de entrenamiento a baja altura, en todo el mundo, por día, durante los próximos años.

»Si suponemos que menos de la mitad empleará vuestro nuevo sistema, eso todavía deja veinticinco mil horas en el transcurso de un año.

»Incluso con solo el 0,014%, eso señala 3,5 aeronaves atrapadas en los peores escenarios posibles.

»Ahora, me dijiste que el sistema se instalará en una gama de aeronaves desde aquellas con dos asientos hasta las que tienen una tripulación de cuatro o incluso cinco?

—Eso es correcto.

—Así que, otra conjetura es el número promedio de tripulantes por aeronave. Lo redondeamos a 2,5.

Millie hizo rápidamente un cálculo.

—¿8,75?

—En efecto. 8,75 es el número al que llegamos. En nuestra opinión, basándonos en datos limitados y muchas conjeturas, la Real Fuerza Aérea esperaría perder 3,5 aeronaves en promedio cada año, arriesgando las vidas de 8,75 tripulantes.

Millie miró fijamente la cifra al pie de sus notas garabateadas.

—8,75. ¿Y está seguro?

—No, no estamos seguros. Pero con más datos, una cifra refinada será más certera. —El profesor hizo una pausa—. Sin embargo, el punto importante aquí es que el número real no será cero.

Hubo un largo silencio en el teléfono.

Finalmente, el profesor volvió a hablar.

—Señor Milford, ¿puedo preguntarle algo?

—Por supuesto.

—Me dijo que hablaría con el comandante de la estación en West Porton, ¿correcto?

—Sí, ese sigue siendo mi plan.

—También me dijo que el hombre a cargo del proyecto ejerce mucha influencia.

—Sí.

—¿Puedo preguntarle, es el comandante de la estación confiable y capaz de apoyarlo en lo que usted pida?

Periwinkle nunca había dado la impresión de tener un carácter fuerte; Kilton le sacaba ventaja la mayor parte del tiempo.

—No puedo estar seguro.

—Bueno, si no le importa que haga esta observación, creo que puede ponerse en una posición difícil si, por ejemplo, la conversación con el comandante de la estación no va como a usted le gustaría.

—Sé lo que está diciendo, profesor, pero no veo una opción menos arriesgada. Mi alternativa es contactar con el gobierno, y no sabría por dónde empezar.

—Bien, permítame hacerle una sugerencia.

—Por supuesto.

—Le daré un número de teléfono. Debería llamarlo, sugiero más pronto que tarde.

Millie anotó el número y un nombre en la esquina inferior de su hoja.

Leconfield Ho. Ger. 6672

Preguntar por 'A W Strutthers'

—¿Y quién es este?

—Eso será algo que ellos le digan, si lo desean. Pero le prometo que el hecho de que tenga este número y nombre significa que se le tomará en serio y se le dará al menos una audiencia. Quizá sepa que el Departamento de Matemáticas de Oxford tiene conexiones bastante útiles con algunas de las áreas menos iluminadas del gobierno. Nunca he dado este número a nadie que no considerara un candidato para empleo en tal lugar. Pero en su caso, creo que está justificado. Le deseo buena suerte.

Georgina abrió la puerta del salón y pasó junto a Millie mientras él terminaba la conversación.

—Aburrido asunto de trabajo —dijo él y desapareció escaleras arriba.

Junto al viejo archivador en la habitación de invitados, sacó una caja de cartón etiquetada *VERDURAS*. Bajo sus viejos libros de registro estaban los materiales de Guiding Light que inicialmente había sacado a escondidas de West Porton. Añadió su preciosa página de notas a la caja, ocultándolas en medio del montón. Podría estudiar las conclusiones estadísticas más tarde.

Permaneció de rodillas con la caja frente a él por un momento, antes de volver a sacar la hoja y arrancar la esquina que contenía el número y el nombre que Belkin le había dado.

Millie salió de la casa y se dirigió colina abajo hacia el pueblo.

Entró en la cabina telefónica roja, marcó el 100.

—Operadora, ¿en qué puedo ayudarle?

—Ah, sí. ¿Podría conectarme con el siguiente número, por favor? Ger. 6672.

—Ese es un código de Londres. Espere en línea, por favor.

Después de algunos zumbidos, sonó el tono de llamada, seguido por los pitidos que exigían dinero. Insertó

—Hola. ¿Puedo ayudarle?

—¿Puedo hablar con AW Strutthers, por favor?

Hubo una pausa y el sonido de papeles moviéndose.

—Por favor, espere.

El teléfono hizo clic.

—¿Hola? ¿Puedo ayudarle?

—¿Hola? ¿Señor Strutthers?

—Sí. ¿En qué puedo ayudarle?

—Mi nombre es Comandante Christopher Milford y creo que necesito informar de algo.

—Ya veo. ¿Oficial en activo o retirado?

—En activo.

—¿Dónde se encuentra?

—Estoy destinado en la RAF de West Porton en Wiltshire.

—Entiendo. ¿Y está llamando desde una cabina telefónica?

—Sí.

—¿Puedo devolverle la llamada en una hora?

Millie miró su reloj; eran las 18:17. No creía que pudiera permitirse estar fuera tanto tiempo.

—¿Sería posible llamarme a mi número de casa?

—Siempre que no le escuchen. Por favor, tenga papel y bolígrafo a mano cuando le llamemos.

Millie le dio al hombre su número y este colgó casi inmediatamente.

Regresó a casa, tranquilizado por la seguridad que había percibido al otro lado de la misteriosa línea.

En casa, se sentó en el salón, sin saber muy bien qué hacer consigo mismo.

Georgina entró como una brisa.

—Vaya, hola. ¿Qué estás haciendo?

—Nada —contestó Millie bruscamente.

—Oh. Está bien, Millie. No te estaba acusando de nada. Solo me preguntaba...

—Lo siento. ¿Has tenido un buen día, querida?

Georgina se dejó caer en un sillón. —Bien. Un poco aburrido. Me ha hecho pensar en cómo llenaremos nuestros días cuando nos

jubilemos.

Millie examinó sus uñas.

—¿Millie? ¿Me estás escuchando?

—Perdona, sí. ¿Qué decías?

Georgina puso los ojos en blanco. —De verdad, Millie, a veces estás en las nubes. Solo decía que no sé cómo llenaremos nuestros días cuando nos jubilemos. Quiero decir, tú quieres navegar, pero ¿qué haré yo?

—Seguro que encontrarás algo. Te gusta ir de compras.

—¿Pero con quién? Nos vamos a mudar a la costa sur. Mary estará aquí arriba, ocupada siendo la esposa de un oficial. Todos los que conocemos que se han jubilado están dispersos por los cuatro vientos. No piensan en eso cuando nos destinan por todas partes, ¿verdad?

—Lo siento, ¿a quién están destinando?

Georgina levantó las manos al aire. —Por el amor de Dios, Millie. Es como si estuviera hablando con la maldita pared.

Sonó el teléfono. Millie se levantó de un salto.

Georgina le miró fijamente.

—¿Qué diablos te pasa?

Él miró su reloj.

Las 19:17 exactamente.

—Será para mí —salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

El interlocutor habló primero.

—¿Comandante Milford?

—Sí.

—Alguien se reunirá con usted. ¿Le parece bien?

—Sí.

—¿Conoce la iglesia de Santa María y San Melor en Amesbury?

—Sí, la conozco.

—A las 8 de la mañana del sábado. Se reunirá con una de nuestras colaboradoras que se encuentra cerca de allí. Se le indicará que vista de azul y se sentará hacia la parte trasera de la iglesia. Una mujer joven con pelo corto oscuro. Por favor, venga solo y no

comente esto ni ningún aspecto de sus preocupaciones con nadie más.

—Sí, por supuesto.

—En realidad, no puedo estar seguro de que tenga algo azul para ponerse, así que no se desanime si lleva algo diferente.

Millie apenas había mostrado su conformidad cuando el hombre colgó.

La puerta del salón se abrió y Georgina se quedó de pie, con una mano en el marco y una expresión desconcertada en el rostro.

—Si no te conociera mejor, diría que me estás ocultando algo, Christopher Milford.

Capítulo Dieciocho

Viernes 24 de junio

Rob se despertó temprano.

El sol se colaba por una rendija de la cortina, iluminando un remolino de polvo doméstico. Observó la lenta rotación durante un rato.

El sonido de un motor en marcha a primera hora de la mañana se filtró en la habitación.

Todavía le costaba creer que formaba parte de todo aquello. West Porton, TFU. Proyectos secretos que asombrarían al mundo exterior.

Y no solo formaba parte, sino que era una parte importante.

Mary estaba en la cocina en camisón cuando él bajó las escaleras.

—¿Te veré esta noche? —preguntó ella.

—Happy Hour en viernes. Se espera que esté allí.

—Pero no es una reunión formal, ¿verdad? ¿Necesitan al secretario del comedor para ayudarles a beber?

—Ya hemos hablado de esto, Mary. Probablemente estará el jefe y, en este momento, sí, creo que yo también debería estar.

Decidió prescindir del tazón de cereales y se dirigió a la puerta.

—Podemos hacer algo mañana —dijo al salir.

—¿Con Millie y Georgina? —le gritó Mary, siguiéndole hacia fuera.

Rob retiró la capota de lona de su Austin Healey.

—¿Qué pasa, Rob? ¿Por qué de repente ya no somos amigos de Millie y Georgina? Tú y Millie erais tan cercanos.

—Es complicado. —Se subió al coche y se alejó antes de que Mary tuviera la oportunidad de responder.

En la sala de planificación, Rob vio a Speedy Johnson en un escritorio. Mientras se acercaba, también buscó a Millie. No había señales de él.

—Speedy. ¿Podría ser un buen momento para hablar con el jefe sobre nuestra sugerencia?

Se dirigieron a la oficina de Kilton.

El jefe estaba, como siempre, absorto en el papeleo.

—¿Sí? —dijo, sin levantar la vista.

Rob se aclaró la garganta. —Speedy y yo pensamos que podría ser buena idea volver a bajar Guiding Light a trescientos pies.

Kilton dejó de escribir y levantó la mirada. Golpeó ligeramente la pluma sobre la mesa y se reclinó.

—Obviamente, querrá consultarlo con el comandante de la estación —dijo Johnson—, pero desde nuestro punto de vista se ha comportado de manera impecable y no hay razón para el margen de seguridad.

—¿Ninguna anomalía? —preguntó Kilton.

Ambos hombres negaron con la cabeza.

—Solo nos quedan unos pocos vuelos, jefe —dijo Rob—. Creo que sería una muestra de nuestra confianza en el sistema.

Kilton sonrió. —Bien. Estoy de acuerdo.

—¿Y el comandante de la estación? —preguntó Johnson.

—Es mi decisión, Speedy. Yo dirijo TFU.

—Muy bien. —Johnson sonrió. Él y Rob se dirigieron a la salida.

—Chicos —dijo Kilton cuando llegaron a la puerta—. Manteneos alerta.

El cielo estaba azul con vetas polvorientas de nubes altas de cirros. Millie estaba sentado en el banco frente a las oficinas de TFU, con el uniforme completo de vuelo. La salida prevista se había retrasado debido a alguna misteriosa tarea administrativa asignada a Speedy y Rob.

Su mente estaba en la reunión clandestina de mañana.

Observó cómo un Shackleton con sus letales hélices girando rodaba hacia el borde de la plataforma. Un señalero caminaba hacia él, calzos en mano.

La línea de vuelo estaba concurrida. Kilton siempre se había asegurado de que el viernes fuera un día normal de vuelo en TFU.

Millie levantó la cara hacia el cálido sol y subió su chaleco salvavidas para generar una brisa alrededor de su rostro. Luego cerró los ojos.

Vio la visión de una joven vestida de azul, arrodillada en una iglesia vacía. Aún no sabía su nombre, pero era como si de repente tuviera una amiga, alguien que le ayudara. Alguien de su lado.

Rob y Speedy salieron apresuradamente del edificio, cascos en mano. Steve Bright se unió a ellos.

—Vamos —dijo Rob, y Millie les siguió hacia el avión que les esperaba.

—¿Te unes hoy a nosotros, Brighty? —dijo Millie—. Una tripulación de Vulcan casi al completo.

—Sí, creo que están siendo precavidos, solo por esta vez.

—¿En serio?

—Solo por esta vez, creo.

Minutos después, las luces del panel empezaron a parpadear mientras el Vulcan despertaba de su letargo. Un zumbido creciente fuera señaló el arranque del motor.

Esperaron un rato mientras se formaba una cola en la cabecera de pista. Se acercaba la hora del almuerzo y Millie se dio cuenta de que debería haber traído algo para comer.

Finalmente, la fuerza de aceleración le empujó hacia delante en su asiento orientado hacia atrás mientras rugían a lo largo de la pista y se elevaban hacia el cielo estival.

Treinta minutos después, descendieron hasta el punto de entrada para el vuelo a baja altura al oeste de Shrewsbury.

Rob apuntó el morro hacia un distintivo meandro del río Severn. Niveló el Vulcan a mil pies.

Controlando cuidadosamente el empuje y la actitud, los estabilizó a doscientos setenta y cinco nudos.

—Listo.

Podía ver en el panel modificado a su izquierda que Millie había activado Guiding Light hace un tiempo, como siempre hacía, así que solo era cuestión de que Speedy lo conectara al piloto automático.

—Creo que nunca me acostumbraré a esa sensación —dijo Speedy por el intercomunicador mientras la columna de control se movía de forma independiente.

Rob levantó los dedos de la palanca.

—Todo tuyo, Speedy.

Rob observó cómo las manos del piloto más experimentado cubrían holgadamente el acelerador y la palanca mientras tomaba el control. O lo que pasaba por control mientras un láser, un ordenador y un piloto automático mecánico hacían el vuelo real.

Después de treinta segundos, Speedy pareció relajarse y apoyó las manos en sus muslos.

—¿Bajamos? —preguntó Rob.

Speedy levantó el pulgar. Rob estiró el brazo hacia abajo a su izquierda.

La aeronave descendió hasta estabilizarse a quinientos pies.

El viaje era más rígido, el gran reactor reaccionaba más rápidamente a los cambios en el terreno debajo. Giraron a la derecha, luego suavemente a la izquierda; nada demasiado

dramático, pero una sensación claramente más activa. Con el suelo más cerca, todo se sentía más rápido.

Rob disfrutaba de la sensación, agradecido por el regreso al vuelo a baja altura adecuado.

—Llevémosla hasta el final —dijo Rob. Un momento después, la aeronave se hundió a trescientos pies sobre las llanuras de hierba mientras se acercaban al primer conjunto de colinas.

—¡Eh! ¡Altura! —la voz de Millie sonó por el intercomunicador.

Speedy y Rob intercambiaron una mirada.

—Oh, ¿olvidé mencionártelo, Millie? —dijo Rob—. Tenemos autorización para volver a trescientos.

—¿Qué? No. No. Eso es ridículo. ¿Quién nos autorizó? Nadie habló conmigo.

—Nos reunimos con el jefe esta mañana. Lo siento, debería habértelo dicho.

—El comandante lo aprobó, Millie —dijo Speedy—. Necesitamos volver a bajar. No sirve de nada merodear a mil pies. Necesitamos probar este aparato correctamente.

—¿Qué demonios? ¿Hablasteis con Kilton sobre esto, pero olvidasteis hablar conmigo? ¿Y sin briefing para el vuelo? ¡Se supone que somos un equipo de proyecto, por el amor de Dios, Rob! Y se supone que yo soy el líder del proyecto.

—Lo siento, fue un error genuino —mintió Rob—. Pero necesitamos probar Guiding Light correctamente. No lo tendremos por mucho más tiempo y todos necesitamos tener fe en el sistema.

—¿Fe? Jesús, Rob, tú estabas a bordo cuando falló la última vez, y no me vengas con esa historia de haber golpeado accidentalmente la palanca. Ninguno de los dos lo creemos.

—Ya es suficiente. —La voz de Speedy sonó por el intercomunicador. Tenía la cabeza girada, mirando con furia a Millie abajo—. Estamos en el aire. Dejadlo para cuando estemos en tierra. —Se volvió para mirar al frente.

Rob se concentró en la imagen frente a él; era relativamente plana por el momento y el viaje era suave, pero estaba a punto de ponerse interesante. ¿Debería ceder y volver a situarlos a mil pies?

Ajustó el intercomunicador para excluir a Millie y Bright del circuito. —¿Quizás no fue tan buena idea soltarle esto por sorpresa?

—Ya está hecho. Concentrémonos en el vuelo —dijo Speedy, mirando hacia adelante.

Rob abrió de nuevo el intercomunicador hacia la cabina trasera. —Estamos vigilando todo, Millie. No te preocupes.

—Rob... —el tono de Millie había cambiado; hablaba en voz baja —. Te lo suplico. No es el momento de confiar en este sistema. Hay algo que no funciona bien.

Rob miró hacia Speedy, pero este negó con la cabeza.

—Lo siento, Millie. Le prometí al jefe que realizaríamos este vuelo a trescientos. Te diré qué, volaremos a trescientos durante los primeros quince minutos, y volveremos a mil cuando las colinas se empinen. ¿Qué te parece?

—¿Me prometes que no desviarás la mirada del exterior? ¿A la primera señal de algo anómalo cancelas?

—Por supuesto.

Cruzaron un patrón rayado de campos de cultivo que se extendía sobre la frontera galesa, con terreno ascendente por delante.

Cuarenta y cinco segundos después, la aeronave hizo su primer viraje pronunciado y los posicionó para un recorrido por el lado norte de un amplio valle.

Rob imaginó el láser destellando a través del terreno que se aproximaba. Era aquí donde el sistema cobraba vida, abajo con los árboles.

Bajo las narices del enemigo.

Atado en su oscura cueva sin ventanas, Millie hizo una mueca.

—Vamos, Mills —dijo Brighty—. No es tan malo. Al menos no nos dirigimos a Tbilisi para lanzar la bomba. Imagina vuelo a baja altura durante cuatro horas.

—La aeronave no fue diseñada para esto —dijo Millie.

—Bueno, como siempre, no es asunto nuestro preguntar por qué, ¿eh?

El Vulcan descendió bruscamente y volvió a elevarse; Millie escudriñó las lecturas de altura. Giró el dial negro para hacerse una idea del terreno a su alrededor. Dos mil treinta y cuatro pies a su izquierda, trescientos sesenta y uno a su derecha. Como era habitual, el sistema estaba llevando el Vulcan por un lado de un valle.

Según Belkin, el error ocurriría en las centésimas de un porcentaje. Y aún con menos frecuencia, ocurriría en una situación que causaría una condición irrecuperable. Había calculado más de un año de vuelo de la RAF, pero las probabilidades en un vuelo individual eran extremadamente bajas.

Hasta donde sabían.

Millie miró por encima de su hombro. La cortina que separaba la cabina trasera de la cabina del piloto estaba atada a un lado. Podía ver a Rob, afortunadamente mirando hacia adelante.

¿Cuándo había fallado a su amigo? ¿Cuándo se volvió tan mala su relación que le excluía de conversaciones importantes?

Otra caída repentina, y Millie giró bruscamente la cabeza. Pero la aeronave se niveló. Cambió el dial a la primera posición, mirando directamente hacia abajo. Trescientos dieciséis pies. Respiró hondo de nuevo y consultó su reloj.

Ocho minutos más de esto.

Mary May llamó a la puerta de los Milford. Esta se abrió de golpe.

—¡Mar! Mi persona favorita y más guapa en todo el ancho mundo. —Georgina le sonrió radiante.

Mary rompió a llorar.

—Oh, vaya. Mar, ¿qué te pasa? Ven aquí. —Georgina salió de la casa y envolvió a Mary en sus brazos.

—Nada. No es nada, de verdad. Solo tonterías de matrimonio. —Se secó las lágrimas, hurgando en su chaqueta en busca de un

pañuelo—. No quería llorar. Me siento avergonzada.

—Tonterías. Entra, querida.

Mary entró en el alojamiento militar.

—Lo que necesitas, jovencita, es ginebra. ¿Qué te parece si colocamos un par de sillas en el jardín, nos preparamos unos gin-tonics y me lo cuentas todo?

El Vulcan trabajaba duro. Entraron en un complejo de valles empinados, y las enormes alas delta se inclinaron con fuertes movimientos de timón y acelerador para negociar los giros cerrados.

Rob intentó no luchar contra ello, permitiendo que su cuerpo fluyera con los movimientos.

Había aprendido en los aviones monoplaza a rodar con la aeronave y resistir la tentación de mantenerse erguido.

Mantenía medio ojo en el exterior y medio ojo en Speedy, que parecía relajado, con las manos sobre sus muslos.

Pero todo parecía bien. Guiding Light, de vuelta en su hábitat natural, estaba funcionando bien, como se esperaba.

Se nivelaron y pasaron sobre una pequeña cresta, la aeronave ascendiendo y descendiendo antes de barrer sobre un largo embalse.

Cuatro minutos hasta el final del tramo de quince minutos que le prometió a Millie que sería el límite de su vuelo a trescientos pies.

El avión sobrevolaba una zona bastante plana entre dos cadenas de colinas. Estaban a punto de entrar en Snowdonia.

Recuperó el mapa del lateral de su asiento y comprobó la ruta. El ordenador les había desviado ligeramente de la trayectoria prevista, pero eso formaba parte de su método; elegiría la mejor ruta y les llevaría a los puntos de referencia fijos.

Un gran bosque pasó por debajo; el terreno se volvió más ondulado. El avión se balanceó y sacudió mientras el piloto automático respondía a las instrucciones del ordenador.

Tres minutos más.

Pensó dónde ordenaría al sistema volver a los mil pies. Quería estar nivelado y evitar solicitar cambios de altura durante un viraje.

Giró el mapa entre sus manos. Sus ojos exploraron el terreno por delante de la trayectoria del avión, buscando algún elemento que pudiera usar para iniciar el ascenso.

Como era habitual, volaban hacia un pliegue en el papel. Abrió el mapa, orientándolo para mostrar unos buenos cincuenta kilómetros por delante, y luego lo volvió a plegar.

—¿Ocurre algo? —preguntó Speedy, inclinándose y mirando fijamente el mapa.

—No, solo estaba...

Se oyó un fuerte estruendo. Rob se hundió en su asiento. El mapa se le cayó de las manos mientras un peso violento y aplastante forzaba su cuerpo cada vez más hacia abajo. Su casco golpeó contra algo duro, y su visión comenzó a volverse grisácea. Se sintió mareado.

El avión crujía a su alrededor. Luchó por incorporarse, por ver con claridad, por evaluar urgentemente la situación.

La fuerza G disminuyó. Se impulsó de nuevo hacia arriba en su asiento.

Mirando hacia fuera, solo podía ver cielo.

—¿Qué está pasando?

Al recuperar la visión completa, sus ojos se dirigieron rápidamente al horizonte artificial; estaban con el morro setenta grados hacia arriba, y girando.

Mierda.

Speedy le gritó algo.

¿Estaba herido?

Debían haber golpeado algo.

Sin vacilación, Rob.

Agarró la palanca y pulsó el botón de cancelación.

Nada cambió.

—¡Impacto con el suelo!

Por fin entendió lo que Speedy estaba gritando.

El cielo del exterior fue reemplazado por colinas verdes y amarillas mientras el avión completaba el giro.

Estaban boca abajo, y seguían girando.

Otro fuerte estruendo detrás de ellos; sonaba como el larguero principal.

El avión estaba a punto de desintegrarse.

Él y Speedy colgaban de sus cinturones, con las colinas galesas encima de ellos. Ni siquiera podían eyectarse ahora.

Mierda. MIERDA.

Pero tenían algo de altura a su favor.

Rob miró fijamente el panel de Guiding Light; mostraba todos nueves. Era inútil ahora, con el láser apuntando hacia el cielo. La aguja del altímetro parecía estar alrededor de dos mil quinientos pies.

Pero estaban descendiendo de nuevo.

Intentó usar la palanca de nuevo, y los pedales del timón.

—¡Nada funciona!

Miró los indicadores de los motores; los dos motores del lado de babor se habían parado. Solo tenían empuje en el lado de estribor.

Cerró las cuatro palancas de gases, esperando restaurar el equilibrio.

Sigue trabajando, se dijo a sí mismo.

Pero no había ningún procedimiento de emergencia que cubriera esto.

Podía apagar los motores averiados, pero eso llevaría tiempo y no conseguiría nada.

Necesitaban nivelarse.

Movió bruscamente la palanca del paracaídas de frenado a la posición *STREAM*.

Hubo una sacudida, y el giro pareció ralentizarse.

—¡Maldición! —Cambió la palanca a *RELEASE*, rezando para que la velocidad de giro aumentara de nuevo.

La hierba verde y las rocas se hacían más grandes mientras el Vulcan se precipitaba hacia abajo.

La palanca seguía moviéndose en sus manos, pero no tenía ningún efecto perceptible en el avión.

¡PIENSA!

Presionó el botón *ABANDON AIRCRAFT* para iluminar el aviso en la parte trasera para Bright y Millie.

—*¡SALID! ¡SALID!* —gritó por el intercomunicador.

Un estruendo enorme.

La luz inundó la cabina.

A Rob le llevó un momento registrar lo que había sucedido.

La cubierta había desaparecido.

—*¡Speedy! ¡No!* —gritó, pero era demasiado tarde.

Se protegió el rostro contra una ráfaga de llamas naranjas mientras el asiento de Speedy era expulsado del avión.

La velocidad de giro había aumentado.

Finalmente, estaban pasando por los noventa grados, volviendo a la posición normal.

Era su única oportunidad de vivir: eyectarse mientras el avión estaba en la posición correcta.

Giró la cabeza y miró hacia atrás.

—*¡SALID! ¡SALID!* —gritó de nuevo.

Steve Bright estaba de pie sobre la escotilla, pero Millie estaba en el suelo, intentando levantarse.

Rob miró hacia adelante. Calculó que estaban a unos seiscientos pies.

Este era el momento.

Un terror terrible y atroz le invadió.

No había nada que pudiera hacer, a menos que eligiera morir con ellos.

Era una opción.

Miró hacia atrás por última vez.

—*¡Levántate, Millie!*

La voz de Rob era débil y quebrada.

Ahora estaban demasiado bajos.

Millie le miró fijamente, con ojos aterrorizados muy abiertos por encima de su máscara de oxígeno.

La sangre goteaba de un corte en su frente.

—Por favor, Millie. —Su voz se quebró—. Por favor, sal. *Por favor.*

Rompió el contacto visual, se dio la vuelta y vio los últimos dos segundos de su vida como un conjunto de rocas grises y flores

amarillas que se precipitaban hacia ellos.

Vida amarilla en medio de la muerte gris.

Tengo que vivir.

Su mano bajó hasta la palanca de eyección.

¿Tendría siquiera la fuerza para tirar de ella?

Sintió la sacudida cuando el asiento se disparó hacia arriba.

Perdió el conocimiento.

Emily Triggs golpeaba un lápiz contra la mesa mientras consideraba sus opciones.

Verificó el programa de vuelo.

Evergreen-cuatro-dos llevaba ya veinticinco minutos de retraso.

Desde la torre de cristal en lo alto de la torre de control, tenía una vista sin obstáculos del aeródromo y varios kilómetros a la redonda. Escudriñó los cielos, pero no había señal del Vulcan blanco.

Se lo comunicó al controlador jefe de tráfico aéreo, quien alcanzó sus prismáticos y confirmó que no estaban a la vista.

El SATCO se inclinó por encima de su hombro para revisar el registro de movimientos de aeronaves.

—Definitivamente despegó, señor. Lo recuerdo. Vulcan XH441, cuatro personas a bordo.

—Puede que se haya desviado, ¿podría llamar a TFU, a ver si han tenido noticias de la tripulación? Sería típico de ellos, por supuesto, dejarnos a oscuras.

Ella cogió uno de los tres teléfonos y marcó el número del escritorio de operaciones de la Unidad de Pruebas de Vuelo.

Un ruido de aleteo, como sábanas sacudidas desde la ventana de un dormitorio.

Rob estaba sobre una superficie dura, con los ojos cerrados.

Canto de pájaros. Alegres silbidos llenaban el aire, junto con aquel extraño aleteo.

Un resplandor anaranjado se formó a través de sus párpados. Intentó abrirlos, pero la luz del sol era demasiado intensa.

Tenía la cabeza pesada. Estiró la mano hacia arriba y, con los ojos aún cerrados, se quitó el casco de vuelo.

Al rodar sobre su costado, sintió un dolor agudo en la parte baja de la espalda.

Abrió los ojos ligeramente, permitiendo que sus pupilas se adaptaran.

La cabeza le palpitaba.

No tenía idea de cuánto tiempo había pasado.

El sonido de aleteo venía de arriba. Estiró el cuello para ver su paracaídas ondeando en la brisa.

Las correas tiraban de él. Rodó sobre su espalda y forcejeó con el arnés de cinco puntos, retorciéndose hasta que se liberó con un chasquido. La presión en sus piernas desapareció.

Se quedó inmóvil, mirando hacia arriba, observando las finas nubes que se desplazaban suavemente por el cielo.

Imágenes se formaron en su mente. Imágenes no deseadas, intrusivas.

Los últimos segundos del vuelo.

Caóticos y violentos.

Cerró los ojos con fuerza y esperó a que el momento pasara.

Para distraerse de las visiones, se centró en cuestiones prácticas.

Se incorporó apoyándose en los codos.

Estaba en un campo relativamente plano al pie de una ladera. No había señal del avión ni de Speedy Johnson.

Al girarse, vio una columna de humo negro que se elevaba más allá de la colina.

Otra imagen entró en su mente.

Millie, con los ojos muy abiertos, mirándole fijamente.

Buscó en el recuerdo algún signo de perdón en aquellos ojos marrones. Pero solo vio terror.

Un terror abyecto y espantoso; el tipo que solo conoce un hombre condenado.

Se recostó de nuevo, sin ganas de abandonar este lugar, sin querer enfrentarse a la realidad.

El paracaídas seguía aleteando, desplazándose por el terreno escarpado.

Los pájaros continuaban con su canto.

Finalmente, el sonido de un motor de vehículo llegó hasta el campo.

La realidad venía a por él.

El vehículo se detuvo. Una puerta se cerró de golpe. Un perro ladró.

Rob permaneció en el suelo. Un collie blanco y negro apareció sobre él y le lamió la cara.

—¡Meg! —dijo una voz.

Un hombre se inclinó sobre él.

—¿Estás vivo entonces?

Rob le miró fijamente.

—¿Te has roto algo?

—No lo sé.

Se incorporó y de nuevo sintió un dolor en la parte baja de la espalda. Flexionó las rodillas.

Ambas piernas parecían estar intactas.

Le dolían las costillas, pero nada parecía roto. Con la ayuda del granjero, se puso en pie.

—Has tenido más suerte que tu amigo, me temo. —El granjero pasó un brazo alrededor de Rob y caminó con él hacia el Land Rover.

—¿Disculpe? —preguntó Rob débilmente.

—Está allá. —El granjero señaló hacia el estrecho y sinuoso camino que corría por la parte baja de la colina—. Todavía en su asiento. No es una visión agradable, me temo. Todo doblado. Golpeó el suelo con fuerza. Muy desagradable.

—¿Está muerto? —preguntó Rob con voz débil.

—Me temo que sí.

Llegaron al vehículo y Rob subió con cuidado.

Meg saltó y se sentó a su lado. Rob puso su mano en el cuello del animal. Suave y cálido. Ella le miró jadeando, con la lengua colgando. Parecía que estuviera sonriendo.

La acarició suavemente, mientras ella se acurrucaba en el asiento.

El granjero condujo lentamente colina abajo, acelerando cuando llegaron a una carretera asfaltada.

Al girar en la curva al final del valle, Rob vio el blanco y naranja del paracaídas de Speedy. Un tractor estaba estacionado cerca y dos hombres permanecían a un lado. Habían extendido la seda sobre la escena y la habían sujetado con piedras.

Rob miró fijamente el bulto sin vida.

Pensó en la eyección de Speedy. Estaban girando, todavía invertidos. Su prisa por abandonar la aeronave lo había matado.

Miró a su alrededor buscando el humo negro.

—¿Puede llevarme hasta el avión, por favor?

El granjero pareció sorprendido.

—¿No quieres ir al médico?

—Por favor, necesito verlo.

Llegaron a un cruce en T. El granjero giró a la derecha y se dirigieron hacia el humo negro.

La carretera serpenteaba alrededor de la colina. El lugar del accidente estaba en algún punto al otro lado de la siguiente pendiente.

Desde la distancia, parecía que el Vulcan había impactado contra el suelo de plano, ya que la distintiva forma triangular seguía siendo reconocible.

Pero al acercarse, pudo ver que la aeronave estaba rasgada por el centro, el fuego consumía lo que quedaba de las alas, y la pintura blanca cedía ante la estructura metálica irregular.

Fragmentos dispersos se encontraban más arriba en la colina, incluyendo lo que parecía ser el conjunto del ventilador de un motor.

—Esto es lo más cerca que podemos llegar —dijo el granjero, empujando las dos ruedas delanteras del Land Rover hacia la base de la empinada pendiente.

Rob abrió la puerta y se bajó, seguido por el perro. El granjero llamó a la perra y esta se detuvo y se sentó junto al vehículo.

Mientras caminaba, Rob hizo una mueca de dolor en la espalda, pero siguió adelante, abriéndose paso entre las rocas sueltas, los

mechones de hierba y las ocasionales flores amarillas.

Pronto, sintió el calor del fuego en su cara.

Al acercarse, comenzó un examen metódico de los restos retorcidos.

La sección de la nariz era reconocible. Rodeó los restos manteniendo una amplia distancia, caminando por el lado derecho. Detrás de la nariz, la cabina ausente revelaba el interior de la carlinga y, tras ella, un desgarro en el armazón del fuselaje le permitía vislumbrar la cabina trasera de la tripulación.

Se movió más alrededor, sus ojos recorriendo el contorno ennegrecido y distorsionado. El metal dentado sobresalía en ángulos desordenados. El moderno bombardero, construido meticulosamente, desgarrado en miles de piezas apenas reconocibles en un instante.

Continuó buscando, moviéndose lentamente, asegurándose de poder ver en cada rincón del avión caído.

Necesitaba saberlo. Tenía que estar seguro.

Finalmente, sus ojos se posaron en una forma.

Dos piernas. Retorcidas, carbonizadas.

Se movió un poco más.

Apenas visible en los oscuros recovecos: un casco. Jirones de humo ocultaban parcialmente el rostro ennegrecido en su interior.

Titubeó, sus piernas a punto de ceder.

Se agachó para estabilizarse, luego se obligó a levantarse de nuevo.

El granjero había subido unos metros por la colina.

—Vamos, ya está bien —gritó—. Esto no le hace ningún bien.

Rob se movió más alrededor del lado opuesto de los restos, continuando su búsqueda visual.

Más allá del montículo central de metal colapsado, vio un brazo inerte extendido.

Lo siguió con la mirada hasta el torso.

Un momento después, emergió del humo.

—Podemos irnos ya.

La sala de planificación del TFU se estaba llenando. Incluso con el programa de vuelo completo, los muchachos solían encontrar la manera de terminar un poco antes y dirigirse al Happy Hour los viernes.

Cuando llegó la llamada desde la torre, un par de pilotos cerca de la escotilla oyeron al sargento anotar los detalles de la aeronave retrasada.

Intercambiaron miradas, pero no dijeron nada.

La tripulación desaparecida podría haberse desviado por un problema técnico.

Podrían haber extendido la prueba en el aire.

Podrían estar realizando un toque y despegue en Boscombe.

Pero a veces, podían intuirlo: ninguna de las opciones anteriores sería el caso.

En los treinta minutos que siguieron, el ambiente se volvió sombrío, aunque todavía nadie especulaba en voz alta.

Delegaron en Red para que informara al jefe.

—No hay motivo para alarmarse, Brunson —dijo Kilton, continuando con su papeleo.

Pero mientras Brunson salía del despacho de espaldas, se produjo un aumento de volumen en la sala de planificación.

Jock MacLeish llegó, con aspecto pálido.

—Rob May acaba de llamar desde una granja en Gales. Se han estrellado.

—¿Consiguieron salir todos? —preguntó Kilton.

MacLeish negó con la cabeza.

—Solo Rob.

—¿Solo Rob? —dijo Red.

MacLeish asintió.

Kilton bajó la cabeza.

—¿Nombres?

—Speedy, Steve Bright y... —MacLeish vaciló y miró directamente a Kilton.

—Y Millie.

Los hombres esperaron en silencio, observando a su jefe.

Finalmente, Kilton levantó la cabeza. Lentamente, se puso de pie. MacLeish se apartó de su camino mientras él caminaba hacia el centro de la sala de planificación.

—Nada de llamadas hacia fuera. Que alguien me pida un coche.

En algún lugar del seto, un mirlo emitió su llamada de alarma. Un sonido tan urgente en un día tranquilo.

¿Un gato?

Probablemente.

Georgina cerró los ojos y dejó que el sol calentara su rostro.

—Gracias, querida —Mary terminó su bebida.

—No es nada, Mar. Todas pasamos por esto. Dios sabe que apenas vi a Millie durante la maldita guerra. Aunque yo estaba cavando por la victoria en Norfolk y él estaba en Tangmere la mayor parte del tiempo.

Mary se rió.

—Me habría encantado verte con tu mono de chica de campo.

—¡Ja! No recuerdo si alguna vez lo usé, pero desde luego había mucho barro —suspiró ante los recuerdos de aquellos extraños días —. Un trabajo condenadamente duro, pero nos divertíamos por las noches. En aquella época, cada día sentías que podía ser el último. Quizás por eso disfrutábamos tanto por la noche —se levantó y recogió los dos vasos—. Quizás esa sea una historia para otro momento. ¿Una más?

—Una más.

Georgina sonrió y se dirigió hacia la casa.

En la cocina notó que un insecto de algún tipo había encontrado su camino hasta el limón de su vaso. Lo tiró a la basura, puso el vaso en el fregadero y tomó el vaso de whisky de Millie del escurridor.

—Este servirá.

Mientras se dirigía a la nevera, un movimiento captó su atención.

Un coche girando lentamente hacia Trenchard Close.

Un coche oficial negro.

Se quedó paralizada.

Un coche oficial en mitad del día, en una zona de viviendas para militares casados, solo traía un tipo de mensaje.

Su mano se tensó alrededor del vaso.

El vehículo pasó por delante de la casa de Sarah Brunson, luego la de Louise Richardson, en un macabro juego de ruleta de viudas.

Se detuvo, precisa e inconfundiblemente al final del corto camino que llevaba hasta su puerta principal.

Mark Kilton salió, con aspecto grave.

El vaso de whisky se le cayó de la mano a Georgina y se hizo añicos en el duro suelo de la cocina.

—Por favor, Dios, no...

Parpadeó para contener las primeras lágrimas, antes de alisarse la blusa y abrir la puerta principal.

Kilton estaba de pie, espalda rígida, con la gorra bajo el brazo.

Silencio.

Bajó la cabeza.

—Ciento doce días, Mark —dijo Georgina—. Al viejo gruñón solo le quedaban ciento doce días para jubilarse.

Él levantó la mirada y la miró profundamente a los ojos.

—Lo siento muchísimo, Georgina. Lo siento muchísimo.

Ella intentó contenerse, pero el derrumbe era inminente.

Se inclinó hacia delante y se agarró la cabeza. Las lágrimas fluyeron entre sus dedos.

Kilton la sostuvo por los hombros.

—Era un hombre excelente, Georgina —susurró—. Un hombre excelente. Sintámonos orgullosos.

Kilton la guió hacia el interior de la casa.

Ella lo miró. —¿Rob?

—Vivo. Conmocionado, pero vivo.

—¿Estaba con él?

—Sí.

Mary estaba en la cocina, mirando fijamente el cristal roto. Levantó la vista y se llevó una mano a la boca.

—Georgina. *¡No!*

—Rob está bien. ¿No es una noticia maravillosa?

Los brazos de Mary se extendieron y ambas se fundieron en un fuerte abrazo.

Rob estaba sentado en una desgastada mesa de cocina en la oscura cocina de una granja, sujetando una taza de té tibio.

Alguien tendría que retirar los cuerpos de la ladera. Asegurarían el lugar del accidente, pondrían un cordón alrededor del equipo militar secreto, o lo que quedara de él.

El granjero apareció en la entrada.

—¿Entonces qué pasó?

Rob negó con la cabeza. —No estoy seguro. Creo que golpeamos el suelo, y rebotamos hacia arriba, pero nos dejó inutilizados.

De nuevo, una visión: Millie y Bright luchando por evacuar.

El terror en sus ojos.

Sabían que iban a morir.

No amplió su respuesta, y el granjero no insistió en la conversación.

Un batir lejano en el aire.

Rob se levantó de su asiento.

—Creo que es mi helicóptero.

Justo más allá de la casa había un pequeño jardín de campo, y más allá, un cercado con dos caballos.

—¿Es posible trasladar los caballos?

El granjero salió apresuradamente, pasando junto a Rob, y se dirigió con paso torpe hacia el cercado. Los caballos, tal vez presintiendo comida, se acercaron a saludarlo. Abrió una cancela de cinco barras y los condujo a través de un estrecho jardín que discurría por el lateral de la casa.

Rob escrutó el cielo. Un punto amarillo, que se hacía cada vez más grande; un Wessex de la RAF, con la palabra *RESCUE* estampada en el costado. Se mantuvo en un ruidoso vuelo estacionario justo antes del cercado, con polvo y tierra arremolinándose en la corriente descendente. La máquina avanzó lentamente antes de asentarse sobre sus enormes ruedas.

Rob recogió su casco y arnés y dio las gracias al granjero, que le entregó su paracaídas hecho un fardo, atado con un cordón.

Mientras salía de la cocina y se dirigía hacia la cancela abierta, un pequeño contingente de soldados saltó del Wessex. Un sargento con bigote lo recibió cuando se acercaba al cercado.

—¿Teniente de Vuelo May? —gritó por encima del ruido de las aspas giratorias.

Rob asintió.

—¿Dónde está el lugar del accidente?

Señaló al granjero.

—A unos kilómetros de aquí. Él os lo indicará.

—De acuerdo. Gracias. —El sargento entonces lo miró de arriba abajo—. Rescue 3 tiene instrucciones de llevarte de vuelta a West Porton, a menos que necesites atención médica urgente.

Rob negó con la cabeza. —Estoy bien.

Mientras el helicóptero volaba a toda velocidad sobre las fronteras de Gales, Rob miraba por la única ventana, ciego ante el ondulado paisaje.

Solo veía los restos del avión, el brazo extendido.

El operador del torno gritó por el intercomunicador.

—Unos cuarenta minutos.

Susie estaba sentada en un banco frente a la cabina telefónica, esperando un momento tranquilo para hacer su llamada diaria.

Después de una procesión de personas empujando cochecitos, tuvo su oportunidad.

—¿Alguna novedad? —preguntó Roger con su voz cantarina.

—No. Realmente no le veo sentido a estar aquí.

—Estás protegiendo los valiosos activos militares de Inglaterra, querida. Una semana más, creen. Así que sé buena chica y aguanta.

—Vale.

—Hay una cosa más. Una pequeña tarea para ti.

—¿Ah, sí?

—Debes reunirte con un hombre de la RAF, un comandante de escuadrón. Tiene algo para nosotros. Escúchale e informa después.

—Vaya. Es extraño, ¿no?

—Ocurre de vez en cuando. Puede que no sea nada, pero tuvo la iniciativa de encontrar el número correcto para llamarnos, así que quieren que se le escuche. Mañana por la mañana a las 8, Iglesia de Santa María y San Melor, Amesbury. Elige un banco trasero y ponte algo azul.

—¿Algo azul?

—Sí, para que sepa que eres tú. Mide un metro setenta y cinco, está calvo, y se describió a sí mismo como "regordete". Y sé discreta, por el amor de Dios.

El helicóptero se posó en la pista de rodaje frente al TFU. Rob se quitó el casco, dio las gracias al operador del torno y descendió. Dos suboficiales aparecieron a su lado y se llevaron su paracaídas, arnés y casco.

Mark Kilton estaba en la puerta, esperando. Extendió una mano; Rob la estrechó.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Kilton le condujo hasta la sala de planificación. Rob intentó no cruzar la mirada con nadie, pero Red lo interceptó, poniéndole una mano firme en el hombro.

—Amigo, situación difícil. Ven a verme cuando quieras.

Rob asintió y siguió a Kilton hasta su despacho.

Kilton cerró la puerta.

—¿Qué pasó?

—No lo sé. Estábamos a trescientos, como estaba planeado. Todo iba bien. Miré el mapa solo durante unos segundos y golpeamos el suelo. Debió ser un golpe rasante, porque volvimos a subir. Pero el lado de babor quedó destrozado y rodamos. Speedy se eyectó cuando estábamos inclinados. Millie y Brighty consiguieron salir de sus asientos, pero poco más... —Su voz se apagó.

—¿Speedy tenía el control?

—Sí.

Kilton tomó nota.

—Millie no quería que bajáramos a trescientos. De hecho, él...

—Por supuesto que no. Sabíamos que estaba en contra. Pero es lo que acordamos. Tenías razón.

Rob frunció el ceño. —Pero no le escuchamos...

—Robert —Kilton levantó una mano—. Lo hicimos. Mira, hay un procedimiento a seguir. Recuperaremos los restos y descubriremos qué sucedió. No especules, y repito, no especules con nadie sobre la causa, ¿está claro? Sé especialmente cuidadoso con lo que le digas a Georgina. Ella no necesita que una situación desagradable empeore con especulaciones mal informadas.

Kilton abrió la puerta de su oficina e indicó a Rob que saliera.

—¿Puedo irme a casa?

—Esta noche brindamos por los hombres. Tienes que estar ahí. Así que vuelve. ¿Entendido?

—No quiero.

—Necesitas hacerlo. Te veré más tarde.

Los coches abarrotaban la calle alrededor del pabellón de matrimonios de Millie y Georgina. Rob se acercó y se detuvo un momento, escuchando los sonidos de té y consuelo que venían del interior.

Empujó la puerta.

Mary apareció en el pasillo y corrió hacia él. Lo abrazó fuertemente, y él arrugó la cara, esforzándose para que no salieran las lágrimas.

La envolvió con sus brazos, agarrando sus hombros. No quería estar en ningún otro lugar del mundo que no fuera en sus brazos.

Ella se apartó y lo besó.

—¿Estás bien? Mark dice que te eyectaste.

Él asintió.

—¿Qué pasó?

—¿Qué te dijo él?

Los brazos de ella se deslizaron por su cuerpo y le tomó las manos.

—Solo que fue rutinario. Que hubo algún tipo de problema y que los otros no lograron salir.

Soltó una de sus manos.

—También llamó hace unos momentos y nos dijo que deberías ir al comedor esta noche. Dice que es importante que estéis todos juntos. Sinceramente, no me importa y creo que tiene razón. Necesitas a tus amigos esta noche.

Rob la miró y vio algo terrible en sus ojos: alivio.

Ella tenía el billete ganador. Su marido había vuelto a casa.

Le guió hacia la sala de estar. —Ven a ver a Georgina primero.

La nueva viuda estaba sentada en el sofá, con los ojos hinchados y un pañuelo en la mano.

No podía soportarlo. No debería estar allí.

Ella lo vio y dejó escapar un pequeño grito.

—Querido, querido, Robert.

Extendió los brazos, llamándolo. Él se arrodilló. Se unieron en otro fuerte abrazo. Inhaló, intentando percibir el olor de Millie en su ropa.

Rob se sintió mareado. La habitación estaba caliente. Se apartó del abrazo pero permaneció de rodillas. Alguien puso un pequeño vaso de whisky en sus manos. El olor le trajo a la mente la imagen de Millie sonriendo.

Se lo bebió de un trago. El escocés ahumado sabía dulce.

—¿Estás bien? —preguntó Georgina.

Él la miró fijamente; la habitación daba vueltas.

—¿Rob?

Mary lo acomodó en un sillón suave. La habitación se estabilizó.

Se recostó y cerró los ojos, escuchando mientras hablaban sobre Charlie.

Aún estaba en Oxford, ayudando con la escuela de verano. El administrador de la universidad había transmitido la noticia y estaba de camino a casa.

Mary apareció frente a él.

—¿Estás bien? Te has puesto muy pálido.

Él asintió.

—Creo que Kilton tiene razón. Debería irme.

Oficiales de todos los rincones de West Porton abarrotaban el bar del comedor; hombres y mujeres de Boscombe Down, también.

Todos conocían a Millie.

Todos querían a Millie.

Cuando Rob entró tambaleándose en la habitación, algunas cabezas se giraron.

Red lo condujo hasta la barra. Por el camino, recibió varias palmadas en el hombro y algunas palabras murmuradas de condolencia.

Red se abrió paso entre la multitud y levantó una mano para atraer a un camarero de chaqueta blanca.

Se volvió hacia Rob para comprobar qué quería y pidió un par de cervezas.

Cuando aparecieron las pintas, los chicos del TFU se reunieron a su alrededor.

—Pon esto en la cuenta del Comandante Christopher Milford —le dijo Red al camarero, siguiendo la tradición de beber a cuenta del fallecido, sabiendo que nunca se saldaría.

Los chicos levantaron sus vasos al unísono.

—Por Speedy, Brighty y Millie —dijo alguien. Todos murmuraron sus propios brindis personales.

Rob se bebió media pinta de un solo trago.

Hubo un silencio incómodo. Rob miraba fijamente las burbujas que subían en su Skol.

Red rompió el momento poniendo una mano en su hombro. —¿Quieres hablar de ello, colega?

Desesperadamente quería hablar con él. Quería contarle todo.

—No, está bien.

—Escucha, tío, necesitas desahogarte. Si quieres hablar durante el fin de semana, solo dímelo. Recuerda, todos tenemos que volver a volar el lunes.

—No puedo imaginarme volar de nuevo.

Red le apretó el hombro. —Lo harás, colega, y harás que Millie esté orgulloso. Sabes, creo que siempre fuiste el hijo que realmente quería. —Recogió los vasos vacíos—. Voy a rellenarlos.

Los otros pilotos hablaban entre sí: historias de Millie y los muchos momentos cómicos que les había proporcionado durante los catorce meses de existencia del TFU.

—Era torpe, pero nadie conocía la electrónica como él —dijo uno.

Rob se quedó al borde del grupo. Alguien le tocó el hombro y se dio la vuelta para ver a uno de los oficiales más veteranos de West Porton: JR de la Unidad de Mantenimiento, y dos de sus colegas.

Rob se apartó del grupo del TFU.

—Queríamos presentar nuestros respetos, Robert. Millie era un hombre excelente. Más uno de nosotros que uno de vosotros, creo. —Sonrió, asintiendo hacia el grupo de pilotos del TFU—. Y sé que vosotros dos erais cercanos, así que solo queremos decir cuánto lo sentimos. Si hay algo que podamos hacer, Rob... Si necesitas terminar algo que Millie empezó, ya sabes dónde estamos.

—Aquí tienes, colega. —Red apareció junto a ellos y le entregó su segunda bebida. JR saludó a Red con una sonrisa y luego volvió a mirar a Rob.

—Como digo, sabes dónde estamos. —Él y los otros hombres de MU regresaron a su rincón del bar.

Red se rio. —Fósiles vivientes. Algo digno de ver.

—Sí. Ciertamente.

Se reunió con los hombres del TFU y se bebió su siguiente pinta de un trago.

El accidente le había dejado dolorido, especialmente en la parte baja de la espalda. La cabeza le daba vueltas lentamente. Si era por la cerveza, ¿por qué no le estaba ayudando con su dolor emocional?

Le resultaba desagradable el ritual de la bebida. Miró alrededor al mar de cabezas que reían y sonreían en el bar, pero no se sentía capaz de unirse a ellos.

Esta era la manera de la RAF. Contar historias de los caídos, beber. Y olvidar.

Quizás estaba bien para todos los demás, pero no para él.

La espesa niebla de humo de cigarrillos y el hedor a alcohol era una manta de confort para ellos, pero Rob estaba rodeado de bordes afilados. Seguía en el centro de los restos destrozados.

Otra visión: el brazo frío y sin vida de Millie en la oscuridad de la ladera galesa.

En el centro de la sala, su mirada se posó en Mark Kilton. El jefe estaba de pie junto a un pilar con dos pilotos novatos.

Algo le decía que su única salvación estaba en el jefe. El hombre al mando, cuyas órdenes seguía.

Los dos hombres que estaban con Kilton se disculparon cuando se acercó.

—May —dijo Kilton a modo de saludo, antes de dar un sorbo a su pinta.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Rob.

—Habrá una Comisión de Investigación, pero debido a la naturaleza del proyecto tendremos cierto control sobre ella, únicamente para proteger el secreto. —Lo evaluó durante un momento—. ¿Por qué? ¿Estás preocupado?

—Así que Millie tenía razón. Había un problema con el láser. Y no le hicimos caso.

Kilton dejó su vaso y se inclinó más cerca. —Examinarán los restos en busca de pistas. Tienes libertad para describir lo que ocurrió, pero no adelantarás conclusiones sobre el resultado de la investigación. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Kilton sonrió, una expresión que no encajaba en su rostro. —Formas parte de mi equipo, Rob, no lo olvides. Ven mañana y escríbelo todo antes de que el recuerdo se desvanezca, y déjame el resto a mí. —Kilton miró por encima de la cabeza de Rob hacia la barra—. No hables de esto con nadie. Si lo haces, no podré protegerte y te meterás en un buen lío, rápidamente.

Rob se sintió confuso, como si se estuviera perdiendo algo, pero Kilton se marchó, dejándolo solo junto al pilar.

Por primera vez en semanas, quería hablar con Millie de verdad. Hablar con él sobre Guiding Light.

Red Brunson apareció con bebidas frescas.

—¡Aquí estás!

Rob dio otro largo trago a la reconfortante cerveza.

Se sintió mareado de nuevo, pero finalmente la cerveza estaba suavizando su tensión, amortiguando sus sentidos intensificados.

Jock MacLeish se unió a ellos y contó la historia de cuando Millie montó en su sidecar con un casco abierto puesto al revés. Todos rieron ante la imagen.

—Era muy hábil para muchas cosas —dijo Jock—. Pero bordeaba la incompetencia en las tareas cotidianas. Como ponerse un casco.

Hacia el final de la noche, Rob estaba muy borracho, arrinconado en una esquina de la habitación con Jock y Red vigilándole.

Quería irse a casa. Meterse en la cama junto a Mary. Y llorar sin ser visto.

Capítulo Diecinueve

Sábado 25 de junio

Una anciana empujaba un carrito de la compra vertical mientras se dirigía hacia el quiosco. Un operario pasó conduciendo una furgoneta Morris Minor. Dos hombres se cruzaron mientras paseaban a sus perros.

Susie observó que ambos hombres llevaban cortes de pelo militares.

Amesbury estaba más concurrido de lo que esperaba para un sábado a primera hora de la mañana. No era lo ideal.

Volvió a mirar a los dos militares. Ambos delgados. Ninguno coincidía con la descripción del Comandante de Escuadrón Christopher Milford.

Las campanas del reloj de la iglesia dieron las 7:45. Susie se mantuvo pegada al muro de piedra que rodeaba el cementerio elevado y se metió por el sendero que conducía al pórtico. Levantando el pesado pestillo metálico, se deslizó dentro del edificio normando, tomando asiento inmediatamente a su izquierda.

Se colocó en posición de oración y vigiló la entrada.

Hacía fresco en la iglesia. Después de unos minutos, le dolían las rodillas, y se acomodó de nuevo en el banco de madera.

Otra mirada a su reloj. 7:55.

Milford podría llegar temprano.

Imaginó a un hombre nervioso poco acostumbrado a saltarse los estrictos protocolos militares.

Un ejemplar del *Libro de Oración Común* descansaba en un estante de madera en la parte posterior del banco de enfrente. Lo hojeó, manteniendo la entrada en su visión periférica.

La mayor parte de su formación de campo anticipaba los más breves intercambios con otros agentes, o la observación a distancia de un objetivo. Esto era distinto; la habían autorizado a hablar con alguien de fuera.

Un informante.

La operación encubierta en el CND le había dado el gusto por el trabajo de campo.

Mientras los segundos avanzaban hacia la hora acordada, repasó su lista de comprobación previa al contacto una última vez.

¿Habían seguido al contacto? ¿Podrían ser escuchados? ¿Hasta qué punto era fiable?

Las campanas tocaron a las 8:00.

La iglesia permaneció en silencio.

Frunció el ceño. No esperaba que llegara tarde.

El procedimiento operativo estándar era abandonar una reunión en el momento en que el objetivo no se presentaba, pero le concedió a Milford cierto margen. Después de todo, no era un profesional de la inteligencia.

Un pájaro aleteó en lo alto de las vigas.

Tras unos minutos, el pestillo de la puerta hizo un fuerte roce metálico que resonó por toda la iglesia vacía.

Se sobresaltó cuando un hombre con alzacuellos y una larga sotana negra entró apresuradamente.

Caminó directamente hacia el centro de la iglesia y subió por el pasillo, sin mirar a los lados. Había elegido bien su posición.

Una vez que su hábito ondulante desapareció en una habitación junto al órgano, se escabulló.

8:12.

Susie maldijo su mala suerte por la reunión fallida, anticipando ya la bronca de Roger.

Cruzó la calle frente a la iglesia. Más habitantes de Amesbury estaban ya levantados y ocupados en su mañana de sábado. Se acercó al quiosco, cogiendo un ejemplar de *The Daily Telegraph* de un estante exterior antes de entrar.

Un hombre con un labrador estaba charlando con el anciano dueño de la tienda. Se puso en la cola, mirando ocasionalmente hacia la iglesia, por si veía a un hombre calvo, algo regordete, que pareciera llegar tarde a una reunión.

—No es bueno. No es bueno.

El hombre que tenía delante negaba con la cabeza, cotilleando con el dueño.

Dio unos golpecitos al periódico sobre el mostrador. —Ocurrió en Gales, según parece, pero todos eran de por aquí.

Susie los ignoró. Quizás iría a casa y se acurrucaría en una cama de verdad esta noche. La idea le hizo sentirse reconfortada.

—Hasta luego, Peter.

Colocó su periódico en el mostrador y sacó el cambio de su bolsillo. Al hacerlo, se fijó en la imagen en la mitad inferior de la portada: una foto granulada de metal retorcido y los restos humeantes de un avión de la RAF. El titular aparecía debajo de la fotografía.

SE ESTRELLA BOMBARDERO DE LA RAF - TRES MUERTOS.

—Tres peniques, por favor, querida.

Tendió el dinero mientras sus ojos seguían recorriendo el artículo. Debajo de un breve párrafo que describía los más escuetos detalles había tres fotografías, cada una de un oficial de la RAF con su gorra de plato, mirando orgullosamente hacia un punto intermedio.

Leyó los nombres de los fallecidos.

—Oh, mierda.

—¿Perdone? —El tendero parecía conmocionado.

—Lo siento.

—Bueno, son tres peniques, querida.

Ella miró fijamente al hombre.

—Tres peniques. Eso son dos peniques. —Señaló la mano abierta de Susie. Ella rebuscó en su bolsillo y sacó una moneda de tres

peniques de doce lados, la dejó caer sobre el mostrador y salió apresuradamente de la tienda.

Acelerando el paso, volvió a pasar por delante de la iglesia, hasta llegar al banco.

Desplegó el periódico y contempló el rostro del Comandante de Escuadrón Christopher Milford.

Fallecido.

Era más que solo llegar tarde a su reunión.

El artículo apenas contenía información.

Un vuelo rutinario... la causa está bajo investigación.

—Cristo bendito.

El reloj dio las campanadas de la media hora.

Susie entró en la cabina telefónica frente a la papelería y llamó a Roger.

—Querida, ¿cómo están los hippies?

—Tenemos una situación.

—¿Ah, sí?

—¿Christopher Milford, el oficial de la RAF con quien debía reunirme?

—¿Debías reunirte? No me digas que lo has perdido. ¿Te quedaste dormida en tu tienda?

—Roger, está muerto.

Hubo un momento de pausa.

—¿Cómo ha sido?

—Ha aparecido en el *Telegraph* como uno de los tripulantes fallecidos en un accidente ayer.

—¿El Vulcan en Gales?

—Sí.

Escuchó cómo se movían papeles al otro lado de la línea.

—Vaya, vaya. Eso es interesante. Por supuesto, podría ser una coincidencia.

—Roger, pasamos tres años de formación donde nos enseñaron que el Servicio no cree en coincidencias.

—Cierto. Por otra parte, podría ser realmente una coincidencia.

Puso los ojos en blanco.

—Obviamente tengo que investigar esto —dijo Susie—. ¿Quién lo reclutó?

—Un momento.

Esperó mientras él desaparecía, presumiblemente para buscar el expediente. Fuera de la cabina telefónica, había aparecido una joven con un cochecito. Susie le sonrió e hizo un gesto con la mano para indicarle que la llamada iba para largo. La mujer empujó el cochecito hacia la papelería.

La voz de Roger volvió a la línea.

—Él nos llamó.

—¿En serio? ¿Nadie lo reclutó? Eso es inusual, ¿no? No es como si estuviéramos en las Páginas Amarillas. Alguien debe haberle dado un número y un nombre en clave.

—Bueno, quien recibió la llamada no se lo preguntó, desafortunadamente. Tengo la transcripción. Fue breve.

—Maldita sea.

Más ruido de papeles al otro lado de la línea.

—Hay algo aquí, sin embargo —dijo Roger—. ¿Has leído el informe en el *Express*?

—No. ¿Qué dice?

—Fíjate en la última línea. No es mucho, pero podría ser un comienzo. Mientras tanto, informaré a los superiores. Dame una hora o dos para averiguar lo que pueda y vuelve a llamar.

Colgó el auricular y empujó la puerta para abrirla.

En la tienda, tocó el hombro de la joven madre.

—Ya he terminado.

La mujer le dedicó una débil sonrisa. Parecía que podría haber estado llorando.

Era una comunidad pequeña y habían muerto tres personas.

Cogió un ejemplar del *Express* y lo llevó al mostrador.

—Ah, es la Mary malhablada —dijo el dueño de la tienda cuando la vio—. ¿No te cansas de las noticias hoy, querida? —Susie le entregó una moneda.

Mientras salía, examinó el reportaje, que estaba en la página dos. De nuevo, tenía pocos detalles, pero Roger tenía razón. La última línea era interesante.

Hubo un superviviente.

Rob se despertó.

Entró en un estado crepuscular entre el sueño y la consciencia, donde los acontecimientos de ayer no eran ni reales ni irreales. Como si fuera una historia que le hubieran contado en el comedor la noche anterior.

Al despertar completamente, la realidad se impuso y el peso del dolor se instaló de nuevo en él.

Permaneció inmóvil, mirando hacia la ventana abierta.

Los pájaros piaban alegremente, recordándole los pocos minutos pasados en la colina galesa.

Cerró los ojos y vio a Millie en su cocina desayunando con Georgina.

Planeando su sábado, con la ilusión de cenar con los Brunson.

Millie se desvaneció. Ahora veía a Georgina, sentada sola.

Privada del amor de su vida.

—¿Estás despierto?

La mano de Mary apareció sobre su hombro. Se dio la vuelta pero mantuvo los ojos cerrados, acurrucándose contra ella.

—Está bien. Está bien. —Sintió su aliento mientras hablaba.

—No está bien.

—Lo superaremos y ayudaremos a Georgina a superarlo.

Hacía viento en el pequeño muelle, como todos los años.

El profesor Belkin inhaló una bocanada de aire y la soltó lentamente.

Miró a través del Canal de Bristol hacia el débil contorno de su destino.

Delante, el pequeño ferry a Lundy se acercaba, con la proa subiendo y bajando en el suave oleaje.

—¡Leonard!

Se volvió al sonido de una voz familiar.

—¡Callum! ¿Cómo te trata el cielo?

—Pues aún estoy vivo. Y tú también, por lo que veo.

Belkin sonrió y extendió la mano.

—El Señor me ha permitido vivir al menos una quincena más en Lundy.

—Sí, bueno, aquí tienes tu jamón y algunas provisiones más.

El escocés barbudo, exiliado en Devon, le entregó una bolsa marrón. Belkin la abrió y olió.

—Huele excelente.

—Y hay un pequeño regalo de la señora MacPherson y mío cuando llegues a la cabaña.

—De verdad, Callum, no deberíais haberos molestado. —Belkin pensó un momento—. ¿Es la ginebra de endrinas de Ruth?

—En efecto. Pero ten cuidado. Es fuerte. Si no te gusta, llévatela a casa como quitapinturas.

Belkin se rio.

—Estoy seguro de que estará deliciosa. También tengo un par de botellas liberadas de la bodega de la universidad, así que creo que sobreviviré.

El ferry se acercaba con cuidado al muelle. Callum le tendió un juego de llaves.

—No está cerrado con llave, pero por si las quieres. Me temo que seguimos sin teléfono y la electricidad es muy intermitente. Mejor enciende una vela por la noche antes de que se vaya la luz. Hay mucha leña.

Un joven con un jersey grueso saltó del ferry al muelle y atrapó una cuerda que le lanzaron desde el barco. El motor diésel traqueteaba y expulsaba un humo negro que se extendió, haciendo toser a Belkin.

El escocés dio un paso más cerca y puso una mano en el brazo de Belkin. —¿Cuánto tiempo ha pasado ya?

Belkin sonrió. —Veinticuatro años.

—Sí, bueno, recordamos a Winifred como si fuera ayer. Espero que pases una agradable quincena, Leonard.

Ayudó a Belkin a bajar los escalones hacia la pequeña embarcación de pasajeros. —Oh, he puesto el periódico ahí también, por si te apetece leer algo.

Belkin miró dentro de la bolsa y vio un ejemplar de *The Daily Telegraph* encajado entre el jamón y una hogaza grande de pan.

—Eso arruinaría mi espléndido aislamiento. Pero quizás lo use para encender el fuego.

Callum se rio. —Que así sea, Leonard, que así sea.

Un par de familias con mochilas de día pasaron junto a ellos.

El ferry tocó la bocina.

—Gracias de nuevo, Callum. Te veré dentro de un par de semanas.

Belkin se giró y avanzó por el corto embarcadero hasta que el joven del jersey le tomó del brazo y le ayudó a subir al ferry.

Minutos después, estaba sentado en la parte delantera de la cubierta abierta, con el viento en la cara, rumbo a las doce millas de agua para disfrutar de dos semanas perfectas de soledad.

Rob sostenía la mano de Mary mientras caminaban la corta distancia hasta la casa de Georgina.

Una vez dentro, Georgina tomó las manos de Rob y le miró a los ojos.

—¿Te pasó lo mismo que a mí, despertar esta mañana esperando que todo fuera una pesadilla?

Él asintió.

—Te adoraba, Robert. Sé que habéis tenido vuestras dificultades recientemente, pero eso no importa.

Miró alrededor de la habitación, aparentemente para asegurarse de que su hijo Charlie estuviera fuera del alcance de su voz. —Quería a Charlie, por supuesto, pero le habría encantado verlo unirse al Ejército del Aire. Creo que por eso te apreciaba tanto.

Rob arrugó los ojos e intentó contener las lágrimas.

—Lo siento, Georgina.

Georgina le abrazó. —Está bien llorar, digan lo que digan. —Le besó tiernamente en la frente.

Rob se sentó en el sofá. Respiró hondo varias veces y recuperó la compostura.

Un fuerte rayo de sol entraba por la ventana delantera; de nuevo, se encontró hipnotizado por las partículas de polvo que flotaban.

Una vez le dijeron que el polvo de una casa son células de piel descamadas.

Así que, de algún modo, Millie estaba con ellos en la habitación.

La imagen del brazo extendido volvió a colarse en su mente.

¿Por qué había ido a mirar?

Se preguntó si el fuego habría consumido los cuerpos después de que él se marchara.

Mary se sentó junto a él.

—¿Estás bien?

Él negó con la cabeza.

Al otro lado de la habitación, Georgina se rio.

—¿Cómo lo hace? Es más fuerte que yo.

—Tonterías, solo se le da mejor fingir. Además, es diferente para ella, ¿no? Tú estuviste allí. Debió de ser horrible, Rob.

Él se volvió hacia ella y susurró. —Es peor que cualquier cosa que puedas imaginar. Y hay algo más. Algo verdaderamente horrible en todo esto.

—¿Qué? —preguntó Mary, con el rostro marcado por la ansiedad.

Él inclinó la cabeza y susurró. —Tengo esta terrible sensación, como si me hubieran condenado a cadena perpetua para cumplirla en secreto.

—¿Qué quieres decir?

—Todos los demás están muertos, pero yo sé la verdad.

—¿De qué estás hablando?

—¿Señor May?

Un joven delgado y pelirrojo de unos veinte años estaba de pie frente a ellos.

—Charlie. —Rob se puso de pie y le tendió la mano al hijo de Millie—. Lo siento mucho, Charlie. Debes estar devastado.

—Gracias, señor May. Sí, ha sido un golpe terrible. Si no le importa, me gustaría saber qué pasó. Mi madre me ha advertido que no pregunte. —Miró nerviosamente hacia Georgina.

Rob sonrió. —Vamos a algún sitio tranquilo.

En el pequeño comedor, se sentaron cerca uno del otro en una esquina de la mesa de roble pulido.

—Estábamos a baja altura. Un vuelo de prueba rutinario, supongo, pero en nuestro negocio, en el negocio de tu padre, realmente no existe tal cosa como la rutina.

—Llevábamos unos diez minutos volando por el centro de Gales, con colinas más altas que nosotros a ambos lados. —Charlie parecía alarmado—. Lo estoy haciendo sonar más temerario de lo que realmente es. Gran parte de los vuelos de la RAF son a baja altura ahora, incluso más baja que los trescientos pies a los que descendemos en el Vulcan.

—En fin, algo salió mal. Un golpe de refilón contra un saliente, creemos. Dañó el lado izquierdo del avión, nos dejó sin capacidad para controlarlo. —Hizo una pausa, eligiendo con cuidado las palabras para la parte más delicada—. Ocurrió rápidamente. El avión se precipitó. No teníamos opción, debíamos eyectarnos o quedarnos con el avión.

—¿Y mi padre?

Rob miró sus zapatos.

—El Vulcan. La salida de emergencia para la tripulación trasera fue diseñada por hombres que creían que se utilizaría a gran altura. Si algo iba mal a treinta mil pies, tendrían minutos para soltar la escotilla y lanzarse en paracaídas. Pero a baja altura... Lo siento, Charlie. Tu padre y Steve Bright no tuvieron ninguna oportunidad. Ninguna en absoluto. Al menos habría sido instantáneo.

Charlie cerró los ojos con fuerza, y luego los abrió de nuevo.

Rob extendió su mano, apretando su hombro.

—¿Por qué volaban a baja altitud si los hombres en la parte trasera no podían salir?

Rob no tenía respuesta.

—Lo siento, Charlie.

Se sentaron en silencio durante un rato mientras Charlie se secaba los ojos con un pañuelo azul.

—Me alegra tanto que pudieras ver a tu padre hace un par de semanas.

Charlie pareció confundido. —Pero no le he visto desde Semana Santa.

Rob arrugó el ceño. —¿No te visitó en Oxford el sábado antepasado?

Charlie negó con la cabeza. —No.

—¡Ah, aquí estáis! —Georgina apareció en la puerta—. Charlie, cariño, hay personas aquí que quieren comentar lo mucho que has crecido desde que tenías cuatro años.

—Gracias, señor May. —Charlie siguió a su madre hasta el salón.

Rob se levantó para reunirse con el grupo justo cuando Georgina asomó la cabeza de nuevo en la habitación.

—Rob, creo que deberías llevarte las cosas de trabajo de Millie, ¿no crees?

—Sí, por supuesto, puedo volver más tarde con el coche.

Él y Mary salieron de la casa mientras llegaban más familiares y viejos amigos de Georgina.

—Acumulas muchos amigos en la RAF —dijo Mary, mientras caminaban de vuelta hacia su alojamiento.

—Sí —respondió Rob—, y también pierdes muchos.

Era un día cálido, y Rob abrió la capota de lona de su Healey.

Le dolía todo por la eyección y no estaba seguro de tener fuerzas para reunirse con nadie, y menos con Kilton.

El coche bajo apenas rozaba la superficie del camino de un solo carril que conducía a la entrada principal.

Redujo la velocidad al ver a un grupo de caminantes delante. Llevaban pancartas y sábanas blancas desaliñadas pintadas con símbolos negros del CND.

El grupo avanzaba lentamente hacia él; claramente, no tenían intención de dejarle pasar. Puso dos ruedas en la cuneta y tiró del freno de mano.

Fueron pasando a su lado. Él era bastante visible, sentado en su descapotable con su uniforme de la Real Fuerza Aérea. Desde el grupo de rezagados en la parte trasera, una joven se acercó al coche. Era guapa, con pelo corto y oscuro, y llevaba una camiseta fina que le quedaba suelta y abierta.

Se acercó al Healey y se inclinó, apoyando las manos en el capó. Los ojos de Rob siguieron automáticamente la línea de su cuello hasta sus pequeños pechos.

Se oyeron burlas del resto del grupo, riéndose de su evidente incomodidad.

Alzó la mirada rápidamente, mortificado de que ella le hubiera atrapado así. La mujer tenía una dulce sonrisa; sus ojos recorrieron el coche, captándolo todo.

Le miró directamente, mantuvo el contacto visual durante unos momentos, luego se enderezó y siguió caminando.

Rob observó por el retrovisor cómo el grupo se alejaba sin prisa.

Metió la primera marcha y se dirigió hacia la entrada principal.

El registro del coche fue tediosamente largo. Era un sábado tranquilo, así que todos recibían la máxima atención de los guardias de seguridad.

Rob salió del coche y esperó. Su mirada volvió a recorrer la carretera, pero los manifestantes habían desaparecido de la vista.

—¿Le han dado algún problema? —preguntó el sargento, siguiendo su mirada.

—No. Ningún problema. —Un cabo continuaba examinando su coche—. Debe de ser agradable, sin embargo.

—¿El qué, señor?

—Ser tan libre y despreocupado. No parecían tener ninguna preocupación en el mundo.

—Tampoco parecían haber visto un baño recientemente. Puede continuar ahora, señor. —Se echó hacia atrás y le hizo un saludo marcial.

En la TFU, Rob se encontró con una nueva barrera, vigilada por un grupo de la Policía de Seguridad de West Porton.

Se acercó a los bolardos temporales, suponiendo que los oficiales los apartarían para él, pero un hombre de seguridad salió, levantando la palma de su mano.

—Lo siento, señor. Esta unidad está prohibida. Si busca al personal de la TFU, están en el edificio del cuartel general de la estación.

—¿En serio? ¿Está seguro?

—Sí, señor.

El edificio del cuartel general estaba tranquilo.

Un cabo estaba sentado en un escritorio en la antesala del comandante de la estación.

—¿Señor May?

Rob asintió.

—El comandante de ala Kilton le está esperando. Puede pasar.

En la oficina, Mark Kilton estaba sentado a una pequeña mesa de conferencias; Periwinkle estaba detrás de su escritorio.

—Siéntese, May. Me temo que tengo noticias muy graves.

Rob tomó asiento.

—Al vaciar la taquilla de Millie, hemos encontrado algo muy inquietante.

—¿Disculpe?

—Encontramos pruebas extensas de que Millie estaba robando información sobre Guiding Light. Cintas de datos, registros de pruebas anteriores, parte de un manual con sus propias anotaciones manuscritas. Y eso es solo el principio. —Kilton le miró fijamente—. Parece sorprendido, May, pero yo no lo estoy.

—¿No lo está, señor?

—Millie era malo con el dinero, May. Todos sabemos que perdió sus ahorros en esa estúpida inversión. Este proyecto valía millones.

Estaba cerca de jubilarse. Me temo que todo encaja. Y pensar que le encargué la investigación sobre quién filtró Guiding Light al exterior.

Rob miró al comandante de la estación, que hasta ahora no había dicho nada.

—Probablemente fue un descuido. Es decir, todavía estaban en la TFU, ¿no? ¿Así que en realidad no había robado nada?

—No sabemos eso, May. La taquilla probablemente solo era un punto de etapa antes de sacarlos de contrabando. Lo averiguaremos todo. Los muertos no guardan secretos —Kilton le miró fijamente—. ¿Hay algo que debas decirme? Será mucho mejor para ti si hablas ahora.

El teléfono sonó. El comandante de la estación respondió, dijo unas palabras secas y colgó.

—¿Y bien, May? ¿Algo que debamos saber?

—A Millie le preocupaba el sistema —dijo Rob—. Estoy seguro de que todo se trataba de eso.

Kilton no parecía convencido.

—¿Qué significa eso exactamente, Rob? ¿Te dijo que estaba tramando algo?

Rob negó con la cabeza.

—Por supuesto, podría haber utilizado sus supuestas preocupaciones como tapadera para algo completamente distinto.

Rob solo pudo mirar fijamente a Kilton, que se puso en pie.

—Bien. Sabremos más cuando realicen un registro completo. Pondrán patas arriba su casa y su coche.

—Pero Georgina está en la casa.

—¿Y qué? Esto es demasiado grave como para retrasarlo.

Al darse cuenta de que le estaban despidiendo, Rob se levantó.

—¿Has redactado ya tu informe sobre el accidente? *¿May?* —Kilton tuvo que alzar la voz para recuperar la atención de Rob.

—No, aún no.

—Pues busca una mesa y una silla y hazlo ahora.

Rob salió del despacho y caminó por el pasillo, cruzó las puertas principales y se dirigió directamente a su coche.

Una vez pasada la puerta principal, pisó el acelerador y avanzó rápidamente por el camino. Los manifestantes se habían marchado.

Se detuvo con un chirrido de neumáticos.

Georgina abrió la puerta; él se acercó y le puso ambas manos en los hombros.

—¿Estás sola?

—Todos están en el jardín, excepto Charlie. ¿Por qué?

—¿No ha llamado nadie más? ¿Nadie oficial?

Georgina negó con la cabeza.

—No. Nadie desde Mark ayer. ¿Debería esperar a alguien?

—Dijiste antes que querías que volviera, ¿no? ¿Que tenías algunas cosas para mí?

Ella pareció confundida por un momento.

—Ah, sí. Solo algunas cosas del trabajo. ¿Qué está pasando, Rob?

—¿Puedes traerlas ahora?

—Si quieres.

Se dirigió al piso de arriba.

Charlie estaba en la cocina a su izquierda, mirándole fijamente. Rob le dedicó una débil sonrisa.

Un momento después, Georgina bajó pesadamente las escaleras con sus zapatillas, llevando una caja de verduras abierta.

Él miró dentro, aliviado de ver los libros de vuelo de Millie y nada más siniestro. Los cogió y se los entregó a Georgina.

—Puedes quedártelos. Quizás a Charlie le gustarían.

—Gracias —dijo Charlie desde la cocina.

Rob volvió a mirar en la caja. Un gran sobre marrón ocupaba el fondo. Parecía nuevo.

Abrió la parte superior y miró dentro.

Luz Guía - Resultados de Datos Mayo 1966 - Página 12.

—Dios mío.

—¿Qué es? —dijo Georgina, mirándole fijamente.

Debajo del sobre había dos bobinas del proyecto.

—Oh, no.

Miró debajo de las fundas de las cintas.

Más y más. Cada documento sellado con un *ALTO SECRETO* en rojo.

Fuera, un coche giró hacia la calle. Rob cerró la puerta principal.

—¿Qué está pasando, Rob? —dijo Georgina, asomándose por encima de su hombro para ver quién llegaba a la casa.

—No abras la puerta.

—¿Y eso por qué?

Él pasó junto a ella hacia la pequeña ventana del porche.

Dos Land Rovers verdes de la policía de seguridad de la RAF, con luces azules intermitentes.

Otro coche, sin identificar.

Varios hombres de aspecto serio bajándose y dirigiéndose hacia la casa.

Se volvió hacia Georgina y, todavía sujetando la caja con una mano, le agarró la muñeca.

—Escúchame. Estos hombres registrarán la casa. Creen que falta algo. Millie no estaba haciendo nada malo. Tienes que creerme.

—Rob, me estás asustando. ¿De qué estás hablando?

—No menciones estos documentos. ¿Entiendes? No les digas que me los diste.

Pasos y voces.

—Hay más arriba.

—¡Dios! Georgina, tráelo rápido. *Todo*.

Ella subió corriendo las escaleras.

Charlie parecía asustado.

—Todo va a estar bien —dijo Rob.

Se movió hacia la puerta del salón, alejándose de la ventana del porche.

Sonó un golpe en la puerta principal.

Charlie se movió como para abrirla, pero Rob negó con la cabeza.

Georgina apareció con un montón de papeles en la mano.

—Creo que esto es todo.

—Esperemos que sí. —Rob los colocó en la caja.

Habló en un susurro:

—Los dos, escuchad. No les digáis que me habéis dado este material.

Asintieron.

—¿Qué ha hecho mi padre? —dijo Charlie, con voz temblorosa.

Otro golpe seco en la puerta.

—Nada malo, Charlie. Tu padre no ha hecho absolutamente nada malo.

Rob se apresuró a entrar en el salón y salió por las puertas francesas hacia el jardín.

Media docena de mujeres deambulaban con tazas de té. Atravesó el centro del césped, asintiendo y sonriendo, antes de desaparecer entre los abetos.

Con mechones de vegetación en el pelo, empezó a trotar por el sendero que discurría por la parte trasera de las viviendas de los casados, donde los árboles le protegían de las casas.

Delante, los manifestantes del CND continuaban su circunvalación alrededor de la estación. Dejó de correr e intentó parecer lo más normal posible, evitando cualquier contacto visual.

Hubo algunas burlas mientras se abría paso entre ellos, pero finalmente el pequeño grupo quedó atrás.

Al final de la hilera de casas, continuó por el lado más alejado de un grupo de garajes, y corrió hasta llegar a su hogar.

Irrumpió por la puerta de la cocina, mirando a Mary con aspecto desaliñado.

—¿Pero qué demonios?

—Millie está en problemas.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—No puedo decirte por qué, pero necesito esconder estas cosas.

Pasó junto a ella hacia el pasillo y abrió de golpe la puerta del armario bajo la escalera. Escondió la caja dentro.

—Rob, ¿qué estás haciendo?

Salió del armario retrocediendo, lo cerró y se incorporó.

—Nunca mires el contenido de esa caja, ¿entiendes?

—¿Es eso una orden, señor? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Mira... Creen que Millie podría haber robado algo.

—¿Qué?

—Kilton ha iniciado una investigación. Georgina podría perder su pensión. Incluso podrían involucrarla en esto. Quiero decir, la gente podría ir a la cárcel. No exagero.

—Pero eso es ridículo. Millie no robaría nada, ¿verdad?

—No, por supuesto que no. Pero es complicado.

Gotas de sudor le corrían por la frente.

Los ojos de ella se dirigieron al armario.

Mary dio un paso adelante y puso una mano en su pecho. —Rob, ¿estamos en peligro porque has traído esto a casa?

Él negó con la cabeza y desapareció escaleras arriba sin responder.

—¿No trajo nada aquí que se pareciera a esto?

El agente de seguridad de paisano sostuvo una funda de cartón frente a los ojos de Georgina. Volcó el contenido en su mano, revelando un carrete de cinta.

Ella negó con la cabeza. —No. Tenemos un tocadiscos, pero no un reproductor de cintas.

Él la observó detenidamente.

—¿Y ningún otro documento que usted sepa en la casa?

—Ya se lo he dicho, no. Perdone, agente, ¿puede decirme de qué va todo esto?

En la habitación contigua, podía oír a uno de los compañeros uniformados del hombre moviendo muebles. Charlie estaba en la puerta de la cocina con aspecto agitado.

—Como le he explicado, su marido estaba involucrado en proyectos altamente sensibles y esta es una operación rutinaria para garantizar que la seguridad de esos proyectos se mantiene durante este incidente.

—Esto no parece nada rutinario.

Él la ignoró y golpeó el suelo con el pie, aparentemente esperando que sus investigadores encontraran algo.

Los ruidos del piso de arriba sugerían que estaban siendo minuciosos.

Mary se sentó en el brazo de una silla del salón y esperó a que su marido reapareciera.

Finalmente, oyó sus pasos en la escalera; tenía el pelo mojado y llevaba ropa limpia.

Se sentó en el sofá, con aspecto ansioso.

Antes de que ella pudiera preguntarle nada, él comenzó a hablar.

—Millie y yo estábamos trabajando en un proyecto que era Alto Secreto. Oficialmente 'Alto Secreto'. No es solo una expresión.

—¿Qué significa eso?

—Lo que parece. Es el nivel más alto. Significa que, en teoría al menos, no podemos discutirlo con nadie, ni siquiera con nuestros propios colegas. Aunque muchas personas en TFU conocían la existencia del proyecto, cubrieron todo lo relacionado con él bajo un manto de seguridad. Por eso registran los coches al entrar y salir, por si alguien lleva algún documento que no debería tener. Incluso si es por inadvertencia, las consecuencias pueden ser graves.

—Vale —dijo ella—. Suponía que ese era el tipo de cosas que hacías. Pero ¿por qué el repentino pánico?

Los ojos de Rob escudriñaron la alfombra.

—Parece que Millie lo estaba robando.

—¿Qué? ¡Rob! Eso es ridículo.

—Por supuesto que es ridículo y por supuesto que no lo estaba haciendo, pero *parece* que lo estaba haciendo.

—Entonces, ¿qué estaba haciendo?

Rob exhaló, cerró los ojos con fuerza y se cubrió la cara con la mano. Ella se levantó y se acercó, rodeándolo con un brazo.

—Le he fallado. Debería haber estado escuchando. He sido el peor amigo y ahora está muerto.

—No te entiendo, Rob. ¿Qué deberías haber estado escuchando? ¿Qué te dijo?

Rob tardó unos momentos en recuperarse. Se secó las lágrimas. —No puedo decírtelo, lo siento. No puedo involucrarte.

—Pero la caja, Rob. Está en nuestra casa. Ya me has involucrado.

—Cuanto menos sepas, mejor. Por favor.

Detrás de Rob, algo llamó la atención de Mary: una figura cruzando el césped. Era Jock MacLeish, el vecino.

Rob la miró. —No digas nada sobre la caja.

Ella fue a la puerta principal; MacLeish parecía ansioso.

—La policía está en casa de Georgina. Están registrando la casa.

—Dios mío, ¿qué están buscando?

Jock le dirigió una mirada inquisitiva. —Ni idea, pero pensé que deberías saberlo. Georgina podría necesitar apoyo. El coche de Rob está fuera de la casa. ¿Está él allí?

Rob apareció y se situó detrás de ella.

—Hola, Jock. No, lo dejé allí antes.

—Ah, vale —dijo Jock. Miró a Rob—. ¿Estás bien, amigo?

Rob asintió. —Sí, gracias, Jock. Creo que solo es una reacción tardía. Mira, vamos a ir ahora.

MacLeish se demoró un momento, con gesto de incertidumbre, como si fuera a decir algo antes de marcharse. Mary cerró la puerta y se volvió hacia su marido.

—Joder, Rob, ¿qué hay exactamente en esa maldita caja?

Sus ojos se dirigieron al armario.

—Ha sido un impulso. Necesito tiempo para pensar. —Volvió a mirarla—. ¿Puedes ir a casa de Georgina? Pero no sabes nada, ¿vale?

—Rob, es verdad. No sé nada.

Una vez que Mary se marchó, Rob estuvo merodeando un rato, hasta asegurarse de que no había nadie.

Recuperó la caja y la llevó a la cocina.

Después de bajar la persiana de la ventana y encender la única bombilla que colgaba del techo, extendió el contenido sobre la mesa.

Reconoció las hojas de datos; el ordenador central las producía en DF Blackton. Listas de mediciones de altura del láser. Las había visto antes durante las pruebas.

Cada hoja estaba etiquetada como *EXTRACCIÓN DE DATOS DE GUIDING LIGHT.*

Era impactante ver el nombre del proyecto en letras negras en cualquier lugar que no fueran las cuatro paredes de TFU.

Mientras hojeaba los datos, pudo ver círculos dibujados a mano alrededor de algunas de las cifras.

Al final del montón había una sola hoja de datos, separada del resto y utilizada como una especie de borrador. Las notas manuscritas de Millie la llenaban y se extendían por el reverso.

Examinó los garabatos en tinta negra. Números, porcentajes y algunas ecuaciones.

Nada de ello tenía sentido para él.

Debajo de las hojas de datos había dos cintas.

Y bajo estas, dos hojas de tareas para el proyecto.

Las levantó, revelando el documento más incriminatorio de todos: un esquema. Era una sola hoja, directamente sacada de los planos, que mostraba el flujo de señales eléctricas y datos.

Esto es lo que aterrorizaba a Kilton, y con razón. Revelaba el proyecto, lo que era y más o menos cómo funcionaba.

—Jesús bendito.

Volvió a colocar el esquema en el fondo de la pila y se giró hacia la hoja con la escritura de Millie.

La voz pausada de Millie flotó en su mente, mientras sus cálculos pasaban de ser números inconexos a una ecuación, y al final, en el reverso de la hoja de datos, lo que parecía una conclusión.

2.5Cr/ = 8.75

Sonó el teléfono.

Se apresuró al pasillo y lo arrancó de la base.

—¿Diga?

—May. Mark Kilton. Hemos realizado una búsqueda inicial en la casa de Milford.

—Sí, se ha notado.

—Bueno, no podemos ocultar esto. Solo necesito que sepas que la investigación está en marcha. Necesito que todos tengáis cuidado con el contacto que mantenéis con Georgina.

—¿Disculpe, señor?

—May, no sabemos hasta qué punto estaba involucrada. Es más importante que nunca que no compartas ninguna información con

ella. No tenemos ni idea de dónde podría acabar.

—¿No creerá en serio que ella y Millie estaban haciendo algo siniestro? Seguramente hay una explicación más lógica.

—En este momento, May, no tenemos más alternativa que tratar esto como una gravísima violación de la seguridad del proyecto.

—¿Y qué hay de Mary? ¿Puede seguir hablando con ella?

—Es mejor mantener las distancias. Las cosas podrían complicarse y no quiero que se compliquen para ti.

Kilton colgó.

A Rob le pesaban los pies mientras regresaba a la cocina.

Metió las notas de nuevo en la caja.

Mientras empujaba el papel manuscrito hacia el centro del montón de papeles, las letras y números en tinta negra desaparecieron en el pliegue.

Había algo suplicante y urgente en aquellos garabatos.

Kilton quería que se mantuviera alejado.

Pero las notas de Millie decían otra cosa.

A pesar del calor sofocante dentro de su tienda, Susie juntó las solapas de la entrada y se sentó con las piernas cruzadas, fuera de la vista del menguante grupo de manifestantes.

Sacó una pequeña libreta y anotó sus observaciones, utilizando una taquigrafía que no podía descifrarse fácilmente.

Había sido un día extremadamente interesante.

En primer lugar, un encuentro con el superviviente, Robert May. Había reconocido su coche gracias a la información que Roger le había proporcionado. Parecía más joven de sus veintinueve años, pero estaba pálido y demacrado. No era sorprendente.

Anotó la hora del avistamiento y añadió "nada fuera de lo común" tras una rápida inspección del vehículo.

Pero el segundo avistamiento fue bastante más extraño.

El mismo hombre, una hora más tarde, corriendo, luego caminando rápido, con una caja en sus brazos, pareciendo a todos

los efectos un ladrón que escapaba de la escena de un crimen.

No pudo separarse de la marcha alrededor del perímetro de la valla sin despertar sospechas, así que anotó la ubicación exacta del jardín trasero de donde creía que había salido.

Más tarde, ya sola, pasó por el final de Lancaster Close y anotó la dirección.

Dobló la libreta, se la metió en el bolsillo de los pantalones cortos y se dirigió al pueblo.

Roger estaba esperando su llamada.

—Querida, tenemos algunas noticias interesantes para ti.

—Yo también tengo algunas para ti.

—Bueno, déjame empezar yo. Tu contacto inicial, el ahora difunto Christopher David Milford, está siendo investigado póstumamente.

—¿Por quién y por qué?

—Esa es la cuestión. La Unidad de Pruebas de Vuelo de la RAF está cubierta por una nueva rama de la policía militar, llamada de manera bastante vaga Policía de Seguridad de West Porton. Parece haber sido creada junto con la TFU y reporta directamente al Ministerio de Suministros. Así que podemos conseguir algún boletín ocasional, pero no mucho más. Ahora, ¿qué hay del superviviente?

—Robert May. Lo he visto dos veces. Camino al aeródromo esta mañana. Y esta tarde salió por la parte trasera de una casa cercana con una caja bajo el brazo. La dirección... —sacó la libreta del bolsillo—. 8 Lancaster Way.

—Esa es la casa de Milford —dijo Roger.

—¡Joder!

—Todo bastante peculiar. Pero no debes contactar con él.

—¿Por qué no?

—Están nerviosos con esto arriba. Demasiados ojos, incluidos los del Número Diez, puestos en el proyecto.

—¿Entonces qué se supone que debo hacer?

—Operar en las sombras, por supuesto. Si crees que necesitas acercarte a él, necesitarás autorización de arriba. Y tendrás que tener muy buenas razones si quieres que el director esté de acuerdo.

—¿El director está tomando interés personal en esto?

—No te hagas ilusiones, querida. ¿Quizás piensa que necesitas que te cuiden?

Susie suspiró. —Vale, pero no será fácil si no puedo hablar con nadie.

—Si querías algo fácil, deberías haberte alistado en el MI6. Ahora mismo estarías tomando un gin-tonic en el Raffles. Por supuesto, si necesitas ayuda, siempre puedo recomendar que enviemos a un oficial con más experiencia...

—No. —Suavizó su tono—. No, no será necesario. Gracias.

—Bueno, no te hagas ilusiones, querida. No hay pruebas reales de que haya habido irregularidades y tú misma has dicho que lo del CND ha perdido su amenaza. Sospecho que te sacarán de ahí en cualquier momento.

Susie salió de la cabina telefónica y caminó junto a la iglesia, maldiciendo su mala suerte por la muerte de Milford justo el día antes de que fueran a reunirse.

Podría desviarse por Lancaster Way y Trenchard Close, pero aún había luz.

Una imagen de May se formó en su mente: apresurándose por el camino, con una caja de cartón bajo el brazo. ¿Decía *VERDURAS* en el lateral de la caja?

La carretera se dividía en dos: izquierda hacia la entrada principal de West Porton, derecha hacia el campamento por la paz.

Susie miró hacia arriba.

El cielo estaba iluminado con colores rojo fuego mientras se ponía el sol.

Operar en las sombras.

—Kilton quiere que mantengamos "distancia" con ella —dijo Rob. Mary estaba en la puerta del salón, acababa de volver de casa de Georgina.

—Todo esto es demasiado para asimilar, Rob.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, seguramente yo no estoy sujeta a tus tontas órdenes, ¿no? ¿Puedo seguir viéndola?

Rob se levantó y se acercó a ella. Colocó sus manos en sus hombros y contempló su rostro, resplandeciente bajo la suave y cálida luz. —Sí. Y que le den a Kilton si piensa lo contrario. —Le besó la frente.

—Creo que nunca te había oído hablar así de nadie.

—No está bien, ¿verdad? Y creo que todo forma parte de algo más.

Mary giró la cabeza para mirar hacia el armario bajo la escalera.

—Ve con cuidado, esposo.

—Tengo la intención de ir a la cena esta noche con la esperanza de que Georgina venga.

—¿La de los Brunson? ¿Aún se mantiene?

—Eso parece.

—Sí, hagámoslo.

Cuando entraron en el salón de los Brunson, Sarah se acercó a Rob, le puso una mano en el pecho y le besó en la mejilla. —¿Estás bien, cariño?

Rob asintió, pero evitó mirarla a los ojos.

Ella le apretó el hombro. —Lo siento, cielo. No quería disgustarte. Vamos, vamos a ponerte una copa.

Le encontró una cerveza, Mary tomó un limón con oporto.

Se sentaron a la mesa y hablaron sobre el clima cálido, el campamento de protesta, el nuevo centro comercial en Salisbury y la gloriosa puesta de sol de la tarde.

Rob terminó su cerveza rápidamente y pasó al vino tinto.

Sarah retiró el plato principal, y hubo un silencio en la conversación.

—¿No vamos a hablar de Millie? —dijo Rob—. ¿Y de Steve y Speedy?

El piloto de pruebas Rory Davies bajó la mirada hacia su regazo. Su esposa le sonrió.

—Rob —dijo Mary, con un tono de reprimenda en su voz.

—No, está bien —dijo Red—. Claro que podemos. ¿Qué quieres decir, Rob?

—No lo sé, pero no podemos simplemente charlar como si no hubiera pasado nada. —Sus palabras sonaban arrastradas.

—Cariño, es solo nuestra forma de sobrellevarlo —dijo Sarah—. Dios sabe que hemos pasado por esto antes, ¿verdad? En Edwards tuvimos días bastante malos. Es terrible. Y difícil. Pero, ya sabes, tampoco estoy segura de que darle vueltas sea la respuesta.

—No quiero darle vueltas, pero es como si no hubiera ocurrido. —Vació otra copa de vino—. Quiero decir, ¿dónde está Georgina?

Nadie respondió; Rob sintió que se estaba perdiendo algo.

Sarah Brunson fue la primera en contestar. —No es que hubiera sido apropiado, de todos modos. Perdió a su marido ayer y tiene familia de visita.

Rob miró a Red. —No me digas que la desvinisteis.

Red levantó las manos. —No tuvimos elección, colega. Órdenes de arriba.

—¿Qué demonios? ¿Por qué? ¿Porque Kilton está intentando culpar a Millie incluso después de *muerto?*" —Rob alzó la voz.

—Rob, no debemos hablar de ello —dijo Red—. Ya lo sabes.

—Por supuesto que no debemos. No debemos comentar nada, ¿verdad? Podemos hablar y hablar y hablar hasta hartarnos, pero por el amor de Dios, *¡NO DIGAMOS NADA!*

Los invitados se removieron en sus asientos mientras la mano de Mary se extendía hacia él sobre la mesa. Rob fulminó con la mirada a los invitados, uno por uno.

—¿Ninguno de vosotros va a defender a Millie?

—No se trata de defenderlo, Rob —dijo Jock MacLeish—. Simplemente tenemos que dejar que la burocracia siga su curso.

Rob continuó mirando fijamente a Red.

—¿Estás de acuerdo con eso? ¿Nos quedamos sentados sin hacer nada?

—No tenemos elección, Rob. Debemos confiar en el sistema.

Rob se puso de pie.

Sarah Brunson se levantó y caminó alrededor de la mesa.

—Cariño, todavía estás en estado de shock. Debe ser muy duro.

Unas manos aparecieron sobre sus hombros; giró la cabeza y se sorprendió al descubrir que pertenecían a Red Brunson, no a Mary.

Este susurró:

—Colega, no es el momento, ¿vale?

—¿Y cuándo será el momento?

—¿Por qué no lo duermes esta noche, eh? Hablemos mañana, solo tú y yo.

Bajó la cabeza.

—Solo quiero hablar con Millie.

Sarah sacó un pañuelo y Rob se secó los ojos.

Red le dio palmaditas en los hombros.

—Vamos, colega. Esto no es bueno para ti. ¿Por qué no descansas un poco?

Mary apareció a su lado.

—Creo que ambos necesitamos descansar.

—Ya sabes dónde estamos, colega —dijo Red mientras permanecía en la puerta cuando Rob y Mary se marcharon.

Fuera, estaba anocheciendo, con las primeras estrellas apareciendo en el cielo.

Caminaron por Trenchard Close, con los brazos entrelazados.

Mary se detuvo.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué?

—¿Has visto una luz en la casa?

Rob miró hacia su vivienda adosada. Estaba a oscuras.

—No.

Continuaron hasta la puerta principal. Mientras lo hacían, un destello de linterna cruzó la ventana y oyeron un ruido dentro.

—Hay alguien en la casa, Rob —susurró Mary.

Él se tensó a su lado y le cogió la llave de la mano. La insertó en la cerradura tan silenciosamente como fue posible. Abrió la puerta con cuidado y se detuvo, escuchando.

Otro ruido.

—¿Quién anda ahí?

Esperaron una respuesta.

Otro ruido desde el salón. Rob corrió a tiempo para ver a una figura saliendo por el jardín trasero hacia los abetos y la valla del fondo.

Una mujer delgada con pelo corto.

—¡Eh! —gritó e inmediatamente salió tras ella.

Tropezó con el marco de la puerta y cayó de bruces en el patio.

—¡Rob! —Mary corrió hacia él, pero se recuperó y siguió adelante.

Una vez atravesados los abetos, corrió por el sendero entre el jardín y un campo de trigo. Más allá, el resplandor anaranjado de sodio de la RAF West Porton.

La chica no estaba en ninguna parte.

Se detuvo, jadeando por el esfuerzo repentino.

Se había ido, y no tenía ni idea de por dónde habría girado en el camino.

Después de llegar al final de la hilera de garajes, miró arriba y abajo por las calles de céspedes bien cuidados y vallas marrones.

Nada.

El estallido de adrenalina parecía haberle despejado. Regresó a casa arrastrando los pies, reapareciendo en el jardín para ver las luces de la casa encendidas y a Mary abriendo los cajones del aparador galés.

Entró en el salón. Ella le miró expectante, pero él pasó directamente al armario debajo de las escaleras.

Le llevó unos segundos confirmar lo peor.

Reapareció en el salón para ver a Mary examinando la chimenea, donde había un par de candelabros de plata.

—No venía a por la plata —dijo Rob—. Ha conseguido lo que buscaba.

Mary le miró fijamente.

—¿La caja?

Él asintió.

—¿Era una mujer?

—Estoy seguro. La reconocí.

—¿Qué?

—No sé su nombre, pero es una de ellas, del campamento.

En la penumbra de su tienda, Susie encendió una linterna y hojeó el contenido de la caja abierta.

Se había dado unos minutos para calmarse; la pareja había llegado a casa inesperadamente temprano.

Por suerte no tardó mucho en encontrar la caja.

—Espero que seas mejor pilotando que escondiendo cosas, Teniente de Vuelo May —susurró mientras examinaba el contenido.

Leyó el título en una de las hojas.

GUIDING LIGHT.

Pasó las páginas rápidamente. Muchos números, algún tipo de cálculos manuscritos y lo que parecía un diagrama de cableado.

Nada de eso significaba mucho para ella, aunque había referencias repetidas a un bombardero Vulcan.

Susie llegó al final de la caja y examinó dos fundas de cartón que contenían carretes de cinta magnética.

Sacó su cuaderno y escribió una descripción del contenido.

Lo importante era el sello de *TOP SECRET* en prácticamente todas las hojas.

Documentos militares altamente confidenciales en manos de un piloto de pruebas subalterno, aparentemente recuperados de la casa de un ingeniero recientemente fallecido, actualmente objeto de una investigación de seguridad.

Un ingeniero recientemente fallecido que había contactado con el Servicio de Seguridad Británico poco antes de su muerte.

Se estaba haciendo tarde y estaba agotada. Metió de nuevo la documentación en la caja y la cubrió con algo de ropa.

Apoyó su almohada contra la caja y se tumbó.

¿La habría reconocido May? Quizás no había sido tan buena idea dejarle una impresión duradera con su camiseta holgada. En ese momento, pensó que podría resultar útil.

Utilizó los pocos minutos antes de estar lista para dormir para dejar fluir libremente su mente. Era una técnica aprendida de un excéntrico ex miembro del MI6 durante su formación. Había percibido que los otros agentes novatos, incluido Roger, lo habían descartado como un lunático, pero Susie veía la lógica en su tesis de que nuestras mentes contienen más de lo que podemos acceder fácilmente, y algunas cosas solo afloran a la superficie cuando nuestros pensamientos están en otro lugar.

Unos minutos después, Susie alcanzó su bloc de notas de nuevo e hizo una anotación final.

May=Milford.

Capítulo Veinte

Domingo 26 de junio

Rob se levantó a las 7 de la mañana, sintiéndose agotado.

Se sentó solo a la mesa de la cocina, reflexionando sobre un plan de acción que había decidido durante la madrugada.

De vuelta arriba, se puso un viejo pantalón beige relegado a las tareas de jardinería. También encontró la camisa de manga corta más desaliñada que tenía y salió en el coche.

En lugar de girar a la izquierda hacia la carretera que llevaba a la entrada principal de West Porton, giró a la derecha.

Aparcó el coche en una cuneta y caminó hasta llegar a una vieja verja de cinco barrotes, adornada con una gran sábana blanca con el símbolo pintado de la cruz caída del CND.

Entró en el campo y caminó con toda la confianza que pudo hacia el conjunto de tiendas de campaña.

Aunque era temprano, el campamento por la paz bullía de actividad.

Poco a poco, los ocupantes del campo notaron la presencia de su visitante no invitado.

Dos hombres y dos mujeres, en una formación dispersa, se acercaron a él.

—¿Qué pasa, colega? —gritó el más peludo de los hombres.

—Uno de los vuestros entró en mi casa anoche.

—No somos ladrones.

Más manifestantes se unieron a los cuatro iniciales.

—Fue uno de vosotros. La reconocí.

—¿Ella? —dijo una mujer junto al hombre peludo.

—Sí. Y tiene algo que es mío.

—¿El qué? —preguntó la mujer.

—No puedo decírtelo.

—Ah, claro. Así que vienes aquí pidiendo nuestra ayuda pero no puedes decirnos con quién necesitas hablar y no puedes decirnos qué tiene supuestamente. Creo que deberías marcharte, amigo.

—Mira, no estoy con la policía...

—Sabemos quién eres —interrumpió el hombre peludo, y Rob le miró fijamente.

—No, no lo sabéis.

La mujer que estaba detrás del líder dio un paso adelante.

—Eres uno de ellos —señaló hacia el aeródromo.

Un movimiento detrás del pequeño grupo llamó su atención.

Una mujer delgada salió de una tienda de campaña naranja, a unos cientos de metros de distancia.

—¡Eh! —gritó, y comenzó a avanzar. Pero el hombre más grande le bloqueó el paso y puso una mano en su pecho.

La mujer delgada le miró fijamente pero se quedó donde estaba.

—Espera aquí —dijo una mujer del grupo, antes de alejarse.

Rob se quedó en un silencio incómodo mientras los manifestantes le miraban fijamente. Más se unieron al fondo de la multitud.

—Bonito corte de pelo —dijo alguien. Otros se rieron.

—Y, ¿qué haces? —preguntó uno de los hombres—. ¿Eres piloto?

—¿Eres el que nos gaseó? —preguntó otro.

Miró entre las cabezas a tiempo para ver a la mujer delgada desaparecer de nuevo en su tienda.

La manifestante que había hablado con ella volvió, negando con la cabeza. —Dice que no sabe de qué hablas, y no quiere hablar contigo. Es hora de que te vayas.

—Diría eso, ¿no? Por favor, dejadme registrar su tienda. Es importante.

—¿Registrar su tienda? —espetó una mujer entre la multitud—. Espero que estés bromeando. Si es importante, ve a la policía. Ahora, márchate, por favor, antes de que les llamemos nosotros.

Rob dio un paso atrás, mirando fijamente al grupo. Nadie se movió.

Se dio la vuelta y caminó de regreso al coche.

Mary ya estaba levantada y sentada a la mesa de la cocina cuando él llegó a casa.

—¿Dónde has estado?

—Intento inútil de recuperar la caja.

—¿Has ido al campamento por la paz? ¿Estás loco?

—¿Qué otra opción tenía? Perdí los secretos, tengo que recuperarlos.

Atravesó la cocina y subió las escaleras para cambiarse. Mary le siguió.

—Pero es muy arriesgado, Rob. ¿Y si te denuncian? Tú mismo dijiste que nadie puede saber que la caja estaba aquí, así que nadie puede relacionarla contigo. A menos que de repente vayas por ahí preguntando para que te la devuelvan.

Se sentó en la cama; Mary se quedó en la puerta.

—Lo que no entiendo es cómo lo supo.

—¿La chica pacifista?

—Quiero decir, ¿cómo diablos supo siquiera que debía venir a buscarla? ¿Y cómo supo que debía venir aquí y no a casa de Millie? —Miró a Mary—. Debe estar vigilándome.

—No entiendo nada de esto, Rob. ¿Quién es ella? ¿Por qué sabe algo sobre esto? ¿No crees... —Mary se detuvo y se sentó junto a Rob en la cama.

—¿Creer qué?

—¿No crees que podría estar trabajando con Millie?

—Imposible.

—¿No hay posibilidad de que Millie le estuviera pasando algo? ¿A los manifestantes por la paz? ¿Estaba enfadado por el bombardeo con gas? ¿Intentando hacer las paces?

Rob negó con la cabeza. —No, claro que no.

—Entonces, ¿qué está pasando?

—No lo sé. —Bajó la cabeza y miró sus uñas. Suciedad negra, probablemente de la verja de cinco barrotes del campo—. Me estoy perdiendo algo, Mary. Algo importante. Dios, solo quiero hablar con él.

Mary le acarició el pelo. —¿Por qué no hablas con alguien en quien confíes? ¿Alguien como Red?

—No puedo. Ya es demasiado tarde. Tengo que protegerte. Si alguien descubre que tenía la caja y luego la perdí, entonces... No lo sé. Sería el fin de mi carrera para empezar. Tal vez la cárcel.

El cercado de la granja Golygfa Fynyddig mostraba signos de su papel temporal como zona de aterrizaje para helicópteros. Por tercera vez ese día, un Wessex amarillo se mantuvo suspendido a unos seis metros sobre la superficie, antes de descender firmemente sobre la hierba desgastada.

Un operador de cabrestante deslizó la puerta lateral. Mark Kilton emergió.

El jefe de la TFU se agachó bajo las palas del rotor mientras el motor del helicóptero disminuía su velocidad.

La granja estaba situada en lo profundo de un valle. Los ojos de Kilton escudriñaron las laderas circundantes en busca de señales del accidente, pero solo había motas de flores amarillas y puntos blancos de ovejas.

Un oficial con el uniforme de la policía de seguridad de RAF West Porton esperaba en la puerta de la granja.

—Solo para que lo sepa, señor. El granjero, Davies, está refunfuñando sobre una compensación. Dice que ha tenido que

trasladar sus caballos a unas caballerizas cercanas, lo que, y cito, «no es barato».

—Naturalmente. Espera que el Ministerio de Suministros compre la granja. ¿Dónde está el lugar del accidente?

—No se puede ver desde aquí, señor. Está a unos tres kilómetros en Land Rover. Sus invitados están esperando en la granja.

Continuaron a través de un pequeño huerto hacia la destartalada casa de tejas grises.

El granjero apareció en la puerta. —¿Usted está al mando?

—No se preocupe, señor Davies. Se le compensará por sus pérdidas e inconvenientes.

—Eso espero.

Kilton esperó un momento antes de que Davies le invitara a entrar. Sentados a la mesa en la cocina débilmente iluminada estaban Ewan Stafford, uno de sus técnicos, y un hombre con galones de Capitán de Grupo en su uniforme de día.

Stafford los presentó.

—Mark, este es el Capitán de Grupo Gordon McClair del Mando de Bombarderos.

—Señor —dijo Kilton y extendió su mano al oficial superior—. Supongo que ha sido nombrado para la Comisión de Investigación.

—Soy el presidente. Espero que mañana se unan a mí un piloto de Boscombe y un ingeniero de ETPS de Farnborough. Mientras tanto, ¿quizás le gustaría decirme por qué estoy aquí?

Kilton miró alrededor y esperó. El oficial de seguridad tardó un momento en captar la indirecta.

—¿Es posible que demos a los caballeros algo de privacidad? —le dijo a Davies.

El granjero no parecía muy contento de que le pidieran abandonar su propia cocina, pero se retiró lentamente y se dirigió hacia el jardín. El hombre de seguridad cerró la puerta tras él.

Kilton volvió a dirigirse al grupo. —El Vulcan estaba equipado con un sistema altamente secreto llamado Guiding Light. Está clasificado como "Alto Secreto". Es un asunto de seguridad nacional que el conocimiento de su existencia se limite al menor número posible de personas.

—Sí, ya estoy al tanto de eso —dijo el capitán de grupo.

—También es altamente especializado. Los paneles requieren experiencia para instalarlos y retirarlos correctamente. Lo cual es el tema de esta reunión.

—Este es Stephen —dijo Stafford—, es uno de nuestros técnicos.

El capitán de grupo asintió al joven antes de volver a dirigirse a Kilton. —¿Se da cuenta de que los cuerpos siguen en los restos, Mark? ¿Me está diciendo que quiere sacar los paneles antes de recuperar a sus camaradas caídos?

—Sí.

—Bien, también tengo que pensar en la integridad de la Comisión de Investigación. Los restos son ahora pruebas. Debe haber una clara separación entre la TFU y la Comisión. Estoy dispuesto a permitir que el técnico del señor Stafford nos ayude a identificar lo que pertenece al sistema, siempre que el ingeniero jefe del lugar diga que es seguro hacerlo. Pero mantendremos todas las recuperaciones seguras en Farnborough después de eso.

—Quiero que uno de nuestros oficiales de seguridad lo custodie —dijo Kilton.

—No será necesario. Nosotros organizaremos la seguridad. No se preocupe, Mark, estamos acostumbrados a mantener las cosas bajo llave en Farnborough.

—Entonces podrían examinarlo como prioridad y devolverlo a nosotros para su eliminación.

—De acuerdo.

—Bien. Pues vamos a terminar con esto. —Kilton se puso de pie. El grupo caminó pesadamente por el jardín hacia un par de Land Rovers con luces azules en el techo.

El viaje duró quince lentos minutos mientras avanzaban lentamente por el camino rocoso hacia el lugar.

Kilton obtuvo su primera vista del Vulcan derribado cuando rodearon una pequeña elevación. Los restos ennegrecidos estaban dispersos en un patrón triangular alargado. Las partes más pesadas habían continuado más arriba de la colina, pero el fuselaje principal parecía estar en gran parte intacto en el centro del campo de escombros.

Dejaron los vehículos a cien metros de la primera pieza del avión. Un comandante con una insignia de ingeniería en su uniforme de camuflaje les saludó.

—Buenos días. Como pueden ver, el lugar es apenas accesible. No podemos acercar las plataformas de carga a ninguna parte, así que la recuperación va a llevar tiempo, me temo. Ya hemos recuperado el cuerpo del Comandante Johnson y su asiento de eyección, pero estaban muy abajo en la colina. Nuestra prioridad ahora son los cuerpos en el fuselaje, pero no es sencillo.

—Tiene una nueva prioridad por ahora, Comandante —dijo Kilton —. Necesitamos extraer ciertos elementos del avión esta mañana. — Miró más allá del ingeniero hacia las volutas de humo de los restos.

—La base de los restos aún está caliente. No puedo enviar a mis hombres, me temo. Además, señor, con todo respeto, creo que deberíamos retirar a los hombres antes de mover otras partes de los restos. Es una cuestión de dignidad.

—Y esto es una cuestión de seguridad nacional. ¿Cuál es el estado de la cabina y el compartimento trasero?

El ingeniero miró al capitán de grupo.

—Está bien, Michael —dijo McClair—. Mark está supervisando un proyecto importante. Nos han ordenado darle prioridad.

—Entiendo. Será mejor que me sigan, entonces.

A medida que se acercaron al accidente, Kilton observó fijamente los fragmentos retorcidos. Le llevó un segundo darse cuenta de lo que estaba viendo en el centro del desastre: piernas humanas.

—¡Dios mío!

—Normalmente no los dejamos ahí dentro tanto tiempo —dijo el ingeniero—. Pero también queremos extraer los cuerpos lo más completos posible, alterando lo mínimo para los investigadores. Y eso lleva tiempo. Ahora, los paneles de la cabina están más o menos juntos allí. —Señaló hacia la sección delantera del lugar. Volcada sobre un lado estaba la parte trasera de la sección de la nariz. Kilton podía ver dónde había estado la cabina.

El grupo continuó caminando alrededor.

—¡Dios santo! —exclamó el capitán de grupo cuando se encontraron con un brazo extendido.

—¿Y los paneles de la bahía trasera? —preguntó Kilton.

—En efecto —dijo el ingeniero—. Justo detrás de ese brazo, mirando hacia arriba. Creo que es un conjunto de paneles. Sin embargo, los otros...

—Son estos —dijo Kilton. A pesar de los metales carbonizados y ennegrecidos, reconoció los distintivos interruptores y diales del Guiding Light.

—Bueno —dijo el ingeniero—, deberían ser seguros de acceder si están alejados de la sección central.

—¿Quién los retirará? —preguntó McClair.

—Podemos intentarlo, siempre y cuando sea un ajuste estándar.

El técnico de Blackton dio un paso adelante.

—No hay nada estándar en esto. Instalé estos paneles en Warton usando retenedores de torsión especializados. También están sobre mecanismos de resorte para protegerlos durante el vuelo. Necesitaré retirar el conjunto de retención antes de cualquier otra cosa.

El líder de escuadrón miró hacia el presidente del BOI, quien asintió.

Kilton observó atentamente mientras el ingeniero guiaba al técnico, paso a paso, hacia los restos de la bahía trasera.

Cuando llegó, justo más allá del brazo extendido, se agachó y comenzó a trabajar en las fijaciones.

Los hombres observaron mientras él trabajaba, retirando cuidadosamente ocho tornillos largos.

Kilton se volvió hacia Stafford e hizo un pequeño gesto con la cabeza.

Stafford se acercó al capitán de grupo.

—Señor, va a necesitar información sobre Guiding Light. ¿Quizás ahora sea el momento para que le informe? —Miró por encima de su hombro al pequeño grupo de ingenieros del equipo de recuperación —. ¿Quizás por aquí?

Stafford lo condujo lejos de los restos y se detuvieron en el camino a cincuenta metros colina abajo.

Kilton volvió la mirada hacia el técnico; el líder de escuadrón a cargo del equipo de recuperación estaba de pie junto a él mientras trabajaba.

El joven liberó otro de los tornillos y se lo entregó al oficial, quien miró hacia sus hombres y gritó: —Necesitaremos una camilla para sacar todo esto.

Mientras el hombre hablaba, las manos del técnico se movían rápidamente sobre los paneles antes de volver a los tornillos de retención. Después de diez minutos, anunció que había terminado. —Ahora los paneles saldrán fácilmente.

Mientras pasaba junto al brazo de Millie, cuidando de pisar solo donde le habían indicado, el joven miró a Kilton y le hizo el más leve de los asentimientos.

Capítulo Veintiuno

Lunes 27 de junio

Rob se vistió en silencio aquella mañana. Ponerse cada prenda del uniforme parecía un esfuerzo. Cada movimiento que hacía lo acercaba más a la TFU.

Mary le besó en los labios junto a la puerta.

—Iré a casa de Georgina. ¿Cuándo crees que será el funeral?

Rob negó con la cabeza. —Ni siquiera sé dónde está Millie. O Brighty. Podrían seguir en la ladera de la montaña.

Ella sonrió a su marido y le secó una lágrima de la mejilla.

—Vamos, Rob. Tendrás que guardarte eso para ti hoy.

El briefing matutino comenzó con Kilton dirigiéndose a la tripulación en la cafetería.

—Tras el accidente del viernes, se ha descubierto que nuestro proyecto más importante y de máximo secreto ha sido comprometido. Se están tomando precauciones para recuperar materiales. Hay una investigación en curso. Si veis algo, oís algo, debéis informarlo. Ocultar información podría causaros serias

dificultades. Como precaución adicional, me gustaría que cualquier contacto con la familia de Millie se realizara a través de mi oficina.

Rob se estremeció al oír el nombre de su amigo. Miró alrededor; las expresiones de sus colegas no cambiaron.

—Hay dificultades logísticas en el lugar del accidente, que visité ayer. Desafortunadamente, la extracción de los restos será un proceso lento, así que los funerales tendrán que esperar. Por favor, sed sensibles. Nadie fuera de la TFU necesita conocer estos detalles. Dirigid cualquier consulta de familiares directamente a mí.

Kilton hizo una pausa.

—El viernes fue un día difícil para la TFU. Somos una unidad joven, pero ejercemos una profesión de alto riesgo. Debemos mantenernos operativos y dedicados. No sirve de nada recrearse en el pasado.

Después del briefing, Rob regresó a la oficina de planificación con los otros veinte pilotos.

Red Brunson apareció a su lado. —¿Cómo lo llevas, colega?

—Mira, lo siento por lo del sábado...

—No hace falta que te disculpes, amigo. Sabemos que es duro para ti. Demonios, es duro para todos nosotros. Pensé que vendrías ayer.

—Quería quedarme con Mary. Lo siento.

—No pasa nada, pero cuando quieras. ¿Vale?

Rob miró hacia donde Kilton desaparecía de nuevo en su oficina. —El jefe lo hizo sonar como si hubiéramos terminado con esto. Hora de seguir adelante. ¿Qué fue lo que dijo? "No sirve de nada recrearse en el pasado". Solo fue el maldito viernes, Red. ¿Eso es todo? ¿Simplemente seguimos adelante?

Red le puso una mano en el brazo. —No sé qué decir, colega. Nadie va a encontrar esto fácil, pero fingimos, ¿no?

—No estoy seguro de poder hacerlo.

—Sí puedes.

La tripulación de Red lo llamó para la planificación. Rob revisó el programa de vuelo pero no pudo ver su nombre.

—¿Teniente de Vuelo May? —Era Jean, la secretaria de Kilton.

—Hola, Jean.

—Debe presentarse en el servicio médico para un examen. Después, el comandante quisiera su informe escrito sobre el incidente del viernes.

—¿Entrego mi informe al Comandante Kilton, no a la Comisión de Investigación?

—Solo transmito la solicitud.

—De acuerdo. Gracias, Jean.

Mientras sus colegas continuaban con sus rutinas matutinas, Rob se dirigió solo al Oficial Médico de la Estación.

El delgado y arrugado doctor dio una profunda calada a su cigarrillo y ofreció el paquete abierto a Rob.

—No, gracias.

El doctor le miró los oídos, los ojos y la garganta antes de palparlo unas cuantas veces y declararlo apto.

—¿Eso es todo? —preguntó Rob.

—Eso es la parte física. ¿Cómo van sus nervios? Debió ser un momento bastante intenso.

Rob miró al suelo. Quería decirle al SMO que se sentía al borde de las lágrimas en cada momento de vigilia.

—Estoy bien.

El SMO sonrió. —Bueno, los cigarrillos pueden ayudar con los nervios y, por supuesto, un traguito de algo fuerte si todo se vuelve demasiado. —Terminó de escribir un breve informe con un floreo de su pluma estilográfica.

—Eso es todo. Puede irse.

De vuelta en la TFU, Rob se sentó en el antiguo escritorio de Millie con un montón de hojas en blanco para el informe, cada una previamente marcada con *SECRETO*.

Pasó los dedos por la superficie de madera, saboreando las suaves hendiduras que bien podrían haber sido hechas por la pluma de su viejo amigo.

Se puso a escribir a mano una descripción del vuelo.

Cuando llegó a los últimos segundos, compuso cada palabra con cuidadosa precisión.

Había comprobado la carta, evaluando el área frente a ellos en busca de un lugar adecuado para desactivar Guiding Light y ascender del vuelo a baja altura.

Speedy le había dicho algo, pero no podía recordar qué. Solo recordaba a Johnson, con la máscara de oxígeno puesta, la cabeza girada, mirando la carta.

Ninguno de los dos miraba hacia adelante.

La sacudida inicial lo había aturdido, y le costaba recordar cualquier detalle inmediato más allá de la sensación de desorientación.

Describió el momento en que Johnson se eyectó. Sabía que no era el momento adecuado, pero su única preocupación era la tripulación trasera.

Después de anotar los últimos y traumáticos segundos, dejó la pluma.

Algo pequeño se había levantado de sus hombros. No podía identificar qué, exactamente, pero de alguna manera describir la experiencia le había ayudado.

Por la tarde, se sentía desorientado. Oficiales y suboficiales trabajaban a su alrededor. La sensación de normalidad le irritaba.

A las 4 de la tarde llamó a la puerta de Kilton.

—Adelante.

El jefe le miró, con las cejas levantadas. Frente a él había un oficial de seguridad. La conversación se detuvo cuando él se quedó en el umbral de la puerta.

—Disculpe la interrupción. Pensé que podría irme a casa con Mary, si le parece bien, jefe.

—Sí, está bien, May —Kilton cogió un papel de su escritorio; Rob reconoció la letra del Oficial Médico de la Estación—. Revisa el programa de vuelo por la mañana.

—Gracias, señor —dijo Rob, retrocediendo y cerrando la puerta.

Sin despedirse de nadie más, caminó hasta su Healey y se sentó un momento, con las manos en el volante, pensando.

Se marchó conduciendo.

El personal de la puerta revisó su maletero y realizó un registro de la zona de los pies antes de dejarle salir.

En la carretera principal, giró a la izquierda.

La entrada al campo de paz estaba a solo unos cientos de metros por la carretera. A medida que se acercaba, redujo la velocidad, finalmente deteniéndose a unos veinte metros antes.

Puso una mano en la manilla de la puerta, pero un Land Rover militar verde con una luz azul en el techo apareció en su espejo retrovisor. Policía de Seguridad de West Porton.

Esperó a que pasara, y luego condujo hasta casa.

Capítulo Veintidós

Martes 28 de junio

A la mañana siguiente, la charla en la cafetería era menos apagada que el día anterior. Rob supuso que solo haría falta un día más para que todo volviera a la normalidad, quedando Millie, Brighty y Speedy relegados al pasado.

Red Brunson le encontró sentado en el antiguo escritorio de Millie.

—Oye, parece que necesitas una distracción, y tengo una para ti.

Caminaron hasta la ventanilla de administración.

La primera línea del programa de vuelo decía:

Tente May. - HUNTER F.4 - XF940 - REFAMIL

Kilton le había asignado un vuelo de refamiliarización en un Hunter monoplaza. La más básica de las tareas de vuelo.

—Eso sí que será divertido —dijo Red.

—O quizás piensa que podría ser un riesgo volando en equipo.

—Simplemente disfrútalo, colega.

De vuelta en la sala de planificación, varios hombres se agrupaban alrededor de cartas aeronáuticas y trazaban líneas en mapas. Rob atravesó la sala con su mono de vuelo, llevando un chaleco salvavidas amarillo, un casco plateado y una máscara de oxígeno.

Ya en la plataforma, inhaló el aire fresco y se le llenó la nariz del olor a parafina quemada.

Su mente regresó a los restos humeantes del avión estrellado en Gales.

Los fragmentos retorcidos de metal, el humo acre.

El brazo extendido.

Se apoyó en la pared del edificio para estabilizarse, luego encontró un banco cerca de la puerta y se sentó.

Un grupo de muchachos salió riendo y dirigiéndose hacia un Victor que les esperaba.

Le miraron de reojo y él sacó su carta del área local y se puso a estudiarla.

Los hombres bajaron la voz y continuaron su camino.

Un par de señaleros junior holgazaneaban junto al Hunter. Rob subió por una pequeña escalera roja adosada al lateral de la aeronave y colocó su casco en el asiento antes de bajar para revisar el avión antes del vuelo.

Mientras caminaba alrededor, se ocupó con la inspección: examinando las tomas de aire del motor para asegurarse de que estuviesen despejadas, comprobando la parte inferior en busca de fugas de fluidos.

Ya dentro de la aeronave se acomodó lentamente, confirmando su propia capacidad para operar.

Si ahora volviera caminando al edificio, ¿le permitirían volar de nuevo alguna vez?

Cerrando la cabina, dio vida al reactor.

El oxígeno comenzó a fluir, y tragó el aire a bocanadas.

Un señalero adolescente apareció frente a la aeronave. Rob hizo la señal, completó las comprobaciones previas al rodaje y obtuvo permiso de la torre. Después de que el adolescente le mostrara los calzos, Rob empujó el acelerador hacia adelante y la aeronave se sacudió. Tocó ligeramente los frenos de las ruedas para asegurarse de que funcionaban, y continuó hacia la pista de rodaje.

Se sintió más animado.

Lejos del TFU, solo en la aeronave monoplaza.

Se ocupó con las listas de verificación y los procedimientos. Habían pasado algunas semanas desde la última vez que había volado el Hunter del TFU y tenía pocas horas acumuladas.

Con los flaps ajustados a treinta y ocho grados y los compensadores en posición neutral, recibió su autorización y entró en la pista activa.

Avanzó el acelerador y observó cómo aumentaban las revoluciones del motor. A cuatro mil quinientas RPM comprobó el indicador de potencia; uno de los momentos críticos en un Hunter sería la falta de potencia en los controles de vuelo.

¿Estaba buscando una excusa para abortar el vuelo?

El indicador permaneció negro.

Rápidamente alcanzó los cien nudos y un momento después, el Hunter pareció elevarse por sí solo en el aire.

Rob miró hacia abajo al campamento pacifista a su derecha.

En una de esas tiendas: la bomba de relojería de los papeles perdidos.

La velocidad aérea aumentó lentamente; el Hunter vibró.

Volvió su atención a la cabina y se dio cuenta de que no había subido el tren de aterrizaje ni realizado las comprobaciones posteriores al despegue.

"¡Concéntrate!"

Llamó a la torre y estableció un rumbo de ciento sesenta grados, permitiendo que el reactor ascendiera a diez mil pies. Rob echaba ocasionalmente un vistazo a una carta aérea del sur de Inglaterra antes de volver a meterla en el lateral de su asiento eyectable.

Frente a él estaba la costa. El día estaba despejado y podía ver Bournemouth y el contorno distintivo de la Isla de Wight.

Bajó el morro y se estabilizó un poco más abajo a siete mil pies. Mientras sobrevolaba las playas de abajo, viró a la izquierda y tiró hacia atrás de la palanca, entrando en un giro de cuatro G.

El nerviosismo disminuyó.

Debajo y adelante, una embarcación rápida creaba una estela significativa. Curioso, empujó el morro del Hunter más hacia abajo y alineó la mira visual de disparo sobre el vehículo.

Mientras el reactor ganaba velocidad, redujo el empuje para mantener la velocidad en torno a los trescientos nudos. A unos ochocientos metros del objetivo, se dio cuenta de que era un aerodeslizador militar. El navío gris se apoyaba sobre una brillante falda negra, con espuma blanca arremolinándose en todas direcciones.

Dirigió el morro más allá del aerodeslizador y apretó el gatillo para simular un ataque, imaginando los proyectiles curvándose hacia abajo y golpeando la embarcación por debajo de la mira.

El Hunter pasó como un relámpago sobre el BH.7 a trescientos pies.

Metió el Hunter en un giro pronunciado e inclinado.

Rob sonrió bajo su máscara de oxígeno ante la sensación.

Continuó a lo largo del Solent. A su izquierda, un portaaviones permanecía atracado en Portsmouth. Manteniéndose a baja altura, utilizó los fuertes napoleónicos en el mar como puntos de referencia.

Un buque de guerra gris metalizado salía del puerto mientras él viraba de nuevo, consciente del espacio aéreo controlado alrededor del aeródromo Daedalus.

Los militares estaban por todas partes. Fragatas, portaaviones, aerodeslizadores. Todas estas ramas de las fuerzas armadas de Su Majestad; y aquí estaba él, pilotando un Hawker Hunter como piloto de la RAF.

Por primera vez en mucho tiempo, pensó en el mantra de Millie para los vuelos de prueba: que cada persona que les siguiera dependía de su diligencia. Cada marinero en cada barco, el piloto del aerodeslizador, los Royal Marines bajo cubierta... todos ellos confiaban en los hombres que vinieron antes y se aseguraron de que su equipo fuera eficaz. Y seguro.

La aeronave se bamboleaba en el denso aire a quinientos pies. Se alineó detrás de un buque portacontenedores, presumiblemente procedente de Southampton. Elevó la nariz y pasó a mil pies por encima. Comprobando la carta, vio que el espacio aéreo controlado comenzaba a dieciocho mil pies, así que aumentó la potencia, aceleró a cuatrocientos nudos y tiró de la palanca, asegurándose de escanear visualmente el aire sobre él mientras el Hunter se

disparaba hacia arriba. Hizo un bucle hasta quedar boca abajo, mirando en dirección opuesta.

Después de nivelar las alas y enderezar la aeronave, puso el acelerador al ralentí y dejó que descendiera.

Rob despejó el lado este de la Isla de Wight y viró, trazando círculos en el aire a cinco mil pies.

Eligió un objetivo más para una práctica de ataque antes de girar al norte, ascender y apuntar la nariz hacia West Porton.

Un aerodeslizador, dos fuertes y un petrolero estarían ahora en llamas, si sus ataques hubieran sido reales.

Le parecía una idea ridícula.

No era un guerrero.

Pero sabía volar. Era bueno volando, siguiendo procedimientos, evaluando sistemas. Era un buen piloto de pruebas.

Hasta hace poco.

Hasta el momento en que dejó de escuchar a su amigo más cercano.

Rob volaba mecánica y precisamente mientras se posicionaba para su regreso al aeródromo.

Entró en el circuito, comunicándose con el control de tráfico aéreo mientras realizaba las comprobaciones previas al aterrizaje. Todo completado con la consumada facilidad propia de un piloto experimentado.

Mientras descendía por el lado muerto, miró hacia el campamento de paz. Estaba disminuyendo de tamaño. Incluso desde ayer.

—Maldita sea.

En el aterrizaje final, dejó que el jet rodara largo, pasando con el taxi por el punto más cercano al campamento.

No había duda: se estaban marchando.

Había tomado su decisión.

Con los papeles y cintas cuidadosamente doblados en una vieja manta, Susie los colocó bajo la alfombrilla de goma y el juego de herramientas en la parte delantera de su VW Escarabajo.

Cerró el capó y bloqueó el coche.

De su tienda, descartó la mayor parte de su ropa y esperaba que el Servicio aprobara algunos gastos modestos para una excursión de compras a Salisbury.

La tienda en sí parecía desgastada y vieja; fue una suerte que no hubiera llovido. Otra razón para sacar los documentos sensibles de un escondite tan inadecuado.

Mientras salía a gatas, David apareció frente a ella.

—Parece que tu amigo ha vuelto. Debe gustarte mucho.

Rob marchó hacia el campo.

Un hombre y una mujer se le acercaron.

—Lo siento, no voy a aceptar un no por respuesta —dijo, mientras cambiaba de dirección para evitarlos.

—¡Eh! ¡Tío! —gritó el hombre—. Ella no quiere verte. ¿No lo dejamos claro?

Los ignoró y escaneó el campo.

—Maldición. ¿Adónde ha ido?

Un VW Escarabajo amarillo traqueteaba por el campo, con una mujer pequeña y de pelo oscuro al volante.

Echó a correr, eligiendo un ángulo de intercepción por delante del vehículo de movimiento lento.

El coche aceleró.

Sabía lo suficiente sobre los ángulos como para saber que apenas lo conseguiría.

Convergieron en la entrada del campo, pero el coche ahora iba por delante, rebotando en el terreno irregular.

Solo unos metros más. Resoplaba y sudaba.

Finalmente, Rob se acercó lo suficiente para extender la mano. Golpeó la ventana trasera con el puño, justo cuando el coche daba

un último estallido de ruido del motor y desaparecía en la carretera principal.

Rob se desplomó en el suelo, jadeando. Levantó la mirada para ver a todos los acampados de paz restantes mirándole fijamente. Un hombre sacudió la cabeza desconcertado y le dio la espalda, alejándose hacia las últimas tiendas.

Rob miró hacia el barro seco, respiró hondo, se levantó y se marchó.

Había aparcado a cincuenta metros, como precaución, así que perseguir a la mujer en su coche era imposible.

Se había ido.

De vuelta en casa, se cambió rápidamente, sacudiendo su uniforme lleno de barro por la ventana.

Mary sirvió un asado de cordero para la cena.

—Pensé en hacer un asado. Algo parecido a la normalidad —tropezó con la última palabra—. No quería decir eso, no quiero decir que debamos... volver a la normalidad.

Él le sonrió.

—Está bien. Se ve delicioso.

Comieron en silencio.

—¿Volarás de nuevo la semana que viene? —preguntó Mary.

—He volado hoy, de hecho.

—Oh. ¿No es un poco pronto?

Rob empujó un trozo de carne oscura en su tenedor.

—El jefe quería que volara. Ya sabes cómo es.

—¿Y qué tal ha ido?

Rob se encogió de hombros.

—Bien. Solo un corto viaje en un Hunter —hizo una pausa—. En realidad, lo disfruté bastante.

Mary se inclinó y tomó su mano.

—Y eso está bien. Está bien disfrutar de las cosas. Es lo que Millie habría querido.

Soltó su mano y terminaron la comida en silencio.

Después de cenar, con un paño de cocina en la mano, miró hacia la calle.

Mary le pasaba la vajilla mojada.

Una pareja pasó caminando, empujando un cochecito.

Un perro grande con una correa corta arrastraba a un adolescente por la acera.

El sol brillaba, la gente parecía feliz.

—Lo siento —dijo Rob—. No puedo hacer esto.

Dejó el plato encima, salió de la cocina y subió apresuradamente las escaleras.

Se acurrucó en la cama. Mary le siguió y, cuando él se dio la vuelta para mirarla, era evidente que ella también había estado llorando.

—Lo siento —dijo él—. A veces simplemente no puedo evitarlo.

Ella se subió a la cama. Se abrazaron.

—Quiero ayudarte, Rob.

—No puedo explicarlo, pero siento que no estoy en ninguna parte en este momento. No siento que haya vuelto al TFU. Nada parece igual, nada se siente normal.

—Echas de menos a Millie.

—Es más que eso. —Apretó la cabeza contra la almohada.

—¿Entonces qué, Rob? ¿Qué es? ¿La caja?

—Sí. Está pasando algo, puedo sentirlo, simplemente no sé qué es. Creo que mi única oportunidad de salvar a Millie estaba en algún lugar de esos papeles.

—Es normal que te sientas culpable, siendo el único superviviente. ¿Quizás sea eso?

—Quizás.

Ella acercó su cabeza hacia él y se besaron. El abrazo continuó. Él rodó encima de ella y ella gimió suavemente.

Sin cerrar las cortinas ni las ventanas, hicieron el amor.

Mary se rió mientras intentaba mantener sus gemidos lo más silenciosos posible, consciente de que los vecinos bien podrían estar en el jardín en una tarde de verano.

—No hay que asustar a los MacLeish.

Después, Rob volvió a girarse de costado, empujando sus pantalones descartados al suelo.

Una calidez le invadió.

Acarició el pelo de Mary, bajando la mano y dejándola rozar sus pechos.

—Ya casi nada se siente bien, pero esto sí.

—Me alegro. —Le besó en la frente—. Creo que es hora de dejar ir lo de la caja.

Un escalofrío despertó a Rob. Estaba oscuro. Se puso unos pantalones de pijama y cubrió a Mary con una sábana.

Bajó sigilosamente y se sirvió un vaso de agua en la cocina, bebiéndolo bajo el resplandor anaranjado de las farolas.

La luz del salón seguía encendida. Entró y encontró las puertas francesas abiertas. Polillas e insectos revoloteaban alrededor de la bombilla caliente. La apagó y fue a cerrar las puertas que daban al jardín.

El césped parecía de un color gris pálido mientras una luna llena luchaba por imponerse sobre el naranja de sodio de los focos del perímetro de la RAF West Porton.

Se quedó un momento mirando la noche tranquila.

Directamente a los ojos de la joven.

Retrocedió tambaleándose y casi gritó.

Ella se llevó un dedo a los labios y dio un paso hacia la tenue luz del patio.

Enmarcada en la puerta, le siseó.

—¿Robert May?

—Sí.

—Necesitamos hablar. El jueves por la tarde en este pub.

Le entregó un trozo de papel.

—No se lo cuente a nadie. Actúe con normalidad en el trabajo. ¿Lo entiende?

Él asintió.

—Y deje de aparecer en el maldito campamento por la paz.

Capítulo Veintitrés

Miércoles 29 de junio

En la cafetería, Rob se sirvió una taza y añadió dos terrones de azúcar.

Solo detrás del mostrador de madera, sacó el pequeño trozo de papel de su bolsillo y lo leyó una vez más.

The Bell Inn

Wylye

19.30 EN PUNTO

—¿Qué tal el vuelo en el Hunter?

Rob cerró el puño, sujetando el papel con fuerza. Levantó la mirada y vio a Jock MacLeish.

—Muy agradable, gracias.

MacLeish arqueó una ceja. —¿Ah, sí? ¿Te encuentras mejor?

—Sí, bueno, no sirve de nada recrearse en el pasado, ¿verdad?

MacLeish no parecía convencido, pero le dio una palmada en el hombro.

Rory Davies anunció su presencia en la sala de planificación.

—Malditos hippies por toda la jodida carretera. Casi atropello a uno.

—Deberías haberlo hecho —respondió alguien.

—En serio. Idiotas con tiendas y bolsas, ocupando toda la puñetera calle, caminando sin rumbo a saber dónde. Deliberadamente ignoraron mi claxon.

—Al menos se están marchando —dijo Jock.

—Ya era hora. Pequeños comunistas quejicas. Un peligro para la sociedad y una amenaza para los conductores. Buen viaje.

Rob observó el intercambio sin participar. Se acercó al escritorio de planificación. Después de su regreso al estado de vuelo de ayer, le habían asignado un viaje poco emocionante en un Canberra, haciendo diagramas polares con un sistema de brújula recién instalado. La prueba requeriría casi tres horas de órbitas a gran altura sobre la misma ruta al norte de Warrington.

El navegante asignado, un teniente de vuelo junior llamado Watkins, se unió a él, y planificaron el viaje.

Rob levantó la mirada para ver a un capitán de grupo flanqueado por un piloto que reconoció de Boscombe Down y otro oficial, sin alas, caminando a paso firme junto a los escritorios.

Kilton salió de su oficina, les estrechó las manos y los hizo pasar.

Al cerrar la puerta, Kilton recorrió la sala con la mirada. Rob bajó rápidamente los ojos hacia su plan de vuelo.

—La comisión de investigación, supongo —dijo Watkins.

—Sé quiénes son. Limitémonos a planificar esto y despegar.

Después de recoger la ropa de vuelo y el equipo, caminaron hasta el avión. Rob dejó su casco y chaleco salvavidas junto a la escotilla abierta antes de realizar las comprobaciones prevuelo.

Mientras rodeaba el morro, presionando el pestillo para asegurarse de que estaba seguro, Kilton salió a la pista con el capitán de grupo y señaló a Rob.

El oficial superior se acercó, dejando a Kilton junto a la puerta.

—¿Teniente de Vuelo May?

—Sí, señor.

—Soy el Capitán de Grupo Gordon McClair. Me han nombrado Presidente de la Comisión de Investigación sobre la pérdida del Vulcan XH441.

McClair tenía ojos azules y cabello rubio. Parecía que encajaría en la portada de una novela romántica, pero sus ojos eran agudos e

inquisitivos.

—Bueno, no quiero molestarle. Veo que está a punto de volar, lo cual es satisfactorio. Solo quería saber cómo se encuentra y si está listo para sentarse y revisar los acontecimientos con nosotros.

—Estoy bien, gracias, señor. Tenía dolor de espalda, pero se me pasó durante el fin de semana.

—Bien. Su jefe me dice que es usted un piloto ejemplar y, extraoficialmente, pensé que debería saber que ya tenemos una indicación muy temprana de la causa. Pero, por supuesto, necesitaré su versión de los hechos para corroborarla. No quiero que se preocupe indebidamente. Ahora, mañana estaré en Farnborough y volveré aquí el viernes. ¿Puedo incluirle entonces?

—Sí, señor.

—Bien. —McClair se demoró un momento—. ¿Está completamente seguro de que se encuentra bien?

—Sí, señor.

—No queremos más contratiempos allá arriba. —Miró de reojo al Canberra.

—Está bien, señor. Subí ayer y me lo saqué del sistema, por así decirlo.

—Bien. Le veremos el viernes.

McClair se giró y volvió junto a Kilton con el andar envarado tan común en muchos oficiales superiores.

—Parecía simpático —dijo el navegante.

—Vamos. —Rob se puso el chaleco Mae West y subió a la cabina.

Quince minutos después, hizo señales a los controlistas de que iba a realizar un arranque con cartucho. Presionó el botón y miró por encima del hombro mientras una columna de humo negro emanaba de la parte superior del motor de estribor. De vuelta en la cabina, observó cómo aumentaban las revoluciones y el motor arrancaba.

El vuelo fue tan rutinario como parecía en el papel.

Durante los tramos rectos y lentos, era difícil mantener sus pensamientos únicamente en el vuelo.

¿Y si era una trampa? ¿Y si ella le estaba chantajeando?

—¡Te lo has pasado! —llamó Watkins por el intercomunicador.

—¿Qué? Ah, perdona. —Rob miró las agujas que habían ajustado para la órbita. Inclinó a la izquierda, mirando hacia adelante para comprobar que el espacio aéreo estaba despejado.

—¿Quieres que te cuente hasta el siguiente giro? —preguntó el navegante.

—No. Está bien.

Desterró aquellos pensamientos errantes de su mente y se concentró en el vuelo.

Tras dos horas y diecisiete minutos abandonaron la órbita de seguimiento y pusieron rumbo al sur.

Tan pronto como apagaron motores, el navegante abrió la escotilla para dejar entrar algo de aire fresco.

Rob le siguió hasta la TFU donde Jean, la secretaria de Kilton, le estaba esperando.

—El comandante de ala Kilton quisiera ver su cuaderno de vuelo, por favor, señor May.

—Oh, aún no lo he completado.

Jean permaneció allí inmóvil. Estaba claro que no pensaba marcharse sin él.

Dejó su casco y, todavía con el resto del voluminoso equipo de vuelo puesto, se inclinó sobre un escritorio y rellenó la entrada del vuelo del Canberra antes de entregárselo.

—¿De qué se trata?

—No hay motivo para ponerse nervioso. Es solo parte de la investigación —dijo ella dirigiéndose de vuelta a la antesala del despacho de Kilton.

Cuando se acercaba la hora de volver a casa, MacLeish, Red y algunos de los otros se dirigieron al bar a tomar unas copas. Rob se

unió a ellos.

Se bebió su primera pinta y se inclinó hacia MacLeish.

—Jean se ha llevado mi cuaderno de vuelo.

MacLeish se encogió de hombros. —¿Para el BOI?

—Quizás. Pero usó la palabra "investigación", lo que me pareció extraño.

—Ah. Entonces no es el BOI. Será por lo otro. Lo de la taquilla de Millie y todo eso.

MacLeish bebió su cerveza y se dio la vuelta.

Capítulo Veinticuatro

Jueves 30 de junio

La noche siguiente, Rob condujo el Healey a través del campo por los Winterbournes, un grupo de pequeños pueblos salpicados de edificios militares.

The Bell Inn era antiguo, con una pequeña puerta de madera que le obligó a agacharse al entrar.

Un anciano con barba blanca saboreaba un vaso de cerveza oscura en la barra. A sus pies dormía un golden retriever.

Detrás de la barra, una mujer bajita y robusta observó a Rob por encima de sus gafas de media luna.

—¿Qué va a tomar?

Rob examinó las cervezas de grifo.

—Una pinta de Harp, por favor.

Un pez disecado reposaba en una vitrina de cristal montada en la pared sobre el hombre barbudo. Un lucio: largo, con dientes de aspecto desagradable.

La dueña le dedicó a Rob una sonrisa bastante agradable y bajó un vaso de un gancho.

Sirvió la cerveza, mientras el hombre se giraba a medias para observarle, antes de agacharse para acariciar a su perro.

—¿Está usted solo? —preguntó la dueña.

—Estoy esperando a una amiga.

—¿Quiere que le abra una cuenta?

—Gracias —asintió, y ella anotó la bebida en un bloc junto a la caja registradora.

Rob cogió la pinta y se dirigió a una mesa pequeña y redonda, lo más alejada posible de la barra. Se acomodó en una esquina junto a la chimenea.

El lugar olía a madera vieja. Herraduras de latón estaban clavadas en las vigas y feas jarras Toby miraban fijamente a las sillas vacías.

La puerta se abrió y entró la joven.

Había experimentado una transformación. La melena negra a lo bob era ahora rubia y hasta los hombros. También se veía más elegante.

Él se puso de pie. Ella le sonrió, saludó con la mano y exclamó:

—¡Hola!

La dueña cogió una copa de vino, anticipándose a un nuevo pedido. —El caballero tiene una cuenta abierta, ¿qué le apetece tomar?

—Media Guinness —dijo la mujer con tono alegre. La dueña volvió a colocar la copa de vino en su sitio y sirvió la cerveza negra en un vaso recto de media pinta. Hubo una pausa mientras dejaba que la cerveza se asentara antes de terminar de llenarla. Rob permaneció de pie, sintiéndose incómodo.

La joven se acercó a la mesa. Parecía amigable y segura, como si se reunieran allí todos los jueves por la noche. Siguiendo años de entrenamiento sobre buenos modales, dejó que ella tomara asiento antes de volver a sentarse.

Ella se inclinó y le besó en la mejilla.

—¿Cómo estás? —dijo, lo bastante alto para que los otros dos ocupantes del pub pudieran oírla.

—Bien, gracias.

Su nuevo peinado marcaba la diferencia, pero su ropa lo cambiaba todo. Habían desaparecido las camisetas holgadas y los vaqueros descuidados. Ahora llevaba una elegante blusa color crema

y pantalones negros, y tenía un bolso nuevo y reluciente. Parecía que acababa de salir de una oficina, no del campamento pacifista.

Le estudió con sus claros ojos verdes. Tenía una boca hacia abajo, con hoyuelos en ambas mejillas.

Colgó su bolso en la silla antes de cruzar las manos sobre la mesa.

—¿Qué tal tu día?

—Bien, gracias.

Se acercó más. —Esperemos a que el ruido de fondo aumente un poco.

Sus ojos recorrieron el pub vacío.

La puerta se abrió de nuevo y entraron tres hombres con botas, chaquetas enceradas y rostros rubicundos.

Se reían de algo, y la dueña los saludó por su nombre. La mujer volvió a inclinarse hacia delante.

—¿Por qué robaste documentos Alto Secreto de los militares?

—No sé a qué te refieres.

—Los tenías en tu casa.

—No los robé.

—Entonces, ¿por qué los tenías?

Ella mantuvo su sonrisa serena. A simple vista, cualquiera pensaría que estaban teniendo una charla íntima sobre planes de vacaciones.

Los tres recién llegados se situaron en la barra y comenzaron a disfrutar de sus bien merecidas pintas, charlando ruidosamente sobre alguna aventura con una empacadora.

Ella habló de nuevo. —¿Georgina Milford te los dio para que los escondieras?

—No.

—Entonces, ¿cuál fue el acuerdo, Robert?

Él negó con la cabeza. —¿Quién eres?

—No te preocupes tanto, llamarás la atención.

—No puedo mostrarme de otra manera en este momento.

—Bueno, ser pillado con material de Guiding Light significa tiempo en prisión. ¿Por qué arriesgarte? —Hablaba con tanta naturalidad, pero Rob se estremeció al oír el nombre del proyecto.

—Quería devolverlos, pero... es complicado.

Ella se reclinó y cruzó los brazos, aquellos ojos verdes evaluándole constantemente.

—Cuéntame. Puedo lidiar con cosas complicadas.

—¿Estás con el CND?

Ella llevó la mano a su bolso, desabrochó la correa y sacó una hoja de papel, colocándola en la mesa entre ellos. Rob miró hacia abajo mientras ella la giraba para que quedara frente a él. No reconocía la letra, pero el patrón de números y ecuaciones le resultaba familiar.

—¿Son las notas de Millie?

—¿Millie?

—Milford. Christopher Milford. Todos le llamaban Millie.

Ella asintió. —Las copié.

—¿Dónde está el original?

—A salvo. Mira, Robert...

—Rob. Y todos me llaman Rob.

Ella soltó una pequeña risa. —Rob y Millie. Vosotros, los chicos. Tal como en el internado.

—No fui a un internado.

—Sé que no fuiste.

Él la miró fijamente. Ella volvió a reírse. —Puedes llamarme Susie.

—¿Es ese tu verdadero nombre?

Ella arqueó una ceja. —¿Qué clase de persona se inventa nombres? —Golpeó suavemente la hoja otra vez—. ¿Qué significa esto?

Rob estudió las notas.

262 ll/d
TFR 100
5 dys
250/y
= 25,000
0.014% = 3.5
2.5 Cr/ = 8.75

—No lo sabes, ¿verdad? —preguntó ella, sonando decepcionada.

Él puso una mano sobre el papel. —Podría deducir algo, pero necesito quedármelo.

Ella negó con la cabeza. —No sé, Rob. Eres un poco impredecible. Apareciendo en un campamento pacifista, gritando a diestro y siniestro. No sé si puedo confiar en ti.

—¿Que no puedes confiar en *mí*? No tengo ni idea de quién eres tú. —Habló más alto de lo que pretendía; algunas cabezas se giraron en la barra.

Susie miró alrededor y volvió a mirarlo, riéndose. —Eres tan gracioso. —Se inclinó hacia delante y lo besó en los labios antes de recostarse en su asiento y dar un sorbo a su bebida.

A él le latía con fuerza el corazón. Era joven y guapa. No había besado a otra mujer desde que conoció a Mary.

Ella se incorporó de nuevo.

—Verás, Rob, ni siquiera puedo confiar en que mantengas la voz baja. Intentemos parecer una pareja normal y corriente, para que nadie nos recuerde.

—Lo siento.

—¿Cuál es tu próximo movimiento? —preguntó ella, de nuevo con la misma sonrisa, como si estuviera preguntando por sus planes para el sábado por la noche.

—Necesito que me devuelvas la caja, por favor. Por eso estoy aquí.

—¿Y qué harás con ella?

—No lo sé.

—Vaya, eso suena a un plan muy sólido.

Él se encogió de hombros.

—Vale. ¿Qué tal si te cuento lo que sé? Tu amigo Millie encontró algo, ¿no? Algo que le preocupaba. Algo que necesitaba denunciar, pero no por los canales habituales. ¿Voy bien?

—Quizás.

—¿Es por eso que está muerto, Rob?

—No.

—¿Estás seguro?

—Está muerto porque yo no estaba prestando atención.

—¿El accidente fue culpa tuya?

Él respiró hondo. —No lo sé. No, probablemente no. Pero podría haberlo evitado. Eso creo.

—¿Y te sientes culpable?

—Disculpa, ¿quién dijiste que eras?

—¿Otra copa, Teniente de Vuelo?

Miró hacia abajo y vio que había terminado su primera pinta. Susie se dirigió a la barra.

Mientras Rob la observaba charlar con la dueña del pub, intentó conciliar la imagen de esta mujer inteligente y segura de sí misma con la de una pacifista que vivía en una tienda de campaña.

Ella regresó a la mesa.

Él abrió la boca para hablar.

—¿Entonces qué encontró? —preguntó ella antes de que él pudiera pronunciar la primera palabra.

—No puedo discutir eso contigo bajo ningún concepto.

—Lo entiendo. —Asintió—. Bien, probemos esto. No soy, como habrás adivinado, miembro de la Campaña para el Desarme Nuclear. De hecho, estaba encubierta, vigilando a los tipos subversivos desde dentro. Así que, ahora conoces mi secreto y podrías comprometerme fácilmente, ¿no es justo que compartamos algo de información? Después de todo, no voy a devolverte la caja a menos que esté segura de que la seguridad del país no corre peligro contigo.

—¿Conmigo?

Ella se encogió de hombros. —Realmente no sé qué hacías con ella, señor May. Todo lo que sé es que estás desesperado por recuperarla.

Él volvió a mirar alrededor del pub. Los granjeros se habían sentado. El hombre con el golden retriever seguía en la barra, y otras dos parejas se sentaban en mesas cercanas.

—¿Trabajas para la policía? —preguntó.

—Más o menos. Un poco más arriba en la cadena. Soy el tipo de persona que podría haber ayudado a tu amigo, si los acontecimientos no lo hubieran impedido.

—¿Le habrías ayudado?

—Me pidió ayuda. De hecho, íbamos a reunirnos el sábado por la mañana. Él confiaba en mí, Rob. Así que creo que tú también

puedes hacerlo.

—¿Ibas a reunirte con Millie?

Ella asintió. —Sí. En la iglesia de Santa María y San Mellor. Estaba dispuesta a escuchar lo que fuera que tuviera que decir. Pero murió horas antes. Y me cuesta ver eso como una coincidencia.

Rob se llevó una mano a la frente y apoyó un codo en la mesa. Dio un largo y profundo suspiro.

—Ya no sé qué pensar. Ya no sé nada.

—¿Qué es lo que no sabes?

Negó con la cabeza. —El accidente. No fue deliberado. Pero...

—¿Pero?

Rob se sentó erguido y la miró fijamente.

—Creo que me han manipulado.

Recogió las notas crípticas. —No puedo descifrar exactamente estas notas, pero está claro que Millie creía que el sistema tenía fallos. Supongo que de eso tratan los números. El caso es... —Miró fijamente la letra de Millie—. El caso es que ya no importa.

—¿Ya no importa?

Rob negó con la cabeza. —No. El accidente demostró su punto y, en cierto modo, logró su objetivo. Ha acabado con el proyecto. Al peor precio posible.

—Entonces, ¿Guiding Light está muerto?

—Sí. El Presidente de la Comisión de Investigación prácticamente me ha dicho que saben la causa y solo puede ser el láser.

—¿Láser?

—Olvida que he dicho eso, por favor.

—Claro. Pero lo que no entiendo, Rob, es cómo funciona vuestra base. Millie era un oficial superior, ¿verdad? Si tenía preocupaciones, ¿por qué seguíais volando?

Rob inclinó la cabeza. —Sospecho que de eso quería hablarle Millie. No había pruebas contundentes. Solo un momento en que algo pudo haber salido mal. Así que su objeción fue desestimada.

—¿Tu jefe desestimó las preocupaciones de sus pilotos?

—Millie era oficial de electrónica aérea.

Rob observó las burbujas de su pinta.

—Oh, ya veo —dijo Susie—. Era solo Millie. Entonces, ¿tú tampoco le creíste?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Quiero decir... me puse del lado del jefe porque en ese momento me pareció lo correcto.

Susie se reclinó, sin quitarle los ojos de encima. Por una vez no dijo nada.

—Era confuso. Kilton, el jefe, me convenció de que el sistema funcionaba normalmente. Estuve de acuerdo por el bien del proyecto. Le di una explicación alternativa. —Miró a Susie a los ojos —. Pensé que era lo correcto, hacer lo que harían los pilotos de prueba experimentados. Han visto de todo y no se alteran por un momento extraño en el aire.

—Además, es mi jefe. Me soltó todo ese discurso sobre que Millie era viejo y estaba a punto de jubilarse. Dijo que yo era el futuro y que cuando las cosas ocurren rápidamente en los aviones, se necesitan personas que tomen decisiones rápidas como yo. ¿Qué más podía hacer?

De nuevo, Susie permaneció callada.

—¿Está Kilton en problemas ahora que resulta que Milford tenía razón? —preguntó finalmente.

Rob negó con la cabeza. —Lo dudo. No es así como funciona. Ni siquiera sé si hay un registro oficial del primer incidente. Pero ha perdido el proyecto al que estaba tan dedicado. Supongo que eso es castigo suficiente.

Ella terminó su bebida y recogió el trozo de papel, guardándolo de nuevo en su bolso.

—Bien, pues ya está. Parece que el accidente hizo lo que Milford quería, solo que él pagó un precio muy alto. —Puso una mano sobre la de él—. Mira, dudo que una intervención tuya hubiera marcado alguna diferencia. Si conozco a los militares y a hombres como Kilton, no cambian de opinión fácilmente y siempre se salen con la suya.

—Ni siquiera lo intenté.

—Bueno, ya está hecho.

Se levantó.

Rob permaneció en su asiento, las palabras pronunciadas con tanta naturalidad destrozándolo por dentro.

—¿Qué hay de la caja? —preguntó ella.

Lentamente, él se puso en pie.

—En realidad, no sabría qué hacer con ella. No me imagino entrando tranquilamente en West Porton para devolverla. Querrían saber exactamente por qué la tenía. Además, creo que Kilton la utilizaría para destruir la reputación de Millie e intentar recuperar el proyecto.

—¿Quieres que me deshaga de ella?

—¿Puedes quemar los documentos? Creo que es la única manera garantizada de asegurarnos de que no caigan en manos equivocadas.

—No estoy segura de que la señora Holleroid permita hogueras en el Prickwillow B&B, pero seguro que puedo organizar algo. Déjalo en mis manos.

Rob pagó la cuenta en la barra y salieron juntos, deteniéndose cerca de un Volkswagen Escarabajo en el aparcamiento de grava.

—Ha sido un placer conocerle, señor May.

—Igualmente. Adiós, Susie.

Ella miró hacia la posada, luego le dio un beso de despedida.

—Solo para aparentar, ¿entiendes?

La observó subir al coche antes de dirigirse al suyo.

Ella se alejó rápidamente. Él arrancó el motor, sintiéndose de repente entumecido.

La pregunta de ella le había herido.

Oh, ya veo. Era solo Millie. ¿Así que tú tampoco le creíste?

Le resultaba difícil conducir.

Después de una milla, se detuvo en un apartadero y lloró.

Capítulo Veinticinco

Viernes 1 de julio

El edificio del cuartel general estaba en silencio. Rob caminó por el pasillo verde lima y echó un vistazo a las oficinas.

La penúltima puerta a la izquierda estaba abierta. El Capitán de Grupo Gordon McClair estaba sentado de espaldas a él.

—*Ejem.*

McClair se dio la vuelta rápidamente.

—Teniente de Vuelo May.

Rob saludó militarmente.

—Tome asiento.

Mientras Rob se sentaba, vio su informe manuscrito del accidente sobre el escritorio, con anotaciones en tinta azul añadidas en varios puntos.

—Gracias por sus observaciones, May. Muy minuciosas y muy útiles. Y gracias por su honestidad sobre los momentos previos al accidente. Usted está en una posición bastante única como único superviviente y agradezco su franqueza. Le será útil durante este proceso.

—Sí, señor.

—Así que, empecemos por el principio.

Durante media hora, Rob guió al presidente de la comisión de investigación a través de la planificación y ejecución del proyecto Guiding Light. Explicó el procedimiento para entrar en una puerta de vuelo a baja altura y cómo cedían el control al sistema. En cuanto al momento del accidente, Rob ralentizó su explicación, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

Explicó cómo había desplegado la carta de navegación, para asegurarse de que podía seleccionar un área segura para volver a ascender a mil pies.

—¿Estaba planeando asegurarse de que sería una maniobra segura?

—Sí, señor.

—¿Y qué buscaba exactamente? Es decir, ¿dónde sería un lugar inadecuado para ascender?

—Bueno, no querría interrumpir el piloto automático si estuviera maniobrando con fuerza, lo que suele ocurrir a baja altura. Así que idealmente en un lugar plano, donde no estés ascendiendo, descendiendo o inclinándote.

McClair tomó algunas notas. —Ya veo. ¿Y es lo mismo para desactivar el sistema?

Rob pensó un momento. —Sí. Normalmente seleccionamos vuelo nivelado antes de volver al control manual.

—¿Cuál sería el resultado si lo desactivara durante un descenso, por ejemplo?

—No es necesariamente algo terrible, pero la aeronave continuaría descendiendo a menos que intervinieras manualmente. Lo que por supuesto harías. Solo desconectarías con las manos en la palanca y el acelerador, preparado.

—Gracias, Teniente de Vuelo. Y para que me quede completamente claro, ¿el comandante Johnson era el piloto nominal para este tramo?

—Sí. Seguíamos llamándolo así, aunque Guiding Light estaba realmente manejando la aeronave, tu trabajo era monitorear y estar listo para intervenir.

—Pero como señala aquí, ¿Johnson estaba mirando hacia usted en el momento del impacto contra el suelo?

Rob se tomó su tiempo. El recuerdo era nebuloso y aún más borroso por el horror.

—Creo que estaba mirando la carta, tal vez para informarse antes del ascenso. Pero realmente no estoy seguro de por qué. Yo estaba a punto de informarle y darle un punto de referencia.

Durante los siguientes veinte minutos, McClair le presionó sobre los últimos treinta segundos. Rob mantuvo un tono monótono, tratando las preguntas como un ejercicio académico, intentando distanciar sus emociones lo mejor posible.

Pero las preguntas de McClair lo hicieron difícil.

—¿Se comunicó con Milford y Bright mientras intentaban escapar? ¿Los vio?

—Sí, señor. Normalmente dejábamos abierto el separador de la cabina, así que podía girarme y verlos.

—Descríbamelo, por favor.

Rob miró las marcas de bolígrafo y los arañazos en la mesa. ¿Cuántos hombres habían pasado por esto antes? ¿Cuántos pilotos de bombarderos en la guerra habían regresado por la aeronave para saltar en paracaídas, pasando junto a colegas muertos y heridos mortalmente?

—Bright estaba fuera de su asiento. Tenía las manos en el lateral del compartimento. Recuerde, estábamos boca abajo pero todavía girando. No había logrado avanzar hacia la escotilla. Fue empujado aún más lejos de ella, mientras yo miraba. Era como una pesadilla donde corres a través de melaza intentando escapar de alguien.

—¿Y el Comandante Milford?

Rob negó con la cabeza. —Parecía paralizado. Solo me miraba fijamente. —Su voz finalmente se quebró.

McClair dejó el bolígrafo. —Tómese su tiempo, Teniente de Vuelo. Sé que esto debe ser duro.

Rob respiró hondo varias veces.

—Estaba herido, con un corte en la frente. Creo que estaba aturdido. Incluso si la escotilla se hubiera abierto, Steve Bright habría tenido que sacarlo a la fuerza.

McClair tomó notas.

—Solo tengo un área más sobre la que necesito preguntar. El momento de la eyección del Comandante Johnson. ¿Lo hablasteis en algún momento?

Rob negó con la cabeza. —No. Apenas dijimos nada. Me tomó por sorpresa.

—¿Entonces actuó unilateralmente?

Rob asintió.

—Gracias, May. Ha sido de gran ayuda. ¿Tiene preguntas para mí?

—¿Cuándo estará listo el informe?

McClair se encogió de hombros. —Acabamos de empezar el examen de los restos principales, y tengo que hablar con un testigo ocular en Gales. Después juntaremos todo, pero no será hasta dentro de un tiempo, me temo. Ya sabe cómo es esto. —Ordenó sus papeles en una sola pila—. Pero no espero que cambien nuestras conclusiones.

—Supongo que no podría ser otra cosa.

McClair frunció el ceño. —¿Ya ha hablado con usted el Comandante de Ala Kilton?

—No. Es solo que... Debe haber sido Guiding Light.

McClair se reclinó en su silla. —Normalmente no discutiríamos nuestras conclusiones preliminares públicamente, no es que nada de esto vaya a hacerse público durante algunas décadas, por supuesto, pero el Comandante de Ala Kilton está interesado en que comparta nuestros hallazgos iniciales contigo. Creo que le preocupa tu sentimiento de culpa, al ser el único superviviente.

—Lo que estoy a punto de contarte es preliminar, pero como digo, me sorprendería mucho que las conclusiones cambiasen. Debido a la naturaleza sensible del proyecto, se nos exigió recuperar primero los paneles y equipos de Guiding Light de los restos. Todo eso ha sido minuciosamente examinado por expertos técnicos en Farnborough con la ayuda de técnicos de Blackton. Ahora estamos seguros de un hecho: Guiding Light no estaba operativo en el momento del impacto contra el suelo.

—Perdone, ¿qué?

—Bueno, no estoy seguro de cuán familiarizado estás con el panel de la bahía trasera, pero quizás sepas que hay un interruptor maestro. Estaba en posición de apagado. Así que, verás, tenías un mapa frente a ti, planificando con antelación, lo cual no es irrazonable. Speedy apartó la vista del terreno, y en ese momento, Guiding Light estaba desconectado. Como sabes, no hay alarma sonora y por tanto ninguno de los dos lo notó. Pero la aeronave ya estaba a trescientos pies y descendiendo, suavemente, así que sufristeis un golpe de refilón contra el suelo, suficiente para dañar gravemente los elevones del lado de babor y llenar los motores de tierra.

Rob se quedó boquiabierto.

—El Comandante de Ala Kilton sugirió que la conclusión podría sorprenderte, pero yo esperaba que te tranquilizara. No podrías haberlo previsto, y ciertamente estabas actuando de manera apropiada, realizando planificación en vuelo. Es una lástima, por supuesto, que Speedy Johnson eligiera ese momento para distraerse de su tarea.

Rob negó con la cabeza. —Lo siento, señor. Me cuesta asimilar esto. ¿Dice que el interruptor maestro en el panel trasero estaba apagado?

—Estaba definitivamente en posición de apagado. Hay varias explicaciones posibles y se enumerarán en el informe final.

—¿Como cuáles?

—Bueno, el Comandante de Escuadrón Milford podría haberse desorientado. Después de todo, era bastante mayor para estar volando a baja altura en la parte trasera de un Vulcan. —Rob negó con la cabeza, pero McClair continuó—: Podría haberlo golpeado inadvertidamente con algo como la funda de una cinta magnética. O, y dudo en sugerir que esto sea probable, pero tenemos que considerar la posibilidad de que Milford lo hiciera deliberadamente.

Rob se quedó mirando, atónito hasta el silencio.

—Como digo —continuó McClair—, no soy partidario de esa última posibilidad, pero tengo entendido que Milford se había puesto en contra del proyecto y hay una corriente de opinión que sostiene que podría haberse beneficiado de la repetición de un incidente

anterior en el que creía que Guiding Light había sufrido brevemente una aberración. La teoría sugiere que pretendía desconectarlo momentáneamente, el tiempo suficiente para que vosotros dos os dierais cuenta y reclamarais el control del Vulcan. Desafortunadamente, ninguno de vosotros estaba mirando hacia fuera en ese preciso momento. Pero como digo, es rebuscado en mi opinión y puede que ni siquiera llegue al informe final.

Rob se inclinó hacia delante. —Pero Guiding Light nos estaba pilotando. No puede haber estado apagado. Y Millie tenía razón. Había algo mal. Algo escondido dentro que no funcionaba.

McClair le lanzó una mirada de simpatía. —Me han dicho que eras cercano a Christopher Milford.

—Con el debido respeto, señor, ¿por qué es eso relevante?

—Bueno, el Comandante de Ala Kilton sugirió que podrías encontrar difícil de digerir cualquier culpa atribuida a Milford. Pero debo decirte lo que encontramos. El interruptor maestro, como quizás sepas, está protegido. He inspeccionado el otro Vulcan de TFU y lo he visto por mí mismo. Los investigadores en Farnborough, que tienen amplia experiencia en tales asuntos, están convencidos de que las fuerzas del impacto no podrían haber movido el interruptor. Las protecciones metálicas no están dañadas y como todos los interruptores de este tipo, requiere una fuerza específica. No, es un hecho inmutable de nuestra investigación que el interruptor maestro estaba en posición de apagado y por lo tanto Guiding Light no estaba operativo en el momento del impacto contra el suelo. La buena noticia para ti es que el proyecto continúa. Creo que reanudaréis tan pronto como la semana que viene. Es decir, ¿si deseas hacerlo? Nadie te culpará, Robert, si pides ser transferido a algo diferente.

A Rob le dio vueltas la cabeza. La habitación estaba insoportablemente caliente y sofocante.

—¿Te encuentras bien, Teniente de Vuelo?

—No lo entiendo... No puede ser...

—Puedo ver que esto ha sido un poco impactante para ti. Si sirve de consuelo, estoy firmemente decidido a dejar la última posibilidad

fuera del informe final. Dudo que alguien objete y simplemente me parece improbable.

—¿Pero le parece probable que Millie, con décadas de experiencia de vuelo, apagara accidentalmente un equipo crítico? ¿Poniendo en peligro su vida y la de todos los demás?

—¿Accidentalmente? Sí. Me temo que lo hemos visto con demasiada frecuencia en el pasado. Esta es mi tercera Comisión de Investigación y puedo decirte que en los tres casos las aeronaves estaban perfectamente en condiciones pero fueron puestas en una configuración por la tripulación que condujo a un accidente. Es demasiado común, desafortunadamente. Por supuesto, nunca lo sabremos con certeza, pero tal como están las cosas no tenemos otras conclusiones que podamos extraer. —McClair se puso de pie—. Mira, entiendo que esto ha sido perturbador para ti. Probablemente debería irme ahora, pero por favor utiliza esta sala durante todo el tiempo que quieras. Está reservada para toda la tarde. Podría ser un buen lugar para recuperarte antes de salir.

Rob debería haberse levantado ante un oficial superior, pero permaneció hundido en su asiento.

McClair se quedó indeciso por un segundo.

—Bueno, entonces me marcho. Mucha suerte, Teniente de Vuelo May. —Recogió su maletín y metió la silla bajo la mesa—. No hace falta que saludes. —Se dirigió hacia la salida.

Sus tacones resonaron en el suelo de madera mientras se alejaba.

Una imagen llenó la mente de Rob.

Una caja de conclusiones secretas; páginas de la preciosa escritura garabateada de Millie.

Evidencia de que Guiding Light tenía un fallo fatal, ardiendo en una hoguera.

Saltó de su asiento y caminó tan rápido como pudo sin correr por el pasillo de vuelta al TFU.

En la sala de planificación se dirigió directamente a su taquilla, sacó las llaves de su coche y al girarse encontró a Mark Kilton bloqueando su camino.

—¿Cómo ha ido?

—Bien.

—¿Solo bien? ¿Te explicó la teoría de la Comisión de Investigación?

—Sí.

—Bien. Entonces sabes que el proyecto reanuda los vuelos la semana que viene. Me gustaría empezar con buen pie.

Rob hizo una mueca ante la torpe metáfora.

—Completaremos las horas restantes a mil pies de altura solo como precaución —continuó Kilton—. Son buenas noticias para la unidad y para usted, May. Me gustaría que tomara la iniciativa. Necesitaremos una firma en la recomendación del proyecto y sé que puedo contar con usted.

—¿Quiere que ocupe el lugar de Millie?

—No se me ocurre mejor hombre para el trabajo. Ha llegado muy lejos en poco tiempo. No deje que este desafortunado incidente frene una carrera con tanto futuro.

—¿Puedo pensarlo?

Kilton pareció sorprendido, luego suspicaz. —Si es necesario.

—Gracias. Ahora, si no le importa, jefe. Me gustaría volver a casa con Mary. He encontrado la entrevista bastante angustiosa.

Kilton se apartó.

En el aparcamiento, arrancó el Healey y salió a toda velocidad, evitando afortunadamente un registro del coche.

De camino al pueblo, se detuvo en un largo apartadero con una cabina telefónica.

Marcó a la operadora. —Sí, necesito un bed and breakfast llamado Prickwillow.

—¿En qué zona?

—Pruebe en Amesbury.

Unos segundos pasando páginas.

—No hay nada registrado, me temo. ¿Le gustaría que buscara más lejos? ¿Qué tal Andover?

—Sí, por favor. Es urgente.

Los segundos pasaban. Más páginas girando. Otras operadoras al fondo.

—Lo siento, señor. Hay una Clínica Willows en Andover, pero nada parecido a Prickwillow.

Se le hundió el corazón.

—¿Podría probar en Salisbury?

—Sí, por favor.

—Espere un momento.

La línea quedó en silencio. Pasaron más segundos. No podía quitarse la imagen de la cabeza: Susie volcando la caja sobre un fuego furioso.

—Por favor... *date prisa* —dijo al silencio.

La línea se abrió de nuevo. —Disculpe la espera. Tuve que conseguir un directorio diferente. Veamos. Porch Hall, Practice... Ah, Prickwillow Bed and Breakfast. Es Salisbury 2197. ¿Quiere que le conecte?

—¿Puede darme primero la dirección?

—Bell View Road. Le conecto ahora.

Esperó mientras la línea hacía clics y zumbidos. El teléfono sonó cuatro veces con pausas angustiosas entre cada tono. Una mujer contestó, pero los pitidos la interrumpieron.

Sacó un puñado de monedas; varias cayeron al suelo. Metió una en la ranura, empujándola con fuerza contra el torpe mecanismo.

—¿Susie?

—¿Se refiere a la señorita Attenborough?

Ni siquiera sabía su apellido. ¿Y si también se había inventado el nombre?

—Susie Attenborough —dijo la mujer—. ¿Es a ella a quien busca?

—Sí. Sí, por favor.

—Espere, por favor.

Dejaron el teléfono, pero lo cogieron rápidamente de nuevo. —Perdone, ¿quién debo decir que llama?

—Rob —dijo, preguntándose inmediatamente si estaba rompiendo todas sus reglas.

El teléfono se dejó de nuevo. Al fondo oyó un golpe en una puerta y un intercambio de murmullos.

Un momento después, la voz de Susie apareció en la línea, alegre y amistosa.

—¿Hola?

—¿Has quemado las cosas?

—Oh, hola, Robert. ¿Cómo estás? ¿Todo bien?

—¿Has quemado las cosas? Por favor, dime que no lo has hecho.

—Todo está bien aquí, gracias. Sin incendios. Ja, ja. ¿Cómo está tu padre?

Rob estaba desconcertado. Cómo participar en esta conversación... Claramente la casera estaba escuchando.

—¿Entonces no has quemado las cosas?

—No, no. Todavía no. El tiempo ha sido estupendo, ¿verdad? ¿Cómo se ve por allí?

—Todo ha cambiado. Van a seguir adelante con el proyecto. Han culpado a Millie del accidente. No sé qué hacer.

—Oh, eres muy amable, pero de verdad. No tenías por qué. Te diré qué. ¿Por qué no invito yo a las bebidas la próxima vez? He estado yendo a un sitio muy agradable en Salisbury. ¿Conoces The Haunch of Venison? Es bastante famoso.

—Sí, sí. Lo conozco. ¿Cuándo?

—Oh, ya sabes. Lo de siempre. Lo mismo, lo mismo. En fin, no debemos seguir charlando así, debe de costarte una fortuna. Dale recuerdos a Sandra de mi parte. ¡Adióoos!

Colgó.

Su mano temblaba mientras colocaba el auricular.

Lo mismo, lo mismo.

¿7:30 en punto?

Miró su reloj; eran casi las 5 de la tarde.

Durante la cena, luchó con la idea de contarle todo a Mary.

Pero decidió que la noticia de una reunión secreta con una mujer joven y atractiva podría no sentarle bien y no necesitaba más complicaciones.

—Tengo que ir al comedor de oficiales. Se lo prometí a los chicos.

—Vale —respondió Mary, sonriéndole.

Caminó por el jardín, intentando que pasaran los minutos. En un momento dado, sorprendió a Mary mirándolo fijamente desde el comedor.

Recordó las primeras palabras de advertencia de Susie.

Actúa con normalidad.

The Haunch of Venison estaba abarrotado. Era un pub pequeño y las 7:20 de un viernes era justo el momento de máxima afluencia, mezclando oficinistas con juerguistas de fin de semana.

El humo le escocía los ojos mientras se abría paso hasta la barra.

El dueño, con gafas de lectura colgadas de una cadena alrededor del cuello, sirvió una sucesión de pintas antes de fijarse en Rob.

—Estaré con usted en un momento, señor.

—Gracias.

Una voz surgió a su lado. —Jodidos viernes por la noche.

Era Susie. Aún rubia. Le dedicó una sonrisa.

—¿Lo de siempre? —preguntó él.

—Sí, por favor. ¿Por qué no pides una pinta? Tardaremos un rato en volver a la barra.

—¿Una pinta?

Rob no recordaba haber visto nunca a una mujer con una pinta entera.

Un grupo de bebedores se había desparramado por la acera de fuera y ellos salieron con ellos. Un par de hombres estaban claramente cautivados por esta esbelta rubia con una pinta de Guinness.

Caminaron a lo largo de la fachada Tudor del pub y encontraron un lugar tranquilo.

—Entonces, ¿qué ha cambiado? —preguntó ella.

—Hoy tuve mi entrevista con la Comisión de Investigación.

—Ya veo. ¿Y quién la dirige?

—Un capitán de grupo. Siempre nombran a alguien con más rango que cualquiera de los implicados. En fin, fue horrible tener que revivirlo todo de nuevo. Pero al final, dijo que no fue Guiding Light lo que causó el accidente.

Susie no pareció sorprendida.

—¿Dijo qué lo causó?

—Millie.

—¿Perdona?

—Va a culpar a Millie. Dice que el interruptor principal del panel de Guiding Light de Millie estaba apagado.

—Entonces, ¿quién pilotaba la aeronave?

—Ese es el problema. Nadie. Si ese fuera el caso, y estoy jodidamente seguro de que no lo era. Pero si Millie lo hubiera apagado, la aeronave habría vuelto al control manual. Desafortunadamente, en esta versión del equipo, no hay ninguna alarma que se active para alertarnos de que el piloto automático se ha cancelado. Así que, en teoría, el Vulcan simplemente se desvía sin ninguna intervención de la tripulación. En nuestro caso, él va a decir que debió desviarse hacia abajo hasta que rozamos las rocas, arrancando los elevones de un lado.

Susie pareció desconcertada.

—Entonces, ¿cuál es la teoría de este capitán de grupo? ¿Que Millie lo hizo deliberadamente?

—Esa es una opción, aunque dice que está dispuesto a omitirla. Pero alguien, y por alguien me refiero a Mark Kilton, debe haberle sugerido que Millie lo hizo para provocar una intervención manual por nuestra parte, que luego él culparía a Guiding Light para demostrar su punto. Es una teoría ingeniosa, tengo que reconocerlo.

—Rob, ¿existe alguna posibilidad de que Milford estuviera tan desesperado? Quizás estaba equivocado sobre Guiding Light, pero se sentía demasiado comprometido con su teoría. ¿Podría haber hecho algo así?

—Absolutamente no. No.

—Era tu amigo, Rob. ¿Estás siendo honesto contigo mismo?

—Te prometo que está más allá de cualquier posibilidad que lo hubiera hecho deliberadamente. Y, francamente, no me creo ni por un segundo que lo hiciera accidentalmente.

—Pero aun así encontraron el interruptor en la posición de apagado. ¿Tienes alguna razón para sospechar de este capitán de grupo? ¿Crees que está trabajando con Kilton?

Rob pensó por un momento. —Es posible, supongo, pero no parece probable. Mira, no puedo explicarlo, pero estoy seguro de algunas cosas. Millie no lo apagó. El sistema falló. Y alguien está encubriendo eso para mantener el proyecto en marcha, a pesar de todo lo que deberíamos saber sobre él.

Se quedaron en silencio por un momento. La luz estaba desvaneciéndose y las farolas de Salisbury comenzaban a iluminarse.

—Antes de seguir adelante —dijo Susie—, examinemos tus opciones. Primero, el incidente anterior que mencionaste. ¿Por qué no usarlo para que suspendan el proyecto? Diles que te arrepientes de haber estado de acuerdo con Kilton y consigue que todos los demás te apoyen. Id como un equipo. Directamente al comandante de la estación.

Rob negó con la cabeza. —Las otras personas en ese vuelo están muertas o se han ido. Millie y Steve Bright están muertos, a Brian Hill prácticamente lo despidieron de TFU por insubordinación. Y...

—¿Y?

—Tendría que decir que mentí, lo que no me convierte en un buen testigo. Además, Kilton tenía razón. No teníamos pruebas, de todos modos. Millie no estaba grabando. Simplemente no veo a Periwinkle anulando a Kilton basándose solo en mi palabra.

—¿Periwinkle es el comandante de la estación?

—Sí.

—De acuerdo. —Susie respiró profundamente—. Digamos que tú eres Millie, viniendo a mí con... ¿qué exactamente? ¿Esa hoja de notas? ¿Es esa la evidencia que necesito llevar arriba en mi trabajo? Puedo decirte que la carga de la prueba para la corrupción es bastante alta cuando estás tratando con un proyecto de seguridad nacional que informa directamente a Whitehall.

—La respuesta está ahí dentro en alguna parte, estoy seguro. Solo necesito descifrarlo. ¿Dónde está la caja ahora?

—De vuelta en el B&B, pero prohíben estrictamente las visitas del sexo opuesto después de las 6 de la tarde. Mañana es sábado. ¿Qué tal si vienes a verme por la mañana?

Él asintió.

—Hay una cosa más, Rob. No puedo prometerte que estaré aquí la semana que viene. Incluso decirles que el proyecto está funcionando de nuevo podría no hacerles cambiar de opinión. De hecho, creo que le tienen miedo a este. Es un gran asunto. Si entramos con todo, haciendo acusaciones graves... Necesitaríamos tener pruebas de oro macizo.

—No puedo fallarle otra vez.

—Lo sé. Pero el foco ahora debe estar en tus pruebas blanco y negro. Nada más, nada menos. No puede ser por tu remordimiento, Rob.

Capítulo Veintiséis

Sábado 2 de julio

El B&B era un edificio victoriano adosado de ladrillo rojo. Rob encontró un sitio para aparcar cerca y caminó la corta distancia, sintiéndose cohibido con su uniforme de la RAF.

Una mujer mayor abrió la puerta; llevaba un delantal y rulos en el pelo. Alzó las cejas al ver el uniforme.

—¿El señor Attenborough?

Susie apareció detrás de ella.

—Hola, Robert.

—No me dijo que su hermano era piloto de la RAF, querida —comentó la señora Holleroid.

—¿Ah, no? Es el héroe de la familia.

Rob siguió a Susie escaleras arriba hasta la primera habitación a la izquierda. Ella cerró la puerta y luego se llevó el dedo a los labios y susurró:

—La vieja bruja estará escuchando un rato.

Rob asintió.

—¿Cómo estaba papá cuando lo viste?

—Bien, sí. En excelente forma.

—Vale. ¿Así que se está recuperando bien del ataque al corazón?

Rob asintió.

—Sí —susurró—. No se me da muy bien esto.

Ella encendió una pequeña radio transistor. Un hombre estaba leyendo la crónica de un partido de tenis de Wimbledon.

De pie junto a la cama, Susie levantó el colchón y sacó dos bolsas de cuero negro. Esparció el contenido de la caja de Millie sobre la cama.

—¿Por qué demonios vienes con el uniforme? Es sábado.

—Tenía que decirle algo a Mary. Le dije que tenía que trabajar.

Rob separó los papeles en montones.

Los documentos técnicos, los más comprometedores para poseer fuera de TFU, venían directamente de las carpetas del proyecto. Pero no contenían pistas evidentes.

Las hojas de datos eran más prometedoras. Dos grandes impresiones con líneas de números, algunas de ellas rodeadas con un círculo.

—Recuerdo esto. Los vimos al principio del proyecto. Vinieron de DF Blackton.

—¿Qué significan los números? —preguntó Susie.

—Son lecturas de altura del láser. Se envían a una especie de caja mágica que se sitúa entre Guiding Light y el piloto automático. Si mal no recuerdo, un solo carrete de cinta producía una pila de papel de treinta centímetros de alto, así que esto es solo el equivalente a unos pocos segundos.

—Son muchos números para unos pocos segundos.

—Lo único que recuerdo con certeza es que el láser registraba medio millón de lecturas de altura cada hora.

Susie cogió la hoja con la letra de Millie y la colocó entre los dos.

Rob se quedó mirando las ecuaciones y anotaciones de Millie.

De nuevo, sus ojos se dirigieron a la parte inferior de la página y al *8,75* subrayado*.*

—Esto parece una conclusión. El resumen de lo que estaba buscando. Simplemente no sé qué tipo de conclusión.

Susie caminó por la habitación. La radio ahora transmitía música clásica.

—Explícame algo. Estas cintas... —señaló las dos fundas de cartón—. Mencionaste que Millie grabó algo ayer, cuando hablaste

del primer incidente.

—Así es como obtuvimos todas estas lecturas de altura. Millie grabó los números en los carretes. Los enviamos a DF Blackton y ellos lo comprobaron todo. Pero eso fue más al inicio del proyecto. En los primeros días no conectábamos el piloto automático. Simplemente volábamos con el láser en funcionamiento, recopilando lecturas para que los técnicos pudieran examinarlas.

—¿Examinarlas? ¿Qué significa eso? ¿Las reproducían?

—Algo así. Tienen un potente ordenador que las analiza y les da sentido —Rob cogió una funda y volcó el carrete en su mano—. Millie definitivamente se interesó más por estas después del incidente.

—Rob, ¿es posible que Millie estuviera creando cintas para su propia evaluación de Guiding Light? ¿Son estas? —Susie levantó los dos carretes de la caja.

—Es posible, pero esas dos cintas solo contendrían un máximo de cuarenta minutos de tiempo de vuelo. No parece mucho.

—¿Podría haber más cintas? ¿En algún lugar de West Porton?

—Lo dudo. En primer lugar, tendría que tener docenas para que tuvieran algún significado y, en segundo lugar, ¿qué sentido tiene tenerlas en West Porton? No podemos leerlas. Por lo que sé, solo el ordenador de DF Blackton puede hacer eso.

—Entonces, debe haber tenido alguna ayuda desde dentro. Eso debe ser. Alguien en DF Blackton, fuera de los canales oficiales —cogió la hoja de notas manuscritas—. Y este fue el resultado.

—¿Crees que es posible?

—Haré averiguaciones en el cuartel general, veré quién tenemos cerca de DF Blackton. Normalmente hay alguien infiltrado para nosotros cuando se trata de fabricantes de armas. Mientras tanto, tú husmea dentro de TFU. Necesitamos mantenernos un paso por delante de este tal Kilton. Sería útil saber qué tiene contra Millie —Susie se acercó a la cama y juntó los papeles—. ¿Estás preparado para esta próxima fase, teniente? Puede que vaya en contra de todo lo que te han enseñado sobre seguir órdenes.

—Estoy aquí, ¿no?

—Sí, lo estás.

Susie deslizó el primer lote de hojas en la bolsa.

—Sin embargo, algo no encaja del todo, ¿verdad? —Dio la vuelta al siguiente lote.

—¿Qué?

—¿Por qué esta misteriosa persona que ayuda a Millie no ha dicho nada? Es decir, deben de haber oído las noticias, pero no se han presentado. Saben que algo va mal. Han visto a hombres morir, pero no han dado la voz de alarma.

El profesor Leonard Belkin contemplaba el océano Atlántico. Estaba nublado y gris. A lo lejos, columnas de lluvia barrían el mar desde las nubes bajas. Por primera vez desde su llegada hace una semana, la brisa del oeste trajo un frío notable.

Hoy encendería un fuego.

De vuelta hacia la cabaña, usó un palo para mantener el equilibrio en el terreno irregular.

Llevaba unos prismáticos con una correa de cuero alrededor del cuello; le golpeaban el pecho mientras subía tranquilamente por la suave pendiente. En la cima de la meseta, hizo una pausa para recuperar el aliento antes de dirigirse a la cabaña junto al viejo faro.

Después de quitarse los prismáticos y las capas exteriores, buscó con la mirada algo para encender el fuego y divisó un periódico.

Mientras desdoblaba *The Daily Telegraph*, algo llamó su atención.

Los Lions arrasan a una Australia fuera de forma.

Sacó sus gafas de lectura y comprobó la fecha del periódico. 6 de junio de 1966. Ya no era muy aficionado a leer el periódico, pero no pudo resistirse a los detalles de una exitosa gira de los Lions por Australia, aunque fuera de hace casi un mes. Lo dejó sobre la mesa de la cocina y rebuscó en la bolsa que Callum le había entregado en el continente. Dentro, encontró el periódico del sábado.

Lo cogió y lo hojeó, manteniendo su rutina de evitar las tensiones cotidianas de política y crimen que parecían invadir cada página.

Se acercó a la chimenea y arrugó las grandes páginas centrales.

La sección de viajes tenía una foto de una playa en Beirut. Miró fijamente la imagen del Hotel Bristol y se preguntó si veinticuatro años seguidos eran suficientes para Lundy.

Arrugó la hoja y la metió en la chimenea. Finalmente llegó a la última parte del periódico: el interior de la primera y última páginas.

Resultados de cricket a la derecha, noticias del exitoso lanzamiento del cohete espacial Gemini a la izquierda.

Arrugó la hoja sin darle la vuelta para mirar la portada.

La chimenea tenía una capa de ceniza vieja, perfecta para construir encima. Empujó las bolas arrugadas formando una capa base.

Finalmente, añadió unas ramitas antes de sacar un pequeño tronco de la cesta y colocarlo encima del montón.

Rebuscó en la cesta de leña el paquete de cerillas Swan Vestas.

Sosteniendo la cerilla encendida contra el periódico, las llamas prendieron. El papel se enroscó rápidamente con el calor, revelando una gorra de la RAF y un par de ojos que le miraban, antes de que el fuego los consumiera rápidamente.

Belkin hizo una pausa por un momento, antes de usar un palo para empujar el tronco más hacia el centro del creciente fuego.

Ponerse de pie fue un esfuerzo olímpico.

Apoyó una mano en la pared para mantener el equilibrio, antes de sentarse en la mesa de madera en el centro de la habitación. Después de equilibrar sus gafas de lectura más potentes en la punta de la nariz, se acomodó para leer sobre las heroicidades de los Lions en Australia.

Capítulo Veintisiete

Domingo 3 de julio

—No estás autorizada a contactar con nadie en West Porton.

Susie suspiró. Roger no había contestado esta vez. En su lugar, la habían conectado con un oficial superior de guardia.

—Tuve que iniciar contacto. May me vio salir de la casa. También apareció en el campamento pacifista, dos veces. Casi me compromete.

—Ya veo. ¿Y estaba trabajando con Milford?

—En cierto modo. Trabajaron juntos en el proyecto, pero May no compartía sus preocupaciones. Así que estamos un poco estancados por el momento. Pero las cintas que fueron a Blackton contendrán la respuesta.

El hombre hizo una pausa. —El Servicio tiene a alguien allí que detectará cualquier anomalía con el ordenador central. Es un activo valioso y está bajo mucho escrutinio. Mejor mantente alejada. Están nerviosos con este asunto.

—Eso tengo entendido.

—Este es tu primer caso de campo, ¿verdad?

—El segundo, en realidad.

—Bueno, ten cuidado.

Colgó.

Susie paseó por un Salisbury tranquilo en la tarde del domingo, repasando su entrenamiento.

Prestar atención a cualquier cosa fuera de lugar, por insignificante que parezca. Intentar imaginar lo que se considera normal, qué rutinas sigue la gente, y luego investigar cualquier cosa fuera de lo común.

De vuelta en el hostal, había un paquete esperándola.

Rompió el sello de la bolsa y sacó un conjunto de expedientes de personal.

Así que Mark Kilton tenía un expediente del MI5. Una señal de alerta.

Databa de la cancelación del proyecto BAC TSR-2. Habían observado que Kilton había tenido contacto con el Número Diez a través de canales extraoficiales. Era una breve nota y no llegó a nada.

Susie hizo sus propias anotaciones.

¿Ambicioso y propenso a saltarse los protocolos?

Leyó su expediente de servicio oficial.

Piloto de caza en la guerra. Batalla de Inglaterra, Norte de África, Malta. Para el Día D, ya estaba en Bentley Priory.

Piloto de pruebas de los primeros aviones a reacción después de la guerra, al mando de uno de los primeros escuadrones equipados con Meteors. Pasó por la Escuela Imperial de Pilotos de Pruebas. Ascendido a comandante. Y entonces...

Extraño. Su carrera se estancó en ese punto. Trabajos de oficina en Londres. Luego, de repente en 1965, es ascendido y puesto al frente de la Unidad de Vuelos de Prueba de la Real Fuerza Aérea como oficial comandante fundador.

Comprobó la fecha de la nota del MI5 sobre el TSR-2.

Así que esa fue su recompensa.

La parte personal del expediente era breve. Esposa, dos hijos. El hijo murió a los once años por sepsis, la hija casada con un bebé en

algún lugar de Hampshire. La esposa Margaret murió en 1965. El año pasado.

¿Todavía reciente?

Pero nada más. Sin deudas, sin irregularidades financieras. Ninguna de las cosas que cabría esperar encontrar en estas circunstancias.

Se tumbó en la cama y dejó que la información fluyera por su mente, permitiendo que sus pensamientos vagaran.

Un hijo muerto, una esposa muerta. Dios sabe cuántos amigos muertos en la guerra.

Eso es mucha muerte con la que vivir.

Después de completar sus notas codificadas, Susie movió los papeles al suelo y se recostó en la cama. Cerró los ojos y permitió que los sonidos del jardín flotaran por su mente.

Pasó unos minutos filtrando sus pensamientos inmediatos, dejando a un lado el día a día hasta que estuvo lista. En la quietud de una habitación del primer piso de un hostal adosado en las afueras de Salisbury, repasó todo lo que había sucedido, momento a momento.

Sus párpados brillaban con un tono amarillo-anaranjado mientras la luz del sol difusa se filtraba a través de las cortinas de encaje y caía sobre su rostro.

Las respuestas yacen en las sombras. Algo que se dijo que no era del todo correcto. Alguien en una habitación que no debería haber estado allí.

Las sesiones de "recuperación" en el entrenamiento habían sido estropeadas por hombres riéndose. Un excéntrico ex tutor del MI6 les enseñó una técnica para extraer recuerdos de partes ocultas del cerebro. La mayoría de los hombres lo descartaron como algo extravagante. Pero a Susie le gustaba la idea de algo que pudiera darle respuestas.

El tutor lo había descrito como una mezcla entre meditación y autohipnosis, insistiendo en que la memoria subconsciente contenía una gran cantidad de información oculta al pensamiento consciente.

Les había instado a dejar que sus mentes vagaran libremente.

No lo fuerces.

No intentes recordar nada específico.

Deja que tu mente piense por sí misma.

Susie a menudo practicaba sola en su tienda. Siempre salía renovada, incluso si no había estado buscando nada en particular.

Aprendió que el truco era seguir en lugar de empujar. El instructor lo comparaba con distinguir las estrellas más tenues en el cielo nocturno mirando ligeramente hacia otro lado, permitiéndoles registrarse en la visión periférica.

Pensar en otra cosa, cuando estabas interesado en aprender más sobre un evento particular, era contraproducente, pero funcionaba.

Estabilizó su respiración, siendo consciente de cómo su pecho subía y bajaba.

Una furgoneta traqueteó a lo lejos, rodando sobre adoquines irregulares.

Susie permitió que el ruido artificial se mezclara con el canto de los pájaros hasta que se alejó más allá de su rango auditivo.

Su mente se sentía desordenada y ocupada. Había aprendido mucho en ocho días.

El periódico donde había leído por primera vez sobre el accidente flotó ante su vista. Avanzó hacia las conversaciones con May, luego retrocedió a las visitas que él había hecho al campamento pacifista.

Esa expresión en su rostro. ¿Desesperación? No, algo más. Determinación. Palabras, imágenes, sonidos, todo flotaba a su alrededor. Resistió la tentación de concentrarse en una sola cosa, permitiendo que el flujo de pensamientos continuara sin restricciones.

Después de varios minutos, se incorporó e hizo dos anotaciones.

Número. ¿Quién?

Cintas fuera de West Porton. ¿Cómo?

Se acurrucó, esta vez para una siesta.

La imagen del rostro de Rob May volvió a su mente.

Asustado y abrumado.

Él confiaba mucho en su capacidad para ayudarle. Pero ella tenía tan poco con lo que trabajar, y el hombre que lo sabía todo estaba muerto.

Lo único que podía ver con claridad era la A33 de vuelta a Londres.

Capítulo Veintiocho

Lunes 4 de julio

—¿El viernes? ¿Es posible? —preguntó Red Brunson.

Kilton dio la vuelta a un papel con una serie de casillas. Cada una representaba un vuelo, concluyendo el viernes de esa semana.

A Rob le dio vueltas la cabeza.

—Dos vuelos diarios hasta el jueves por la mañana —explicó Kilton—. El vuelo final, el viernes por la tarde, con DF Blackton presente, será ceremonial. Al aterrizar, entregaremos los documentos firmados al Ministerio y estará hecho. Guiding Light podrá entrar en producción.

—¿Qué hay de las horas requeridas del proyecto? —dijo Rob.

—Está usted pálido, May. ¿Se encuentra bien?

—Sí, es solo que pensaba que nos quedaban casi cien horas.

—Eso fue antes del allanamiento y antes de descubrir exactamente lo que Millie estaba tramando.

La sala quedó en silencio.

—Lo que voy a contaros no sale de esta habitación. —Kilton se levantó de su asiento y cerró la puerta del despacho—. Una auditoría de las cintas en blanco entregadas por DF Blackton reveló que faltan más de sesenta.

—¿Faltan? —dijo Brunson.

—Faltan. No han sido devueltas a Cambridge. No están en nuestros archivadores ni en la caja fuerte. Se ha registrado cada centímetro de West Porton, pero solo hemos encontrado dos de ellas, a pesar de ampliar la búsqueda a la vivienda de Milford para casados.

—¿Por qué estarían allí? —preguntó Brunson. Por primera vez, había un atisbo de confrontación en la pregunta de Red.

—Porque las dos que encontramos estaban escondidas en la taquilla de Millie. —Kilton clavó la mirada en Brunson, como desafiándole a que volviera con otra pregunta—. El ordenador de Blackton leyó una cinta. Contenía registros que coincidían con uno de los vuelos del proyecto. Y, sin embargo, las bobinas oficiales del vuelo están a salvo con el resto, registradas por Millie.

—No lo entiendo —dijo Brunson—. Entonces, ¿Millie olvidó registrar un par de cintas? ¿Y qué?

—No se trata solo de alguna cinta suelta, Brunson. Faltan sesenta bobinas. Eso son veinte horas de material secreto de Guiding Light que ahora... sabe Dios dónde está. Debemos asumir lo peor. Debemos asumir que está en manos de un tercero ilegal. Y por tanto, con el proyecto comprometido, el Ministerio ha accedido a acelerar la fase restante. Sabemos que el sistema estaba desconectado en el momento del accidente, así que no hay motivo para no seguir adelante. Todavía hay posibilidades de que el Reino Unido asegure el pedido de exportación a Estados Unidos antes de que todo esto se haga público.

—¿Por qué haría Millie algo así? —preguntó Red.

—Una intención equivocada, en el mejor de los casos. Beneficio económico, en el peor.

Red se reclinó en su silla y negó con la cabeza.

—El funeral de Millie —dijo Rob en voz baja para sí mismo.

Kilton frunció el ceño—. ¿Qué?

—El viernes. El vuelo final y la entrega. Es el día del funeral de Millie.

Kilton recogió sus papeles—. Por eso está programado para la tarde, May. El funeral es a las 11 de la mañana. —Se levantó y se dirigió a la puerta—. Una cosa más —dijo, volviéndose hacia la sala

—, no creemos que Millie actuara sola. Estad alerta. Cualquier cosa fuera de lo normal, cualquier sospecha sobre alguien, venid directamente a mí.

Kilton salió, cerrando la puerta tras él, dejando a Red y a Rob solos.

Rob no necesitaba comprobar el horario; sabía que le correspondería pilotar una prueba de Guiding Light. Posiblemente dos.

—Somos tú y yo, chaval —dijo Brunson estudiando los papeles—. De vuelta en un Vulcan. ¿Estás listo para esto?

—¿Qué otra opción tengo?

—Escucha, si no quieres hacerlo, debes decirlo.

Rob jugueteó con el papel de asignación—. ¿Y entonces qué pasará? ¿Cómo crees que reaccionaría él?

—No estoy seguro, pero no puede obligarte a volar.

—Estaría fuera de TFU antes del final del día.

—Probablemente.

Ninguno de los dos dijo nada por un momento. Red se inclinó hacia delante en su asiento y cruzó los brazos sobre la mesa—. Deberías salir más fuerte de esto. No más débil —dijo.

—¿Perdón?

—Yo era como tú, no hace mucho.

—¿Como yo? —Rob levantó una ceja.

—De alguna manera. Tenía poca confianza, me preocupaba que descubrieran que no era lo suficientemente bueno.

Rob se sintió herido.

—Puedo verlo en tus ojos. Estabas empezando a superarlo cuando ocurrió el accidente. Pero escucha, algo similar me pasó a mí, en Estados Unidos.

—¿Tuviste un accidente? —preguntó Rob.

—No. No exactamente. —Red apartó la mirada—. En realidad fue peor. Un error grave, y fue culpa mía. —Volvió a mirarlo de repente —. Mira, conoces el mundo en el que vivimos, no puedo darte detalles, pero después, una vez que lo analicé todo, me volví más seguro, no menos. Estos momentos, estos roces con la muerte, nos ponen a prueba y aprobamos o suspendemos. Si has sobrevivido,

que es el caso, has aprobado. Eso te hace más fuerte. Sinceramente, no me habrías reconocido cuando llegué a Edwards, pero cuando vine aquí, me reinventé. Saqué pecho, por así decirlo. —Asintió hacia Rob—. Tú, amigo mío, necesitas hacer lo mismo. Puedo ver que esto te está carcomiendo. Es hora de plantarle cara, colega.

Rob miró a Red con atención. Su mente daba vueltas. Red lo había entendido todo mal. Esto no tenía nada que ver con su confianza para volar. Pero Red estaba intentando ayudarle.

¿Podría decir algo?

¿Era el momento de incluir a alguien más?

Se inclinó hacia delante, abrió la boca para hablar.

Entonces oyó la voz de Susie en su cabeza.

Asintió rápidamente.

—Tienes razón. Vamos a volar.

—Así se habla.

Se trasladaron a un escritorio libre y planificaron la ruta.

Después de un par de minutos, Kilton se acercó con Dave Berringer. Rob reconoció al joven oficial de electrónica aérea de algunos vuelos en el Shackleton a principios de año, pero no se conocían bien.

—Dave ha estado en el Vulcan y ha recibido instrucciones sobre los procedimientos, así que debería estar al día —se volvió hacia Rob —. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Rob dejó su lápiz de chinagraph y siguió al jefe hacia su despacho. Se detuvieron justo fuera y se quedaron junto al marco de la puerta.

—Sé que Millie era una figura paterna para ti, y lo siento. Pero a veces nuestros padres no tienen razón en todo. A veces nos ocultan cosas. ¿Mi consejo? Es hora de dejarlo ir. Hay más en juego aquí. Algo más grande que nosotros dos.

—Sí, jefe.

—Completamos estas horas de vuelo, nunca por debajo de los mil pies. Blackton escudriñará cada momento de cada vuelo. El viernes, lo firmamos. *Tú* lo firmas. Será el momento más importante en la corta historia de TFU y no se olvidará. No te olvidarán.

El primero de los cuatro motores Olympus alcanzó un rugido ensordecedor.

Dave Berringer interrumpió el zumbido estático en el intercomunicador, murmurando para sí mismo mientras luchaba con las cintas magnéticas.

Rob aisló la bahía trasera para no tener que escucharle.

Consiguió un buen arranque en los cuatro motores.

El avión estaba en el borde de la plataforma, lejos de TFU. Había sido revisado antes de la instalación de Guiding Light; olía como un coche nuevo.

Rob llamó al ATC y solicitó el rodaje.

Brunson, en el asiento izquierdo, intercambió señales manuales con los señaleros antes de mover el avión de su posición y girar para dirigirse a la pista activa.

Rob vio a Kilton con su uniforme de día, de pie en la plataforma observándolos.

Despegaron hacia un cielo mayormente azul e inmediatamente viraron a la derecha. Rob miró hacia abajo a los restos del campamento por la paz.

Cuarenta minutos después, descendieron sobre Northumberland.

Brunson mantuvo el avión estable a mil pies mientras se aproximaban al Union Bridge. Hubo una sacudida familiar cuando Guiding Light tomó el control.

Rob agarró la columna de control.

—Tranquilo, amigo —Rob miró a su lado; Red le estaba mirando fijamente.

—Estoy bien.

Miró hacia delante, observando cada subida y bajada de la nariz.

Preparado para pulsar el botón de cancelación.

El vuelo continuó hasta Solway, donde comenzaron a ascender.

Rob tomó el control del vuelo y se preguntó por qué no recibía información de rumbo, antes de darse cuenta de que había dejado la bahía trasera fuera del circuito del intercomunicador. La abrió.

—Por fin —dijo Berringer—. Estaba a punto de subir por la escalera.

—¿Pudiste hacer las cintas? —preguntó Brunson.

—Sin problema alguno. Pan comido.

Era fácil imaginar a Millie unos metros detrás de él. Deseaba más que nada charlar por el intercomunicador sobre whisky, partidas de cartas y prometerle que él y Mary irían a ambas cosas esta noche.

Después de apagar los motores, regresaron juntos a la sala de planificación.

Rob hizo cola en la ventanilla de equipos junto con las otras tripulaciones que regresaban.

Jean, la secretaria de Kilton, observaba desde su despacho lateral.

Cuando volvió a la sala y se sentó para completar la entrada en su libro de vuelo, ella hizo su movimiento.

—Debe presentarse ante el Comandante Hoskins en la sala de cartas —dijo.

Rob miró la oficina junto a la de Kilton, que contenía estanterías con cartas que cubrían el Reino Unido y el resto del mundo. La fuerza de seguridad aparentemente se había apoderado de ella.

Se levantó y cerró su libro de vuelo.

—Necesitarás eso —dijo Jean.

Con el estómago hecho un nudo, se dirigió hacia la oficina con paso pesado.

Llamó a la puerta y la abrió.

Kilton estaba inclinado sobre el escritorio, junto al comandante de la fuerza de seguridad que estudiaba unos documentos.

Kilton levantó la mirada. —Vuelve en cinco minutos.

Rob tenía la boca demasiado seca para responder. Retrocedió y cerró la puerta, preguntándose si todo era un truco psicológico.

Cinco minutos se hicieron eternos. Incluso entonces, nadie apareció para buscarle.

Reflexionó y volvió a la oficina, llamando y entrando.

Kilton seguía allí, pero miró su reloj y se levantó, rozando a Rob al salir.

—Por favor, tome asiento, Robert —comenzó Hoskins—, esto es parte de la investigación sobre una brecha de seguridad relacionada con el proyecto Guiding Light.

Rob no respondió.

—¿Ha sido usted piloto, actuando como comandante y copiloto en múltiples vuelos, desde el inicio del proyecto?

—Sí.

—¿Así que conoce Guiding Light de arriba abajo?

—Supongo que sí.

Hoskins tomó nota y levantó la mirada.

—Háble me de su relación con Chris Milford.

—Solíamos ser cercanos.

—Es algo curioso. Cada cinta de datos generada por el equipo está meticulosamente registrada. Tenemos casi doscientas cincuenta ya enviadas a Cambridge. Veintitrés han sido registradas desde esa última transferencia y almacenadas en el armario dentro de la sede de la estación. Además, hay otras treinta y nueve cintas en blanco en el mismo armario.

Rob permaneció impasible.

—Lo que deja sesenta y cuatro cintas en blanco entregadas a West Porton, la mayoría de las cuales están sin justificar. Simplemente han desaparecido. Excepto estas dos.

Metió la mano en una bolsa y colocó dos fundas de cinta sobre la mesa. Rob las miró. Una estaba marcada como "Blank F1", la otra "Blank F2". Reconoció la letra de Millie.

El hombre continuó:

—Las cintas en sí están en DF Blackton en Cambridge. Su ordenador no está completamente operativo, pero han podido leer una de ellas y, contrariamente a la palabra "blank" en la funda, contiene lecturas de altura de un vuelo reciente. Y sin embargo, no existe como cinta registrada en ninguna parte del sistema.

—Sí, el jefe me explicó todo esto.

Hoskins le dirigió a Rob una mirada evaluadora.

—Me han dicho que simplemente no había margen para un error de registro. ¿Estaría usted de acuerdo con el Comandante de Ala Kilton sobre eso?

—Supongo que no lo hay. Era un proceso bien organizado.

—Verá, las letras en las fundas, "F1" y "F2", no coinciden con la forma en que se registraron las cintas oficiales. Una teoría es que había un proyecto paralelo en marcha. Un conjunto separado de cintas generadas durante los vuelos de prueba de Guiding Light.

Rob fingió una expresión de sorpresa.

—¿Cómo sería eso posible?

—Oh, es bastante posible —dijo el hombre con una mirada confiada—, con la ayuda adecuada.

Hoskins permaneció en silencio durante un rato, luego continuó:

—Y si estas son "F1" y "F2", ¿dónde están las cintas A, B, C, D y E, supone usted?

—¿Cree que podría haber más?

—Acabo de decirle que hemos encontrado solo dos de los sesenta y cuatro carretes desaparecidos. —Hizo una pausa—. Entonces, ¿no tiene idea de dónde están?

Rob negó con la cabeza.

—¿Por qué habría de saberlo?

—Bueno, eso me lleva a la información de vuelo que pudimos obtener de uno de los carretes.

Pasó algunas hojas.

—Quizás no lo sepa, pero la información capturada por los carretes incluye la posición geográfica y el tiempo transcurrido. Así que, con la ayuda del Comandante de Ala Kilton, hemos estado haciendo referencias cruzadas con las entradas de su libro de registro.

El investigador mostró un mapa del norte de Inglaterra, con una ruta marcada por una gruesa línea roja. De vez en cuando, a lo largo de los tramos entre los puntos de referencia, se había dibujado un corte negro, presumiblemente donde terminaba una cinta y comenzaba la siguiente. Rob reconoció la ruta; era el camino que habían tomado de regreso después de un vuelo a baja altura que terminó cerca de Carlisle.

—Las cintas producen una trayectoria que va desde un punto en el Mar de Irlanda justo frente a la costa de Cockermouth, dirigiéndose hacia el sur, llegando a la costa en Rhyl y luego un giro a la izquierda hacia el este en dirección a casa. —Hoskins colocó un bolígrafo en el mapa justo encima de Shrewsbury—. Aquí es donde ocurrió el cambio de cinta. —Levantó la mirada hacia Rob—. ¿Reconoce esta ruta?

Rob arrugó el rostro pensativo.

—¿Quizás uno de los vuelos a baja altura que hicimos por el norte?

El investigador asintió.

—Exacto. Miércoles 22 de junio. Usted y Speedy Johnson a los mandos. —Dio vuelta a un papel que tenía anotados todos sus vuelos de Guiding Light.

—Bueno, sí, eso tiene sentido, pero el recorrido de Guiding Light terminó en Carlisle. —Rob se inclinó hacia delante y señaló el mapa.

—Soy consciente de ello. Entonces, ¿por qué tenemos dos cintas adicionales de datos de ese vuelo? ¿Y quién decidió que un simple ejercicio para probar el equipo Guiding Light implicaba un largo tránsito norte y sur cuando, según el Comandante de Ala Kilton, podrían haber volado directamente desde el aeródromo y realizado la prueba localmente?

Rob miró detrás de Hoskins el cristal esmerilado que marcaba la oficina de Kilton. Podía ver una sombra oscura, moviéndose ocasionalmente, y supuso que era el jefe en su escritorio.

—Cualquier cosa que sepa podría ayudarme, Robert.

—No me involucré en la planificación. Millie dirigía el proyecto. Speedy y yo solo volábamos las rutas.

El oficial tomó nota.

—El Líder de Escuadrón Johnson mantuvo una conversación con el Capitán Brunson más tarde ese día. Aparentemente, usted interrogó a Milford sobre exactamente cuántas cintas produciría. Eso parece una conversación extraña si su único trabajo era volar donde él le indicaba.

—Recuerdo estar un poco frustrado porque tuvimos un viaje tan largo cuando, como dice, podríamos haberlo volado localmente. Eso

es todo.

—¿Algo más que añadir?

—No.

Hoskins tomó más notas y Rob se movió en su asiento.

—Finalmente, tenemos el enigma de los carretes desaparecidos. Parte de eso es descubrir exactamente cómo fueron sacados clandestinamente de West Porton. ¿No podría arrojar algo de luz sobre ese aspecto del caso? ¿Vio, por ejemplo, alguna vez al Líder de Escuadrón Milford haciendo adaptaciones inusuales a su coche? ¿Quizás creando un compartimento secreto que engañara a los guardias?

Rob se rio.

—¿Encuentra algo gracioso en ese concepto?

—Millie apenas podía operar el intermitente de su Rover.

Hubo otra pausa. Hoskins cerró el expediente y colocó las fundas de las cintas de nuevo en su maletín.

—Bien. Por favor, siga pensando en ello.

Hoskins se puso de pie; Rob rápidamente hizo lo mismo. El oficial de seguridad extendió su mano. Mientras Rob la estrechaba, Hoskins la agarró con firmeza y lo miró fijamente otra vez. Rob se preguntó si esto era alguna treta que el hombre había visto en las películas.

—No es momento para lealtades mal entendidas. Si sale a la luz cualquier cosa que revele que no has sido completamente sincero, serás tú quien pague las consecuencias y, créeme, será una caída muy, muy dura.

—Le he contado todo lo que sé.

Después de un tiempo incómodamente largo, Hoskins soltó la mano de Rob. Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

—Se me ocurre una cosa —le dijo Hoskins mientras se alejaba.

Rob se volvió a regañadientes.

—No ha intentado defender a Milford, y no parece particularmente sorprendido por estas acusaciones. ¿Sospechaba que esto estaba ocurriendo desde el principio?

—Creo que todavía estoy en estado de shock, para ser sincero. Pero no, no creo que exista ninguna posibilidad en este mundo de

que Christopher Milford fuera un traidor, si es eso lo que me está preguntando.

Rob salió de la habitación y se quedó un segundo merodeando justo al otro lado de la puerta.

Necesitaba hablar con Susie, pero aún no eran ni las 14:00.

Cinco horas y media hasta su próxima reunión concertada con su nueva compañera. Antes de eso, necesitaba una copa.

Se sentó en el escritorio de Millie y deseó que el tiempo pasara más rápido.

Finalmente, en el bar con las tripulaciones que regresaban, Rob reconoció a JR de la Unidad de Mantenimiento con algunos de sus colegas. En otra esquina estaban los controladores aéreos. Parecía una ocasión especial, pero entonces notó a una mujer con los ojos hinchados.

—La novia de Bright —dijo Brunson—. Steve Bright. Salía con ella. June es su nombre. Creo.

La enormidad del accidente volvió a inundarlo. Una joven, cuyo nombre no conocía, llorando, con su vida hecha pedazos.

El olor a cerveza y humo le produjo náuseas.

Era un intruso. No debería estar allí.

—Tengo que irme. Lo siento.

Se levantó y se apresuró hacia la puerta.

Después de la cena, cuando Rob se había marchado al comedor para planificar el velatorio de Millie, Mary terminó de fregar los platos y se preparó para salir a dar un paseo.

Necesitaba aclarar sus ideas.

Mientras doblaba el delantal y lo guardaba en un cajón, alguien llamó educadamente a la puerta de la cocina. Ella abrió.

—Hola, Mary.

Le llevó un momento reconocer a Janet Laverstock. Pero el voluminoso pelo rubio, sin un mechón fuera de sitio, activó su memoria.

—Hola, Janet. ¿Me toca el turno de flores en la iglesia?

Janet sonrió.

—No. Solo me preguntaba si podríamos charlar un rato.

Mary le preparó un vaso de zumo a Janet y se sentaron en el jardín. Janet miró nerviosamente a su alrededor, como comprobando que nadie pudiera oírlas.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó—. ¿Cómo lo está llevando Rob?

Mary suspiró.

—Sinceramente, no lo sé muy bien. Se ha cerrado un poco. Creo que todavía está en shock y quizás... creo que le ha afectado más de lo que quiere admitir. Admitir ante mí, al menos.

Janet dio un sorbo a su bebida.

—¿Tiene otros confidentes que puedan ayudarle a superar esto?

—Los compañeros del trabajo, supongo. De hecho, está en el comedor ahora mismo.

—¿Ah, sí?

—Sí, allí está. Janet, ¿de qué va todo esto?

—¿Tiene amigas? Quiero decir, aparte de Georgina y las otras esposas de la RAF. ¿Alguien más joven, quizás?

—Janet, no sé a qué te refieres. Si tienes algo que decir...

—Mira, yo no quería ser la persona que te lo dijera y Mike y yo hemos luchado con esto, pero...

—¿Pero qué, Janet?

—Mary, los jueves, Mike y yo a veces vamos a The Bell en Wylye.

Susie salió del B&B y se dirigió al centro. Pasó junto a casas adosadas de ladrillo rojo, algunas con las puertas delanteras abiertas. Los niños jugaban en los pequeños jardines delanteros.

Un anciano estaba sentado fuera de una casa, en una silla de madera descolorida. Tenía pliegues marcados en los pantalones, un bigote y mechones de pelo peinados con raya al lado. Sus ojos la siguieron. Ella le dedicó una sonrisa y él respondió con un asentimiento.

Susie dejó vagar su mente. ¿Dónde estaría ese hombre hace un par de décadas? ¿Tendría una buena guerra?

Cuando llegó a la parte más concurrida de Salisbury, encontró una cabina telefónica y llamó al Servicio.

—Es nuestra propia Twiggy en el terreno.

—¿Podemos prescindir de los apodos, por favor, Roger? Nunca estuve en tu equipo de rugby. En primer lugar, estoy a punto de reunirme con May otra vez. En segundo lugar, ¿hay algo de Blackton's en Cambridge?

Se oyó un ruido de papeles.

—Tu corazonada es errónea. Su ordenador estuvo fuera de servicio hasta el accidente. Según nuestro hombre, lo sacaron del mantenimiento profundo para leer una cinta. Pero, como digo, eso fue después del accidente, así que es poco probable que fuera tu hombre, teniendo en cuenta que está muerto.

Se le hundió el corazón.

—¿Estamos seguros?

—Sí, siempre estamos seguros, querida. El lugar ha estado en cierre anual desde el 8 de junio, lo que significa que tu teoría no funciona.

—Maldita sea.

—Hora de volver del frío. O del calor.

—Estoy a punto de reunirme con May. Puede que tenga algo para mí.

—Bueno, más vale que sea bueno. Si todo va según lo previsto, espero verte en la cantina pasado mañana.

Rob llegó temprano y aparcó en St Ann Street antes de caminar por la calle empedrada hacia la aguja de la catedral.

Al entrar en los cuidados jardines, miró hacia arriba. La iglesia más alta del Reino Unido hacía sentir mareado incluso a él, un piloto experimentado.

Escaneando la zona, vio parejas cogidas de la mano, un grupo de niños dando patadas a un balón. Los bancos dispersos solo estaban ocupados esporádicamente.

A su derecha, una figura discreta caminaba con naturalidad hacia él.

Todavía con su pelo rubio, hoy con una minifalda color cervato y una blusa roja, a la vez destacaba y se camuflaba. Susie podría haber sido una dependienta de unos grandes almacenes que acababa de terminar su jornada.

—Hola, señor May. ¿Damos un paseo?

Ella echó a andar, él la siguió.

—¿Empiezo yo? —preguntó él, pero ella hizo un ruido para que se callara sin mirarlo.

Continuaron caminando alrededor de la catedral hacia una zona amurallada más tranquila en el lado opuesto. Se sentaron en el césped. Susie sacó un cigarrillo y le ofreció uno. Encendió los cigarrillos, aprovechando el movimiento para inspeccionar el espacio que les rodeaba.

—Necesito decirte que nos equivocamos sobre las cintas que iban a Cambridge. El ordenador ha estado fuera de servicio desde el último lote oficial a principios de junio.

—¿Estás segura?

—Completamente. Lo siento. Volvemos al punto de partida. Así que, me temo que a menos que traigas noticias de un avance, probablemente regresaré a Londres.

—Pensaba que íbamos a hacer esto juntos. No puedes dejarme solo.

—No tenemos nada, Rob. Una hoja que insinúa algo, nada más.

—Kilton ha acelerado el proyecto. Lo aprobarán el viernes.

—¿Dentro de cuatro días? Mierda.

—Sí. Y creen que Millie produjo sesenta de las cintas, no las veinte que pensábamos. Kilton está usando eso como excusa, en realidad. Obviamente no tienen ni idea de dónde están. Quieren sacarlo rápidamente antes de que pierda valor comercial y militar. Conseguir que se firme el contrato americano. —Negó con la cabeza y bajó la mirada—. Fue horrible. Tuve que quedarme allí escuchándolo todo. Prácticamente acusó a Millie de ser una traidora. Y todos le están siguiendo el juego.

Susie suspiró. —Así es el estilo militar, ¿verdad? Todo lo que ha hecho Kilton es asegurarse de no estar supervisado adecuadamente. Está hablando directamente con ministros en un gobierno que se está quedando sin dinero, desesperado por pedidos extranjeros. Nadie por encima de él sabe realmente nada. —Dio una larga calada a su cigarrillo—. Así que puedes ver cómo ha ocurrido esto. No puedes culpar a tus colegas, Rob. Les han educado para confiar y obedecer. Kilton dice que Guiding Light no tuvo la culpa y de alguna manera ha engañado a los investigadores y... tú eres el único que queda con experiencia directa de cuando las cosas salieron mal la primera vez. No es de extrañar que le esté resultando fácil.

—Solo Millie se enfrentaba a él. Pero por eso tenemos que continuar.

—Rob...

—No. No puedo simplemente irme a casa. No puedo despedirme de ti y dejar esto así. No podría vivir conmigo mismo.

Susie puso su mano sobre el dorso de la de él. —Quizás tengas que hacerlo. No podemos arreglarlo todo.

Él se enderezó. —Pero tenemos cuatro días, ¿verdad? Al menos intentémoslo, joder.

Susie apagó su cigarrillo en el césped y se encogió de hombros. —¿Con qué contamos? El rastro se ha enfriado.

Sacó un cuaderno cubierto con lo que parecían letras árabes.

—¿Qué es eso?

—Un tipo de taquigrafía. Teníamos este tipo raro en la formación que nos enseñó una técnica para acceder a partes de nuestra memoria subconsciente. No es tan extraño, en realidad. Si te pido

que nombres todos los primeros ministros que puedas recordar, te olvidarás de algunos.

—De más que algunos.

—Exacto, pero cuando te diga los nombres de los que no pudiste recordar, reconocerás la mayoría de ellos.

—¿Y?

—Pues... estaban en tu mente todo el tiempo, de lo contrario no habrías reconocido los nombres. Simplemente no podías acceder a ellos cuando lo intentabas. La teoría es que si dejas que tu mente divague libremente, a veces se va hacia esas áreas. Puede funcionar, créeme. Es una forma de recordar algo que quizás te pareció extraño pero luego olvidaste. Lo intenté esta tarde y surgieron dos cosas que podríamos haber pasado por alto.

—¿Cuáles?

—Las cintas, especialmente ahora que sabemos que hay sesenta. ¿Cómo diablos las sacó Millie? Si resolvemos eso, podríamos encontrar a un cómplice.

—Qué curioso, es exactamente lo que dijo Hoskins.

—¿Hoskins?

—El oficial de seguridad que Kilton tiene investigando a Millie. ¿Cuál era la otra cosa?

Susie miró sus notas. —Alguien le dio nuestro número a Millie. Alguien que estaba autorizado para hacerlo.

—¿Qué significa eso?

—Hay un sistema. Al que llama se le da un nombre por el que preguntar, para que sepamos que ha pasado por un intermediario. Usó "AW Strutthers". Es un nombre antiguo, ha estado circulando durante años. Podría venir de cualquier parte, lo cual no es muy útil.

—¿Crees que este podría ser el cómplice?

—Tal vez. Pero nadie nos ha contactado desde el accidente, lo cual no tiene ningún sentido.

Después de un momento, se volvió hacia él. —¿Por qué no lo intentas tú?

—¿Vas a hipnotizarme?

Ella rio. Él notó sus pecas a la luz del sol poniente.

—Se parece más a la meditación, pero sí, es un poco como autohipnosis. La mayoría de mis colegas son escépticos al respecto, pero como te digo, funciona para mí. Hay mucho interés en la meditación trascendental oriental y, francamente, deberíamos intentar todo.

—Entonces, ¿qué hago?

—Primero, tienes que estar en silencio y relajarte completamente. Permite que tu mente divague. Déjala ir donde quiera. No pienses en nada específico para empezar.

Rob se sentó rígidamente, con las rodillas levantadas.

—Túmbate, por Dios.

Se deslizó hacia delante y se recostó.

—Simplemente deja vagar tu mente. Dime qué ves en el cielo.

—Cúmulos. Dispersos, quizás dos octavos. Podrían unirse y formar un cielo cubierto.

—No es exactamente lo que quería decir. Intentémoslo con los ojos cerrados.

El aire era cálido. Rob notaba el calor que se reflejaba en la pared detrás de ellos. Susie permaneció en silencio. Pasaron varios minutos. Él percibió sonidos distantes. Chicos jugando al fútbol. Una mujer hablando. Los pájaros. Un pájaro en particular con un hermoso canto melodioso. Vio a Mary en la cocina, con el delantal puesto, fregando. Parecía infeliz. La estaba desatendiendo. Red Brunson en el bar. Debería haber hablado con él.

—Ahora vamos a llevarte a un lugar específico —dijo Susie, con voz suave—. Empecemos con el vuelo.

Su mente se llenó del sonido de metal desgarrándose, de caos y sangre. De Millie, desamparado y muriendo.

Se incorporó, jadeando.

Ella le puso una mano en la espalda.

—Está bien, está bien. Tranquilo. Lo siento, no ha sido muy inteligente por mi parte. Es demasiado reciente. Dejémoslo. Vuelve a tumbarte. Intentemos después del vuelo. Cuando te diste cuenta por primera vez de que algo no iba bien. Regresa a ese momento, sitúate en la habitación y deja que tu mente explore.

Se tumbó. Durante un rato no pensó en los momentos posteriores al vuelo. En lugar de eso, escuchó de nuevo el canto de los pájaros. La mujer que hablaba se había ido, pero los chicos seguían dando patadas a un balón.

Se encontró de nuevo en TFU después del accidente.

Red apretándole el brazo.

Colega, situación difícil...

Otros hombres evitando el contacto visual.

Kilton.

Autoritario. Eficiente. Ladrando órdenes.

Esta noche bebemos por los hombres. Tienes que estar allí. Así que, vuelve. ¿Entendido?

Condujo hasta casa de Georgina.

Casa de Georgina.

La casa.

El rayo de sol. El polvo. Georgina siendo valiente, pero con ojos enrojecidos y doloridos.

Mary, amable y cercana. Su mano en su hombro todo el tiempo.

Y alguien más. Un hombre con chaqueta deportiva.

Charlie.

Con la ropa heredada de su padre.

El comedor.

Una palabra flotó en su mente.

Oxford.

Charlie dijo algo sobre...

Se incorporó de repente.

—Charlie.

—¿Quién es Charlie? —dijo Susie, incorporándose también.

—*Oxford.*

—¿Qué pasa con Oxford?

—En casa de los Milford después del accidente, le dije a Charlie, su hijo, "Me alegro mucho de que vieras a tu padre hace un par de semanas", porque sabía que Millie le había visitado. Pero Charlie dijo que no le había visto desde Semana Santa. Fue extraño. Se lo volví a confirmar y me miró como si estuviera loco por preguntar cuándo fue la última vez que vio a su padre. Pero Millie había sido muy

claro. Fue a Oxford a ver a Charlie. Se perdió un día con nosotros por eso.

—¿Y eso era inusual?

—Lo era. Creo que Georgina se sorprendió de que de repente se fuera a visitar a su hijo. Pero luego Charlie me dice que ni siquiera le vio.

—Esto podría ser, Rob. Suena como una coartada. Entonces, ¿adónde fue realmente?

—No lo sé.

Susie le dio unas palmaditas en la rodilla.

—¿Ves? Te dije que esto funcionaba. Hagamos un poco más.

Rob se sentía agotado.

—Estoy exhausto.

—No tenemos tiempo para programar una sesión para la semana que viene.

—De acuerdo. —Se tumbó de nuevo y cerró los ojos, dejando que su mente vagara por segunda vez. Pero la descarga de adrenalina de su primer descubrimiento lo había dejado todo nublado.

Se incorporó.

—No sirve. Mi mente está demasiado ocupada ahora.

—Vale, bueno, pensemos en esto. Millie le miente a su mujer y desaparece durante un día usando como coartada la visita a Charlie. ¿Es ese el día que entregó las cintas? ¿Cuándo fue?

—Hace bastante tiempo. Recuerdo que fue poco después del primer incidente. Creo que es demasiado pronto para que hubiera entregado las cintas. No habría tenido tiempo de grabar sesenta.

—Debe estar relacionado, sin embargo. Necesitamos saber adónde fue. ¿No tienes ni idea?

Rob hizo memoria. No recordaba mucho sobre aquella mañana. Pensó que tal vez Georgina les había dicho que Millie no iba a venir...

Pero luego estaba la noche...

—Fuimos a una fiesta de cócteles esa noche. Millie condujo. Actuaba de forma extraña.

—¿A qué te refieres exactamente?

Rob negó con la cabeza al recordarlo.

—Los guardias nos pararon. Estaba nervioso. Realmente nervioso. —Sus ojos se abrieron de par en par—. *Dios mío*. Debía tener las cintas en el coche.

—¿Por qué demonios tendría las cintas, entrando en West Porton para una fiesta de cócteles? ¿No estaba intentando sacarlas de allí?

—No lo sé.

Rob repasó mentalmente la velada. La habitación abarrotada, el calor. La mujer del alcalde.

—Se fue en un momento dado. Dijo que se había dejado el reloj en TFU.

—Bien, así que estaba devolviendo algo. Tal vez cintas. Esto es bueno, Rob.

—Pero eso es todo. No le pregunté nada.

—¿Alguna vez habló contigo sobre ello? ¿Te pidió ayuda?

Rob observó la hierba.

—Sí, pero corté la conversación bastante rápido.

—¿Había alguien más en TFU en quien pudiera confiar?

Rob negó con la cabeza. —No. Todo el mundo apreciaba a Millie, pero creo que yo era el más cercano. Curiosamente, Kilton probablemente era el siguiente más próximo. Sirvieron juntos en la guerra. En Tangmere, creo.

Susie le ofreció a Rob otro cigarrillo y le acercó un mechero. Él se inclinó hacia delante y habló con el cigarrillo en la boca.

—Sirvió en todas partes, en realidad. Todos los veteranos le conocían. Incluso los del cementerio...

Rob dejó de encender su cigarrillo y levantó la mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Susie.

—Hay un hombre, un fósil viviente de la Unidad de Mantenimiento. La llamamos el Cementerio. JR. Buen tipo. Amigable, justo del estilo de Millie. Me dijo algo extraño. Algo sobre Millie, pero por más que lo intento no puedo recordar qué.

—¿Cuándo, Rob? ¿Cuándo te dijo algo?

—La noche del accidente, en el bar. Estaba borracho. Y alterado. Recuerdo estar confundido. Maldita sea, ¿qué dijo?

Susie le dejó estrujarse el cerebro en silencio durante un minuto antes de volver a hablar.

—Bueno, ¿por qué no se lo preguntas?

—¿Es seguro? He evitado decir nada a cualquiera de TFU.

—Él no está en TFU, ¿verdad? Y de todos modos, lo único que harás será preguntarle qué fue lo que te dijo.

Rob miró su reloj. —Vive en el pabellón de oficiales. Incluso podría encontrarlo esta noche.

—Entonces volemos, teniente.

El bar del pabellón estaba concurrido para ser lunes por la noche.

Rob examinó la sala.

En la barra, un camarero con chaqueta blanca le miraba expectante.

—¿Está el comandante Richardson?

Sin contestar, el camarero señaló hacia la pared del fondo donde JR estaba sentado con otros dos hombres que Rob reconoció de sus escasos tratos con el Cementerio.

Al acercarse, los tres hombres se pusieron de pie, como si fuera un oficial superior o una mujer.

—Hola, Rob. —JR extendió su mano, seguido por los otros dos pilotos que le saludaron calurosamente.

—JR. ¿Te importa si te pido un momento a solas?

JR miró a los otros, y ellos se dirigieron a la barra.

—Cuando hablamos la noche del accidente, me dijiste algo sobre Millie. ¿Lo recuerdas?

Aunque los ojos de JR estaban hundidos en su rostro, con bolsas que parecían alfombras enrolladas, todavía tenían un brillo. Igual que Millie.

—Me preguntaba cuándo vendrías a verme.

Rob le miró fijamente por un momento. —¿Eres tú el cómplice?

—¡Ja! No estoy seguro de serlo. Pero, para que quede claro, esta no es una visita oficial en nombre del comandante de ala Kilton, ¿verdad?

Rob negó con la cabeza. —No, desde luego que no.

—Bien. Ya sabes cómo es este sitio. En lo que se ha convertido desde que vosotros os instalasteis, de todos modos. Las palabras descuidadas cuestan vidas, y todo eso.

—Sí, lo siento.

—No es culpa tuya. De todas formas, sé que tú y Millie erais cercanos.

—Lo éramos.

—Y sin embargo, parece que te ocultó algo.

—Eso creo, probablemente por mi propio bien. Pero ahora necesito saberlo.

JR se puso más serio. —¿Es cierto que ese zoquete de Kilton está arrastrando el nombre de Millie por el barro?

—Es una tontería, por supuesto, lo que están diciendo sobre él.

—Todos lo sabemos. —JR cogió su bebida y miró alrededor del bar—. Pero este no es un lugar para expresar dudas sobre la verdad a menos que estés bien armado.

—Entonces, ¿le estabas ayudando?

JR meneó la cabeza. —Más o menos. Solo un viaje. Oficialmente había pedido ir a Wyton para alguna reunión, pero nos pidió que le lleváramos a Abingdon en su lugar. Obviamente no quería que esa visita figurara en ningún registro oficial.

—¿Abingdon? ¿Cuándo?

JR arrugó el rostro, que se convirtió en un mar de arrugas. —A principios de la semana pasada. El lunes, creo.

—¿Qué hizo allí? ¿Con quién se reunió?

—No tengo ni idea, lo siento. Como contigo, Millie no quería involucrar innecesariamente a nadie más. Simplemente le esperé.

—Abingdon... —murmuró Rob para sí mismo.

—Estuvo allí casi tres horas, si mal no recuerdo. Decidimos no hacer ninguna anotación en el libro de registro, así que no puedo estar seguro.

—¿Llevaba algo consigo? ¿Una bolsa grande, por ejemplo?

JR volvió a pensar. —Sí. Como una bolsa de lona.

Rob se recostó.

—Yo examinaría una lista de unidades en Abingdon si estuviera en tu lugar —dijo JR—. Debe de haberse reunido con alguien allí.

—Lo haremos, gracias.

—¿Lo haremos?

Rob miró alrededor de la sala y pensó un momento. JR era la viva imagen de un hombre de confianza. Pero sabía que no podía arriesgarse.

—Probablemente no debería decir demasiado. Por la misma razón por la que Millie no te involucró más de lo necesario. Has sido de gran ayuda. ¿Puedo invitarte a una copa?

—No hace falta. El bar está a punto de cerrar. Para ser sincero, Robert, si estás ayudando a una causa cercana al corazón de Millie y eso deja en evidencia a Kilton, me alegro. Es mala gente.

—Me ha llevado mucho tiempo darme cuenta.

Se pusieron de pie. JR le estrechó la mano. —No es culpa tuya, es la forma en que funciona el sistema. Pero Robert...

—¿Sí?

—Ve con cuidado.

Susie estaba sentada en su coche, exactamente donde dijo que estaría, frente a la iglesia de Amesbury. Rob podía ver el brillo rojo de su cigarrillo mientras se acercaba.

Abrió la puerta trasera y subió.

Ella miró alrededor sorprendida.

—¿Qué estás haciendo?

—Pensé que sería mejor.

—Bueno, parece extraño. Ponte delante.

Ambos se rieron.

—Haremos de ti un agente de campo todavía, Teniente de Vuelo May. Pero aún queda camino.

Una vez que él se sentó en el asiento del copiloto, ella arrancó.

—Demasiado sospechoso, estar sentados en un coche aparcado en medio de la noche. Entonces, ¿qué averiguaste?

—La Unidad de Mantenimiento le ayudó, pero solo una vez. El lunes pasado. El viejo del que te hablé. JR. Lo llevó en un viaje no

registrado a la RAF Abingdon. Y llevaba una bolsa grande.

—Bien hecho, Rob. ¿Con quién se reunió?

—No lo saben. Fue prácticamente un servicio de taxi aéreo. Esperaron alrededor de tres horas y luego lo llevaron de vuelta. JR me sugirió que buscase una lista de las unidades en Abingdon como punto de partida.

—¿Y luego qué? ¿Les llamamos? Eso está lleno de peligros.

—¿Qué más podemos hacer?

—¿Dónde está la RAF Abingdon?

—Es una antigua base cerca de Oxford.

Se miraron el uno al otro.

—¡Oxford! —exclamó Susie.

—¿Una coincidencia?

—Mi organización no cree en las coincidencias, Rob.

—Entonces, Millie condujo hasta allí a principios de junio y luego voló con una gran bolsa de viaje el lunes pasado.

—¿Las cintas?

Rob asintió. —Tiene que ser eso. Fue muy inteligente por parte de Millie. *Voló* las malditas cintas fuera. Nadie nos registra cuando volamos. Absolutamente brillante.

Susie sonrió.

—¿Qué tiene gracia?

—El excelente trabajo de mi protegido.

El coche se subió brevemente a un arcén y volvió a la calzada dando un volantazo.

—Olvídalo. No puedo conducir y hablar a la vez. —Aparcó en la entrada de un campo, dejando el coche completamente fuera de la carretera, oculto por un hueco en el seto.

—Demos un paseo y pensemos nuestro próximo movimiento.

Abrió una cancela de cinco barras e inmediatamente reconoció el campo.

—¿Eh?

—¿Qué? —preguntó Rob.

—¿No lo reconoces?

Rob miró hacia la doble valla del aeródromo. Restos de tiendas de campaña descartadas yacían en el suelo, junto con alguna que

otra basura.

Comenzaron a caminar hacia un círculo de troncos en el centro. —¿Qué hiciste exactamente aquí? —preguntó Rob.

—Lo que te puedes imaginar. Escuchar, principalmente. Los servicios desarrollan un instinto para los grupos que pueden amenazar la seguridad nacional, y lo primero es el conocimiento. Necesitamos saber qué está pasando. Pero, como estás descubriendo, realmente no intervenimos mucho. Es más bien cuestión de avisar a la policía local, que es lo que ocurrió aquí.

Los restos ennegrecidos de una hoguera se encontraban en el centro del círculo de troncos.

Se sentaron en el tronco más grande.

—¿Así que fuiste tú quien devolvió el material de Guiding Light que robaron?

—Bueno, primero ayudé a robarlo, pero luego... Sí, me aseguré de que no llegara muy lejos.

Él se rió.

—Fue una locura. Cortamos la valla, cruzamos el aeródromo a gatas y entramos forzando los aseos. Tardamos un tiempo en darnos cuenta de que eran un callejón sin salida. Fue un poco una farsa, pero al final resultó ser un trabajo bastante bueno y bien dirigido. Así que mereció la pena que yo estuviera allí.

—Como las fuerzas especiales, tras las líneas enemigas —dijo Rob.

Ella encendió un cigarrillo.

Un inquietante resplandor anaranjado de las luces del aeródromo suavizaba sus rasgos y proyectaba sombras tenues y alargadas por el suelo.

—Lo he disfrutado más que cualquier otra cosa que haya hecho —dijo ella—. Aunque este es solo mi segundo año.

—¿En el MI5? —preguntó Rob, aún sin estar seguro de que ella lo hubiera confirmado alguna vez.

—Sí, Robert. MI5. Solemos llamarlo Box Five Hundred. Box para abreviar, o el Servicio de Seguridad. En libros y películas dicen MI5, así que nosotros no lo utilizamos.

—¿Box Five Hundred?

Ella negó con la cabeza. —No me preguntes. No tengo ni idea de dónde viene. Sin duda alguno de los chicos con los que me formé estaría encantado de darme una charla al respecto si alguna vez preguntara. Pero prefiero estar aquí en un campo que sentada en una oficina estrecha en Mayfair con ellos. Aunque conozcan cada segundo de la historia del Servicio.

—¿Por qué te eligieron a ti para enviarte fuera?

Susie se encogió de hombros. —Soy una chica joven que parece que podría ser una pacifista hippie. Esa es la única razón. Aun así, ha salido bien. Ahora estoy en mi segundo trabajo, gracias a ti. Gracias a Millie, para ser precisos. —Miró alrededor antes de apagar su cigarrillo—. Bien, a lo nuestro. Sabemos que Millie tiene un contacto en la zona de Abingdon. Si encontramos a esa persona, podemos averiguar lo que sea que él descubrió. Puede que entonces tengamos las pruebas necesarias para dar la voz de alarma.

—Puedo conseguir una lista de unidades del directorio de la Fuerza Aérea mañana.

Susie negó con la cabeza. —No. No podemos simplemente empezar a llamar y usar el nombre de Millie. Tan pronto como eso llegue a oídos de Kilton, lo pondremos en la misma pista. Eso sería un mundo de complicaciones que no necesitamos.

—¿Entonces qué?

Ella le miró de frente. —Tienes que seguir sus pasos.

—¿Qué?

—Hablo en serio. Es la mejor manera. La más precisa, y la que involucra a menos personas. ¿Podrías aterrizar en la RAF Abingdon? ¿Sería algo normal?

Rob exhaló. —Quizás. Si volara en un monoplaza. Algo como un Hunter. Podría justificarlo como una práctica de desvío. El problema es que tengo programado volar el Vulcan esta semana. Todos los días.

—¿Y qué hay de JR? ¿Puede llevarte él? Sería mejor. Puede llevarte exactamente adonde fue Millie. Eso es lo que necesitas hacer. Tienes que estar donde él estuvo. Seguro que encontrarás algo. Alguna pista de adónde fue realmente.

—Pero ¿cómo haría eso? Se espera que esté en el trabajo todos los días, todo el día.

—¿Es que nunca te pones enfermo?

Él se llevó las manos a la cabeza.

—Cristo, Susie, estás pidiendo demasiado. Me estás pidiendo que llame diciendo que estoy enfermo, luego que me cuele en la base, que me vaya volando con un piloto de la Unidad de Mantenimiento, que aterrice en otra estación de la RAF y después... Dios sabe qué.

—No es más de lo que hizo Millie. Solo. Sin tu ayuda ni la de nadie más en TFU.

Él se quedó sentado en silencio durante un rato.

Susie le tocó la mano.

—Rob, ¿por qué estás haciendo esto?

—Por Millie, supongo.

—Y por ti, ¿verdad? También lo estás haciendo por ti mismo.

—¿Qué quieres decir? ¿Que soy egoísta?

—En absoluto. Solo señalo que llevas mucha culpa encima y creo que esta es una salida, al menos creo que te has convencido de que lo es. Intenta imaginar por un momento que te rindes ahora, antes de haberlo intentado todo. Tendrías el resto de tu vida para reflexionar sobre esa decisión y, créeme, esas cosas pueden consumirte por dentro —señaló los restos del campamento pacifista —. Había una mujer aquí que llevaba algún tipo de remordimiento dentro. Algo en lo que no quería pensar. Nunca estuve segura de qué era, pero creo que vivía con ello cada día. Era fría y distante la mayor parte del tiempo. Podías confundirlo con confianza, pero cuando cayó esa bomba de gas, se derrumbó. Incapaz de afrontarlo. Curiosamente, fue lo más humana que la vi jamás. Y déjame adivinar, ¿es lo mismo con Mark Kilton? ¿Frío y distante? Su generación, la de la guerra, entierran tanto que después de un tiempo se entierran a sí mismos. No es forma de vivir, Rob. Esta elección hoy podría afectarte el resto de tu vida.

—Es una apuesta muy arriesgada. Tantas cosas podrían salir mal —dijo Rob en voz baja.

—Podrían. Es cierto. Pero vivir con las consecuencias de no hacer nada y dejar que Kilton pisotee el nombre y la reputación de Millie

podría ser peor para ti. Sálvate de una vida en la que no puedas pensar en Millie y en tu papel en su muerte —él se estremeció en las sombras—. Rob, intentarlo y fracasar es muy diferente de no intentarlo en absoluto. Puedes mantenerte con la cabeza alta y decirle a Millie que hiciste todo lo que estuvo en tu poder para honrar su legado, pero rendirte... Eso es otra cosa. Estarías eligiendo obedecer a una autoridad que sabes que está equivocada. Te resultaría difícil volver a mirarte al espejo.

Ella miró hacia el campo y las vallas que rodeaban la base aérea.

—Mi padre salió de la Primera Guerra Mundial así. Parte de una generación de hombres británicos que no se miran al espejo. Toda esa actitud de cabeza gacha, sigue adelante, mantén la compostura. Tiene una función porque te permite seguir adelante en tiempos desesperados, pero créeme, no está exenta de consecuencias. Pagarás el precio el resto de tu vida —se volvió hacia él—. Y también lo harán tus hijos.

La luna se asomó por entre los árboles; el resplandor anaranjado dio paso a una luz plateada que iluminó su rostro.

Ella se acercó y le limpió una lágrima de la mejilla.

—Necesitaré volver y hablar con JR lo antes posible —dijo Rob—. Esto va a requerir planificación.

Unos faros iluminaron la pista a su derecha, y un vehículo se acercó a la valla. Ella agarró la mano de Rob y lo bajó al suelo detrás del tronco.

Se quedaron quietos, uno junto al otro. Él se dejó envolver por el calor de su cuerpo, con el corazón latiéndole en el pecho. Susie le rodeó con un brazo.

El vehículo se alejó y ellos se pusieron de pie.

—Puedes hablar con JR mañana. Nos estamos quedando sin tiempo, así que no pierdas el tiempo.

—En realidad podría ser más fácil si voy a ver a JR ahora. Tengo una llave de la puerta principal de la residencia en casa.

Rob se detuvo frente a la casa; había una luz encendida en la planta baja.

Entró rápidamente, tomó sus llaves de la residencia de un juego de ganchos justo dentro de la puerta trasera.

Miró hacia la sala donde estaba la luz encendida, y dudó.

En la mesa de la cocina había una taza de té a medio beber. La tocó.

Todavía estaba caliente.

Rob se quedó quieto y escuchó atentamente, pero la casa estaba en silencio.

Se dio la vuelta y partió hacia West Porton.

Después de forcejear con la puerta lateral de la residencia, se dirigió por un ala hacia el vestíbulo central para identificar el número de habitación de JR.

Primera planta, habitación 12.

El lugar no estaba completamente en silencio; podía oír algunas risas procedentes de algún sitio. Sin duda, algunos de los chicos jugando a las cartas.

Junto a un baño en la primera planta había una puerta con el número "12" y la etiqueta *COMANDANTE JL RICHARDSON DFC.*

Rob golpeó suavemente, pero no obtuvo respuesta y lo intentó de nuevo con más firmeza.

Finalmente, oyó algún movimiento. La puerta se abrió para revelar a un viejo piloto con aspecto sorprendido, vestido con un batín de seda rojo.

—Teniente de Vuelo May —JR miró por el pasillo—. Dos veces en una noche. Supongo que quieres entrar.

La habitación de JR era grande, con dos camas individuales y un lavabo.

—Bonita —dijo Rob, mirando alrededor.

—Me la agencié cuando TFU era solo una idea en la mente de Mark Kilton. Me sacarán de aquí en una caja de madera. ¿Un

cigarrillo? —JR le ofreció una pitillera plateada, abierta para revelar unos veinte cigarrillos con filtro.

—Gracias —Rob tomó un cigarrillo y una caja de cerillas de la pitillera grabada.

Se sentó en un sillón; JR se acomodó al borde de su cama.

—¿Cuáles son las posibilidades de que pudieras repetir el viaje a Abingdon conmigo a bordo?

JR lo pensó. —No veo por qué no, pero es arriesgado. Muchas cosas podrían haber salido mal y Millie podría haber acabado en aguas muy profundas. ¿Está usted dispuesto a correr ese riesgo, incluso en este ambiente tan febril en West Porton? —JR arqueó las cejas.

—Sí. Lo estoy.

—Bueno, todavía tenemos el Anson; pero me temo que está en varias piezas en este momento. Podríamos tenerlo listo para el viernes.

—Eso es demasiado tarde. ¿Puede ser el miércoles?

JR negó con la cabeza. —El miércoles no. Inspección anual del Comandante de la Estación. No habrá vuelos. Estaremos firmes junto a nuestras camas saludando. Me atrevería a decir que podríamos animar a los ingenieros a tenerlo listo para el jueves. Es lo mejor que puedo hacer.

—¿No hay otras opciones allí?

—No realmente. Tenemos un Beverley destinado al desguace, pero hace falta un equipo entero para ponerlo en vuelo y no ofrece la discreción que usted busca. El Twin Pioneer está muerto, y no veo que lo resuciten este mes. No, lo siento, es el Anson o nada, y necesitarán mañana como mínimo para volver a montarlo. Así que con la inspección el miércoles, el jueves es lo mejor que puedo ofrecer.

—Está bien, JR. Increíblemente amable por su parte, en realidad.

—Entonces. ¿Cómo funcionará esto?

Rob soltó un suspiro. —No he llegado tan lejos todavía. Tendré que llamar diciendo que estoy enfermo. No se me ocurre otra cosa que me excuse durante todo el día.

JR asintió. —De acuerdo. Pero usted vive en medio de una zona de viviendas para casados, rodeado de oficiales de TFU. ¿No le verán?

—La verdad es que no había pensado en eso.

—¿Y la puerta principal? Muchos ojos mientras los coches avanzan lentamente a esa hora de la mañana.

Rob se hundió en su asiento. —Como digo, no lo había pensado bien.

JR tamborileó con los dedos en su muslo por un momento antes de erguirse. —Podemos hacerlo. ¿Qué le parece si yo le recojo? Usted conduce ese Healey rojo, ¿verdad?

—Sí.

—Demasiado llamativo. Acurrúquese en el asiento del copiloto de mi viejo cacharro. Iré a buscarle. Elijamos un sitio al que pueda ir a pie, lejos de la zona residencial. ¿Qué tal esa tienda en Church Street? ¿La conoce?

—¿El quiosco? Sí.

—Le recogeré, le llevaré a la estación y luego al 206. Su Healey puede quedarse frente a su casa. No es perfecto, pero es mejor.

—Gracias, JR. Ustedes son realmente de otra clase al otro lado del aeródromo.

—Amigo, cuando has lanzado bombas de mil libras sobre un Berlín fuertemente defendido una docena de veces, algún viajecito clandestino por aquí no parece tan grave.

Rob se puso de pie y extendió una mano. —No sé qué decir.

—Estoy deseando que llegue. Es agradable para un viejo caballo de guerra volver a estar en operaciones.

Cuando Rob apagó las luces del coche en la entrada, notó un vehículo aparcado al otro lado de la calle con un hombre sentado al volante.

Miró fijamente por el retrovisor lateral pero no pudo distinguir ninguna facción; solo el contorno de una figura.

Mientras cerraba el Healey, se le ocurrió un pensamiento terrible.

Le estaban vigilando.

¿Le habrían seguido a todas partes?

¿O este hombre estaba con Susie? ¿Protegiéndola? ¿Vigilándole a él?

Se quedó junto a su coche, sin saber qué hacer.

Si era seguridad de West Porton, estaba acabado, ¿verdad?

—A la mierda con esto.

Cruzó la calle con decisión.

Al acercarse al coche, el hombre se volvió hacia él y pareció alarmado.

Bajó la ventanilla.

—¿Puedo ayudarle? —dijo Rob.

El hombre se quedó mirándole, con la boca abierta, aparentemente sin saber qué decir.

—¿Quién es usted? —dijo Rob.

—Soy Derek Laverstock. Nos conocimos en la iglesia varias veces. Mi mujer conoce a su esposa.

—¿Qué está haciendo aquí, señor Laverstock? ¿Me está vigilando?

Laverstock se removió en su asiento.

—Creo que debería hablar con su esposa.

Rob miró hacia la casa y luego de nuevo a Laverstock. —¿Qué está pasando?

—Hable con Mary, señor May.

Rob se dio la vuelta lentamente y regresó a su vivienda militar.

Encontró a Mary exactamente donde la había dejado, en el sofá.

—¿Qué está pasando, Mary? ¿Por qué hay un hombre llamado Derek Laverstock fuera vigilándonos?

Mary le miró fijamente por un momento y luego dijo: —¿Cómo se llama?

—¿Quién?

El rostro de Mary se contrajo en lágrimas. Se secó los ojos con un pañuelo.

Rob tomó asiento frente a ella en el sillón.

—Oh, Mary. No. No es lo que piensas...

—¿De verdad? Me mentiste, Rob. Me mentiste esta noche, ¿no? Llamé al comedor de oficiales. No había ninguna reunión para planificar el velatorio.

—No, no la había. Pero no es lo que parece.

—También me mentiste el martes por la noche, ¿verdad? No estabas en el comedor de oficiales. Te paraste en nuestra cocina, me miraste a los ojos y mentiste. Me mentiste a mí.

Su voz temblaba.

Él se puso de pie.

—Mantente alejado de mí.

—Mary, estás equivocada...

—No, Rob, no lo he hecho —su voz se calmó. Ahora sonaba firme, desafiante—. Te vieron. Te han pillado. Janet y Derek, de la iglesia, te vieron la semana pasada en un pub con ella. Solo vosotros dos. Janet pensó que podría ser inocente, pero te vio besándola. —Empezó a sollozar—. Por el amor de Dios, Rob. ¿Justo cerca de casa, para que todos lo vean? Y justo cuando... justo cuando pensaba que habías vuelto. Vuelto a nuestra relación. Pero me has traicionado de la peor manera posible.

—No, Mary, no. Eso no es cierto. No es lo que piensas.

Al apartarse de ella, se dio cuenta de que había una maleta junto a la puerta de entrada.

—Por el amor de Dios, Mary, ¿no te irás, verdad? Ni siquiera has escuchado lo que tengo que decir. Ella no es mi amante. Me está ayudando. El beso fue una tapadera. Es así como ella trabaja.

Mary se puso de pie y resopló con desprecio.

—¿Ayudándote? ¿Con qué?

—Con la caja. Ella la robó.

—¿Es ella? ¿La mujer del CND? Por Dios, Rob, ¿has perdido la cabeza?

—No es del CND. Está trabajando contra ellos. Ahora me está ayudando. Trabaja para... —Dudó. Si Mary estaba decidida a irse, ¿y si se lo contaba a los Laverstock? ¿Y si ellos se lo contaban a alguien más y llegaba a oídos de Kilton?

—Estoy esperando, Rob.

—Mira, no puedo decir demasiado y tú no debes decir nada a nadie. Pero Mary, por favor, confía en mí. *Por favor.*

Mary le fulminó con la mirada.

—¿Qué edad tiene? ¿Veinte? ¿Esperas que me crea que una joven de veinte años te está ayudando de alguna manera? Y por cierto, tú nunca me cuentas nada, Rob. Ni una sola cosa y ahora... —Sollozó con más fuerza—. ¿Y ahora se lo estás contando todo a esta veinteañera?

Rob se arrodilló frente a ella.

—No sé qué decir, Mary. Sé que parece malo, y puedo ver cómo te ha herido. Pero por favor, créeme. No te lo he contado para protegerte...

Ella le miró fijamente.

—Estoy herida, Rob. Me has traicionado. Pero incluso antes de esto, era infeliz. Supongo que no te diste cuenta, porque nunca estabas aquí, pero las cosas no han ido bien durante mucho tiempo. Pensé que habías cambiado después del accidente, pero lo único que has hecho es crear otra vida que no me incluye.

Caminó hacia la puerta principal y puso una mano sobre la maleta.

—Es hora de cosechar lo que has sembrado, Rob. Tuviste tu oportunidad de involucrarme, elegiste a otra persona.

—Mary, no. Te equivocas. Ella me está ayudando y necesito ayuda en este momento. Todo acabará esta semana, te lo prometo, y entonces volveré. Nunca más volveré a ver a Susie, te lo prometo.

El rostro de Mary cambió. La mano que sostenía la maleta le temblaba.

—"Susie". Qué encantador. Espero que tú y esa pequeña zorra seáis muy felices juntos. ¿Cómo has podido, Rob? ¿Cómo ha podido ella? ¿Sabe lo que ha hecho?

Él se acercó a ella; ella se estremeció y dio un paso atrás.

Ahora él estaba llorando.

—Por favor, no te alejes. No voy a hacerte daño. No me dejes. Te quiero, Mary.

Ella abrió la puerta. Esta vez Rob se contuvo.

—¿Sabes qué es lo que más duele, Rob? Es la primera vez que me dices que me quieres en dos meses. Algo te pasó cuando te uniste a este lugar. Primero abandonaste a Millie y ahora me has abandonado a mí.

—Eso no es justo. No sabes lo que estás diciendo.

—No sé nada, ¿recuerdas? Quizá debería preguntarle a Susie qué está pensando mi marido.

Antes de que pudiera responder, Mary desapareció en la noche. La observó a través de la pequeña ventana junto a la puerta principal mientras caminaba hacia el coche de Laverstock. Empujó su maleta en el asiento trasero y se subió al asiento del copiloto, sujetándose la cabeza entre las manos.

Mientras se alejaba, Laverstock miró hacia atrás en su dirección.

Capítulo Veintinueve

Martes 5 de julio

—¿Estás planeando *qué?* —preguntó Roger.

—Es la mejor manera —dijo Susie—. Él vuelve a seguir los pasos de Milford. Hay un número limitado de lugares a los que podría haber llegado desde un avión en la pista de Abingdon.

—Esto es irregular. Se supone que debes mantener un perfil bajo. Sabes que están nerviosos con esto. No creo que lo aprueben.

—Bueno, tu trabajo es convencerles, Roger. Hay algo podrido aquí. Milford consiguió las pruebas antes de que lo mataran. Solo necesitamos identificar con quién estaba trabajando y todo quedará al descubierto.

—Dejar todo al descubierto es precisamente lo que están tratando de evitar, Susie.

—¿Incluso si hay corrupción en el centro de un proyecto armamentístico británico?

—Obviamente no. Si ese es el caso, entonces tráelo, pero necesitarás pruebas sólidas e irrefutables. Nada menos servirá.

—Las conseguiremos si volvemos a seguir los pasos de Milford.

Oyó ruidos al otro lado de la línea y luego una conversación amortiguada. Roger debía tener la mano sobre el teléfono.

Finalmente volvió. —Preguntaré. Es lo mejor que puedo hacer. Pero no esperes que digan que sí. ¿Cuándo exactamente piensas hacer esta pequeña excursión?

—Mañana, con suerte.

—Maldita sea. Eres una bomba.

TFU era el último lugar donde Rob quería estar.

Se detuvo mientras registraban su coche. Los guardias rodearon el Austin Healey.

El sueño le había llegado finalmente, en las primeras horas de la madrugada. Pero fue inquieto y le dolía por el agotamiento.

—Puede continuar, señor.

Permaneció inmóvil en el asiento del conductor, mirando al frente.

—*¡Señor!*

En TFU todo seguía como siempre. Pilotos y tripulación aérea inclinados sobre mapas y documentos de planificación de vuelo.

Hombres con chalecos naranjas y monos azul claro dirigiéndose hacia relucientes aviones.

—Eh, colega. ¿Gales bien?

Red sostenía un mapa frente a él. Había trazado una línea familiar a través de los valles centrales hasta Aberystwyth.

—Bien. —Rob se dio la vuelta.

—No te muestres tan entusiasmado —le gritó Red—. Podría ser contagioso.

Como un robot, se puso el mono, se vistió para el Vulcan y salió.

Era copiloto para el viaje, lo que le convenía.

En la aeronave, esperó a que un miembro del equipo de tierra abriera la escotilla. Mientras lo hacía, Rob caminó alrededor, deteniéndose en el láser cubierto de cristal montado bajo la nariz. Observó el cabezal giratorio, notando por primera vez una intrincada serie de pequeños espejos dentro del mecanismo. Un delicado sistema que decidía su destino.

Al llegar de nuevo a la escotilla, subió. Red se abrochó en el asiento izquierdo, la visera espejada de su casco y máscara de oxígeno de la USAF dándole el aspecto de una ilustración de la portada de una novela de Isaac Asimov.

Se quitó la máscara para hablar.

—¿Todo bien?

—¿Perdón?

—La inspección exterior, Rob. ¿Todo bien?

—Ah, sí.

La mirada de Red persistió. —¿Estás bien?

Rob se ajustó las correas. —Sí. Vamos a empezar.

—De acuerdo, entonces.

Rob se ocupó con el procedimiento: listas de verificación, llamadas de radio, coordinación con Berringer en la cabina trasera.

Brunson los hizo despegar y puso el Vulcan en un suave giro ascendente hacia el oeste.

Para cuando habían descendido sobre las fronteras, Rob había tomado los controles, agradecido por la distracción.

Mientras entregaban el avión a Guiding Light, monitorizó el terreno por delante, observando cada subida y bajada del paisaje verde y marrón.

Listo para desconectar.

Si algo salía mal ahora, incluso en la relativa seguridad de los mil pies, ahorraría muchos problemas. Con el testimonio de Brunson y los demás, eso seguramente provocaría una suspensión de la ejecución del proyecto.

Pero el equipo funcionó a la perfección, y ascendieron sobre el estuario de Rheidol.

Rob inclinó el avión ciento ochenta grados y Brunson tomó el control para el tránsito de regreso.

Otros cuarenta minutos a baja altura marcados. Otro paso hacia el Reino Unido presentando a los Estados Unidos un sistema para vencer a los soviéticos y quizás incluso poner fin a la Guerra Fría.

Rob voló una repetición de la ruta por la tarde. Esta vez Red supervisó el vuelo a baja altura y él se encargó de los tránsitos.

A las 4:45 PM llevó las bobinas completadas a la caja fuerte, regresó a su coche y condujo a casa.

Llamó a la operadora, quien le comunicó con los Laverstock.

—¿Diga? —La voz de Derek.

—Soy el teniente de vuelo May. ¿Puedo hablar con mi esposa, por favor?

Hubo una pausa.

—¿Señor May? —la voz de Janet Laverstock sonó en la línea.

—Sí. ¿Puedo hablar con mi esposa, por favor?

—Está descansando.

—¿Puedes decirle que estoy al teléfono? Es mi esposa.

—Lo siento, ha tenido un día muy difícil y no quiero despertarla. Le diré que has llamado y si quiere hablar, te devolverá la llamada.

—Disculpe, señora Laverstock...

La línea se cortó.

Dio una patada a la mesita del teléfono; esta se desplomó contra el suelo, llevándose el teléfono consigo.

Para cambiar de aires y ante la remota posibilidad de que la estuvieran vigilando, Susie caminó hasta el otro extremo de Salisbury y encontró una cabina telefónica diferente para su llamada de la tarde.

El saludo con Roger fue más breve de lo normal. No perdió tiempo en comunicarle las malas noticias.

—Lo siento, querida. Simplemente no pueden tener a un agente involucrado en una infracción tan flagrante de las normas y con pruebas tan endebles. Bueno. Sin pruebas, de hecho.

—Por el amor de Dios, Roger. ¿Lo intentaste siquiera?

—Por supuesto que sí. Me conoces, puedo ser muy persuasivo.

—Quiero hablar con ellos personalmente.

—¿Para qué? Ya han dado su respuesta.

Debería haber vuelto a Londres para presentar el caso ella misma.

—Maldita sea, Roger. Esto es ridículo. Estamos a punto de descubrir algo.

—Podrías haber ido a Oxford a husmear. Pero en vez de eso, has arrastrado a este pobre piloto. Ni siquiera debías contactar con él y, sin embargo, aquí estamos.

—La respuesta probablemente esté en la RAF de Abingdon. Él puede entrar. Yo no puedo entrar.

—Bueno, ahora es algo académico. Te quieren aquí mañana para informar.

—¿Mañana?

—Es miércoles, querida. Lo siento, ¿tenías planes? Ah, es cierto, ibas a requisar una aeronave de Su Majestad. ¿Quizás podrías volar de vuelta?

Colgó el teléfono de golpe y cerró los ojos, esforzándose por no gritar.

Fuera de la cabina, una joven que esperaba la miró sobresaltada. Susie abrió la puerta.

—¡Hombres!

Pasó junto a ella y caminó a lo largo del río hacia el lugar de encuentro con Rob. Llegó temprano. Unos cuantos patos nadaron esperanzados hacia ella mientras se sentaba en un banco frente al río. —Estáis de mala suerte —les dijo—. Si os sirve de consuelo, no sois los únicos.

Durante diez minutos, observó el mundo pasar, intentando calmarse lo mejor posible.

Pero estaba enfadada. Menospreciada.

Y lo peor de todo, sabía que ellos se equivocaban.

Miró su reloj y caminó hasta The Old Mill Hotel.

Dentro del edificio de techo bajo, pidió dos tés y encontró una mesa fuera, con vistas al estanque del molino.

Rob apareció por el sendero del río desde Salisbury.

Tenía un aspecto terrible.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza, pareciendo a punto de llorar.

—Dios —Se levantó y lo alejó del hotel.

—¿Qué ha pasado?

—Mary me ha dejado.

—¿Qué?

—Nos vieron, a ti y a mí. Algún entrometido de la iglesia. Mary me esperó anoche. Creo que pasó la noche rumiando, haciéndose ideas, y por supuesto yo estaba fuera contigo.

—Dios, lo siento, Rob.

—¿Qué hago? —Se detuvo y se volvió hacia ella—. Tú puedes arreglarlo. Puedes contárselo.

—¿No se lo has dicho tú?

—Le dije que me estabas ayudando, pero no me creyó.

—Entonces, ¿qué quieres que le diga?

—¿No puedes arreglarlo?

—No soy consejera matrimonial, Rob.

Su rostro se descompuso.

—Por favor, habla con ella por mí —Sonaba lastimero, con verdadero dolor—. No creo que pueda ir el jueves a menos que ella vuelva.

—¿El jueves?

—No podemos ir mañana. Tiene que ser el jueves.

—Mierda.

—¿Es un problema? ¿Quizás deberíamos cancelarlo?

Lo estudió. —Sentémonos —Lo llevó hasta el banco.

—Has cambiado de opinión, Rob. ¿Es porque Mary te ha dejado, o ha pasado algo más?

Rob miró al otro lado del río en dirección a la catedral. Los patos se agitaban en el agua, sumergiéndose en busca de migajas. A lo lejos, el reloj de la catedral daba las 6 de la tarde.

—Hoy me ha golpeado la realidad. En la TFU, solo estoy yo. Todos los demás siguen como si nada. Quizás me equivoque. ¿Merece la pena, Susie? ¿Vale mi matrimonio?

—Rob, eres el único que queda porque los demás están muertos. O enviados a los gulags por Kilton.

Él se mordió una uña. Susie notó las oscuras ojeras bajo sus ojos. Le recordaba a esas imágenes de los pilotos de la Batalla de

Inglaterra fumando después de un vuelo; agotados y envejeciendo por minutos.

—Tantas cosas pueden salir mal el jueves, Susie. Podría arruinarlo todo y no conseguir nada. ¿Y dónde me dejaría eso con Mary? Podría ser expulsado de la RAF o algo peor —Le dirigió esa mirada desolada otra vez—. ¿Y si Mary no vuelve nunca?

—¿Y si no vas? Te quedas y apruebas el proyecto y entra en producción con el mismo defecto que mató a Millie. ¿Podrías vivir con eso? Sabes que Mark Kilton ha hecho sus cálculos. No es ningún idiota. Sabe que morirá gente mientras esta cosa entra en servicio. Incluso ahora, probablemente esté planeando cómo TFU participará en las investigaciones, listos para descartar la tecnología secreta y culpar a las tripulaciones. Ya lo hemos visto con Millie. Ese accidente debería haber sido el fin del proyecto, pero si acaso, lo ha envalentonado. Le ha demostrado que puede salirse con la suya incluso en el peor escenario. Y tienes razón. Ahora estás solo. Millie se ha ido. Depende de ti —miró al cielo y suspiró—. Todos tenemos que tomar decisiones en la vida, Rob. De hecho, yo estoy en una situación similar.

Él le dirigió una mirada interrogante.

—No iba a decírtelo, pero el Servicio no quiere que sigamos adelante con el vuelo. De hecho, me han ordenado regresar.

—¿Así que no podemos ir, de todos modos?

—No he dicho eso. Yo nunca iba a participar en el vuelo. Así que eso sigue siendo una cuestión tuya.

—Pero no estarías allí para ayudarme.

—Tampoco he dicho eso. Pero no me quedaré por aquí si no estás completamente comprometido.

Dejó que la declaración quedara suspendida en el aire durante un minuto.

Los patos parecían haber perdido la esperanza de ser alimentados y se alejaron nadando corriente abajo.

—Para mí es fácil alejarme —dijo Susie. Le dio unos golpecitos en los hombros—. Pero tienes mucha carga encima. No estoy segura de que haya otra forma de quitártela.

Miró su reloj—. Mira, haz una cosa más por mí, antes de tomar tu decisión final.

Sacó su libreta y pasó las páginas de taquigrafía, antes de detenerse en un par de líneas garabateadas. Arrancando una hoja limpia, usó un bolígrafo para traducirla.

73 Sunrise Avenue

Totton

—¿Qué encontraré ahí? —preguntó Rob.

—Un recordatorio de por qué estamos haciendo esto.

La A36 estaba tranquila. Rob pisó el acelerador y dejó correr el Healey, frenando con fuerza al llegar a una serie de curvas en las afueras de Totton.

Le llevó varios minutos encontrar Sunrise Avenue.

Avanzó lentamente por la carretera, mirando por la ventanilla del copiloto los números impares. 31, 33...

Aceleró suavemente. 57, 59...

Miró hacia delante y se quedó contemplando el coche de Millie.

Al bajarse, dejó que sus manos acariciaran las distintivas aletas del Rover color borgoña.

Recordó las ocasiones en que había ido en el asiento del copiloto. Aquella cosa se balanceaba en las curvas como un barco. No era muy agradable con el estómago lleno de cerveza.

Una puerta se abrió a su izquierda. Georgina estaba en la entrada de un pequeño bungalow con un jardín delantero descuidado. Llevaba un vestido rojo estampado. Incluso entre la dejadez de su nuevo hogar, se veía maravillosa.

Las lágrimas le brotaron mientras recorría el camino, esquivando juguetes infantiles abandonados hace tiempo.

—Hola, forastero —dijo ella. Se abrazaron.

Ella se apartó—. Es encantador verte, querido Robert. Pero como estoy en la lista negra, supongo que esta no es una visita de cortesía.

—¿Podemos hablar?

Ella lo condujo hasta el jardín. El interior de la casa necesitaba reparaciones urgentes. Papel pintado que se despegaba y radiadores torcidos. Echó un vistazo a la cocina al pasar y vio una pequeña cocina de dos fogones.

Charlie estaba sentado a la mesa de la cocina sosteniendo una taza de algo.

El adolescente se puso de pie de un salto y sonrió ampliamente.

—Hola, señor May.

—Por favor, llámame Rob. ¿Cómo estás?

—No muy bien, para serte franco.

—Y eso está bien, Charlie. Está bien no estar bien.

Los ojos de Charlie eran cálidos mientras miraba a Rob—. Gracias.

—Mira, cuando todo esto termine, ¿por qué no pasamos tiempo juntos tú y yo? Puedo contarte un poco sobre tu padre en el trabajo. Quizás algunas historias que él esperaría que no oyeras.

Charlie sonrió—. Me encantaría muchísimo. Gracias.

Rob siguió a Georgina hasta el jardín, donde le ofrecieron una silla de plástico barata. Georgina se sentó en un taburete de madera.

La valla en la parte trasera del jardín se inclinaba hacia adelante, tras haber sido atacada por la maleza descuidada del otro lado.

—No es nuestro —dijo Georgina—. Es de mi cuñado. Lo alquilaba, pero la última familia lo dejó en un estado lamentable. Creo que espera que Charlie y yo ayudemos a arreglarlo a cambio de una pequeña estancia sin alquiler.

—¿Os echaron sin más de la vivienda militar?

—Dijeron que era la escena de un crimen. ¿Puedes creerlo?

Rob negó con la cabeza.

—Me dijeron que mientras durara la investigación, todo estaba en suspenso. Incluida la pensión.

—¿Cómo andas de dinero? —preguntó Rob. Georgina le dirigió una mirada que lo decía todo.

—Ya es bastante duro para mí, pero ha sido terrible para Charlie. ¿Puedes imaginar lo que está pensando? Adoraba a su padre. Era su

héroe. Pero ahora... Odio que piense que Millie podría haber hecho algo malo —se secó los ojos con un pañuelo.

—No hizo nada malo, Georgina. Pero es... complicado —esperó a que se recuperara—. ¿Puedo hacerte algunas preguntas? ¿Recuerdas aquel sábado cuando Millie fue a Oxford a ver a Charlie y nosotros fuimos de compras?

—Sí que me acuerdo. Y sé que no fue. Lo sospechaba, pero sabía que era mejor no preguntar. Es curioso, después de que muriera no pensé tanto en las conversaciones que tuvimos. Pensé más en las que no tuvimos. Apenas sabía nada sobre su trabajo estos últimos años. Debe de ser duro esconder tanto. Maldito Kilton y su velo de secretismo absoluto.

—Entonces, ¿no le preguntaste nada?

—No. Lo dejé pasar, como tantas cosas. Charlie me dijo que tú le preguntaste. No supe qué decir. ¿Sabes adónde fue?

—No exactamente, no. ¿Hubo algo extraño en él antes del accidente?

Pensó un momento y miró hacia la lejanía. —Había algo raro, podía sentirlo. De hecho, pensé que era por ti.

—¿Por mí?

Sonrió. —Te quería, Rob. Le encantaba tenerte cerca. Le hacías sentir joven. Estaba muy contento de que le hubieras escogido como amigo, cuando tenías a todos esos glamurosos pilotos haciendo cola para codearse contigo.

—Pero entonces, algo cambió. Te alejaste, lo que estaba bien, por supuesto. Era comprensible. Al final, creo que él lo entendió. Era bueno en eso. Un hombre sin ego. Pero durante unas semanas, fue duro.

Rob apretó la mano alrededor del fino brazo de plástico de la silla.

Georgina inclinó la cabeza. —Oh, cariño, él aún te quería y seguíais siendo amigos, ¿verdad?

—No fui un amigo cuando me necesitó.

Georgina le tendió un pañuelo.

—¡Tengo un montón de estos!

Rob se tomó un momento para calmarse.

—¿Hubo algo más, Georgina? Solo algo que quizás mencionara de pasada y que pareciera extraño.

Georgina se llevó la mano a la barbilla y la acarició un momento antes de negar con la cabeza. —No se me ocurre nada. Quiero decir, estaba lidiando con algún problema matemático en cierto momento, pero no veo que tenga nada que ver con nada.

—¿Matemáticas? Dime exactamente qué dijo.

—Bueno, no recuerdo mucho. Solo dijo que tenía un problema matemático. Nos reímos un poco sobre que Charlie tenía todo el cerebro matemático de la familia.

Rob se levantó y dio unos pasos por la zona de césped que habían cortado lo suficiente para un par de sillas y una mesa. —¿Pero no le preguntó a Charlie? A menos que Charlie estuviera mintiendo. ¿Quizás le pidió a Charlie que mintiera?

—Estoy segura de que me lo habría dicho ya, pero preguntémosle. *¡Charlie!*

Apareció en la puerta trasera.

Rob se enfrentó a él. —Charlie, ¿recuerdas nuestra conversación en casa de tu madre?

—¿Sobre que vi a papá en Oxford?

—Sí. Quiero comprobar que no estás encubriéndole. Que no te pidió que no dijeras nada. Te prometo que estoy de su lado. No estoy aquí por el TFU o la policía. Estoy aquí para limpiar su nombre.

Charlie negó con la cabeza. —Se lo diría, señor May, lo prometo. Pero nunca le vi. Dios, ojalá lo hubiera hecho. Pero no me visitó.

—¿O te llamó?

—No. Nada. La última vez que vi a papá fue en Semana Santa.

—Gracias, Charlie.

—¿Limpiará su nombre? —preguntó Charlie, mirando de reojo a su madre.

—Estoy haciendo todo lo que puedo, te lo prometo.

Georgina se puso en pie. —Estamos tan solos aquí, Rob. Esto significa todo para nosotros. Gracias.

Le acompañó hasta la puerta principal.

—Dios, echo de menos a Mary. ¿Cómo está esa esposa tuya tan preciosa?

—Está bien.

—Bueno, dale recuerdos de mi parte desde Siberia.

Rob sonrió. —Os veremos el viernes. Después de eso, no podréis libraros de nosotros.

Capítulo Treinta

Miércoles 6 de julio

En su última charla el martes por la noche, Susie lo había bautizado como "Miércoles Normal", instando a Rob a interpretar el papel del lacayo de la TFU. Seguir las reglas. Mantener la cabeza agachada.

—Despista a Kilton. Estará redactando tu mención especial por entregar el proyecto en vez de preocuparse por lo que harás después.

En la cafetería, estaba nervioso. No podía creer que sus compañeros no supieran que Mary se había marchado.

Pero bebió té, se rio cuando pudo, y se sumergió en la planificación de dos viajes más de Guiding Light.

Según el calendario del proyecto truncado, les quedaban nueve horas y doce minutos por registrar. Kilton quería el avión en el aire por la mañana y por la tarde. Registrar cuatro horas hoy y cuatro mañana, dejando el vuelo final ceremonial con alrededor de sesenta minutos para completar el requisito mínimo.

Después de un viaje sin incidentes por la mañana a Yorkshire y de vuelta, Rob se dirigió al comedor para almorzar.

JR estaba en una mesa solo. Sería demasiado fuera de lo común que Rob se uniera a él, así que se detuvo a su lado solo un momento mientras pasaba con su bebida en la mano.

—¿Todo listo? —mantuvo la voz baja.

JR levantó la mirada y asintió.

—Está arreglada y esperándole, Teniente de Vuelo. Le recogeré a las 7:30 de la mañana.

Rob asintió.

Evitó el bar después del trabajo y se fue a casa, recordando mencionar casualmente a Red y Jock que no se sentía al cien por cien.

Dos veces cogió el teléfono y marcó el número de los Laverstock. En ambas ocasiones colgó antes de que la línea se conectara.

Era insoportable no hablar con Mary. Pero Susie le había advertido que cualquier contacto podría alterarlo. Meter la pata en el momento equivocado.

La luz se desvaneció. Terminó una botella de vino como distracción del silencio. A las 10:30 de la noche se fue a la cama, rogando por una buena noche de sueño, aunque sabía que era poco probable que llegara.

Se volvió hacia un lado y cerró los ojos, imaginando a Millie sentada junto a JR en la cabina del Anson. La bolsa de viaje detrás de él.

Solo en una misión para salvar vidas.

Capítulo Treinta Y Uno

Jueves 7 de julio

La alarma estalló con su urgente clamor. Los ojos de Rob parpadearon al abrirse.

Su primer pensamiento fue de sorpresa. Había dormido.

Se dio la vuelta y miró el espacio donde debería estar su esposa. Apoyó una mano en la almohada intacta, antes de levantarse de la cama.

Se puso el uniforme y metió ropa de civil en una bolsa de lona.

Eran poco más de las 7 de la mañana.

Bajó las escaleras, cogió el auricular del teléfono y, con dedos nerviosos, marcó la centralita de West Porton.

—Oficial al mando de la Unidad de Vuelos de Prueba, por favor.

Una breve pausa.

—Kilton.

—Señor, soy Rob May. Me temo que he estado bastante enfermo durante la noche y no estoy en condiciones de trabajar ni volar hoy.

—¿Pero puede venir, verdad?

—No. Estoy enfermo.

—Esto es muy inconveniente, May. Tiene dos vuelos hoy. Importantes. Estoy a punto de asegurar al gobierno que firmaremos mañana.

—Lo siento, señor.

—Bien. Tomaré su lugar.

Rob se despidió pero se encontró hablando con una línea muerta. Kilton había colgado.

Diez minutos después, Rob salió sigilosamente de la casa y caminó a paso ligero hacia el pueblo.

No miró ni a izquierda ni a derecha, simplemente rezó para que sus compañeros de la TFU estuvieran demasiado ocupados vistiéndose o desayunando como para mirar por la ventana.

Al entrar en el pueblo, divisó un viejo Hillman Minx frente a la tienda. JR estaba apretujado en el asiento delantero, con la cabeza inclinada hacia adelante para evitar el techo bajo.

Le hizo un gesto con la mano.

Cuando se acercaba a la puerta del pasajero, un hombre con uniforme de la RAF salió rápidamente del estanco, con un periódico bajo el brazo. Saludó a Rob con la cabeza, sonriendo.

Rob le devolvió una sonrisa forzada y estudió sus galones; un líder de escuadrón con una cinta de medalla.

Se subió junto a JR.

—¿Reconoces a ese oficial?

JR asintió.

—Subdirector del Escuadrón de Manejo en Boscombe. No te preocupes.

El coche arrancó y Rob se hundió más en su asiento.

Se sentía expuesto, pero a menos que se escondiera en el hueco de los pies, no tenía más remedio que permanecer a la vista de cualquiera que quisiera mirar.

Entraron en West Porton por la puerta principal. Desde el aumento de la seguridad, era la única forma de entrar o salir.

—Antes teníamos nuestra propia entrada al aeródromo —dijo JR —. Estaba en el otro lado y conducía directamente a la unidad. Nadie nos molestaba. Días de gloria.

—Suena idílico. Y entonces llegó la TFU.

—En efecto. Aunque el comedor está mucho más animado.

Giraron hacia la carretera de acceso a la puerta y se unieron a una pequeña cola. Rob se encontró deslizándose hacia abajo en su asiento. Miró hacia adelante y reconoció un par de coches. Parecía Red Brunson a lo lejos, pero no reconoció inmediatamente el Rover blanco justo delante de ellos, aunque notó un par de ojos en su espejo retrovisor.

—No dejo de pensar que me están vigilando.

—Estás bien —dijo JR—. Es por la mañana. Nadie está alerta.

Era su turno. Los oficiales ordenaron a JR salir del coche. Rob se llevó la mano a la mejilla para ocultar su rostro de cualquiera que pudiera pasar conduciendo.

Los guardias también detuvieron el vehículo de delante.

De él bajó Dave Berringer.

Rob se inclinó completamente hacia adelante, como si se estuviera atando los cordones. Con el corazón acelerado, mantuvo la cabeza agachada.

JR volvió al asiento del conductor.

—¿Todo bien? ¿Crees que te han visto?

—¿La persona de delante sigue fuera del coche? —preguntó Rob.

—No hay ningún coche delante de nosotros.

Rob se enderezó. —Vale. Vamos.

Giraron inmediatamente a la derecha después de la puerta y se separaron del tráfico principal de la estación y la TFU.

JR condujo hasta una entrada del aeródromo más allá del comedor de oficiales y siguieron por la pista perimetral.

En la Unidad de Mantenimiento, JR llevó a Rob al almacén de ropa de vuelo: una serie de cajas de cartón que no habrían desentonado en un mercadillo.

Rebuscó hasta que encontró un mono que más o menos le quedaba bien. También escogió un casco de vuelo de cuero desgastado con auriculares incorporados. Olía a humedad; quizás había visto acción en la última guerra.

Se dirigieron a la aeronave lo más rápido posible. Rob no tenía ningún deseo de hacer cola y rodar cerca de ningún avión de la TFU.

JR tomó el mando. Rob revisó las notas de los pilotos.

En una pequeña nube de humo negro, los dos motores se encendieron uno tras otro. Después de esperar a que subieran las temperaturas, JR hizo las llamadas por radio y rodaron hacia la pista.

—El señor Stafford al teléfono.

La voz alegre de Jean irritó el humor de Kilton. Arrebató el auricular.

—¿Qué?

—Buenos días a ti también, Mark.

—Estoy ocupado.

—Necesito saber que estamos listos para mañana. El ministro se reúne con el Consejo esta tarde y querrá garantías.

—Ya te lo dije, lo haremos —siseó Kilton—. Ya se lo he asegurado a Buttler. El gobierno quiere esto más que tú y no está de humor para recibir malas noticias.

—¿Y las cintas desaparecidas?

—Milford está muerto. Podemos suponer que ese inconveniente murió con él. Mira, no tengo tiempo para esto. Voy a volar. Solo estate aquí mañana. Volaremos después del funeral.

—De acuerdo, ¿y Rob May? Sé que tenías tus dudas sobre él.

Kilton hizo una pausa.

—No te preocupes por May. Hará lo que se le ordene.

—Bien. El General Leivers está esperando la señal, y el Reino Unido espera el dinero. ¿Puedo asegurarme de que no habrá más sorpresas?

—Simplemente esté aquí mañana, Stafford. Conseguirá su firma.

Colgó y empujó la puerta contigua hacia la oficina de Jean. —No más llamadas. Tengo que ir a volar.

En la sala de planificación, encontró a Red. —Ocuparé el lugar de Rob. Está enfermo, aparentemente.

—Bueno, nos estamos preparando para salir. ¿Quieres ver la ruta?

Kilton revisó el mapa; parecía sencillo. Salida hacia el oeste, pasadas a dos mil y luego a mil.

—¿Podemos irnos ya? Tengo mucho que hacer.

—Por supuesto, jefe.

Red miró alrededor buscando a Berringer y Smith. —*¡Nos vamos!*

Berringer pareció sorprendido al ver a Kilton de pie junto a él. Dejó su taza y se acercó, junto con Smith, un joven navegante.

—Listos.

Kilton trabajó en silencio para ponerse el mono, antes de encaminarse hacia la puerta del aeródromo con Red. Juntos esperaron a los demás.

Impaciente, condujo a Red hacia la plataforma. Los señaleros remolcaron un Victor fuera del hangar a la derecha, mientras que justo enfrente estaba su Vulcan, agachado sobre su tren de aterrizaje principal, esperando.

Un zumbido de hélices flotó por el viento y Kilton observó cómo un viejo Anson avanzaba retumbando por la pista de rodaje opuesta.

—Maldita gente. Hacen que el lugar parezca desordenado.

—¿Los mecánicos? —dijo Red, observando a los rangos inferiores ocupados alrededor de los jets.

—El Cementerio. Después de Guiding Light, voy a expandir nuestras operaciones. Necesitaremos ese espacio.

Finalmente, Berringer y Smith aparecieron junto a ellos.

La tripulación caminó hacia la aeronave.

Kilton se izó por la escalera amarilla hasta el vientre del bombardero, dejando que Red hiciera la inspección exterior.

Se acomodó en la posición del copiloto a la derecha, feliz de dejar que Red hiciera la mayor parte del trabajo.

Afuera, el Anson aceleró al máximo y comenzó su laborioso recorrido por la pista. El capitán se parecía a JR; debía ser más viejo que el maldito avión que estaba llevando al desguace.

Kilton entrecerró los ojos.

¿Algún jovencito con él?

Era inusual que esa gente trabajara con alguien que no tuviera un pie en la tumba.

Red apareció. Se abrochó y se puso su casco fabricado en EE. UU.

—Pareces ridículo —dijo Kilton, evaluando la visera de espejo.

Red se rio y se puso su máscara de oxígeno. Entre ambos, dieron vida al Vulcan.

Con los cuatro motores rugiendo, Brunson rodó hacia la pista occidental y aceleró hacia el cielo.

Se estabilizaron en el crucero, surcando el aire durante quince minutos.

Cuando comenzaron el descenso, Red tomó algunas notas y Kilton notó que el panel de Guiding Light se iluminaba; claramente, Berringer se estaba preparando.

—¿Qué le pasa? —preguntó Red.

—¿A quién?

—A Rob. Dijiste que estaba enfermo. ¿Qué le pasa?

—No lo sé, maldita sea. No le pregunté.

—¿Quién está enfermo? —intervino Berringer por el intercomunicador desde su posición en la cabina trasera.

—Rob May.

Hubo una pausa antes de que Berringer hablara de nuevo. —Parecía bien esta mañana.

Kilton giró la cabeza. —¿Qué quieres decir?

—En la entrada principal. Parecía bien. Estaba con ese viejo de la Unidad de Mantenimiento.

—Dad la vuelta al avión, —ladró Kilton en su máscara de oxígeno.

—¿Perdón? —dijo Red, pero Kilton no esperó más.

—Tengo el control —dijo, y agarró la columna y las palancas, metiendo el jet en un pronunciado viraje.

—¿Qué está pasando? —preguntó Red.

Kilton niveló con rumbo este y soltó los controles.

—Simplemente regresemos, y dile al ATC que somos prioritarios.

Incluso en el pesado Anson, el viaje a Abingdon fue un salto corto.

JR los posicionó al sureste para incorporarse al tramo a favor del viento para la pista sur. Rob no hizo mucho más que ayudar con los flaps y ajustes. Cuando se alinearon, miró a través del campo aéreo de la RAF hacia la ciudad, y apenas visible a unos dieciséis kilómetros más allá estaba Oxford.

Las manos experimentadas de JR ajustaron las palancas mientras afinaba su descenso final; suave como la seda, las ruedas acariciaron la pista. Un perfecto aterrizaje de tres puntos para el avión de cola baja.

—Buen aterrizaje —dijo Rob.

—Hay que tratar a estas viejas damas con cuidado —respondió JR, sin apartar la vista de las líneas blancas que desaparecían bajo el morro mientras rodaban.

Rob dejó que JR hiciera las llamadas de radio y se dirigieron hacia los grupos de hangares y edificios.

—¿Dónde exactamente dejaste a Millie?

JR señaló una plataforma a la derecha del hangar más grande. —Se usa para aeronaves visitantes, y tenemos que registrarnos allí —asintió hacia una estructura de una sola planta al otro lado de la plataforma—. Es el Escuadrón 47. Gente amable.

Después de apagar los dos motores Cheetah, JR repasó la lista de verificación.

—Puedes irte, Rob. Yo me acercaré al escuadrón más tarde para tomar un té. Buena suerte.

Rob entró en el edificio del Escuadrón 47 y se acercó a lo que parecía un mostrador de operaciones.

El lugar estaba concurrido, pero cada persona que pasaba apresuradamente le daba un alegre buenos días.

—Necesito registrar una aeronave visitante, por favor.

El sargento del mostrador sonrió. —Bienvenido a la RAF Abingdon —dijo, mientras giraba un libro de registro de visitantes frente a él.

Rob lo abrió y buscó la última entrada.

29/6/66 - Lightning 1A - XM184 - Fl Lt RWA Meakins - Desviación (combustible)

Sacó un bolígrafo de su mono de vuelo y anotó una entrada para su vuelo. Escribió lentamente, esperando el momento adecuado, mientras el sargento se daba la vuelta.

Rápidamente pasó la página hacia atrás y examinó la lista de entradas. Sus ojos se detuvieron al leer el nombre.

Com Esc CJ Milford

Rozó la entrada con su dedo.

El resto de la línea decía:

Anson - TX183 - MT

Rob dio unos golpecitos en el escritorio por un momento. MT solo podía significar una cosa hasta donde él sabía.

Completó su propia entrada en el registro, añadiendo "X-Country Navex" como una razón vaga para su visita.

Empujó el libro de vuelta hacia el sargento. —Me preguntaba si podría indicarme dónde está MT.

—¿Ha reservado algún transporte, señor?

—En realidad, no. Esperaba que pudieran ayudarme.

—Puedo preguntar. —El sargento cogió el teléfono—. ¿Hacia dónde se dirige?

—Solo local.

El sargento frunció el ceño.

—Tengo un oficial que necesita un coche en el Escuadrón 47. ¿Pueden atenderle? No, no estoy seguro. —Cubrió el auricular y miró a Rob—. ¿Tiene una requisición?

—Sí —mintió Rob.

El sargento terminó la llamada. —Alguien vendrá a recogerle aquí en breve.

Señaló un viejo sofá que recorría la pared opuesta al escritorio. Rob se acercó, pero antes de sentarse, se quitó el mono de vuelo y lo dobló dentro de la bolsa.

Cruzó las piernas e hizo todo lo posible por ocultar su nerviosismo.

Después de unos minutos, apareció un cabo en el escritorio sosteniendo su boina de tela. El sargento señaló a Rob y el hombre se acercó.

—¿Necesita transporte, señor?

—Sí, por favor, Cabo.

Rob se levantó y salió. Un Austin 10 gris de servicio estaba aparcado junto a la entrada. Rob hizo una mueca; era el tipo de vehículo oficial normalmente reservado para oficiales superiores.

Mientras el cabo le abría la puerta, intentó usar su tono más casual.

—En realidad, Cabo, tengo un pequeño problema, ya que he perdido la dirección exacta que necesito visitar. Me pregunto si podría ayudarme.

—Lo intentaré, señor. ¿Conoce el nombre de la persona? ¿O es una empresa?

—Mi colega visitó el lugar a principios de la semana pasada y creo que la sección MT proporcionó el transporte. Quizás tengáis algún registro.

El cabo no parecía muy contento. —Tenemos registros en la oficina, señor. ¿Sabe exactamente cuándo ocurrió esto? —Habló lentamente, claramente reacio a tener que volver a su oficina y rebuscar entre las fichas.

—20 de junio, por la mañana. Milford.

—Bien. ¿Quizás podría escribirlo?

El conductor se sentó tras el volante y se giró, entregando a Rob un bloc y un bolígrafo. Rob escribió el nombre de Millie y la fecha, e hicieron el breve trayecto hasta la oficina de MT.

Kilton se removía inquieto mientras Red llevaba el Vulcan a una aproximación final corta.

Para cuando el último motor se había apagado, ya estaba fuera de su asiento y desembarcaba por la escotilla, dejando a los demás rascándose la cabeza.

Aún con su mono de vuelo y chaleco salvavidas, llevando su casco y máscara de oxígeno, Kilton marchó hacia la sala de planificación y se dirigió directamente a la oficina de su secretaria.

—Comunícame con seguridad, ahora.

En su escritorio, se dejó caer en su asiento, golpeando la mesa con el puño.

Sonó el teléfono; agarró el auricular. —Kilton.

—El Comandante de Escuadrón Hoskins al teléfono.

Hubo un clic.

—Hoskins, Rob May llamó esta mañana diciendo que estaba enfermo, pero me han informado que entró en la estación con un dinosaurio de la Unidad de Mantenimiento. No sé qué se trae entre manos, pero hay muchas posibilidades de que esté intentando interferir con el proyecto. Necesito que lo localicen y lo arresten inmediatamente.

—De acuerdo. ¿Está seguro? ¿No deberíamos comprobar primero su casa?

—¡Comprueben todos los lugares!

Kilton colgó y miró fijamente el teléfono por un momento.

Salió de la oficina y atravesó la sala de planificación hasta la plataforma.

Mirando a través del aeródromo, sus ojos se posaron en el destartalado conjunto de barracones y hangares que formaban el Cementerio.

—Maldita sea.

Después de un corto viaje en el Land Rover del TFU, Kilton entró marchando en la sala de tripulación del MU.

Dos hombres —uno hundido en un viejo sofá y otro en un escritorio— se levantaron cuando entró.

—¿Quién está al mando? ¿Dónde está JR?

—Está volando —dijo un piloto junto al sofá.

—¿Dónde? ¿Con quién?

Miradas furtivas entre los hombres.

—*¡Díganmelo!*

—Ha llevado a un oficial a una reunión, creo.

—¿Qué oficial? ¿Qué reunión? Vamos, ¿no lleváis registros?

El hombre junto al bar de té señaló una hoja en la pared.

—Solo dice "transporte". No estoy seguro del destino. Pero volverá en algún momento. Puedo hacer que visite el TFU si lo desea, señor.

Kilton se acercó a la hoja y la examinó detenidamente.

Anson - TX183 - Transporte

—¿Quién era el oficial? —espetó.

—No estoy seguro.

Kilton se volvió y caminó hacia el hombre; llevaba galones de comandante de escuadrón.

—¿Tiene alguna idea de en cuántos problemas está metido? Ahora, preguntaré de nuevo. ¿Adónde han ido?

—Lo siento, Comandante de Ala Kilton. No lo sé. Como dije, puedo enviarlos a verle cuando regresen.

—No será necesario.

Mientras el coche salía del recinto de MT y se dirigía hacia la salida de la RAF Abingdon, Rob le daba vueltas a un pequeño cuadrado de papel en su mano.

Rhodes Cottage, Merton Street, Oxford

La puerta principal era mucho más relajada que la de West Porton. Bajó la ventanilla y se incorporó.

Si Susie estaba observando, necesitaba que le viera.

Pasaron por la puerta. Un MG azul entró, bloqueando su vista. El cabo giró a la izquierda hacia la carretera principal y aceleró.

Rob se movió en su asiento, estirando el cuello para mirar hacia atrás a la entrada.

Susie estaba al volante de su Herald, aparcado a unos cincuenta metros de la entrada del aeródromo. Estaba leyendo un periódico.

Mientras la dejaban atrás, él deseó intensamente que levantara la mirada.

No lo hizo.

Llegaron a una rotonda, quizás a medio kilómetro de la puerta. El Herald todavía no se había movido.

—¿Todo bien, señor? —dijo el cabo. Rob miró al frente para ver al hombre observándole por el retrovisor.

—Bien, gracias.

Rob mantuvo la mirada fija hacia delante. ¿Por qué demonios no les había visto salir?

Treinta segundos después de haber navegado alrededor de una rotonda, el distintivo coche azul destelló en el espejo lateral.

Giró bruscamente la cabeza y vio a Susie, con su melena negra corta recuperada, a unos cincuenta metros por detrás.

Al poco tiempo, estaban en las afueras de la ciudad.

Rob nunca había estado en Oxford; sentía como si estuvieran conduciendo hacia el decorado de una película. Edificios universitarios de arenisca hasta donde alcanzaba la vista; hombres con gafas en chaquetas de pana en bicicletas, deslizándose alrededor del coche.

El coche redujo la velocidad para girar en una calle estrecha. Rob miró hacia atrás y apenas pudo ver el coche de Susie dos vehículos detrás.

—¿Estamos cerca? —preguntó Rob.

—Es justo por aquí, señor. La siguiente a la izquierda.

—En realidad, Cabo, creo que caminaré el resto del camino, ya que hace un buen día.

El conductor se detuvo y le miró. —¿Está seguro, señor?

—Sí, será bueno tomar un poco de aire fresco.

—¿A qué hora debería recogerle, señor?

—No necesitaré que me lleven de vuelta, gracias, Cabo.

—Muy bien, señor.

Rob salió y observó cómo el Austin se alejaba en una nube de humo.

Se volvió para ver a Susie caminando hacia él.

—Bonito pelo.

—Entonces, supongo que has encontrado algunas migas de pan, Teniente de Vuelo May.

Rob señaló hacia adelante. —Merton Street. Es por aquí. La dirección a la que llevaron a Millie.

Rhodes Cottage era una casa Tudor adosada con un camino vallado a un lado. Los muros antiguos se desmoronaban en algunos lugares.

Rob y Susie se pararon en el porche delantero.

—Veamos qué hay detrás de la puerta verde —dijo Susie mientras llamaba.

Era una calle tranquila; algún estudiante pasaba en bicicleta.

Una mujer mayor con una bolsa de la compra caminaba lentamente por la acera hacia ellos.

Se inclinaron hacia la puerta, intentando detectar cualquier sonido de vida desde dentro.

Rob volvió a llamar.

—¿Puedo ayudarles?

La mujer con la bolsa de la compra se detuvo junto a la puerta.

—Ah —dijo Rob—. Sí.

Ella dejó la compra y sacó un pequeño manojo de llaves.

Susie se inclinó hacia delante y extendió su mano. —Hola, soy Susie, y este es mi colega Robert. Éramos amigos de Christopher Milford. ¿Creo que tal vez le conoció?

La mujer les dio una mirada confundida y negó con la cabeza.

—No lo creo. Deben tener la casa equivocada.

Dicho esto, introdujo su llave en la puerta y recogió su compra.

—Lo siento —dijo Susie—. Quizás usaba un nombre diferente. Rob, ¿por qué no lo describes a la señora...?

La mujer negó con la cabeza de nuevo y empujó la puerta para abrirla.

Rob soltó atropelladamente una descripción de Millie. —Cincuentón, calvo, con un poco de barriga de mediana edad. Bigote... —se apagó, antes de añadir—, y la persona más agradable que jamás conocerá.

La mujer dudó mientras cruzaba el umbral hacia la casa. Se volvió y le dio a Rob una sonrisa educada.

—Les deseo suerte en encontrar a su amigo.

Cerró la puerta.

Rob miró a Susie; ella se agachó y abrió el buzón.

—No le encontraremos. Está muerto. Y por eso estamos aquí.

Se levantó de nuevo. Tras un momento, la puerta se abrió una rendija.

Un ojo apareció en la penumbra del umbral.

—Quizás sería mejor que entren entonces.

Dentro de la oscura cocina, la mujer desempaquetaba su compra. Se detuvo y miró por encima de su hombro.

—¿Cómo murió?

—En un accidente de avión —dijo Rob—. Yo sobreviví, pero me temo que los otros tres hombres no lo consiguieron.

—Lamento oír eso. Al profesor le caía muy bien. Soy la señora Lazenby. —Se volvió de nuevo a su desempaquetado. Rob observó cómo apilaba tres tarros de pasta de pescado antes de abrir un armario.

—Señora Lazenby, ¿puedo preguntarle a qué se dedica su marido? —dijo Rob.

La mujer se rio. —No a mucho. Murió en 1944.

—Entonces, ¿quién...?

—El profesor Belkin vive aquí, y sospecho que es con él con quien necesitan hablar. Yo solo soy el ama de llaves. —Guardó lo último de la compra mientras el reloj del vestíbulo daba la media hora. Rob miró su reloj; eran las 10:30.

—Pero me temo que tendrán que esperar un tiempo. No está aquí y no volverá hasta dentro de una semana.

El corazón de Rob se hundió.

—Solo tenemos hoy, señora Lazenby. ¿Quizás podría decirnos dónde está?

—¿Les apetece una taza de té?

Susie le sonrió. —Sería encantador.

Con gran deliberación, la señora Lazenby cogió la tetera del escurreplatos y la llenó de agua en el fregadero. La colocó en la cocina y luego pasó mucho tiempo jugueteando con el gas y la caja de cerillas.

Rob miró a Susie con impaciencia, pero ella se llevó un dedo a los labios.

—Señora Lazenby, ¿sabe usted por qué estamos aquí? —preguntó Susie.

La ama de llaves sacó una silla de debajo de la mesa y se sentó frente a ellos.

—¿Fue un accidente?

—¿Perdone? —respondió Rob, a pesar de haberla oído perfectamente.

Ella se volvió para mirarlo. —El accidente del avión. ¿Fue un accidente?

Susie contestó: —No lo sabemos. ¿Por qué pregunta eso?

La señora Lazenby pareció quedarse ausente por un momento, como si recordara algo lejano. —No me corresponde a mí hablar de esto. De verdad que es mejor que esperen al profesor.

—Entiendo eso, señora Lazenby —dijo Susie—, pero nos encontramos en una situación bastante desesperada. Como creo que se ha dado cuenta, el señor Milford corrió un gran riesgo al venir aquí y ahora que se ha ido, somos todo lo que le queda para asegurar que ese riesgo no fue en vano.

El hervidor silbó. La señora Lazenby se levantó.

Susie continuó. —Creemos que el profesor Belkin es la única persona que puede ayudar a concluir el trabajo que el señor Milford estaba realizando y necesitamos hablar con él hoy.

La señora Lazenby vertió lentamente el agua hirviendo en una tetera que luego cubrió con un cubre-tetera tejido. Sin darse la vuelta, preguntó: —¿Y quiénes dijisteis que sois?

Rob la observó mientras colocaba la tetera sobre la mesa.

—He corrido un riesgo importante al venir hoy aquí, señora Lazenby. Si usted llama a la RAF de West Porton para confirmar mi

identidad, le garantizo que lo siguiente que ocurrirá es que oficiales de policía llegarán a esta casa y me detendrán. Tengo en riesgo mi carrera como piloto de pruebas. Y una esposa. —Su voz se quebró con estas palabras—. Entiendo que solo tiene mi palabra en esto, pero por favor, señora Lazenby, daría todo lo que tengo para asegurar que el descubrimiento del comandante de escuadrón Milford no muera con él. Por favor, ayúdenos.

La señora Lazenby buscó en un armario y sacó tres tazas, seguidas de tres platillos.

Finalmente, regresó del refrigerador con una jarra de leche.

—Ya veo —dijo, y se sentó—. Me temo que no os gustará lo que estoy a punto de decir. El profesor está muy lejos. Más de un día, temo, considerando los horarios de los transbordadores.

—¿Está en Francia? —preguntó Susie.

—No, no está en Francia, pero bien podría estarlo. El profesor pasa sus vacaciones de verano en Lundy, y lo ha hecho todos los años desde que le conozco.

—¿Lundy?

—Una isla frente a la costa norte de Devon —dijo Rob. Miró a la señora Lazenby—. No sabía que alguien viviera allí.

—Creo que hay algunas casas de vacaciones. El profesor tiene un acuerdo con un caballero. El señor MacPherson.

Susie se había desplomado visiblemente.

Pero Rob ya estaba pensando en su siguiente movimiento.

—Podemos llegar allí hoy.

La señora Lazenby pareció dudarlo. —Puedo daros la dirección, pero al profesor le lleva más de cinco horas conducir hasta el puerto, y luego tengo entendido que solo hay dos travesías al día. Tendréis suerte si llegáis antes del mediodía de mañana. Así que, a menos que hayáis traído uno de vuestros elegantes aviones con vosotros, me temo que estáis sin suerte.

Susie miró a Rob con una ceja levantada.

Él estaba sonriendo.

Salieron a la calle bajo un sol brillante. Rob se volvió hacia la señora Lazenby en la puerta.

—Ha sido usted extremadamente útil. Puedo ver que guarda celosamente la privacidad del profesor, pero creo que ha hecho lo correcto.

—Señora Lazenby —dijo Susie—, ¿el profesor se llevó algún material relacionado con su trabajo de vacaciones?

Ella negó con la cabeza. —En absoluto. Va para alejarse de todo eso. Me dice que ni siquiera lee el periódico.

—Eso explica por qué no se ha puesto en contacto con nosotros.

Volvieron caminando al coche de Susie. Rob estudió la breve dirección.

Old Light Cottage, Lundy

Se detuvieron en la primera cabina telefónica y Rob marcó a la operadora del Ministerio, pidiendo que le comunicara con la mesa de operaciones del Escuadrón 47.

Rápidamente encontraron a JR.

El viejo piloto se rio cuando oyó el plan.

—A grandes males, grandes remedios, supongo. Haré algunos planes y veré si podemos conseguir algo de parafina de la buena gente de la RAF de Abingdon. —Hizo una pausa—. Tendré que examinar la pista con cuidado. Entrar es una cosa, pero tendremos que volver a salir.

—Gracias, JR.

Susie los dirigió de nuevo a la carretera principal, y se encaminaron hacia Abingdon.

—No puedo creer que estemos haciendo esto —dijo Rob.

—No te adelantes. Necesitamos pruebas irrefutables, recuerda. Esperaba que a estas alturas estuviéramos examinando los resultados de los sesenta carretes, preferiblemente con las cintas aún intactas. —Se encogió de hombros—. ¿Qué vamos a encontrar en Lundy?

—¿La verdad?

Susie cambió a la marcha más alta. —Desafortunadamente, la verdad no suele ser suficiente.

—Pero tenemos que intentarlo.

—Estoy de acuerdo. Pero volar a través del sur de Inglaterra es mucho más de lo que esperábamos. ¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

Rob miró por la ventana mientras los colegios daban paso al campo. —Tengo que hacerlo —dijo en voz baja—. Nos quedan horas en el proyecto antes de que sea demasiado tarde. Millie trabajó con Belkin. Tengo que hablar con él, Susie. Tengo que darle una oportunidad. Es lo mínimo que le debo a Millie.

Continuaron conduciendo en silencio durante unos minutos.

Cuando la entrada principal de la RAF de Abingdon apareció a la vista, Rob se volvió hacia Susie.

—No tienes que venir si no quieres.

Ella sonrió. —¿La oportunidad de un vuelo? ¡No me lo pierdo! Además, me ordenaron no ir a Abingdon, pero no dijeron nada sobre Lundy.

—Con todo respeto, señor, creo que eso es ingenuo. —Kilton estaba de pie frente al escritorio del capitán de grupo Periwinkle.

—Cálmate, Mark. Estoy seguro de que hay una explicación lógica.

Kilton negó con la cabeza exasperado. —Las pruebas son claras. May mintió sobre su enfermedad. Estoy seguro de que voló con la Unidad de Mantenimiento. De hecho, creo que lo vi en un Anson.

—¿Crees? ¿Pero no estás seguro?

—Estoy seguro, señor.

—¿Podría ser que Rob simplemente estuviera en el médico? ¿No dijeron los policías que la casa estaba vacía? Mary debe haberlo llevado.

—No, señor. Está tramando algo, estoy seguro.

El teléfono de la oficina exterior sonó. Un momento después, pasaron la llamada a Periwinkle.

—Comandante de la estación —respondió—. Ya veo. ¿Y eso es todo lo que pueden decirnos?

Dio las gracias educadamente y colgó. —Control de Tráfico Aéreo dice que el único tráfico de MU esta mañana fue, efectivamente, un Anson. No había plan de vuelo, pero la aeronave partió hacia el noreste.

—¿Noreste? —Kilton miró alrededor de la oficina y sacó una carta del sur de Inglaterra de una estantería, extendiéndola sobre la mesa de conferencias. Con su dedo, trazó una línea que corría hacia el noreste desde West Porton. Llevaba a Cambridge.

Levantó la mirada hacia el comandante de la estación. —Dígale a su cabo que llame al Aeropuerto de Cambridge y les pregunte si han tenido alguna visita esta mañana. Anson TX183 —Escribió el número de serie en un trozo de papel y se lo entregó a Periwinkle. El comandante de la estación se movió desde detrás de su escritorio.

Kilton se quedó junto al mapa y escuchó mientras Periwinkle transmitía el mensaje en la oficina exterior.

—Ah, ¿y podríamos tener una tetera, por favor?

—¡Llame a Cambridge primero! —gritó Kilton.

Periwinkle volvió a entrar en la oficina. Observó a Kilton mientras atendía alguna correspondencia en su escritorio. Kilton permanecía en silencio, contemplando el mapa. ¿Por qué Cambridge?

Después de unos minutos, el cabo apareció en la puerta.

—Nada, señor.

—¿Nada? —dijo Kilton—. ¿En serio?

—No, señor. Cambridge confirma que no han tenido ninguna visita en toda la mañana.

—¡Mierda! —Kilton se levantó y se inclinó sobre el mapa de nuevo—. Noreste. Podría haber sido solo su rumbo inicial. —Sus ojos se movieron a ambos lados de una línea imaginaria hacia Cambridge. RAE Bedford era un destino común para los equipos de prueba; el lugar albergaba a muchos ingenieros aeronáuticos.

El cabo se colocó a su lado, también mirando el mapa.

—RAE Bedford, cabo. Eso podría ser. Llámeles, ¿quiere?

—Sí, señor. ¿Le gustaría que hiciera una lista de los otros aeródromos a lo largo de la ruta? Podrían haber ido más allá de Cambridge, por supuesto.

—Rápido entonces —espetó Kilton. Observó mientras el cabo garabateaba a toda velocidad.

Marham
Wyton
Alconbury
RAE Bedford
Bicester
Brize Norton
Abingdon

Mientras regresaba a la oficina exterior, Kilton le gritó. —Empiece con RAE Bedford.

Caminó de un lado a otro por la habitación.

—¿Una taza de té, Mark? —preguntó Periwinkle.

Red Brunson estaba junto a uno de los escritorios de planificación tamborileando con los dedos. Había estado observando las idas y venidas desde su abrupto regreso a West Porton, incluida la orden de la policía a la casa de Rob May.

Jock MacLeish apareció a su lado.

Red miró por encima de su hombro para asegurarse de que nadie estuviera demasiado cerca.

—Primero vinieron por Brian, luego vinieron por Millie.

—Y ahora han venido por Rob —MacLeish completó el pensamiento.

—¿Te dijo algo alguna vez? —preguntó Red.

Jock negó con la cabeza. —No. Me pregunté si lo haría, pero parecía contento con el proyecto.

Dos hombres de seguridad uniformados de West Porton entraron marchando en la sala de planificación. Llamaron a la puerta de la oficina de Jean. Red y MacLeish observaron cómo ella los conducía hasta las taquillas de madera y les entregaba un juego de llaves.

No tardaron mucho en vaciar el contenido de la taquilla de Rob en una bolsa.

MacLeish sacudió la cabeza y volvió a su planificación, pero Red se quedó merodeando un momento antes de dirigirse hacia Jean.

Golpeó en la ventana de cristal de la puerta.

Jean levantó la vista y sonrió ampliamente, haciéndole un gesto para que entrara.

—Vaya, hola, Capitán Brunson.

—Hola, Jean. Necesito comprobar algunas cosas para el funeral. ¿Tienes la lista de contactos, por favor?

—Por supuesto —dijo alegremente, y luego se sumergió en un archivo, entregándole una hoja con los nombres y números de teléfono.

—Gracias. No tardaré mucho.

Rob entró en el cuerpo de guardia de Abingdon en la puerta principal y rellenó un formulario de visitante para Susie, inventándose un nombre. Una de las pequeñas ilegalidades del día.

En el mostrador de operaciones del Escuadrón 47, JR explicó que tendrían una pasajera VIP femenina, y Susie fue debidamente tratada como la realeza con ofertas de tazas de té y galletas.

JR completó los detalles de salida, y se sentó en el sofá junto a Rob mientras repasaban una copia de las notas para pilotos del Anson.

No habían podido contactar con nadie en Lundy. Aparentemente, la isla no estaba conectada al continente por cable. Sin embargo, JR había encontrado una descripción de la pista; tenía mil cuatrocientos pies de largo, lo cual era justo.

Cuanto más leían en las notas, mejor sentían que eran sus posibilidades. Las instrucciones de manejo para el despegue a ochenta y cinco nudos tenían un margen de error considerable, ya que la velocidad real de pérdida era más cercana a los cincuenta nudos.

Durante su curso de pilotos de prueba, Rob había colocado varias aeronaves en todo tipo de situaciones límite. Sentía que esto era

aceptable.

JR estuvo de acuerdo.

Se encogió de hombros. —Bueno, lo averiguaremos de una forma u otra.

Rob se puso su mono de vuelo y los tres se dirigieron hacia la aeronave que les esperaba.

Unos minutos después de que JR, Rob y Susie se hubieran marchado, sonó un teléfono en el mostrador de operaciones del Escuadrón 47. El sargento de servicio lo cogió.

—Operaciones del Escuadrón 47. Sargento Wilkes... Gracias. Pásemelo.

Mientras escuchaba, anotó un número de serie de aeronave.

TX183

—Creo que sí. Espere un momento, voy a comprobarlo.

Wilkes podría haberse ahorrado esta tarea extra en una mañana tan ocupada. Cubriendo el auricular con la mano, miró hacia su cabo.

—¿Esos VIP? ¿Iban en un Anson?

—Creo que sí.

—¿Número de serie? —esperó mientras el cabo abría el registro de visitantes y deslizaba el dedo hasta la última entrada.

—Tango X-Ray uno-ocho-tres.

—¿A qué hora se marcharon?

El cabo miró el reloj de pared. —Hace diez minutos.

El sargento destapó el teléfono. —Acaba de perderlos, lo siento.

Una nueva voz apareció al otro lado de la línea y el sargento tuvo que apartar el auricular de su oreja.

—Sí, señor. —Dejó caer el teléfono y le gritó al cabo.

—¡Detén el Anson!

Rob encendió los magnetos principales de la aeronave y apagó los magnetos de arranque. Repasó el resto de la lista de verificación mientras un miembro del equipo de tierra en el exterior le hacía señas para confirmar que había enroscado la bomba de cebado y cerrado la llave de cebado.

Observó cómo JR abría el motor a mil revoluciones por minuto.

—Qué fastidio, pero tenemos que calentar el motor uno o dos minutos.

Rob controló los indicadores de temperatura del motor. La aguja blanca se desplazaba lentamente por el dial.

Susie apareció entre ellos.

—Es mejor que te quedes sentada —gritó Rob por encima del ruido del motor, pero ella señaló hacia la ventana.

Un coche de la policía de la RAF se dirigía hacia la torre de control aéreo. Lo vieron detenerse antes de que un policía saltara fuera y mirara hacia ellos.

—¿Vienen por nosotros? —dijo Rob.

—Creo que sí. ¿Quizás deberíamos irnos ya?

JR no necesitó que se lo pidieran dos veces. Soltó el freno de estacionamiento e hizo un gesto al equipo de tierra, que le mostró tres calzos. Empujó los aceleradores y la aeronave avanzó lentamente.

Rob mantuvo la vista en el policía. Estaba corriendo hacia ellos.

—¿Vas a contactar por radio con la torre? —preguntó JR.

—Creo que sería inútil a estas alturas.

—De acuerdo.

JR giró el Anson hacia la pista de rodaje oeste y rodó tan rápido como se atrevió.

La radio cobró vida. —Anson, Shorthand uno-tres, se le solicita que apague motores.

Rob observó por la ventanilla lateral cómo el policía, reaccionando al movimiento del avión, se detuvo y corrió de vuelta a su coche.

La radio les gritó de nuevo. —Shorthand uno-tres, se le ordena detener el rodaje y apagar motores inmediatamente.

—¿Apagamos eso? —dijo Rob.

—Buena idea. —JR giró el dial rotatorio.

El punto de cruce para la pista principal estaba justo delante, aproximadamente a la mitad de su longitud.

—Espacio de sobra para esta vieja —dijo JR.

Rob seleccionó la configuración de flaps para despegue y giró la cabeza. El coche de policía entró en la pista de rodaje y desapareció detrás de ellos. Debía ir a unos ochenta kilómetros por hora; ellos iban a unos treinta. El policía estaría a su altura, o peor, delante de ellos, en cuestión de segundos.

El giro hacia la pista principal todavía estaba a cien metros de distancia.

Pero estaban orientados hacia el viento.

—Vamos ya —dijo Rob.

JR lo miró. —¿Qué?

—Usa la pista de rodaje. Nos hemos quedado sin tiempo, JR. *¡Vámonos ya!*

JR adelantó los aceleradores, y ambos controlaron los motores, que deberían haber tenido más tiempo para calentarse.

El indicador de velocidad aérea subía lentamente.

—Vamos, vamos... —Rob animaba a la aeronave a acelerar.

Miró alrededor, presionándose contra la ventana, intentando vislumbrar el coche de policía, sólo para ver que les había dado alcance y ahora intentaba adelantarles, con una rueda sobre la hierba.

—¡Mierda, va a ponerse delante de nosotros!

Cuarenta y cinco nudos, cincuenta nudos.

La aguja respondía con una lentitud agónica.

El coche de policía llegó a la altura del borde de ataque del ala, justo cuando JR bajaba el morro del Anson, levantando la rueda de cola... pero aún necesitaban más velocidad para despegar.

El policía pareció encontrar una ráfaga de energía en el motor del coche y avanzó, poniéndose a la altura del morro.

—Oh no —murmuró Rob.

Sesenta y cinco nudos.

JR tiró suavemente del volante hacia atrás.

Pero la aeronave seguía plantada sobre su tren principal.

El coche de policía avanzó un poco más.

—¡Si consigue adelantarnos, se pondrá delante y estaremos perdidos! —gritó Rob.

Susie se puso de pie de nuevo, aferrándose a la parte trasera de los dos asientos de la cabina.

—*¡VAMOS!* —gritó por encima del estruendo de los motores.

Las alas del Anson finalmente comenzaron a morder el aire y la aeronave se elevó lentamente, dejando al coche de policía muy atrás.

JR mantuvo el morro cerca del horizonte, permitiendo que la velocidad aumentara, antes de empujarlo hacia arriba, tentando al vintage avión a realizar un ascenso suave, aunque reacio.

—Mejor mantén tu carta a mano y la radio apagada —dijo Rob—. Vamos a navegar a la antigua usanza.

JR continuó con el suave viraje. Rob escudriñó la escena de abajo. Dos coches de policía más alcanzaron al que les había estado persiguiendo. Un grupo de hombres con diversos uniformes se agolpaba alrededor de la base de la torre.

—Ya está. Estamos comprometidos.

JR se rio. —Se podría decir que sí.

El campo de Oxfordshire se deslizaba a sus pies. JR mantuvo el maltrecho Anson plateado justo por debajo de las nubes, con el morro apuntando hacia el sudeste.

Rob señaló el rumbo en la brújula.

—Despistémosles un poco, dejemos el oeste hasta Reading cuando estemos bien fuera de su vista.

—Buena idea.

Rob estudió la carta.

—Eso de ahí delante es Didcot. —Señaló—. ¿Ves esa mancha marrón más allá? Es Reading.

—Lo veo —confirmó JR.

Rob sacó un lápiz del bolsillo de su mono y dibujó una línea aproximada desde Reading hasta un punto entre Bristol y Bath.

Desde allí, seguirían el Estuario del Severn y la costa norte de Devon hasta tener visibilidad de Lundy.

Mostró las nuevas líneas a JR, quien asintió apreciando su simplicidad. Midió aproximadamente la distancia, comprobó la velocidad de crucero y anotó la duración de cada tramo, justo a tiempo para iniciar el cronómetro en Swindon.

Después del ejercicio de navegación, había poco más que hacer.

Rob se recostó. Sin distracciones, perdido en el zumbido rítmico del motor, comenzó a asimilar la enorme magnitud de lo que había sucedido.

—¿Estás bien? —preguntó JR por el intercomunicador.

Rob se quitó los auriculares.

JR se inclinó y tiró de su arnés hasta soltarlo.

Salió con dificultad del asiento del copiloto y se tambaleó hacia atrás. Susie lo sujetó y lo ayudó a sentarse en el desgastado asiento de cuero junto al suyo.

El aliento de Susie junto a su oído.

—Tranquilo, tranquilo. Solo respira.

Cerró los ojos y se dobló hacia delante. Su voz era suave y amable, y el aliento en su oído era cálido. Olía su dulce perfume.

Poco a poco, fue respirando más profundamente; lo peor del pánico estaba pasando.

Al abrir los ojos, todavía doblado, estudió el suelo sucio del viejo avión.

El polvo de miles de tropas transportadas por todo el mundo.

Algunas hacia su muerte. Podría ser peor.

La mano de Susie le acarició la cabeza; él se incorporó.

—Lo siento —dijo.

—No hay necesidad de disculparse.

—Siento como si hubiera cruzado el Rubicón —se volvió hacia ella—. Mi antigua vida ha desaparecido, ¿verdad?

—Estamos haciendo lo correcto, Rob. Recuerda por lo que Millie debió pasar, sentada en estos mismos asientos, aterrorizada, mintiéndole a Kilton. ¿Y por qué? Debió ser lo más urgente de su vida, y por eso estamos aquí.

Rob pensó en Millie, sola en la parte trasera del Anson, JR en la cabina, ayudando pero sin conocer su verdadera misión.

—Pero ¿y si no conseguimos lo que necesitamos? Como dijiste. No puedo volver ahora. No tengo nada a lo que volver, excepto la furia de Kilton. Me hará detener.

—Esperemos conseguir lo que necesitamos. Y cuando lo hagamos, Mark Kilton será quien esté bajo arresto.

El avión viró y él levantó la vista para ver a JR con la palanca en una mano y el mapa en la otra.

—Tengo que ayudarle —Rob se levantó de su asiento pero se volvió hacia Susie—. No tengo esposa, ni mejor amigo, ni carrera. Espero que tengas razón.

De vuelta en la cabina, se disculpó con JR, quien desestimó sus palabras con un gesto y le dio una palmada en la espalda.

El Estuario del Severn estaba directamente adelante. Rob se aseguró de que JR siguiera su línea en el mapa para mantenerlos alejados del Aeropuerto de Bristol Lulsgate.

El sol iba y venía mientras las nubes se deslizaban por el cielo. Mary miraba fijamente los espacios azules entre ellas.

De pie en el salón de los Laverstock, con una taza de té en la mano, frente a su gran ventanal, la herida de la traición de Rob aún dolía.

Pero en las largas horas nocturnas, con poco sueño, había tenido sus dudas.

Y le había sorprendido otro sentimiento que se abría paso.

Culpa.

—¿Por qué demonios deberías sentirte culpable? —dijo Janet Laverstock, durante el desayuno.

Mary no sabía la respuesta, pero eso no impedía que el sentimiento la siguiera atormentando.

Tres noches de llanto silencioso en una cama extraña habían pasado factura.

Después del desayuno, decidió que necesitaba tomar medidas.

Intentó hacer a un lado las emociones que nublaban sus pensamientos y recordar exactamente qué había dicho Rob.

No mucho. Pero suficiente para hacerle creer que se estaba perdiendo algo.

Algo que involucraba a Millie. Algo que inició una serie de acontecimientos que finalmente la llevaron aquí, viviendo con una mujer esnob y su complaciente marido.

El tipo de matrimonio feliz que no podía ni imaginar.

Janet había insistido en que a Rob no se le dieran más oportunidades. Pero ella realmente no le había dado ni una sola oportunidad.

Lo estaba perdiendo, incluso antes de que Janet Laverstock llamara con su impactante noticia. Lo sabía. Pero a la luz del día, a Mary le resultaba difícil creer que lo hubiera perdido por una joven amante.

Su insistencia, llena de tópicos sobre que no era lo que parecía, resonaba en su mente.

Pero ¿qué hacer? No quería simplemente volver a Trenchard Close.

Necesitaba abrazar algo que había estado ausente de su matrimonio durante mucho tiempo.

La verdad.

Y solo había un lugar donde podía empezar.

Solo una persona en quien podía confiar realmente.

Un ruido vino de la cocina cuando Janet colgó el teléfono. Apareció, con su característico cardado de pelo perfecto.

—Buenas noticias —anunció—. La he encontrado.

JR los llevó a baja altura sobre la isla mientras él y Rob examinaban la pista.

—Parece lo suficientemente lisa, aunque desde aquí arriba cualquiera lo diría —comentó Rob.

Buscaron pistas que les ayudaran con la velocidad y dirección del viento, hasta que finalmente divisaron una hoguera que mostraba un viento bastante fuerte del suroeste.

JR descendió por el lado muerto de un circuito a la izquierda y los preparó para un aproximación lenta.

El Anson viró a final. Rob le dio a JR flaps completos. Redujo la velocidad del avión a sesenta nudos. Con la fuerte brisa que les proporcionaba una velocidad sobre tierra agradablemente lenta, se sintió confiado de que la corta pista les daría cabida.

Rob observó cómo JR aplicaba hábilmente potencia con la actitud de morro arriba, manteniendo el avión justo por encima del suelo, permitiéndole aterrizar en la primera parte de pista utilizable.

Miró hacia atrás a Susie, que contemplaba por la ventanilla.

Aterrizaron con un golpe seco y JR inmediatamente retrajo los aceleradores al ralentí. El terreno era, de hecho, más irregular de lo que parecía desde arriba. Rebotaron en sus asientos antes de reducir lo suficiente como para girar.

No parecía que tuvieran mucho espacio para aparcar, pero JR continuó por la pista hasta que vieron una pequeña porción de hierba cortada en el extremo occidental.

Después de detener la aeronave, apuntando contra el viento, JR la apagó. Susie apareció detrás de ellos.

—Tenemos un visitante.

Estaba mirando a un hombre, quizá de unos sesenta años, que caminaba cojeando hacia la aeronave.

Rob se desabrochó el cinturón y se dirigió a la puerta, abriéndola y bajando la escalera plegable para permitir que Susie saliera primero. Se quitó el mono de vuelo antes de seguirla.

—Este es el señor Bonner —dijo Susie, elevando la voz por encima de la fuerte brisa—. Sabe dónde está la cabaña del profesor Belkin.

Rob se inclinó hacia el interior de la aeronave.

—Nos vamos. Espero que no tardemos demasiado.

—No hay problema —dijo JR—. Me quedaré aquí contemplando mi próxima carrera profesional.

Caminaron desde la pista de hierba, a lo largo de una meseta que cubría la mayor parte de la isla. Frente a ellos se encontraba lo que parecía un faro de piedra, aislado y expuesto al viento predominante.

—La antigua Casa del Faro en el jardín —Bonner señaló un pequeño edificio de piedra—. Ahora es propiedad de los MacPherson. Él se aloja allí.

Susie le dio las gracias, pero antes de que pudieran marcharse, el hombre les preguntó:

—¿Quiénes habéis dicho que sois?

—Asuntos de la Universidad de Oxford —respondió ella—. Muy urgente.

Bonner no parecía convencido.

—¿Un problema matemático urgente?

—¡Sí! —dijo Susie alegremente, y se marcharon.

La cabaña era diminuta. Mientras se acercaban, Rob buscó señales de un envejecido profesor de matemáticas, pero parecía vacía.

Llegaron a la pequeña puerta de madera y se miraron antes de que Susie la golpeara varias veces con fuerza con su pequeño puño.

No se oyó ningún sonido desde dentro, pero el viento les trajo una nueva voz. Se giraron de golpe.

—¿Me estáis buscando?

Un hombre de pelo gris, con jersey de lana y pantalones rojos holgados, bajaba por el talud de hierba ayudándose con un bastón. Unas gafas colgaban de una cadena alrededor de su cuello, y llevaba unos prismáticos.

—¿Profesor Belkin? —llamó Susie.

No respondió inmediatamente, sino que se concentró en los últimos pasos. Rob se adelantó para ayudarle a bajar.

Se estabilizó en el terreno llano que rodeaba la cabaña.

—Yo soy. ¿A qué debo este placer? —dijo Belkin, y les dedicó una cálida sonrisa.

—Soy Robert May y esta es mi colega Susie. ¿Quizás podríamos entrar?

—Sí, si queréis. Me temo que tengo poco que ofrecer, pero podría improvisar una taza de té. ¿O quizás algo más fuerte?

Abrió la puerta, que no estaba cerrada con llave.

—¿Habéis llegado en eso? —dijo Belkin, señalando hacia la pista de aterrizaje.

—Así es. Me temo que es bastante urgente.

El profesor tomó asiento junto a la puerta, al lado de un pequeño mueble.

—¿Quizás alguno de vosotros sería tan amable de preparar el té? El aire fresco me agota. Pero disfruto sintiéndome cansado. Es uno de los placeres de la vida cuando llegas a mi edad.

Susie se levantó y se dirigió a una vieja cocina económica en un lado de la habitación. Encontró una tetera de acero inoxidable y una tetera de porcelana.

—Profesor Belkin, hemos asumido un riesgo considerable para visitarle hoy. De hecho, aunque parezca increíble, la RAF está buscando actualmente el avión en el que hemos llegado.

—Ya veo —dijo el anciano.

—¿Puedo preguntarle si ha conocido alguna vez al Comandante de Escuadrón Christopher Milford?

El profesor consideró la pregunta por un momento.

—Quizás deberíais decirme por qué estáis aquí.

Rob miró a Susie; ella dio un pequeño asentimiento.

—Lamento mucho tener que decirle que Millie murió en un accidente aéreo el 24 de junio.

El profesor inclinó la cabeza.

—Oh, Dios mío. Eso es terriblemente, terriblemente triste. Lo siento muchísimo.

—Gracias, profesor. Era un buen amigo. Pero me temo que fracasé bastante en mi deber hacia él. Estamos aquí para enmendarlo.

—¿Lo mataron esos cabrones? —preguntó el profesor con naturalidad, como si fuera una pregunta perfectamente razonable dadas las circunstancias.

Rob volvió a mirar a Susie.

—No lo sabemos —respondió ella—. Quizás.

El profesor asintió, pareciendo aceptar esto como un posible desenlace para Millie.

—Después de que Millie muriera —continuó Rob—, descubrieron lo que había estado haciendo. Actualmente están intentando retratarlo como un traidor, pero nosotros sabemos la verdad. Sabemos que intentaba demostrar que un nuevo sistema de guiado tenía fallos fatales, y que la prueba para ponerlo en servicio era una farsa. ¿Creo que usted pudo haberle ayudado?

El profesor no respondió. Susie dejó la preparación del té y se apartó de la zona de la cocina, sacando un papel del bolsillo. Lo desdobló y se lo entregó a Belkin. Él se puso las gafas de lectura y lo sostuvo para captar la luz de la ventana.

Susie se sentó a la mesa.

Finalmente, el profesor relajó la mano, la dejó caer sobre su regazo y los miró expectante.

—Entonces, ¿qué necesitan saber?

—¿Qué significa? ¿Qué descubrió usted?

Él miró hacia Susie.

—Puedo ver que el señor May pertenece a la Real Fuerza Aérea, pero ¿puedo preguntar por su papel, señorita?

—Attenborough. Susie Attenborough. ¿Puedo suponer que fue usted quien le pasó cierto número de teléfono al señor Milford?

Un destello de reconocimiento cruzó su rostro.

—Ah, sí. ¿Y puedo suponer que usted lo respondió?

—Bueno, no trabajo en la centralita, pero finalmente llegó hasta mí, sí.

Pareció satisfecho y volvió a dirigirse a Rob, con las notas de Millie todavía en su mano.

—Esto parece ser una combinación de notas tomadas de una llamada telefónica que tuve con el señor Milford. Oh, debió de ser... bueno, el día antes de su muerte, creo —miró el papel de nuevo—. Pero también, algunas de sus propias conclusiones posteriores.

—¿Millie le trajo cintas? —preguntó Rob.

—Sí. El señor Milford me trajo una serie de cintas magnéticas. Facilité la lectura de las bobinas y le proporcioné una lista de anomalías estadísticas. También realizamos algunas interpretaciones de los datos basándonos en su uso operativo. Estos son los resultados.

Susie se inclinó hacia delante. —¿Anomalías estadísticas?

—Sí. Secciones de datos que no encajaban en el contexto circundante.

—Lo siento, ¿podría explicarlo un poco más? —preguntó Rob.

—Bueno, permitidme expresarlo en términos más prácticos. Por lo que entiendo, ¿los datos fueron recopilados por un nuevo dispositivo de medición de altura a bordo de una aeronave? ¿Un rayo láser?

—Millie realmente confiaba en usted. —Rob sonrió al pensar en los dos hombres juntos.

—Al final no le quedó más remedio, de lo contrario me habría resultado difícil completar las tareas que me encomendó. En cualquier caso, cabría esperar que las lecturas de altura fueran coherentes con un avión que viaja sobre la tierra, pero digamos que en un período de menos de un segundo, la lectura de altura mostró una diferencia de mil pies. Bueno, vuestra aeronave sería físicamente incapaz de maniobrar a tal velocidad, y por lo tanto los datos deben ser erróneos.

—¿Así que demostrasteis que el sistema era defectuoso?

Belkin reflexionó sobre esto un momento. —Debemos tener cuidado al sacar tales conclusiones. El señor Milford pensó que era posible que pequeñas inexactitudes pudieran ocurrir con mucha frecuencia, pero probablemente no interferirían con el vuelo, ya que las lecturas verdaderas fluirían antes de que el piloto automático de la aeronave tuviera tiempo de hacer cambios. Lo que quería saber, por tanto, es con qué frecuencia las inexactitudes durarían lo suficiente como para afectar al vuelo. Proporcionamos esta respuesta. También usamos esos números para hacer proyecciones utilizando estadísticas de vuelo reales.

—¿Y la conclusión? —preguntó Susie.

—La tenéis en este papel. Aquí... —Belkin señaló una cifra en la hoja. Rob se inclinó hacia delante:

0,9816%

—Esa es la frecuencia con la que observamos algún tipo de desviación. Pero esta cifra es la más interesante.

0,014%.

—Esa es la frecuencia con la que las cifras podrían estar equivocadas el tiempo suficiente para afectar a un vuelo. Una décima y media de un uno por ciento.

—No parece muy frecuente —dijo Susie.

—Cierto. Si solo volaras, digamos cien veces al año, estadísticamente nunca ocurriría. Sin embargo, la Real Fuerza Aérea vuela bastante más que eso. Y según tengo entendido, ¿también deberíamos considerar los vuelos realizados en los Estados Unidos de América?

—Sí —dijo Rob—. Deberíamos. Entonces, ¿con qué frecuencia estamos hablando? —Miró las cifras de nuevo—. Lo siento, mis matemáticas no dan para tanto.

—Bastante a menudo. Sin un lápiz y papel cuadriculado no puedo deciros exactamente, pero quizás unas cien veces por cada diez mil horas de vuelo.

Susie se inclinó hacia delante, con las manos sobre la mesa. —¿Nos está diciendo que este sistema causaría cien accidentes en diez mil horas?

—No. De nuevo, hay otro nivel por debajo de esto. Para la gran mayoría de esas ocurrencias, los datos incoherentes causarían una pequeña desviación, pero no suficiente para ser un problema importante. El señor Milford estaba muy interesado en circunstancias muy específicas. Vuelo a baja altura, alta velocidad y en viraje o aproximándose a terreno ascendente, y que la desviación provocara un descenso en lugar de que la aeronave ascendiera.

Recogió el papel. —Esta, creo, es su conclusión.

262 ll/día
100/TFR
5 dís
250/a

= 25.000

0,014% = 3,5

2,5 Tr/ = 8,75

Rob se agachó junto a Belkin y examinó la hoja. —Sigo sin entender las cifras.

—Esta es una aplicación clásica de la estadística. El señor Milford ha comenzado con el número de vuelos, aquí... —Señaló el número *262*—. Y aquí abajo hay una extrapolación de los datos de las anomalías más graves. Si mal no recuerdo, era un número muy bajo y sin embargo, debido al gran volumen de vuelos cada año, parece que 3,5 vuelos anuales estarían en peligro crítico. Debo decir que, según recuerdo de nuestros hallazgos, esto es aproximadamente correcto.

—De ahí la cifra de 8,75 al final. Ha promediado el tamaño de la tripulación en toda la flota de vuelo a baja altura y ha llegado a 2,5.

—¿2,5 por 3,5? —preguntó Susie.

—8,75 —confirmó Rob—. El número de vidas en peligro anualmente si Guiding Light entra en servicio. Aquí está, Susie. Aquí está la evidencia, en blanco y negro.

Susie se volvió hacia Belkin.

—Profesor, ¿dónde está la evidencia real? ¿Aún conserva las cintas y los datos?

—Me temo que los destruimos, siguiendo las instrucciones del Comandante de Escuadrón Milford. Pero hay algo más bastante importante aquí. Estas conclusiones no son fiables. Simplemente no había suficientes datos. Ni de lejos. La cifra real, ese número al final, tiene mucho de supuesto y extrapolado de un tamaño de muestra muy pequeño. Imaginé que esto sería el comienzo de una investigación, no el final.

Rob no respondió; Susie apoyó una mano en su hombro.

—Lamento si esas son noticias poco agradables.

Se quedaron en silencio durante un rato. Rob jugueteó con la hoja de estadísticas. Miró fijamente la cifra final.

8,75

—¿Tomamos ese té ahora? —dijo Belkin.

Los tres bebieron en tazas viejas que parecían haber prestado servicio durante la guerra. Belkin les contó que había estado en Lundy con su esposa Winifred el año después de casarse en 1931. Ella fue atropellada por un autobús y murió cruzando la calle en Edimburgo en 1942.

—Pensé que estaría segura allí.

—¿Dónde estuvo usted durante la guerra? —preguntó Rob.

—Supongo que ahora puedo contároslo. Trabajé en Bletchley Park. ¿Habéis oído hablar de él?

Rob negó con la cabeza.

—Yo sí —dijo Susie—. Ultra.

—Así es. Vuestros amigos al otro lado del río.

—Nos dieron un par de lecciones sobre ello durante el entrenamiento —dijo Susie—. Fue increíble. Capturaron las máquinas de códigos alemanas y las descifraron. Durante la mayor parte de la guerra, íbamos un paso por delante. Nunca lo descubrieron.

—Así que esto fue un juego de niños en comparación —dijo Rob.

—Sí, fue una misión difícil. Mucha presión sobre nuestros hombros y frecuentes contratiempos. Racionar la información fue el mayor desafío. Si usábamos demasiada, sería obvio que habíamos descifrado las máquinas Enigma y el precioso suministro terminaría de repente —se sirvió otra taza de té mientras hablaba—. Nunca me acostumbré a la idea de que permitiéramos que un barco se hundiera y todos esos hombres murieran, solo para mantener nuestro secreto a salvo.

—Pero era lo correcto —dijo Susie.

—Sí, lo era. Acortó considerablemente la guerra y salvó muchas más vidas a largo plazo —Belkin añadió otro terrón de azúcar y removió.

—¿Cree que así es como Kilton ve Guiding Light? —preguntó Rob a Susie.

—Sin duda. Ha hecho estos cálculos. Con más datos, sus números serán más precisos, seguramente. Quizás más altos que 8,75 hombres al año, quizás más bajos. Pero de cualquier manera,

claramente considera que es un precio que vale la pena pagar por la ventaja obtenida.

—Pero el señor Milford no pensaba que fuera un precio que mereciera la pena pagar —dijo Belkin—. Y usted tampoco, ¿verdad, señor May?

—No.

Terminaron su té en silencio.

Justo después de las 5 de la tarde, Belkin les acompañó a la puerta. —Lamento no poder proporcionarles la evidencia firme que necesitan. Pero creo que deben preguntarse esto: si esto es, como debe pensar su superior, un precio que vale la pena pagar para ganar la Guerra Fría o lo que sea, ¿por qué ha sentido la necesidad de encubrirlo? ¿No es eso algo que pueden usar para cambiar las mentes de quienes necesitan ser persuadidos? Seguramente hay suficiente de lo que han descubierto para al menos plantear una interrogante sobre el proyecto.

—Quizás —dijo Rob, sin convicción.

Al salir, Susie se volvió hacia el profesor.

—¿Cómo supo el número y el nombre en clave para contactarnos?

—He estado en Oxford desde 1945. Han pasado por mi despacho una buena cantidad de genios. Siempre ha sido de interés para ciertas organizaciones mantenerse en contacto.

Susie sonrió. —El reclutador de Oxford. Es usted una leyenda en Leconfield House.

—Lo dudo.

Mary se consideraba una conductora segura, pero lograr que el Armstrong Siddeley Sapphire de los Laverstock se mantuviera en un solo lugar de la carretera era todo un desafío. El viejo coche se inclinaba en las curvas y parecía balancearse incluso en línea recta.

En el asiento del copiloto había una dirección cerca de Southampton. Mary agradecía la naturaleza oficiosa de Janet, quien

había conseguido sonsacar al vicario el paradero de Georgina.

El sol aún estaba alto en el cielo de la tarde cuando llegó a las afueras de la ciudad. Giró hacia el pueblo de Totton.

Tardó unos frustrantes diez minutos antes de encontrar la pequeña urbanización donde se encontraba el bungalow alquilado por los Milford. El viejo coche se sobrecalentó, y Mary dejó que el vehículo se enfriara mientras se acercaba al hogar temporal de Charlie y Georgina.

Llamó a la puerta y esperó, mirando alrededor el coche de Millie y el pequeño y descuidado jardín delantero.

Hubo movimiento dentro; escuchó una voz familiar que gritaba.

—¡Charlie! ¿Puedes abrir?

Él abrió la puerta.

—Hola, señora May.

—Hola, Charlie —Durante un momento se limitaron a mirarse. Él parecía inseguro.

—¿Puedo pasar?

Charlie pareció relajarse. —Por supuesto. Disculpe.

Georgina apareció detrás de Charlie. Serena, maquillada, vestida con un vestido rojo de gasa. Positivamente radiante.

—¡Mar! ¡Querida! —Corrió hacia la puerta, pasando junto a su hijo. Las dos mujeres se abrazaron y Mary se aferró con fuerza a su amiga.

En el jardín, Georgina sirvió dos copas de vino blanco alemán dulce. Mary no era una entendida, pero sabía a barato.

—¿Cómo estás? —preguntó Mary.

—No puedo fingir que es fácil, Mar. Intento mantenerme fuerte por Charlie, pero una vez que se cierra la puerta del dormitorio, soy un desastre. Os echo tanto de menos a todos.

—¿Qué te dijeron, Georgina? ¿Por qué te pidieron que te fueras?

—Oh, consideraban nuestra casa como una escena del crimen, o alguna tontería por el estilo. Creo que Rob está haciendo lo mejor

para nosotros, pero Millie obviamente se metió en un lío por algo... Simplemente no puedo creer que se lo estén tomando tan en serio.

—Cuando dices que Rob está haciendo lo mejor, ¿te refieres a esa caja de papeles?

—Supongo que sí. Se los llevó, así que la policía nunca encontró nada en realidad, pero saben que falta algo. Lo que no entiendo es por qué Mark no puede detener todo esto.

—¿Kilton?

—¡Sí! Él está al mando, ¿no?

—Georgina, ¿tienes alguna idea de lo que está pasando realmente?

—No tengo ni la más remota idea, Mar. La gente sigue preguntándome, pero como siempre, las esposas somos las últimas en enterarnos de algo.

—¿Qué "gente", Georgina? ¿Quién te sigue preguntando?

—Rob, por supuesto. Ayer...

—¿Hablaste con Rob?

—Bueno, sí. Estuvo aquí ayer. ¿No te lo dijo?

—No. No me lo dijo. Lo siento, no tenía idea de que ya había hablado contigo.

—Bueno, no pude decirle mucho, pero preguntó bastante sobre lo que estaba haciendo Millie antes del accidente. Me temo que no fui de mucha ayuda —se encogió de hombros—. Le dije lo mismo a Red.

—¿Red también estuvo aquí?

—No aquí, pero llamó por teléfono hace un par de horas, haciendo todas las mismas preguntas —tomó otro sorbo de vino—. ¡Me sorprende que Rob no te lo haya mencionado, Mary!

—Georgina, ¿Rob dijo algo sobre nosotros?

—¿Tú y yo?

—No, me refiero a Rob y a mí.

Georgina la miró, confundida. —No. ¿De qué estás hablando?

Mary negó con la cabeza y miró hacia otro lado. —No puedo creer que no dijera nada —volvió a mirar a Georgina—. Le dejé el lunes.

—¿Qué? ¿Por qué?

Mary dudó un momento antes de decidirse por su respuesta. —Me dijeron que estaba teniendo una aventura...

Georgina la miró con la boca abierta por un momento. —¿Estás hablando en serio?

—Simplemente no lo sé, Georgina. Sí, me lo dijeron categóricamente. Estaba con una mujer joven. Los Laverstock los vieron en un pub, besándose.

—¿Janet Laverstock? Esa entrometida... Debe haberse equivocado. ¿Qué dijo él?

—Dijo que no era lo que parecía.

—Bueno, ahí lo tienes, entonces.

Mary jugueteó con su copa de vino e intentó recordar precisamente qué había dicho Rob cuando ella se marchó, pero el recuerdo estaba nublado por la rabia.

—Para ser sincera, creo que encajaba con mi estado de ánimo creerlo. Se ha distanciado en los últimos meses, y me he estado sintiendo excluida. Así que tenía sentido para mí, creo, que tuviera a otra persona con quien compartir su vida.

—Sí, cariño. Se llama la RAF. Tenemos que compartir a nuestros hombres con el club de aviación. Ahora, ¿qué dijo exactamente sobre esta supuesta otra mujer? ¿Cuál fue su explicación?

Mary miró alrededor del jardín, notando el mal estado de todo.

—Estaba tan enfadada. Realmente no le dejé llegar tan lejos. Su nombre es Susie, y le está ayudando. Eso es todo lo que puedo recordar. Por supuesto que lo rechacé todo. Pero ahora... no estoy tan segura. Algo está pasando, Georgina, y creo que Rob está bastante desesperado con todo esto, intentando arreglar lo que salió mal para Millie. ¿Quizás está tratando de arreglarlo para ti y Charlie?

—Eso es exactamente lo que nos dijo. Mar, necesitas hablar con Rob.

—Pero hay tanto maldito secretismo todo el tiempo. Nadie habla con nadie.

Mary dio un largo trago al vino.

—¿Qué le dijiste a Red Brunson? ¿Y por qué está involucrado?

—Le conté sobre la caja —habló Georgina en voz baja—. No iba a hacerlo. Rob nos pidió que nunca lo mencionáramos. Pero había

algo en su manera de actuar. Estaba susurrando por teléfono. Tuve la sensación de que está cuidando de Rob.

Mary se mordió el labio inferior.

—Creo que necesito ir a casa.

—Bien. Mary, cariño. No tienes idea de lo que me haría ver que vosotros dos os separarais.

JR aparentemente dormía a la sombra del ala.

Rob y Susie subieron por el terraplén hasta la meseta. Con el avión todavía a cien metros de distancia, Rob se detuvo.

—Estoy asustado. ¿Cómo hacemos esto? Me estarán esperando.

—Tendrás que afrontar las consecuencias, me temo. Pero recuerda, te ayudará si involucra a la policía. Incluso esta extraña rama de la policía de la RAF que Kilton parece tener ocupando West Porton tendrá cierto grado de independencia de TFU. Ellos son las personas a las que necesitas convencer. Sabes todo lo que necesitas saber. Solo cubre tus apuestas sobre la evidencia. Es nuestro punto débil. Diles que la evidencia está ahí fuera en alguna parte.

Sonaba fácil, viniendo de Susie. Él revelaría que Guiding Light tenía fallos fatales y que Kilton estaba ignorando la evidencia.

—¿Me ayudarás?

—Mi trabajo es conseguir que los míos intervengan a un nivel mucho más alto. Informamos al Ministerio o incluso al Número Diez y les decimos que creemos que el proyecto ha sido comprometido por Kilton, y eso inclinará la balanza a nuestro favor. Tan pronto como hagan preguntas, Kilton estará en problemas. Siempre y cuando pueda persuadirlos de que hagan preguntas.

—¿Lo harán? —Rob pudo ver por su expresión que no estaba segura.

—Mark Kilton ha jugado bien sus cartas aquí, Rob. Desde el momento en que estableció TFU, las probabilidades estaban fuertemente a su favor.

Rob cerró los ojos.

—Mira, lo has hecho brillantemente. ¿Cuánto hemos avanzado en solo unos días? Todo lo que podemos hacer es dar este último empujón. Tú haces tu parte, yo hago la mía.

JR estaba levantado, realizando la inspección prevuelo.

—No puedo volar de vuelta contigo —anunció ella.

—¿Qué?

—Si me arrestan en West Porton, las cosas se complicarán muy rápido y los chicos de Mayfair no estarán contentos, sobre todo porque no saben que estoy aquí. Y ahora mismo, necesito que estén de mi lado.

Caminaron hacia el avión.

Susie miró alrededor de la isla. —Hay un ferry en alguna parte, dijo la señora Lazenby.

—Podemos dejarte —dijo Rob—. Pero sería reacio a desviarnos a otra base de la RAF. ¿Qué tal Eastleigh en Southampton? Es un aeródromo civil.

—¿En serio? Eso sería increíble. —Le dio una pequeña caricia en el brazo a Rob.

Subieron a bordo. JR se les unió y se tomó el desvío a Eastleigh con tranquilidad.

Rob planificó la ruta.

Unos minutos después, con Susie en la primera fila de desgastados asientos, Rob como copiloto, JR como capitán, pusieron en marcha los dos motores del Anson. Una vez que se calentaron, JR rodó más allá del final oficial de la pista para darles un poco extra en el despegue.

—Lo recorrí mientras estabais fuera. Parece lo suficientemente firme y seco para que podamos aprovechar un poco más.

JR pisó los frenos y llevó los motores a potencia de despegue. Al soltarlos, trabajó para mantener el Anson en el centro de la pista de hierba. La brisa soplaba ligeramente de costado, pero también, afortunadamente, principalmente sobre las alas, dándoles algo de velocidad adicional.

La aguja subió lentamente; en un momento, el ala derecha se inclinó al pasar por un bache, pero JR la mantuvo estable. Levantó la rueda de cola lo antes posible y esperó a que aumentara la

velocidad sobre el tren principal. Rob tensó los puños mientras se aproximaban rápidamente al final de la hierba utilizable.

Finalmente, JR los elevó suavemente en el aire.

Un momento después, el suelo bajo ellos desapareció y el avión plateado sobrevoló los escarpados acantilados de Lundy, virando hacia el continente.

Una vez establecidos en el primer tramo, Rob consideró desabrocharse y hablar con Susie. Pero, ¿quedaba algo por decir? Ella había dejado claro cuál era su papel. Ella tenía su propia tarea.

Era el final de su tiempo juntos. Se sentía como si la hubiera conocido durante meses, no días.

A medida que se acercaban a Southampton, JR llamó al control de tráfico aéreo y explicó que no tenían plan de vuelo ni reserva, pero si podían realizar un desvío de práctica con parada completa.

La torre aceptó.

En tierra, fueron dirigidos a una zona cercana a la nueva terminal de pasajeros. Susie desembarcó y Rob se quedó en la puerta, listo para volver a subir la escalerilla.

—Estarás bien por tu cuenta —dijo Susie. Hizo una pausa por un momento y le tomó la mano—. Tengo mucha fe en ti, Robert May. Millie habría estado orgulloso de lo que has logrado en las últimas cuarenta y ocho horas. Has recogido su antorcha, Rob.

—Dios, mañana es su funeral —dijo Rob.

—Van a pasar muchas cosas de aquí a entonces. Buena suerte, Teniente de Vuelo May.

—Gracias. Estaré atento al sonido de la carga de caballería del MI5.

Ella le sonrió.

—Ya te dije que está pasado de moda usar ese nombre.

Susie descendió de la aeronave. Rob la observó caminar hacia la terminal. ¿Volvería a ver alguna vez a esta enigmática y hermosa mujer?

Se retiró al interior de la aeronave, sintiéndose vulnerable y solo.

Minutos después, tenían delante la ancha y larga pista de Eastleigh. Rob le preguntó a JR si podía pilotar, creyendo que podría ser la distracción que necesitaba.

Avanzó las palancas de gases, niveló sobre el tren de aterrizaje principal y a setenta y cinco nudos, levantó la nariz y la aeronave soltó su agarre de la pista.

West Porton estaba a escasos minutos y poco después de alcanzar los cinco mil pies, JR los llamó.

—Shorthand uno-tres, tiene autorización para aterrizar. Por favor, diríjase inmediatamente a la plataforma TFU.

JR lo confirmó y dirigió a Rob una mirada de compasión.

—JR, diles que no sabes nada. Te pedí los vuelos diciéndote que era asunto oficial del TFU, y simplemente nos llevaste donde te solicité.

JR se rio.

—Nunca me creerán, pero me gusta tu optimismo.

Rob solo podía admirar a JR y su actitud despreocupada ante la inminente perdición. Vio el mismo brillo en sus ojos que había visto tan a menudo en Millie.

Rob descendió y se unió al circuito, tratando de minimizar el tiempo entre ahora y lo que fuera que les esperaba en tierra. Solo quería que terminara.

El Anson sobrevoló la doble valla perimetral de West Porton; miró por la ventanilla. Un conjunto de vehículos policiales estaban aparcados en la plataforma, con hombres de pie junto a ellos.

Miró hacia adelante y posó la aeronave sobre la pista, sabiendo que pasara lo que pasase, este sería su último vuelo como piloto de la RAF.

Ni siquiera tengo treinta años.

Giró hacia la calle de rodaje y llevó la aeronave en paralelo al TFU antes de entrar. La recepción oficial ocurriría a la vista de la sala de planificación.

JR le ayudó a apagar la aeronave. Se desabrocharon y se miraron el uno al otro.

—Hagamos esto juntos —dijo JR. Ambos salieron de la cabina. Rob abrió la puerta y JR desplegó las escaleras.

Frente a ellos había cuatro oficiales uniformados de seguridad, uno de los cuales Rob reconoció como el hombre que lo había entrevistado, Hoskins. Este dio un paso al frente.

—Teniente de Vuelo Robert May, le estoy arrestando bajo sospecha de desobedecer órdenes directas, uso no autorizado de equipamiento de la RAF y violación de la Ley de Secretos Oficiales. ¿Lo entiende?

Miró más allá de los hombres frente a él y vio a Kilton, acechando en la penumbra de la entrada al TFU. Entrecerrando los ojos, apenas podía distinguir algunos rostros que miraban desde la sala de planificación.

Volvió a mirar al comandante de escuadrón que había anunciado su arresto.

—Tengo información urgente sobre un proyecto del TFU...

—Habrá tiempo para eso después —Hoskins se volvió hacia uno de los otros hombres uniformados—. Sargento, por favor lleve al teniente de vuelo a la comisaría.

Cuando el sargento dio un paso adelante, el oficial superior se dirigió a JR.

—Le estamos arrestando bajo sospecha de complicidad.

JR se encogió de hombros.

Metieron a Rob solo en la parte trasera de un coche y se alejaron de la plataforma. Miró hacia el TFU para ver a Kilton regresar al interior mientras los rostros en la ventana se retiraban.

Susie caminó por el edificio vacío de la terminal de pasajeros en Southampton. Llamó a su oficial de escritorio desde un teléfono público justo dentro de las puertas principales.

—Tenemos lo que creo que son motivos para intervenir en el caso Milford.

—Ya veo —respondió Roger. Dos palabras que destilaban escepticismo—. Solo para aclarar, ¿no interviniste como se acordó?

—May llevó a cabo la tarea por su propia voluntad. Como dije, iba a ir tanto si nos gustaba como si no.

—Será mejor que hables con los de arriba —La línea quedó en silencio.

Susie sacó su libreta de notas de su bolso.

La línea seguía en silencio.

A su nivel, las tareas implicaban permanecer invisible y hacer informes, pero aquí estaba, dirigiendo toda una operación.

¿Y ahora qué? ¿Qué ocurre a continuación?

—¿Señorita Attenborough?

—Sí.

—Le paso con el señor Collingwood.

El jefe del departamento. Un hombre al que le habían presentado el primer día y no había vuelto a ver desde entonces.

—Señorita Attenborough. ¿Cómo fue su excursión de un día?

—Hola, señor. Lamento haber acabado haciendo un poco más de lo que planeamos, pero realmente no tuve elección. Rob May estaba decidido.

—Ya veo.

—Pero hemos hecho un descubrimiento significativo. Tenemos el conocimiento necesario para cuestionar la sabiduría convencional que parece rodear a Guiding Light.

Hubo una pausa.

—Continúe.

—El sistema tiene fallos. Es un error pequeño, a menudo intrascendente, del telémetro láser al piloto automático. Pero con el número de vuelos planificados tanto aquí como en Estados Unidos, cobrará vidas de tripulaciones aéreas.

—Una afirmación bastante audaz. ¿Puedo preguntar cómo lo sabe?

—Antes de morir, Christopher Milford logró sacar de contrabando un buen número de cintas de West Porton al departamento de matemáticas de la Universidad de Oxford. Así es como encontraron y cuantificaron el fallo.

—¿Y ahí es donde entra el profesor Leonard Belkin?

—Sí, permitió el uso del ordenador central. Pero no estaba al tanto de los detalles. No obstante, pudo extrapolar los números. Realizó un trabajo importante, aunque sin saberlo.

—Puede que sea así, pero incluso antes de presentarla, esta teoría ha sido completamente descartada por aquellos con acceso a

las grabaciones reales del proyecto. La UFT está conforme con continuar con Guiding Light y eso ha sido respaldado al más alto nivel del gobierno.

—Lo sé, pero creo que hay un encubrimiento en marcha, liderado por Mark Kilton. Posiblemente también involucra a DF Blackton.

—Suena elaborado.

—Señor, he visto los resultados negro sobre blanco —sacó un papel de su bolsillo—. Morirían 8,75 miembros de tripulación al año. Eso es solo por una tasa de error del 0,014% del rayo láser.

—Bien. Entonces pediremos a West Porton que examine esas cintas que Milford, como dices, sacó a escondidas. Creo que es lo mejor que podemos esperar. Con el escrutinio adicional no podrán disfrazar los resultados.

Susie suspiró.

—No tenemos las cintas, señor.

—¿Dónde están?

—Incineradas.

—Ya veo. Así que no tienes pruebas para estas acusaciones bastante extremas que ya han sido rechazadas por la UFT.

—Tiene que entender la posición en la que estaba Milford, señor. Mark Kilton es todopoderoso. Milford le tenía miedo. Por eso se destruyeron las pruebas. Pero incluso sin las cintas, sabemos lo suficiente. Necesitamos tomar medidas.

—No estoy seguro de verlo así, señorita Attenborough. No sin pruebas. ¿Qué medidas sugiere que deberíamos tomar? Deme sus recomendaciones precisas.

Ella respiró hondo.

—Kilton opera con una autonomía que no encaja con la jerarquía de las fuerzas armadas. Creo que tiene líneas de autoridad con el gobierno que le permiten eludir los controles y equilibrios habituales. En última instancia, ha utilizado esto para poner en servicio un sistema de aeronaves potencialmente peligroso.

—Entiendo el caso que ha presentado, señorita Attenborough, pero le pedí sus acciones recomendadas.

—Guiding Light debe ser detenido e investigado de forma independiente.

—¿Y quién sugiere que lo haga?

—No estoy segura. ¿Las unidades de prueba existentes en Boscombe Down?

Collingwood habló con calma, con una voz cantarina y pragmática. —Eso socavaría la UFT y la razón de su existencia. También expondría un proyecto de Alta Secretividad a un número intolerable de testigos, lo que incumpliría el compromiso del Reino Unido con Estados Unidos. Y no necesito recordarle que hay una gran inversión en juego.

—Entonces nos centramos en Kilton...

—¿Hacer que lo arresten?

—Sí.

—¿Bajo qué cargo?

Susie tuvo una sensación de hundimiento. Podía imaginar a Roger riéndose en segundo plano.

—Falsificar resultados de pruebas de aeronaves. Y creo que eso sería solo el comienzo. También deberíamos examinar cuidadosamente el accidente que mató a Milford.

—Ya se está realizando una investigación sobre eso. Su conclusión probablemente descartará a Guiding Light como culpable.

—Eso es un encubrimiento.

Él suspiró. —Entiende el problema que tengo, señorita Attenborough. Su palabra contra una Comisión de Investigación independiente y un oficial superior condecorado como Mark Kilton. Lo que necesitamos son pruebas contundentes. Irrefutables. Algo sobre lo que el director no tendría elección. Me temo que estamos muy lejos de ese punto.

—¿Qué hay de las estadísticas que le di? Derivadas de datos de vuelo reales, directamente de la aeronave.

—Estoy intentando ayudar, señorita Attenborough, pero su prueba es la palabra de un septuagenario que nos dice que las cintas y los papeles fueron quemados. Recuérdeme otra vez por qué la única prueba contundente fue destruida.

—Esta era solo la primera muestra. Milford tenía la intención de seguir recopilando datos, pero lo mataron.

Hubo un silencio al otro lado de la línea y Susie se dio cuenta de que acababa de socavar su ya débil caso.

—Solo una primera muestra, a partir de la cual se extrapolaron conclusiones, ¿y sobre esa base le gustaría que el gobierno de Su Majestad detuviera un acuerdo de exportación de mil millones de dólares?

Debería haber tenido esta conversación hace una semana.

—Señorita Attenborough, ha trabajado duro y con diligencia, pero no por primera vez en la carrera que tiene por delante, estoy seguro, se ha enfrentado a las realidades bastante crueles de nuestro servicio. Solo podemos actuar cuando las pruebas son abrumadoramente criminales, o hay evidencia de que la seguridad nacional está en peligro inmediato. Me temo que, contrariamente a sus expectativas, ninguna de esas pruebas se ha cumplido. No tenemos evidencia directa de encubrimiento, ni evidencia fiable de mala gestión del proyecto. De hecho, la única evidencia que realmente tenemos de irregularidades son las acciones del Teniente de Vuelo May y el Comandante de Escuadrón Milford, ambos ya bajo investigación, uno póstumamente...

—Por supuesto que lo están, señor. Kilton tiene un control férreo sobre la unidad. Milford y May lo arriesgaron todo.

—Me pregunto, ¿habría May arriesgado todo sin su instigación?

Ella vio una imagen de Rob atrapado en alguna húmeda comisaría de policía, su carrera acabada.

—Verá, señorita Attenborough, si intentamos intervenir con pruebas tan endebles, nos exponemos al tipo de críticas que el Servicio desea evitar a toda costa.

Continuó hablando con suavidad, pero el mensaje era claro.

La has fastidiado, Susie.

—Creo que es hora de volver a casa. Encontraremos algo más adecuado para sus talentos particulares.

Se estremeció al imaginarse a Roger pidiéndole que le preparara el té.

—¿Pero qué pasa con Rob May? Su esposa lo dejó, está a merced de Kilton...

—¿Y usted cree que todo es culpa suya?

—Creo que es el resultado de hacer lo que había que hacer, señor. Y creo que tenemos un deber hacia él.

—No lo tenemos, señorita Attenborough. Puede que usted lo sienta así, pero le aconsejaría que desconecte sus emociones. La traicionan y nublan su juicio. El Servicio tiene un deber con el país, no con un oficial subalterno individual de la RAF. Si le sirve de consuelo, creemos que, debido a la naturaleza del proyecto, está descartada cualquier tipo de audiencia pública como un consejo de guerra. Por supuesto, eso no librará a May de la ira de su superior. Un hombre que puede efectivamente acabar con su carrera, sin duda.

—Intenta ver esto como una oportunidad para el crecimiento personal y profesional, señorita Attenborough. No te acerques demasiado a tus objetivos en el futuro. Estoy seguro de que te informamos sobre ese punto durante el entrenamiento. Ahora, hemos llegado al final del camino y eso es todo. Espero verte de vuelta aquí el lunes por la mañana. Puedes tomarte el día libre mañana.

Susie se irguió en la cabina telefónica y respiró hondo.

Rob había mostrado tanto valor al llevar ese Anson de vuelta a West Porton, sabiendo que sería arrestado.

Ahora era su turno de ser valiente.

—Lo siento, señor, pero este no es el final del camino. Estaríamos incumpliendo nuestro deber si permitiéramos que este proyecto continuara y dejáramos a un buen hombre colgado de un hilo. Puede que usted se sienta satisfecho descartando vidas, pero yo no.

—Señorita Attenborough...

Ella elevó la voz. —Christopher Milford murió por esta causa. Y me niego rotundamente a abandonarle. Lamento no haber resultado ser la agente que usted quería. Seamos sinceros, soy del sexo equivocado para eso. No, no me tomaré el día libre mañana. Y no, no estaré en la oficina el lunes. Tengo trabajo que hacer.

Colgó el teléfono con fuerza, con la mano temblorosa.

Se giró hacia las puertas de la terminal y salió a la cálida luz del atardecer.

Por un momento se quedó mirando al sol poniente. Finas nubes se deslizaban sobre su superficie.

Susie se preguntó qué demonios iba a hacer a continuación.

Despojado de su reloj, cinturón y cordones de los zapatos, Rob estaba sentado solo en una celda improvisada, con una cama de campaña y una manta.

Le habían ignorado desde su arresto.

Todo el montaje de la comisaría parecía estar dentro de la RAF West Porton, en un bloque de oficinas adaptado en el extremo opuesto del campamento.

Se sentía más como en la Rusia soviética que en el Reino Unido.

Finalmente le condujeron a una habitación más pequeña, con un único escritorio. El comandante de escuadrón Hoskins llegó, con una carpeta en la mano, y tomó asiento frente a él.

Hoskins sometió a Rob a un tortuoso repaso de todo el día, tomando extensas notas. Rob no ocultó nada. Ya habían dejado claro que habían identificado al profesor Belkin a partir de la dirección que les había proporcionado Abingdon.

A medida que avanzaba la entrevista, la experiencia se volvía cada vez más frustrante. Al oficial superior solo le interesaba adónde había ido con el Anson, a qué hora habían aterrizado, a qué hora habían despegado.

Cada vez que explicaba lo que habían descubierto, el investigador volvía a la logística de los vuelos no autorizados.

El estado de ánimo de Rob pasó de impaciente a desesperado en cuestión de minutos.

—Por favor. Señor. Debe entender que un ordenador ha extrapolado una terrible tasa de accidentes a partir de los datos.

—Eso sigue diciendo.

—¿Quizás debería hablar directamente con el comandante de ala Kilton?

El comandante de escuadrón arqueó una ceja.

—Imposible. Usted le está acusando de negligencia, o de algo mucho peor.

La habitación olía a pintura fresca.

Rob tuvo un pensamiento horrible: ¿esta comisaría había sido preparada exclusivamente para él?

Y el uniforme que llevaba Hoskins; parecía una rama de la policía de la RAF, pero era sutilmente diferente.

Todo en West Porton era sutilmente diferente.

La valla reforzada no solo mantenía fuera a la CND; mantenía fuera a todo el mundo.

—Comprobaremos sus afirmaciones con los registros oficiales de las pruebas —dijo Hoskins—. ¿Puede darme algunas ocasiones específicas para examinar?

Rob resopló. —No es así. No tengo esos detalles específicos. Pero tengo las conclusiones. Necesitaríamos realizar muchas más pruebas de altura segura para demostrar el problema adecuadamente.

—Entonces, ¿no está probado? ¿Es solo... especulación?

—No. No, es real. —Todo se le escapaba entre los dedos—. Tiene que creerme, el ordenador calculó esto. Millie recopiló los datos y el ordenador encontró el problema.

—¿Y dónde están esos datos ahora?

Rob dudó, recordando el consejo de Susie de no detenerse en el destino de los datos.

—Han pasado por el ordenador de Oxford. Pero necesitamos más para identificar completamente el problema.

El bolígrafo del comandante de escuadrón quedó suspendido sobre su bloc de notas. —Entonces, ¿tiene las pruebas o no?

—Ya no tenemos esas pruebas específicas, no. Millie estaba recopilando más. Pensaba que tenía más tiempo.

Su voz se quebró al pronunciar las palabras.

El comandante de escuadrón dejó su bolígrafo y dejó de tomar notas. —Así que tiene las conclusiones de un estudio, pero ninguna prueba. Acusa a un oficial al mando condecorado de conspiración basándose en unos garabatos de notas escritas con pluma estilográfica. Ni siquiera puede decirme dónde buscar, porque dice que solo un ordenador puede ver la verdad. ¿Entiende la dificultad

que estoy teniendo con esto, teniente de vuelo? Los únicos delitos reales de los que tengo pruebas son los cometidos por usted. Y por el señor Milford, por supuesto. Ahora que me confirma que estaba recopilando datos en secreto y sacándolos de West Porton.

—Nuestra caída en picado, el 7 de junio, alrededor de las 2:30 de la tarde, en un Vulcan, en el centro de Gales. Compruebe los datos.

—Tenemos un informe de DF Blackton sobre todos los datos de las primeras pruebas. No muestra anomalías.

—¿Y si están mintiendo?

—¿Tiene pruebas de eso? Entonces muéstremelas.

—¿Qué hay de nuestro accidente? El sistema causó el impacto contra el suelo. El viernes pasado. Compruebe esos datos.

—Pero Guiding Light había sido desconectado poco antes del impacto.

—No, no, está equivocado. ¿Y qué hay del profesor que investigó todo esto? Puedo darle sus datos.

—No estamos autorizados a discutir este proyecto con personas ajenas. Puedo pedir permiso, pero tendría que venir por la cadena de mando y tener la aprobación del comandante de ala Kilton.

Rob le miró fijamente.

—¿Algo más? —preguntó Hoskins, recogiendo sus notas.

Rob se desplomó hacia delante, inclinando la cabeza, exhausto. —¿Qué me pasará? —preguntó, con voz débil.

Hoskins estudió sus notas por un momento. —Tomarán una decisión sobre si procesarle por desobedecer órdenes, el uso no autorizado de propiedad gubernamental y violar la Ley de Secretos Oficiales. Toda una colección de cargos.

—¿Iré a prisión?

El hombre desvió la mirada. —Probablemente.

—¿Y está usted conforme con esto? ¿Que yo vaya a prisión porque descubrí que un sistema secreto tiene fallos fatales?

Se puso de pie, suspirando mientras lo hacía. —Creo que ya hemos pasado por esto, Teniente de Vuelo.

Cuando el hombre caminó hacia la puerta, Rob se levantó de un salto. El hombre pareció brevemente alarmado. —¿Qué hay del funeral de Millie? Necesito ir.

Hoskins se dio media vuelta, con lo que parecía una expresión comprensiva. —Son cargos graves.

Salió de la habitación y, un momento después, un cabo escoltó a Rob de vuelta a su celda. Se tumbó en la vieja cama de campaña y se hizo un ovillo.

Pensó en Mary y comenzó a llorar.

Susie pagó al taxista, salió a la acera y evaluó el desaliñado bungalow. Distaba mucho de la pulcra zona de viviendas para casados de West Porton.

La muerte de Christopher Milford era real; aquí estaban su viuda y su hijo sin padre.

El accidente, el sistema de guía secreto, descifrar las ecuaciones, localizar a antiguos profesores... Todo aquello tenía una cualidad surrealista, desconectada. Y sin embargo, en algún lugar del trasfondo, había una pérdida humana inimaginable.

Estaba dentro de estas paredes: el sufrimiento.

Llamó a la puerta. A través del cristal esmerilado, una difusa forma roja se hizo más grande, y una mujer con un llamativo vestido de gasa abrió la puerta y le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Señora Milford? Me llamo Susie, soy amiga de Rob May. Me preguntaba si podría hablar con usted.

Una sonrisa irónica se dibujó en el rostro de la mujer mientras parecía evaluarla.

—Así que, ¿tú eres la buscona?

Susie no esperaba que las noticias hubieran llegado hasta aquí.

—Supongo que las cosas no son lo que parecen —dijo Georgina —. Que es lo que le dije a la señora May esta tarde, y a Red Brunson. Y ahora aquí estás. Nunca me he sentido tan popular. Quizás sea mejor que pases.

Durante la siguiente media hora, Susie fue tanteando la verdad con cautela, dándole a Georgina una idea de quién era ella y lo que había sucedido. La viuda de Millie se rió un par de veces mientras

Susie explicaba cómo él se había enfrentado valientemente al sistema. Pero luego su rostro se tornó muy serio.

—¿Es por esto que murió?

Susie pensó cuidadosamente antes de responder. —Quizás.

Georgina le contó a Susie lo que sabía, que no era mucho para que ella pudiera seguir adelante.

—En la puerta mencionaste otro nombre.

—¿Red Brunson?

—Eso es. Háblame de él.

—Alto, guapo, adorable. —Vio la mirada que Susie le estaba dando—. Bueno, quizás más pertinentemente, un colega de Rob y Millie. Creo que es alguien más que está teniendo dudas.

—¿Qué quieres decir?

Georgina pensó un momento. —No hablan mucho, ese grupo. No se fomenta. Si estás en un proyecto secreto, te lo guardas para ti. Así que no me sorprende que los chicos no tuvieran idea de lo que Millie estaba tramando. Pero puedo decirte que ha captado la atención de Red.

—¿Crees que va a hacer algo?

Georgina se encogió de hombros. —No lo sé. Pero está husmeando.

Se quedaron sentadas un rato. Susie repasó mentalmente los acontecimientos del día.

Rob estaba tras las rejas. Belkin les había contado tanto como pudo.

Chris Milford estaba muerto.

Eso solo deja a una persona, cuyo nombre había entrado repentinamente en la conversación.

Miró a Georgina. —¿Cómo podría volver a Porton desde aquí?

Georgina le sonrió. —Tenemos un viejo y pesado coche rojo, si te gustaría tomarlo prestado.

—¿El de tu marido? ¿Estás segura?

—Bueno, supongo que ahora es mío. Y sí. Creo que estoy segura. El señor Kilton ha dispuesto coches oficiales para nosotros mañana, aunque ahora que lo pienso, me pregunto si es para que no nos quedemos después y hablemos con las personas equivocadas.

—Posiblemente. ¿De verdad no te importaría? Sería tremendamente útil.

—Es como conducir un tanque, te lo advierto ahora.

En la entrada del bungalow, se estrecharon las manos y se despidieron. Susie salió a la carretera y con un trozo de papel y una dirección garabateada, partió de regreso a West Porton.

Mientras salía de Totton, echó un vistazo alrededor del coche. Los asientos de cuero rojo estaban gastados y desaliñados, y el motor se quejaba cada vez que pisaba el acelerador. Y sin embargo, el coche tenía calidez. Inhaló el olor del interior; cuánto de él sería el aroma de Christopher Milford, un hombre al que nunca había conocido. Sin embargo, de alguna manera, ahora eran colegas en la misma lucha.

A las 7 de la tarde, Mary les dijo a los Laverstock que necesitaba recoger algunas cosas de su vivienda, rechazando sus exagerados ofrecimientos de ayuda.

Cuando entró en el camino de acceso, era evidente que su casa estaba oscura y vacía.

Miró calle abajo. Las farolas comenzaban a encenderse. Sus ojos se posaron en una fila de coches aparcados justo enfrente del número 27.

Los Brunson.

Caminó los aproximadamente cien metros y se acercó a la puerta principal.

Voces de hombres en el interior. Dudó, pero luego respiró hondo y llamó.

Red abrió rápidamente. Estaba con su uniforme de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, con aspecto ansioso. Más allá de él, en la cocina, pudo ver a Jock MacLeish y un grupo de otros oficiales, cada uno con una expresión seria en el rostro.

—Mary. —Lo dijo como si la estuviera esperando—. Pasa. —Miró arriba y abajo de la calle mientras la hacía pasar el umbral.

—¿Ha habido un accidente? —preguntó ella mientras entraba en la cocina, llena de colegas de Rob.

—¿Has tenido noticias de él? —preguntó Jock MacLeish.

—¿De Rob? ¿Qué ha pasado, Jock?

Red dio un paso adelante. —Siéntate, Mary. Jock, sírvele un vaso de whisky a esta mujer.

Jock se levantó y le ofreció su silla a Mary.

Ella miró alrededor los rostros graves. —*¿Qué ha pasado?*

—Supusimos que lo sabías.

—¿Saber qué? ¿Qué está pasando, Jock?

—Los detalles son confusos, pero Rob ha requisado un Anson, lo ha pilotado a saber dónde y ha vuelto, y acto seguido ha sido arrestado.

A su alrededor, los hombres exponían sus teorías.

Mary escuchaba desconcertada. Algo radical había cambiado. Estos hombres, normalmente tan reservados y discretos, hablaban abiertamente delante de ella y de Sarah Brunson.

La habitación se llenó de humo, y Sarah abrió algunas ventanas.

A Mary le asaltó la idea de que una guerra secreta había estado ocurriendo a su alrededor.

Primero entre Millie y Kilton, y después entre Rob y Kilton.

Nadie lo había comentado con los demás.

Los hombres habían ignorado las señales, pero reservaban parte de la culpa para Rob. ¿Por qué no había solicitado su apoyo? ¿Por qué había actuado solo?

Su corazón se encogía al pensar en su marido languideciendo solo en una celda.

Alzó la voz. —Creo que el tiempo de guardar secretos ha terminado.

Las voces en la habitación cesaron. Todas las miradas se volvieron hacia ella.

—Rob encontró algo en casa de Millie. Después de que muriera. No conozco los detalles, por supuesto. Pero estaba asustado. Detalles secretos de un proyecto. Protegió a Georgina quitando las pruebas de la casa, pero creo que no sabía qué hacer a

continuación. Entonces, el asunto se nos fue literalmente de las manos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Red.

—La caja fue robada. Por una joven. Estaba en nuestra casa cuando regresamos de la cena.

—¿La noche que Rob se emborrachó?

—Te puedo asegurar que se le pasó bastante rápido. La persiguió por los campos, pero la perdió.

—¿Una joven? —dijo Jock—. ¿Estás segura?

Mary asintió. —Dijo que la reconoció. Era del campamento pacifista. —De repente se llevó la mano a la frente—. Oh, maldita sea. Dios, he sido una idiota. ¡Era ella! He sido tan estúpida por no verlo. —Miró alrededor de la habitación—. Una mujer tonta del pueblo vio a Rob con una joven en un pub y me convenció de que estaba teniendo una aventura. Pero debió de ser ella. Debían estar trabajando en algo juntos. Rob me dijo que no era lo que parecía. Menuda excusa pensé, pero ahora... ahora le creo.

—¿Entonces quién es?

—Todo lo que sé es que se hace llamar Susie.

Mary de repente se sintió acalorada y débil.

—Necesito aire.

Sarah se apresuró a su lado, la cogió y la guió fuera de la habitación.

Abrió la puerta de entrada, y Mary salió al jardín.

—Prepararé un té —dijo Sarah, y desapareció de nuevo dentro de la casa.

Mary caminó hacia la pequeña valla de madera, inestable. Su mirada recorrió la fila uniforme de viviendas para matrimonios. Incluso bajo la luz de la calle, la hierba parecía amarillenta y débil después de la ola de calor.

Cada césped tenía las mismas dimensiones y los mismos bordes recortados, siendo la única variación la elección de flores.

¿Era esta impresión exterior de uniformidad y orden sólo una ilusión?

Su mirada se posó en un coche unos metros más allá.

Un Rover rojo que conocía bien.

Un coche que había visto por última vez frente al bungalow en Totton.

—¿Qué demonios?

Miró arriba y abajo de la calle, buscando a Georgina.

Una figura salió de las sombras.

Mary se llevó la mano al pecho.

—Me has dado un susto de muerte.

La joven la miró directamente.

—¿Señora May?

Mary le devolvió la mirada.

—Susie, supongo.

Susie siguió a Mary hasta la cocina.

—Caballeros, tenemos una visita.

Mary se hizo a un lado.

Susie captó la señal y entró en el pequeño espacio lleno de humo. Los hombres uniformados se apartaron, con la boca abierta.

Una mujer junto al fregadero dejó que el grifo rebosara en su tetera, aparentemente incapaz de quitar los ojos de ella.

—Vaya, vaya —dijo un hombre con acento americano.

—¿Tú debes de ser Red Brunson? —dijo Susie.

—Y tú, querida, debes de ser la misteriosa Susie.

Examinó la habitación: un hombre bajo y regordete con mejillas coloradas; otro que parecía un par de años mayor que Rob; otro que se acercaba más a la edad de Millie; tres hombres más jóvenes, uno con un clásico bigote de guía.

—Caballeros, señoras. La señora May me dice que hay descontento en las filas de la TFU. Para que lo sepa, ¿podemos estar todos de acuerdo en que tenemos un amigo que necesita ayuda y un oficial superior con métodos dudosos, fuera de control?

—Creo que eso lo resume bastante bien —dijo Red.

—Bien. Mi nombre es Susie Attenborough. Trabajo para un departamento del gobierno de Su Majestad. No puedo deciros más,

así que tendréis que creerme. Si sirve para generar vuestra confianza, quizás os interese saber que iba a reunirme con vuestro colega Christopher Milford el sábado 25 de junio. Una reunión que él solicitó para transmitir cierta información. Posteriormente, he estado ayudando a Robert May a descubrir qué fue lo que Milford encontró. Debido a su diligencia y compromiso con su difunto amigo, ahora está bajo arresto, con pocas posibilidades de que le crean. Desafortunadamente, no tenemos pruebas contundentes, porque Millie se aseguró de que fueran destruidas para proteger a otros. Pero conocemos los resultados. En circunstancias normales, eso sería suficiente. Pero con Kilton nos enfrentamos a un operador que ha ido un paso por delante durante todo este proceso.

—¿Y hacer qué? —preguntó uno de los hombres.

—Bueno, por eso estoy aquí. —Miró a su alrededor, evaluando a sus nuevos socios—. Espero que en esta habitación tengamos la inteligencia y la capacidad para idear algo.

Los hombres permanecieron en silencio por un momento.

—Entonces, ¿quién está conmigo?

Capítulo Treinta Y Dos

Viernes 8 de julio

Susie gimió. Sentía como si solo hubiera caído en la cama hacía unos minutos.

Con esfuerzo, se incorporó y permitió que su mente se despertara.

Fragmentos de conversaciones volvieron a ella, junto con detalles imprecisos del plan.

Sus dudas también regresaron.

Era demasiado complejo. Había demasiadas cosas que podían salir mal. El resultado era incierto.

Eran las 8:05 de la mañana. Necesitaba ir de compras.

Una hora después, Susie era la primera clienta del día en los grandes almacenes Turner's de Salisbury.

Pasó rápidamente por los sofás y escritorios de caoba hasta que llegó a la sección de ropa de señora.

Brevemente distraída por las nuevas prendas de Mary Quant, sacó una minifalda del perchero y se la colocó a la altura de la

cintura.

Apareció una elegante mujer de mediana edad.

—Puedo ver que la señora tiene la figura para esa falda.

Susie sonrió y la volvió a colocar en la percha.

—Gracias, pero no creo que sea lo que necesito hoy.

Se giró para mirar una zona con ropa más convencional, avistando un vestido de David Windsmoor que bien podría haber llevado su madre.

La dependienta siguió su mirada. —¿La señora está comprando para alguna ocasión especial?

—Sí. Un funeral.

El espejo de cuerpo entero en el pasillo estaba agrietado, y la tenue luz de la única bombilla de arriba apenas lo hacía utilizable. Pero Georgina se las arregló para aplicarse una fina capa de delineador y una capa más gruesa de pintalabios rojo intenso.

Se puso su sombrero azul marino de ala ancha con un ribete crema a juego con su vestido.

Al retroceder, notó lo pálida que se veía su piel, acentuada por el pintalabios. O quizás era la bombilla de bajo voltaje.

Una bombilla de bajo voltaje en una casa de bajo voltaje en el borde de la nada.

¿Cómo había llegado a esto tan rápidamente? ¿Cómo podía Millie haberla defraudado tanto?

Continuando con algo, jugándose su futuro.

Y perdiendo.

Era una tarde de viernes tan agradable cuando Mark Kilton llegó para arrebatarle la vida.

Un movimiento detrás de ella. Se volvió para ver a Charlie buscando un trozo de espejo para ayudarse a ajustar su corbata.

Ella se giró y se hizo cargo de la tarea.

—Te ves muy guapo, cariño.

Él hizo una mueca y no respondió.

—Vamos, el coche estará aquí en un minuto. Seamos valientes juntos.

La mayoría de los hombres llegaron a la sala de planificación con su uniforme de gala completo.

La charla alrededor de la barra de té era moderada.

Red Brunson se colocó en un lado de la habitación y observó a Kilton salir de su oficina, con las medallas en su sitio.

Parecía la imagen de la autoridad; una roca firme en el mundo incierto del piloto de pruebas.

Red debería haber sabido por su tiempo en Edwards que las apariencias pueden ser engañosas.

Jock MacLeish estaba encorvado sobre un mapa; uno de los únicos dos pilotos con ropa de trabajo. Estaban trazando una línea, no en un mapa aéreo sino en un mapa del Servicio de Cartografía; el tipo de mapa detallado que un excursionista podría usar. Red examinó el punto inicial que MacLeish había seleccionado: un cruce en la A345 a tres millas al sur de Amesbury. Asintió en señal de aprobación y dio una palmada en la espalda a Jock, confiado en que haría que Millie estuviera orgullosa.

Red sintió que los hombres a su lado se tensaban cuando Kilton miró hacia allí.

—Es extraño ahora, ¿verdad? —dijo MacLeish en voz baja a los demás—. ¿Mirándolo ahora?

Red no respondió, pero siguió el progreso de Kilton hacia la puerta.

Para asegurarse, se movió hacia el área de entrada de la TFU y observó cómo el jefe se metía en la parte trasera de un coche oficial negro completo con bandera.

El coche arrancó y giró a la derecha, no a la izquierda hacia la puerta principal.

Desconcertado, Red consultó su reloj. Aún quedaban dos horas para el funeral.

Rob se bajó rodando de la cama de campaña y se esforzó por ponerse de pie.

Las paredes brillaban con humedad; claramente la habitación no estaba diseñada para albergar a un hombre durmiendo. El aire húmedo y sin ventilación se adhería a su piel.

Un plato de desayuno descansaba sobre la mesa; apenas se había movido cuando el cabo lo trajo.

No había escuchado nada después de su interrogatorio.

En las primeras horas de la madrugada, solo en el silencio, cualquier esperanza persistente se desvaneció.

Le habían dado un conjunto de ropa deportiva para usar como pijama.

Incluso tenían su reloj; no tenía idea de qué hora era.

Iban a enterrar a Millie sin él.

La puerta de la celda se abrió; Rob se puso de pie.

—Cabo, por favor, déjeme ir a... —Interrumpió su pregunta cuando el cabo se hizo a un lado y dejó entrar a Mary.

Corrió hacia adelante, como un niño pequeño hacia su madre. El guardia pareció sobresaltado.

—Está bien —dijo Mary—. Estoy aquí para llevarte a la iglesia —susurró en su oído.

El cabo los condujo a ambos fuera de la celda temporal.

—Hay duchas en el gimnasio si quieres usarlas —dijo—. Pero no tienes mucho tiempo.

El guardia recogió un montón de ropa de una mesa auxiliar junto a la entrada del edificio.

Al lado de la ropa había un documento con una pluma estilográfica encima.

El cabo le entregó su uniforme de gala, y su ánimo se elevó al pensar en Mary recuperando su ropa, de vuelta en su hogar.

Había tanto que quería decirle. Pero ella retrocedió, aparentemente sin ganas de mantener una conversación.

—Te esperaré.

El cabo le acompañó fuera del edificio y marchó a su lado mientras recorrían la corta distancia hasta el gimnasio de la estación.

—¿Es estrictamente necesario vigilarme hasta las duchas, cabo?

—Son mis órdenes, señor. Ya no tiene pase para West Porton. Es usted un visitante y debe ser escoltado.

Se desvistió en el vestuario y se colocó bajo uno de los cabezales plateados en las duchas comunales vacías. Cerró los ojos, dejando que el agua le inundara.

Cerró el grifo. El agua se convirtió en un hilillo y luego en una serie de gotas. Se apoyó con una mano en la fría pared de azulejos. La ducha había sido como un oasis, un refugio.

Se apartó bruscamente y al salir vio a Mark Kilton de pie en el centro de la sala.

Medallas relucientes, gorra de la RAF bajo el brazo.

Rob estaba desnudo, con agua acumulándose alrededor de sus pies. Kilton se interponía entre él y su toalla y ropa.

—Tiene una elección, May. Firme el proyecto completado hoy y no le procesaré. No registraremos nada de lo ocurrido ayer o la semana anterior en su expediente. Será transferido al Mando de Transporte y destinado a Hong Kong, con Mary. Es un puesto administrativo, pero conservará su estatus en la rama de Servicios Generales y estará disponible para un puesto de vuelo en el futuro. Me aseguraré de que reciba una evaluación favorable de su tiempo aquí.

»Estará tomando gin-tonics en la terraza del Lejano Oriente con todo esto a sus espaldas. Y será libre de asistir al funeral de Millie, bajo escolta, por supuesto.

—¿O?

—Se enfrentará a un consejo de guerra. Sus opiniones sobre el proyecto serán inadmisibles bajo la Ley de Secretos Oficiales. No tendrá defensa ante una serie de cargos detallados que incluyen insubordinación, operación no autorizada e insegura de aeronaves tanto de la Real Fuerza Aérea como del Ministerio de Aviación, y violación de la Ley de Secretos Oficiales. También estamos considerando un cargo de traición. De cualquier manera, la sentencia por su inevitable condena será de unos veinticinco años de

prisión. Ah, y por cierto, Guiding Light estará en pleno servicio independientemente de su elección, por supuesto.

—Entonces, ¿por qué necesita mi firma?

—No la necesito.

Rob permaneció en silencio. El único poder que tenía sobre Kilton era hacerle esperar una respuesta.

Pasó junto al jefe para coger su toalla y se la envolvió alrededor de la cintura.

—8,75.

—¿Qué? —dijo Kilton, irritado.

—8,75. Esa fue la conclusión a la que llegó Millie después del análisis. 8,75 tripulantes aéreos cada año.

La expresión de Kilton no cambió.

—Me interesa. ¿Cuál fue su cifra? Después de todo, tenía muchos más datos que nosotros.

—May, o firma el documento y asiste al funeral de Millie, o se niega, y volverá a su celda mientras preparamos los cargos. La elección es suya.

Rob miró a Kilton, impasible.

Kilton giró sobre sus talones. —No voy a seguir sus juegos. Los papeles están en la comisaría. El cabo le escoltará.

Una bota pulida se elevó en el aire y descendió con un crujido sobre el sendero de grava de la iglesia. Los pasos del sargento Nigel Woodward se movían al unísono con los de sus compañeros portadores del féretro.

Como muchos de los suboficiales de la TFU, se había ofrecido voluntario inmediatamente para llevar el ataúd de la comandante Milford. Con botones y medallas relucientes, cumplía su deber con toda la precisión que podía reunir.

Delante, el vicario esperaba, con la sobrepelliz blanca ondeando en la suave brisa.

Llegaron a la puerta e hicieron una pausa.

Tras alguna comunicación invisible, el organista comenzó a tocar "Abide With Me".

Entraron en la iglesia con pasos lentos y medidos.

Todos los bancos estaban llenos. Hombres uniformados y mujeres con grandes sombreros permanecían de pie, mirando hacia adelante mientras los portadores del féretro giraban hacia el pasillo y continuaban hacia el lado del púlpito.

Dos soportes de madera, listos para ellos.

Tras llegar al frente, comenzaron su rutina coreografiada para bajar el ataúd desde sus hombros hasta su lugar de descanso temporal.

Woodward miró a los demás y, con un gesto apenas perceptible, giraron al unísono para mirar hacia el pasillo.

Los portadores marcharon hacia la parte trasera de la iglesia y se unieron a los dolientes que habían llegado demasiado tarde para conseguir un asiento.

Un anciano apareció y puso un programa del servicio en manos del vicario.

No habían permitido a Rob tiempo a solas con Mary. Ella se sentó junto a él en la parte trasera de un coche común de la RAF, acompañados por un sargento de policía en el asiento del pasajero.

El lento trazo de su firma en los papeles se había sentido como la traición final.

Todo lo que siguió fue humillante.

Despojado de sus documentos de seguridad, Rob oficialmente no era bienvenido en RAF West Porton. La única excepción era que podía asistir al velatorio en el comedor de oficiales como invitado. Pero lo escoltarían dentro y fuera de la estación.

Llegaron tarde a la iglesia, pero se había reservado un espacio en el segundo banco, directamente detrás de Georgina y Charlie.

Mientras caminaban por el pasillo central, Rob miraba al suelo, incapaz de mantener contacto visual con nadie más.

—No debería estar aquí —siseó a Mary—. ¿Qué pensarán de mí?

El único rostro que captó mientras se deslizaba en el banco fue el de Kilton. Dos filas más atrás, con la mirada fija hacia delante.

El vencedor recogiendo los restos del vencido.

Tomó asiento. Mary inclinó la cabeza y pareció rezar.

Pensó en Millie. Una imagen apareció en su mente: Millie con Belkin, examinando estadísticas.

Todo ese trabajo que él había realizado solo.

¿Cuán diferente habría sido si hubieran colaborado?

Imaginó a ambos reuniéndose con Susie, explicando lo que habían descubierto y planificando la recopilación de más pruebas.

Pero eso no fue lo que ocurrió.

No hubo ninguna reunión con Susie.

No había pruebas utilizables.

No habría ninguna carga de caballería por parte del MI5. Ahora estaba seguro de ello.

Ella estaría de vuelta en Londres; ocupada con su siguiente tarea.

Estudió el programa del servicio.

Incluía su nombre. ¿Habría intentado Kilton influir en eso?

Pero ahí estaba: la primera lectura. Un breve pasaje de la Biblia que Jean le había entregado hace lo que parecía un año; pero solo habían pasado unos días.

Pasó la página.

El Comandante de Ala Mark Kilton DFC pronunciaría el elogio fúnebre.

Se sintió enfermo.

—No puedo hacer esto —susurró a Mary.

Ella lo mandó callar, con una extraña urgencia en sus ojos—. *Actúa con normalidad.*

Debía ser una actuación para Georgina. Mary aún no lo había perdonado; todavía creía que él tenía una aventura, pero quería mantener las apariencias, solo por hoy.

El órgano se detuvo y la congregación se puso en pie. Charlie ayudó a su madre en su intento por levantarse. Rob y Mary extendieron las manos para ayudar.

Georgina se levantó, inestable.

Él quería sollozar, pero estaba de uniforme, ahogado por todos esos años de mantener la compostura.

Tras un momento, el ataúd apareció en su visión periférica y Mary se derrumbó, llevándose un pañuelo a los ojos.

Rob contuvo sus propias lágrimas, inclinando la cabeza hacia arriba para evitar que cayeran.

No con el uniforme puesto.

El asfixiante y sofocante uniforme.

Nigel Woodward le miró a los ojos. El sargento que casi había acabado con su carrera de vuelo al liberar aquella bomba de gas.

Todo el mundo quería a Millie.

Rob se concentró en la precisión de los portadores del féretro.

Cualquier cosa para contener las lágrimas.

El vicario apareció y, tras unas breves palabras, comenzaron un himno.

Christopher Milford y todo lo que representaba estaba plasmado con claridad en cada verso:

«Te prometo a ti, patria mía, por encima de todo lo terrenal,
Completo, íntegro y perfecto, el servicio de mi amor;
El amor que no cuestiona, el amor que soporta la prueba,
Que pone sobre el altar lo más querido y lo mejor;
El amor que nunca flaquea, el amor que paga el precio,
El amor que hace, sin temor, el sacrificio final».

Rob cantó con los ojos fijos en el programa del servicio. Mantuvo la cabeza inclinada, humillado por las palabras.

En ese momento, tuvo la terrible certeza de que iría a su propia tumba sabiendo que había fracasado en la única tarea que realmente le había importado.

No habría absolución.

Kilton se había asegurado de que la victoria fuera completa al no dejarle otra opción que firmar la puesta en servicio de Guiding Light.

Pero el verdadero castigo era la culpa: ya lo estaba aplastando, y ahora era una cadena perpetua.

El canto cesó. Se sentó, consumido por sus propios pensamientos.

Pasó un momento antes de que se diera cuenta de que lo estaban esperando. El vicario le indicó con las manos que se acercara al atril donde reposaba la gran biblia.

Se levantó y se deslizó a lo largo del banco. El vicario le puso una mano en el brazo cuando pasó.

—La biblia está abierta en la página correcta.

Rob subió a la plataforma de madera en la base del atril y encontró el comienzo de su pasaje en la ornamentada Biblia King James de la iglesia.

Respiró hondo y levantó la mirada.

Directamente a los ojos de Susie Attenborough.

Su boca se abrió de par en par. Vaciló y volvió a bajar la cabeza bruscamente.

¿Realmente la había visto?

Estaba sentada erguida con un vestido negro y un sombrero de ala negra, junto a Red y Sarah Brunson.

Volvió a mirar. Ella le sonrió, con expresión serena.

Kilton estaba sentado justo delante de Susie, mirando fijamente a Rob.

Se recompuso y bajó la mirada a la lectura. Pero no pudo evitar mirar otra vez.

Esta vez, Susie tenía una expresión de amonestación. Articuló algunas palabras con los labios.

"Continúa".

La congregación se removió ante el incómodo silencio.

Aclarándose la garganta, y esperando que su voz llegara más allá del primer banco, leyó en voz alta, aportando toda la templanza y autoridad que pudo reunir.

Para su sorpresa, su voz sonó firme.

«Los justos perecen, y nadie se lo toma a pecho; los devotos son llevados, y nadie comprende que los justos son apartados para ser librados del mal.

»Los que andan rectamente entran en paz; encuentran descanso mientras yacen en la muerte».

Llegó a la última palabra y se permitió mirar apropiadamente a la congregación. Sus ojos recorrieron la iglesia abarrotada.

No estaba seguro de qué esperar exactamente de sus antiguos colegas.

¿Juicio? ¿Decepción?

Lo que vio fue compasión. Incluso calidez.

Red Brunson le miró directamente, con confianza en su mirada.

Regresó a su asiento.

Cantaron «Jerusalem». Durante la segunda estrofa, Mark Kilton se dirigió rápidamente al atril.

Relató historias de la Segunda Guerra Mundial. Millie como ingeniero que obraba milagros para mantenerlos volando día tras día.

Provocó risas con sus descripciones precisas de la incapacidad de Millie para aguantar la cerveza y su torpeza natural. Rindió un cálido tributo al patriotismo y sentido del deber de Millie.

La elegía de Kilton fue bien recibida; de no haber sido en una iglesia, podría haber recibido un aplauso.

Después de que regresara a su asiento, la voz del vicario cambió. Habló con profunda solemnidad, en un tono serio y autoritario. Woodward y los portadores del féretro reaparecieron. Mientras maniobraban para levantar a Millie sobre sus hombros, una abrumadora sensación de dolor y finalidad invadió a Rob, y ya no pudo contener más las lágrimas.

Maldito sea el dichoso uniforme.

Cuando pasaron el ataúd, se giró. Red Brunson también tenía lágrimas corriendo por su rostro, al igual que Dave Berringer, George Taffter, Henry Wiseman, Leslie Owens...

De hecho, todos sus colegas estaban llorando.

¿Por qué había intentado siquiera contenerse?

Georgina y Charlie siguieron el ataúd, la viuda de Millie apoyada en su hijo. Rob y los demás en la segunda fila salieron para seguirles.

En pocos minutos, la numerosa congregación había llenado la mitad del cementerio. Rob y Mary permanecieron cerca de Georgina, mirando fijamente el ataúd que ahora estaba en el suelo junto a la tumba recién cavada.

Rob miró alrededor de nuevo, desesperado por verla.

Finalmente, divisó a Red, que sobresalía entre la multitud, inclinándose, hablando con alguien.

Deseaba desesperadamente unirse a ellos, averiguar quién pensaba Red que era ella.

¿Y por qué estaba aquí?

La congregación se reunió alrededor de la tumba. Una brisa agitaba los vestidos y las mujeres sostenían sus sombreros con una mano.

El vicario proyectó su voz hasta los confines más lejanos del cementerio.

—Yo soy la resurrección y la vida, dice el Señor. Aquel que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás.

Millie había sido un asistente a la iglesia más regular que él o Mary. Rob solo podía esperar que esto significara algo más que unas cuantas palabras conmovedoras.

Los portadores del féretro se colocaron a ambos lados de la tumba y levantaron el ataúd. Las piernas de Rob temblaron y se aferró a Mary. Ella lo abrazó con fuerza y las lágrimas cayeron libremente de sus ojos.

Adiós, viejo amigo.

Mientras el vicario hablaba, un rumor bajo comenzó detrás de ellos.

—Por tanto, encomendamos su cuerpo a la tierra. Tierra a la tierra, cenizas a las cenizas, polvo al polvo. En la segura y cierta esperanza de la Resurrección a la vida eterna.

Un estruendo atronador estalló sobre ellos, y el sol quedó eclipsado cuando un enorme Avro Vulcan pasó volando y ascendió, elevándose hacia las nubes.

—Dios, eso ha volado muy bajo —le dijo a Mary.

Todos fueron golpeados por una ráfaga de aire. Los sombreros volaron en los remolinos, la gravilla y la tierra se levantaron del suelo, y hombres y mujeres se taparon los oídos, demasiado tarde contra el rugido.

El vuelo de homenaje había sido imprudentemente bajo, y el vicario y la multitud se habían agachado. Pero mientras se

levantaban de nuevo, recogían sus sombreros y se quitaban la tierra de los ojos, risas y vítores se extendieron desde la parte trasera de la multitud.

Georgina se giró, sonriendo a Rob.

—¡Qué divertido! —articuló sin voz hacia él, y él esbozó una amplia sonrisa.

El ataúd fue descendido. El vicario recogió un puñado de tierra y lo dejó caer. Georgina y Charlie hicieron lo mismo.

Mary usó su mano para guiar a Rob un paso adelante; él se agachó para recoger su propio puñado de tierra.

—Lo siento —dijo, con voz quebrada y débil, mientras dejaba caer la tierra sobre el ataúd de Christopher Milford.

Mientras se alejaban de la tumba, Rob se pegó a Mary, rodeándola con un brazo, atrayéndola firmemente contra él.

—Nunca te he necesitado más —dijo.

Ella pasó su brazo alrededor de su cintura; se sentía bien.

—¿Hemos vuelto a estar juntos? —susurró.

Ella lo miró, con sus rostros a un centímetro de distancia. Él olió su dulce aliento y se sumergió en un momento de intimidad.

—Todo ha cambiado. Simplemente actúa con normalidad, sigue la corriente. —Giró bruscamente la cabeza hacia adelante y desenredó su brazo, pareciendo nerviosa.

Confundido, Rob miró alrededor, buscando a Susie. Finalmente, la vio junto a Red Brunson. Ya habían pasado la verja, por delante y más allá de los policías que le estaban esperando.

No podía apartar los ojos de Red y Susie juntos, pero cuando él y Mary llegaron al coche de policía, se abrió una puerta y los condujeron al asiento trasero.

Los guardias de seguridad subieron a los asientos delanteros, y el sargento, en el asiento del copiloto, se volvió hacia ellos.

—Os dejaremos en el comedor de oficiales. Esperaremos fuera hasta que deseéis marcharos, momento en el cual os escoltaremos

fuera de la base. Podemos llevaros a algún lugar cercano.

Antes de que Rob pudiera responder, Mary intervino. —He concertado que el capitán Brunson me lleve desde el comedor.

—De acuerdo, pero aun así tendremos que escoltar el vehículo fuera de la base. Son nuestras órdenes.

—Lo entiendo —dijo ella.

Rob permaneció en silencio.

Pasaron por las puertas de la RAF de West Porton; el coche se dirigió directamente a la puerta principal del comedor.

Rob salió mientras los asistentes al funeral pasaban desde el aparcamiento.

Dentro del comedor, se dirigieron a la gran antesala, asegurándose las primeras opciones del bufé y el vino. Pero Rob no tenía hambre.

La sala se llenó rápidamente y el nivel de charla aumentó.

Rob intentó hablar con Mary de nuevo, pero ella le advirtió con una mirada severa y un movimiento de cabeza que no lo hiciera.

Antes de darse cuenta, la sala estaba abarrotada, y Rob solo podía ver a las pocas personas directamente a su alrededor, y no había nadie a quien conociera bien.

Red Brunson apareció, abriéndose paso entre la multitud.

Los ojos de Brunson se encontraron con los de Rob, pero luego se desviaron a su izquierda, instando a Rob a mirar detrás de él.

Mark Kilton le seguía.

Rob se tensó.

Kilton se detuvo para hablar con un grupo; estaba solo a unos metros de distancia.

Desde detrás de la figura de Red, Susie Attenborough dio un paso adelante.

Red la instó a avanzar.

—Esta es Susan Wilson. Trabajaba con Millie en Boscombe Down.

Susie extendió su mano. Rob la miró fijamente, finalmente captando la señal y estrechándola.

—Hola —logró decir.

—Lo siento mucho por todos vosotros. Hacía tiempo que no veía a Millie, pero era un perfecto caballero y todos estamos muy

afectados.

—Lo era —dijo Red.

Un camarero apareció con una bandeja de vino blanco. Susie tomó una copa, junto con Mary. Pero Red Brunson bebía a sorbos un zumo de naranja.

—Volaré más tarde —le dijo a Rob, y le miró, aparentemente esperando una reacción.

El vuelo final del proyecto Guiding Light.

Rob miró fijamente a Susie, pero ella estaba mirando a otro lugar.

Hubo cierto movimiento en la multitud a su derecha cuando Georgina llegó a la sala con Charlie. Kilton dejó al grupo cercano para saludarlos.

Un momento después, se elevó un vítore, y Rob se giró para ver llegar a Jock MacLeish, todo sonrisas mientras recibía varias palmadas en la espalda.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó a Red.

—El vuelo de exhibición —dijo Red, radiante.

—Bajo, ruidoso y probablemente ilegal —dijo uno de los pilotos de TFU cercano—. Pero quizás lo mejor que he visto nunca.

—A Millie le habría encantado —dijo Rob, riendo.

Un par más de hombres del TFU se unieron a ellos, llevándose a sus esposas.

Rob recibió algunos saludos corteses de sus antiguos colegas. Pero nadie le preguntó dónde había estado o qué le estaba pasando.

La temperatura en la sala aumentó. Se sintió mareado.

Estaba solo en medio de una multitud.

Red estaba hablando con Susie. Mary se alejó.

O era su imaginación, o los otros tipos a su alrededor le estaban dando la espalda, uno por uno.

Ahora estaba encajonado con Red y Susie.

Red le agarró del brazo para llamar su atención.

—¿Cómo estás, colega?

La cabeza de Rob daba vueltas. —No muy bien. Creo que podría desmayarme.

El agarre de Red en su brazo se hizo más firme. Susie se movió a su lado.

—Susie... —Su voz se quebró.

Se inclinó hacia delante, pero ella le apartó.

—No tenemos tiempo para eso. Escucha. Mi gente. No van a hacer nada.

—Lo sé.

—Deberías habérmelo dicho —le dijo Red—. No deberías haber hecho esto solo. ¿En qué estabas pensando?

—Lo siento. No creí que pudiera decirle nada a nadie. Y ahora es demasiado tarde.

La mano de Susie apareció en su brazo. —No necesariamente.

Rob miró de nuevo a Red. —Pero el vuelo final. Es hoy, ¿verdad?

Uno de los hombres que estaba de espaldas a ellos se inclinó.

—¡Kilton!

Red habló con un sentido de urgencia. —¿Quieres una última oportunidad? No será fácil y es arriesgado, pero depende de ti, colega.

—¿Qué quieres decir?

Red continuó. —Di que sí. Vas a tener que confiar en mí. Y te digo ahora mismo que puede que no funcione. De hecho, no creo que funcione. Pero es todo lo que se nos ocurre. Solo Kilton puede detener el proyecto. Así es como está configurado todo. Así es como está configurado todo en el TFU. Así que tienes que hacerle cambiar de opinión.

—No puedo hacer eso.

—¿Y si pudieras llevarlo a volar? ¿A él y a Ewan Stafford?

—¿Qué?

Susie se escabulló; los tres hombres se giraron y se enfrentaron, e inmediatamente entablaron una conversación sobre la obsesión de Millie con el whisky escocés.

Kilton pasó caminando, asintió a los hombres, pero no hizo contacto visual con Rob.

Red miró de nuevo a Rob.

—Necesitas estar preparado y tendrás que hacer exactamente lo que digamos, cuando lo digamos. ¿De acuerdo?

Fue empujado hacia un nuevo grupo para hablar. Se encontró con Jock MacLeish y lo felicitó por el vuelo de exhibición. Jock le guiñó un ojo y se bebió otra copa de un trago.

Después de que Rob había estado allí durante una hora, dos oficiales de las fuerzas de seguridad aparecieron en la puerta. Observó cómo se dirigían hacia Kilton, quien señaló directamente a Rob.

Red se acercó.

—Es hora de irnos, colega. ¿Estás listo?

—¿Para qué?

—Lo sabrás pronto, te lo prometo. Por ahora, simplemente haz lo que te decimos. Esto va a ser ajustado.

Aparecieron las esposas. Un grupo de oficiales de TFU se movió hacia la puerta. En el vestíbulo, esperaron a los hombres de seguridad.

Rob se quedó mirando los óleos de oficiales superiores que posaban junto a cazas y bombarderos de años pasados.

Cada uno mirando orgullosamente hacia la distancia.

Los hombres que habían introducido nuevas aeronaves al mundo.

Ases de guerra y pilotos de prueba de posguerra.

Héroes del trabajo, cuya diligencia garantizaba la seguridad de los pilotos y tripulaciones ordinarias de escuadrón; los hombres que se subirían a las máquinas durante décadas después de aquellos primeros vuelos tentativos.

Mary parecía preocupada.

—¿Estás bien?

—He perdido mi camino, Mary.

—¿Qué?

—Esto es lo que hacemos aquí. Mejoramos las cosas, no las empeoramos. Eso es lo que Millie intentaba decirme.

Ella le cogió la mano.

—Lo sé, cariño. Y los chicos quieren darte una oportunidad más. —Hizo una pausa—. Pero no tienes que hacerlo. No tienes que

hacerlo si no quieres. Y si lo haces, ¿me prometes una cosa, Teniente de Vuelo May?

—¿Qué?

—Que volverás a mí —susurró.

Un oficial de seguridad se acercó a Rob—. Vamos.

El grupo les siguió hasta el aparcamiento.

El ranchera de Red estaba aparcado trasera con trasera con un Land Rover de la RAF. Un par de hombres con uniforme de faena estaban trabajando en la parte trasera, tirando de una lona y amarrándola.

Cuando llegaron al coche, varias cosas ocurrieron a la vez.

Con los guardias de seguridad observando, Rob fue conducido a la parte trasera del coche de Red. Para su confusión, el asiento trasero estaba completamente abatido, y no estaba seguro de dónde poner las piernas.

Entonces se oyó un grito.

Giró la cabeza para ver a Susie en el suelo, sujetándose el tobillo. Los guardias de seguridad se agacharon para ayudarla.

En ese mismo momento, Rob sintió un firme agarre en su brazo. Miró hacia arriba para ver a uno de los suboficiales en la parte trasera del Land Rover tirando de él bruscamente a través del coche de Red. Aterrizó con un golpe seco en el oscuro interior del vehículo. Mientras la lona caía sobre la parte trasera, Rob vislumbró los asientos traseros levantándose y alguien a quien no reconoció, pero que tenía más o menos su misma complexión, poniéndose su gorra de la RAF y acomodándose en el asiento trasero de Red.

Fue lo último que vio antes de que arrancara el motor del Land Rover y el vehículo se alejara.

Uno de los hombres que estaba con él miró a través de una pequeña grieta en la lona trasera.

—Bien. Las mujeres ahora están subiendo. La policía está vigilando. Preparados.

Hubo una tensa pausa.

—Van a por ello. Sí. Se han metido en su vehículo, y Red se ha marchado.

—¡Genial! —dijo uno de los hombres en la parte trasera—. Me debes una libra.

Después de varios minutos conduciendo, el vehículo se detuvo.

Rob oyó cómo se abrían las puertas delanteras del Land Rover. La luz inundó el interior cuando retiraron la lona de la parte trasera.

Un suboficial mayor miró dentro.

—Su parada, Teniente de Vuelo May.

Rob salió y se encontró en la parte trasera de la destartalada Unidad de Mantenimiento. Los hombres le condujeron al interior, donde un pequeño equipo se había reunido para recibirle. Miró alrededor; había unos ocho hombres mirándole, pero ninguno al que conociera bien.

JR no estaba allí.

—Soy Ted Durrant —dijo un hombre que lucía alas de la RAF y un bigote—. Soy uno de los pilotos de aquí. Mi trabajo es informarte para tu vuelo. JR se disculpa por su ausencia.

A Rob le llevó un segundo procesar lo que había oído.

—¿Mi vuelo?

Los hombres se miraron entre sí por un momento antes de que el suboficial mayor diera un paso adelante y se dirigiera a los hombres de la MU.

—Ninguno de vosotros tiene que estar aquí para esto. Si decidís quedaros, os estáis implicando en un engaño. Es vuestra elección, chicos. Nadie pensará menos de vosotros por marcharos. Por otro lado, si queréis acabar con el imperio de ese bastardo intrigante de Kilton, quizás deberíais quedaros.

Los hombres se rieron y ni un alma se movió de su posición.

Durrant le guio por el brazo—. Muy bien, entonces. Rob, si quieres venir por aquí...

Se movieron hacia una vieja mesa de madera con una típica hoja de tareas de TFU y un mapa con líneas dibujadas. Junto al mapa: la inconfundible visión del elaborado casco de vuelo de Red Brunson y su visera de espejo.

—Ahora, debo decirte que esta no fue mi idea —dijo Durrant—. Creo que fue ideada por Brunson junto con un par de tus colegas de TFU, con la ayuda de esa joven.

—¿Susie?

—¿Así se llama? En fin, la idea, amigo mío, es meterte dentro del Vulcan en lugar de Red para el vuelo final del proyecto. —Miró su reloj—. Que debe despegar en una hora. Así que no tenemos mucho tiempo para que esto salga bien. Y créeme, hay mucho que tiene que salir bien.

—¿Cómo va a funcionar esto? —dijo Rob.

Durrant continuó con su briefing—. Los dos elementos clave son la sugerencia de Red a Kilton de que Stafford observe el vuelo desde el asiento del copiloto, no desde la bahía trasera. Han aceptado. Kilton estará en la estación de radar del navegante. El segundo elemento es este.

Cogió el casco de Brunson.

—La visera de espejo —dijo Rob.

—Correcto. Con la máscara de oxígeno, podría ser cualquiera el que está ahí debajo. Brunson cree que Stafford no notaría la diferencia.

—¿Y qué hay del resto? ¿Qué pasa con todo lo de antes del vuelo? ¿El caminar juntos, el briefing?

—Red usará como excusa que Kilton quiere que vuele el Vulcan solo para meterse en la cabina antes —Durrant miró a sus colegas—. Ahora bien, hay que ejecutar una coreografía en la pista. Básicamente, intercambiaros a ti y a Red. Pero conseguimos sacarte del comedor sin que nadie lo notara, así que, ¿quién sabe? Tal vez incluso funcione.

—¿Y si no funciona? Cuando regrese, arrestarán a Red. Y a vosotros también.

—Entonces más vale que funcione —dijo Durrant, con un destello de sonrisa.

Rob parecía inseguro.

—Mira, en tierra, todos los oficiales de TFU te respaldarán. La idea es darle a Kilton la oportunidad de que revierta personalmente su decisión sobre Guiding Light. No es un hombre al que se pueda contradecir, pero debería ver la salida a este lío —el hombre se encogió de hombros—. Es todo lo que pudieron idear. Red no sabe lo suficiente para convencerlo.

Rob miró fijamente la carta, el informe del viaje y el equipo de vuelo de Red.

—¿Veré a Red antes?

—No por mucho tiempo. Ha creado una lista de verificación adicional para ti —Durrant revolvió entre algunos papeles y le entregó a Rob una lista manuscrita.

Incluía cuatro disyuntores con instrucciones para abrirlos antes de que tomara asiento y un pequeño interruptor de energía que debía localizar en el panel trasero de Guiding Light. La función de los disyuntores y el interruptor no estaba clara, pero era obvio que toda la operación había sido bien pensada.

Terminó de estudiar la lista y levantó la vista; la habitación estaba en silencio.

Durrant lo miró. —No tienes que hacer esto si no quieres, Rob. Nadie te juzgará aquí.

—Gracias, Ted. Pero estaría fuera de mi personaje esta semana no hacer algo verdaderamente estúpido.

Durrant asintió con una sonrisa. —Bueno, solo asegúrate de regresar. O conseguirás transmitir tu mensaje o no. No tiene sentido correr riesgos innecesarios.

—¿Y mi voz? ¿No me delatará?

—Habla solo por el intercomunicador y hazlo con monosílabos. El intercomunicador hace que todos suenen igual. Espero. Yo despegaría rápidamente. Una vez que estés en el aire, puedes revelarte, supongo. No pueden hacer mucho al respecto entonces.

Rob miró la hoja y las notas; no era un vuelo complejo. Las líneas en la carta eran principalmente para aparentar, ya que Red había escrito *VFR* —Reglas de Vuelo Visual— junto a la descripción del vuelo. Básicamente, ir hacia el oeste, descender a mil pies, ceder brevemente el control a Guiding Light, permitir que los pasajeros lo vean funcionando, y luego regresar.

No una prueba exhaustiva; solo un vuelo de placer para Stafford antes de que le den su aprobación.

—Tenemos cuarenta minutos. Rob, necesitas ponerte el mono de vuelo de Red.

En el Land Rover de la Unidad de Mantenimiento, Rob empezaba a acalorarse; el traje de vuelo de Brunson era grueso. Como precaución, habían decidido que debería llevar el casco puesto con la visera bajada en todo momento.

Se sentó en un estante metálico bajo la lona mientras el vehículo avanzaba velozmente por la pista perimetral. Dos pilotos de la Unidad de Mantenimiento lo acompañaron, incluido Durrant en el asiento del copiloto. Ambos parecían tener la edad de Millie.

Después de haberse alistado, era fácil aburrirse con las historias de guerra de los veteranos en la sala de tripulación, pero ahora, en un viejo vehículo militar, conduciendo alrededor de un antiguo campo de dispersión de la Segunda Guerra Mundial, a punto de subir a un avión con un resultado desconocido, sentía que tenía un pequeño atisbo de lo que fue su rutina diaria.

Finalmente, se detuvieron.

La lona de la parte trasera se abrió y apareció el rostro de Durrant.

—Bien, estamos en posición —miró a Rob—. Cuando Red llegue a este lado del avión, él salta dentro y tú sales. ¿Entendido?

Rob intentó asentir, pero el casco se movió ligeramente sobre el interior de cuero. ¿Le causaría problemas durante el vuelo?

Esperaron. Después de unos minutos, Durrant habló de nuevo. —Ya viene.

Rob se movió hacia la parte trasera del vehículo, esperando su señal.

Su corazón latía rápido, pero el tiempo parecía ralentizarse.

—Vamos —instó a Red Brunson en voz baja.

La lona se abrió, y allí estaba. El alto estadounidense subió.

—¿Estás listo para esto, amigo?

Rob levantó la visera y se encontró con la intensa mirada de Red.

—Sí.

—Presenta tu caso, convéncelos, incluso asústalos. Pero no hagas ninguna estupidez, ¿vale? Te necesitamos de vuelta aquí de

una pieza. Te respaldaremos, todos nosotros.

—¿En serio?

—Todos, amigo. Ahora escucha, en caso de que Kilton intente anularlo, he añadido algunos pasos a la lista de verificación...

—¿Los disyuntores? —interrumpió Rob.

Brunson sonrió. —Sí. Activa esos disyuntores y solo funcionará el panel del lado del capitán. Nadie más podrá activar o cancelar.

—Ya vienen —habló Durrant con urgencia desde el asiento delantero.

Brunson miró a Rob, con los ojos muy abiertos. —Aun así, podría intentar algo. Tu responsabilidad número uno conmigo, con Mary y con todos los demás es mantenerte a salvo. ¿Entiendes, Rob?

Rob bajó la visera y saltó por la parte trasera, aferrando su lista de verificación y la carta aérea.

Miró al otro lado. El bajo y robusto Ewan Stafford se tambaleaba con un mono de vuelo demasiado grande, pareciendo un saco de patatas. Él y Kilton posaban para una fotografía junto a la puerta del TFU. Estaban a unos doscientos metros de distancia, lo que le daba apenas un minuto más o menos.

El Vulcan se erguía orgulloso sobre su tren de aterrizaje; Rob se agachó y caminó por debajo hasta la escalerilla amarilla de la tripulación.

Una vez en el compartimento trasero de la tripulación, buscó en sus documentos los pasos adicionales de la lista de verificación de Red, y localizó un pequeño bloque de fusibles en el lado izquierdo de los paneles. Intentó abrir el fusible marcado como "7a".

No cedía. Levantó su visera para obtener una vista clara.

La caja del fusible estaba a ras con la pared; necesitaba un pequeño destornillador de cabeza plana.

Se palpó el mono, esperando que Brunson guardara algún tipo de herramienta en sus bolsillos.

Nada.

Rob miró alrededor, mientras escuchaba la voz de Kilton llevada por la brisa.

—Mierda.

Probó en los bolsillos del pantalón del traje y encontró una pluma estilográfica. Tendría que servir. Se quitó la tapa.

Colocando sus guantes y documentos en la estación del AEO, empujó la punta de la pluma en la carcasa exterior del portafusibles. Usando la punta como palanca, consiguió abrir completamente el portafusibles y sacó el fusible antes de volver a meterlo. Sus dedos estaban ahora cubiertos de tinta negra.

Consultó la lista de nuevo, manchando el papel de negro mientras lo hacía. Abrió dos disyuntores tradicionales más en un panel sobre la estación del operador de radar antes de finalmente desconectar un pequeño cable debajo del panel de lectura de Guiding Light.

Justo cuando había completado sus tareas extracurriculares, apareció una sombra debajo de él.

Bajó rápidamente la visera espacial y volvió a colocarse la máscara de oxígeno, luego se movió rápidamente hacia los pequeños escalones, hasta la cabina misma.

Se acomodó en el asiento del capitán del lado izquierdo mientras Ewan Stafford subía completamente al área trasera de la tripulación y se apartaba para dejar pasar a Kilton.

Rob consultó apresuradamente la lista de Red otra vez. Abrió dos disyuntores más arriba y a la izquierda de su asiento.

Exhaló, justo cuando Stafford apareció junto a él.

—¡Hola! —dijo alegremente el director general. Rob señaló el asiento vacío del copiloto a la derecha y Stafford hizo que meterse en él pareciera un truco con el que Houdini habría tenido dificultades.

Kilton apareció debajo de él entre los dos asientos, con su cabeza asomándose a la cabina.

Rob se quedó inmóvil.

Kilton continuó subiendo por la escalera de los pilotos hasta que su cabeza quedó a nivel con ellos.

—Red, continúa con el pre-arranque, yo lo sujetaré.

Rob exhaló silenciosamente y se apartó de ambos para ocuparse de las comprobaciones.

Las manos de Kilton se extendieron sobre Stafford, tirando de sus correas, y en el proceso, empujó contra Rob.

La cabina del Vulcan de repente se sintió más estrecha de lo que estaba acostumbrado.

Kilton le explicó a Stafford qué pasadores quitar para activar el asiento y luego dónde guardarlos. Mientras tanto, Rob puso en marcha el avión Avro y se preparó para arrancar los motores.

Para su alivio, Kilton bajó por la escalera. Un ingeniero estaba en la escalera de acceso de la tripulación, listo para ayudarle a cerrar y sellar la escotilla.

Una vez hecho esto, Rob se giró para ver a Kilton moverse hacia la posición de Guiding Light y abrocharse el cinturón.

Comenzó rápidamente la secuencia de arranque rápido del motor; tenía unos segundos antes de que Kilton conectara su PEC y accediera al intercomunicador. Cada uno de los cuatro motores Olympus se encendió, utilizando un procedimiento incorporado para los Vulcans que permanecían en espera con el elemento disuasorio nuclear de Gran Bretaña a bordo. Algo más que Brunson había organizado con antelación; sin esperar unidades de energía en tierra.

Rob agradeció el ruido y la distracción de la secuencia automática.

Consiguió un buen arranque en los cuatro motores y continuó con las comprobaciones posteriores al arranque.

Tendría que hablar con el ATC.

El ruido del motor gemía en su cabeza a través del intercomunicador y consideró rodar sin permiso.

Miró hacia abajo al panel de control del intercomunicador y se dio cuenta con alivio de que podía aislar a la tripulación trasera. Ajustó los interruptores, activó su propio interruptor de transmisión y solicitó permiso para rodar.

Intercambió señales manuales con el señalero de tierra y se dispuso a mover el gran avión de su lugar de reposo.

Mientras giraba el Vulcan y se dirigía hacia el extremo este de la pista, Mark Kilton apareció a su lado, de nuevo.

Rob mantuvo la mirada al frente, pero Kilton le dio un golpecito en el hombro. Miró a regañadientes; Kilton se tocó el lateral del casco y gritó por encima del estruendo.

—¡El intercomunicador no funciona!

Rob asintió, y Kilton volvió a bajar a la oscuridad.

Accionó el interruptor para volver a conectar a la tripulación trasera al circuito.

—Eso está mejor. Necesito hablar con Ewan. Red, activa el láser ahora, Ewan puede observar la lectura mientras ascendemos.

Sin responder, Rob alcanzó el panel de Guiding Light a su izquierda. Activó la energía, asegurándose de que el ordenador de vuelo aún no estuviera conectado con el piloto automático.

La lectura única de altura se iluminó en el pequeño medidor instalado encima del panel principal entre los dos pilotos. Usó su mano para dirigir la atención de Stafford hacia él.

—Genial verlo en funcionamiento —dijo Stafford—. Para mí solo ha sido una simulación en un banco de taller hasta ahora.

Rob permaneció enigmático, tratando de parecer ocupado y concentrado, lo cual era fácil, porque lo estaba.

Mientras completaba el giro final para encarar la pista en ángulo recto, se dio cuenta de que iba a tener que probar suerte de nuevo con el intercomunicador. Aisló a la tripulación trasera una vez más e hizo la rápida llamada al ATC para solicitar permiso de despegue, informándoles que se dirigiría hacia el oeste tras el ascenso.

Volvió a conectar el intercomunicador de Kilton, para anticiparse a otra visita por la escalera, y confirmó la autorización con un seco: —Recibido.

Eso era todo. Estaba a segundos de despegar y casi superaba el primer obstáculo significativo.

Rob miró hacia Stafford y por la ventana lateral para comprobar la aproximación a la pista, asegurándose de que fuera seguro alinearse.

Necesitaba asegurarse de que el civil hubiera armado correctamente su asiento eyectable.

Más conversación.

—¿Pasadores? —dijo rápidamente.

Stafford señaló los pasadores retirados, ahora en su posición de almacenamiento.

—¿Interruptor?

Stafford señaló hacia su costado y levantó el pulgar. —¡Armado!

Rob se volvió y comprobó de nuevo la senda de aproximación al aeródromo. Todo despejado.

Realizó rápidamente la alineación y adelantó las palancas de gases a la posición de despegue. Los motores respondieron bien; comenzaron a rodar, ganando velocidad. Una aguja blanca ascendió por el indicador de velocidad.

El nivel de ruido aumentó. Las fosas nasales de Rob ya se habían llenado con el olor familiar del interior del Vulcan, inundando su mente con imágenes no deseadas.

Por un momento imaginó el fantasma de Christopher Milford observando a Kilton en su asiento, y luego se reprochó a sí mismo por no concentrarse. Cerró y abrió los ojos mientras las líneas centrales desaparecían bajo la nariz a un ritmo creciente.

Rob tiró suavemente de la palanca hacia atrás, permitió que la nariz se elevara hasta el horizonte, y la mantuvo allí mientras el bombardero con ala delta grande y cuatro motores abandonaba el suelo.

Tocó los frenos de las ruedas y movió la palanca del tren de aterrizaje hacia arriba.

Se escucharon zumbidos y golpes desde abajo mientras el tren se recogía.

Viró a la derecha y puso rumbo al oeste.

La misión requería un vuelo suave en la zona inmediatamente al oeste del aeródromo, pero eso no se ajustaba al propósito de Rob. Necesitaba una demostración completa, en lo profundo de las colinas.

En algún lugar sus vidas dependerían de la integridad del sistema Guiding Light.

Eso no eran las llanuras de Wiltshire; necesitaba llevarlos a Gales.

Kilton habló con Stafford, explicándole las lecturas de altitud.

Rob hizo ascender el Vulcan para acelerar su tránsito.

Finalmente, Kilton se dirigió a él. —Cuando estés listo, Red, bajemos a mil pies y comencemos la demostración.

Rob le ignoró y continuó ascendiendo.

Kilton no pareció darse cuenta al principio. Él y Stafford discutieron cómo se instalaría el equipo en las aeronaves existentes.

Rob mantuvo la aeronave moviéndose rápido. Era un día perfecto en cuanto a visibilidad e intentó divisar Bath más adelante, apuntando hacia la ciudad como una ruta conveniente hacia el estuario del Severn.

—Vamos, Brunson, bajemos este aparato.

Rob consiguió llevarlos a doce mil pies. La velocidad respecto al suelo era agradablemente alta en el aire enrarecido, pero podía sentir que la paciencia de Kilton se estaba agotando. Niveló y luego inclinó el avión en un descenso muy suave. Esperaba que eso aplacara al comandante.

—¿Brunson? —insistió Kilton de nuevo, un par de minutos después.

Ya estaban sobre Bath; había hecho bien en acercarlos a las colinas. Finalmente, Rob bajó la nariz otros diez grados y redujo ligeramente las palancas de gases mientras la gravedad aumentaba su velocidad.

Niveló a mil pies entre Newport y Cardiff. Los Brecon Beacons estaban frente a ellos.

Bajó la nariz y dejó que el Vulcan se estabilizara a quinientos pies. Mirando al panel de Guiding Light, seleccionó trescientos pies como altura objetivo y, utilizando un punto de referencia que estaba a unos trescientos kilómetros al norte, en Anglesey, activó el sistema.

Hubo una sacudida familiar cuando el piloto automático tomó el control, alimentado por Guiding Light.

La nariz se inclinó bruscamente hacia abajo y la aeronave se reposicionó a trescientos pies sobre el suelo. El acelerador automático estaba ocupado con las cuatro palancas a su derecha. Rob comprobó que habían alcanzado la velocidad objetivo de 320 nudos.

La aeronave comenzó a quejarse mientras se esforzaba en los giros. La naturaleza física del vuelo había cambiado significativamente desde el crucero relativamente apacible. Guiding Light estaba trabajando duro.

—Esto es bajo —dijo Stafford junto a él, aunque parecía indiferente.

A Kilton le estaba llevando tiempo darse cuenta de que Rob se había desviado significativamente del plan de vuelo.

Mientras tanto, consciente de la fragilidad del sistema, Rob mantenía los ojos fijos en el terreno que tenía delante, listo para intervenir.

Kilton finalmente habló por el intercomunicador. —¡Eh! Arriba por favor, Brunson.

Rob le ignoró.

—Red. Arriba. ¿Podemos volver a mil, por favor? Estamos a malditos trescientos.

Rob respiraba pesadamente; la combinación de ansiedad por su situación y una intensa concentración en el vuelo estaba agotando sus niveles de energía.

—¡Red! —gritó Kilton.

Rob levantó su mano de la columna de control que estaba cubriendo. Se quitó la máscara de oxígeno de la cara. El aire más fresco le envolvió y levantó su visera girándose hacia Ewan Stafford.

Los ojos del corpulento empresario se desorbitaron por encima de su propia máscara.

—¿Qué está pasando? —gritó Kilton por el intercomunicador desde atrás—. Por última vez, Brunson, haz ascender esta aeronave a una altura segura.

Pero la siguiente voz que escuchó fue la de Stafford.

—Mark. Red Brunson no está aquí. Creo que tenemos un problema.

Stafford no apartó los ojos de Rob, y Rob siguió mirándole fijamente, sin cubrir ya los controles. Cualquier problema grave con Guiding Light ahora acabaría con los tres.

Rob levantó las manos para enfatizar la situación.

Se colocó la máscara de oxígeno que colgaba floja sobre su boca y habló, sin intentar disfrazar su propia voz. —Creo que nos quedaremos a baja altura —dijo, lenta y deliberadamente.

El avión continuaba traqueteando en el denso aire de superficie, pero a pesar del viaje accidentado, Mark Kilton se había desabrochado. Su cara apareció entre Rob y Stafford en la parte superior de la escalera de los pilotos.

Rob movió su mano derecha hacia la columna de control; su izquierda flotaba sobre el panel de control de Guiding Light al lado del asiento.

Rob se volvió a poner la máscara de oxígeno y miró al frente. —Si intentas tomar el control, nos estrellaré contra el suelo. Si intentas cancelar Guiding Light, nos estrellaré contra el suelo.

Podía oír la desesperación en su propia voz.

Kilton negó con la cabeza, con desprecio ardiendo en sus ojos.

—¿Ha perdido usted la cabeza, May? ¿Cómo demonios ha entrado aquí? ¿Dónde está Brunson?

—Red pensó que lo mejor era darme una última oportunidad de demostrar Guiding Light a los únicos dos hombres que pueden detenerlo.

—¿Ah, sí? Bueno, ahí va otra carrera acabada. ¿Qué les pasa a ustedes, estúpidos? Ahora, por el amor de Dios, aléjenos del suelo.

—¿Hay alguna razón por la que no deberíamos poner a prueba Guiding Light, señor? ¿Necesita que ascienda y deje esto para otras tripulaciones?

—Eleve el maldito avión a mil pies como le he ordenado. Es una advertencia final, May.

Había un ligero matiz de desesperación en la voz de Kilton. Rob lo disfrutó. Vio una imagen de sí mismo desnudo frente a Kilton en el vestuario.

—Preguntaré de nuevo, jefe. ¿Por qué necesita que ascienda? ¿Hay algún problema? ¿Existe alguna razón específica por la que no deberíamos confiar en que Guiding Light nos mantenga seguros a baja altura? —Miró a Stafford mientras hablaba y luego notó que Kilton observaba los controles de vuelo. Instintivamente, volvió a

mirar al frente y cubrió el acelerador y la columna de control con sus manos.

Viraron a la izquierda hacia un valle, luego giraron a la derecha. Las colinas se habían vuelto más empinadas. Hasta ahora, el ágil fuselaje estaba resistiendo bien.

—Ewan, tire de la palanca hacia atrás —dijo Kilton.

Rob miró al director de Blackton. —Vamos a trescientos veinte nudos a trescientos pies. Si intenta luchar conmigo por el control, todo acabará en un instante.

Los ojos de Stafford seguían desorbitados; el hombre parecía aterrorizado. Miró la palanca y luego volvió a mirar a Kilton y negó con la cabeza.

—Bien —dijo Kilton—. Stafford, salga de ese asiento.

Kilton se quitó el arnés de tripulante trasero.

Rob miró a través, alarmado al ver que Stafford realmente se estaba desabrochando. Finalmente, las manos de Stafford se movieron hacia la liberación rápida de cinco puntos; parecía tener problemas.

El jefe de TFU se impulsó por la escalera, empujando a Rob en el proceso. Rob sujetó firmemente la palanca, preparado para luchar físicamente por el control si era necesario, pero Kilton lo ignoró y forcejeó con las correas de Stafford, liberando finalmente al civil.

Stafford se liberó de la cabina y desapareció en la penumbra. ¿Sabría cómo ponerse el arnés de tripulante trasero que Kilton había descartado en algún lugar? No había tiempo para instruirle ahora.

Kilton trepó y se acomodó en el asiento del copiloto.

Mientras el jefe de TFU manipulaba los pasadores y los interruptores del asiento eyectable, Rob intentó anticipar su siguiente movimiento.

Necesitaba hacerle ver a Kilton que era demasiado arriesgado intentar tomar el control.

Movió su mano hacia el panel a su lado izquierdo y redujo la altura objetivo a ciento cincuenta pies. El avión descendió bruscamente y Kilton levantó la vista alarmado.

El suelo pasaba veloz, y Rob se dio cuenta de que había puesto al Vulcan en una trayectoria de vuelo en los límites de sus

capacidades; no podía permitirse desviar su atención.

—Robert —Kilton habló con calma, con un tono más suave—. Sé que está disgustado. Podemos hablar de esto. En un momento, voy a tomar el control y necesito que mantenga sus manos alejadas de los mandos.

—Lo siento, señor, no creo que la promesa de una charla sea suficiente.

El avión continuó su descenso. Rob vio a Kilton en su visión periférica, tensándose, justo cuando el jet volvió a nivelarse. La maniobra hizo que ambos hombres se elevaran contra sus arneses.

Rob oyó un golpe detrás. Giró el cuello para ver a Ewan Stafford recuperándose tras haber sido derribado.

Una imagen de Millie apareció en su mente.

—Ahora estamos a merced de Guiding Light.

Rob asintió hacia adelante ante la visión irreal de las laderas de las montañas que se alzaban sobre ellos y el avión subiendo y bajando para evitar los árboles más altos.

—Incluso la más mínima alteración del láser y estaremos muertos en un instante. Usted podría tener la oportunidad de eyectarse, supongo. —Miró hacia atrás, hacia Stafford, que ya se había sentado y había conseguido conectar su PEC—. Pero como usted ha tomado el asiento eyectable del señor Stafford, él por supuesto se estrellará con el avión si Guiding Light tiene algún problema.

—Por el amor de Dios, Mark —graznó Stafford por el intercomunicador con interferencias—, toma el control. Estoy harto de esto.

—¿Entonces está de acuerdo en que hay un problema? —preguntó Rob.

—¡Cállate, Ewan! —ladró Kilton.

Kilton se giró en su asiento, sus ojos clavándose en Rob.

—Esto es muy simple, señor. Si este sistema es seguro, como usted y el señor Stafford nos han dicho, entonces no habrá ningún problema. Tenemos los depósitos llenos y podemos volar durante tres horas a esta altura, tal como se requeriría a los aviones de la RAF sobre la Unión Soviética.

—Esto es peligroso, May, y lo sabe.

—¿Peligroso, señor? ¿Lo es?

Kilton le miró fijamente.

—Estoy esperando —añadió Rob, disfrutando de cómo sonaba al tener el control.

Kilton negó con la cabeza, sonrió y agarró la columna de control del copiloto, tirando de ella hacia sí.

El morro del Vulcan se elevó bruscamente.

"¡NO!" gritó Rob, y empujó su columna hacia adelante en una explosión de ira.

Debió de haber tomado a Kilton por sorpresa, ya que la columna se movió completamente hacia adelante, resbalándose la mano de Kilton de su agarre. De repente, estaban cayendo en picado, el suelo llenando el parabrisas.

Mierda.

Rob retiró suavemente la palanca y miró hacia un lado; Kilton estaba pálido, con las manos en el aire.

—*Vale, vale, vale.* Por el amor de Dios, May, casi nos matas.

Rob miró hacia abajo para comprobar que el Guiding Light seguía activado. Así era.

Miró hacia un lado justo a tiempo para ver cómo la mano de Kilton volvía a la columna de control. Rob negó con la cabeza y flexionó los dedos, como para demostrar que estaba listo para lanzarlos al abismo.

Pero Kilton simplemente pulsó el interruptor de cancelación del piloto automático en el lado opuesto de la columna.

No ocurrió nada.

Rob sintió que el control se movía. El piloto automático seguía al mando, todavía conectado al Guiding Light.

Los trucos de Red con los disyuntores habían funcionado. Siguiendo la lista garabateada, había desactivado todos los sistemas de seguridad que normalmente cancelarían las automatizaciones.

—No sirve de nada, señor. Va a acompañarnos en este viaje le guste o no.

Soltó el agarre y dejó que el Vulcan descendiera de nuevo, estabilizándose en su turbulento vuelo a ciento cincuenta pies.

Las colinas se alzaban a su alrededor. El Vulcan se inclinó a la derecha, luego giró a la izquierda, con potencia adicional. Los arrancó alrededor de un saliente hacia un estrecho valle.

Rob miró hacia adelante y se preguntó si eventualmente volarían hacia una posición de la que la aeronave simplemente no pudiera salir. Incluso un Guiding Light completamente funcional tenía sus límites.

Echó un vistazo al jefe del TFU. La sangre había abandonado sus mejillas, y le devolvía la mirada fijamente.

—Sabe que este sistema es defectuoso —dijo Rob—. Sabe que mató a Millie y aun así ¿espera que nos quedemos de brazos cruzados mientras lo pone en servicio?

—¿Nosotros? ¿Quién más está metido en esta locura, May?

—¿Todavía está intentando averiguar a quién castigar, señor? Se sorprendería de los pocos amigos que le quedan.

La aeronave ascendió bruscamente. Quedaron clavados en sus asientos durante un par de segundos antes de que girara a la derecha y descendiera, haciendo que sus estómagos flotaran. Rob volvió a sentirse enfermo.

—Te estás pasando de la raya, May. Asciende y hablemos.

—No lo creo, señor. Hablemos ahora. Cuénteme sobre la cifra del 8,75. La obtuvimos, gracias a Millie, del ordenador central operado por el departamento de matemáticas de la Universidad de Oxford. Pero usted debe tener su propia versión de esta cifra a partir de las horas de cintas enviadas a Cambridge. ¿Cuál es? ¿Un número lo suficientemente bajo como para desaparecer en el trasfondo de las estadísticas? ¿Eso formaba parte de su cálculo? Un precio que vale la pena pagar. ¿Igual que las tripulaciones traseras de los V-Bomber a baja altura sin un sistema de escape efectivo? Lo mismo otra vez. Me pregunto si todavía piensa que es un precio que vale la pena pagar, ahora que es *su* vida.

Kilton lo miró fijamente.

—¿Y qué demonios importa? —dijo, finalmente—. ¿Has volado medio sur de Inglaterra para descubrir eso? ¿A quién le importa un carajo? Ningún sistema es cien por cien seguro, May. Los aviones se estrellan. Los hombres mueren. Para eso te alistaste. Eres un jodido

blandengue, y si no lo sabía antes, ahora lo sé. No tienes lugar en el ejército.

Rob se quedó momentáneamente sin palabras. Había esperado algún tipo de discusión sobre los hechos, no un desprecio insensible de las consecuencias. Giró la cabeza para intentar establecer contacto visual con Stafford en el compartimento de la tripulación trasera.

—¿Usted también, señor Stafford? ¿Las tripulaciones del Guiding Light son prescindibles para su éxito?

Stafford no respondió; estaba demasiado ocupado estando aterrorizado.

—Eres un necio, May —Kilton habló con calma—. Un necio cobarde y mal aconsejado. Los hombres de verdad asumen riesgos todos los días por lo que creemos.

La aeronave golpeó una bolsa de aire y se desplomó antes de recuperarse.

—Por el amor de Cristo, Mark —la voz de Stafford croó desde la oscuridad de atrás—. *Termina con esto.*

El avión giró, metiéndose en un complejo de valles más grande. Parecía un callejón sin salida adelante, pero Rob ya había estado allí antes y sabía que se abría en el último momento. Nunca había volado tan bajo. Esperaba que la aeronave no fuera a ser llevada más allá de sus límites de rendimiento.

—¿Quizás todos muramos? —dijo Rob en voz baja, mientras miraba el estrecho pasaje que tenían delante—. Serviría a mi propósito, ¿no? —Miró hacia Kilton—. Los chicos ya saben lo suficiente, y este accidente sería el último clavo en el ataúd del Guiding Light. Usted no estaría para encubrir nada.

—¿Te matarías para demostrar algo?

—No creo que se dé cuenta de con lo que estoy viviendo, jefe. —Las paredes de roca se acercaban rápidamente justo enfrente—. Lo terminé para Millie, ¿no? Jugué a su juego. Nos llevé de vuelta a trescientos pies, contra sus deseos. Lo ignoré, incluso lo menosprecié, con usted. Me atrapó realmente, ¿verdad? Pero ahora, en un simple momento, puedo arreglarlo.

El Vulcan reaccionó al relieve que cambiaba bruscamente. Las alas giraron justo cuando el valle se abrió. Las manos de Kilton se movieron hacia el panel frontal para estabilizarse, y el enorme Vulcan se inclinó abruptamente a la izquierda, luego inmediatamente a la derecha para negociar el estrecho canal.

No hubo ningún estruendo, ningún momento repentino de oscuridad.

Rob movió su mano hacia el panel de control, y esta vez los llevó hasta cien pies.

La aeronave descendió entre los árboles y praderas; el viaje se volvió más accidentado y violento.

—*¡Ya basta, May!* —gritó Kilton—. ¡Estamos más bajos que la maldita envergadura, idiota!

Rob miraba directamente hacia adelante, todavía cubriendo los controles.

Por esto Susie, Red y los demás le instaban a tener precaución.

Debían haber sabido que llegaría a esto.

—Mira, quizás fui demasiado duro contigo —dijo Kilton—. Puedo anular el traslado. Hacer que vuelvas al TFU. Pero te equivocas sobre Guiding Light. Si esperamos la perfección, nunca se implementará. Nunca nos equiparemos con él y perderemos la oportunidad de derribar a los soviéticos. Piensa en el panorama general, por el amor de Dios. Elévanos, Rob. Ya has demostrado tu punto.

Rob no movió la cabeza. Mantuvo la vista fija en la trayectoria de vuelo.

—No lo creo.

—Por Dios, Kilton, ya está bien —dijo Stafford—. Sácanos de aquí. No me importa lo que haga falta. May, personalmente detendré la producción de Guiding Light. Te lo prometo.

Rob miró a Kilton. —Necesito oírlo de usted.

El avión se precipitó, y Rob agarró la columna de control, pero solo era el láser guiándoles hacia una hondonada. Rob soltó el agarre y permitió que el ordenador continuara.

—No diré tal cosa. ¿Crees que tengo miedo, May? Me enfrenté a la muerte todos los días en 1940 y nunca me eché atrás. Tu

generación no sabe ni la mitad. Eres un cobarde, y no mereces la libertad por la que luchamos. Y eres un ingenuo por pensar que el enemigo no viene a por nosotros de nuevo. Y cuando lo haga, estarás suplicando por Guiding Light para mantenerte a salvo de sus misiles —Kilton giró la cabeza, aunque Rob dudaba que pudiera ver a Stafford en la parte trasera—. Y en cuanto a ti... Nunca estuviste hecho para la primera línea. Cierra la boca y habla cuando se te pida.

La sangre de Rob bombeaba por todo su cuerpo, sus piernas temblando de adrenalina. Se concentró lo más que pudo en mantener el avión en vuelo.

—No creo que lo entienda —dijo Rob—. No puedo volver habiendo fracasado. No me importa mi trabajo, ni siquiera la cárcel. Lo único que me asusta es acostarme cada noche por el resto de mi vida sabiendo que le fallé a Millie de todas las formas posibles.

—Elévanos, May. Esta es mi última advertencia.

—¿O qué, señor? Creo que se ha quedado sin opciones.

—Tiene razón —gritó Stafford—. Cede, por el amor de Dios, Kilton.

El avión viró a la derecha, y la nariz se movió, empujándolos hacia un valle más amplio con un lago.

La mano izquierda de Rob apretaba la columna de control mientras su mano derecha descansaba sobre las palancas de gases.

Una extraña sensación de calma le invadió. Kilton no tenía escapatoria; sabría que cualquier intento de interferir con los mandos de vuelo acabaría en desastre.

El Vulcan pasó volando sobre el final del lago, luego subió y bajó sobre una pequeña colina.

Las alas viraron a la izquierda y se dirigieron hacia la sección más profunda de las colinas galesas.

La mente de Rob daba vueltas, intentando descubrir cómo llegar a una conclusión.

Pero Kilton estaba en movimiento, desabrochándose del asiento.

El jefe del TFU se abalanzó a través de la cabina. Sus manos aterrizaron con un golpe seco en el estómago de Rob.

Rob agarró la palanca, listo para luchar por el control.

Pero las manos de Kilton no fueron ni a la columna de control ni a la palanca de gases.

Rob miró la cabeza de Kilton, sus ojos oscuros a solo centímetros de los de Rob mientras se inclinaba completamente desde su asiento.

—¿Qué demonios?

Kilton sonrió.

Rob bajó la cabeza para ver qué sostenía Kilton.

Ambas manos estaban en la palanca de eyección de Rob.

"Mierda".

Aterrorizado, miró fijamente a Kilton. —¡Le arrancarán los brazos!

—No, Rob. Tendré un segundo. Deberías leer las notas para pilotos con más atención.

El avión viró en un pronunciado giro a la derecha; una eyección ahora sería sin duda fatal.

Rob agarró los dedos de Kilton e intentó separarlos del cordón amarillo y negro.

—¡No! ¡Ahora no!

Kilton se rio de él y tiró firmemente de la palanca hacia arriba.

Hubo un fuerte estallido sobre ellos, y Rob miró hacia arriba para no ver nada más que hierba.

Con esa visión, supo que su vida estaba a punto de terminar.

No más decisiones que tomar; todo había acabado.

El asiento explotó debajo de él.

Capítulo Treinta Y Tres

Viernes 14 de julio
Una semana después

Mary llevaba un tiempo sin moverse. Dejó que sus ojos descansaran en el cambiante cielo matutino. Los rojos fogosos del amanecer habían reemplazado los primeros rayos de pálida luz blanca.

Durante la última semana se había convertido en una experta en amaneceres. Ahora distinguía los mirlos de los verderones simplemente por su canto; ese trino de aves que durante tanto tiempo había sido solo un ruido de fondo en una vida ajetreada.

Una vida ajetreada, hasta que el tiempo se detuvo. Hace una semana.

Hubo un golpecito en la puerta. Se abrió, y una mujer pequeña y bonita con un bob de pelo negro entró en la habitación.

Mary sonrió, agradecida por la compañía.

—Buenos días —se dijeron mutuamente, y Mary volvió a estudiar el cielo.

—¿Periódicos?

Susie ofreció un pequeño montón de diarios, pero Mary no se sentía con fuerzas para leer las noticias de nadie más.

—Ha salido la historia —dijo Susie.

—Oh.

—El diputado local está bastante alterado. Ha soltado algunos detalles —Susie le ofreció los periódicos de nuevo.

A Mary le costaba concentrarse en la letra impresa.

—¿Te importaría leérmelo?

—Por supuesto.

Susie se sentó en el borde de un sillón de respaldo alto con cojines verdes y abrió *The Daily Telegraph*.

Al menos el titular era claro.

DIPUTADO CUESTIONARÁ A MINISTROS SOBRE EL SEGUNDO DESASTRE DE BOMBARDEROS DE LA RAF.

Susie leyó el artículo en voz alta. *"El diputado de Wiltshire Central, Sir Alan Giddings, planteará hoy más tarde en la Cámara de los Comunes el tema de los recientes accidentes fatales de la RAF. Ayer se supo que el accidente del bombardero Vulcan, ocurrido en el centro de Gales hace una semana, fue la segunda pérdida de este tipo en la misma estación de la RAF en el espacio de quince días. La atención ahora se centra en la secreta base RAF West Porton, al norte de Salisbury y en el corazón de la circunscripción de Sir Alan.*

"Los detalles de los accidentes son escasos. Un portavoz oficial del Ministerio de Defensa ha comunicado a The Daily Telegraph *que, debido a la naturaleza del trabajo realizado en West Porton, no divulgarán detalles formales; sin embargo, el público puede estar seguro de que las pruebas que vinculaban ambos accidentes han sido suspendidas.*

"Sir Alan afirma que RAF West Porton está envuelta en 'una cantidad poco saludable de secretismo' y 'desea ver que se barra a fondo la organización'.

"Se espera que Sir Alan interrogue al secretario de estado de defensa a las 14:30 h.

"The Daily Telegraph ha sabido que uno de los fallecidos en el accidente de la semana pasada era el oficial al mando de una unidad previamente desconocida, denominada RAF-TFU. El comandante de ala Mark Kilton DFC fue enterrado en Amesbury el jueves".

Susie dejó el periódico sobre su regazo.

Mary reflexionó sobre la reforma de West Porton, una semana demasiado tarde.

Un rayo de sol entró en la habitación, cayendo sobre el rostro de Mary. Cerró los ojos e intentó disfrutar de su calidez.

—Me sorprende que haya tardado tanto en aparecer en la prensa —dijo Susie—. Pensaba que habría algunos periodistas en el funeral.

Mary mantuvo los ojos cerrados. —Fue extraño, ¿verdad? El funeral. Tantas cosas sin decir.

—¿No es siempre así en estas situaciones? —dijo Susie—. Estos hombres parecen ser expertos en no decir las cosas. Sabe Dios que todo podría haber resultado diferente si hubieran tenido algunas conversaciones más, desde el principio.

Con los ojos cerrados y el sol calentando su rostro, Mary escuchó los restos del coro del amanecer. Los mirlos siempre eran los últimos en terminar su canto.

Un sonido desconocido.

Un murmullo bajo.

Sus ojos se abrieron de golpe mientras se levantaba de la silla.

Susie ya estaba de pie junto a la cama del hospital.

—¿Ha sido él? —preguntó Mary.

—Sí, se ha movido —dijo Susie—. Voy a buscar al médico.

Susie salió de la habitación y Mary puso su mano en el lado de la cara de Rob, con cuidado de evitar los puntos que iban desde su barbilla.

Él gimió de nuevo y giró la cabeza un milímetro, pero era un milímetro más de lo que ella le había visto moverse desde que lo habían recogido del lado de aquella colina.

—¿Puedes oírme?

Durante un rato, no ocurrió nada. Luego su cabeza giró una fracción más.

Un momento después, Robert May abrió los ojos.

Capítulo Treinta Y Cuatro

Lunes 5 de septiembre
Dos meses después

Rob bostezó en la mesa del desayuno.

—Te dije que habíamos puesto el despertador demasiado temprano—dijo Mary—. A las cinco de la mañana, por favor. Eso es cosa de pájaros.

Rob se llevó otra cucharada de cereales a la boca. Se estaba volviendo hábil con la mano izquierda.

—Intenta prepararte para ir a trabajar con un tobillo y un brazo escayolados.

Ella se inclinó sobre la mesa, puso su mano sobre la escayola blanca y le besó en la mejilla.

—Eso suena bien, ¿verdad?

—Ha costado mucho tiempo.

—Sacarte de ese maldito hospital fue lo mejor que hicimos.

Mary retiró un par de cuencos de la mesa y los enjuagó en el fregadero. —¿Estás nervioso?

—¿Por volver a la UFT? No realmente. No es como si no hubiera visto ya a Jock y a Red. —Se maniobró para salir de debajo de la mesa. Alcanzando su muleta, se incorporó—. Sé que ha cambiado. Eso es lo principal.

Mary se volvió hacia él. —¿Y qué hay de volar?

Rob miró sus dos extremidades escayoladas y se rio. —No creo que me incluyan en el turno hoy.

—Sabes a qué me refiero —dijo ella y le salpicó juguetonamente con algunas burbujas de jabón—. ¿Aún quieres hacerlo?

Rob agarró su segunda muleta y cojeó hacia fuera de la cocina. —Claro que sí, joder.

Afuera, en los últimos días del verano inglés, Rob se subió al asiento del pasajero del viejo Rover de Millie. Había intentado meterse en el Austin Healey, pero su inflexible pierna escayolada no se lo permitió. Georgina, de vuelta en su alojamiento militar "por el tiempo que necesitara", estaba encantada con el cambioy Rob tenía que admitir que a ella le sentaba bien su pequeño deportivo.

Mary se subió al asiento del conductor.

—Ni conducir, ni volar—dijo él—. Va a ser un invierno largo.

—Por otro lado, estás vivo, señor May.

Él sonrió al amor de su vida y se inclinó para susurrarle al oído. —Te quiero, Mary May.

Ella se rio. —Así me lo sigues diciendo.

—Lo siento —dijo él, con fingida protesta.

—No pasa nada. Puedes decírmelo otra vez.

Ella dio marcha atrás y partieron hacia West Porton. Minutos después, llegaron a la barrera que se estaba levantando cuando se acercaban.

—Buenos días, señora May, Teniente de Vuelo May. ¿Está segura de que sabe adónde va?

Mary le dijo al guardia que conocía el camino a la UFT y continuaron hacia la base.

—Ya no se siente como entrar en una prisión —dijo Rob.

Al acercarse al borde del campo de aviación y a los edificios de la UFT, Rob notó que uno o dos de sus colegas entraban caminando. Esperaba llegar temprano, antes que todos los demás, pero parecía que era el último.

Aparcaron. Mary rápidamente dio la vuelta al coche por fuera. Pero cuando fue a abrir la puerta, Rob descubrió que alguien más se la estaba abriendo.

—Buenos días, Teniente de Vuelo. Es bueno tenerle de vuelta.

El Comandante de Ala Jock MacLeish le saludó con una radiante sonrisa.

—Gracias, señor —respondió Rob a su nuevo oficial al mando.

Con la ayuda de Jock y Mary, logró ponerse de pie y colocarse la muleta bajo el brazo.

Se dirigieron a las puertas dobles de la UFT.

—Esperaba que fuéramos los primeros en llegar —dijo Rob, nuevamente alarmado por lo lleno que estaba el aparcamiento.

—Ni lo sueñes, Robert.

Jock empujó la puerta de la sala de planificación.

—Bienvenido de vuelta, Rob —Red Brunson fue el primero en saludarle.

—Bienvenido, dijo el siguiente hombre, y el que venía después.

Cada oficial que se encontraba junto a la mesa de planificación se esforzó por saludarle personalmente.

El equipo administrativo, incluida Jean y un grupo de jóvenes cabos—hombres y mujeres—que Rob no conocía formaban una fila en el camino hacia el despacho del comandante.

—Bienvenido de vuelta, señor, decía cada uno a su paso.

Rob finalmente llegó al despacho. Jock cerró la puerta tras él.

—¿Así que, este es tu despacho ahora?

—Así es, dijo Jock.

—Se siente extraño, ¿verdad? Rob miró alrededor de la habitación que una vez fue el cubil de Mark Kilton.

—Ya me he acostumbrado. Estamos trabajando duro para seguir adelante.

—Se siente diferente, —dijo Rob—. Solo entrar aquí.

Jock tomó asiento detrás del escritorio. —Bien. Casi perdimos la UFT, pero algunos de nosotros argumentamos que todavía tiene un papel que desempeñar. Solo necesita hacer las cosas... de manera diferente. Ahora Boscombe nos supervisa. Los proyectos son finalmente aprobados por ellos cuando están satisfechos. Nosotros somos libres de concentrarnos en el vuelo, las pruebas y la evaluación. Dejamos la política a los demás.

—Suena ideal.

MacLeish se puso serio mientras sacaba un informe tamaño folio de un cajón del escritorio.

—¿Cómo fue la entrevista con la Comisión?

—No pude contarles mucho. Recordaba fragmentos pero... nada concreto.

MacLeish asintió. —Hicieron todo lo posible por reconstruirlo todo. —Abrió el informe—. Les dijiste que volabas bajo, muy bajo, y que crees que Kilton y Stafford intercambiaron lugares?

—Sí, es un recuerdo extraño y nebuloso. Bastante surrealista, en realidad, pero puedo ver a Kilton desabrochando el arnés de Stafford.

—Creen que te eyectaron, —dijo MacLeish, y pareció estudiarle en busca de una reacción.

A Rob le tomó un segundo entender el significado de la frase. —¿*Fui* eyectado? ¿No elegí eyectarme?

MacLeish negó con la cabeza. —Es la mejor suposición, pero Kilton tenía el brazo derecho gravemente fracturado y la mano destrozada. La mejor teoría que tienen es que él la estaba retirando justo cuando tu asiento se disparó y sufrió un golpe de refilón. Habría sido muy desagradable para él. En cuanto a tu salida de la aeronave, parece que esquivaste la cima de una colina, flotaste un poco bajo el paracaídas, y luego rebotaste cuesta abajo por el otro lado. Estabas hecho un desastre cuando te encontraron, pero no necesito decírtelo.

—¿Por qué no se eyectó Kilton?

—No pueden estar seguros, pero creen que fue una combinación de su lesión atroz, que dejó un brazo completamente fuera de servicio, y el hecho de que cuando te eyectaste, esto empujó la nariz hacia abajo desde lo que ya era una altura que rozaba las copas de los árboles. Como sabes, te encontraron a menos de un kilómetro del lugar del accidente —MacLeish hizo una pausa antes de añadir—. No está en el informe, pero el presidente de la Comisión de Investigación se preguntaba sobre el estado mental de Mark. Creo que todos sabemos que arrastraba algunas cicatrices de la guerra.

—¿Y el pobre Ewan Stafford?

—Un espectador infortunado que pagó el precio de haberse metido en la cama con Kilton —MacLeish cerró el informe—. Por supuesto, lo que tampoco aparece aquí, y dudo que jamás conste en ningún documento oficial, es el hecho de que un joven técnico de DF Blackton ha confirmado que Stafford conocía los fallos del Guiding Light y los encubrió activamente. Debemos asumir que Kilton estaba al tanto de esto, en lugar de ser una víctima de las intrigas de Stafford, ya que explica su comportamiento extremo hacia Brian Hill, Millie y luego hacia ti.

—Aun así, es un precio muy alto.

MacLeish tamborileó sobre el escritorio con los dedos. —El técnico nos dijo que calcularon las probabilidades de provocar un accidente si el Guiding Light entraba en servicio con ese fallo. Estimaron que, con la futura tripulación, provocaría hasta 14,25 muertes de personal aéreo al año. Y, sin embargo, estos hombres estaban dispuestos a ponerlo en marcha y esperar que todo saliera bien.

Un destello de una conversación a bordo del Vulcan regresó a Rob. —Recuerdo haberle enfrentado con la cifra que Millie había deducido. 8,75. ¿Así que la cifra real era incluso mayor?

—Eso parece —MacLeish le entregó una copia del informe.

Rob lo cogió, eran solo unas cuantas páginas en papel blanco fino con el sello de la *Oficina de Papelería de Su Majestad*.

—Te dejaré leerlo a tu ritmo. Se difundirá más ampliamente un resumen censurado. Pero llamaría tu atención sobre las recomendaciones al final de esa versión. Un sistema exhaustivo para examinar cualquier deficiencia o preocupación reportada, independientemente del rango o posición de la persona que la plantee. Y un requisito de que cada proyecto sea firmado por cada miembro del equipo, de nuevo sin importar el rango. Pensamos en llamarlo la Comprobación May —sonrió.

—¿Qué tal el Acuerdo Milford? —dijo Rob.

MacLeish asintió. —Eso funcionaría.

Rob abrió la primera página del informe. Era simplista, por decir lo mínimo. Sus ojos captaron la lista de la tripulación.

Teniente de Vuelo Robert May (Capitán) - Gravemente herido

Comandante de Ala Mark Kilton - Fallecido

Sr. Ewan Stafford - Fallecido

Pensó en Kilton, aquel personaje más grande que la vida que le había guiado y dominado durante tanto tiempo.

—¿Sabes que Millie me dijo que solía ser amable? —dijo Rob.

—¿Quién?

—Kilton. Durante la guerra. Trabajaron juntos en Tangmere. Millie incluso dijo que era tímido, pero siempre educado y modesto. Difícil de imaginar.

—La guerra cambió a mucha gente, Rob.

—Fue a Malta, luego participó en el Día D y sus secuelas. Supongo que no quedaba mucha amabilidad al final de todo aquello.

—¿Estás sugiriendo que de alguna manera no era responsable de sus propias acciones? ¿Que su muerte en una colina galesa en 1966 fue simplemente otra víctima más de la guerra?

Rob se encogió de hombros. —No lo sé. Pero nos moldean nuestras experiencias, ¿no?

—Así es, Robert. Así es. ¿Y cómo te ha moldeado a ti esta experiencia?

—He hecho algunos votos, eso es seguro. Un hombre enyesado tiene mucho tiempo en la cama para pensar.

Jock lo estudió por un momento. —Bien.

Durante el resto del día, discutieron sus funciones y Jock le dio un plan inicial para que volviera a volar, una vez que le quitaran el yeso.

—No puedo esperar, jefe —dijo Rob, mientras miraba el programa.

—Y yo no puedo esperar para sentarme a tu lado, Rob.

Al final de la jornada laboral, o a las 15:45 para ser más exactos, los hombres ayudaron a Rob a bajar al bar del comedor.

No tardó en sentirse bastante mareado, después de haber perdido la práctica.

Miró el reloj sobre la barra, esperando que fuera casi las 22:00, solo para descubrir que eran las 18:30.

El nuevo jefe de la UET se levantó para rellenar los vasos.

—Solo uno más para mí —anunció Rob ante abucheos de burla.

Red salió rápidamente al pasillo y llamó a Mary para que viniera a recogerlo, asegurándole que solo tomarían uno más.

MacLeish regresó con siete vasos de whisky.

Los colocó en la mesa frente a los seis hombres.

—Por los amigos ausentes —susurró Jock con su suave acento escocés.

Pasó un momento antes de que Rob notara la silla vacía con un vaso de whisky delante.

Fin.

Acerca del Autor

James Blatch es un antiguo reportero de defensa de la BBC y ex examinador cinematográfico del BBFC.

James cubrió asuntos militares británicos por todo el mundo, incluyendo períodos a bordo del portaaviones HMS Invincible, así como reportajes desde Ali Al Salem (Kuwait), Gioa Del Colle (Italia) y Bardufoss (Círculo Polar Ártico, Noruega).

Tuvo la suerte de volar dos veces con el 1.º Escuadrón (de Caza) en un Harrier MkT.10, así como con el 41.º Escuadrón en un Sepecat Jaguar.

Hoy en día, James vive cerca de Huntingdon en el Reino Unido con su esposa, dos hijos y dos perros. Trabaja en el mundo editorial y otros proyectos empresariales.



El autor, tras un vuelo en un Jaguar, Royal Air Force Coltishall, 2003.

© Crown Copyright

Agradecimientos

HUNTINGDON, Primavera de 2021

Estoy agradecido a los muchos ex miembros de la Royal Air Force, hombres y mujeres, que me dedicaron su tiempo y pensamientos mientras trabajaba para recrear un ambiente que fue un poco anterior a mi época.

El primero es mi padre. Piloto de pruebas en Boscombe Down, 1960-1966. El Comandante de Escuadrón John R. Blatch, AFC, voló el Vulcan, Canberra, Hunter, Javelin y muchos, muchos otros durante su época, y fue un lujo tenerlo al final del teléfono para responder preguntas como si los pilotos del Vulcan podían aislar el intercomunicador de la tripulación trasera, cómo funcionaba la cancelación del piloto automático y ¿en qué pubs bebían los oficiales?

Lamentablemente, mi madre nunca leerá este libro. La perdimos el 31 de mayo de 2005. Era controladora de tráfico aéreo en Boscombe cuando conoció a mi padre. Disfruta de un cameo en este libro, pero puedes encontrar su carácter brillante e inconfundible en las páginas que involucran a Georgina y Mary.

Ray Cotton fue un colega piloto de pruebas de mi padre en Boscombe y estoy muy agradecido por una hora que pasé al teléfono aprovechando sus conocimientos sobre las operaciones del día a día. Fue Ray quien me contó sobre la cultura del alcohol, tan mala en un momento que el Comandante de la Base ordenó que se cerrara el bar a la hora del almuerzo... También me contó sobre las

veces que apagaban el oxígeno en los V-Bombers y se fumaban un cigarrillo en vuelo. Los tiempos han cambiado.

Además de mi padre y Ray, muchos otros han ayudado con el aspecto de autenticidad del libro, incluyendo los operadores del Vulcan XH558 preservado. Pasé una tarde muy informativa en el Aeropuerto Robin Hood (anteriormente RAF Finningley), aprendiendo cómo operar y navegar un bombardero Vulcan hacia su objetivo en la Rusia más profunda.

La escritura de novelas puede parecer una carrera solitaria, y quizás para algunos lo es. Pero El Vuelo Final me pareció un esfuerzo colaborativo.

Jennie Nash fue la persona que me hizo enfrentar la pregunta esencial de por qué necesitaba contar esta historia. La respuesta me sorprendió incluso a mí. Era profundamente personal, pero una vez identificada, el proceso de escritura tuvo el enfoque que necesitaba. Jennie es una editora de libros enormemente experimentada con base en Los Ángeles. Tengo suerte de haberla tenido de mi lado.

Gracias a mis muchos amigos escritores que han persuadido, animado y ocasionalmente empujado un poco más fuerte para asegurar que este libro llegara al mundo. Algunos amigos amablemente leyeron versiones tempranas y me dieron el beneficio de sus pensamientos. Gracias John C, Bob y Nathan en particular. También recibí ayuda valiosa de última hora con la tarea minuciosa de corrección de pruebas. Gracias Paul Eddleston, Tracey Pedersen y Tom Feltham.

Debo señalar que esta es una obra de ficción. En algunos casos he introducido deliberadamente prácticas de trabajo poco realistas, simplemente para la historia, y estoy seguro de que también he cometido errores al retratar la vida de la RAF de los años 1960. Si

tienes alguna observación, me encantaría saber de ti, pero por favor acepta mis disculpas por adelantado.

Mi esposa Gill fue una lectora temprana del manuscrito, y me dio consejos invaluables. Estoy agradecido por su apoyo práctico. También estoy agradecido por el apoyo emocional que me da mientras navegamos la vida juntos.

Para contactar, por favor únete a mi boletín ocasional. Es un lugar donde puedes aprender un poco más sobre los incidentes de la vida real que inspiraron El Vuelo Final y responderme directamente, siempre respondo.

jamesblatch.com

Addendum: Perdimos a mi padre en diciembre de 2024, pocas semanas antes de su nonagésimo cuarto cumpleaños. Echaré mucho de menos tenerlo disponible para responder preguntas sobre la vida de la RAF en los años 1960, pero el proceso de escritura durante los últimos diez años sin duda nos acercó más y aprendí mucho más sobre él como hombre joven. Por eso, y por su vida, estoy eternamente agradecido.



Pilot Officer John Blatch durante el entrenamiento de vuelo de la RAF, hacia 1951.